psicología: ideología y ciencia

nestor a. braunstein, marcelo pasternac, gloria benedito, frida saal

siglo veintiuno editores

8ª edición

psicología y etología

BAJO LA DIRECCIÓN DE ARMANDO SUÁREZ

PSICOLOGÍA: IDEOLOGÍA Y CIENCIA

por

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN
MARCELO PASTERNAC
GLORIA BENEDITO
FRIDA SAAL

siglo veintiuno editores

MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA

siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA 248, MEXICO 20, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTA, D.E. COLOMBIA

edición al cuidado de amelia rivaud y néstor a. braunstein
portada de maría cristina oscos

primera edición, 1975
octava edición, 1982
© siglo xxi editores, s. a.
ISBN 968-23-0072-X

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

ÍNDICE

PREFACIO, *por* MARIE LANGER xi

PRÓLOGO 1

PRIMERA PARTE: EL OBJETO DE LA PSICOLOGÍA

1. ¿CÓMO SE CONSTITUYE UNA CIENCIA?, *por* NÉSTOR A. BRAUNSTEIN 7

2. ¿QUÉ ENTIENDEN LOS PSICÓLOGOS POR PSICOLOGÍA, *por* NÉSTOR A. BRAUNSTEIN 21

   Análisis crítico de "conciencia", 28; Análisis crítico de "conducta", 36; Reflexiones epistemológicas sobre la psicología académica, 42

3. LA PSICOLOGÍA Y LA TEORÍA PSICOANALÍTICA, *por* NÉSTOR A. BRAUNSTEIN 7

4. RELACIONES DEL PSICOANÁLISIS CON LAS DEMÁS CIENCIAS, *por* NÉSTOR A. BRAUNSTEIN 62

   Relaciones del psicoanálisis con la lingüística, 68; Relación del psicoanálisis con el materialismo histórico, 70

SEGUNDA PARTE: LOS MÉTODOS DE LA PSICOLOGÍA

5. INTRODUCCIÓN AL PROBLEMA DE LOS MÉTODOS EN PSICOLOGÍA, *por* MARCELO PASTERNAC 107

   El proceso científico, 108; La superación de la oposición entre posiciones empiristas e intuicionistas, 120; El lugar del método hipotético-deductivo, 122

6. EL MÉTODO EXPERIMENTAL Y EL MÉTODO CLÍNICO EN PSICOLOGÍA, *por* MARCELO PASTERNAC 127

   La observación, 128; Las hipótesis, 132; La experimentación, 137; El método clínico, 146

7. EL PROBLEMA DE LA MEDIDA EN PSICOLOGÍA, *por* GLORIA BENEDITO 156

Cuantificación y ciencia, 156; Cuantificación en psicología, 160: ¿Qué es medir?, 161; ¿Qué son los números?, 162; La regla del isomorfismo, 163; Análisis crítico del problema de la medida en psicología, 164; El uso de modelos y el conocimiento científico, 171; Uso del modelo estadístico en psicología, 172; ¿Por qué se usa el modelo estadístico en psicología?, 173; ¿Garantiza el modelo estadístico la cientificidad de las conclusiones en psicología? Status epistemológico de las mismas, 175

8. EL MÉTODO DE LOS TEST E INVENTARIOS, *por* GLORIA BENEDITO 179

Breve caracterización de lo que es un test mental, 180; Cualidades de un test mental, 182; Análisis crítico de los test mentales, 185; Utilidad de los test mentales, 195; Inventarios de personalidad, 197

9. EL MÉTODO PSICOANALÍTICO, *por* MARCELO PASTERNAC 201

La ruptura epistemológica en psicoanálisis, 203; El método teórico en psicoanálisis, 211; Procedimientos técnicos en psicoanálisis, 218; Articulación del método teórico y los procedimientos técnicos, 225; El problema del valor científico de la aplicación del psicoanálisis, 228

TERCERA PARTE: LOS MODOS DE EXPLICACIÓN EN PSICOLOGÍA

10. EL PROBLEMA (O EL FALSO PROBLEMA) DE LA "RELACIÓN DEL SUJETO Y EL OBJETO", *por* NÉSTOR A. BRAUNSTEIN 233

11. CONDUCTISMO, NEOCONDUCTISMO Y GESTALT, *por* FRIDA SAAL 261

Conductismo, 262; Neoconductismo, 267; Teoría de la Gestalt, 270; Los principios fundamentales, 274

12. LA EPISTEMOLOGÍA GENÉTICA DE JEAN PIAGET, *por* FRIDA SAAL 279

Ubicación del proyecto de una epistemología genética, 279; Las tres vertientes de la epistemología genética, 280; Apuntes para una crítica, 291; Intentos de ubicar los trabajos de Piaget en una tópica del aparato psíquico, 295

13. ANÁLISIS CRÍTICO DE LA NOCIÓN DE PERSONALIDAD, *por* FRIDA SAAL 299

Prehistoria de la noción de personalidad, 299; La noción de personalidad a través de algunos autores representativos, 301; Freud: descentración de la noción de personalidad, 308

CUARTA PARTE: LAS FUNCIONES DE LA PSICOLOGÍA

14. INTRODUCCIÓN A LA LECTURA DE LA PSICOLOGÍA ACADÉMICA, *por* NÉSTOR A. BRAUNSTEIN 329

15. ANÁLISIS DEL ENCARGO SOCIAL EN CADA RAMA DE LA PSICOLOGÍA; LA PSICOLOGÍA SOCIAL, *por* NÉSTOR A. BRAUNSTEIN 361

16. EL ENCARGO SOCIAL Y LAS PREMISAS OPERANTES EN LA PSICOLOGÍA CLÍNICA, *por* NÉSTOR A. BRAUNSTEIN 385

17. ROL DEL PSICÓLOGO: ROL ASIGNADO, ROL ASUMIDO Y ROL POSIBLE, *por* GLORIA BENEDITO 403

I. Rol asignado y rol asumido, 404; II. Posibilidades para una praxis diferente o rol posible, 415

PREFACIO

Este libro nos hacía falta. Y desde hace mucho tiempo. Pasaron ya 75 años desde que nació el psicoanálisis en medio del silencio o, cuando lograba romperlo, del escándalo. Desde el principio le negaron su calidad de ciencia. Freud explicó esta reacción como la resistencia de un mundo tocado en lo reprimido de sí mismo y cuestionado en sus "más altos ideales". Pero no se percató de que también eran, en última instancia, factores socioeconómicos los determinantes de esta reacción. Los autores del presente libro lo aclaran.

Durante mucho tiempo nosotros, los psicoanalistas, tampoco lo supimos. A menudo y erróneamente buscamos en las ciencias exactas, único modelo de ciencia aceptado al nacer el siglo, un apoyo que nos defendiese de los ataques de afuera y de nuestra propia inseguridad frente a la nueva, fascinante, desconcertante práctica a que nos dedicábamos. Y cuando nos percatábamos de la imposibilidad de incluir al psicoanálisis en el único modelo prestigioso disponible sin incurrir en sobresimplificaciones o sin llevar al absurdo los descubrimientos de Freud, nos retirábamos del campo de lucha, orgullosos pero dolidos, a nuestros consultorios y a nuestras sociedades psicoanalíticas. Esquivando el contacto con el afuera nos entendíamos entre nosotros. Hablábamos un idioma cada vez más esotérico mientras nuestras asociaciones se transformaban en sociedades secretas. Y esta deficiente ubicación teórica fue una causa adicional de la reclusión del psicoanalista dentro del consultorio privado. Carecíamos de armas para la discusión en el hospital y en la universidad. No hacían falta para actuar con el paciente "de diván" pues ahí no se discute, se interpreta.

La situación cambió en el último cuarto de siglo. El psicoanálisis, paulatinamente, fue aceptado. Incluso fue absorbido por el sistema y llegó a convertirse en su aliado. Entramos en las universidades. El enfrentamiento fue inevitable. El ataque provino tanto desde la psicología oficial, apoyada ahora por estadísticas y por reflejos condicionados, como desde el lado marxista. Nuevamente nos cuestionaron la falta de cientificidad. No quiero

detenerme en los detalles de la lucha entre marxistas y psicoanalistas, larga y penosa secuencia de malentendidos. Desde el lado marxista se confundió lo inevitablemente ideologizado del psicoanálisis, marcado como estaba por su historia y por su procedencia, con la parte indudablemente científica del mismo, con la ciencia del inconsciente, objeto de su investigación. Entre tanto el psicoanálisis "oficial" convertido en pilar del sistema se proclamó, a menudo, incompatible con el marxismo.

Esta situación resultó muy dolorosa para muchos de nosotros y, por ella, permanecimos durante largos años segregados de la izquierda. Aún hoy los partidos marxistas de diferentes países capitalistas (la Argentina constituye una excepción) y de los países socialistas ven al psicoanálisis con desconfianza. Desconfianza que se justifica cuando se toma en cuenta la posición política de las asociaciones psicoanalíticas oficiales. Pero los cambios se van produciendo.

En los países socialistas la señal fue dada por la publicación en la URSS del libro del sabio soviético Bassin sobre *La problemática del inconsciente*. Dos vías complementarias condujeron al cambio en Occidente. En el terreno de la práctica fue la ruptura con las instituciones oficiales protagonizada por grupos de psicoanalistas marxistas y la consiguiente inclusión de los mismos en la lucha política por la liberación. En el campo teórico fue Althusser quien sentó las bases para nuestro reconocimiento al ubicar a nuestra ciencia, epistemológicamente, dentro del materialismo histórico (cf. M. Tort, *El psicoanálisis en el materialismo histórico*).

No es fácil estudiar a Althusser. Él escribió *Para leer "El capital"* y nosotros, viejos y jóvenes psicoanalistas, hubiésemos necesitado muchas veces de una guía *Para leer a Althusser*. Ahora la encontramos, desde nuestra perspectiva específica, en *Psicología: ideología y ciencia*. Nos será utilísima. Este libro ubica además a las diferentes escuelas de la psicología. También por esto nos servirá. Sabíamos ya que la psicología estaba ideologizada pero el nuestro era un saber no organizado.

Psicología: ideología y ciencia aclara confusiones y dudas de manera sumamente didáctica. Tiene el gran mérito de expresar un discurso científico con un lenguaje sencillo. Gracias a un trabajo hecho realmente en común sus autores escriben casi con el mismo estilo. Abarcan todo el campo de la psicología contemporánea desde un esquema referencial compartido y ofrecen además el relato dialéctico de su larga historia. De este modo nos ense-

ñarán, a nosotros los ψ (psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas), viciados a menudo por argumentos intuitivos u organicistas, a pensar con rigor poco usual. Este libro nos da mucho. Agradezco a sus autores.

MARIE LANGER

México, D. F., mayo de 1975

PSICOLOGÍA
IDEOLOGÍA Y CIENCIA

PRÓLOGO

Mito de los orígenes. Una tradición, no por antigua respetable, quiere que los autores cuenten la historia de la gestación del libro, expliciten sus intenciones y agradezcan a mentores y discípulos. Por inevitable, lo haremos ateniéndonos al aforismo parafraseado: lo malo, si breve, malo a medias.

1972/73. La movilización estudiantil arranca de las autoridades universitarias del gobierno militar nuestra designación para dictar Psicología General en la Universidad de Córdoba. Empezamos por transformar el nombre de la materia para cubrir la ausencia de una Introducción a la Psicología. Pero allí nos detenemos; no existe ningún texto entre las múltiples introducciones provistas por el mercado que encare la crítica de la psicología como ideología y procure su fundamentación científica explicitando las premisas epistemológicas con las que opera. Inevitablemente, la falta de reflexión epistemológica es llenada por el sentido común, por una "ciencia" fundada en la evidencias. Pero si esta es la característica, no de un libro o de un autor aislado sino de todos los que abordan el tema, es claro que la cuestión de la cientificidad no está resuelta para la psicología. Y, epistemológicamente, no hay más que dos posibilidades para un discurso con forma teórica: o es ciencia o es ideología. Y, si es ideología, puede serlo porque no se ha producido aun la ciencia correspondiente a ese campo o por que, existiendo tal ciencia, ella es activamente resistida. Al hacernos cargo de la cátedra tuvimos que enfrentar todas estas dudas y problemas y tuvimos que buscar las respuestas. Esta obra es la consecuencia de aquel desafío. La damos a editar en la creencia de que puede servir en las luchas ideológicas que tienen lugar en nuestras formaciones sociales dentro del campo específico de actividad en el que operamos.

Sabemos de las dificultades de la empresa y recordamos la advertencia de Kant: "Preguntar si una ciencia es posible, supone que se ha dudado de su realidad. Pero tal duda ofende a todos aquellos cuyo patrimonio consiste apenas, tal vez, en esta joya aparente; y de ahí que siempre, el que manifiesta esta duda, pueda esperar sólo resistencia en todas partes." Mas el "todas partes" es relativo; sólo concierne a los sectores académicos recalcitrantes y

a los activamente interesados, por solidaridad con sus posiciones de clase, en la defensa de las "joyas aparentes" consagradas. La experiencia con más de mil estudiantes en los dos años que duró nuestro intento nos ha demostrado la viabilidad del cuestionamiento riguroso de la psicología oficial y académica.

Por supuesto, no hemos debido arrancar desde cero. Al contrario, hemos encontrado dispersas, aquí y allá, la mayoría de las piezas que, ensambladas, constituyen nuestro discurso. No aspiramos, en consecuencia, a otra originalidad que la propia de una síntesis que no pudimos encontrar en otra parte.

Hemos debido trabajar arduamente. Cada capítulo fue escrito no menos de tres veces y sometido a una lectura feroz en reuniones de los cuatro. Si bien los capítulos llevan la firma del encargado de su redacción, las opiniones que en ellos sustentamos pertenecen al conjunto. El uso constante de la primera persona del plural es, en consecuencia, algo más que un recurso retórico para ocultar el narcisismo singular.

La primera y mayor de nuestras deudas intelectuales es con nuestros maestros: Raúl Sciarretta en epistemología y J. Rafael Paz en teoría psicoanalítica. Los marcos generales de nuestro enfoque pueden encontrarse en la *Introducción a la crítica de la economía política (1857)* de Marx, en la obra de Althusser, particularmente su artículo "Freud y Lacan" y el Prefacio a *Para leer El Capital,* en los trabajos epistemológicos de Gastón Bachelard, en un artículo magnífico de Georges Canguilhem ("¿Qué es la psicología?"), en su descendiente legítimo, el libro de Didier Deleule *La psicología, mito científico* y, para terminar con esta enumeración no exhaustiva, en el artículo de Thomas Herbert "Reflexiones sobre la situación teórica de las ciencias sociales, especialmente de la psicología social". La lista permite ver que los escuadres generales fueron planteados hace varios años mientras que las investigaciones particulares que podemos mencionar en esta línea son escasas y muy recientes. Nuestra obra pretende ubicarse, precisamente, como un aporte más en esa dirección crítica indicada por una brújula que inscribe dos nombres propios en su norte: Marx-Freud.

Nuestro agradecimiento incluye también a nuestros compañeros: Paulino Moscovich que participó en el dictado del primer curso y en nuestras reuniones iniciales, los coordinadores que aportaron entusiasmo y lucidez crítica a la discusión de las clases que se iban pronunciando y los alumnos que con las mejores preguntas, es decir, las "ingenuas", nos obligaron a precisar nuestro discurso rectificando errores y corrigiendo debilidades.

Acerca de la lectura: como en *Rayuela* de Cortázar cada capítulo es relativamente independiente y, a la vez, presupone el conocimiento de todos los demás, anteriores y posteriores en la ordenación. Por eso, el libro puede ser leído de muchas maneras y convendría que los recién llegados a la literatura psicológica lo leyesen dos veces: la primera para tener un panorama general y la segunda para incluir a cada uno de los aspectos parciales dentro de ese panorama. A estos lectores queremos aconsejarles también que no comiencen por el primer capítulo sino por el 14 que trata de cómo encarar la lectura del discurso de la psicología académica.

Esta necesidad de sugerir distintas formas de lectura para distintos lectores nos enfrenta con una dificultad particularmente riesgosa de nuestro intento: su eventual fracaso por que los principiantes pueden encontrarlo muy difícil y confuso y por que los entendidos lo hallen redundante y elemental. El riesgo hace a las características mismas de una empresa no exenta de ambigüedad: no es una obra de divulgación y no es tampoco una exploración en las fronteras del conocimiento. Quiere ser una síntesis hodierna de la problemática psicológica.

NÉSTOR BRAUNSTEIN, MARCELO PASTERNAC, GLORIA BENEDITO, FRIDA SAAL

Córdoba, diciembre de 1974

PRIMERA PARTE

EL OBJETO DE LA PSICOLOGÍA

CAPÍTULO 1

¿CÓMO SE CONSTITUYE UNA CIENCIA?

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN

> Hay que aceptar una verdadera ruptura entre el conocimiento sensible y el conocimiento objetivo.
>
> G. BACHELARD *(La formación del espíritu científico,* Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, p. 282).

La respuesta a esta primera pregunta nos obliga a elegir uno de los tres caminos posibles:

a] se afirma que la ciencia se constituye yendo de los más simple a lo más complejo y que comienza por el conocimiento directo que los sentidos nos dan de las cosas. En otras palabras, que se llega al saber científico partiendo de las apariencias y por un movimiento progresivo que lleva desde lo evidente a lo desconocido;

b] se postula la existencia de una facultad especial del intelecto o del espíritu humano que le permite aprehender la esencia de los fenómenos de un modo repentino y exacto, trascendiendo las engañosas apariencias que pudiesen ocultar esa esencia y

c] se sostiene que la ciencia no se apoya en las apariencias ni tampoco tiene como objetivo la búsqueda de esencias escondidas, que la ciencia se construye merced a un trabajo de producción de conceptos enfrentando a los datos de la experiencia sensorial y a las convicciones espontáneas.

El párrafo precedente es una presentación supersimplificada de las tres concepciones epistemológicas[1] dominantes: a] empirista o continuista; b] intuicionista o discontinuista idealista y c] de la práctica teórica o discontinuista materialista.[2]

En lo sucesivo dejaremos de lado el análisis de la posición intui-

[1] La *epistemología* se ocupa del proceso de constitución de los conocimientos científicos y de los criterios que permiten distinguir a los conocimientos válidos (científicos) de los que no lo son (ideológicos).

[2] Los términos "continuista" y "discontinuista" deben entenderse en el sentido de continuidad o falta de continuidad postuladas entre la apariencia sensible y el conocimiento obtenido.

cionista por representar en la actualidad una actitud epistemológica superada y fundada en viejos prejuicios filosóficos que han sido derrocados, precisamente, por la constitución y el desarrollo teórico de las ciencias.[3] Nos habremos de limitar, pues, a las dos concepciones vigentes en nuestros días: la empirista y la discontinuista materialista. Así como ha sido expuesto, el planteo puede parecer, a la vez, abstracto y simplista. Es imprescindible exponer algunos ejemplos y, al mismo tiempo, justificar porqué consideramos que sólo la segunda de estas concepciones es correcta.

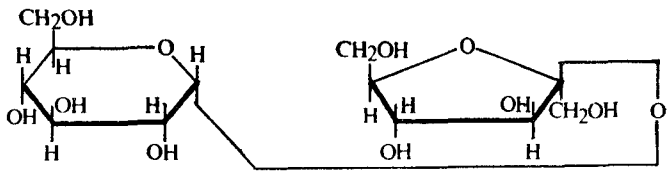
1] *En la física:* La experiencia cotidiana nos indica que los cuerpos caen porque son pesados. Si multiplicamos las experiencias y variamos sus condiciones podremos apreciar una y mil veces el mismo "hecho": lo que es más pesado que el aire baja al suelo, lo que es más liviano se eleva. Millones de constataciones serán inútiles para modificar o agregar algo a nuestro conocimiento fundado en los sentidos. Repetidamente sucedió así en la historia de la humanidad antes que Isaac Newton explicase la caída de los cuerpos y la apariencia que ellos tenían de ser "pesados" en función de una "fuerza de gravedad". Este concepto de "fuerza de gravedad" no provino de ninguna experiencia empírica personal como lo querría el mito (la célebre manzana) ni tampoco de una mágica inspiración; fue el resultado de la "importación" teórica de conceptos matemáticos, previamente producidos por otros científicos, a la física y de un planteo del problema de la caída de los cuerpos en términos abiertamente contradictorios con el "saber" de los sentidos. Los cuerpos no caían *porque* eran pesados y, al contrario, se podía entender su "ser pesados" como consecuencia de la relación que había entre la masa del cuerpo que caía, la masa de la tierra sobre la cual caía y el cuadrado de la distancia existente entre el cuerpo y el centro de la tierra. Indudablemente, no se podía alcanzar la comprensión de esta relación matemática que prescinde por completo de la apariencia de la caída por un simple proceso de incremento paulatino de los conocimientos a partir de la experiencia de cada día.

2] *En la astronomía:* Durante milenios el hombre vio "salir" el sol por el este y "ocultarse" por el oeste. La doctrina geocéntrica de Ptolomeo parecía ser del todo indiscutible. Pero —ahora lo sabemos— la astronomía del Ptolomeo no era una ciencia, era una descripción de las apariencias. Era el discurso ideológico (precientífico) que daba cuenta de los movimientos aparentes de los astros

[3] Los interesados en profundizar el tema de la intuición pueden remitirse al breve texto de Mario Bunge, *Intuición y ciencia,* Buenos Aires, Eudeba, 1965.

en el firmamento. Era la repetición de lo que "todos saben" en la medida que "todos" *reconocen* allí su vivencia de cada día o, lo que es lo mismo, en la medida en que "todos" *desconocen* la existencia de una estructura invisible, la del sistema solar, que permite explicar como se *producen* las apariencias que los presuntos científicos *reproducen* en sus libros. Y la astronomía sólo llegó a ser científica cuando Nicolás Copérnico pudo producir el concepto de la existencia de un doble movimiento simultáneo de la tierra alrededor de un eje imaginario y alrededor del sol. Estos conceptos no resultaban, claro está, de una apreciación sensorial. Copérnico no "vio" lo que "vio" con los ojos. Su teoría era el producto de una ruptura radical con las evidencias que sus ojos registraban en cada alborada y en cada crepúsculo. Su concepción "abstracta" de los movimientos reales de los astros se opuso a la fascinación de la experiencia "concreta" de los movimientos aparentes; recién entonces el firmamento fue verdaderamente inteligible.

3] *¿Y en la química?:* Cualquiera sabe que el azúcar es blanca, dulce al paladar y se disuelve en agua. Más cuando le preguntamos al químico qué es el azúcar, él nos dice: "es casi en un 100% sacarosa". Le contestamos: "¡Extraño nombre! Usted no nos ha contestado nada. Simplemente ha cambiado una palabra común por otra palabra menos conocida. ¿Qué es eso que usted llama sacarosa?" Y ahora ya no nos contesta nada. Toma una lapicera y dibuja estos signos extraños en una hoja de papel:



La respuesta se asombrosa: el azúcar es sacarosa y la sacarosa parece ser un jeroglífico. En ese dibujo no reconocemos ni la blancura, ni la dulzura ni la solubilidad. Ahora querremos saber cómo llegó él a saber que el azúcar que tanto los químicos como nosotros usamos para endulzar el café es así, tan extraño. Y nos dirá que no fue mirando, ni oliendo, ni tocando, ni gustando lo que le vendía el almacenero. Alcanzó ese conocimiento trabajando teóricamente, utilizando conocimientos científicos anteriores, formulando hipótesis, poniéndolas a prueba. Todavía podría quedarnos una duda: ¿para qué sirve este difícil pasaje de lo concreto sen-

sorial del azúcar a lo abstracto e irreconocible de la fórmula de la sacarosa? Y nuestro químico imaginario terminará con las últimas vacilaciones que nos restaban: lo abstracto de la fórmula de la sacarosa no proviene de lo dulce del sabor del azúcar; por el contrario, la dulzura del azúcar se explica por la estructura abstracta de la fórmula que él dibujó. Lo concreto del gusto se explica por lo abstracto de la fórmula insípida. Nos mostrará también en el papel que, alterando ciertos enlaces, se llega a obtener sustancias parecidas al azúcar pero con gustos distintos, que él puede planificar la preparación de otras sustancias dulces que no existen en la naturaleza antes que él las cree, etc.

4] *En la biología:* La situación no es distinta. La primera apariencia es que existen sobre la tierra múltiples especies radicalmente distintas: un pez, una paloma, un mono, un hombre, que son, a su vez, hijos de un pez, paloma, mono, hombre. ¿Qué más natural que afirmar que esas especies existen desde siempre o desde que Alguien las creó así, con esas características? Hasta hace poco más de cien años nadie hubiera discutido otra posibilidad. Recién en la segunda mitad del siglo XIX pudo afirmarse la doctrina teórica de la evolución de las especies en abierta ruptura con la evidencia de los reinos separados: animal, vegetal y mineral y de las clases, los géneros y las especies que previamente habían sido catalogados por los naturalistas. Y aun debieron pasar 100 años más hasta que hace menos de 20 años pudo demostrarse que la herencia dependía de modificaciones transmitidas en la manera de organizarse de ciertas moléculas relativamente simples: los ácidos nucleicos. ¿Qué relación, qué continuidad guarda esta explicación de la herencia por modificaciones en los ácidos ribo y desoxiribonucleicos con los datos aportados por nuestros sentidos? Claramente, ninguna.

De los cuatro párrafos anteriores podemos extraer la conclusión que ya venía formulada desde el epígrafe de Bachelard puesto como encabezamiento del capítulo: el *conocimiento objetivo* se constituye después de una ruptura con el conocimiento sensible o sensorial de los *objetos*. Las fórmulas de la gravedad, de la sacarosa, la estructura del sistema solar o las leyes de la evolución no son datos recogidos por nuestros sentidos, ni encontrados en la naturaleza ni enigmas revelados mágicamente al espíritu; son conocimientos producidos por los científicos *a partir de la crítica de las apariencias y de las ideas* que de modo más o menos espontáneo nos hacemos de las cosas. Crítica de lo que, desde ya, podemos designar como "ideología". Pero también desde ya es necesario disipar una confusión. Si, siguiendo a Machery y Althusser,

aceptamos que la ciencia es ciencia de una ideología a la que critica y explica, no puede ser menos cierto que para que surja el conocimiento científico es necesario que previamente haya habido una ideología a la cual criticar. La ideología es el saber precientífico, es el conocimiento del movimiento aparente, es el reconocimiento de los modos de aparición de las cosas y es el desconocimiento de la estructura que produce la apariencia. Por lo tanto, *es el imprescindible paso previo a la construcción de una teoría científica.* Entre el saber ideológico y el conocimiento científico hay un claro corte (ruptura epistemológica) pero también hay una relación indisoluble que los liga y los implica recíprocamente. Un término necesita del otro y sin embargo, entre ellos, no hay armonía sino lucha. Toda ciencia se alza críticamente *contra* una ideología que tenía vigencia en ese campo (recuérdese el ejemplo de las teorías de Ptolomeo y Copérnico: sin la ideología ptolomeica no hubiese podido producirse la ciencia copernicana). Para ser reconocida como tal, sin embargo, la ciencia debe desalojar a la ideología. A veces termina rápidamente con ella; a veces no. Veamos, a partir de los mismos ejemplos, cómo sucede esto.

Cuando Newton formuló sus principios sobre la gravitación fue posible explicar mediante las mismas leyes la caída de los cuerpos y los movimientos regulares de los astros. No faltó entonces quien se sintiera molesto. Los argumentos esgrimidos contra Newton eran de este corte: "Todos sabemos como se regulan los movimientos de las cosas. La física es un conocimiento sencillo que se alcanza por intuición y pertenece al común de las gentes. La ruptura con la experiencia y su matematización nos alejan de la maravillosa simplicidad de la vida." Lógicamente, esta oposición ideológica al conocimiento científico no podía tener mucho éxito. La física de Newton permitía orientar los telescopios hacia un punto predeterminado en el papel y encontrar allí un planeta desconocido, permitía resolver delicados problemas de balística, etc. ¿Qué realizaciones podía oponer a esto la física intuitiva de sus adversarios? Y, además, fuera de algunos presuntos "científicos" que pasaban a la categoría de charlatanes, ¿a quién podía molestar que los físicos explicasen los movimientos de los astros y los predijesen? Por *supuesto, a casi nadie.*

Pero fue muy distintos cuando alguien, mucho antes que Newton produjese sus fórmulas, sostuvo que entre esos astros que se movían debía contarse también a la tierra. El libro de Copérnico figuró durante más de 300 años en el Index de los libros prohibidos por la Iglesia. Giordano Bruno fue quemado vivo por sostener esas ideas. Galileo Galilei fue obligado a retractarse públicamente de

sus "errores". ¿Por qué? Se sabe: porque la teoría heliocéntrica modificaba la concepción reinante sobre el puesto del hombre en el universo. De un mundo en el que los hombres eran centro de un espacio infinito y estaban construidos a imagen y semejanza de un Dios omnipotente que designaba sus vicarios en la tierra para que los condujesen espiritualmente como los pastores a sus ovejas y con sus autoridades reales cargadas de un poder que emanaba de la gracia de ese Dios, debía pasarse a un universo sin centro y esta tierra sobre al que algunos reinaban tan orgullosos pasaba a ser una minúscula comarca perdida en el espacio. La revolución científica de Copérnico sacudía algunos de los cimientos del poder. Así se explica la ferocidad de la oposición que la ideología empleó contra la ciencia astronómica. Por otra parte, esa astronomía no ofrecía, de inmediato, soluciones a problemas prácticos existentes en ese momento histórico en la producción, en el comercio o en la guerra. La astronomía copernicana no era socialmente indispensable y era peligrosa, subversiva, para la ideología dominante.[4]

El destino de la química fue similar al de la física newtoniana. Cuando surgió, mejor dicho, cuando sus conceptos fundamentales fueron trabajados por Lavoisier y por Dalton, no encontró casi oposición. La química no alteraba de ninguna manera las relaciones de los hombres con el poder y ofrecía respuestas inmediatas y novedosas a acuciantes problemas del trabajo y de la guerra. Había un verdadero interés de los sectores dominantes de la sociedad en el desarrollo de la química: nuevas tinturas para los tejidos, modernos explosivos para mover montañas y para emprender conquistas territoriales. ¿Qué resistencia podían oponer a este empuje los encantadores, esotéricos, misteriosos tratados de alquimia?

¿Fue también así para la biología? No. Las teorías de Carlos Darwin despertaron un revuelo cargado de ruido y furor. En 1930 todavía comparecían a juicio y eran condenados los maestros norteamericanos que se atrevían a difundir entre sus alumnos las tesis evolucionistas. Es que la doctrina de Darwin venía también, como la astronomía heliocéntrica, a alterar el puesto del hombre en el universo y a poner indirectamente en tela de juicio a las estruc-

[4] Nótese que aquí se ha introducido casi subrepticiamente una nueva acepción del vocablo "ideología". Hasta ahora venía significando el conjunto de representaciones que precedía a la aparición de una ciencia y que estaba separada de ésta por un neto corte o ruptura. Es "ideología" en el seno de un *discurso epistemológico*. Aquí el vocablo ha sido utilizado para referirse al conjunto de representaciones deformadas de la realidad que las clases dominantes requieren para justificar y legitimar su dominación sobre el conjunto de la sociedad. Es "ideología de clase"; el vocablo aparece así en un *discurso político*.

turas de la dominación. El hombre dejaba de estar separado por un abismo de los animales y pasaba a ser un pariente de ellos que se había diferenciado en el curso de la historia. Ya no era más la perfección lograda en el punto de partida por un designio superior; pasaba a ser un momento en un proceso de evolución comenzado cientos de miles de años antes y nunca acabado. La ciencia de la biología fue combatida en la medida en que atacaba las representaciones que eran necesarias para el mantenimiento del orden social constituido. Puede verse en este ejemplo la relación que existe entre las dos acepciones que hemos detectado hasta el momento para el vocablo "ideología". Las clases dominantes requieren, producen y sostienen una ideología que tiende a conservar el estado de cosas basado en la dominación: es la *acepción política* del término. En función de sus intereses se oponen a la aparición y el desarrollo de una ciencia capaz de conmover los fundamentos del poder; en el plano teórico se recurre entonces a las representaciones "espontáneas" y "naturales", a las apariencias, a nociones que son incompatibles con los conceptos de la ciencia: es la *acepción epistemológica* de "ideología".

Sintetizando: la ideología que opera a partir de las evidencias aportadas por los sentidos se opone siempre al surgimiento de las ciencias que dan cuenta de cómo se producen las apariencias y cuál es la oculta estructura de lo real. El enfrentamiento entre la ideología y la ciencia es transitorio y de poca importancia cuando el descubrimiento científico se refiere a las cosas que sirven de materias primas o de instrumentos en el proceso de trabajo, en otros términos, cuando la ciencia puede actuar como estímulo para el desarrollo de las fuerzas de producción. Por el contrario, la ciencia debe chocar con la violencia despiadada de las estructuras del poder cuando sus elaboraciones afectan directa o indirectamente a la representación del lugar que los hombres, los agentes del proceso de trabajo, ocupan en el mundo social, cuando las consecuencias se ejercen sobre las relaciones de producción. Es por eso que los sectores dominantes de la sociedad podían apoyar el surgimiento de la física y de la química. Y es también por eso que debían oponerse al desarrollo de una astronomía y de una biología científicas.

La exposición esquemática que llevamos realizada con ejemplos tomados de la física, la astronomía, la química y la biología opera como una necesaria introducción para comprender cómo surgen, qué novedades aportan y que obstáculos debían y deben vencer las dos disciplinas científicas que nos ocuparán de modo dominante de aquí en más: el materialismo histórico y el psicoanálisis.

Porque las oposiciones planteadas a la astronomía y a la biología resultan ínfimas frente a la negativa, las prohibiciones y las deformaciones con que se pretende obstruir, degradar, tergiversar y destruir a la ciencia de las sociedades y de la historia: el materialismo histórico. ¿Cuáles son las tesis del materialismo histórico que despiertan semejante intolerancia? ¿Qué demostraciones produjo Marx a mediados del siglo XIX que aun hoy no pueden ser universalmente reconocidas entre las adquisiciones más preciosas alcanzadas por el entendimiento humano? ¿Qué relación guardan la magnitud de sus descubrimientos y las dificultades con que tropiezan su enseñanza y divulgación? ¿Por qué, a más de cien años de su primera edición, *El Capital* es quemado en las calles de Santiago de Chile?

Las apariencias nos permiten "ver" que los hombres no viven aislados sino que están organizados en países, en sociedades. Que en cada una de esas sociedades vive una población de *n* millones de habitantes distribuidos en una superficie de *x* kilómetros cuadrados. Que esos habitantes están cohesionados entre sí por lazos (a veces por oposiciones) de tipo lingüístico, racial, etc. y que comparten ideas de nacionalidad que tienden a mantener la cohesión de ese todo social. Que existe una institución suprema, el Estado, que regula y legisla sobre las actividades de la población. Que esos hombres, para sobrevivir como hombres, producen bienes en función de una división del trabajo que les parece natural y que el Estado tiende a mantener y organizar. Que, además de dividirse técnicamente el trabajo, existe una división social del mismo que hace que algunos trabajen en las tierras y que otros sean los dueños de esas tierras, que algunos elaboren industrialmente los productos de la tierra mientras otros son los dueños de las fábricas, etc. Que la función del Estado, según se manifiesta explícitamente, consiste en armonizar los distintos sectores para alcanzar estadios de bienestar creciente y que la historia puede ser vista como un tránsito gradual de las sociedades desde condiciones de miseria generalizada hasta el modelo que supondrían las actuales potencias industrializadas con riquezas casi infinitas y marcada capacidad de despilfarro.

Esto es lo que se "ve". Son las apariencias, la ideología precientífica. Al realizar la crítica de esta ideología Marx demostró que, en realidad, "hay que buscar la anatomía de la sociedad civil en la economía política". Es decir: la clave para entender la organización de la sociedad se encuentra en el "modo de producción", esto es, en la forma en que se organiza el trabajo humano dentro de ese marco social. Para producir los bienes necesarios a su su-

pervivencia, los hombres entran en *relaciones* entre sí y con las materias primas y los instrumentos con los que trabajan que son independientes de su conciencia y de su voluntad. El conjunto de estas fuerzas productivas y de estas relaciones de producción constituyen la base o infraestructura económica sobre la que se levanta el edificio de la sociedad humana tal como la vemos, con sus instituciones y sus leyes que tienden a regular las relaciones y las conductas de los grupos y de los hombres aislados. Y este conjunto de instituciones y leyes cuya máxima manifestación visible es el aparato del Estado configura una superestructura jurídico-política que tiende a mantener el modo de producción vigente en un momento histórico dado, previniendo y oponiéndose a todo lo que puede significar una modificación radical del orden social y de las relaciones de producción. El materialismo histórico demostró además que junto a ese aparato de leyes y organismos represivos se instala en cada uno de los individuos que entra en los procesos sociales una manera de pensar y de actuar, un sistema de representaciones y comportamientos congruente con lo que se espera de esos individuos. Así se configura otra superestructura que impone la reproducción de las relaciones de producción en cada sujeto que interviene en los procesos sociales: es la instancia ideológica.[5] En síntesis, que las sociedades humanas pueden ser comprendidas, en un principio y de modo aun imperfecto, por comparación con un edificio cuya infraestructura, base o cimiento es la producción de bienes materiales, caracterizado por un cierto tipo de relaciones entre los agentes de la producción (p. ej.: capitalistas y asalariados); esta base integra la *instancia económica.* Sobre ella se levantan dos instancias superestructurales: la *instancia jurídico-política* cuya función dominante es la de regular los procesos manteniendo las relaciones de producción vigentes y la *instancia ideológica* a través de la cual cada uno de los integrantes de la sociedad se incluye en el conjunto, ocupa el lugar que le está asignado en el proceso y se representa de modo deformado e ilusorio su participación en el mismo.

Es posible que después de haber visto las apariencias a las que enfrenta y de haber expuesto, muy a vuelo de pájaro, algunos po-

[5] Aquí se introduce la tercera y última acepción del vocablo "ideología". En una nota anterior se definió su significación en el discurso epistemológico y en el discurso político. En el *discurso científico del materialismo histórico,* la ideología es una de las tres instancias del todo social. A través de ella se asegura la inclusión de los sujetos en los procesos del conjunto. El tema se abordará con mayores detalles al referirse a la articulación del psicoanálisis en el materialismo histórico (cap. 4).

cos de los conceptos fundamentales del materialismo histórico, no hayamos respondido aún a la pregunta de la que partimos: ¿por-qué esta ciencia es tan peligrosa? Pero tenemos ya los elementos para contestarla: lo primero no es esa apariencia de una sociedad formada por individuos libres que se agrupan según su voluntad sino el proceso de producción y de distribución de los bienes materiales; en ese proceso los sujetos que intervienen no son libres sino que ocupan lugares desiguales y en todas las sociedades que han existido puede reconocerse la presencia de amos y esclavos, señores y siervos, capitalistas y asalariados, en una palabra, dominadores y dominados; entre esas *clases* que constituyen la sociedad las relaciones no son ni lo fueron nunca de armonía: la constante de la historia es la eterna lucha de los oprimidos contra sus opresores para liberarse del yugo que se les impone y de los opresores contra los oprimidos para mantener esas relaciones de producción y de explotación; que las clases dominantes son las que organizan un aparato legal y represivo al servicio de sus intereses, que esta estructura de dominación económica y política no puede mostrarse como claramente violenta y represiva sino que debe perpetuarse a través de la encarnación "natural" de tales relaciones de producción en cada uno de los individuos y que este proceso desemboca en la adopción automática de las ideas y los comportamientos necesarios para que el edificio social así construido se mantenga en pie. Desde ya podemos ir llamando *proceso de sujetación* a esta incorporación de cada individuo a la instancia ideológica que es indispensable para que pueda operar también en los procesos que transcurren en el terreno económico y en el jurídico-político.[6]

Carlos Marx produjo los conceptos que permitían dar cuenta de la historia y organización de todas las formaciones sociales, señaló que la economía es la determinante en última instancia de los procesos sociales y formuló las leyes que permiten comprender el funcionamiento de la instancia económica. Además dejó señalada la existencia de ciertos "lugares" teóricos que debían ser investigados para producir los conceptos que, rompiendo con las apariencias, explicasen el funcionamiento de las instancias jurídico-política e ideológica. Pero Marx no llegó a trabajar los campos que había delimitado.

Tomando puntos de partida totalmente diferentes, a partir de 1893, Freud abrió el camino de una nueva disciplina científica: el

[6] "Proceso de sujetación" en el doble sentido de constitución de sujetos y de sujeción, ligadura o atadura de esos sujetos así constituidos al conjunto de la estructura.

psicoanálisis. El cuerpo de conceptos interrelacionados que él produjo es muy amplio, complejo y polémico; ocupará muchas de las páginas de este texto.[7] En este capítulo sobre el modo de constitución de las ciencias interesa señalar que él también partió de evidencias: la existencia de ideas y representaciones concientes en todas las personas y la existencia de trastornos en el modo de aparición, en el contenido y en el curso de esas ideas que se manifestaban en ciertos sujetos a los que se daba en llamar "neuróticos" o "enfermos mentales". Los estudiosos de la época observaban, describían, clasificaban e imponían nombres a esos procesos. Otros estudiosos se dedicaban a una presunta "ciencia" que tomaba por objeto a la conciencia de los individuos y estos "científicos" eran llamados y se arrogaban el nombre de psicólogos. Pero cuando Freud, como médico que era, quiso explicar las neurosis tropezó con un serio obstáculo: no podía hacerlo a partir de la psicología de la conciencia, construida sobre la base de las sensaciones y de los pensamientos que tenía la gente. Por el contrario, se vio llevado a elaborar una teoría que daba cuenta de los síntomas de sus pacientes a partir de una estructura no aparente, con sectores diferenciados, desconocida tanto para sus pacientes como para él y a la que dio el nombre de *inconsciente*. El concepto de inconsciente, estructura invisible y sólo reconocible por sus efectos, permitió a Sigmund Freud aclarar el significado de un fenómeno hasta entonces incomprensible: el sueño. Luego, profundizando el trabajo teórico, pudo dar cuenta también de la llamada "vida psíquica" tanto "normal" como "anormal". En este derrotero teórico debió y pudo penetrar en el proceso de constitución del sujeto psíquico, supuesto portador de esa "conciencia", que aparentemente determinaba los "comportamientos" o "conductas" observables en él. Así rompió lanzas con todas las evidencias imperantes en la psicología de la conciencia y produjo una teoría del proceso de constitución de sujetos. Con posterioridad, un análisis epistemológico riguroso permitió la concreción de una confluencia teórica al advertirse que el psicoanálisis, ciencia del proceso de sujetación, es la disciplina que da cuenta de la reproducción de las relaciones de producción en los sujetos que se incorporan a la instancia ideológica de los modos de producción analizados por el materialismo histórico desde Marx en adelante. En síntesis, el psicoaná-

[7] Para el estudio de la teoría psicoanalítica resulta hoy en día casi indispensable el monumental *Vocabulaire de la psychanalyse* de J. Laplanche y J-B. Pontalis (París, PUF, 1967), Hay traducción al castellano: *Diccionario del psicoanálisis*, Labor, Madrid, 1971. A este texto debe referirse el lector interesado en la definición rigurosa de cada concepto.

lisis esclareció que los hombres no son entidades autónomas, dueñas de sus pensamientos y de sus conductas, sino que éstos están determinados por una estructura invisible (el aparato psíquico) "armada" en cada uno de ellos durante los primeros años de la vida y que permite e impone la adecuación a los lugares asignados en los procesos sociales a través de mecanismos inconscientes.

La astronomía de Copérnico nos había desalojado del centro del universo, la biología de Darwin nos derrocó de la posición de reyes de la creación, el materialismo histórico de Marx nos mostró la determinación social de los lugares que creíamos ocupar libremente y el psicoanálisis de Freud nos destruyó la ilusión de que nuestra conciencia era el centro de nosotros mismos. ¿Era posible esperar que los sectores dominantes de la sociedad tolerasen en silencio y cruzados de brazos el surgimiento y la difusión de estas ciencias? ¿No es lógica la afirmación de los intelectuales vinculados a esos sectores de que ni el materialismo histórico ni el psicoanálisis son científicos? ¿No es lógico que pretendan ocultar los contenidos más cáusticos de ambas disciplinas sosteniendo la idea de que las ciencias se constituyen por acumulación gradual y de un modo continuado a partir de la experiencia sensorial? Porque —y éste es el punto esencial— el conocimiento científico de las estructuras de dominación social y su encarnación en cada individuo no constituyen un simple saber que se guarda entre las páginas de un libro o que se proclama desde una tarima universitaria. Estos conocimientos no son neutrales. Desenmascarar la opresión social y la sujetación individual significa plantear automáticamente la cuestión de la abolición de las clases privilegiadas y la cuestión de la desujetación individual. Estos planteamientos teóricos no transforman, de por sí, la realidad del mundo. Pero ellos llevan, indefectiblemente, a orientar sobre la base de teorías científicas a las prácticas de transformación de las estructuras. Sería mitológico sostener que el conocimiento de las estructuras invisibles de la realidad modifica a esta realidad. Pero sería ilusorio pensar que esas transformaciones de fondo, que son necesarias, podrían producirse sin el conocimiento del proceso de producción de la realidad que se pretende transformar. Pasa aquí como cuando queremos conocer el contenido de un libro escrito en un idioma que ignoramos. Aprender ese idioma no nos brinda el conocimiento de lo que dice el libro, eso es indudable; pero es la condición previa pues la práctica de la lectura sólo será posible a partir del momento en que se sabe descifrar los signos que forman el libro. La analogía señala el lugar de la ciencia: la realidad no es transparente, deben producirse primero extraños lenguajes para poder des-

pués someterla a un dominio racional. Los sectores que pudiesen estar interesados en el mantenimiento de la realidad tal como se aparece sostendrán que el conocimiento consiste en reproducir las apariencias y se opondrán al progreso y la difusión del nuevo conocimiento. Este es el trasfondo de la discusión aparentemente abstracta entre la epistemología continuista y la discontinuista materialista.

CONCLUSIÓN

El título de nuestro capítulo es un interrogante: ¿cómo se constituye una ciencia? Ya es posible responder: oponiéndose y desenmascarando en su carácter de engañosas apariencias a las evidencias que ofrecen los sentidos. Denunciando y enfrentando la oposición que necesariamente recibe una ciencia nueva de parte de la ideología preexistente. Combatiendo contra los intereses de las clases dominantes que pretenderán ignorarla primero, aplastarla después y deformarla en última instancia para eliminar sus contenidos subversivos. Reivindicando permanentemente la relación que liga entre sí a todos los conceptos de una ciencia y señalando como ideológico todo intento de fragmentarla o de infiltrarla con nociones provenientes de campos teóricos que le son ajenos.

En este proceso no caben transacciones ni atenuaciones. Tampoco cabe la comodidad de renunciar a los conceptos que se consideran "difíciles". La ciencia, necesariamente, es difícil. Los objetos con los que trabaja son los conceptos y estos, indefectiblemente, son abstractos. La psicología que se verá en los próximos capítulos será difícil y distinta de lo que llamaremos "psicología académica" que, por partir de las apariencias, ella sí es fácil. Es sabido que un profesor de química podría dar clases sobre "la dulzura" y expondría que son dulces la mermelada, los caramelos, la miel y la pera y que, si ese profesor tuviese condiciones oratorias, podría subyugar a su auditorio. Por su parte, otro profesor de química puede fatigar a sus alumnos con pizarrones llenos de fórmulas que los sacarían del terreno de lo familiar. Acabado el curso los primeros alumnos habrán terminado por reconocer su experiencia cotidiana mientras que los segundos, si sobreviven al esfuerzo, podrán conocer cómo está organizada la realidad y serán los únicos en condiciones de transformarla conforme a objetivos y proyectos prefijados. Con la psicología sucede algo similar: el novelista puede fascinar a su lector con la descripción del carácter de un persona-

je; el fundamental capítulo sobre "La psicología de los procesos oníricos" de *La interpretación de los sueños* de Sigmund Freud, por el contrario, nos introduce en un mundo de ideas extrañas donde no reconocemos los objetos ni los rostros de nuestra vida pasada, donde se exige un sostenido esfuerzo intelectual y la múltiple repetición de la lectura. Y este texto difícil es científico mientras que la novela no lo era. Más aún, desde la descripción de un novelista no podremos alcanzar nunca el secreto de la sujetación de los seres humanos. Pero desde el conocimiento teórico que brinda la ciencia psicoanalítica podrá comprenderse, respetando ciertas limitaciones, al personaje del novelista y al acto de creación artística que condujo al nacimiento del personaje.

Sería erróneo deducir del párrafo precedente que la enseñanza de las teorías científicas debe considerar como virtud al aburrimiento que produce un texto o una clase. Los recursos pedagógicos deben extremarse para facilitar el acceso a las materias, tanto más cuanto más difíciles sean éstas. No todos los textos científicos son engorrosos. Trataremos también que éste no lo sea.

Mas, si comenzamos con un epígrafe de Bachelard, no puede sorprender que concluyamos con un epílogo del mismo autor, congruente con el primero:

> En lo que concierne al conocimiento teórico de lo real, es decir, a un conocimiento que vaya más allá de una simple descripción —y dejando de lado la aritmética y la geometría—, todo lo que es fácil de enseñar es inexacto. (*La filosofía del no.* Buenos Aires. Amorrortu. 1973, pp. 23-24.)

CAPÍTULO 2

¿QUÉ ENTIENDEN LOS PSICÓLOGOS POR PSICOLOGÍA?

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN

> La psicología, dicho sea con franqueza, es prácticamente cualquier cosa que ustedes quieran que sea. En un último análisis, la psicología consiste en cualquiera de las definiciones que un autor, ustedes, yo o cualquier otro, deseen aplicarle.
>
> ALBERT ELLIS, "Escuelas teóricas en psicología" en Weider, A., *Contribuciones a la psicología médica*, Buenos Aires, Eudeba, 1962, p. 45.

George A. Miller, profesor de la materia en la Universidad de Harvard, comienza su *Introducción a la psicología* advirtiendo sobre el riesgo y la inconveniencia de pretender iniciar un curso definiendo qué es la psicología. Elude los peligros desplazándose al terreno de lo que los psicólogos hacen y de la manera en que su actividad influye en la vida de los hombres y en la idea que ellos tienen de sí mismos. Es decir, la psicología no es definida o se busca alguna definición imprecisa, breve y convencional "partiendo del supuesto de que todo el mundo sabe, más o menos, de qué trata la psicología".[1] Se considera que la psicología es "ciencia" pero se elude el problema de definir los conceptos teóricos (no empíricos —recuérdese el capítulo anterior) sobre los cuales giraría su discurso. Apoyándose en la no-definición, se justifica luego a la psicología por sus "logros" técnicos o por la manera en que contribuye a "crear imágenes del hombre", a orientar la opinión pública, a gobernar la conducta de las masas, etc. Los subterfugios utilizados para evitar definir el objeto teórico son, así, solidarios de la utilización de la psicología como técnica y como ideología, entendiéndose esta palabra en sus dos primeras acepciones: como conjunto asistemático de nociones precientíficas y como representación ilusoria y deformada de la realidad elaborada por

[1] Miller, G. A., *Introducción a la psicología*, Madrid, Alianza, 1970, p. 11. Este texto es analizado en detalle en el cap. 14.

las clases dominantes que ocultan el yugo impuesto al conjunto de la sociedad.

Podría pensarse en este momento que nadie define el objeto de la psicología. Nada más incorrecto. A lo largo de la historia más que faltar han sobrado las respuestas: "el alma", "el espíritu humano", "la psique", "la actividad psíquica", "la conciencia", "el mundo interior", "la actividad nerviosa superior", "el mundo moral del hombre", "la conducta", "el comportamiento", "el inconsciente", "la personalidad", "el hombre concreto" y hay más. Es claro que si todos estos términos significan lo mismo no hay razón que justifique tener tantos y disputar tan ásperamente en favor de uno u otro y si los significados son distintos, de ser la psicología una ciencia, deberán existir criterios que permitan escoger a uno de ellos y rechazar a los demás como ideológicos. O puede pensarse —y, de hecho, es la posición de muchos— que es ocioso discutir alrededor de las palabras pues "todo el mundo" y "más o menos" sabe de qué trata la psicología. ¿Ocioso? Veamos. Sucede que al definir el objeto de una disciplina (ésta u otra cualquiera) se define *al mismo tiempo* y de un solo golpe *qué* se habrá de estudiar y también *cómo* se abordará ese objeto. Si escogemos "la conciencia", por ejemplo, el método de investigación no podrá ser otro que una reflexión que parta de los contenidos de nuestra propia conciencia y de la ajena. Si arrancamos desde "la conducta" y somos consecuentes, abominaremos de toda alusión a los contenidos de la conciencia y nos dedicaremos a observar y experimentar con los aspectos observables del comportamiento animal y humano. Importa entonces definir el objeto porque en función de él se resolverá el método de trabajo y se definirán, en consecuencia, los resultados que se obtendrán, las aplicaciones técnicas que se harán posibles y los contenidos que habrá de tener esta ¿ciencia o ideología?

Debemos ahora multiplicar los ejemplos para ver más detalladamente qué entienden los psicólogos por psicología buscando encontrar líneas comunes que nos permitan orientarnos en los laberintos de la psicología académica. Para ello nos proponemos recorrer el mundo e interrogar a los autores representativos de cada país sobre la materia objeto de sus desvelos.

Si comenzamos por el Este tenemos en primer término a S. L. Rubinstein *(La psicología, principios, método, desarrollo,* Montevideo, Pueblos Unidos, 1963.) Para este autor ruso "la psicología es la ciencia que investiga las leyes de la actividad psíquica, actividad que tiene su asiento en el cerebro del hombre" (p. 37). Pero la "actividad psíquica" no es definida. Podría entonces quedar su

definición como tautológica: "la psicología investiga... la actividad psíquica" con el agregado de indicar donde está el asiento ("el cerebro") pero sin aclarar qué es lo que allí asienta. Reducir la definición de Rubinstein a una tautología sería injusto con este autor pues, si bien no define, desde la primera página del libro está repitiendo "los fenómenos psíquicos — la conciencia" (pp. 11, 12, 30, etc.) y, sin señalarlo explícitamente, trata a ambos términos como sinónimos entre los que no establece diferencia alguna. Con referencia al otro objeto que actualmente los psicólogos académicos adjudican a la psicología, la conducta, Rubinstein no tiene dudas: "La conciencia condiciona la conducta, la actividad de las personas que, a su vez, modifica la naturaleza y transforma la sociedad" (p. 30). En síntesis, para la psicología académica soviética lo psíquico es la conciencia, ella asienta en el cerebro y condiciona al comportamiento.

Como autor representativo de la psicología alemana señalaremos a Werner Wolff pese a que su *Introducción a la psicología* (México, F.C.E., 1963) haya sido editada primeramente en los Estados Unidos. En el primer párrafo de su libro escribe: "La psicología trata de la conducta del hombre, de sus experiencias íntimas y de las relaciones entre ambas. También se ocupa de los órganos que ejercen influencia sobre la experiencia y el comportamiento y de las conexiones de éstas con el ambiente" (p. 7). A este autor debe agradecérsele la cautela de la frase "...la psicología pretende ser una ciencia" que lo distingue del apresuramiento de la mayoría que no titubea en decir "La psicología es la ciencia de...". Para Wolff hay dos realidades indudables: la conducta y las experiencias íntimas (o conciencia). Entre ambas existen órganos y existen relaciones que ligan los órganos con sus funciones: el comportamiento y la conciencia. La conducta, la conciencia y los órganos del sistema nervioso constituyen para él el tema de la psicología. Si se compara a este autor alemán que edita sus obras en los Estados Unidos con el autor soviético recién mencionado, puede verse que, en cuanto al objeto de la psicología, no postulan diferencias apreciables.

En Francia podemos citar a Paul Guillaume. Su difundido *Manual de psicología* (Buenos Aires, Paidós, 1963) comienza con un párrafo titulado "Objeto de la psicología" y se sostiene que es "el mundo moral" (p. 17). La lectura de las 350 páginas siguientes no permite avanzar más allá en la idea sobre el objeto de la psicología. Lamentablemente, ese "mundo moral" no es definido ni conceptualizado en ningún momento por el autor.

Los psicólogos franceses podrían considerarse burlados si se limi-

tase a Guillaume su aporte a un tema tan trascendental. Por eso hemos creído conveniente reforzar su participación en esta encuesta incluyendo el *Traité de psychologie expérimentale* dirigido por Paul Fraisse y Jean Piaget (París, PUF, 1963. Hay traducción española: Buenos Aires, Paidós, 1971). Allí Fraisse nos dirá: "El objeto de la psicología es el psiquismo humano o mejor, para evitar el término de psiquismo que presenta un aspecto misterioso y hasta esotérico, la personalidad humana contemplada como una integración unitaria de todas sus instancias" (t. I, p. 72). Bien, acá apareció algo nuevo en cuanto a definiciones: el psiquismo es la personalidad y ese es el objeto de la psicología. Se justifica entonces buscar en el mismo "Tratado..." qué quiere decir "personalidad". El lector se siente impulsado a pasar del tomo I donde se escuchó a Fraisse el tomo V donde se trata de este tema en particular. Y allí Richard Meili explicará: "con el término personalidad entendemos a la totalidad psicológica que caracteriza a un hombre particular" (t. V, p. 156). En síntesis, la psicología estudia a la personalidad y la personalidad es la totalidad psicológica de un individuo singular. A tal "hombre particular" lo investigamos, dice Meili "observándolo desde fuera o sintiéndolo desde el interior" de modo que, si queremos salir del círculo tautológico de las definiciones que reprodujimos, tenemos que llamar "conducta" a "eso que observamos desde fuera" y "conciencia" a eso que se "siente desde el interior". Vale decir que seguimos manejando los "objetos" de Rubinstein y Wolff.

Rusia, Alemania y Francia aportaron nombres importantes a la historia de la psicología académica. España no, pero tal vez algún representante de la psicología española pueda darnos luz para mirar el panorama en el que queremos introducirnos. Álvarez Villar *(Elementos de psicología experimental,* Madrid, Aguilar, 1964), sin embargo, no pretende ser original: "Definimos, pues, la psicología con los mismos términos que utiliza la inmensa mayoría de los autores, esto es, como una ciencia que estudia tanto la conducta humana como la conducta animal, entendiendo como conducta el conjunto de respuestas con que el ser viviente actúa ante los estímulos que proceden tanto de su interior como del medio ambiente" (p. 11). No es original pero es claro: la psicología es una ciencia y estudia la conducta. Uno estaría tentado de decir que entre esta psicología y la fisiología animal y humana no hay diferencias. Pero el propio autor aclara: "la psicología reserva, sin embargo, a la fisiología y a la biología aquellas respuestas más sencillas, como son los simples reflejos y las funciones puramente somáticas (digestión, respiración, etc.). Para expresarlo de manera más resumida

diremos, pues, que la psicología estudia la conducta". Ahora podemos ver en su conjunto el itinerario seguido por el autor: a] objeto, la conducta; b] conducta, respuestas del organismo; c] respuestas del organismo, de dos clases: más sencillas/somáticas y menos sencillas/no somáticas; d] más sencillas/somáticas, objeto de la biología y la fisiología; e] menos sencillas (¿complejas?)/no somáticas (¿psíquicas?), objeto de la psicología. En síntesis, la psicología de este psicólogo estudiaría ciertas conductas —no todas— que no son las "más" sencillas (?) y que no son "puramente" somáticas (?). Pero, "de una manera resumida", esas ciertas conductas son "la conducta".

Corresponde ahora que repitamos nuestra pregunta al Profesor de Psicología de la Universidad de Londres, H. J. Eysenck *(Fact and fiction in psychology,* Harmondsworth, Penguin, 1965). Y él nos dice: "La 'mente' o 'el alma' o 'la psique' son demasiado inmateriales como para que se las investigue con cualquier clase de procedimientos científicos; en realidad, de lo que el psicólogo se ocupa es de la *conducta* que es lo suficientemente palpable como para ser observada, registrada y analizada" (p. 13). Seguidamente el autor reconoce que tal vez tengan razón quienes critican su opinión acusándolo de dejar de lado aspectos muy importantes "pero esa, más que una cuestión científica, es una cuestión filosófica". Por tales razones él considera inútil argumentar más y se dedica a investigar en el laboratorio cuáles son las respuestas de los organismos frente a los estímulos. Eysenck no se plantea el problema que tanto perturbó a Álvarez Villar de diferenciar eso que él hace y llama "psicología" de aquéllo que otros hacen y llaman "fisiología" y que es, al fin de cuentas, lo mismo.

Saliendo de Inglaterra es fácil ingresar en el clima intelectual norteamericano. George A. Miller es Profesor de Psicología en la Universidad de Harvard. Él era quien nos había recomendado no empezar un curso por una definición de la psicología pero, en las páginas finales de su libro *(Introducción a la psicología,* Madrid, Alianza, 1970) incluye un glosario con las definiciones de los 132 términos más necesarios. Allí se lee: *"Psicología:* ciencia de la vida mental basada en la evidencia que se obtiene mediante la observación y análisis del propio comportamiento y del comportamiento de los demás" (p. 476). Bueno, hemos visto ya lo suficiente como para desconfiar de una "ciencia... basada en la evidencia" pero ¿quién sabe?, tal vez "vida mental" sea una expresión convincente para señalar el objeto específico de la psicología. Es lógico pues, que se busque "vida mental" o "mente" en ese glosario. Pero —¡ay!— allí no figuran. Tampoco se definen estos términos en las

otras 500 páginas de la *Introducción a la psicología.* No deja de ser una lástima ya que la psicología es la ciencia de eso. ¿Y si buscamos el otro término técnico que figura en la definición de psicología? *"Comportamiento:* Suele denominarse, de manera un tanto imprecisa, comportamiento a un esquema extremadamente complejo de reacciones, que pueden tener especial significado para el organismo" (p. 466). El término es "impreciso", el esquema es "complejo" (¿cómo se diferencia del "simple"?), "puede tener" (por lo tanto, también puede no tener) significado "especial" (es decir, no cualquier significado y, ¿cómo se distingue un significado "especial" de uno "no especial"?), para "el organismo" (y aquí, nuevamente, ¿cómo se diferencia esta "observación y análisis" de lo que hacen los biólogos y fisiólogos también en "el organismo"?).

De un autor yanki hubiésemos esperado una definición clara y Miller nos defraudó. Por ello nos dirigimos a otro texto de la misma procedencia y allí damos con lo buscado. Smith y Smith dicen en el glosario de *La conducta del hombre* (Buenos Aires, Eudeba, 1963): *"Psicología:* ciencia de la conducta" (p. 513) y *"Conducta:* Respuestas de un organismo a los cambios del medio" (p. 509). Álvarez Villar y Miller se habían acercado a estas definiciones pero las encontraban demasiado arriesgadas porque así no hay diferencias entre psicología y biología. Eysenck y los Smith no temen perder la especificidad de su materia y disolverla en la fisiología.

Es así como llegamos a la Argentina. Se han escrito entre nosotros muchas psicologías pero una sola de entre ellas alcanzó a la vez difusión, trascendencia y originalidad: la *Psicología de la conducta* (Buenos Aires, Eudeba, 1963. Hay ediciones más recientes a cargo del Centro Editor de América Latina) de José Bleger. Escuchemos: "No hay tal cosa como 'alma', 'psique', 'mente' o 'conciencia', hay, sí, fenómenos psicológicos o mentales, pero el atributo no puede ser transformado ni en sujeto ni en substancia. Por todo ello, nos parece importante partir de la afirmación de que la psicología estudia, o debe estudiar, seres humanos reales y concretos" (p. 13). Este objeto postulado por Bleger es original con respecto a los autores que hemos revisado y está tomado de un autor francés que escribió sus obras psicológicas hacia 1930: Georges Politzer. Ahora bien, ¿se justifica proponer a los "seres humanos reales y concretos" como objeto de la psicología? ¿No resultaría lógico que también un anatomista nos diese la misma respuesta refiriéndola a su propia disciplina? Bleger es conciente de la dificultad. Unas páginas más adelante (p. 23) dirá: "Al conjunto de manifestaciones del ser humano que llamamos conducta está

dedicado el presente trabajo" y en la página siguiente: "La conducta es la unidad de estudio de toda la psicología." La aparente originalidad del principio comienza a perderse. Cabe esperar aun que la definición de "conducta" nos libre de las dificultades ante las que sucumbieron los otros autores. Bleger sigue aquí la definición de Daniel Lagache: "Conducta es el conjunto de operaciones (fisiológicas, motrices, verbales, mentales) por las cuales un organismo en situación reduce las tensiones que lo motivan y realiza sus posibilidades." Los inconvenientes han resurgido. Los límites entre las disciplinas (especialmente entre psicología y fisiología) se han borrado otra vez. La referencia a "lo mental" no definido nos devuelve a los abismos de la psicología más tradicional. Bleger mismo se encarga de explicitarlo: de la conducta no se ocupa una ciencia en particular sino por lo menos tres: la biología, la psicología y la sociología. Pero para diferenciarlas no se hace ningún intento. (Ciertamente, sería temerario ensayar un recorte). Así queda la psicología sin un objeto específico; es una de las "ciencias de la conducta". La consigna es "atenerse a los hechos, tal cual se dan y tal como existen". Es decir, el objeto de la psicología es empírico y concreto. Tal objeto puede ser visto por distintas ciencias. Si bien se sigue hablando de una "ciencia psicológica", en este caso, la psicología es un *enfoque,* una manera de considerar hechos de experiencia, que es complementaria de otros enfoques, biológico uno, sociológico el otro, de analizar a los mismos hechos.[2]

En síntesis: Un interrogante viene sirviendo como hilo conductor en este capítulo: ¿Qué entienden los psicólogos por psicología? Para responderlo hemos realizado un extenso viaje por Europa y América, seleccionando en cada escala expresiones representativas de la psicología académica del país en cuestión. Terminada la travesía podemos decir que los objetos ofrecidos a la psicología pertenecen a tres grupos: a) tautológicos (como sucede en el "Tratado. . ." de Fraisse y Piaget; b) no definidos (Guillaume, Miller) y c) definidos con mayor o menor claridad (la mayoría de los autores). Este último grupo es el que merece un análisis más detallado. Sus representantes asignan a la psicología la tarea de estudiar la conciencia y/o la conducta. Estos son los temas de la psicología académica; nuestra tarea inmediata es entender críticamente qué significan estos términos, comprender cómo llegaron a existir y resolver la espinosa cuestión de si son nociones ideológicas o con-

[2] Para un análisis más exhaustivo de los problemas epistemológicos planteados por el texto de Bleger, convendrá que el lector consulte el ensayo de Carlos Sastre: "La psicología de la conducta, de José Bleger", aparecido en el nº 4 de la *Revista Argentina de Psicología,* Buenos Aires, Galerna, 1970.

ceptos científicos.[3] Es decir, después de haber contestado "¿qué entienden los psicólogos por psicología?, pasamos a preguntarnos sobre la cientificidad de la psicología académica. Y la respuesta no puede prescindir del interrogatorio a los objetos de estudio que esa psicología propone.

ANÁLISIS CRÍTICO DE "CONCIENCIA"

Etimológicamente "psicología" significa tratado o discurso (logos) sobre el alma (psique). Es muy difícil determinar en qué momento la noción de "alma" (sustancia inmortal, distinta del cuerpo y de origen divino, propia de los seres humanos) se desprendió de sus connotaciones metafísicas y teológicas para ser reemplazada por una versión laica que dejaba de lado las cuestiones de la emanación divina y de la eternidad de su existencia, aunque manteniendo su postulación como una "sustancia" y su oposición a la otra "sustancia" humana, el cuerpo. Es difuso el momento en que esa alma, laicizada, llegó a ser la conciencia. Leyendo los textos filosóficos claves en el pasaje de una noción a la otra se tiene la impresión de una transición paulatina que fue llevando desde una entidad sagrada a la que se accedía mediante la revelación encerrada en los libros de origen divino (alma) a una noción profana de algo abordable por la reflexión (conciencia). Este desarrollo puede apreciarse de modo fulgurante en dos célebres párrafos del *Discurso del método,* publicado por Descartes en 1637 y en los que, sin embargo, la palabra "conciencia" todavía no aparece:

> Yo había advertido desde mucho tiempo antes, como he dicho más arriba que, en lo que atañe a las costumbres, es necesario a veces seguir opiniones que se saben muy inciertas como si fuesen indubitables; pero, desde el momento en que me propuse entregarme ya exclusivamente a la investigación de la verdad, pensé que debía hacer todo lo contrario y rechazar como absolutamente falso todo aquello en lo que pudiera imaginar la más pequeña duda, para ver si después de esto quedaba algo entre mis creencias que fuese enteramente indubitable. Así, fundándome en que los sentidos nos engañan algunas veces, quise suponer que no

[3] Para caracterizar la oposición entre ambos seguimos a A. Badiou *(El (re)-comienzo del materialismo histórico,* Pasado y Presente, Córdoba, 1969, p. 18. También en *Lectura de Althusser,* Buenos Aires, Galerna, 1970, p. 261): "La ciencia, cuyos medios de producción son los *conceptos,* es la práctica productora de conocimientos; la ideología es un sistema de representaciones autodesignado en un conjunto de *nociones;* su función es práctico-social".

había cosa alguna que fuese tal y como ellos nos la hacen imaginar; y, en vista de que hay hombres que se engañan al razonar aun en las más simples materias de geometría, y juzgando que yo estaba tan sujeto a equivocarme como cualquier otro, rechacé como falsas todas las razones que antes había aceptado mediante demostración; y, finalmente, considerando que los mismos pensamientos que tenemos estando despiertos pueden también ocurrírsenos cuando dormimos, sin que en este caso ninguno de ellos sea verdadero, me resolví a fingir que nada de lo que hasta entonces había entrado en mi mente era más verdadero que las ilusiones de mis sueños. Pero inmediatamente después caí en la cuenta de que, mientras de esta manera intentaba pensar que todo era falso, era absolutamente necesario que yo, que lo pensaba, fuese algo; y advirtiendo que esta verdad: *pienso, luego existo*, era tan firme y segura que las más extravagantes suposiciones de los escépticos eran incapaces de conmoverla, pensé que podía aceptarla sin escrúpulo como el primer principio de la filosofía que andaba buscando.

Luego, examinando con atención lo que yo era, y viendo que podía imaginar que no tenía cuerpo y que no había mundo ni lugar alguno en que estuviese, pero que no por eso podía imaginar que no existía, sino que, por el contrario, del hecho mismo de tener ocupado el pensamiento en dudar de la verdad de las demás cosas se seguía muy evidente y ciertamente que yo existía; mientras que, si hubiese dejado de pensar, aunque el resto de lo que había imaginado hubiese sido verdadero, no hubiera tenido ninguna razón para creer en mi existencia, conocí por eso que yo era una sustancia cuya completa esencia o naturaleza consiste sólo en pensar, y que para existir no tiene necesidad de ningún lugar ni depende de ninguna cosa material; de modo que este yo, es decir, el alma, por la que soy lo que soy, es enteramente distinta del cuerpo, y hasta más fácil de conocer que él, y aunque él no existiese, ella no dejaría de ser todo lo que es. (Buenos Aires, Aguilar, 1964, pp. 81-83).

En síntesis, yo no soy este cuerpo material que veo y que necesita estar ubicado en un mundo o en un lugar; mi completa esencia consiste en el pensar. Mi existencia consiste en el conjunto de ocupaciones de mi pensamiento. Descartes utiliza como sinónimos "pensamiento", "yo" y "alma" pero este "alma" aparece ya como objeto para el conocimiento además de ser el agente del mismo. Puede decirse que este fragmento de 1637 con su célebre "pienso, luego existo" es la partida de nacimiento de la psicología de la conciencia. Los antecedentes y las consecuencias de las tesis cartesianas serán vistos con mayor detalle cuando se aborde la cuestión de "los modos de explicación en psicología" en el cap. 10. Por ahora, nos interesa señalar esta introducción casi subrepticia de la noción de "conciencia".

Por cierto, el tema quedaría mejor tratado si pudiésemos aportar una definición clara de lo que debe entenderse por "conciencia" pero esa es tarea muy difícil. Los glosarios de los libros de psicología eluden definirla aun cuando la proponen como el objeto de estudio de la psicología. Generalmente se reconoce que no se puede definir pues *la conciencia es una evidencia* que se alcanza intuitivamente y de la que todos participamos. En otras palabras, todos sabemos cuál es esa actividad en permanente movimiento de nuestras sensaciones y pensamientos que se suceden los unos a los otros. La conciencia es utilizada para definir a todo lo demás, real o imaginario, pero ella, en sí, escapa a toda definición. Y si buscamos un diccionario del idioma él nos dirá algo así como "conciencia es la propiedad de conocerse a sí mismo y a las cosas exteriores". Este objeto inasible es el que se dio a sí misma la psicología que hoy llamamos clásica y que no fue cuestionado entre aquel lejano 1637 y el mucho más próximo año 1900.

Fijar a la conciencia como objeto de la psicología es al mismo tiempo, según ya se indicó, ofrecer una propuesta metodológica para alcanzar conocimientos sobre ese objeto. Sería absurdo suponer, por ejemplo, que la balanza o la cámara fotográfica pudiesen llegar a ser instrumentos aptos para "saber" acerca de la conciencia. Es así como se determinaba que la psicología clásica no pudiese tener otros métodos que la descripción y el análisis de los contenidos de la conciencia. Este procedimiento, en el que un sujeto examina sus propios contenidos de conciencia o pide a otro que le transmita lo que pasa en su conciencia, es conocido como "introspección" u observación interior. La conciencia aparece acá como una cosa o un recipiente que tiene "contenidos". En ella se reconocen "funciones" y estas "funciones" de la conciencia pasan a ser los temas de la psicología: sensación, percepción, atención, memoria, pensamiento, juicio, emoción, sentimiento, voluntad, etc. Todavía hoy son estos los títulos de los capítulos de la materia "Psicología" que se estudia en nuestros colegios secundarios. Y todavía hoy tratan de ella los libros de psicología general y de introducción a la psicología que circulan.

Junto a esta psicología de la conciencia-como-cosa existen otras tendencias que mantienen a la conciencia como tema central de la psicología pero la consideran *como acto* a través del cual el yo trasciende al exterior, hacia lo que está fuera de sí mismo. En estos casos, que son los de las psicologías fenomenológicas, el método no consiste en la descripción y análisis de supuestos "contenidos" (la introspección) sino en la superación de la apariencia de tales "contenidos" mediante una abstracción de lo contingente,

variable y aleatorio para alcanzar, más allá de las evidencias sensoriales, la realidad última de las "esencias" de lo exterior a la conciencia (método de la intuición eidética).

Reconocimos haber fijado algo arbitrariamente al año 1637 como el momento en que comienza la psicología de la conciencia. Por más que ciertos profundos filósofos (Kant, Comte) hubiesen llegado a sostener la imposibilidad que ella tenía de convertirse en ciencia, la psicología académica clásica siguió un proceso más o menos rectilíneo de acumulación de datos sin encontrar inconvenientes ni impugnaciones serias hasta 1900. Ese es el año de la primera edición del libro de Freud *La interpretación de los sueños* que pasó casi desapercibido durante los diez años siguientes pero después, muy lentamente y de modo cada vez más franco a medida que se profundizaban las investigaciones de su autor, fue convirtiéndose en un obtsáculo inevitable para cualquier psicología de la conciencia. Y no es que no las hubiese después, es que ellas no podían dar cuenta de lo que el psicoanálisis había comprendido y que éste, a su vez, suministraba el conocimiento del movimiento real que producía esos fuegos de artificio: el movimiento aparente de los fenómenos de conciencia. De la teoría psicoanalítica dijimos ya en el capítulo anterior que comenzó por dar cuenta de procesos inexplicables para la vieja psicología: los sueños y los síntomas neuróticos. Y que terminó suministrando las claves del proceso de sujetación, articulándose en el materialismo histórico al ocupar el lugar teórico correspondiente a la instancia ideológica de los modos de producción. La potencia subversiva del psicoanálisis respecto de la psicología preexistente se desencadenó al demostrar que la conciencia no es lo psíquico sino que ella es tan sólo el aspecto exterior de una realidad infinitamente más compleja e inabordable para la conciencia misma: el "aparato psíquico". Al cabo de un arduo trabajo teórico que lo ocupó durante los 20 primeros años del siglo, Freud terminó postulando una teoría provisoriamente definitiva (como toda construcción científica) del aparato psíquico y de su modo de constitución.

Se hizo entonces claro que la existencia es, en un principio y siempre, existencia corporal. El cuerpo tiene necesidades; eso siempre se supo. Tiende a satisfacerlas; hay todo un montaje instintivo que la biología y la fisiología estudian con los métodos a su alcance. Para los estudiosos de la conducta ya ahí hay lugar para la psicología. Para los de la conciencia todavía no. Para el psicoanálisis es el punto de partida, el punto de separación de dos órdenes de realidad. A partir del nacimiento y apoyándose, apuntalándose, en la satisfacción de las necesidades corporales instintivas se va

edificando un nuevo mundo que ya no es del orden biológico. El cumplimiento del acto que satisface la necesidad da origen a una experiencia placentera. El bebé tiende al alimento pero también y al mismo tiempo tiende al placer. El orden de la necesidad, estudiado por la biología, se separa del orden del *deseo,* estudiado por el psicoanálisis. El instinto es satisfecho por el alimento, por la leche; el deseo es satisfecho por el pecho, por el acto de la succión del pezón. El movimiento del ser hacia el objeto del deseo no es ya el movimiento muscular exterior, la acción se interioriza, el objeto real es reemplazado por *el objeto fantaseado,* el instinto ha abierto el camino a las *pulsiones* y ellas otorgan una fuerza, una energía, al deseo. Han aparecido en la oración anterior algunos términos nuevos: el deseo, la fantasía, la pulsión; la novedad introducida por el psicoanálisis consiste en señalar que todos ellos, fundantes de la realidad de lo psíquico, son inconscientes. La conciencia aparece bastante después, de un modo secundario y como una función tardía de reconocimiento del mundo exterior. Su función primera es permitir la discriminación de lo real exterior al ser y de ciertos procesos corporales para alcanzar nuevas formas de satisfacción que la pulsión, por ser ciega, es incapaz de alcanzar. La captación de la realidad exterior permite también que el organismo viviente se aleje de los peligros emergentes del mundo natural y del mundo social. Para conservar la vida es necesario plegarse a las exigencias de la *realidad* aun cuando ello entrañe la insatisfacción o la postergación del deseo que tiende al *placer.* Quedan así, de un lado, lo primario, inconsciente, ligado al principio del placer y, del otro lado, lo secundario, consciente, ligado al principio de realidad. Entre estos dos órdenes de la realidad psíquica el conflicto es vitalicio. Las pulsiones, ligadas a la sexualidad en función de su conexión primera con las experiencias placenteras, están condenadas a ser reprimidas, desplazadas, transformadas en lo contrario, negadas en su acceso a la satisfacción y a la descarga. La conciencia, secundaria a ellas, es desconocimiento de este permenente proceso de deformación pulsional que se desarrolla a sus espaldas.

Los dos párrafos precedentes pueden ayudar a justipreciar la revolución teórica de Freud en relación con las tesis de Descartes. Nada de "pienso, luego existo". Por el contrario: existo como cuerpo y, en tanto que cuerpo, tiendo al placer. La existencia es, antes que nada, tendencia al placer y a la satisfacción del deseo. El deseo aparece en el escenario de un grupo humano preformado: la familia. Una de las funciones de ese grupo es, precisamente, la de modelar y encauzar al deseo en función de las necesidades del

conjunto de la estructura social. En la familia se impone la dominación de las pulsiones que tienden al placer sexual y de las funciones corporales relacionadas con ellas: la alimentación y la excreción, primero; el placer derivado de la región genital, después. La conciencia desconoce este proceso de construcción del sujeto del cual ella misma ha emergido. Para Descartes y para la psicología académica la conciencia era el punto de partida: porque pienso, existo en el mundo; pensando, puedo representarme a mi yo desligado del cuerpo, de todo soporte material y de una localización en el espacio. Para Freud la conciencia aparece como un *proceso secundario* y se funda en la inhibición del *proceso primario* motorizado por el principio de placer. La teoría psicoanalítica propone un subversivo descentramiento total respecto de las evidencias y de los pensamientos que "espontáneamente" los hombres tienen sobre sí mismos. En el habla cotidiana decimos, como Descartes, "yo" para referirnos a lo que se nos aparece y a lo que *creemos* que es nuestra realidad psíquica. Ese "yo" del lenguaje coloquial es el paradigma de una representación ideológica: es *reconocimiento* que el sujeto hace de sí mismo y es *desconocimiento* de que el tal "yo" está sometido, por un lado, a las exigencias del mundo exterior, por otro, a las demandas de las pulsiones que deben ser constantemente reprimidas y que son heterogéneas a ese "yo" y, finalmente, a las secuelas que bajo la forma de interiorización de la Ley han quedado del primitivo proceso de dominación (esto último será explicado algunas líneas más abajo). Para Descartes, "yo" era todo yo, toda el alma, todo el pensamiento, todo el ser. Para Freud, *el Yo*[4] es una de las partes, una instancia, de ese conjunto estructurado que es el aparato psíquico. En el universo conceptual y en el vocabulario del psicoanálisis, el Yo tiene esa función de discriminación de la realidad exterior y de ciertos procesos corporales que tradicionalmente se han atribuido a la conciencia pero tiene también una función inconsciente de defensa y de represión frente a la realidad pulsional. Esa otra realidad del deseo, de las fantasías en que el deseo se realiza, de las pulsiones que están en contacto directo con lo somático y que son absolutamente ignoradas por la conciencia, ese "lugar" del aparato psíquico que es el reservorio primero de toda la energía psíquica, es la

[4] Para evitar confusiones utilizaremos de aquí en adelante el término "yo" (con minúsculas) para referirnos al yo del lenguaje coloquial, al yo que se toma a sí mismo como el todo, y "Yo" (con mayúsculas) cuando hablemos de la instancia del aparato psíquico según la teoría psicoanalítica. También utilizaremos las mayúsculas cuando nos refiramos a las otras dos instancias: Ello y Superyó.

instancia del Ello. La conciencia, entonces, lejos de ser lo psíquico en general, es una función del Yo en contacto con la realidad exterior y con ciertos sucesos corporales, siendo otra de las funciones de ese mismo Yo la de represión de los representantes psíquicos de la pulsión que quedan así confinados en el Ello.

Y no se acaba aún el análisis crítico de la noción de "conciencia" que venimos desarrollando desde una perspectiva psicoanalítica. Porque la palabra "conciencia" significa algo más. Ya la hemos analizado como "propiedad de conocerse a sí mismo y a las cosas exteriores". Pero el *Diccionario de la Lengua Española* incluye otra acepción más: "es el conocimiento interior del bien que debemos hacer y del mal que debemos evitar". O sea que la conciencia tiene, además de su función de reconocimiento/desconocimiento, funciones éticas y normativas que gobiernan *nuestras* conductas. Es sorprendente que el Diccionario oficial de nuestro idioma utilice en este caso la primera persona del plural para dar una definición: "debemos hacer... debemos evitar". En castellano y en la mayoría de los idiomas la conciencia es también conciencia moral, expectante vigía de nuestra actividad. Y también acá el psicoanálisis sacude las mallas del pensamiento tradicional demostrando que este "conocimiento interior del bien... y del mal" no es para nada interior. Es el resultado de la incorporación por parte de cada sujeto de las imágenes de sus padres y de todas las personas que han ejercido autoridad sobre él con todo el conjunto de restricciones y prohibiciones que ellos impusieron merced a una amenaza, realmente proferida o fantaseada por el sujeto, de destrucción corporal: la amenaza y el complejo de castración. A su vez, estas restricciones impuestas primero por los padres son la consecuencia de la coerción que se ejerció sobre ellos durante su infancia. De modo que la conciencia moral (una de las funciones de la instancia del Superyó) es la delegada y la heredera de prohibiciones culturales que vienen de antiguo y que cada sujeto humano incorpora en su proceso de formación. Afuera y desde antes del nacimiento está el gigantesco edificio de la Ley. Cada nuevo invitado al mundo de los hombres debe incorporar, por las buenas o por las malas, una réplica en miniatura de ese monumento y sentirlo como propio. Por eso el Diccionario hablaba de un "conocimiento interior". Por eso Freud llama "Superyó" (Überich) a la instancia que incluye esta función. El prefijo alemán *über* no se refiere, como podría pensarse del prefijo castellano "super", a algo mayor o más importante que el Yo sino a una localización espacial: *über* es lo que está sobre, encima de... Y eso que está encima del Yo no es algo interior sino un

segmento de la realidad exterior del niño que posteriormente fue interiorizada bajo los efectos de una terrible amenaza. Ese Superyó, desde adentro, vigila al Yo e impide que se transgreda la Ley. Es la autoridad exterior y represiva ejerciendo sus funciones de gendarme dentro de cada sujeto, fiscalizando las conductas y los pensamientos.

La conciencia, entonces, no conservó, después de la revolución psicoanalítica, nada de lo que originalmente tuvo como versión laica del alma. Quedó desnudada en sus funciones y ubicada dentro de una conceptualización distinta: en tanto que reconocimiento de lo exterior (noción de "conciencia" en la psicología académica) pasaba a ser una función del Yo; en tanto que tribunal ético interior (piedra basal de las ideologías morales) quedaba adscripta al Superyó y desenmascarada como heredera de un proceso represivo originado en el exterior. A tal punto que cabría preguntarse, en vista de todas las servidumbres a las que está sometida sin saberlo, si la conciencia conserva aun algo rescatable o si se trata de un mero obstáculo que debe ser removido. Y acá cabe disipar un posible equívoco: la conciencia no es un objeto que pueda ser tirado y abandonado o reemplazado por otro; la conciencia es una actividad momentánea que forma un sistema con lo preconsciente, es decir, aquello de lo que no tenemos conciencia de momento pero que está disponible para hacerse consciente. No se trata, entonces, de expulsar a la conciencia sino de ampliarla, de poner a su disposición aquello que la represión del Yo le oculta. Esta es, precisamente, la posibilidad transformadora que abre el psicoanálisis cuando postula como su objetivo "hacer consciente (más exacto aún sería decir "hacer preconsciente") lo inconsciente". En otros términos, dar origen y posibilitar la existencia de nuevas formas de conciencia sobre las ruinas de las formas anteriores. Tomar conciencia del proceso de sujetación que constituyó a la conciencia con todos sus desconocimientos y reconocimientos ilusorios, abrir nuevas vías de solución a los conflictos interiores que consumen la energía psíquica (libido) de cada uno y liberar esa libido para la tarea de transformación de la realidad exterior. En síntesis, la conciencia es un conocimiento intuitivo que todos tenemos, sí, pero en la medida en que es inconsciencia de los procesos fundamentales que se dan en nosotros mismos. Para hacer preconsciente lo inconsciente es necesario un arduo trabajo en el que habrán de removerse pesadas cargas que, como el pueril burrito de San Vicente, llevamos sin sentir. Esta conciencia que se hace cargo de lo inconsciente ya no es la de Descartes ni tampoco la conciencia ingenua de los psicólogos clásicos ni la conciencia que

aprehende esencias de la psicología fenomenológica. Emerge un nuevo fundamento para la psicología cuando se comprende que la conciencia está determinada desde afuera de ella misma y, en última instancia, desde afuera de la persona, desde un sistema que incorpora a los sujetos humanos y los asimila a sus necesidades a través de una cierta conciencia de las apariencias, de una ideología de sujeto que ignora las determinaciones esenciales que regulan a tal conciencia. Este tema, cuyo desarrollo interrumpimos aquí, será retomado al analizar la articulación del psicoanálisis dentro del materialismo histórico (cap. 4).

ANÁLISIS CRÍTICO DE "CONDUCTA"

No sólo el obstáculo teórico derivado del psicoanálisis conmovió a la psicología de la conciencia. Hubo también un obstáculo pragmático que en su forma más burda puede formularse así: *¿Para qué sirve la psicología de la conciencia?* Admitido que todos "tenemos" una conciencia que aprehendemos intuitivamente. Admitido que podemos preguntarnos a nosotros mismos y a otros sobre los contenidos de sus conciencias. Admitido que es lícito descomponer esos "contenidos" en "partes" y delimitar "funciones" de la conciencia. Admitido que después de analizar por introspección y de desmenuzar a las sensaciones, percepciones, pensamientos, sentimientos, etc., podemos volver a armarlos y reconstruir lo que había cuando empezamos a "investigar". Admitido todo esto, ¿qué hemos adelantado? ¿que posibilidades de transformación tenemos a partir de este supuesto "saber" sobre la conciencia? Podemos representarnos mejor la situación límite a la que llegaban los psicólogos de la conciencia imaginando lo que podía hacer un físico del siglo XVIII con un moderno televisor. Podía describirlo, desarmarlo, ponerle nombres a las distintas partes, señalar cómo ellas están distribuidas en el espacio y luego... volverlo a armar sin haber adelantado nada en lo referente al "objeto" con el que había "trabajado". El principio racional que organizaba a lo que él estaba viendo le era por completo ajeno. Así, además de ser un saber que se limitaba a reproducir las evidencias de lo ya sabido por todos, la psicología de la conciencia era un saber inútil. Lo primero no es pecado; cualquier técnica artesanal se basa en el conocimiento y en el "sentido común", pero el segundo de los defectos era imperdonable al comenzar el siglo XX. El "saber" debía ser útil, ser capaz de modificar lo que *se* quisiese modificar y

de evitar los cambios que *se* temiesen (estos dos "*se*" quedan por ahora como incógnitas que oportunamente deberemos despejar). La psicología de la conciencia era inservible; por eso es que se sintió en ella una tremenda explosión cuando se operó un cambio de perspectivas que la habilitaba como técnica útil. Tomando como punto de partida el descubrimiento de los reflejos condicionados realizado por Pavlov al comenzar el siglo, un joven norteamericano, estudioso del comportamiento de los animales, John B. Watson, publicó un libro que, a su entender, venía a destruir de modo irreversible a la psicología de la conciencia. Dejemos que él nos exponga brevemente lo esencial de su doctrina:

> La psicología, tal como la ve el conductista, es una rama puramente objetiva y experimental de la ciencia natural. Su meta teórica es la predicción y el control de la conducta. La introspección no constituye una parte esencial de sus métodos, y el valor científico de sus datos no depende de que se presten a una interpretación fácil en términos de conciencia. En sus esfuerzos por obtener un esquema unitario de la respuesta animal, el conductista no reconoce ninguna línea divisoria entre el hombre y el bruto. La conducta del hombre, con todo su refinamiento y complejidad, no es más que una parte del esquema total de investigación del conductista... Parece haber llegado el momento de que la psicología descarte toda referencia a la conciencia, de que no necesite ya engañarse al creer que su objeto de observación son los estados mentales. (Tomado del primer trabajo polémico de Watson: "Psychology as the behaviorist views it" [1913] y reproducido en Marx, M. H., y Hillis, W. A., *Sistemas y teoría psicológicos contemporáneos*, Buenos Aires, Paidós, 1969, p. 158.)

Para referirse a la innovación watsoniana es frecuente que los historiadores de la psicología hablen de una "revolución". Veamos lo que significa el conductismo con relación a la psicología precedente. Cambio de objeto: de los estados mentales a la conducta. Cambio de método: de la introspección a la experimentación "objetiva". Cambio de objetivo: de la descripción a la predicción y el control. Cambio de límites del campo: de lo humano como distinto y separado de lo animal a lo humano como parte de lo animal y sin "ninguna línea divisoria entre el hombre y el bruto". Y, finalmente, cambio de status de los psicólogos: de pensadores dedicados a la especulación en el aislamiento de las universidades a técnicos solicitados en todas partes para que den su opinión y consejo acerca de las mejores maneras de predecir y controlar lo que hará la gente entendiendo, según ya se dijo, que no hay límite ni diferencia cualitativa que permita distinguir entre la gente y las bestias.

Si bien, desde una perspectiva epistemológica que enseguida explicitaremos, Watson no produce ninguna "revolución" (ninguna ruptura), el lector no puede menos que tener la impresión de que sí la produjo después de apreciar los importantes cambios que venimos de reseñar y después de echar una ojeada sobre los textos de psicología y sobre la actividad de los psicólogos. A partir de la conmoción watsoniana no hay casi autores o profesores que no se sientan arrastrados a decir que la psicología "es la ciencia de la conducta" y luego, por lo común, se hace entrar a la conciencia de uno u otro modo en el esquema considerándola como "conducta implícita". Y la ocupación dominante de los psicólogos después de Watson es la de comprender los fenómenos de su campo en términos de "conducta", "estímulo" y "respuesta", de modo que estamos prácticamente obligados a desentrañar el significado de estos términos para poder avanzar.

"*Conducta* —dicen de modo breve e irreprochable Smith y Smith (*loc. cit.*, p. 509)—: Respuestas de un organismo a los cambios del medio". ¿De quién?: "de un organismo". ¿Qué es un organismo? Ni en Smith y Smith ni en ningún texto de psicología se encuentra respuesta para esta pregunta. Buscamos en el *Diccionario de la Lengua Española* y allí leemos: "Conjunto de órganos del cuerpo animal o vegetal y de las leyes porque se rige." La definición no suena convincente. Parece más clara la del *Oxford Dictionary*: "*Organismo:* cuerpo organizado con partes conectadas interdependientes que comparten una vida común; estructura material de una planta o animal individual". Bien, todos los organismos tienen conductas frente a los cambios del medio. Y organismo es cualquier estructura viviente. Las flores del girasol se orientan en relación a la posición del sol, ¿objeto de estudio para la psicología? Las lombrices tienden a vivir allí donde la tierra es húmeda, ¿objeto de estudio para la psicología? Sigmund sueña mientras duerme en un ambiente totalmente tranquilo y donde no hay ningún cambio, ¿no-objeto de estudio para la psicología? Si el psicólogo estudia la conducta, si conducta es lo que hacen los organismos en los medios y si organismos son todas las estructuras vivientes, la psicología, o se confunde con la biología o es el estudio funcional de los seres vivientes y entonces no se diferencia de ese sector de la biología que es la fisiología, sea ésta vegetal o animal. Pero, si el campo de la psicológico estuviese estructurado por un sistema de relaciones que trasciende lo biológico (por ejemplo, leyes de prohibición del incesto, estructura de los modos de producción, complejo de Edipo, etc.), entonces el conductismo estaría operando

una *reducción* de lo cultural, lo económico, lo psicoanalítico, etc. a lo biológico; estaría desconociendo los mecanismos de producción específicos de esa conducta que toma como su objeto y estaría obturando los caminos que conducirían a la explicación de la conducta como el efecto visible de una estructura invisible.

El vicio del conductismo sería análogo al de un presunto biólogo que, por su parte, pretendiese estudiar los fenómenos vitales reduciéndolos exclusivamente a las interacciones físicas y químicas que se dan en los organismos vivientes y no reconociese la especificidad irreductible de los fenómenos vitales. Que sin organización física y química no habría vida, ni biología, ni biólogo es seguro e indudable; pero sería ilusorio pensar que el conocimiento de lo físicoquímico implica mecánicamente el conocimiento biológico. Igualmente, tampoco cabría dudar de que sin estructura biológica no habría nada que pudiese ser llamado psíquico, cualquiera sea el contenido que después vayamos a adjudicar a esta palabra.[5] Está en juego en esta discusión la especificidad de cada disciplina: la física no se reduce a las matemáticas, la química no se reduce a la física, la biología no se reduce a la física y a la química. Si lo que la psicología tiene para decir se refiere a la conducta y esta se define por la actividad de los organismos en los medios, la psicología no es una ciencia sino un aspecto de la biología imprecisamente delimitado.

Y no paran aquí las objeciones a la psicología de la conducta. Ella dice: "respuestas de un organismo a los cambios del medio". El organismo —ya lo vimos— puede ser vegetal, animal o humano. ¿Y el otro término, el "medio"? Al no hacerse ninguna especificación, podría suponerse que es el mismo para todos esos organismos. Pero cuando se piensa críticamente, no se tarda en descubrir que las plantas y los animales se desarrollan en un *medio natural,* mientras que los hombres se producen y se reproducen en un *medio artificial:* la sociedad humana. La indiferenciación de estos dos "medios" no es casual; si se acepta esta representación espontánea de que los animales y los hombres viven en "el medio", terminará pareciendo también "natural" que las leyes, la predicción y el control de la conducta no presenten diferencias fundamentales entre unos y otros. Los animales viven en un medio que —¿quién lo discutiría?— es "natural". Si no se señala explícitamente la originalidad del "medio" en que viven los hombres, la sociedad humana con su organización de la producción y la división

[5] Descartes, sin embargo, afirmaba que no podía asegurar la existencia de su cuerpo. Pero la excepción no debiera sorprendernos; él era un profesional de la duda.

en clases, se hace pasar de contrabando la idea de que la sociedad humana es también un "medio natural", tan "natural" como el hielo para el oso polar o la montaña para el cóndor. —¿Qué hacen las plantas, las lombrices, las ratas en sus "medios"? —Se adaptan. ¿Pueden acaso hacer otra cosa? —¿Qué finalidad tiene la conducta? —*La adaptación.* —¿Qué hacen o debieran hacer los hombres en su "medio", en la sociedad, a través de las conductas? —Adaptarse. ¿Pueden acaso hacer otra cosa?— Las respuestas van siguiendo con naturalidad a las preguntas. Esa simulación es constitutiva de la psicología conductista. La noción de adaptación a las variaciones ambientales, útil en el terreno de la biología, revela ser la encubridora de un proyecto conservador de las estructuras vigentes en las sociedades humanas. La psicología se incluye, aparentemente sin saberlo, en un proyecto adaptacionista. Ya nos había dicho Watson que "su meta *teórica* (!) es la predicción y el control de la conducta". La sociedad de clases trabadas en lucha y fundada en la explotación del trabajo es presentada como el ambiente natural al que hay que adaptarse. Los psicólogos fijarán los criterios para evaluar la adaptación en función del éxito o el fracaso en el logro de los objetivos perseguidos (nos preguntamos, ¿perseguidos por quién?). La conducta es la respuesta que da el organismo, ya animalizado, frente a los cambios que "se" producen. Los cambios observables en los medios naturales son impersonales, nadie tiene responsabilidad sobre ellos y son inevitables. Por ejemplo, *se* produce una sequía y los animales *se* mueren de hambre y sed.[6] ¿Valen los mismos criterios para analizar este acontecimiento que para entender el estallido de una guerra o para comprender que se tiren alimentos con el objetivo de mantener artificialmente elevado su precio en el mercado? Si el caso fuese el mismo la reacción óptima también sería la misma. Los hombres deberían "adaptarse" a la guerra o a los altos precios de los productos que los capitalistas destruyen así como los animales deben adaptarse a la sequía.[7] Así, el soldado que se opusiese a la guerra podría ser llamado "inadaptado" y para él cabrían los castigos prescriptos por los códigos militares (incluso la pena de muerte a los desertores) o el trata-

[6] Apréciese la propiedad con que están utilizados en este caso los "se". Nadie produce la sequía y sólo en sentido figurado podría sostenerse que la sequía es la que mata a los animales; ellos se mueren. Volveremos sobre el tema en los capítulos 14, 15 y 16.

[7] Aquí, por el contrario, es bien claro que no "se" produce la guerra ni "se" destruyen los alimentos. Uno de los recursos predilectos del discurso de la psicología académica es el de la formación de oraciones impersonales y pasivas donde la partícula "se" funciona como eje del ocultamiento del encargo social formulado a esa psicología.

miento psiquiátrico que permitiría "readaptarlo" y recuperarlo para el combate. Aquí se ve ya con claridad la existencia de un "encargo social" [8] emanado de las clases dominantes que actúa como telón de fondo en el escenario donde la psicología conductista tiene el papel protagónico. La meta es tratar al hombre como animal, "predecir y controlar su conducta", al servicio de un sistema de dominación de clases que es el que asigna a los sujetos el lugar que deben ocupar y el que asigna a la psicología una función y un prestigio acordes con la trascendencia de la misión encomendada. El niño debe guardar su lugar en la familia y en la escuela, el adulto en la fábrica o en la universidad. El psicólogo estará en todas las instituciones velando para que nadie se aparte y para devolver al rebaño a las ovejas descarriadas.

Y hay más aún con la psicología conductista. Según vimos, la gran mayoría de los autores dicen que la psicología es la ciencia que trata de la conducta. Ya sabemos qué es la conducta. Ahora debemos preguntarnos si este "saber" sobre las respuestas de los organismos a las variaciones de los medios constituye realmente una ciencia, si tiene su objeto específico, si presenta una estructura teórica comparable a la que tienen las otras ciencias establecidas, si en virtud de un objeto que le es propio ha definido también un método experimental propio que garantice la validez de sus afirmaciones. Y responderemos sistemáticamente que "no" a todas estas preguntas. En el primer capítulo hemos visto ya cómo se constituye una ciencia: desprendiéndose de los hechos concretos tal como ellos son percibidos por los sentidos y construyendo un sistema teórico de conceptos intervinculados que dé cuenta de cuál es el mecanismo de producción de los fenómenos observables. O sea que el *objeto* de una ciencia no es una cosa o una modificación visible en las cosas sino que es un sistema de conceptos producido por los científicos para explicar a las cosas y sus modificaciones. La ciencia no "encuentra" su objeto; lo "produce" a través de un trabajo teórico. El objeto de la ciencia es, pues, un objeto formal y abstracto, a diferencia de los objetos empíricos, concretos, de nuestra vida cotidiana. El objeto de la física no es la silla, es el sistema de conceptos que incluye objetos formales y abstractos tales como "masa", "espacio", "tiempo", etc., definidos todos ellos por sus relaciones con los demás. El objeto de la química tampoco es la silla, son los "átomos" ordenados teóricamente en la tabla de los elementos de Mendeléiev y combinados en "moléculas" de acuerdo a leyes que se comprenden teóricamente por

[8] Ver capítulos 14 y 15.

las propiedades teóricas de esos objetos no menos teóricos que son los átomos y sus "valencias".

Ahora bien, la conducta se define por ser un "hecho", el método de estudio es la observación y la experimentación. No hay especificidad del objeto; por ejemplo, Bleger[9] sostiene que la psicología es "una" de las ciencias de la conducta y afirma que toda conducta puede y debe ser el objeto de por lo menos tres ciencias: la biología, la psicología y la sociología. Tampoco hay especificidad del método: el psicólogo conductista emplea el método experimental en la forma preconizada por Claude Bernard para ese sector de la biología que es la fisiología. Tampoco hay estructura teórica que explique el mecanismo de producción de los fenómenos observados: el conductista se limita a constatar y se preocupa por definir las posibilidades de predecir lo que puede suceder en el futuro, desinteresándose de las causas. Lo poco que llevamos dicho alcanza, no obstante, para afirmar ya que, desde una perspectiva epistemológica, la psicología que se da como "objeto" la conducta no es ciencia; es colección de datos y experiencias que deberán ser explicados por alguna ciencia que *produzca* su propio objeto teórico.[10]

REFLEXIONES EPISTEMOLÓGICAS SOBRE LA PSICOLOGÍA ACADÉMICA

En su discurso oficial la psicología se arroga dos objetos: la conciencia y la conducta. Del análisis crítico que hemos realizado de ambos términos resulta que no se trata de objetos formales y abstractos producidos por la práctica teórica después de un descentramiento respecto de los datos de la experiencia sino que son abstracciones simples que surgen de la observación interior de la conciencia o exterior de la conducta. Se trata, en otras palabras, de representaciones ideológicas (en el sentido epistemológico) de la realidad tal como ella se aparece a nuestra intuición (conciencia) o a nuestros sentidos y razonamientos experimentales (conducta). Lo que terminamos de decir no implica, por cierto, que conciencia y conducta sean inexistentes o insignificantes. Constituyen un campo de representaciones de la realidad; por lo tanto, un sector del conocimiento donde deben desentrañarse las estructuras teóricas formales y abstractas capaces de explicar cómo se pro-

[9] Bleger, J., *Psicología de la conducta*, Buenos Aires, Eudeba, 1963, pp. 27-8.
[10] Volveremos sobre la psicología conductista en el cap. 11.

ducen esos efectos: la conciencia y la conducta. Como lo planteaba Bachelard: procesar una ruptura epistemológica que permita pasar del "saber" emanado de la intuición o de los sentidos (conocimiento de apariencias) al conocimiento racional y objetivo (científico).

Ahora bien, si la psicología se ocupa de la conciencia y la conducta, no es una disciplina científica. La psicología es, epistemológicamente, una ideología. La conciencia y la conducta constituyen el campo de lo apariencial e ideológico que deberá ser trabajado, cultivado, por el pensamiento científico. Para roturar este campo debían producirse los conceptos que pudiesen servir como instrumentos teóricos, capaces de transformar a las representaciones ideológicas del movimiento aparente de la conciencia y la conducta en el conocimiento del movimiento real que las ha producido. Esta es la tarea que, enfrentando innumerables y complejas dificultades, debe emprender la teoría psicoanalítica.

El proceso del conocimiento en este terreno puede ser esclarecido si se explicita y si se ejemplifica la diferencia entre la práctica ideológica y la practica científica. *¿Cómo se puede llegar a saber y a explicar en psicología?* La gente piensa y actúa; nosotros queremos llegar a saber sobre eso. Lo primero que surge ante nosotros es un conglomerado de representaciones sobre los pensamientos y las conductas propias y ajenas. Esas representaciones derivan de la realidad pero ya no son esa realidad misma; hay ya una cierta categorización de esa realidad, por lo tanto, un comienzo de elaboración teórica. El niño toma el biberón: nosotros lo vemos con nuestros ojos y nos hacemos una idea, una representación de su comportamiento. Esta representación no es el comportamiento mismo del chico, pero tampoco es todavía el conocimiento de lo que el chico hace. Es un *reconocimiento* sensorial de la actividad alimenticia del niño. Se trata de la *materia prima* con la que habremos de trabajar en la práctica que definimos como ideológica. Para elaborar estas representaciones tenemos necesidad de *instrumentos* que son, a su vez, el resultado de un trabajo previo. Entre esos instrumentos figura el *método experimental*, capaz de conducirnos a observaciones sistemáticas en función de un análisis de las variaciones espontáneas y artificiales provocadas en nuestro objeto de observación. ¿Cómo toma su biberón el niño después de dos, cuatro o seis horas de ayuno? ¿Cómo lo toma si se lo da su madre o si se lo da un desconocido? Etcétera. Así alcanzamos una mayor cantidad y una organización de nuestras apreciaciones y representaciones y estamos en condiciones de clasificar las conductas infantiles de succión en función de ciertas variables. Además de la

observación, la experimentación y la clasificación, utilizamos también una serie de otros instrumentos y procedimientos teóricos y técnicos para el análisis de las representaciones. Los datos de la experiencia son susceptibles de cuantificación: podemos medir el tiempo del ayuno, el volumen de la leche ingerida, la magnitud de las reacciones musculares del niño antes y después de comer, etc. y, en un paso posterior, establecer relaciones también cuantitativas y más o menos constantes entre las distintas variables estudiadas. A estas relaciones se les da el nombre de *leyes*. En posesión de un conjunto de leyes interrelacionadas (en el sentido de presentar algunos elementos comunes entre varias de ellas) podemos deducir nuevas leyes que ya no surgen de la experiencia directa sino de un trabajo teórico que deberá, a su vez, dar origen a nuevas observaciones sistematizadas capaces de ratificar o rectificar las hipótesis y las deducciones emanadas de las experiencias previas. Luego, este conjunto de leyes articuladas se incluyen todas en un *modelo* que tiene en cuenta el conjunto de los resultados obtenidos experimentalmente en relación con la conducta alimenticia de los bebés. En el desarrollo de este proceso se van definiendo *nociones* nuevas y relaciones entre las susodichas nociones. Por ejemplo, "motivación" para referirse a todo aquello que impulsa al niño hacia el alimento, "frustración" para el obstáculo interpuesto entre el niño y el alimento, "agresividad" para referirse a los efectos de la "frustración" en el transcurso de una "conducta motivada", etc. Y se establecen leyes: "siendo la frustración constante, la agresividad es directamente proporcional a la magnitud de la motivación" (en otros términos: si no se le deja llegar al biberón, la rabia del chico es tanto mayor cuanto mayor sea su hambre). Este conjunto de "nociones", integradas en "leyes" y "modelos", constituyen el resultado de la práctica ideológica. En este proceso no se ha explicado: se ha observado, se ha puesto nombre a lo observado, se lo ha medido y clasificado y se han establecido relaciones entre los fenómenos. El trabajo realizado no ha sido inútil; por el contrario, era imprescindible. Sin embargo, es frecuente y hasta habitual que este necesario trabajo de organización nocional de la realidad se transforme en un obstáculo para el conocimiento. Sucede así cuando los investigadores piensan que con el conjunto articulado de las nociones así obtenidas pueden volver las representaciones de las que habían partido y *explicar* los datos de la experiencia, en nuestro ejemplo, la conducta infantil.

"Agresión", "frustración", "motivación", no explican nada; son nociones, resultado de la práctica ideológica que, a su vez, deben

ser explicadas. Para ello, será necesario un nuevo trabajo teórico.

Este es el punto de partida de la *práctica científica.* La práctica ideológica comenzaba en el nivel de las "representaciones", las trabajaba y desembocaba en la producción de "nociones". La práctica científica se hace cargo de estas nociones, las define como abstracciones simples y las toma como *materia prima* que tendrá que ser elaborada para dar cuenta, para apropiarse teóricamente, de la realidad. Todo trabajo requiere *instrumentos.* Y la práctica científica tiene su instrumental propio; ya no se trata de instrumentos técnicos ni de observaciones sistemáticas y rigurosas. Los instrumentos de la práctica científica son teóricos, son *conceptos.* Estos conceptos son el producto de una práctica teórica previa, la ruptura epistemológica. No entraremos en este momento en el detalle de cómo se han producido pues el tema se abordará específicamente en el sector de esta obra destinado a los métodos en psicología. El hecho es que las abstracciones simples son sometidas a modificaciones teóricas mediante el uso de conceptos que fueron producidos en el momento de fundación o de refundición de la ciencia de que se trate. En el ejemplo que venimos considerando, las nociones ideológicas (motivación, frustración, etc.) son transformadas en materia prima, en abstracciones simples, sobre las que habrán de trabajar los conceptos provenientes de la ruptura epistemológica (en el caso de la ciencia del psicoanálisis, punto de vista tópico: Yo, Ello, Superyó; punto de vista dinámico; pulsión, represión, etc.; punto de vista económico: libido, catexias, etc.). El resultado o producto de este trabajo teórico es un *conocimiento* que no conserva nada de las representaciones que fueron el punto de partida del proceso, ni de los instrumentos utilizados en él. Es conocimiento de la estructura de producción de los efectos (en nuestro caso, la conducta infantil) y es conocimiento de la apariencia que esos efectos arrojaron sobre nuestros sentidos y aparatos de registro en un primer momento. Estamos ya en condiciones de esquematizar cuanto llevamos dicho sobre el proceso del conocimiento (véase esquema de la p. 46).

Del análisis de este gráfico debemos extraer algunas conclusiones necesarias. En primer término, hay dos planos que no deben confundirse: *el plano de la realidad o plano ontológico* que existe independientemente de que los fenómenos que en él se dan sean conocidos pero del cual nada puede afirmarse sin un proceso de conocimiento y *otro plano, el del conocimiento o gnoseológico* en el que se pretende, a través de prácticas específicas, llegar a una apropiación teórica de la realidad ontológica. Dentro del plano gnoseológico hay dos tipos de prácticas diferenciadas, la práctica

PLANO DE LA REALIDAD (ontológico)

PLANO DEL CONOCIMIENTO
(gnoseológico)

PRÁCTICA IDEOLÓGICA		PRÁCTICA CIENTÍFICA
Representaciones	MATERIA PRIMA	Nociones y demás productos de la práctica ideológica, transformados en abstracciones simples.
Observación rigurosa, elaboración de hipótesis, experimentación, cuantificación, aplicación de la lógica, deducción, etc.	INSTRUMENTOS	Sistema de conceptos resultantes de una previa ruptura.
Conjuntos de nociones intervinculadas, leyes y modelos.	PRODUCTOS	Efecto de conocimiento (da cuenta del modo de producción de las representaciones iniciales).

ideológica, que parte de representaciones y termina en nociones, leyes y modelos que reproducen de un modo elaborado esas representaciones y la práctica científica que toma como punto de partida a las abstracciones simples producidas por la práctica ideológica y desemboca en un *efecto de conocimiento de la realidad*. Armados de ese efecto de conocimiento estamos en condiciones de volver sobre el punto de partida y explicarlo teóricamente.

Podemos decir, entonces, que todo el trabajo de la psicología académica se da en el terreno de la conciencia y de la conducta y, por lo tanto, en el terreno de la práctica ideológica. Ese trabajo no es científico pero, no por ello, es desdeñable. Por el contrario, es indispensable, pues habrá de servir como materia prima para la práctica científica. En este sentido debe entenderse la expresión: "toda ciencia es ciencia de una ideología". El tema a abordar en el próximo capítulo es el de si existe ya una ciencia que explique la ideología psicológica y si el psicoanálisis, que aspira a ello, puede fundar legítimamente sus pretensiones.

CAPÍTULO 3

LA PSICOLOGÍA Y LA TEORÍA PSICOANALÍTICA

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN

> Una psicología que no ha conseguido explicar los sueños no podrá tampoco proporcionarnos una explicación de la vida anímica normal, ni tiene derecho alguno al nombre de ciencia.
>
> S. FREUD, *El análisis profano* (1926), Buenos Aires, Santiago Rueda, tomo XII, p. 18, 1953.
>
> El psicoanálisis es una parte de la psicología... No representa, por cierto, la totalidad de la psicología, sino su infraestructura, quizá aun todo su fundamento.
>
> S. FREUD, *Apéndice a "El análisis profano"* (1927), Buenos Aires, Santiago Rueda, tomo XXI, p. 230, 1955.

Los dos epígrafes de Freud que nos guiarán en este capítulo nos sumergen de lleno en el tema. Podemos extraer de ellos una serie ordenada de proposiciones:

1] *La psicología académica carece de cientificidad:* es la que toma como objetos a la conciencia y la conducta y no trasciende el nivel de los efectos y de las apariencias. ("no tiene derecho alguno al nombre de ciencia")
2] *El psicoanálisis es una ciencia:* afirmación que Freud repite incontables veces a lo largo de su obra. ("ha conseguido explicar los sueños [y podrá] proporcionarnos una explicación de la vida anímica normal")
3] *El psicoanálisis* —ciencia— *es una parte de la psicología* —no-ciencia, ideología—: Aparentemente hemos desembocado en una proposición contradictoria. ¿Cómo puede ser que una ciencia forme parte de una ideología sin perder su carácter científico? Para salir de este impasse hay que continuar leyendo.
4] *El psicoanálisis sirve de base a la psicología:* puesto que representa "su infraestructura, quizás aun todo su fundamento".

5] *Hay partes de la psicología que no pertenecen al psicoanálisis:* ya que "no representa, por cierto, la totalidad de la psicología".
6] *Esas partes son susceptibles de desarrollo científico mediante el aporte teórico del psicoanálisis:* pues, sin él, quedan sin infraestructura, "quizás" sin ningún fundamento conceptual.

Este es el punto en donde puede comenzar nuestra interrogación en torno de la cuestión que da título al capítulo: ¿cuáles son esas "partes" de la psicología que se ubican fuera del psicoanálisis? Y la respuesta será, en un primer momento, completamente empírica: se trata de los hechos de conciencia y de los comportamientos individuales que se producen *fuera de la situación analítica.*[1] Y una segunda pregunta: ¿qué hace la psicología académica con esa conciencia y ese comportamiento individuales? Acá, la respuesta está ya formulada: observa *hechos,* los registra, los clasifica, los cuantifica, determina las posibilidades de aparición de los fenómenos, produce nuevos hechos a través del método experimental, encuentra regularidades, es decir, induce leyes, establece relaciones entre distintas leyes y deduce nuevas, organiza el conjunto de datos y leyes en un modelo teórico que pone a prueba mediante nuevas observaciones y experimentos, todo esto de un modo interminable que permite la constante acumulación de datos. En este punto imaginamos la intervención de un imaginario interlocutor que nos estaría preguntando: ¿porqué dicen que todo este trabajo de la mejor psicología académica no es científico? Y le contestaríamos: porque carece de los conceptos explicativos, sistemáticamente estructurados, que podrían dar cuenta de los hechos observados, de las leyes deducidas y de los modelos producidos. Fundamentalmente, porque da por presupuesta la existencia de un sujeto más o menos homogéneo que se enfrentaría con un medio exterior a él con el que puede o no entrar en conflicto y en el que debería producir una conducta adaptativa. La psicología académica, al aceptar este presupuesto, desconoce la complejidad estructural del sujeto y todo el tortuoso proceso que permitió la transformación de ese cuerpo humano en un miembro de una determinada sociedad humana. Es precisamente en este punto que puede acudir la teoría psicoanalítica y ofrecer "la infraestructura, quizás aun todo el fundamento (de la psicología)". Si se ha comprendido bien cuanto antecede —digámoslo por última vez— debe resultar claro que la psicología académica parte de las evidencias (repre-

[1] Para entender esto de "situación analítica", y a título de mera representación ideológica, conformémonos por ahora con la imagen tan divulgada de un psicoanalista escuchando a un paciente que habla desde un diván.

sentaciones de la conciencia y la conducta) y produce nociones que, al cambiar de problemática, devienen abstracciones simples, esto es, objetos de conocimiento para la práctica científica. Esta producción de nociones se da en el seno de situaciones, experimentales o no, que *no* son específicas del psicoanálisis.

La teoría psicoanalítica, por su parte, es un conjunto complejo de conceptos articulados que han sido obtenidos a través de un trabajo teórico realizado a partir de un dispositivo experimental específico: la situación analítica. El problema —y el desafío— consiste en estudiar la posibilidad de que las nociones producidas por la ideología psicológica se transformen en abstracciones simples que puedan ser incluidas conceptualmente en la estructura científica de la teoría psicoanalítica. En otras palabras, si los productos teóricos de la ideología psicológica, que no tienen status científico, pueden alcanzarlo merced a un trabajo teórico en el que actuarían como instrumentos los conceptos de la teoría psicoanalítica.

De las nociones que al cambiar de problemática pasarían a ser abstraciones simples ya hemos hablado. Ahora debemos ver cuáles pueden ser esos instrumentos conceptuales producidos por el psicoanálisis. A los fines de la exposición y en este momento de la misma aislaremos a tres de ellos: a) formación del inconsciente; b) posición subjetiva y c) aparato psíquico. Pero antes de entrar a exponer en qué consisten y cómo podrían operar para incluir en un sistema científico a las nociones psicológicas, es necesario reiterar que se trata de conceptos obtenidos por teorización de los resultados alcanzados en un lugar específico que es *la situación analítica.*

En nuestra última nota de pie de página decíamos que, en un principio, la situación analítica podía ser representada como aparece en las historietas: un paciente acostado en un diván y un psicoanalista sentado detrás de él y escuchando. Ahora debemos ir más allá de esta imagen que es un soporte para ironías y entender en qué consiste. Es una situación constante de encuentro entre dos personas durante un período prolongado de tiempo y donde una de ellas, llamada *analizando* o *paciente,* tiene la consigna de transmitir todos sus pensamientos, ocurrencias y sensaciones sin introducir ninguna clase de modificación en el relato a otra persona, a quien no ve mientras habla, llamada *analista* o *terapeuta.* La constancia de las condiciones del encuentro es similar a la que exige todo método experimental depurado. Sin embargo, no se trata de algo parecido a lo que sucede en un laboratorio donde hay un material u objeto a analizar y un científico que lo analiza sometiéndolo a todo tipo de variaciones. Recién

utilizábamos como si se tratase de sinónimos a las parejas de vocablos analizando-paciente y analista-terapeuta. Pero no es así. La situación analítica está ubicada, en realidad, en la encrucijada de dos objetivos que, en parte, se superponen y, en parte, divergen o pueden divergir. Hay un objetivo teórico: *el análisis,* donde la meta es llegar a saber, donde los lugares que se distribuyen son los de analizando y analista. Y hay, al mismo tiempo, un objetivo práctico, no teórico, puede decirse que ideológico: *la cura;* en función de ella las personas que se encuentran en la situación analítica son paciente y terapeuta. Allí, entonces, cada uno de los participantes es dos en función de cada uno de los objetivos que se superponen; cada uno encarna a dos personajes. Esta es una de las razones por las cuales esta situación no puede ser equiparada a la de un laboratorio. La otra es que se trata de una relación entre sujetos que determina la aparición de una serie de dificultades específicas del encuentro en tanto que situación interpersonal. El análisis de tales dificultades es lo que define a la situación como científica y terapéutica al mismo tiempo. En las condiciones del encuentro se posibilita la proyección de fantasías del analizando sobre el analista, la emergencia de resistencias del paciente a la comunicación con el terapeuta y a la cura, el reavivamiento de fantasías en el analista respecto de su analizando, etc. Estos fenómenos, conocidos técnicamente como de transferencia, de resistencia y de contratransferencia surgen y pueden ser analizados en el marco experimental singular de la situación analítica. Por sus características, este dispositivo técnico constituye el campo ideal para que brote un tipo particular de discurso del analizando detrás del cual pueden detectarse, mediante un cierto trabajo teórico, esos objetos de conocimiento específicos del psicoanálisis que son las *formaciones del inconsciente;* para que puedan descubrirse los procesos que rigen su formación, refiriéndolas a ciertas *posiciones subjetivas* y a una determinada modalidad de estructuración del *aparato psíquico,* entendido este último como objeto teórico del psicoanálisis.

¿Qué son las formaciones del inconsciente? El paciente, tendido en el diván, produce un discurso (relato de los contenidos de su conciencia en cada momento de la sesión) y ejecuta un cierto comportamiento que es observable desde el sillón del teraputa (la conducta). Hasta acá no habría diferencias con la actividad del psicólogo académico. Pero el psicoanalista considera que estos hechos de conciencia y conducta que él capta son *el resultado de una cierta elaboración, de un trabajo,* que debe ser detectado. Considera que los datos que aparecen en la situación analítica bajo la

forma de un discurso y un comportamiento funcionan como vehículos, como *soportes* de objetos teóricos no observables e ignorados por el analizando. Considera que lo aparente es el resultado de una *transacción* entre un impulso o *pulsión* que tiende a la satisfacción de un deseo inconsciente y procesos de represión, desviación, sustitución, transformación en lo contrario, etc., que inconscientemente el analizando impone a sus pulsiones. Por ejemplo, en el relato de un sueño, soporte paradigmático de una formación del inconsciente, pueden reconocerse *el deseo* que tiende a su satisfacción inmediata en la escena del sueño *y un proceso de disfraz* que debe sufrir ese deseo para que su contenido, que es inaceptable en forma directa para el sujeto, pueda manifestarse en las condiciones de reducción de la vigilancia consciente que acompañan al proceso de dormir.

Al explicar de este modo el sueño, la teoría psicoanalítica inauguró caminos insospechables para toda psicología de la conciencia o de la conducta. La existencia de fenómenos transaccionales nos fuerza a admitir la existencia (metafórica) en el sujeto de dos zonas o regiones diferenciadas: una zona en la que estarían confinadas o almacenadas pulsiones inaceptables para la conciencia y que tienden a su satisfacción y otra zona que funcionaría reprimiendo, modificando e impidiendo la exteriorización directa de tales pulsiones. Este es, psicoanalíticamente, el *punto de vista tópico,* que define a lo psíquico como el resultado de una articulación de instancias o regiones diferenciadas.

Es claro que entre estas dos instancias psíquicas que esquemáticamente podríamos ir llamando como instancia de *lo reprimido (las pulsiones)* e instancia de *lo represor (las defensas* contra las pulsiones) no hay armonía sino conflicto y oposición. La conceptualización psicoanalítica de los avatares de las pulsiones determinados por estos enfrentamientos es *el punto de vista dinámico.*

Ahora bien, estamos hablando de transformaciones de las pulsiones, de conflictos, de formaciones de transacción entre fuerzas contrapuestas, en síntesis, estamos diciendo que en el aparato psíquico se desarrolla un cierto trabajo cuyo resultado final son las formaciones del inconsciente. Para que este modelo teórico pueda funcionar y explicar las permutaciones de las que debe dar cuenta, es necesario atribuir un cierto montante de energía que sería movilizada tanto por las pulsiones como por las defensas. De la relación cuantitativa entre las sumas de energía puestas en juego en el conflicto se desprenderá el resultado final del mismo. Esta consideración cuantitativa de las magnitudes de energía involucradas es el *punto de vista económico* en psicoanálisis.

Si volvemos al ejemplo del sueño (paradigma de formación del inconsciente), vemos que el relato que el paciente hace al psicoanalista, su *contenido manifiesto,* actúa como "soporte" material que no muestra nada del complejo trabajo realizado por el aparato psíquico para producir ese resultado. La tarea del psicoanalista consistirá en elaborar el concepto tópico, dinámico y económico que dé cuenta del contenido manifiesto *como efecto* producido por el trabajo de una estructura invisible. Por extensión, puede considerarse que toda la conciencia y toda la conducta del paciente en la situación analítica son susceptibles de un análisis en función de este triple enfoque tópico, dinámico y económico.[2]

Las formaciones del inconsciente no pueden comprenderse, entonces, por observación, por experimentación o por intuición; su significación sólo se alcanza mediante la aplicación del instrumental teórico elaborado por Freud, sus discípulos y continuadores durante un largo período. Ese instrumental teórico, cuya corrección debe ser perpetuamente vigilada y puesta a prueba, permite prescindir de las apariencias, esto es, del discurso del paciente, neutralizar el soporte material —las palabras que lo constituyen— y detectar las formaciones del inconsciente que se hallan vehiculizadas por ese discurso y que son desconocidas para el paciente.

La situación analítica es, pues, el campo privilegiado en el que pueden aparecer los soportes materiales de las formaciones del inconsciente, donde tales soportes pueden ser neutralizados descubriéndose el mecanismo de producción de los mismos y donde las interpretaciones que pretenden explicar ese proceso pueden ser puestas a prueba. Este "método psicoanalítico" será tratado específicamente en el capítulo 9.

Al caracterizar la situación analítica dijimos que se producía un contacto prolongado entre el analizando y el analista. La permanencia de la relación permite descubrir los mecanismos de producción de muchas formaciones del inconsciente del analizando. La comprensión del conjunto de estos productos transaccionales abre la posibilidad de elucidar las modalidades particulares de ese sujeto en la relación que tiene con la realidad exterior y en el manejo que hace (inconscientemente, por supuesto) de sus pulsiones. Se definen así las actitudes generales del analizando ante el objeto del deseo y ante la ley, es decir, sus posiciones de sujeto

[2] Freud señala en múltiples oportunidades la necesidad de interpretar en función de estos tres puntos de vista. Sin embargo, no es extraño a su pensamiento el agregar un cuarto enfoque: el *punto de vista genético* que tendría en cuenta los procesos de estructuración de los caminos que ulteriormente habrán de seguir las pulsiones.

o *posiciones subjetivas.* Ellas son las resultantes finales del proceso histórico de constitución del sujeto y, fundamentalmente, de la modalidad de resolución del complejo de Edipo que ha coagulado en una particular estructuración de esas regiones de lo psíquico de que hablábamos, cuya articulación se comprende teóricamente mediante el concepto de aparato psíquico. En síntesis, el psicoanalista detecta y rastrea *formaciones del inconsciente* aisladas, define los rasgos comunes a ellas como *posiciones subjetivas* y relaciona las distintas posiciones subjetivas con la historia que desembocó en la peculiar constitución del *aparato psíquico* del analizando.

Y ahora cabe reformular la pregunta: ¿cómo puede operarse la inclusión de la conciencia y la conducta observadas *fuera* de la situación analítica como materia prima idónea para que sobre ella actúen los conceptos teóricos del psicoanálisis? En otros términos: ¿es posible comprender a la conciencia y a la conducta como resultados de la operación del aparato psíquico en relación con el mundo exterior, recurriendo a estos puntos de vista tópico, dinámico, económico y genético propios de la investigación psicoanalítica? Se trata de definir la *extensión* de los conceptos teóricos de la ciencia a los objetos empíricos producidos fuera de las condiciones experimentales específicas y de la transformación de esos objetos empíricos en un campo apropiado y pertinente para la aplicación de la teoría.

Sería peligroso creer que, armados con el sistema de los conceptos psicoanalíticos, se puede explicar ya de un modo sencillo y hasta mecánico a todas las conciencias y a todas las conductas de los sujetos que se pongan a nuestro alcance. Digamos desde ya que hay por lo menos cuatro razones fundamentales que nos impiden ser los sábelotodo de la vida de los sujetos singulares. *En primer lugar,* la capacidad teórica que brinda un sistema conceptual no es susceptible de una aplicación indiscriminada: el físico no se dedica a razonar en términos científicos cada vez que prende la radio aun cuando disponga de los recursos teóricos para explicar la sucesión de fenómenos que tiene lugar, el biólogo no pretende explicar el aleteo del mosquito que se aproxima a la lámpara con la que da luz al microscopio, etc.; para poner en funcionamiento un sistema teórico hace falta un cierto control de las variables que entran en juego; es necesario subrayar esta limitación frente a ciertas formas de terrorismo psicoanalítico a que son propensos quienes toman un primer contacto con la doctrina freudiana (muchas veces no sólo en el primero).[3] *En segundo lugar,* porque, según ya dijimos, un paso esencial en la comprensión psi-

[3] Baste como ejemplo la frecuente aberración en que caen experimentados

coanalítica es el esclarecimiento de las posiciones subjetivas que sólo se alcanza después del análisis, interpretación y comprobación de la adecuación de la interpretación de múltiples formaciones del inconsciente de un sujeto X y ello no es posible fuera de las condiciones de la situación analítica. Además, porque el análisis de cada formación del inconsciente es facilitado por los análisis previos de formaciones del inconsciente del mismo sujeto y es relativamente poco probable "acertar" en la interpretación de un discurso o de una conducta de un sujeto a quien no se conoce bien. *En tercer término,* porque una vez producida una interpretación completa, esto es, tópica, dinámica, económica y genética de un hecho de conciencia o de una acción de alguien fuera de la situación analítica, no tenemos casi posibilidades de verificar la corrección de nuestra interpretación que queda así como una simple hipótesis referida a ese sujeto. Finalmente, *en cuarto lugar,* porque el psicoanálisis, como toda ciencia, no está acabado y no ha terminado de dar cuenta de sus objetos de conocimiento, razón por la cual no sólo fuera de la situación analítica sino tampoco dentro de ella puede pretender alcanzar el conocimiento total y acabado de lo que sucede en su campo.

El párrafo anterior es una advertencia contra las fantasías de omnipotencia de la teoría psicoanalítica en el dominio de la conciencia y la conducta extraanalíticas. Es necesario, sin embargo, aclarar que la cuádruple limitación que terminamos de señalar no autoriza, a su vez, ni el escepticismo ni los sentimientos de impotencia. Se trata de un terreno a investigar y para movernos en él disponemos de poderosos aunque no infalibles instrumentos.

En este capítulo y en el anterior hemos hablado ya varias veces de *aparato psíquico.* Ha llegado el momento de evaluar los aportes de este concepto para una comprensión más precisa de las relaciones entre la ideología psicológica y la ciencia psicoanalítica. Es necesario comenzar por aclarar que este "aparato" no es un objeto material como un teléfono o una paleta matamoscas. Es una metáfora, una construcción teórica, una representación gráfica que pretende acceder a la compresión de cómo está organizado el proceso de producción de conciencias y de conductas. No tiene una realidad mecánica ni tampoco una realidad anatómica (no es equivalente, por lo tanto, de la expresión "aparato digestivo"). Hay *efectos,* por ejemplo, los sueños; se comprende que esos efectos son el resultado de un cierto *trabajo*; se postula luego la existencia

psicoanalistas al explicar de manera apodíctica ciertos procesos de la patología corporal para los cuales la medicina no halló aun respuestas definitivas.

de una estructura o *"aparato"* que es responsable de las transformaciones y que está constituido por esas distintas regiones a las que accedíamos cuando contemplábamos las formaciones del inconsciente desde un punto de vista tópico.

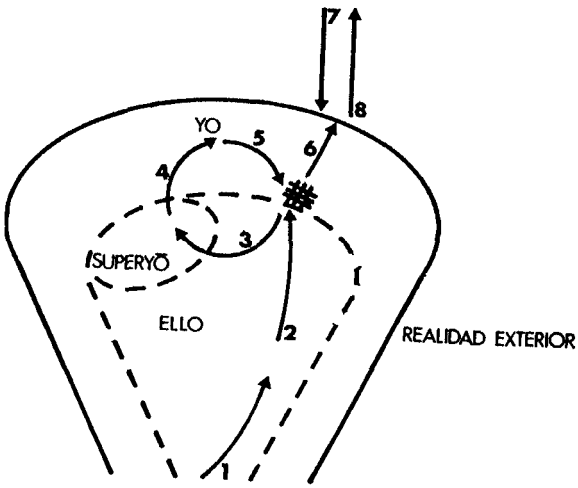
Este concepto de aparato psíquico fue producido por Freud. Él postuló en el curso de su vida dos teorías diferentes sobre la estructura de este aparato. En la *primera tópica,* cuya formulación acabada apareció en 1900 y fue siendo enriquecida teóricamente hasta el año 1915, se distinguen tres instancias: Inconsciente, Preconsciente y Conciencia. Desde un punto de vista dinámico, es decir, por su modo de participación en los conflictos, la Conciencia forma un solo sistema con el Preconsciente oponiéndose al sistema Inconsciente. Teóricamente, el funcionamiento de esta concepción del aparato psíquico que rompía con la tradición de considerar a la conciencia como sinónimo de lo psíquico, resultaba difícil de sostener. Por una parte, la Conciencia no podía ser considerada como una instancia de lo psíquico aislada, no era una subestructura separada sino más bien una de las funciones del conjunto del aparato. Por otra, pudo verse que el Preconsciente tenía a su vez, funciones que escapaban a la Conciencia y que eran, por lo tanto, inconscientes; el ejemplo más claro de esto lo tenemos en la represión: si lo inconsciente está reprimido, ¿quién lo reprimió? Estos obstáculos obligaron a Freud a renunciar a su primera teoría y a elaborar, a partir de 1920, la segunda tópica. En esta segunda tópica las instancias siguen siendo tres: Yo, Ello y Superyó. Sin embargo, no se abandonan las distinciones que constituían la primera formulación del aparato psíquico. Simplemente que ya no se habla más de Inconsciente, Preconsciente y Conciencia como sustantivos; ellos se transforman en adjetivos que califican a fenómenos. Las regiones de la primera tópica pasan a ser en la segunda *cualidades* de lo psíquico. Así, *lo consciente* es aquello de que tenemos conciencia en cada momento de nuestra actividad psíquica; eso era para Freud, como antes para Descartes, como ahora para nosotros, indefinible y comprensible por intuición recurriendo a la experiencia personal de cada uno. *Lo preconsciente* es todo aquello que, de momento, es para nosotros inconsciente pero que puede hacerse consciente si no hay fuerzas que se opongan a ello: por ejemplo, ahora no tenemos conciencia de cuándo fue la última vez que fuimos al cine, pero si nos ponemos a pensar en ello, podremos recordarlo sin mayores dificultades; se trata de un inconsciente momentáneo y potencialmente consciente. Por último, *lo inconsciente* que corresponde a los deseos infantiles y a los representantes de las pulsiones sexuales reprimidas, es

inaccesible a la conciencia pues existen fuerzas represoras que se movilizan paar impedir su emergencia o para deformar sus contenidos hasta hacerlos irreconocibles.

En *la segunda tópica* freudiana, de la que ya comenzamos a hablar cuando analizábamos la forma en que el psicoanálisis subvirtió a la psicología de la conciencia, se reconoce que la instancia donde asientan los representantes psíquicos de las pulsiones es el *Ello*, cuyo contenidos, desde un punto de vista cualitativo, son todos inconscientes y están separados del resto del aparato psíquico por una barrera inestable de procesos defensivos. El Ello es el polo pulsional del aparato psíquico y es el reservorio de la energía tomada de lo biológico, de la libido, con la que funciona el aparato. Sus contenidos son los representantes de pulsiones que alguna vez fueron preconscientes y luego fueron reprimidos y, además, tiene contenidos hereditarios e innatos que nunca fueron preconscientes y, por lo tanto, nunca fueron reprimidos. En esta segunda tópica se sostiene también que el Ello no está en contacto directo con la realidad exterior sino que ese contacto corresponde a otra instancia del aparato: el *Yo*, que actúa como un intermediario entre ambos y que tiene a su cargo al esencial función de la autoconservación. Este Yo está sometido además al control de una tercera instancia, el *Superyó* que somete a examen a las pulsiones del Ello que permanentemente están tratando de forzar el acceso a la conciencia, las encuentra aceptables o reprobables y, de este modo, regula así el funcionamiento del Yo, la conciencia y la actividad. Este Superyó es un segmento del mundo exterior incorporado, introyectado, en los primeros años de la vida y muestra sectores que son preconscientes, que están en contacto con el Yo preconsciente y al que regulan, y sectores inconscientes, en contacto con el Ello y con el Yo inconsciente. De esta descripción resulta que el Yo está en contacto con la realidad exterior, con el Superyó y con el Ello. Toma contacto con las pulsiones provenientes del Ello y si ellas resultan peligrosas para el individuo, tanto desde un punto de vista biológico como cultural, las reprime manteniéndolas en el Ello. Por otra parte, a través de la actividad consciente, recibe los estímulos del mundo exterior, procesa esa información, elabora cognitivamente respuestas frente a esos estímulos teniendo en cuenta los dictados de la conciencia moral (función del Superyó) y pone en práctica esas respuestas a través del comando que ejerce sobre el sistema de los músculos estriados. Sus funciones en relación con el mundo exterior son, en resumen, la percepción, la cognición, y la motilidad que posibilita conductas de fuga o evitación frente a los estímulos considerados peligrosos, de

adaptación frente a los estímulos inevitables y de modificación de ese mundo exterior, dentro de lo posible, para posibilitar en él la realización tanto de los deseos preconscientes como de los deseos inconscientes que son vehiculizados por los representantes de las pulsiones que tienden a emerger desde el Ello.

Podemos ofrecer, a esta altura, una representación esquemática, provisoria y forzosamente incorrecta del aparato psíquico:



ESQUEMA DEL APARATO PSÍQUICO

1. Energía pulsional, proviene de lo corporal.
2. Ligazón de esa energía a representantes pulsionales que tienden a emerger desde el Ello al Yo consciente y ganar acceso a la motilidad.
3. Examen crítico de los representantes de la pulsión por el Superyó.
4. Interdicción proveniente desde el Superyó a los representantes pulsionales a través del Yo que, de no defenderse contra la emergencia de las pulsiones en la conciencia y la motilidad, se ve anegado por la angustia.
5. Mecanismos de defensa del Yo, inconscientes, que imponen transformaciones a los representantes pulsionales (represión, sublimación, transformación en lo contrario, retorno contra la propia persona).
6. Acceso a la conciencia de representaciones censuradas, deformadas por el proceso defensivo y elaboración de respuestas frente a la realidad exterior que son formaciones transaccionales entre las exigencias pulsionales y las exigencias exteriores.
7. Captación perceptiva de las transformaciones ambientales.
8. Efectuación de respuestas de fuga, adaptación o modificación del ambiente.

Hemos afirmado que este esquema es forzosamente incorrecto porque pretende representar como relaciones espaciales a las mucho más complejas relaciones que guardan entre sí los conceptos. Bachelard lo recuerda oportunamente cuando señala el destino que sufrió la clásica representación del átomo que propuso Niels Bohr y que lo asimilaba a un sistema planetario en miniatura. Hoy, después de las críticas formuladas, nada queda ya de él. "El átomo —dice— es exactamente *la suma de las críticas* a las que se somete su primitiva imagen" *(La filosofía del no,* p. 115). Y, sin embargo, este tipo de representaciones como la que ahora proponemos del aparato psíquico siguiendo una idea de Freud[4] o como la metáfora marxista del "edificio" social conservan un papel pedagógico indispensable en toda iniciación a una ciencia.

Ahora bien, volviendo al esquema del aparato psíquico, es necesario aclarar que las tres regiones o instancias que lo integran tienen, cuando se las considera desde el *punto de vista genético,* orígenes disímiles. *El Ello* está en directa continuidad con el orden biológico. Es el polo pulsional del aparato psíquico. Históricamente ha sido formado en el curso de la evolución de la especie humana y en él están inscriptas las huellas del proceso evolutivo. Sobre este basamento innato se habrán de incorporar posteriormente los representantes psíquicos de las pulsiones reprimidas en el curso de la experincia individual de cada sujeto. *El Yo* comienza a diferenciarse del Ello a partir del nacimiento. Puede considerársele como el sector del Ello que está en contacto con el mundo exterior. Progresivamente va adquiriendo las funciones de autoconservación, regulando la satisfacción de los instintos y la realización del deseo y dirigiendo al conjunto del organismo hacia el logro de sus fines; el Yo, a través de una de sus funciones, la conciencia, se arroga la representación de la totalidad del aparato. Históricamente, representa la experiencia singular de cada sujeto y las relaciones que él guarda con el exterior natural y social en el momento presente. *El Superyó,* finalmente, se constituye y estabiliza al terminar el complejo de Edipo mediante un proceso que no es del caso detallar acá. Su punto de partida es la incorporación, por identificación con ellas, de las figuras de los padres con sus consiguientes funciones de restricción y vigilancia sobre los contenidos de las pulsiones que tienden a emerger desde el Ello y sobre los pensamientos conscientes y las actividades del Yo. Lógicamente, lo que se incorpora no es la realidad física de los padres (o de sus sustitutos) sino a la Ley que ellos representan. Esa ley,

[4] En las *Nuevas aportaciones al psicoanálisis* (conferencia 31).

a su vez, tiene un pasado histórico: es el resultado de la formación que previamente se ha hecho de los padres en una determinada sociedad humana. En otros términos y resumiendo, si el Ello representa la hisotria de la especie en el individuo y si el Yo representa la historia individual y el momento presente, el Superyó representa la historia cultural del grupo humano o, mejor dicho, de la formación social dominada por un cierto modo de producción en la que el individuo se desenvuelve.[5]

Después de esta relativamente sintética descripción del aparato psíquico y de sus orígenes, ¿qué sabemos de nuevo sobre las relaciones entre la psicología y el psicoanálisis? O, mejor, ¿cómo ubicamos a la psicología académica en relación con nuestro esquema? La tarea ya no es tan difícil. Sabemos que los objetos de esa psicología son la conciencia y la conducta. La conciencia, *¿conciencia de qué es?* De los aspectos preconscientes y conscientes del Yo y del Superyó así como de ciertas modificaciones que se producen en la realidad exterior y en el interior del cuerpo. Y *¿conciencia de qué no es?* Es no-conciencia de las pulsiones primitivas, de los deseos infantiles y de sus representaciones reprimidas en el Ello que permanentemente pugnan por ganar el acceso hasta ella; es no-conciencia de la interiorización de las restricciones culturales y de su funcionamiento represivo dentro del sujeto; es no-conciencia de todos los mecanismos a través de los cuales el Yo reprime y desconoce a las pulsiones imponiéndoles un destino de transformaciones, disfraces y hasta inversiones totales; es, para terminar, no-conciencia del carácter conflictivo y transaccional que tienen los hechos de conciencia y la conducta. ¿Y *qué estudia la psicología de la conducta?* Su objeto es el conjunto de los estímulos que llegan y de las respuestas que produce el organismo frente a los cambios en el medio. ¿Y *qué no estudia la psicología de la conducta?* No estudia e ignora todo lo relativo a los procesos que se producen en el aparato psíquico, de los que resultan, a modo de formaciones transaccionales, esos actos de conducta que observa, clasifica, mide y hasta produce experimentalmente. Desconoce también la existencia del conflicto intrasubjetivo detrás de los hechos de conducta o reduce la lucha entre instancias diferenciadas a una oposición entre "motivaciones".

Al llegar a este punto se plantea un problema teórico delicado para el que no se puede ofrecer una solución defintiva. ¿Corresponde explicar *todas* las conciencias y conductas según el triple

[5] Esta visión de la génesis del aparato psíquico es introductoria y relativamente esquemática. En la segunda parte del cap. 13 el tema es retomado con mayor penetración crítica (p. 308).

(o cuádruple) enfoque tópico, dinámico y económico (y genético)? ¿Son *todas* las conductas y conciencias humanas el resultado de un conflicto entre regiones que movilizan cargas energéticas? La respuesta es difícil. Podría intentarse una solución partiendo de las conductas más elementales y buscando ejemplos de conductas no conflictivas. Las pupilas se contraen cuando la luz incide sobre los ojos, la pantorrilla se extiende cuando se percute el tendón rotuliano. En estos casos puede aseverarse que no se detecta conflicto ni movilización de cargas de energía psíquica y que, por lo tanto, no todas las conductas requieren la actividad del conjunto de la organización psíquica. El sostendedor de la tesis contraria podría en este momento argumentar que los dos ejemplos mencionados no lo son de conducta humana sino de reacciones fisiológicas frente a estímulos específicos y que el límite entre lo animal y lo humano no es difuminado e impreciso sino que está marcado justamente por la aparición de un sistema de determinación de la conciencia y la conducta fundado en el conflicto entre una instancia que es la sede de las pulsiones que buscan su satisfacción y otra instancia, derivada de la primera, que actúa deformando y reprimiendo a los representantes de tales pulsiones. La discusión será retomada dentro de poco al analizar las relaciones entre el psicoanálisis y la biología. Por ahora, dejamos abierto el problema de si, en el esquema del aparato psíquico que hemos diseñado, cabe aceptar la existencia de fenómenos de conciencia y conducta que puedan ser considerados como específicamente humanos y que no impliquen la acción del conjunto del aparato, sino tan sólo de la instancia del Yo al margen de todo conflicto o si, por el contrario, lo humano debe definirse a partir de la totalidad de la estructura con el consiguiente conflicto entre instancias que movilizan cargas variables de energía y, por lo tanto, ese conjunto del aparato psíquico interviene en todos los actos de conciencia y conducta.

Y ahora, al acercarnos al final, podemos volver sobre las frases de Freud que nos conducen en la exposición del capítulo. Había quedado establecido al comenzar que hay partes de la psicología que no pertenecen al psicoanálisis en tanto que el psicoanálisis es parte de la psicología y que las partes de la psicología que ignoran su fundamento o infraestructura teórica psicoanalítica "quizás" no son científicas sino ideológicas. Ahora hemos definido y ubicado a esas partes no psicoanalíticas de la psicología académica señalando su vinculación con el aparato psíquico. Se refieren al conjunto de los procesos que transcurren en la franja que separa y une al Yo con la realidad exterior e ignoran los procesos

"profundos" que tienen lugar en el seno de una estructura invisible. Esas partes de la psicología académica sólo podrían alcanzar estatura científica *al vincularse con el edificio conceptual de la teoría psicoanalítica que les marca su lugar.*

Queda claro, entonces, que hay dos realidades y no sólo una. Existe una primera realidad, aparente, empírica, de la conciencia y de la conducta que es para el conocimiento ingenuo la única realidad. Esta realidad, por ser observable, recibe a veces el incorrecto nombre de *"realidad material"*. Y existe otra realidad, la *"realidad psíquica"*, que es el escenario de esta sórdida lucha entre el deseo infantil, sus representantes pulsionales, las restricciones culturales, los procesos de represión y la producción de formaciones transaccionales o formaciones del inconsciente. Lo sorprendente es que en la situación analítica se puede comprobar que esa "realidad material" está determinada estructuralmente por esa otra "realidad psíquica" de la que nada vemos y a la que sólo puede accederse por un trabajo teórico que vaya de los efectos (datos de conceincia y actos de conducta) a reproducir la estructura de producción de esos efectos (concepto teórico de aparato psíquico) y vuelva desde ese nuevo conocimiento a los efectos explicando cómo se han producido.

Ahora bien, el psicoanálisis, tal como lo llevamos expuesto hasta este momento es todavía un árbol conceptual que no tiene raíces porque lo hemos visto de manera aislada, desgajado del conjunto de las ciencias. Para considerar su articulación tendremos que analizar las relaciones que guarda con otras disciplinas. Es el objeto del próximo capítulo.

CAPÍTULO 4

RELACIONES DEL PSICOANÁLISIS CON LAS DEMÁS CIENCIAS

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN

> El psicoanálisis sólo tiene un objeto: este aspecto de la reproducción de las relaciones de producción que es la sujetación como mecanismo de producción/reproducción del sujeto ideológico.
>
> MICHEL TORT, "El psicoanálisis en el materialismo histórico", *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, núm. 1, p. 156, 1970.

La clasificación de las ciencias es una cuestión muy discutida y ahorraremos al lector los detalles y los argumentos esgrimidos durante centurias en torno al tema. Confesando nuestro dogmatismo expositivo —y reconociendo que la confesión no nos absuelve de culpa— diremos que, contrariamente a lo que suele creerse, las ciencias no son muchas sino muy pocas, poquísimas. Gráficamente podemos representar al conjunto de los conocimientos como un mundo; en él existen "continentes científicos", es decir, zonas extensas, separadas por distancias variables de las demás y que son susceptibles de una exploración minuciosa. En el curso de la investigación teórica pueden reconocerse "zonas" o "regiones científicas" relativamente autónomas pero que sólo pueden ser comprendidas a través de sus relaciones con el conjunto mayor o "continente" en el que están incluidas. En ese sentido puede decirse, por ejemplo, que la aritmética es una "región" en el "continente" científico de las matemáticas.

Históricamente, el de las matemáticas fue el primer continente científico "descubierto" y el que posibilitó todos los otros "descubrimientos" o, mejor dicho, la producción de rupturas epistemológicas en otros campos del saber. Así, es por "importación" de los resultados alcanzados por las ciencias matemáticas que puede tener lugar la ruptura epistemológica que permite pasar de una física empírica e intuitiva como la aristotélica a la física científica de Galileo. El de la física es el segundo "continente científico".

En él podemos reconocer "regiones" relativamente bien delimitadas: la astronomía, la química, la biología. En el siglo XIX se produce la ruptura epistemológica que funda la ciencia de la historia. Es imposible ubicar al materialismo histórico en uno de los dos continentes (matemáticas y física) preexistentes. Por otra parte el materialismo histórico reconoce en su objeto teórico (el modo de producción) la existencia de instancias interdependientes y relativamente autónomas: económica, jurídico-política e ideológica. En la obra de Marx pueden encontrarse los fundamentos de una teoría científica de la instancia económica pero no pueden verse más que indicaciones generales respecto de las otras dos instancias. *El Capital* es el protocolo de la exploración de una región de un nuevo continente científico y es, al mismo tiempo, el señalamiento de regiones aún no exploradas, de "lugares teóricos" donde la ruptura epistemológica aún no se ha (no se había) producido. La obra teórica de Marx es —manteniendo nuestra metáfora geográfica— el informe del descubrimiento de un nuevo continente científico (el tercero) y la exploración de una de sus regiones. No es casual sino rigurosamente necesario que dicha región[1] sea la "determinante en última instancia" de los procesos del conjunto.

Ante la aparición de un nuevo sistema teórico cabe preguntarse, pues, si se trata o no de una ciencia y, en caso afirmativo, cuál es la ubicación que le corresponde en esta imaginaria "geografía" o, mejor dicho, *tópica* de las ciencias. Es el problema que se nos plantea ahora con la disciplina de la que nos ocupamos: el psicoanálisis. La respuesta ya fue adelantada por nosotros en la página 18 (cap. 1), el psicoanálisis da cuenta de la incorporación de los sujetos a la instancia ideológica del modo de producción. Ése es el sentido de la frase aparentemente confusa que sirve de epígrafe a este capítulo. Ahora debemos pasar a explicar los fundamentos de tal posición.

Las opciones[2] son sólo tres: a] sostener que el psicoanálisis es una ciencia autónoma, o sea un nuevo "continente" o, por lo menos, una "isla" dentro del conjunto de las ciencias y que no reconoce determinaciones ajenas a su propio aparato conceptual ni siquiera "en última instancia"; b] incluir al psicoanálisis como un aspecto de la biología, es decir, en el continente de la física que incluye a las tradicionalmente llamadas "ciencias naturales" o c] integrarlo como ciencia de una de las regiones o instancias

[1] La región o instancia económica.
[2] Una vez aceptada la cientificidad de la teoría psicoanalítica.

del modo de producción, localizarlo en el continente del materialismo histórico y, por lo tanto, reconocer que los procesos de los que se ocupa carecen de autonomía absoluta pues, en última instancia, están determinados por la instancia económica de cada modo de producción.

a] Los autores que sostienen que el psicoanálisis es una ciencia autónoma y le confieren un status de "continente" o "ínsula" en el "mundo" de las ciencias deben afirmar la existencia de un objeto también autónomo que no reconozca determinaciones exteriores. En tal sentido, postulan que el objeto del psicoanálisis es *la fantasía* (quienes traducen del francés prefieren con frecuencia la expresión *"el fantasma"*). Los autores de este texto consideramos que el tema puede ser objeto de arduas discusiones y de una mayor profundización, pero creemos, en primera instancia, que la fantasía no es irreductible al terreno de la ciencia de la historia. En efecto, no se puede negar el carácter estructurante del sujeto que tienen ciertas fantasías básicas pero ellas dependen de la ubicación del sujeto en una determinada estructura social. Por ejemplo, el hecho de que todo existente humano sea el resultado del coito de un hombre con una mujer implica la existencia de una fantasía de relación sexual entre los padres de la que el sujeto está excluido; Freud designó a esta fantasía con el nombre de "escena originaria". No hay sujeto que llegue al mundo sin haber pasado por un prolongado período de residencia en el cuerpo materno; es la base para la fantasía de retorno a esa situación de fusión con el ser de la madre. No existe ser humano que llegue a una sociedad donde no esté regulado el sistema de los matrimonios y exista alguna clase de prohibición del incesto: la expresión de una prohibición, de un "no" implica de inmediato la fantasía del "sí" en que lo prohibido aparece realizado y tenemos acá la fundamentación de las fantasías edípicas y de castración. La negación de la autonomía de la fantasía respecto de sus determinentes biológicos y sociales nos lleva, pues, a rechazar las pretensiones de autonomía absoluta de la ciencia psicoanalítica.

b] El psicoanálisis se ocupa del paso de la biología a la historia, de cómo el "organismo" deviene "sujeto". Por esa razón nos negamos a adscribir lisa y llanamente al psicoanálisis un carácter de disciplina biológica. Pero esto no puede implicar la afirmación de una ruptura entre ambas disciplinas. Los avances de *la biología,* los progresos en el conocimiento de la estructura y la función del sistema nervioso central y de la integración del funcionamiento corporal son y serán incapaces para explicar los procesos psíquicos que pertenecen a otro orden de realidad. Pero no

por ello podemos considerar que tales procesos psíquicos o cuales formaciones del inconsciente podrían tener lugar al margen o más allá de la existencia de procesos biológicos. El psicoanálisis no es un espiritualismo así como no es una forma de reducción de lo psíquico a lo biológico. El psicoanálisis puede elaborar teóricamente desde su perspectiva determinados conceptos que son limítrofes con los de la biología, puede extraer de ella y puede también ofrecerle hipótesis que, en cada caso, deberán ser comprobadas o descartadas con el arsenal metodológico que es propio de cada una de las dos disciplinas. Lo que no puede hacer es confundirse con ella, esperar que la biología resuelva los problemas teóricos que se plantean dentro de sus fronteras o pretender, de modo imperialista, remplazar a la biología en los problemas que son específicos de esta última. En síntesis, *el psicoanálisis no es biología,* el psicoanálisis *no ignora* a la biología, el psicoanálisis *no se opone* a la biología. La relación entre ambas disciplinas es de *presuposición.* El desarrollo teórico del psicoanálisis da por supuesta la existencia de estructuras anatómicas y de una organización funcional del cuerpo humano que tiene al sistema nervioso como principal instancia de integración. Admitidos estos supuestos, cada una de las dos ciencias debe trabajar en el espacio teórico así delimitado para dar cuenta de sus objetos (sus distintos objetos) de conocimiento. Ningún descubrimiento realizado en el terreno de la biología puede afectar a la teoría psicoanalítica y viceversa. Pero un descubrimiento en uno de los dos campos puede ofrecer hipótesis de trabajo que orienten la investigación en el otro campo, con los métodos propios de ese campo, lo que puede desembocar, eventualmente, en una rectificación de conclusiones anteriormente establecidas.[3]

Afirmamos que el psicoanálisis y la biología tienen distintos objetos de conocimiento, distintos objetos teóricos y distintos métodos para abordar sus objetos. Sería equivocado deducir de estas afirmaciones que el aparato psíquico se constituye por su cuenta, sin relación con el organismo biológico. Seamos claros: no hay estructura del aparato psíquico que funcione y sea detectable a nivel de sus efectos sin la existencia de un cuerpo humano viviente. Precisamente, uno de los descubrimientos fundamentales del psicoanálisis es el de la constitución del aparato psíquico a partir de las

[3] Quienes se interesen especialmente por este problema de las relaciones entre biología y psicoanálisis encontrarán provechosa la lectura de dos trabajos sobre el tema de los sueños aparecidos en el nº 5 de la *Nouvelle Revue de Psychanalyse:* uno de André Green (p. 155) y otro de André Bourguignon (p. 181), año 1972.

actividades biológicas instintivas mediante las cuales el organismo del recién nacido procura la satisfacción de sus necesidades vitales, corporales. En el proceso de alimentarse el pequeño animalito humano se encuentra con una serie de circunstancias particulares: a] el alimento no es encontrado sino que le es ofrecido por otro ser humano (la madre) o por un grupo humano (familia o institución); b] ese ser y/o grupo humano lo han estado esperando desde antes y tienen formuladas, tácita o explícitamente, una serie de expectativas que el recién venido deberá cumplir; c] también está formulado y preexiste al nacimiento el sistema de recompensas y sanciones que acompañarán al cumplimiento o incumplimiento de tales expectativas durante el transcurso de la vida individual; d] la satisfación de la necesidad alimenticia no es automática sino que está regulada según normas variables para cada grupo social en cuanto a horarios, cantidad y tipo de alimentos, persona que lo ofrece, etc.; e] la ingestión de alimentos satisface la necesidad biológica y *simultáneamente* da origen a sensaciones placenteras (de relajación de un estado de tensión preexistente); f] estas sensaciones placenteras se separan progresivamente de la función alimenticia y el niño comienza a buscarlas independientemente de la situación de privación/satisfacción de la necesidad de alimentos; g] estas sensaciones de placer que se apoyan, se *apuntalan,* en las necesidades biológicas se localizan en ciertas zonas del cuerpo o en todo él y constituyen ya una manifestación de *la sexualidad;* h] del mismo modo que la necesidad de alimentos estas sensaciones placenteras están ligadas en un primer momento a la presencia de un otro humano; i] así, paralelamente a la satisfacción de la necesidad se instaura un orden distinto de realidad, el orden del *deseo,* que está apuntalado en el primero pero se independiza gradualmente de él; j] la realización del deseo es indisociable de la presencia del otro pero la disponibilidad del otro como objeto de placer está siempre restringida en las sociedades humanas y el cachorro de hombre se va constituyendo en el seno de la carencia del otro; k] la aceptación por el otro, requisito indispensable para la satisfacción de la necesidad, implica la *represión* del deseo de ser uno con el otro o de tenerlo para sí, es decir, la represión de la sexualidad; l] en este proceso el deseo se separa de la necesidad: la necesidad fisiológica puede ser satisfecha pero el deseo no puede ser realizado y m] en los distintos momentos de la vida este deseo atraviesa por una serie de vicisitudes que constituyen el aspecto esencial del complejo de Edipo y que terminan en una modalidad singular de estructuración del aparato psíquico y en una forma particular de inclusión o exclusión del sujeto respecto

de su grupo social. Así culmina el proceso de incorporación de los seres biológicos humanos al orden de la cultura y de la historia. Por eso decimos que el psicoanálisis se ocupa del proceso de sujetación de los organismos biológicos a la sociedad humana.

Hacia el final del capítulo anterior nos preguntábamos si podía hablarse de conductas humanas que no fuesen el resultado de un conflicto entre las instancias del aparato psíquico, es decir, si era dable que determinados sectores del Yo pudieran detectar modificaciones en el entorno y responder a ellas con actos que no ostentasen modificaciones introducidas por operaciones de las otras instancias del aparato psíquico. Este problema se acopla íntimamente con el de la articulación del psicoanálisis con la biología. El obstáculo teórico para el que no ofrecemos una respuesta definitiva, puede plantearse así:

a] la admisión teórica de sectores del Yo libres de conflicto nos pondría en contacto con la existencia de fenómenos conductuales humanos con finalidad adaptativa que serían tributarios de la biología e inabordables desde la perspectiva psicoanalítica. En tal caso habría que distinguir una forma muy particular de disciplina biológica. Ya sabemos que en la biología animal se explican las conductas adaptativas como resultados de la interacción del organismo y el medio ambiente natural. Ahora estaríamos hablando de algo distinto, de una *biología humana* que debería ocuparse de las relaciones entre un organismo humano que ha pasado por el proceso de transformación en sujeto cultural y un mundo organizado y categorizado por la estructura social. Así, la *biología humana* ofrecería la estructura teórica para comprender aquellas conductas adaptativas que aparecerían en la zona de contacto del organismo con la realidad exterior mientras que *el psicoanálisis* se encargaría de la explicación científica de los efectos conductuales que resultasen de una elaboración conflictiva en el aparato psíquico con intervención de sus tres instancias. La demarcación de los procesos subsidiarios de cada una de las dos disciplinas resultaría en un primer momento confusa y el ulterior trabajo teórico debería ir separando con claridad los fenómenos correspondientes a una y otra disciplina. Nótese que, en este caso, tampoco habría inclusión del psicoanálisis en la biología sino que la relación entre ambas seguiría siendo de presuposición.

b] la otra posibilidad teórica consiste en rechazar la idea de sectores del Yo libres de conflicto y señalar que todas las conductas son efectos de la intervención del conjunto del aparato psíquico y que participarían siempre, por acción o por omisión, las tres instancias que en él reconocemos. Este es un hecho indis-

cutible para las llamadas "formaciones del inconsciente" en las que pueden reconocerse las manifestaciones conductuales (lapsus, relatos de sueños, síntomas) como formaciones de compromiso entre tendencias reprimidas que pugnan por exteriorizarse y actividades represoras inconscientes del Yo y Superyó. ¿Puede aplicarse este esquema en la explicación de conductas que no evidencien la existencia de conflicto entre las pulsiones y las defensas? Tal vez la respuesta positiva a la pregunta debería pasar por la imagen de *un salvoconducto*[4] extendido al Yo consciente por el polo pulsional, sede de las representaciones reprimidas (el Ello) y por las instancias represoras (actividad inconsciente del Yo, Superyó). Es decir, el Yo podría continuar desarrollando sus actividades libre de conflictos únicamente en la medida en que el resto del aparato psíquico deje de manifestar objeciones a esas actividades. Así, sería el conjunto del aparato psíquico el que se manifestaría: en el caso de los sectores conscientes del Yo por su acción y en el caso del resto de las instancias por omisión. La adopción de esta solución teórica tampoco haría desaparecer la especificidad del nivel biológico en el análisis de la actividad humana que seguiría estando presupuesto por el desarrollo teórico del psicoanálisis.

RELACIONES DEL PSICOANÁLISIS CON LA LINGÜÍSTICA

Las abordaremos brevemente. Mientras describíamos las circunstancias por las que atraviesa el cuerpecito humano hasta llegar a ser un sujeto cultural hicimos notar, casi de pasada, que ya antes del nacimiento hay una serie de expectativas que el futuro ser deberá realizar y un sistema de recompensas y sanciones para premiar o castigar su cumplimiento. En otras palabras, hay un deseo de los otros que aguarda que el niño nazca para adecuarlo a sus exigencias. Hay también un sistema de objetos culturales y de designación de tales objetos, el sistema de la lengua, producido en la historia de cada sociedad humana. El recién nacido se encuentra así, desde un principio, anudado en una malla de personajes, relaciones entre personajes, leyes, imágenes de los objetos, expresiones habladas que significan a esos objetos, etc. En esa red, él mismo ocupará un lugar, tendrá un nombre, será una imagen para los otros, su nombre (significante) quedará ligado a esa imagen (significado) y deberá utilizar ese sistema preformado de la lengua

[4] Un *nihil obstat*.

que lo habilitará para pensar y decir lo que ese sistema permite. El sujeto humano se constituye en medio de y es constituido por la estructura de la lengua. En la definición del fundador de la lingüística moderna, Ferdinand de Saussure[5] la lengua es "un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esa facultad en los individuos" (p. 51). La unidad de la lengua es el *signo*. El signo no es el sonido o la palabra escrita ni es tampoco la idea o concepto que tenemos de una cosa. El signo es la relación que une, en el sistema de la lengua, a una imagen acústica o, mejor dicho, a la huella psíquica de un sonido (significante) con un concepto o idea (significado). En el ejemplo clásico saussureano, la unidad de la lengua, el signo "árbol" no es el sonido o el recuerdo del sonido de la palabra árbol ni tampoco la representación que tenemos de un árbol o de los árboles en general, sino la relación indisoluble que liga a la materialidad sonora con la representación. Ahora bien, "árbol" sólo es signo en la medida en que esa relación significante/significado (S/s) tenga un nivel convencional de aceptación por parte de los individuos del grupo humano para los cuáles es signo (en este caso, los hispanoparlantes) y en la medida en que, como significante, se diferencie fónicamente de otros significantes. Es decir que su valor significante está fundado en una unidad de significación para los que usan esa lengua y en una diferencia, fijada por esa lengua, entre ese significante y los demás. A partir de acá se desarrolla una serie de conceptos lingüísticos que tiene importantes consecuencias en la estructura teórica del psicoanálisis que no desarrollaremos porque nos apartaría considerablemente de nuestros objetivos. Nos limitaremos a señalar que esta estructura de signos, este sistema de la lengua, preexiste al sujeto y él, después de su nacimiento, deberá ir a encarnarla. Terminará hablando "su lengua materna", es decir, hablando el idioma de sus padres. La lengua se perpetuará en él y hablará a través de él.

Cabe aquí preguntarse, como en el caso de la biología: ¿puede reducirse el proceso de sujetación estudiado por el psicoanálisis a la incorporación del sujeto a la lengua de sus padres y al sistema de significaciones en que ellos están inmersos o, por el contrario, corresponde manifestar que, si bien no hay aparato psíquico que funcione fuera de un universo de relaciones de signi-

[5] F. de Saussure, *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1971 (10ª ed.). Para quienes se interesan por una exposición actualizada de los problemas contemporáneos de la lingüística, O. Ducrot y T. Todorov, *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1974.

ficantes/significados, el conocimiento de la estructura lingüística no nos permite conocer cómo funciona el aparato psíquico del sujeto en cuestión y cómo se producen esos efectos que son la conciencia y la conducta?

En este caso también terminamos por admitir que el sistema de la lengua es una condición necesaria pero no suficiente para comprender el funcionamiento del aparato psíquico y que, por lo tanto, el psicoanálisis es irreductible a la lingüística así como ésta tiene sus objetos de conocimiento que pueden constituirse independientemente de la teoría psicoanalítica. En otros términos, así como se establecía una relación de presuposición entre psicoanálisis y biología, *hay presuposición, independencia teórica y puntos privilegiados de articulación entre los universos conceptuales del psicoanálisis y la lingüística.*

RELACIÓN DEL PSICOANÁLISIS CON EL MATERIALISMO HISTÓRICO

> La psicología individual es, al mismo tiempo y desde un principio, psicología social.
>
> SIGMUND FREUD (1921), *Psicología de las masas y análisis del yo.*

La frase de Freud invita a pensar. La psicología de los psicólogos, la psicología académica, se propone a sí misma como "ciencia" de la conciencia y/o de la conducta de los individuos. Es el punto de partida: la conciencia se presenta como "reflejo" *individual* del mundo exterior, la conducta como "respuesta" *individual* a cambios en el medio ambiente. El análisis crítico nos conduce a concluir que estas afirmaciones se basan en un quíntuple desconocimiento que debemos desentrañar:

1] Se parte de una apariencia y se la acepta sin discusión; hay dos entidades opuesta: hombre//mundo u organismo//medio y la conciencia o la conducta, respectivamente, aparecerán como resultantes de ese encuentro. Sin embargo, estas sencillas dualidades se disuelven cuando se aclara que el "mundo" o el "medio" en que los hombres viven no es otra cosa que la organización social y que tal organización social produce a los hombres que viven y operan en ella. No hay, pues, enfrentamiento del individuo con el medio como si se tratase de dos entidades opuestas. La psicología individual desconoce que el individuo que estudia es un resultado del ambiente (social) y que la contraposición de

ambos es sólo aparente. La postulación de la dicotomía organismo//medio es determinante de una sospechosa confusión entre la psicología y la biología. Así, Canguilhem define a la biología como la "teoría general de las relaciones entre los organismos y los medios". ¿Qué persigue la psicología cuando se presenta como teóricamente indistinguible de la biología? ¿Cuáles son sus objetivos? A partir de los efectos, de la inscripción de la psicología en las sociedades que conocemos, podemos responder: los objetivos son técnicos; lo que está en juego no es el conocimiento sino la eficiencia para cumplir con las demandas formuladas por esas estructuras sociales. El individuo es *reducido* a lo biológico y todo el armazón especulativo y experimental de la psicología académica se demuestra como una racionalización de la necesidad social de prevenir y controlar técnicamente las conciencias y las conductas de los hombres.

2] Si el individuo es un producto de la estructura social en la que nació y se crió, ¿qué observa la psicología académica cuando estudia el funcionamiento de los individuos en relación con las modificaciones del ambiente?, ¿qué significan sus juicios en el sentido de que una determinada conducta es adaptativa o inadaptativa? Claramente, la conciencia y la conducta individuales son transacciones del sistema con el sistema mismo (que produjo al individuo). Los sujetos singulares son, simplemente, los *soportes* de esas transacciones. Por ejemplo, los hombres aprenden a ejecutar sus actividades de acuerdo a las prescripciones de relojes y almanaques. Están prefijados los momentos para cada actividad y los sujetos se constituyen en medio de esa regulación "del" tiempo, de "su" tiempo. Luego viene el psicólogo e investiga como se comporta "su" sujeto. Si cumple con los horarios preestablecidos o si realiza sus tareas en un tiempo no mayor que el del promedio de las personas de su condición se dice que sus conductas son "adaptativas" o "normales". La "adaptación" es, sin duda, la incorporación de los esquemas de conducta que la estructura social ha creado en el sujeto a lo largo de su proceso formativo; es sujetación. El sujeto cree que es él quien actúa cuando llega puntualmente a su trabajo y marca en el momento oportuno su tarjeta en el reloj. Ignora que la regulación del tiempo le fue infundida de entrada como ritmo de la alimentación, de la excreción, de la escuela, de las vacaciones, del placer sexual, del trabajo y del esparcimiento. El sujeto está en la ideología, desconoce esa estructura inaparente de gobierno del tiempo. El psicólogo que mide tiempos de reacción armado con un cronómetro cree también que su actividad es "objetiva" y "científica"

porque está ubicado en el mismo plano ideológico de desconocimiento/reconocimiento que el sujeto observado.

3] Pero, ¿quién sabe que su propia conciencia y conducta son efectos regulados desde una estructura invisible? Una afirmación semejante provocaría la sorpresa y el rechazo de la gran mayoría. Cada uno tiene de modo "natural", "evidente" y "espontáneo" la sensación de ser un sujeto singular, distinto de los otros, dueño de sí mismo, "libre". Para que este efecto ilusorio pueda producirse, es necesario que previamente se haya borrado el recuerdo del proceso de incorporación de todas las normas que regulan, en el hacer y en el pensar, lo permitido y lo prohibido. Esta *sujetación* (en el doble sentido de proceso de formación del sujeto y de acción de atar, de ligar) se ha cumplido en lo esencial durante los primeros años de la vida y ha sido "olvidada", es decir, ha desaparecido del campo de lo que podemos recordar si nos aplicamos a ello. Según los términos psicoanalíticos expuestos en el capítulo precedente, el proceso ha dejado de ser preconsciente y ha devenido inconsciente. La amnesia infantil de los pasos esenciales del proceso de sujetación aparece como el prerrequisito indispensable para la dominación del individuo y para la existencia casi universal del mito de la singularidad. Como dice Schachtel:[6] "El mundo de la civilización occidental moderna no puede permitirse hacer empleo alguno o conservar memoria de ella (la experiencia de la primera infancia) porque esa memoria, si fuese universal, haría estallar el orden social restrictivo de esta civilización."

4] Y hay más aún: cada ser humano que nace llega para ocupar un lugar que lo espera, su nacimiento es deseado o no, un grupo humano se ha preparado para asignarle un puesto determinado (desde primogénito en una familia real hasta internado en un orfanato), se le asigna un nombre al que deberá responder, se le designan las experiencias que podrá y las que no podrá tener, las personas que lo conocerán, la instrucción que podrá alcanzar y el uso que habrá de hacer de la misma, los alimentos que tendrá o que le faltarán, las capacidades personales que podrán germinar y las que quedarán mutiladas, la clase social a la que habrá de pertenecer y la posibilidad de escapar a los determinismos de clase, etc. En cada uno de los casos están prescriptos los pensamientos y las conductas que son congruentes con el lugar asignado. En páginas ulteriores habremos de mostrar la articula-

[6] Citado por G. A. Miller, en *Introducción a la psicología*, Madrid, Alianza, 1970, p. 236.

ción existente entre el proceso social de asignación de lugares y la incorporación concreta de cada sujeto con la consiguiente asunción de un sistema de representaciones y comportamientos que fija la posición de ese sujeto singular respecto de lo deseado, lo permitido y lo prohibido. Estos mecanismos de inclusión de sujetos en lugares preestablecidos son también invisibles y desconocidos tanto por los sujetos como por los llamados "científicos sociales" que están inmersos en su estudio.

5] El sujeto así producido, olvidado del proceso de producción de sí mismo, con su ilusión de autonomía y singularidad, ocupando el lugar asignado, funciona o debe funcionar como una herramienta eficaz que cumple con las tareas que la estructura le fijó. El proceso no es consciente de entrada ni para los sectores o clases dominantes ni para los dominados. Precisamente, los procesos de sujetación operan de modo inconsciente y se presentan como el paradigma de lo "natural", lo "lógico", lo "inevitable". Es una cuestión de "sentido común". Cada uno debe "guardar su lugar", sea el de arriba o el de abajo. Eso significa "vivir en la realidad". Y para que la herramienta que hace y piensa las cosas adecuadas sea eficiente, es necesario que se contemple a sí mismo como un "yo autónomo e independiente" y no como una heramienta. Paradójicamente, la toma de conciencia del proceso de sujetación y de asignación de los lugares que se ocupan constituye un prerrequisito para el abandono de esa condición de herramienta, es decir, para la *desujetación*. Pues la toma de conciencia permite el distanciamiento respecto del proceso y la adopción (colectiva) de conductas tendientes a torcerlo y a crear distintas condiciones de vida. La psicología académica necesita desconocer la sujetación porque es utilitarista y la utilidad que procura es la indicada por el sistema social de explotación al servicio de las clases dominantes. La cuestión de los mecanismos (colectivos) de desujetación debe quedar necesariamente fuera del alcance de los integrantes del sistema. Una psicología que la trajese como tema de estudio aparecería como traidora al encargo que se le ha formulado (véase cap. 15 *in fine*).

En estos cinco sentidos puede entenderse la mordedura de la frase de Freud: "La psicología individual es, al mismo tiempo... psicología social." *Al mismo tiempo* porque frente a cada hecho de conciencia y a cada acto de conducta de un ser humano corresponde preguntar cuál es la intervención social que se manifiesta en ese proceso aparentemente individual y singular. Toda acción de un sujeto es, *al mismo tiempo*, acción de una estructura social invisible que está siendo mediatizada por él sin que

él lo sepa y a pesar de todas las apariencias de autodeterminación. La psicología académica puede, fundándose en este quíntuple desconocimiento, presentarse bajo su doble ropaje actual: es una *técnica* para el registro, predicción y control de las conductas y es una *ideología* que ofrece representaciones ilusorias sobre la singularidad y la autonomía del yo, de la "personalidad" o de la conciencia. Y esa combinación de técnica e ideología necesita proclamar a los cuatro vientos su cientificidad ante sí misma y ante los demás para aumentar así su prestigio, la demanda de sus servicios y su eficiencia. La psicología, presentándose como "individual" y desconociendo que no puede hablarse de lo individual pues lo social está *ahí "al mismo tiempo"*, se ubica en directa continuidad y como legítima heredera de la metafísica tradicional. El psicoanálisis revoluciona teóricamente este campo del conocimiento porque hace estallar el mito de la singularidad, del "yo autónomo", de la "vida mental", del "mundo interior", en una palabra, con el *mito del alma* que, de una u otra manera, con el disfraz de la conciencia y la conducta individuales sobrevive aun hoy en el discurso oral y escrito y en la práctica cotidiana de la psicología académica.

75 años antes de la lapidaria frase de Freud que estamos analizando, Marx y Engels habían dicho que "no es la conciencia la que determina la vida sino que es la vida la que determina la conciencia". Podemos decirlo con otras palabras: no es la conciencia personal la que determina el lugar que se ocupa en la estructura sino que es este lugar el que determina las conciencias (y las conductas) individuales. Estos sistemas de representaciones conscientes y de comportamientos singulares constituyen, pues, un efecto invisible del sistema social. Para ser estrictos debemos considerar a los sujetos como portadores, como soportes de una relación imaginaria con sus propias condiciones de existencia, con su vida real. Ese montaje de actitudes, pensamientos, discursos y conductas de cada uno puede ir siendo considerado desde ya como expresión de una "IDEOLOGÍA DE SUJETO" que asegura la cohesión de cada organismo individual con los lugares que le están asignados en la estructura.

Freud no se limitó a afirmar que "es, al mismo tiempo..." sino que precisó: "La psicología individual es, ...desde un principio, psicología social." Y su expresión nos sumerge de lleno en el corazón del pensamiento freudiano. ¿Porqué *desde un principio*? A lo largo del texto hemos ido diseminando anticipos de la respuesta. Sabemos ya, por ejemplo, que lo esencial del proceso de sujetación tiene lugar en los primeros años de la vida y que

los itinerarios recorridos en los primeros tiempos quedarán después borrados de la memoria e inaccesibles para la conciencia. Pero corresponde ahondar en el proceso por el cual un cuerpito expulsado por un parto de mujer llega a transformarse en el miembro de una sociedad incorporando, haciendo carne en él, los requerimientos formulados por ese sistema. Aquí debe ponerse en juego una estricta vigilancia teórica porque un pensamiento simplista nos llevaría a hablar vagamente de presuntas "influencias" sociales que irían "modelando" al niño hasta transformarlo en un adulto. Es incluso podríamos creernos "dialécticos" si afirmásemos que, así como el ambiente modela a la persona, esa persona, a su vez, modela al ambiente, etc. Pero no estaríamos procesando científicamente a la realidad sino jugando con las palabras y modulando nuestro discurso en el nivel de la reproducción especulativa de las apariencias. Otra cosa muy distinta propone el psicoanálisis.

Parafraseando a Althusser podríamos decir que el recién nacido, cuando nace, nace viejo. Tiene todos los años de los padres que lo han puesto en marcha. Llega para ocupar un puesto asignado consciente o inconscientemente por los padres o por quienes tienen su función. Deberá responder a las expectativas conscientes y a los deseos inconscientes de sus familiares. Con frecuencia su lugar es el de "lo que le falta" a cada uno: el pene de la madre, la revancha del padre frente a sus aspiraciones irrealizadas, la unión de una pareja escindida por cotidianos fracasos previos, "el sustituto de un objeto amoroso que ha perdido su valor" (Freud), la recomposición de una unión fantaseada con el padre o la madre de la niñez de los padres, el varón o la mujer deseados antes del nacimiento e independientemente de que el sexo biológico de la criatura corresponda a eso esperado, etc. La lista sería inacabable; el recién nacido se planta en la intersección de deseos muchas veces contrapuestos. La existencia humana es, de hecho, conflictiva desde antes de nacer. El niño deberá encarnar esos deseos ajenos que lo constituyen. Siempre está la presencia de otro dictaminando "serás lo que debas ser y si no, no serás nada". Pero, ¡atención!, estas consideraciones no autorizan ningún reduccionismo ni menos aun postulaciones mecanicistas capaces de retrotraernos al mito de la predestinación (cuya "verdad" empezamos a comprender). Lo que nace no es una blanda masilla que cada uno configuraría a su gusto y paladar. Pocas páginas atrás, cuando abordamos la cuestión de las relaciones entre el psicoanálisis y la biología, expusimos ya la problemática de la necesidad biológica existente desde un primer

momento y organizada en comportamientos instintivos, del apuntalamiento de las sensaciones placenteras en la actividad de satisfacción de las necesidades, de la aparición de un nuevo orden en la existencia humana: el de las pulsiones, de la sexualidad, del deseo y de la fantasía de realización del deseo y, finalmente, de la dependencia de este orden de la sexualidad respecto de la intervención de los demás que regulan el acceso al objeto del deseo e imponen la prohibición de su realización.

Detengámonos en este proceso de separación del orden de la necesidad y el orden del deseo. Recurramos en este punto a la prosa irremplazable de Freud:

> La primera actividad del niño y la de más importancia vital para él, la succión del pecho de la madre (o de sus subrogados) le ha hecho conocer, apenas nacido, este placer. Diríase que los labios del niño se han conducido como una zona erógena, siendo, sin duda, la excitación producida por la cálida corriente de la leche, la causa de la primera sensación de placer. En un principio la satisfacción de la zona erógena aparece estrechamente asociada con la del hambre. La actividad sexual se apuntala primeramente en una de las funciones puestas al servicio de la conservación de la vida pero luego se hace independiente de ella.[7]

Las experiencias de la succión y la saciedad son correlativas de las del hambre y la búsqueda. En la situación de privación el niño activa las huellas de la satisfacción anterior y de este modo hace presente ante sí, *alucina* el objeto que traía el alimento (*así como* el sediento en el desierto alucina el oasis). Aparece en este momento la fantasía que es la escena imaginaria de la realización del deseo, anulando así la separación y llegando a la unión con el otro o con la parte del otro (pecho) que porta el objeto gratificante. El funcionamiento psicológico del niño no admite la postergación; el deseo es imperioso y debe ser satisfecho, ora por el objeto real, ora por la alucinación de ese objeto. La imagen recordada y alucinada del pecho puede realizar el deseo a través de una fantasía, pero el hambre prosigue. La necesidad y el deseo operan ya de modo independiente, se han divorciado. El pecho presente es el portador de la satisfacción pero ese mismo pecho, al faltar, es el agente de la privación y de la tensión. La pulsión posesiva y amorosa es también agresiva, destructiva. La relación con las partes de las personas y (ulteriormente) con las

[7] Freud, S., *Tres ensayos sobre una teoría sexual*, en *Obras completas*, t. II, pp. 51-2, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1952 (traducción revisada y corregida).

personas totales es ambivalente: se las necesita, no se es uno con ellas, se está separado, se las quiere poseer, este anhelo de posesión es frustrado a cada instante, se las pretende destruir, destruirlas es acabar con aquello que es indispensable, se experimenta angustia y culpa por haber tratado destructivamente en la fantasía a los objetos benefactores, debe aceptarse la privación, reprimirse la agresión. En este momento la pérdida del amor de las personas de las que depende todo bienestar pasa a ser la máxima amenaza que pende sobre el niño, la dominación de los adultos debe ser aceptada so pena de quedar expuesto a la máxima indefensión, el deseo sexual primero y la agresividad después deben ser bloqueados, la autoridad triunfa. Atacar al objeto deseado (que se niega) es perderlo. No atacarlo es resignarse a no tenerlo. La posesión y el goce se revelan imposibles. Mientras se desarrolla este proceso dramático la zona oral va viendo reducida su preminencia como zona erógena y la mucosa anal aumenta su importancia como fuente de sensaciones de placer. El interés primordial del niño se desplaza a las funciones excretorias y la familia se interesa por la regulación esfinteriana que debe ser controlada, sometida a ciertos horarios y rituales. Nuevamente observamos aquí que "la zona anal, como la labial, es muy apropiada por su situación para permitir el *apuntalamiento* de la sexualidad en otras funciones corporales" (Freud, *Op. cit.*, p. 55). La dominación de las conductas agresivas y de la actividad excretoria quedan ligadas al erotismo anal. Por su parte, las manifestaciones pulsionales referidas a la zona erógena anal son sistemáticamente combatidas, con mayor intensidad aún que las referidas a las zonas oral y genital. "Lo anal queda como símbolo de todo lo que debe rechazarse y de todo lo que no debe aceptarse de la vida" (Freud, *Op. cit.*, p. 57). Y en las líneas precedentes ha dicho: "La pequeña criatura tiene en esta ocasión que sospechar la hostilidad del mundo exterior con respecto a sus propias pulsiones, aprendiendo de esta manera a separar su propio yo de las personas que le rodean y produciéndose así la primera "represión" de sus posibilidades de placer" (traducción corregida).

Por lo que estamos viendo, *los otros* no aceptan el placer ni los impulsos hostiles y destructivos del niño. Pero ¿qué pasa con los impulsos amorosos? Las primeras vivencias infantiles no permitían discriminar entre lo interior y lo exterior. La boca que succionaba la leche y el pecho que la aportaba eran una unidad (como aun antes lo había sido el cuerpo del feto con el de la madre). La experiencia repetida de la necesidad impuso al lactante la aceptación de una primera separación, casi podríamos decir, de una

primera herida: "Yo no soy lo mismo que el objeto que me colma, yo no soy el pecho que está allá mientras yo estoy acá, con hambre." Esta separación es ulteriormente corroborada por la represión impuesta a las manifestaciones hostiles: "Yo no puedo atacar a lo que necesito porque así arriesgo perderlo en forma definitiva." La fantasía de ser-uno-con-el-pecho deja lugar a la fantasía de posesión: "tener al objeto" que implica reconocer su separación. Aquí el objeto ha dejado de ser parcial (pecho) para hacerse total (madre). Al mismo tiempo se efectúa un nuevo desplazamiento en la primacía de las zonas erógenas. Alcanzado y automatizado el control de los esfínteres, las mucosas genitales comienzan a concitar el interés del niño. La exploración y la búsqueda del placer proveniente de estas zonas, a su vez, son consideradas malsanas por los adultos que prohiben y castigan estas actividades masturbatorias. Además surge en este momento un enigma de muy difícil solución: el de las diferencias de los sexos íntimamente vinculado al de los nacimientos: el propio y los ajenos. Todas las investigaciones y las preguntas remiten a nociones confusas, llenas de puntos oscuros que son fantaseosamente completadas y hechas coherentes mediante "teorías sexuales infantiles" que pretenden dar cuenta e integrar las distintas informaciones recogidas. En esta época el deseo es el de poseer a la madre pero también este deseo se revela como imposible. La madre no puede ser poseída porque es la propiedad de otro que se aparece como omnipotente: el padre. En esta época el reconocimiento de la existencia de la diferencia anatómica de los sexos muestra al niño varón que el pene, ese órgano del que extrae placer, puede faltar y de hecho falta en todas las niñas y mujeres que él ha podido observar. Desconocedor de la existencia de la vagina, sólo alcanza a explicar esta ausencia con la "teoría" de que el pene les ha sido extraído a las niñas y que, por lo tanto, la castración es un destino que también puede acecharlo a él. Esta *fantasía de castración* es muchas veces reforzada por alusiones, amenazas directas o peligros que él personalmente siente sobre su integridad. El deseo de la madre, la interposición del padre como dueño del objeto de su deseo, la manipulación genital y la prohibición por parte de los adultos de la misma quedan asociados así a la eventualidad de una mutilación irreversible: *el complejo de castración,* arquetipo de todos los males que pueden sobrevenir al sujeto como consecuencia del deseo y de su realización, por fantaseada e imaginaria que ella sea. Para evitar la castración deberá abolir su deseo incestuoso, acabar con la masturbación, suprimir los aspectos hostiles de su relación con el padre

y anular dentro de sí el recuerdo de las dolorosas vivencias de esta etapa. El deseo, ahora imposible, cambiará de objeto.

El complejo de Edipo y su correlato, el de castración, aparecen como una premisa psicológica ineludible para todo sujeto humano en su proceso de formación. La otra premisa ineludible depende de la prolongada dependencia biológica que caracteriza a los cachorros humanos en los primeros años de su vida. Para sobrevivir el niño necesita de los adultos. La amenaza —proferida o no por éstos— de la pérdida de amor equivale a una amenaza de muerte porque sumiría al niño en un estado de absoluto desamparo. Esta situación contribuye a hacer que los padres (o quienes ocupan su lugar) se presenten ante el niño como imágenes omnipotentes con las que no puede malquistarse. *La vivencia de desamparo se combina con la fantasía de castración* para hacer que los padres aparezcan como investidos de todos los poderes y de los atributos deseables. Para ser hay que ser como ellos quieren o se está condenado a no ser. Los sentimientos hostiles hacia ellos deben ser suprimidos para conservar su amor. Las aspiraciones acerca de lo que uno debe ser y tener (ideal del Yo) y los juicios acerca de lo que no se debe hacer (conciencia moral) están modelados por las aspiraciones y los juicios de los padres respecto del niño. Es decir, el niño, frente a las terroríficas fantasías del desamparo y la castración, concluye por lograr un tranquilizador armisticio identificándose con sus padres, incorporando dentro de sí *como interiores* al conjunto de las privaciones, las restricciones, las prohibiciones y las exigencias de sus mayores. El apartamiento de las normas fijadas, la transgresión de la Ley, será castigado, de aquí en más, por una instancia interior, el Superyó, continuación directa de los poderes que originariamente tenían los adultos sobre el niño. A partir de esta descripción se comprende la esencia de la reiterada formulación freudiana: "El Superyó es el heredero del complejo de Edipo".

En las niñas el proceso es distinto. Someramente: el descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos no da origen, claro está, a temores de castración. Por el contrario, aparece un deseo de poseer ese atributo que da acceso a la posesión de la madre y se desarrolla una "envidia del pene". El deseo amoroso que había sido primero deseo de la madre toma ahora al padre como objeto y la madre se transforma en molesta rival, depositaria de impulsos hostiles. La admisión de que nunca se llegará a poseer el pene origina el deseo de recibir el del padre y tener un hijo de él que ocuparía el lugar del órgano faltante. La imposibilidad de este deseo y la necesidad de reprimir los impulsos

hostiles favorece, como en el varón, una identificación con el objeto odiado-temido que entra ahora a formar parte de la estructura personal de la sujeto. Se renuncia a tener lo que la madre tiene y se acepta ser como la madre es, se reprime la sexualidad y pasa, al igual que el varón, a un período de latencia que permitirá ulteriormente, con la llegada de la pubertad, la elección de objetos sustitutivos de aquellos que recibieron las primeras fijaciones libidinales.

¿Qué se ha definido en este proceso del Edipo? 1] el objeto del deseo infantil se revela como inalcanzable: deberá perderse como objeto y a la vez quedará como modelo con el que habrán de compararse los objetos alcanzables; 2] el *otro*, el *tercero*, el *rival* aparece como el agente de la prohibición, la renuncia al objeto del deseo va a la par de una identificación con el otro represor que termina incorporado a la propia estructura subjetiva y 3] en la zona de conflicto entre la pulsión, nunca del todo sofrenada, y la realidad exterior *restrictiva* y *prohibitiva* de la cultura, se constituye el Yo que tiene a su cargo la difícil tarea de armonizar ambos tipos de exigencias inconciliables organizando las conductas de rodeo sustitutivas de la originaria búsqueda del placer.

Después del proceso edípico el aparato psíquico queda constituido de modo relativamente estable. Se delimita en el sujeto la instancia de las pulsones sometidas a represión (el Ello con sus representantes pulsionales), la internalización de las pautas restrictivas y de la vigilancia exteriores (el Superyó) y la estructura encargada de arbitrar los medios para proteger al organismo de los peligros a la vez que de facilitar las satisfacciones posibles teniendo en cuenta a las exigencias de la realidad exterior, por lo tanto, manteniendo la represión de los representantes psíquicos de la pulsión (el Yo).

Intentamos que se tenga muy presente este carácter determinante del proceso edípico sobre la estructuración del aparato psíquico que vimos en el capítulo anterior (gráfico de pág. 57). No se puede entender la estructura del sujeto —expresión que preferimos a la más ambigua de "personalidad" (ver capítulo 13)— sin considerar cómo el aparato psíquico resulta de la modalidad de resolución del complejo de Edipo con sus variantes culturales e individuales. También en el capítulo precedente (p. 52) tuvimos ocasión de definir a las posiciones subjetivas como actitudes generales del sujeto frente a los objetos del deseo y la ley y a las formaciones del inconsciente como productos transaccionales del conflicto entre las pulsiones reprimidas y las resistencias y mecanismos represores. Ahora estamos ya en condiciones

de establecer la relación que existe entre el proceso de sujetación —cuyo núcleo y eje es el complejo de Edipo— y el proceso de producción de esos efectos aparentes que son la conciencia y la conducta. Queda también claro que ese sujeto que la psicología individual nos presenta como individual y autónomo es el resultado de este complejo y accidentado proceso de transformación y canalización de las pulsiones que desemboca en la renuncia y la represión de los impulsos tendientes al placer en favor de los dictados de la realidad exterior. Por otra parte, ¿cómo hablar de un individuo "autónomo" si a) tal individuo sólo pudo alcanzar autonomía después de incorporar dentro de sí y como reguladores a las imágenes omnipotentes y terroríficas de otros sujetos bajo la forma de un Superyó y b) si la realidad ha impuesto su organización al Yo que actúa desde entonces como represor inconsciente de las pulsiones que tienden a ganar acceso a la conciencia y a la motilidad en función del principio del placer?

El niño que en primera instancia vivía de acuerdo al principio del placer y desconocía la realidad llegó a ser, en definitiva y después de pasar por múltiples identificaciones, alguien que vive según las normas del principio de realidad que es una transformación "adaptativa" del primero. Este proceso es el que posibilita la incorporación plena del niño al orden de la cultura. Al término del recorrido "normal" ("que aceptamos, demasiado a la ligera, como normal" —decía Freud) el niño puede querer "llegar a ser como papá" y, por lo tanto, está en condiciones de pasar a la escuela y después al trabajo para desembocar, sin preguntarse por qué, en la formación de una familia monogámica como la de papá; la niña puede querer "llegar a ser como mamá" y fijarse así los proyectos de la Susanita de la historieta de Quino. Después de recorrer el camino todo se olvida. El proceso de sujetación es desconocido y a este desconocimiento se lo designa: amnesia infantil. "Normal", claro está. Lo que sigue es ya, en su mayor parte, preconsciente; de aquí en más la conducta es "adaptativa". Y si no lo fuera está ya el Superyó para castigarla como "conciencia de culpabilidad".

El proceso que venimos de reseñar es ineludible como esquema estructurante general. No quisiéramos dejar la impresión, falsa por simplista, de que es posible la constitución de un sujeto humano que no atraviese por las experiencias de separación del objeto, de represión de las pulsiones sexuales, de identificación con un otro humano, etc. Ahora bien, la forma en que se realiza este proceso de sujetación reconoce variantes en el curso de la historia. Cada formación social produce los sujetos que necesita para su

mejor funcionamiento. El principio de realidad, según lo señalaron previamente W. Reich y Herbert Marcuse, es distinto en las distintas estructuras sociales. Por otra parte, admitir que el proceso de sujetación, cierta forma históricamente condicionada de la sujetación, es inevitable, no implica la resignación ante ese destino. La terapéutica psicoanalítica y la política revolucionaria se insertan precisamente en el problemático campo de las posibilidades de la desujetación. Formulada esta salvedad podemos proseguir nuestro trayecto.

Una de las preguntas con las que habíamos comenzado el libro era la del porqué de las oposiciones con que la estructura social enfrentó desde sus orígenes a la ciencia psicoanalítica. Y la descripción que venimos de hacer nos despeja una respuesta rotunda: *el psicoanálisis devela la clave del proceso de sujetación.* Su objetivo es hacer consciente lo inconsciente, evidenciar a la representación de la pulsión reprimida; esclarecer las circunstancias y los motivos para que la represión fuese practicada y mantenida, poner la energía pulsional a disposición del Yo para posibilitar la transformación de la realidad. La teoría psicoanalítica ha puesto al desnudo la maquinaria de la represión montada dentro de cada sujeto singular. Ha mostrado que el deseo está divorciado de la vida y que la opción planteada es entre un placer sin realidad (la locura) y una realidad sin placer (la neurosis, la "normalidad"). El deseo sólo aparece realizado en la negación de la realidad, en el sueño, en ese doloroso compromiso entre la pulsión y la represión que es el síntoma neurótico o en la sublimación prometedora de un mundo distinto que es la obra de arte. Y es en ese punto donde aparece la pregunta más trascendente: ¿cuáles son las condiciones para alcanzar el placer en la realidad? Pregunta que —a su vez— se revela como subsidiaria de otra: ¿cuáles son, en la realidad, las fuerzas y los obstáculos que conspiran contra la realización del deseo y determinan que el proceso de sujetación aparezca como un destino inmutable? La respuesta a estas preguntas no entra en el ámbito del psicoanálisis sino en el del materialismo histórico. Es necesario, pues, pasar a exponer algunos principios fundamentales de la ciencia de la historia para después ver cómo se articulan en ella los conceptos psicoanalíticos.

Reteniendo este objetivo expositivo en nosotros es que no haremos una exposición dogmática del marxismo yendo de los principios más generales a los más particulares ni tampoco una exposición genética sobre el modo en que estos distintos conceptos fueron siendo adquiridos por el trabajo teórico de Marx y de sus continuadores. Partiremos, en cambio, de lo que venimos de

exponer con relación al proceso de sujetación y de la necesidad de alcanzar mayor claridad sobre ciertas nociones aparentemente evidentes.

Al describir la situación edípica típica dijimos que el niño varón atraviesa por un período en el que desea a su madre y experimenta sentimientos de hostilidad hacia su padre y que esa etapa normalmente termina cuando, bajo los efectos del complejo de castración, renuncia al deseo incestuoso, se identifica con el padre reteniendo sólo los sentimientos tiernos hacia él e introyecta a las figuras paternas autoritarias. Pero aquí cabe una pregunta ingenua y hasta tonta en su apariencia: ¿Quiénes son el padre y la madre? Y podría darse una respuesta igualmente ingenua y empírica señalándolos con el dedo y diciendo: ése y ésa. Así nos habríamos quedado en un reconocimiento (desconocimiento) que no nos enseña nada. Podríamos dar una respuesta biológica que tuviese en cuenta la diferencia de los sexos y de las generaciones. Pero tampoco habríamos avanzado mucho pues todavía no habríamos penetrado en lo específicamente humano; nuestra respuesta ya no sería la del empírico sino la del veterinario. Podríamos dar una respuesta que tenga ya en cuenta a lo psicoanalítico: el padre pasó también por su edipo y encuentra en la madre un objeto sustitutivo de su deseo infantil después de haberse identificado con el abuelo del niño; la madre también atravesó el edipo y encuentra en el niño la realización sustitutiva de su deseo-envidia[8] infantil de poseer un pene. Esta respuesta psicoanalítica ya nos hace penetrar más allá de las apariencias. Nos enseña que *el padre y la madre son —y no pueden dejar de ser— sujetos sujetados* antes de ofrecerse como agentes sujetadors y como modelos para la sujetación del niño. Para el niño varón la madre aparece como el modelo de lo que hay que tener, el padre como el modelo de lo que hay que ser. La unión de ellos como el modelo de la "normalidad". En efecto, ellos y el niño constituyen el modelo mínimo de una *familia.* Han pasado por su propio proceso de sujetación, han aceptado la ley, han postergado y han sustituido sus objetos del deseo, han asumido la realidad. Han comprendido que para vivir hay que trabajar y que hay quienes pueden vivir del trabajo de los otros y, por lo tanto, que existe una división social del trabajo. Además esa división del trabajo está sancionada dentro del mismo hogar: cada uno,

[8] En alemán —idioma en el que surgió el concepto— existe una única palabra (Neid) que designa a la vez a la envidia y al deseo (para éste existe además el término "Wunsch"); lo mismo pasa en francés ("envie"). En castellano no existe esa proximidad semántica entre la envidia y el deseo.

hombre, mujer, niño, tiene su "rol". En la familia convencional (que está en trance de modificación) el hombre se ocupa de ganar el sustento afuera de la casa y la mujer de los quehaceres domésticos. El poder se mide por la capacidad de posesión de objetos y de disposición de personas. En esa familia convencional el hombre-padre ocupa una posición de relativo privilegio frente a la mujer-madre. El poder de ésta es resultado de una delegación hecha por el "jefe" de la familia y se ejerce preferentemente sobre los hijos y, cuando las hay, sobre personas pertenecientes a clases socialmente inferiores. Los modelos que se ofrecen al niño no son, en consecuencia, los de una simple diferencia anatómica de los sexos o de las generaciones. La familia "célula" fundamental de la sociedad" dice desde hace siglos el discurso oficial, es la portadora de los modelos de sujeto necesitados por la estructura social y es el agente de esa sujetación. Reiteradamente hemos atacado ya al mito de la subjetividad autónoma. Pero no lo hicimos para caer en otro mito (al que es propensa buena parte de la literatura psicoanalítica), el mito de la familia autónoma. La familia es una institución que tiene su tarea y sus leyes que le están asignadas desde afuera de ella misma. Es necesario tener claridad acerca de las múltiples funciones de la familia. Empíricamente se la puede señalar como a] el lugar donde un hombre y una mujer llegan a ver concretada la satisfacción sustitutiva del deseo infantil de poseer y de identificarse con sus progenitores; b] el ámbito en que tiene lugar una satisfacción exteriormente regulada y codificada de la sexualidad; c] el terreno donde se realiza la reproducción biológica de los individuos determinándose el momento, la cantidad y las modalidades de los nacimientos humanos y d] el lugar donde el niño en crecimiento se identifica con la ley reprimiendo el deseo y donde se determina la modalidad de relación de los futuros integrantes de la sociedad con la autoridad, con el poder, con el trabajo, con el placer, con el saber, con la violencia, etc.— En lenguaje convencional pero cargado de sentido, *el lugar donde se "forma" al niño y dónde él aprende cuál es su lugar.*

Se mencionó "relación con la violencia" y conviene hacer ciertas aclaraciones. La "violencia" no es sólo la agresión física directa del adulto sobre el niño. A esa violencia física que es facultativa, que puede o no existir, debe agregarse una violencia simbólica, siempre presente, que juega un papel protagónico en el proceso de domesticación. Su principal mecanismo de acción es la amenaza, formulada o no, de la pérdida de amor hacia al niño. Debido a la absoluta y prolongada dependencia del niño

respecto de quienes lo rodean, la experiencia del desamparo ante la falta de protección es ineludible y conlleva la angustia extrema. Para (sobre)vivir hay que tener en cuenta las expectativas y los dictados del otro. "Si no haces lo que te pido no te quiero más" es el esquema de la fórmula que, pronunciada o no, con mil variantes es repetida hasta que el niño adquiere una clara conciencia de su lugar, del sistema de autorizaciones y prohibiciones, de recompensas y castigos que lo transforman en un nudo dentro de la red de relaciones entre las personas. Es también la violencia simbólica la que viene a poner término al complejo de Edipo (de los varones, al menos). La castración no se opera nunca en forma real; es la fantasía de castración la que fuerza al niño a renunciar al objeto de su deseo y a deponer los sentimientos de hostilidad hacia el tercero que se interpone en el camino de tal deseo. La castración aparece así como el representante simbólico de toda frustración, de toda privación, de todo bloqueo legal a la acción que pudiera realizar el deseo y alcanzar el placer. La familia es el escenario del drama edípico y este drama termina, en la tragedia de Sófocles, con Edipo encegueciéndose voluntariamente para no ver las consecuencias del doble crimen que inconscientemente cometió. Cada niño es ya Edipo antes de nacer: deseará a la madre y aborrecerá al padre, abrigará la fantasía del incesto y la del parricidio. Esta fantasía tendrá un nivel de realidad psíquica que hará necesaria la presencia de otra fantasía, esta vez de reparación y autocastigo, equivalente del mítico arrancamiento de los ojos de Edipo. La sexualidad y su consecuencia ulterior, la agresividad, deberán ser reprimidas. El "no ver" de "Edipo Rey" se transforma en la amnesia del deseo y de su trágico final.

La violencia en la familia es pues, en primera instancia, violencia simbólica. A ella puede agregarse o no la violencia física de los castigos y las penitencias directas que fundamentan y refuerzan los efectos de la amenaza (real o fantaseada) de castración. Sería inútil buscar en los libros de psicología general de los autores académicos una descripción de este proceso, obra maestra de toda cultura represiva. Ellos exponen una psicología del individuo y de sus facultades; a lo sumo, llegan a hablar del aprendizaje de roles y normas como resultantes de la "experiencia". Al excluir de su campo el análisis del deseo, de la fantasía, de la violencia y de la organización de la familia como institución operan una verdadera "extracción de ojos" que impide ver lo fundamental. Esos autores pretenden, consciente o inconscientemente, entregar la idea de un individuo que se va formando como

ser autónomo, que adopta modelos exteriores de conducta como quien elige trajes en una tienda y que adquiere hábitos de lenguaje y de conducta y representaciones de sí mismo como si pudiese seleccionar entre unos y otros hábitos puestos a su disposición. El proceso es, para ellos, pacífico y gradual. Las descripciones de la psicología llamada evolutiva no dejan lugar para el conocimiento de este proceso violento que es, retomando expresiones de Althusser, "la única guerra de la que la humanidad no guarda memorias ni registros".[9]

Sin embargo, no basta con describir esta historia familiar de la domesticación para comprender acabadamente el proceso de la sujetación. Muchas descripciones clásicas de los divulgadores del psicoanálisis —sólo en apariencia fieles y desinteresados— se quedan en estas descripciones de los complejos de Edipo y de castración. Y se opera de este modo una simple trasposición de la represión propia de la psicología académica. La familia aparece "formando" a los niños de un modo independiente y autorregulado. Para nosotros será ya fácil eludir esta mutilación teórica por cuanto hemos enunciado previamente las funciones de la familia y nos resulta claro que esta institución no es en absoluto primaria sino que es secundaria a una determinada modalidad de organización de la sociedad que, tácita o expresamente, le encarga el cumplimiento de esas tareas. Y sabemos también que en la familia existe un modo dominante de imposición de normas que es la violencia simbólica que recurre a coerciones ideológicas para asegurar la ubicación de sus miembros en los lugares asignados y un modo accesorio que entra en acción cuando fracasa el primero: la violencia física. Podemos decir, de modo imperfecto por ahora y que luego habremos de corregir, que la familia configura un *aparato ideológico* de la sociedad que tiene, entre otras, la función de producir y reproducir los seres humanos necesitados por esa sociedad, es decir, sujetos con ciertas características.

—¿Adónde va el niño así producido por la familia y en la familia?

Respuesta empírica: —A la escuela.

—¿Qué hace allí?

—Aprende a leer, escribir, calcular, dibujar, pensar, reconocer como "natural" a lo dado, admirar a los héroes e imitarlos, comportarse en relación con sus superiores y con sus compañeros y algunas cosas más.

[9] Althusser, L., "Freud y Lacan", en *Estructuralismo y psicoanálisis*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1970, pp. 53-82.

—¿Con qué métodos opera la escuela?

—Fundamentalmente con recursos ideológicos (sistema de notas, promociones, evaluación, pautas de aceptación y rechazo grupal, recompensas); secundariamente con la violencia física real (penitencias, expulsión, etc.).

La ingenua descripción precedente permite comprender de qué modo la educación se ubica en directa continuidad con la vida familiar. El objetivo final de los ciclos de enseñanza es la capacitación para el proceso de producción: profesiones universitarias, preparación para la industria y los oficios artesanales, alfabetización como prerrequisito elemental para las profesiones menos calificadas. En otras palabras, la educación completa el proceso de sujetación iniciado en la familia y ofrece la posibilidad de adquisición de las habilidades necesarias para una inclusión más efectiva según las necesidades del sistema de producción. En el modo de producción esclavista no hacía falta la escuela para los sometidos. Las tareas ejecutadas en ese momento histórico requerían tan sólo de la fuerza muscular del esclavo. Algo parecido *sucede aún hoy en las zonas llamadas "atrasadas" donde persisten* resabios de la organización feudal de la producción. Pero actualmente y de modo especial en las ciudades industriales es necesario que el esclavo tenga algo más que la energía biológica. Es necesario que sepa leer y escribir, que haya incorporado hábitos de trabajo, que contemple como "natural" la existencia de jerarquías y la división de las labores entre los trabajadores manuales e intelectuales, así como la presencia de no trabajadores, esto es, de personas que viven de beneficios producidos por el trabajo ajeno, que acepte los modelos imperantes de conciencia, de conducta, de consumo, etc. Y además es necesario que no se sienta esclavo sino que se sienta un "yo" o una "personalidad" autónoma, independiente, libre, dueña de su destino. Aquí, a partir del paso somero que hacemos sobre la educación, comenzamos a vislumbrar algunas de las posibilidades de inscripción social de la psicología académica y cómo ella contribuye a crear una ideología que oculta las verdaderas relaciones de los hombres con sus condiciones reales de existencia.

Recordemos: la familia había sido calificada como aparato ideológico (provisoriamente) de la sociedad. La educación, que continúa su acción, se ubica como el segundo de tales aparatos ideológicos. Y podemos señalar algunos más que profundizan la obra de los dos primeros que son, en la actualidad, los fundamentales. Así, por ejemplo, el aparato ideológico religioso que postula la sujetación del individuo a un Sujeto absoluto que es amo de su

vida y de su muerte, lo observa en todas partes, lo juzga, lo regula de acuerdo con designios inescrutables y, eventualmente, "si se porta bien", lo "salva". El aparato ideológico de los medios de difusión de masas que llegan cada vez más precoz y profundamente a consolidar la acción de la familia y de la escuela y que tienen asignada tácitamente la función de ofrecer representaciones deformadas de la realidad histórica y social así como estereotipos de conciencia y de conducta. Otros aparatos ideológicos son la psicología académica, los partidos políticos y los sindicatos, las organizaciones deportivas y recreativas, la literatura y las demás artes, etc.

En dos oportunidades ya hemos dicho que "aparatos ideológicos de la sociedad" era un modo provisorio de designación. Ahora debemos aclarar y modificar la expresión. En efecto, una aproximación descriptiva a la sociedad, a cualquier sociedad humana que ocupa un cierto espacio geográfico en un momento histórico dado, nos permite apreciar dos formas de organización social coexistentes e intervinculadas: a] *la sociedad civil* constituida por una serie de instituciones privadas en donde los hombres se forman, forman a otros y viven sus vidas. En estas instituciones las acciones dominantes se ejercen por mecanismos ideológicos (aunque pueden llegar, en última instancia, a la represión física) y corresponden a la "violencia simbólica" de la que hemos hablado. Estos aparatos ideológicos de la sociedad civil tienden a lograr el consenso de los sujetos alrededor del funcionamiento del conjunto de la sociedad, del sistema de asignación de lugares para la actuación de los sujetos y de la adopción y aceptación de un cierto orden constituido. Aquí se incluyen la familia, la educación, las confesiones religiosas, los medios de difusión masiva, etc. Pero es sabido que además existen otras instituciones que actúan fundamentalmente mediante la violencia física y que no buscan el consenso pasivo sino que imponen por la fuerza la dominación directa. Estos organismos son los constituyentes de b] *la sociedad política* y, específicamente, son: la justicia, con su régimen compulsivo de regulación de las conductas, con sus sanciones y sus prisiones, la policía que vigila lo que dicen y hacen los individuos y tiene asignada su función de "guardiana del orden" (establecido, claro está), las fuerzas armadas que se organizan con el pretexto de defender "las fronteras" frente al peligro que podría provenir de otras sociedades y que, de hecho, muchas veces actúan como refuerzo de las fuerzas policiales cuando ellas resultan impotentes para "guardar el orden". Es de hacer notar que así como los aparatos ideológicos de la sociedad civil no ac-

túan sólo con la violencia simbólica sino que, eventualmente, recurren también a la violencia directa, estos aparatos represivos de la sociedad política actúan también, dentro de lo posible, por mecanismos ideológicos pero su organización está determinada por la función represiva. De los aparatos ideológicos habíamos dicho que eran instituciones privadas, de estos aparatos represivos debemos decir que son instituciones públicas en el sentido de que, aparentemente, no pertenecen a nadie y son propiedad del conjunto de la sociedad. Ahora bien, ¿quién regula lo que es público y privado? Hay escuelas que son públicas y otras que son privadas. Hay países donde la religión es oficial; los hay donde son instituciones privadas. Los ejemplos podrían multiplicarse y nos mostrarán que la línea divisoria entre público y privado es fluctuante y que también lo es la separación entre acciones ideológicas para obtener el consenso y acciones represivas para asegurar la dominación. Es que la regulación y el equilibrio entre estos términos que hemos enunciado corresponden a una estructura compleja que conocemos con el nombre de *Estado.* El estado, como poder de estado, constituye sólo lo que aquí hemos descripto como aparatos represivos de la sociedad política (y también incluye los aparatos técnicos de los que hablaremos a continuación) pero sus funciones alcanzan también a la regulación ideológica y al consenso que alcanzan los aparatos de la sociedad civil. En tal sentido, es el Estado el que deslinda lo público y lo privado, la acción de los mecanismos de consenso y los de dominación, el tipo de consenso que debe obtenerse, etc. Podemos ya hablar con mayor propiedad y decir: *aparatos ideológicos del estado* y ya no de la sociedad o de la sociedad civil como dijimos luego. Así también cabe referirse a *aparatos represivos del estado.* Y, finalmente, debemos incluir a los *aparatos técnicos del estado* cuyo fin no es producir el consenso ni consolidar la dominación sino organizar técnicamente la actividad de los distintos sectores de la sociedad. Para dar ejemplos: a] aparatos ideológicos: familia, educación, etc.; b] aparatos represivos: justicia, ejército, etc. y c] aparatos técnicos: servicios de correos, ministerios de agricultura o de hacienda, etc.

Resumamos nuestro itinerario: 1] el individuo no es autónomo, debe comprendérselo a partir de un proceso de sujetación que tiene a la familia como primer escenario; 2] la familia no es autónoma, debe cumplir un encargo social que le es formulado tácitamente por la estructura que organiza a la sociedad, por el estado. Ahora cabe preguntarse si hemos llegado al final: ¿es autónomo el estado? Porque si es organización tanto de la sociedad civil como de la sociedad política podríamos pensar que esta organización refleja

los intereses del conjunto de las personas que constituyen dicha sociedad. O podríamos pensar que se forma por un instinto natural de organización de los hombres. Para salir de las dudas cabe recordar que el estado no es una institución que existió desde siempre, desde que hay hombres sobre la tierra y que su estructura ha reconocido distintas formas a lo largo de la historia. Sintetizando largos desarrollos podríamos decir que el estado no es formado —no fue, hasta ahora, nunca formado— por el conjunto de hombres que integra una sociedad sino que ha sido siempre una organización particular impuesta a toda la sociedad por una parte de los integrantes de la misma: el sector de los poseedores de la riqueza social. El estado no encuentra su fundamento en sí mismo ni en un presunto instinto de la especie ni encarna tampoco una Idea metafísica como lo quería Hegel. El estado es la organización que la clase poseedora de la riqueza social impone al conjunto de la sociedad. Es el encargado de legitimar una situación que existe de hecho: la presencia en la sociedad de clases dominantes y clases dominadas. Existe para mantener un cierto estado de cosas, un cierto "orden", para combatir el "desorden" social y para regular la producción de los cambios que resultan tolerables para la organización social en la medida en que no sea cuestionada la legitimidad misma de la dominación de clase. Y ese estado tiene tres funciones principales: a] de organización de las actividades sociales que se cumple a través de los aparatos técnicos; b] de dominación política de los ciudadanos, realizada por los aparatos represivos y c] de hegemonización "espiritual" del conjunto y de cada uno de los sujetos individuales que está a cargo de los aparatos ideológicos.

Dijimos ya que el estado no es autónomo sino que es secundario a un cierto modo de distribución de la riqueza social que existe de hecho y que confiere al estado su forma y sus funciones. La riqueza social: las tierras, las fábricas, los recursos naturales y energéticos, los medios de transporte, los edificios. La riqueza social es poseída por una clase y hay una clase que es desposeída de la misma. Esta clase desposeída, para mantenerse, trabaja, es decir, vende su fuerza de trabajo a los poseedores de la riqueza social, del capital. Es decir que para comprender la existencia, la organización y el funcionamiento del estado debemos comprender cómo se organizan socialmente la distribución de las riquezas y el trabajo de los hombres. Debemos buscar la clave en el *proceso de producción*. Así, vemos que todo trabajo implica la existencia de: a] *una materia prima,* que existe primero como materia bruta en la tierra y que es extraída de ella me-

diante un cierto trabajo (materia bruta: árbol; materia prima: madera); b] *instrumentos de trabajo* que actúan sobre la materia prima y permiten su transformación (serruchos, martillos); a su vez, estos instrumentos son el resultado de un cierto trabajo que los produjo como tales; c] *un trabajador* que realiza ciertas operaciones sobre la materia prima utilizando los instrumentos; al trabajar este hombre consume una cierta cantidad de *energía* y actúa en función de un *proyecto* de elaboración de la materia prima; a su vez, también él es el resultado de un cierto trabajo previo que lo produjo como trabajador apto para realizar esa tarea específica y d] *un producto* que viene a satisfacer una necesidad humana, es decir, que tiene un cierto valor de uso y que puede ser intercambiado por otros productos o por dinero y que, en ese sentido tiene un cierto valor de cambio, es una *mercancía*.

El proceso de trabajo se pone en marcha en función del producto, de su posibilidad de uso y de su valor de cambio. Pero ese producto no pertenece, en las sociedades capitalistas, al trabajador sino al dueño de los instrumentos que se utilizaron para producirlo. En las sociedades capitalistas, los dueños de los instrumentos de trabajo (de las fábricas, de las tierras) compran las materias primas (los metales, las semillas) y compran también la fuerza de trabajo de los productores directos (obreros, campesinos) que habrán de actuar sobre esa materia prima transformándola en un producto (automóvil, cereal) que será de propiedad del dueño de los instrumentos. Ese producto es luego lanzado al mercado como mercancía y allí tiene un valor de cambio que está basado en la suma del valor de las materias primas, de la amortización del valor de los instrumentos empleados, del valor de la fuerza de trabajo que le ha sido retribuida al trabajador como salario y de una suma de valor agregado, una *plusvalía* que representa el beneficio obtenido por el capitalista en el conjunto de la operación. La obtención de la pluvalía es el aspecto determinante de la puesta en marcha del proceso de trabajo en las sociedades capitalistas. No se elabora la mercancía porque tenga valor de uso, porque sirva para algo, sino porque puede tener un valor de cambio que incluye una plusvalía, una parte de valor que corresponde al trabajo hecho por el operario y que no le es devuelta. La acumulación de plusvalía, es decir, la acumulación de trabajo no pagado a los trabajadores constituye el capital y ese capital aumenta las posibilidades del capitalista de comprar fuerza de trabajo mientras que el trabajador recibe, a modo de salario, una cantidad de dinero (medios de pago, capacidad de consumo de mercancías) que le permite mantenerse de acuerdo a

los niveles de vida establecidos para cada sociedad y mantener a su familia, con lo que se asegura la conservación y la reproducción de la fuerza de trabajo. Todo el sistema está basado, entonces, en la extracción de plusvalía, en la retención de un cierto valor producido por el trabajador y no pagado. Esto constituye, objetivamente, la explotación del trabajador, de la clase trabajadora, por el capitalista, por la clase los capitalistas.

En estas condiciones, la fuerza de trabajo es una mercancía que es comprada por los capitalistas (contratos de trabajo) por un precio que es, necesariamente, inferior a su valor medido por el beneficio que produce. Esta es la única forma de creación (en el sistema capitalista) de lo que habíamos llamado "riqueza social": comprar una mercancía (la fuerza de trabajo) que, al consumirse, sea fuente de valor, de plusvalía. El dueño de los instrumentos de producción se hace, de este modo, dueño del trabajo de los agentes directos de la producción, de los trabajadores, que tienen para elegir solamente entre la venta de su fuerza de trabajo a los capitalistas y la no sobrevivencia, la muerte por inanición.

El conjunto de materias primas, instrumentos de la producción, agentes de la producción y productos recibe el nombre de *fuerzas de la producción.* Pero no entendemos el proceso de la producción si no agregamos el estudio de las *relaciones de producción,* esto es, el análisis de las relaciones que ligan entre sí a los integrantes de las distintas clases que componen una formación social. El estudio de la instancia económica de la sociedad obliga a distinguir estos dos aspectos complementarios de las fuerzas y las relaciones de producción así como la relación que guardan el desarrollo de las fuerzas y el tipo dominante de las relaciones de producción. La instancia económica es la determinante en última instancia de todo cuanto sucede en cada formación social. Determinante en última instancia porque es en el proceso de producción donde debemos buscar la razón última de la estructuración de la instancia jurídico-política, por ende, del aparato técnico, legal y represivo del estado y de la estructuración de la instancia ideológica, aquella dónde, recordémoslo, se define la incorporación de los sujetos individuales al conjunto de la sociedad, es decir al proceso de producción y a los lugares asignados por el todo de la estructura social. "Determinante en última instancia" significa, además, que la instancia económica no es la causa mecánica de los acontecimientos que se desarrollan en las demás instancias del todo social. La organización del estado, las instituciones que funcionan como aparatos ideológicos del esta-

do, etc. tienen una autonomía relativa que les permite funcionar con cierta independencia siempre y cuando no entren en conflicto con las necesidades y requerimientos emanados de la instancia económica. Si este conflicto apareciese, los procesos jurídico-políticos e ideológicos deberán modificarse y adecuarse a las exigencias de la producción. Cuando así no sucede, están creadas las condiciones para el pasaje a un período revolucionario que puede terminar afectando definitivamente a la organización de la instancia económica. Estas condiciones se presentan cuando las relaciones de producción, relaciones entre explotadores y explotados entran en contradicción con el desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas y obligan a una transformación radical del proceso de producción y, por tanto, de todo el edificio social. Sería erróneo creer, sin embargo, que la revolución social resulta sólo y mecánicamente de esta contradicción entre fuerzas y relaciones de producción. Son también importantes los factores ideológicos, es decir, el grado de hegemonía alcanzado por la ideología de las clases dominantes sobre el conjunto de la población y, fundamentalmente, los factores políticos. La revolución sólo resulta de las contradicciones creadas en la instancia económica cuando la clase interesada en lograr la desaparición de las condiciones de explotación en que vive asume concientemente la tarea política de transformar la estructura social. Es en ese sentido que *la instancia económica es determinante en última instancia* pero que *la instancia política es la instancia decisiva* en cuanto al mantenimiento o la transformación de las relaciones de producción.

Podemos aprender algo más sobre el proceso de producción: para mantenerse requiere no sólo la producción sino también *la reproducción de todos sus componentes.* Las materias primas consumidas deben ser repuestas, los instrumentos de la producción se gastan o se hacen anticuados debido al progreso tecnológico y deben ser reemplazados por otros nuevos o más modernos, los agentes de la producción (trabajadores, directivos y capitalistas) enferman y mueren y debe asegurarse su reproducción biológica. Todo esto es muy claro y evidente. Pero no lo es tanto que, además de reproducirse las fuerzas deben reproducirse también las relaciones de producción. En efecto, si la ligazón que existe entre las clases es de dominación, explotación y sometimiento ideológico, no puede menos de extrañar que este estado de cosas pueda mantenerse durante decenios y hasta siglos enteros. La aceptación de su lugar por parte de los explotados y su no rebelión resulta un fenómeno mucho más difícil de explicar,

aunque sea menos llamativo, que el fenómeno contrario de la insurrección. Pero para nosotros, a esta altura del texto, no resulta imposible detectar las claves fundamentales para la respuesta. El misterio de la aceptación pasiva de un lugar asignado por parte de las mayorías explotadas puede comprenderse al recordar todo lo ya dicho sobre la "formación" de los hombres desde su nacimiento hasta su llegada al proceso de producción. En la domesticación, en la renuncia al objeto del deseo, en la represión de la sexualidad, en la incorporación de la ley bajo los efectos de la situación de desamparo y de la fantasía de castración, en la relación entre violencia física y violencia simbólica, en el aprendizaje escolar de los hábitos y la disciplina, en síntesis, en el pasaje por todos los aparatos ideológicos del estado tenemos las pistas que permiten que el misterio deje de serlo. Lo fundamental es que el proceso de sujetación ideológica requiere, para ser efectivo, el que sea inconsciente y que el punto crucial en el mismo es la resolución del complejo de Edipo a partir del cuál puede producirse la inclusión del sujeto en los marcos de las demás estructuras —especialmente, del proceso de producción— que le fijan su lugar. Es adecuado citar en este punto a Freud:[10] "La base sobre la que la sociedad reposa es, en último análisis,[11] de naturaleza económica; no poseyendo medios suficientes para permitir a sus miembros vivir sin trabajar, se halla la sociedad obligada a limitar el número de los mismos y a desviar su energía, de la actividad sexual hacia el trabajo."

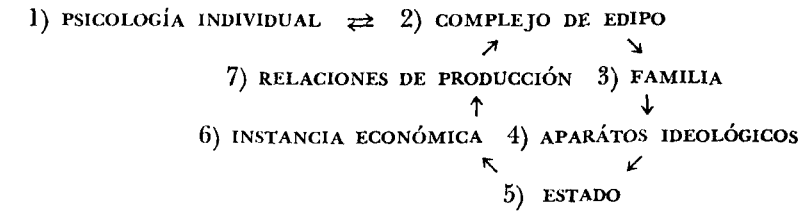
En síntesis: partimos de una breve sentencia de Freud: "La psicología individual es, al mismo tiempo y desde un principio, psicología social." Desde ella profundizamos en la crítica que ya habíamos realizado a la psicología académica, comprendimos que el sujeto se constituía como tal en el seno de una familia a través de un proceso cuyo núcleo es el complejo de Edipo, establecimos que no podía entenderse a la familia como independiente sino que era una subestructura dentro del conjunto de los aparatos ideológicos del estado, nos enfrentamos con la organización del tal estado y reconocimos que tampoco él era autónomo sino que estaba determinado por el proceso de producción y, más específicamente, por las relaciones de producción y terminamos viendo que estas relaciones sólo podían subsistir en la me-

[10] Freud, S., *Introducción al psicoanálisis,* en *Obras Completas,* t. v, p. 76, Buenos Aires, Santiago Rueda, 1953.

[11] Strachey, el traductor de Freud al inglés, dice "in the last resort", lo que nos refiere a esta "última instancia" de la que venimos hablando. *Standard Edition,* t. xv, p. 312.

dida en que se reprodujesen permanentemente y que esta reproducción tenía lugar en los aparatos ideológicos del estado siendo su momento crucial... el complejo de Edipo. Y así desembocamos en el otro epígrafe, el de M. Tort: "El psicoanálisis sólo tiene un objeto: este aspecto de la reproducción de las relaciones de producción que es la sujetación como mecanismo de producción/reproducción del sujeto ideológico."

Esquemáticamente, la marcha de la exposición nos llevó a diseñar un movimiento circular:



Este círculo de la exposición evidencia algunos elementos importantes:

a] es absurda la pretensión de fundar una psicología basada en el estudio de la conciencia y la conducta de individuos aislados y dejando de lado la estructuración del aparato psíquico a través del proceso de sujetación (1) sin (2), etc.;

b] es asistemática y, por eso mismo, no científica, la pretensión de elaborar una ciencia psicoanalítica que se reduzca al análisis de las formaciones del inconsciente en función de la estructura del aparato psíquico como resultado del proceso edípico y dejando de lado a las determinaciones sociales que constituyen a la familia y le asignan un lugar decisivo en la reproducción de las relaciones de producción (1), (2) y (3) sin (4), (5), (6) y (7);

c] el materialismo histórico es una ciencia cuyo objeto teórico es el modo de producción definido como la articulación de las instancias económica, jurídico-política e ideológica y donde la primera ocupa el lugar de determinante en última instancia de cuanto sucede en las formaciones sociales (4), (5), (6) y (7);

d] el mantenimiento y la reproducción de las relaciones de producción es impensable fuera de un proceso de sujetación de los seres humanos; por lo tanto, el estudio de los modos de producción y de las formaciones sociales exige comprender las rutas que conducen a la incorporación de los sujetos en la instancia ideológica;

e] el estudio de ese proceso es el objeto del psicoanálisis;

f] por lo tanto, el materialismo histórico es la ciencia de un continente teórico (los modos de producción con sus tres instancias) y el psicoanálisis ofrece los elementos básicos para entender el funcionamiento de la instancia o región ideológica de ese continente y

g] el psicoanálisis no puede existir desarticulado del materialismo histórico el que, a su vez, está incompleto sin la teoría psicoanalítica (4), (5), (6) y (7) con (1), (2) y (3).

Nuestro objetivo era el de definir las relaciones del psicoanálisis con el materialismo histórico. Ahora podemos ya dar la respuesta que sigue los lineamientos fijados en el importante artículo de M. Tort:[12] *el psicoanálisis es una disciplina particular, una ciencia regional, en el continente del materialismo histórico.* Es la teoría del proceso de producción y reproducción de los sujetos que las formaciones sociales requieren y que deben integrarse en la instancia ideológica y, a través de ella, en las otras dos instancias. No es arriesgado decir que lo inconsciente freudiano (inconsciente reprimido e inconsciente represor) constituye la base material de los pensamientos y de los actos de los individuos que sirven como prerrequisitos para todas las demás prácticas de los indivíduos singulares en los procesos sociales.

Este punto requiere un desarrollo más explícito. Todo proceso que tiene lugar en una formación social (ejemplifiquemos: el trabajo, el amor, la guerra) requiere, lógicamente, la presencia de personas, de hombres, entendidos como individualidades biológicas. Pero, como bien sabemos, los organismos biológicos, en sí, no son aptos para funcionar en los procesos sociales. Los procesos que se efectúan en una formación social determinada, ubicable en tiempo y espacio, generan *lugares de sujeto* que deberán ser ocupados por esas individualidades biológicas. Los organismos humanos son siempre *soportes* de una ideología que permite su ubicación en esos lugares de sujeto. Los sujetos deben constituirse de acuerdo a los requerimientos emanados de los procesos que se dan en las formaciones sociales. Por ejemplo, en la guerra. Una guerra puede estallar por muy distintos motivos pero, para que la guerra pueda desarrollarse, es necesario que haya sujetos que puedan encarnar los lugares de mando y de subordinación que el proceso requiere. Las individualidades biológicas

[12] M. Tort, "La psychanalyse dans le matérialisme historique", *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, núm. 1, pp. 146-66, 1970. Hay traducción al castellano: Ed. Noé. Buenos Aires, 1973.

deberán adoptar determinadas posiciones de sujeto, interiorizar las relaciones de jerarquía y obediencia, conocer los símbolos y las banderas enfrentadas, consustanciarse con ideas tales como la de patriotismo, aprender el manejo de las armas, etc., etc. Es decir, *hace falta una cierta posición subjetiva, expresada en un sistema de representaciones y comportamientos, en suma, en una ideología, que esté adaptada al proceso en cuestión.* Ya sabemos que estos sujetos ideológicos se constituyen por la acción del conjunto de los aparatos ideológicos del estado y que la característica fundamental de este proceso de sujetación es su carácter inconsciente. Y sabemos también que la pieza clave de este proceso es la dominación de las pulsiones sexuales que se produce entre el nacimiento y la resolución del complejo de Edipo.

En pocas palabras: el *proceso social* engendra *lugares de sujeto ideológico* que deberían ser cubiertos por individuos biológicos que funcionarán como *sujetos-soporte de la ideología* requerida por esos lugares de sujeto. Acotemos aquí tangencialmente que la "normalidad" del sujeto puede ser definida como el funcionamiento adecuado a los requerimientos formulados al sujeto en el lugar asignado (ver cap. 16).

Yendo ahora un paso más adelante: el sujeto-soporte de la ideología al ocupar el lugar asignado se hace sujeto de un discurso, se hace un "yo", se transforma en el aparente autor de una racionalización teórica elaborada en primera persona del singular, en donde él se representa de un modo deformado su relación con el proceso social del cual es sujeto. Este discurso es una serie muy larga de proposiciones en las que ese "yo" habla: "Creo que...", "A los cuatro años me sucedió...", "Iré a...", etc. Acá está operando esa ilusión de autonomía y singularidad que hemos denunciado muchas páginas atrás. El sujeto cree hablar de sí mismo cuando, en realidad, habla desde un lugar de sujeto y es ese lugar que le fue asignado el que habla por su boca, desde una cierta posición subjetiva que él ignora cómo fue determinada. Esa ilusión que se manifiesta cuando él (cuando cualquiera de nosotros) dice "yo" es un efecto del sistema ignorado por sus integrantes. Es decir que el sujeto-soporte de la ideología, al asumir uno de los lugares fijados de sujeto ideológico asume también una *ideología de sujeto* que refleja de modo deformado su relación con el proceso social.

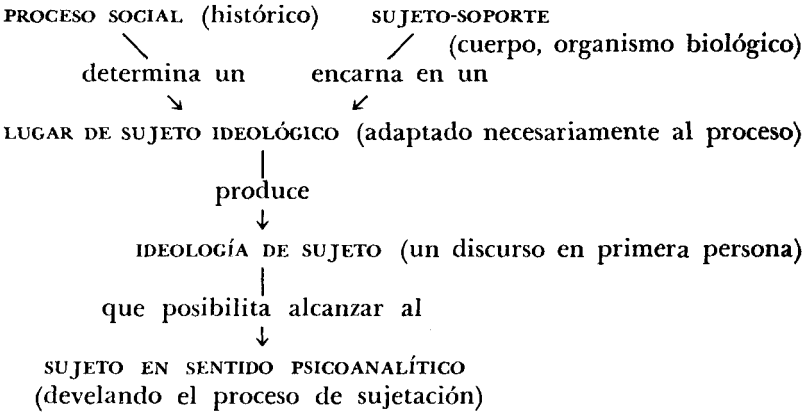
Y ahora podemos dar ya el último paso: a partir de este discurso del sujeto sujetado, a partir de esta ideología de sujeto que dice "yo" y se toma como una evidencia, como el núcleo

de toda seguridad, desconociendo el sistema de determinaciones que lo produjo como tal "yo", desconociendo lo reprimido y desconociendo las funciones represoras inconscientes del Yo, es posible operar un análisis que reconstruya el proceso de producción de sus representaciones y comportamientos como formaciones del inconsciente, a estas formaciones del inconsciente como expresión de posiciones subjetivas y a las posiciones subjetivas como resultantes de una determinada modalidad de resolución del edipo. Una vez hecho el descentramiento del "yo", una vez develada la ideología de sujeto que expresa el sujeto-soporte de la ideología, nos encontramos ante el *sujeto en sentido psicoanalítico* y podemos, de modo recurrente, desandar el camino de la producción del sujeto sujetado.

Repetimos que lo fundamental es el carácter inconsciente del proceso, que el sujeto no sepa desde dónde dice "yo". Puede decirse que lo inconsciente opera como la bisagra ("el dispositivo de embrague" dice, con mayor precisión mecánica, M. Tort) que permite unir a cada sujeto al conjunto de la estructura. Es así como los individuos biológicos, los sujetos-soporte se conectan con los procesos sociales. Lo esencial del proceso de sujetación tiene lugar hasta la resolución del edipo: el deseo infantil del otro se revela como irrealizable; la pulsión debe ser reprimida y su representante queda confinado en el Ello; la imposibilidad de apropiarse del objeto del deseo abre el camino para la identificación con las imágenes de los mayores (también sujetados) para llegar a tener, después, objetos sustituivos que permitan la realización, para siempre imposible, del deseo; las figuras investidas de autoridad y representantes de la ley son incorporadas, como Superyó, a la propia estructura psíquica del sujeto y este Superyó determinará la aparición de sentimientos de culpabilidad y de inferioridad y conductas eventualmente autodestructivas frente a las pulsiones sexuales o agresivas que tengan por objeto a esas figuras paternales o, respetando determinadas condiciones, a sus sustitutos. Así queda consumada, dicho esto de modo en extremo sumario, la aceptación del lugar de sujeto ideológico con las correspondientes representaciones y comportamientos en el seno de la familia y, a través de ella, en la instancia ideológica y, a través de esta última en las instancias económica y jurídico-política.[13]

[13] Todo este proceso de sujetación está extensa y magistralmente descripto en la conferencia XXXI de las *Nuevas aportaciones al psicoanálisis* de Freud. La traducción al castellano que figura en las ediciones hasta ahora existentes de dicha conferencia es deplorable. En esta obra hacemos una referencia más

Para esquematizar los nuevos conceptos que hemos ido introduciendo en este desarrollo:



Objetos de conocimiento del psicoanálisis son, entonces, las formaciones del inconsciente, las posiciones subjetivas y el proceso que llevó a la estructuración del aparato psíquico como dispositivo de producción de esos efectos que son la conciencia y la conducta individuales tal como pueden ser leídas en la situación analítica.

Objetos de conocimiento del materialismo histórico son las formaciones sociales, los procesos sociales históricos que las estructuran, los procesos que en tales formaciones tienen lugar y los requerimientos que esas formaciones emiten de sujetos ideológicos aptos para cumplir con esos procesos.

Si cotejamos estas dos enunciaciones referidas a los objetos de las dos disciplinas, podremos apreciar que cada una de ellas tiene su propio objeto teórico y sus propios objetos de conocimiento. Lógicamente, cada una tiene también su propio método adecuado al objeto y a los fenómenos que le son pertinentes. A la vez, *conservando su especificidad* y sus diferencias, ambas disciplinas *son absolutamente inseparables* porque están articuladas de tal modo que es inconcebible la una sin la otra.

Ahora bien, esta inevitable y necesaria articulación de los dos discursos científicos sufrió dos clases de destinos. Por una parte, fue negada por las direcciones oficiales de las asociaciones psico-

detallada en el capítulo dedicado al análisis crítico de la noción de "personalidad" (cap. 13).

analíticas y de ciertos partidos marxistas que en no pocos casos llegaron a expulsar a los analistas y a los militantes que intentaban profundizar en los contenidos revolucionarios de la integración de las ciencias. Por otra parte, surgieron discursos pseudocientíficos que pretendían superponer a las dos teorías o hacer mezclas de elementos parciales tomados de una y otra. Estas tentativas, muchas veces bien intencionadas, terminaban revelando graves insuficiencias teóricas que las hacían caer prisioneras de la ideología dominante. No es este el momento ni vale la pena que hagamos referencia a todos los esbozos de freudomarxismo que vieron la luz. Nos limitaremos a dar tres ejemplos de tales mezclas espurias.

1] En torno al vocablo *"alienación":* en este caso se recurre a una noción que no tiene significación conceptual ni en el materialismo histórico ni en el psicoanálisis y se hacen discursos más o menos lacrimógenos sobre el "hombre" (otra noción ideológica) y sobre su triste suerte cuando queda atrapado en las mallas de un sistema "inhumano"; lógicamente, se termina pidiendo que se haga algo por rescatar esa "esencia humana alienada".

2] En torno al término *"inconsciente":* se afirma que Marx reveló el "inconsciente social" en tanto que Freud hizo lo propio con el "inconsciente individual" y se sugiere así que los dos trabajaron sobre distintas modalidades de existencia de un mismo objeto; se desconoce fundamentalmente toda la estructura teórica del materialismo histórico, se esconde la existencia de la lucha de clases y la determinación en última instancia por lo económico y se cae en un simple juego de palabras.

3] En torno al vocablo *"represión":* al confundir la opresión de la clase trabajadora en el modo de producción capitalista con la represión de las pulsiones en el proceso de sujetación, se termina por elaborar un discurso intencionado (bien o mal, poco importa) que no distingue las características específicas de cada una de las dos disciplinas.

En todos estos casos se trabaja en el nivel ideológico tratando de convencer o de movilizar afectivamente al lector con la posibilidad de unir los dos discursos.

Hemos fundado ya de un modo muy extenso la articulación del psicoanálisis en el materialismo histórico y hemos dicho que esa articulación implica también la inseparabilidad de las dos disciplinas. Podemos ahora ver lo que pasa:

1] Con el psicoanálisis sin el materialismo histórico: se renuncia a la posibilidad de esclarecer cómo se produce la determinación y la asignación de los lugares de sujeto ideológico. Es decir,

a partir de la ideología de sujeto llegamos a comprender al sujeto en sentido psicoanalítico y a determinar cómo ha llegado a encarnar una cierta posición subjetiva que corresponde a un lugar de sujeto ideológico; pero no podemos alcanzar a develar el proceso que ha asignado tales lugares de sujeto a los soportes biológicos. De ese modo el psicoanálisis llega, en su máximo avance, hasta el estudio de lo que sucede en la institución familiar descontextada del conjunto de la sociedad. Se transforma en una disciplina asistemática y, por asistemática, ideológica. Se trata de esa forma particular de la ideología que es el cientificismo, la elaboración teórica en torno a conceptos científicos desvinculados de la totalidad en que tales conceptos adquieren significación.

2] Con el materialismo histórico sin el psicoanálisis: puesto que todo proceso social se efectúa haciendo entrar en juego a sujetos ideológicos, sin los cuales no puede ser abordado, y puesto que la producción y reproducción de tales sujetos ideológicos se realiza mediante un proceso que sólo puede ser entendido a través del sujeto en sentido psicoanalítico, el materialismo histórico necesita de modo imprescindible del psicoanálisis para no terminar desconociendo las modalidades de la sujetación que corresponden a cada modo de producción. Es así como se producen los sujetos coherentes con las necesidades de las distintas formaciones sociales. Es así también como se puede comenzar a pensar en aquello que constituye la razón de ser de la ciencia materialista: el proceso de desujetación.

Hasta aquí nos hemos ocupado de la articulación teórica. Alguien podría preguntarse en este punto por las implicancias prácticas de todas las afirmaciones vertidas y, si no encontrase una aclaración medianamente satisfactoria, podría pensar que caemos en otra modalidad de la práctica ideológica, el teoricismo, es decir, el juego verbal con conceptos epistemológicamente depurados sobre el telón de fondo de una impotencia para operar transformaciones. La pregunta por la inscripción concreta de nuestros postulados es trascendental y merecedora de una respuesta clara, tan clara como sea posible cuando se analizan las limitaciones de lo que se hace y el horizonte que se abre para un hacer distinto.

Veamos primero lo que sucede en la cura psicoanalítica.

1] Cuando se opera en la ignorancia de las conclusiones de la ciencia de la historia: a] la realidad exterior no es cuestionada, se la da por sentada y tácitamente se admite que "las cosas son como son y eso no interesa para el análisis que, por otra parte, nada tiene que ver con su modificación"; b] los representantes

de la pulsión, confinados en el Ello, son peligrosos e inadaptativos, razón por la cual no deben ganar el acceso a la motilidad y provocar "actuaciones" (acting out) patológicas; c] el Yo debe, en consecuencia, dominar tales impulsos y refrenarlos en función del principio de realidad; esta subyugación de las pulsiones es considerada como "madurez", fundamento del "éxito" personal posible; d] el Superyó, sector interiorizado del mundo exterior y portador de las restricciones y de los ideales de los padres, es decir, del pasado cultural, no es cuestionado y colabora con el Yo en el proceso de controlar a las pulsiones y de hacer imposible la agresión dirigida hacia el exterior y, así, e] la motilidad agresiva contra el exterior es suprimida y se convierte en autoagresión, manifestándose como sentimientos de culpa y formas directas o encubiertas de suicidio. Además, la curación es vista como una posibilidad individual que depende de la buena voluntad y de las capacidades del paciente y del psicoanalista, al margen y por encima de los movimientos colectivos e históricos que podrían hacer posible la desujetación.

2] Cuando se tiene en cuenta al materialismo histórico: a] la realidad exterior es señalada como responsable de haber asignado lugares de sujeto ideológico y de haber designado las correspondientes posiciones subjetivas que se expresan en la conciencia y en la conducta, coherentes con las necesidades de los procesos que se desarrollan en el todo social; también se alcanza a tomar conciencia de la violencia simbólica y real que se ha operado sobre el sujeto soporte de la ideología para transformarlo en el sujeto ideológico que llegó a ser; b] se reconoce así lo que hay de superfluo en el proceso que ha llevado a la represión y confinamiento en el Ello de los representantes de la pulsión posibilitando la recuperación por parte del Yo de la energía hasta entonces empleada en mantener la represión; c] el Yo reconoce el carácter pretérito de las experiencias terroríficas que determinaron la represión y analiza en la realidad exterior actual las posibilidades para la exteriorización de las pulsiones que tienen como meta la obtención de placer; d] el Superyó es desenmascarado como un agente colonizador exterior que ha invadido y se ha enquistado en la estructura psíquica desde donde pretende gobernar, sojuzgar y castigar al Yo y e] la agresión ya no necesita volver sobre el propio sujeto, abriéndose la posibilidad de colocarla al servicio del proceso de desujetación, quedando bien claro que la sujetación y la correlativa desujetación no constituyen avatares individuales sino que son las expresiones de fenómenos colectivos que toman necesariamente formas violentas.

La práctica del psicoanálisis es la cura. La práctica del materialismo histórico es la política revolucionaria. Nuestro análisis será formalmente similar.

1] *La política revolucionaria sin el psicoanálisis:* se tiende a realizar y se realiza la necesaria revolución en las instancias económica y jurídico-política de una formación social sin una correlativa revolución ideológica y cultural. Se conservan sin modificaciones estructurales de fondo los aparatos ideológicos del estado burgués que prosiguen actuando mediante la violencia simbólica. La vida cotidiana en las sociedades en tránsito al socialismo sigue dominada por el pasado. El aparato psíquico de los ciudadanos del estado revolucionario no deja de ser un enclave de la burguesía y desde allí acecha el peligro permanente del retorno al pasado de la explotación de clase.

2] *La práctica revolucionaria informada por el psicoanálisis:* acá corresponde realizar una exposición totalmente especulativa porque no hay experiencias ya realizadas; se trata de algo hacedero a partir de estos nuevos desarrollos teóricos. La toma del poder político y la transformación revolucionaria de las relaciones de producción por las clases explotadas debe ser seguida por una profunda revolución en la instancia ideológica. Cimentándose en esta perspectiva se encararía la transformación de los aparatos ideológicos del estado, especialmente la familia, la escuela y los medios de difusión de masas que pasarían a ser instrumentos de denuncia de todas las formas de violencia simbólica o real empleadas para lograr la sujetación. La vida cotidiana sería transformada por la discusión colectiva de los mecanismos de asignación de lugares de sujeto ideológico. Las energías colectivas serían liberadas de la misión represora que tienen en la actualidad y dejaría de ser utópica la idea de un mundo donde el placer y la realidad no sean más términos antitéticos.

SEGUNDA PARTE

LOS MÉTODOS DE LA PSICOLOGÍA

CAPÍTULO 5

INTRODUCCIÓN AL PROBLEMA DE LOS MÉTODOS EN PSICOLOGÍA

MARCELO PASTERNAC

> El hecho científico, es conquistado, construido, comprobado.
>
> P. BOURDIEU y colaboradores: *Le métier de sociologue.*

Nos parece conveniente inaugurar nuestras reflexiones sobre el método en psicología puntualizando lo que está en juego en la consideración de este tema. En efecto, la postura actualmente dominante en vastos sectores de la enseñanza universitaria, coherente con una concepción epistemológica continuista de la actividad científica, consiste en sostener que una disciplina científica se define como tal según el procedimiento que utiliza. Si el método puede ser calificado de científico se supone, entonces, que sus resultados también deberán serlo. Esta afirmación, implícita o explícita, se halla en el origen de muchos malentendidos, al extremo de creerse que quien pone en tela de juicio la validez de la misma expresa con ese cuestionamiento la renuncia a todo pensamiento científico.

Nos atreveremos, sin embargo, a preguntar: ¿Basta que un método pueda ser llamado científico para que su aplicación dé un resultado científico? Y, si no fuera así, ¿cómo reconocer lo que hace de un procedimiento dado un método científico?

Abordaremos la cuestión por su flanco aparentemente más sencilio. Preguntaremos entonces: ¿Qué es "método científico"? Los diccionarios de la lengua refieren la palabra "método" a "todo procedimiento ordenado seguido para alcanzar un objetivo". Cuando, esperando una respuesta clara sobre el método científico, buscamos esclarecimiento adicional en voluminosas enciclopedias leemos, por ejemplo, que el método científico "es el orden que se sigue en las ciencias para hallar la verdad y enseñarla".[1] El recurso expositivo que aquí utilizamos nos muestra cómo la ilusión de lo simple nos conduce a atolladeros insalvables o, lo que es aún

[1] *Diccionario Enciclopédico Universal,* Madrid, Espasa-Calpe.

peor, a la creencia errónea de haber encontrado una respuesta al problema cuando, en realidad, ha quedado aún pendiente la cuestión principal. Así, en la definición reproducida se habla de "hallar la verdad" y con ello se da por sentado que "la verdad" existe fuera y antes del procedimiento utilizado para "hallarla". Entonces "el orden que se sigue" consistirá, lógicamente, en buscar (ordenadamente, sin duda) dónde se encuentra escondida, para, al fin, si todo cursa felizmente, encontrarla. Se ha presupuesto así que el conocimiento está en continuidad con la experiencia ingenua y que bastaría acumular estas experiencias para descubrir en su escondite la verdad buscada.

Pero ya se ha visto en capítulos anteriores cómo esa experiencia es prisionera de las representaciones, de las evidencias perceptivas y cómo justamente las ciencias aparecen como resultado de una activa puesta en tela de juicio de esas evidencias, de una ruptura con las mismas. Desde esta perspectiva podemos decir entonces que el abordaje elemental y disgregado del método sólo puede conducir al error y a la confusión. Sólo se puede resolver realmente la cuestión del método integrándola en la totalidad de la práctica científica. Sólo en el seno de ella un método puede ser reconocido como científico: no es el método el que, por ser científico, da valor de conocimiento a su resultado. Es la estructura compleja de objetos de conocimiento, conceptos teóricos y procedimientos apropiados la que permite asignar a estos últimos el valor de métodos científicos.

En consecuencia debemos analizar el proceso del conocimiento para poder ubicar el lugar del método en el mismo. Ello nos permitirá comprender además su relación con procedimientos técnicos no científicos que, sin embargo, producen resultados utilizables en prácticas diversas, científicas o no.

EL PROCESO CIENTÍFICO

Hemos visto expresada ya, en otras páginas de esta obra, la idea de que la fundación de una ciencia constituye una revolución teórica que, partiendo de una realidad preexistente, la práctica precientífica (ideológica en sentido epistemológico) produce una problemática totalmente distinta y abierta a un desarrollo ulterior (con correcciones y reformulaciones siempre posibles).[2] Al plantear las

[2] Decimos "ideológica en sentido epistemológico" porque la palabra ideolo-

cosas en estos términos, acentuando la radical novedad de una ciencia, corremos el riesgo de que se entienda lo teórico como el resultado de una suerte de decreto divino, como una especie de iluminación genial de alguna mente privilegiada. El riesgo de una incomprensión semejante puede luego facilitar un rechazo de estas formulaciones creyendo ver en ellas una consideración de la actividad teórica desde una concepción idealista según la cual alguien produciría "en su cabeza" la ciencia, divorciado de la historia previa. Queda explicitado, entonces, con toda claridad, que no es esa la tesis que aquí exponemos.

La revolución teórica que da nacimiento a una problemática científica se produce sobre la base de una experiencia histórica previa. Esta última es una experiencia precientífica. Sin ella es imposible el proceso de esa especie de "acumulación primitiva" que permite la emergencia de una coyuntura ideológica especial en el seno de la cual ciertos individuos pueden consagrarse al trabajo que, utilizando esa materia prima acumulada, permitirá obtener un cambio de formulaciones y con ello la eclosión simultánea de los objetos de conocimiento, los métodos y los conceptos de una práctica científica. En esta concepción se puede ver entonces un combate simultáneo en dos frentes. Por un lado, contra una imagen voluntarista, idealista, en la que el conocimiento surgiría por el mérito de individuos dotados de intuiciones genia-

gía y sus derivados pueden incluirse en discursos diversos. *En sentido epistemológico,* el que aquí usamos, ideológico se opone a científico, como la representación o apariencia se opone al conocimiento. *En el discurso del materialismo histórico,* ciencia de las formaciones sociales, los modos de producción y las coyunturas históricas (según Castells y De Ipola, "Práctica epistemológica y ciencias sociales", *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales,* diciembre de 1972, pp. 129-166) la ideología es una de las instancias de la estructura social (de la formación social) diferente de la base económica y de la superestructura jurídico-política. Castells y De Ipola la definen (obra citada) como un "sistema de representaciones, nociones, gestos, actitudes cuyo efecto propio es asegurar la cohesión social en general mediante la regulación del vínculo que une los individuos a las tareas que les corresponden en virtud de su posición en la estructura social". En tercer lugar, *en la práctica política,* las ideologías son "las formas de existencia y de ejercicio de la lucha de clases en el dominio de las prácticas significantes (discursos, gestos, hábitos, actitudes, normas, conductas)" (Castells y De Ipola, *op. cit.*). Como se ve estas tres acepciones son distintas pero no carecen de articulación. Toda sociedad obtiene su cohesión del funcionamiento de su instancia ideológica. En ella domina la ideología (de clase) de la clase dominante. Ésta constituye obstáculos para el desarrollo de la ciencia en la región de los fenómenos del dominio social y psicológico. Pero la ideología de la clase ascendente, el proletariado, no se opone a ese desarrollo. En sentido político, entonces, no toda ideología es forzosamente obstáculo para la práctica científica.

les, capaces de originarlas de la nada (discontinuismo idealista). Por el otro, contra la ilusión del hallazgo de una teoría científica surgida al cabo de la simple recolección de experiencias aisladas que le darían emergencia por la simple virtud supuesta de su acumulación ordenada (continuismo). Frente a estas dos imágenes ideologizadas aparece la *concepción* que, partiendo de la actividad real de los científicos, reconoce en ella como rasgo fundamental su condición de trabajo humano que utiliza toda la experiencia preexistente y rompe con su continuidad integrando sus elementos en una nueva problemática donde lo que hasta allí era noción ideológica pero pasaba por conocimiento ocupa el lugar de lo que debe ser explicado, conocido: el objeto de conocimiento (discontinuismo materialista).

Si estudiamos entonces las actividades reales de los científicos veremos que, cualquiera sea la formulación que ellos den de su propia práctica, lo que realmente hacen forma parte de un proceso que se puede reconstruir en sus líneas generales como exponemos a continuación.

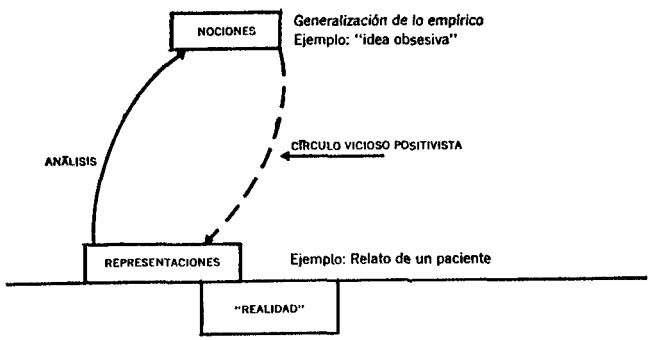
Toda práctica científica tiene por referencia a la realidad como existencia material (aunque sea mediatamente). Se puede hacer de este punto de partida expositivo una cuestión discutible. Pero la discusión de la existencia material de la realidad, en el sentido de la posibilidad de sostener, por ejemplo, su inexistencia, es un problema metafísico que carece de sentido para nosotros. Mas la palabra realidad, aun sin caer en esta trampa del problema ontológico con sus consecuentes discusiones metafísicas, nos remite a una cuestión muy delicada. En efecto ¿a qué nos referimos cuando decimos la "realidad"? Y la referencia depende justamente del momento considerado en el proceso de producción de los conocimientos. Al principio llamamos realidad a las representaciones y percepciones de que disponemos. Ellas constituyen lo que solemos denominar como "lo concreto" (sinónimo ingenuo y a veces supuestamente prestigioso de lo real). Preferimos designarlo con el nombre de *concreto aparente* para dejar en claro sus alcances y sus límites.

El concreto aparente se presenta como un conjunto de representaciones, inorgánicas en su apariencia. Es una representación caótica, pero a partir de ella los seres humanos se orientan, encuentran semejanzas y diferencias analizables entre aspectos de la misma. De tal modo, por un proceso de análisis realizado a partir de representaciones múltiples y caóticas se obtienen las *nociones* que son unidades elaboradas analíticamente en la práctica precientífica (ideológica en sentido epistemológico). En general los sus-

tantivos comunes que utilizamos en nuestro lenguaje cotidiano son ejemplos de esas generalizaciones, producidas por abstracción, que son las nociones. Estas generalizaciones tienen distinto valor. Algunas sirven para designar objetos empíricos de la realidad sin otra pretensión que la de su calificación y diferenciación. Llamar cuchillo, tenedor, cuchara, por ejemplo, a ciertos instrumentos los ubica como útiles para prácticas alimenticias y les asigna funciones o usos. Pero no aspira a ningún valor teórico. En otros casos la designación se ofrece con la apariencia de un simple nombre que encubre un significado teórico ideológico que permanece oculto. Tomemos un ejemplo, el de la palabra "salario". El diccionario nos informará: "salario es una cantidad de dinero que se entrega a alguien por un trabajo o por un servicio'. Esta designación que corresponde a la apariencia descrita en la definición sirve para orientarnos y nombrar ciertas transacciones de nuestra práctica económica. Nos permitirá además diferenciar, por ejemplo, a quienes sean asalariados de quienes no lo son, etc. Esta utilidad no impide, sin embargo, que ella encubra una falsedad. Sólo un trabajo científico (en este caso, el del materialismo histórico) puede hacer conocer que, a pesar de las apariencias, la cantidad de dinero designada como salario, lejos de pagar el trabajo realizado, paga solamente la fuerza de trabajo consumida en la realización de ese trabajo. Diferencia de la que derivan consecuencias teóricas y prácticas sumamente importantes vinculadas con características esenciales de la organización económica productiva basada en la oculta explotación del trabajo asalariado.

Veamos ahora un ejemplo propio del campo de la psicología. Si un individuo se lamenta diciendo que no puede evitar el experimentar constantemente celos de su mujer, que le asalta constantemente la idea, que a la vez considera carente de fundamento, de un engaño por parte de ella, que acude una y otra vez a rituales para evitarlo, etc., diremos que ese sujeto tiene "ideas obsesivas". Al darle este nombre hemos aplicado una experiencia acumulada por la semiología psiquiátrica que permite diferenciarlas, designándolas, dentro del conjunto de conductas posibles de los individuos humanos. Identificar este fenómeno, designarlo, no implica sin embargo haberlo explicado: es una elaboración nocional. Hasta aquí hemos obtenido el resultado del trabajo en el seno de una práctica precientífica que, por análisis, llega a descubrir ciertas regularidades propias de lo empírico. Se ha obtenido información sistemática sobre la realidad aparente. El error comienza al considerar este producto como un conocimiento científico. Con ello se cae en lo que podemos llamar el "círculo vi-

cioso" del empirismo positivista que se limita a reproducir lo real especularmente ("realización de lo real"). Pero este error se agrava cuando se le superponen inferencias que le dan apariencia teórica y con ello el ropaje exterior de un discurso abstracto: decir, por ejemplo, que las obsesiones deben ser consideradas como "automatismos ideo-motores mecánicos" (De Clérambault). La formulación en términos "técnicos" parece ser una explicación y por lo tanto da por resultado un problema que en realidad queda pendiente de resolución. Sólo una cuidadosa lectura sintomal (ver cap. 14) que cuestione las ligaduras conceptuales en el interior de una problemática sistemática puede revelar que "automatismos", "ideo-motores", "mecánicos" no conduce a ninguna explicación real sino a un simple reemplazo metafórico de lo que estaba ya presente en la descripción de las ideas obsesivas.



ESQUEMA 1

Insistimos una vez más sobre la indudable utilidad y el valor de orientación que tienen las nociones. Son el resultado de un trabajo sin el cual, en el caso de la elaboración semiológica de las ideas obsesivas que hemos tomado como ejemplo, no hubiese sido posible plantearse la necesidad misma de una teoría de esos síntomas y otros propios de las neurosis, a la que Freud se abocó en su obra. Freud parte, en este caso, de la aceptación de esas nociones pero si le son útiles es porque, lejos de ser tomadas como un conocimiento, lo son como punto de partida para un trabajo que estaba aún por realizar, y ahora en el seno de una problemática nueva, totalmente distinta, la problemática científica. Como habíamos adelantado, en ésta lo que eran nociones del campo ideológico precientífico, pasan a constituir las *abstracciones simples,* objetos de conocimiento cuyo conocimiento habrá de ser producido por la práctica científica.

Pero no es el cambio de designación (de "noción" a "objeto de conocimiento" o abstracción simple) el que produce el cambio de problemática. Es, por el contrario, *la producción de un cambio de problemática* lo que hace que las antiguas nociones ideológicas ocupen un nuevo lugar en una estructura distinta y dejen de ser nociones para transformarse en abstracciones simples, objetos de una práctica científica que dará cuenta de sus determinaciones. La palabra puede ser la misma que identificaba a la noción ("idea obsesiva", "síntoma neurótico", etc.) pero su significado y las interrelaciones que establece con otros conceptos es distinta. Designamos a esa producción del cambio de problemática, irreductible a un simple artificio de lenguaje, con el nombre de *ruptura epistemológica.*

Antes de operada esa transformación nos hallamos en el terreno de lo ideológico precientífico en el cual, como hemos visto, se trabajan *representaciones* por medio de recursos lógicos como el *análisis* y se obtienen resultados, las *nociones,* que constituyen el *efecto de reconocimiento* de esa práctica ideológica. La primera condición para poder transformar esta problemática en el curso del trabajo de la ruptura consiste en eludir el obstáculo constituido por la pretensión de hacer pasar ese *re*conocimiento por un auténtico conocimiento científico, efecto espontáneo de las condiciones de existencia cotidianas favorecido además en el caso de las llamadas ciencias sociales y humanas por efectos propios de la estructura clasista. La sociedad dividida en clases explotadoras y explotadas superpone a los mecanismos ideológicos (en sentido epistemológico) el efecto de los mecanismos ideológicos correspondientes a los intereses de la clase dominante. Conviene a ella que ciertas ilusiones espontáneas del "sentido común" no sean puestas en tela de juicio (como, por ejemplo, la evidencia aparente de la "naturalidad" de que haya quienes compran "trabajo" —en realidad fuerza de trabajo— y quienes sólo disponen de ésta para vender). Es fácil comprender entonces el esfuerzo que implica esta reformulación hecha contra la corriente de lo habitual.

Teniendo en cuenta que el discurso científico no puede entonces consistir en la simple reproducción-repetición sistemática de lo real, encubierto a veces en un lenguaje pretencioso, se abre la cuestión de *cómo* romper con ese campo de evidencias engañosas que se imponen con la fuerza de la facilidad y el apoyo de la estructura que le hace cumplir cierta función social (especialmente la de ofrecer resistencia a las transformaciones que la amenazan). El físico puede poner, entre el laboratorio y los intereses práctico-técnicos de la vida cotidiana, una distancia que es muy

difícil de establecer, en cambio, en el campo de lo psicológico (así como en sociología).[3] La relación que el investigador mantiene con su objeto empírico —los hombres individuales y su vida social— está inmersa en esa familiaridad de lo cotidiano con el conjunto de representaciones ficticias que el lenguaje ordinario traduce y que adquiere pretensiones técnico-científicas facilitadas por su aparente evidencia: "tener conciencia", "sentir afecto", "experimentar sensaciones", "comprender", etc. Todos parecemos habilitados por el supuesto conocimiento que tenemos de lo humano y social dado que lo "experimentamos" en carne propia. Podemos decir ahora que ello, lejos de facilitar la tarea científica, constituye un obstáculo adicional que atrapa al estudioso en la malla de lugares comunes poderosísimos. Como dice Bachelard[4] "la ignorancia es una trama de errores positivos, tenaces, solidarios". Es indispensable entonces someter a una cuidadosa crítica el arsenal terminológico que corresponde a la región de las nociones ideológicas. Se deben explicitar así las relaciones que mantienen las palabras utilizadas con los referentes empíricos y, muy especialmente, las relaciones que guardan entre sí los distintos términos que la componen para destacar la problemática que constituyen. Por ejemplo, las elaboraciones estadísticas pueden servir, pese a los límites de su validez que serán señalados en un capítulo posterior, en esta tarea de cuestionar las evidencias inmediatas de nuestras impresiones. Si eludimos la actitud empirista que implica esperar que la estadística nos aporte automáticamente por acumulación e interrelación de sus resultados una explicación teórica, podremos disponer, en cambio, de un recurso que desgarre el tejido de las relaciones experimentadas en las sensaciones o impresiones "primeras" y haga reconocibles relaciones o regularidades escondidas. Así, Lazarsfeld[5] muestra cómo una encuesta revela que ciertas opiniones sobre las características supuestas de los soldados estadounidenses están en relación inversa con los resultados estadísticos de la exploración empírica. Siguiendo nuestros razonamientos anteriores podemos ver que el resultado de

[3] Hemos retomado aquí por nuestra cuenta las elaboraciones de Bourdieu P. y colaboradores —*Le métier de sociologue*, Mouton, París, 1968— sobre las cuestiones que suscita la problemática epistemológica de las llamadas ciencias del hombre. Expresamos asimismo nuestra deuda con las enseñanzas de Raúl Sciarreta en un seminario que dictara en Córdoba sobre la *Introducción general de la crítica de la economía política 1857* de Marx. A él se debe lo esencial del esquema del proceso del conocimiento que aquí desarrollamos.

[4] Bachelard, G., *La filosofía del no*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973, p. 11.

[5] Lazarsfeld, P. F., "The american soldier: an expository review", reproducido fragmentariamente en Bourdieu y col., *op. cit.*

esta aplicación de la estadística, que no es científica en sí, permite enfrentar ciertos lugares comunes, como los que cita Lazarsfeld, con sus referentes empíricos y agrietar el muro de las evidencias enfrentando representaciones entre sí e instaurando la desconfianza metódica sobre esas evidencias. Para los norteamericanos, cita Lazarsfeld, era evidente que "los negros del Sur prefieren los oficiales blancos del Sur a los del Norte... ¿acaso no es bien sabido que los blancos del Sur tienen una actitud más paternal hacia sus 'negritos'?" La realización de una encuesta sobre una muestra construida con los recursos estadísticos demostró lo contrario. Vemos aquí enfrentadas por un lado una opinión dotada de evidencia (para un norteamericano, según parece no sería forzosamente así en otros países y ello muestra cierta fragilidad de los lugares comunes) y por el otro una generalidad empírica, que sin ser de valor científico se contradice con la opinión generalizada. Es en este sentido como la estadística ayuda a la tarea de la ruptura. Esa técnica que, sin la actitud de desconfianza ante las apariencias, produce la simple "realización de lo real", *reduplicación de lo percibido, prisionera de la ilusión de su evidencia* ("¡creo lo que veo!"), se vuelve, utilizada críticamente, un instrumento que puede trabajar en lo ideológico para la ruptura, reemplazando, como dice Bourdieu, los hechos que se aceptan sin discusión ("evidencias") por hechos indiscutibles (probados) o, al menos, discutibles. A condición de tener siempre presente que sus resultados son sólo materia semielaborada para un trabajo científico ulterior y no un producto científico, de valor conceptual. En los términos de la concepción que venimos desarrollando diremos que, con este método, obtendremos abstracciones generalizadas que serían ideológicas si fueran desconocidas en sus límites y absolutizadas como nociones pero que se abren a otra problemática al colocarlas como materia prima de una práctica ulterior. Cumplida esta condición se libera de la estructura ideológica que la aprisiona en una malla encubridora y ocupa un lugar productivo científico. Este ejemplo nos permite señalar que no se trata de valorar un método y hacer de él el criterio de validez o de cientificidad ni tampoco de rechazarlo sino de tener presente que el método es ideológico-precientífico-encubridor o, por el contrario, científico-productivo-esclarecedor según la problemática en que esté incluido y no por su virtud supuestamente intrínseca. La estadística no es —ni deja de ser— científica. Simplemente *puede* ser —o no— un instrumento científico.

Si rompemos, como se acaba de ver, con el dogma absoluto del método como criterio de la ciencia, si a su vez el método pier-

de la virtud abstracta de ser intrínsecamente científico, se vuelve imprescindible relacionarlo con el objeto de conocimiento y los conceptos teóricos con los que constituye una unidad. Ello implica una actitud de alerta sistemática sobre las condiciones de selección y aplicación de un método particular en la coyuntura especial de una ciencia dada. Bachelard designa esta actitud como de vigilancia epistemológica y la caracteriza en tres grados diferentes de aplicación: vigilancia epistemológica a la primera, segunta y tercera potencia.

La vigilancia simple, de primer grado, es la ejercida directamente en el campo de lo empírico. Consiste en permanecer alerta ante los fenómenos empíricos para esperar lo esperado, y también para esperar lo inesperado, por paradójico que parezca. Sólo después de la ruptura epistemológica se pueden "esperar" realmente los hechos científicos. No es la manzana que cae sobre Newton (suponiendo la veracidad del mito) la que da origen a la teoría. Es la búsqueda teórica, el estado de alerta "armado" el que permite interpretar la situación. Newton, diríamos, estaba esperando que la manzana cayera. Pero, aún antes de la ruptura, conscientes de su inexistencia, podemos registrar los acontecimientos esperados e inesperados, sabiéndolos prisioneros de la práctica ideológica, cuidándonos de ser atrapados en su red de apariencias.

La vigilancia al cuadrado, de segundo grado, consiste en vigilar la vigilancia, conscientes de la necesidad de que el método sea aplicado con rigurosidad, correcta técnica y adecuación. Es el caso de Piaget, por ejemplo, quien trabajando con niños flexibiliza el método de la aplicación de tests y cuestionarios. Lejos de prestigiar la estandarización, Piaget le reprocha falsear la orientación del niño investigado. Paradójicamente propone renunciar a todo cuestionario fijo e ir haciendo variar las preguntas en función del desarrollo de la relación.

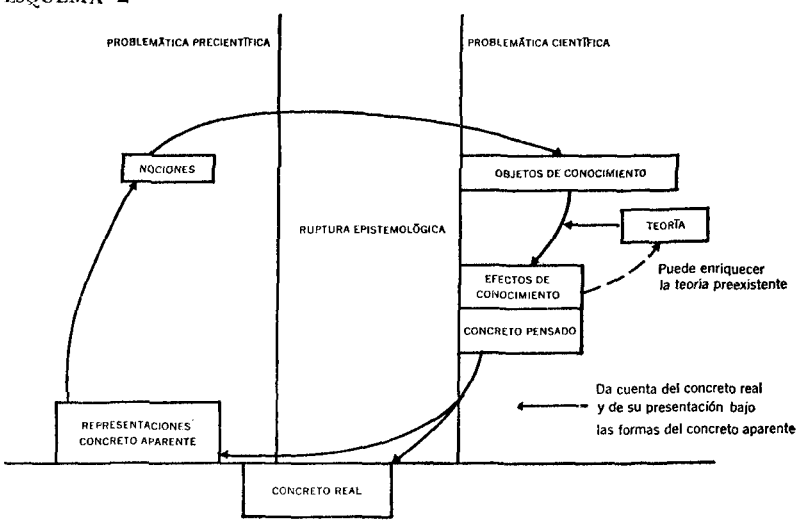
La vigilancia al cubo, de tercer grado, consiste en supervisar no ya la aplicación correcta de un método, sino su selección misma. Implica rechazar, como venimos haciéndolo en este capítulo, todo dogma metodológico, toda aplicación mecánica de un recetario de métodos para discutir su validez según el lugar que ocupa en la estructura de la práctica científica. Su importancia es fundamental para nosotros, pues la psicología es el ejemplo más llamativo de la mistificación de lo ideológico prestigiado con los rituales automáticos de los métodos consagrados aunque usados fuera de lugar. Sin esta vigilancia exacerbada el mito de una psicología santificada por sus métodos podría mantenerse y quedar aprisionada sin más en las mallas de la problemática

ideológica que la determina. El ejemplo citado de Piaget incluye rasgos de esta forma de vigilancia de tercer grado, pero es sobre todo en Freud donde podemos observar cómo esta vigilancia progresiva, alerta, permite dar frutos de otro nivel.

Alerta ante lo inesperado (vigilancia a la primera potencia) Freud modificaba sus métodos atendiendo a la particular circunstancia en que le tocaba trabajar. Así, la inesperada queja de una paciente que reivindicaba su decisión de hablar sobre los temas que le vinieran en ganas y no sobre aquellos propuestos por su terapeuta, sugirió a Freud un cambio técnico cuyo desarrollo contribuyó al origen de la regla de las asociaciones libres. Pero esta modificación se incluyó en el proceso complejo de la ruptura epistemológica con una reelaboración compleja de los problemas enfrentados y sus articulaciones con conceptos producidos en función de ellos y así, como resultado de esta aplicación de la vigilancia de tercer grado, se produce la emergencia de un nuevo método para un nuevo objeto de conocimiento y nuevos conceptos que configuran en conjunto una ciencia nueva.

Este cuidado particular en el plano metodológico, unido a la importación de recursos conceptuales de ciencias ya desarrolladas y regido por operaciones lógicas, abre pues la posibilidad de la inauguración de una problemática científica.[6]

ESQUEMA 2



[6] Veremos un ejemplo de trabajo de la ruptura epistemológica en el capítulo dedicado al método psicoanalítico.

Al cabo del proceso de la ruptura epistemológica, en suma, se ha producido un cambio cualitativo de problemática. Se han producido las condiciones para pasar de una serie de procesamientos de informaciones sobre acontecimientos empíricos a otro terreno, el de la elaboración cognoscitiva.

En el seno de esta nueva problemática las abstracciones simples, que antes de la ruptura funcionaban como nociones ideológicas y pasaban por un cierto saber, habrán de servir, como hemos dicho, de materia prima para un proceso de transformación que dará por resultado el *efecto de conocimiento*. Para ello se han utilizado medios de producción que constituyen el método teórico propiamente dicho. Nos encontramos en pleno terreno de la abstracción trabajando con generalidades. Antes de la ruptura se partía de lo empírico o de su representación para producir una abstracción. Ahora trabajamos generalizaciones (las abstracciones simples), objetos de conocimiento, aplicando medios de producción teórica, instrumentos teóricos, conceptos operaciones lógicas y obtenemos una nueva generalización teórica que constituye el objeto formal abstracto de la ciencia que ha emergido de la ruptura. Al fin de esta fase del proceso cognoscitivo disponemos como dice Marx en su célebre *Introducción* [7] de un *concreto de pensamiento* que aparece aquí plenamente diferenciado del concreto aparente. Diferenciado pero no divorciado de él. Porque el concreto de pensamiento nos da acceso al conocimiento del *concreto real* y lo hace al dar cuenta, en primer lugar, de por qué ese concreto real se nos presenta bajo esas formas del *concreto aparente* y, en segundo término, *a la vez*, del origen de las concepciones ideológicas que se construyen al no tomar con esas apariencias la distancia que instituye la ruptura epistemológica. Por otra parte debe quedar bien claro que el concreto de pensamiento *da acceso*, como hemos dicho, *al conocimiento* del concreto real, pero *no es* el concreto real. Afirmar lo contrario sería deslizarnos a una postura idealista para la cual el pensamiento es lo real. Subrayamos nosotros con Marx la diferencia esencial entre el pensamiento de un objeto y el objeto real, diferencia que funda la especificidad del pensamiento que, al mismo tiempo, cuando tiene las características del pensamiento científico puede dar cuenta de ese objeto. El concreto de pensamiento "teoría de los síntomas" no se confunde con un síntoma dado pero nos acceso a la realidad concreta de los síntomas, explicando por qué se presentan del modo en que lo hacen en las representaciones

[7] Marx, K., *Introducción general a la Crítica de la Economía Política/1857*, Pasado y Presente, Córdoba, 1968.

que de ellos tenemos. Conviene *diferenciar entonces entre objetos empíricos, objetos de conocimiento y objetos teóricos.* Los objetos teóricos (conceptos de las ciencias) permiten productivamente obtener el efecto de conocimiento. Los objetos de conocimiento son la materia prima sobre la cual se trabaja en esa práctica científica. Los objetos empíricos son las formas sensibles directas de aparición de la realidad material. Aplicando recursos técnicos analíticos se obtienen a partir de los objetos empíricos abstracciones racionales que pueden ocupar tras la ruptura el lugar de los objetos de conocimiento. En un ejemplo: Las manifestaciones de un paciente (celos incoercibles reconocidamente injustificados según el mismo sujeto) son los hechos empíricos, la designación "ideas obsesivas" constituye la noción psiquiátrica semiológica, su consideración como "síntoma neurótico" es en el seno de la práctica científica psicoanalítica el objeto de conocimiento, la teoría de los síntomas sirve de instrumento para trabajar sobre ese objeto en la situación analítica y producir una interpretación que constituye el efecto de conocimiento del objeto en cuestión.

Es decir que una vez abierto el campo de la problemática científica es posible en ella desarrollar las preguntas y hacer variar los problemas diseñando experiencias que respondan a las mismas y pongan a prueba la validez y el alcance de las afirmaciones científicas. Estamos ahora en el proceso de la *reproducción metódica de los objetos científicos.* Se ha superado la fase en que, como dice Herbert [8] se trabajaba en la "inquietud y el acaso" y se labora en "la calma" (relativa) "de la ciencia establecida". Y en este proceso ulterior a la ruptura epistemológica es donde pueden ser incorporados instrumentos diversos de los que la teoría se apropia para utilizarlos dándoles una nueva función de jerarquía científica al colocarlos en un lugar nuevo, en una problemática antes inexistente (como las probetas y otros instrumentos técnicos de los alquimistas en el interior de la práctica química científica).

[8] Herbert, T., "Reflexiones sobre la situación teórica de las ciencias sociales", en Miller, J. A. y Herbert, T., *Ciencias sociales: idología y conocimiento*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

LA SUPERACIÓN DE LA OPOSICIÓN ENTRE POSICIONES EMPIRISTAS E INTUICIONISTAS

En esta exposición hemos intentado responder a la vez a los aspectos vinculados con el método y con *la especificidad y la articulación de las distintas prácticas.* La experiencia docente nos ha revelado la existencia de una dificultad para percibir a la vez estos dos matices coexistentes. Se tiende a polarizarlos de tal modo que la valoración de la especificidad teórica es interpretada como una desconexión de lo concreto (entendido ingenuamente y sin las diferenciaciones que aquí hemos formulado) que permanecería de esta manera en una abstracción vacía y alejada de la "realidad". Correlativamente la práctica técnica desvinculada de una concepción teórica, así desvalorizada, se vuelve un recurso que sólo puede reproducir lo real sin dar cuenta de él ni permitir fundar sus transformaciones posibles (lo que explica, al menos en parte, la facilidad con que se cae en un despliegue unilateral de la técnica en una estructura dada en beneficio de quienes están interesados en frenar las transformaciones de fondo que podrían afectar su continuidad).

Bachelard se ha ocupado selectivamente del enfrentamiento con posiciones metafísicas que pretenden ejercer su dominación pontificando sobre lo que la ciencia debe ser según esos dictados dogmáticos. Los mismos científicos incurren sin darse cuenta en esas disquisiciones metafísicas y *cuando hablan de sus tareas* lo hacen frecuentemente en los términos ideológicos que los filósofos les imponen. Tal imposición se hace en un contexto dominado por las postulaciones positivistas a las que ya nos hemos referido y que se hallan a nuestro juicio en la raíz de la dificultad para reconocer lo específicamente teórico a que hemos aludido. Con esas posiciones positivistas los científicos creen fundar sólidamente la ciencia en los hechos "positivos" (reales, útiles, verificables) sin percibir que con ello traicionan *lo que hacen realmente,* inconsecuencia que procede de la confusión entre el dato sensorial (lo "real" para la postura positivista) y el hecho científico, construcción teórica sometida ulteriormente a experiencias y comprobaciones.

Generalmente quienes han criticado estas posiciones positivistas han incurrido en el error simétrico: imponer una metafísica idealista a la tarea científica sosteniendo que, dado el carácter engañoso de las experiencias sensoriales, el hecho científico sólo resultaría aprehensible rompiendo con las apariencias... y entregándose en cambio a una intuición capaz, según esta concepción,

de librarnos la "verdad" directamente. Siendo integrantes de lo humano-social (el universo que estudiamos) ello nos permitiría, se argumenta, al conocernos como integrantes conocer asimismo a ese universo del que formamos parte. Como se puede ver el dilema parece estar planteado en los siguientes términos: 1] aceptar la chatura de los datos positivos (lo que algunos creen justo designar como "la práctica") y reduplicar como en un espejo lo percibido bajo la forma de generalizaciones triviales, o 2] lanzarse al relativismo de quienes nos imponen sus intuiciones dándoles categoría de conocimientos. Esta última posición se halla en retirada en nuestro tiempo y su desprestigio favorece por contraste la postura positivista. Quien ataque o cuestione esta última es considerado defensor de posiciones metafísicas.

Bachelard considera esta forma de oposición esquemática y simplista como un desplazamiento y una inversión de la verdadera cuestión que no consiste en imponerle a las ciencias lo que deben hacer sino en estudiar lo que los científicos hacen para reconocer en esa tarea real la jerarquía de los actos científicos productivos. Si partimos de este cambio de perspectiva encontramos abierto el paso a una comprensión de esa especie de diálogo que se establece en la práctica científica entre lo racional y la experiencia de lo real. Ninguno de sus términos es autosuficiente: 1] la realidad generalizada en las leyes inducidas es una simple duplicación de lo evidente (ilusión que puede encubrir un error), una *realización de lo real;* 2] la especulación aislada sólo brinda sistemas imaginarios, la *racionalización de lo racional.* La práctica científica efectiva se caracterizó siempre por no responder a esta dicotomía. Hay en cambio en ella un diálogo entre lo racional y lo real, pero no se trata de interlocutores simétricos: la realidad, dice Bachelard, sólo puede responder si se le pregunta y la pregunta sólo puede proceder de la elaboración teórica que desde su sistematicidad permite, deduciendo hipótesis, construir experiencias que podrán obtener respuestas, verificando el sistema al ponerlo así a prueba. Y este sistema verificable, se elabora alejándose de lo sensible. No *en* lo sensible, ni *sin* lo sensible sino *lejos* de lo sensible para volver de este distanciamiento racional produciendo la *realización de lo racional.*

Reconocida la diferencia entre problemática científica y problemática ideológica y la forma en que el proceso de la ruptura permite el paso de una a otra, nadie debería entender estas expresiones como la manifestación de una postura idealista que atribuye al absoluto de la idea la posibilidad o la capacidad de corporizarse en lo real. Simplemente, sólo después de producido el

sistema teórico de las preguntas la realidad puede responderlas: esos serán los hechos científicos positivos. Existen sin duda otras formas de preguntar y responder, pero no se trata en ellas de una *práctica científica*.

EL LUGAR DEL MÉTODO HIPOTÉTICO-DEDUCTIVO

Esta concepción rigurosa del proceso de producción de conocimientos suele ser considerada un tanto "terrorista" por algunos exponentes del pensamiento académico tradicional. Este se encuentra dominado, tal como hemos dicho más arriba, por formas de la ideología positivista en que se expresan actualmente las posiciones del empirismo en metodología científica. Desde dichas concepciones se afirma que las ciencias tienen un único método, el hipotético-deductivo. Sólo porque comparten este único y mismo método ciertas disciplinas merecen llamarse científicas, afirma uno de estos ideólogos.[9] Este método consiste, tal como lo expresa Musso, en el cumplimiento de ciertas reglas resumibles del siguiente modo: 1] Formular las ideas (conceptos, juicios) de modo de poder, a partir de ellas, deducir hipótesis tales que permitan prever la observación de hechos; 2] Verificar si efectivamente en esas condiciones se producen las observaciones previstas; y 3] Considerar válidas esas ideas solamente si se han obtenido esas observaciones.

En una primera aproximación podríamos pensar que se trata en este caso de una formulación afín con la que hemos desarrollado en este capítulo. Tiene con ella, en efecto, algunos puntos de contacto. Por ello mismo podemos decir que la oposición con el método hipotético-deductivo es falsa en la medida en que éste representa el proceso que se realiza *a partir* de la producción de las hipótesis. Pero quienes lo defienden como *el* método de *la* ciencia omiten, en general, situarla en el conjunto de la práctica científica y colocan la hipótesis en un continuo sin saltos que va del hecho o "afirmación empírica básica" a la teoría. Como dicen Castells y De Ipola [10] una vez presupuesto que el conoci-

[9] Musso, J. R., "Los métodos de investigación en psicología", en D. Ziziemsky (editor), *Métodos de investigación en psicología y psicopatología*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971. Este autor es representativo de las posiciones positivistas en nuestro medio por lo que elegimos su texto, ejemplar para nuestros objetivos. Sus elaboraciones responden a las concepciones del epistemólogo argentino Gregorio Klimovsky.

[10] Castells, M., y De Ipola, E., "Práctica epistemológica y ciencias sociales",

miento está *en* los hechos se trataría, para los positivistas, de observarlos, de registrarlos cuidadosamente, permitiendo su acumulación a través de observaciones cuyas relaciones permiten inferir conceptos, pudiendo su relación constituir leyes estructuradas en teorías.

Hechos → Observaciones → Conceptos → Leyes → Teorías

Klimovsky dice, por ejemplo, que las regularidades que los hombres de ciencia descubren se condensan en hipótesis, afirmaciones y enunciados que constituyen sistemas y teorías.[11] Podemos ver en este esquema cómo el científico parece descubrir regularidades sin tener aún disponible la teoría y que ésta aparece por condensación de esos hallazgos previos en lo que estos autores designan como el "contexto de descubrimiento" del conocimiento científico. La analogía con nuestra exposición es como vemos sólo parcial y, sobre todo, secundaria porque aquí se supone que el científico "conoce" desde el principio y sólo se trataría de purificar, al parecer, ese conocimiento para separar la ganga por un lado y obtener, por el otro, la pepita de oro del conocimiento. Por eso Klimovsky sostiene que la base empírica epistemológica de "todo tipo de disciplina científica está dado por las entidades que la práctica cotidiana ofrece directamente a nuestro conocimiento" [sic], es decir por objetos físicos accesibles por datos de la percepción. Estas observaciones serán luego resumidas en proposiciones singulares empíricas cuya extensión llevará a enunciados generales empíricos.

La teoría que los científicos imaginan para sistematizar y explicar las regularidades halladas constituye para estos autores, como vemos, un paso ulterior a un conocimiento (impuro, lo reconocen) del que ya se dispone. Allí comienza el "contexto de justificación" en que se deducen hipótesis derivadas que habrán de ser contrastadas por observaciones y experimentos oportunos.

No se deben desdeñar los esfuerzos que autores como Klimovsky y Musso realizan llegando a vislumbrar que la teoría no aparece como simple resultado final sino como un momento de un proceso que, como acabamos de ver, exige ulteriormente observaciones que validen las hipótesis derivadas. Pero ellos consideran

Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Nº 4, diciembre de 1972, pp. 129-166; parcialmente reproducido en *Los libros*, Nº 30, Buenos Aires, julio de 1973.

[11] Klimovsky, G., "Estructura y validez de las teorías científicas", en Ziziemsky, D., *op. cit.*

a esta deducción de hipótesis contrastables como la única característica del método científico descuidando la *radical novedad* que constituye la problemática científica producida por ruptura con la problemática ideológica preexistente que precede a la deducción de las hipótesis. Se suele argumentar en favor del método hipotético-deductivo ofreciendo el ejemplo de las ciencias físicas que constituyen el modelo más prestigioso de una ciencia consolidada. Pero se olvida que tal empleo es posterior a una formulación teórica que ha quedado implícita, tácita. Y es que se postula teóricamente la matematización de la naturaleza. Ello implica una revolución en la perspectiva con que se enfocan los fenómenos naturales. Viéndolos "con ojos de matemático" se pueden construir formalizaciones teóricas que permiten, aplicando las reglas lógicas de deducción, establecer hipótesis y ponerlas a prueba en su ámbito experimental específico.[12]

La diferencia entre estas dos posturas va mucho más allá del simple despliegue de exquisiteces de nomenclatura o de los juegos de palabras. Observemos, en efecto, las consecuencias que tal concepción determina. Klimovsky cree encontrar, por ejemplo, en Freud la aplicación del método que él describe pues, según sus palabras, Freud se refiere primero a sucesos protocolizados de casos singulares (observaciones), luego generaliza lo observado extendiéndolo a todos los casos y obtiene así leyes de la conducta manifiesta, de la formación y aparición de síntomas, etc. Estos enunciados de segundo nivel, como los denomina Klimovsky, o "generalizaciones empíricas" afirmarán la presencia o ausencia de una propiedad (relación o correlación) e incluyen las leyes científicas. Klimovsky encuentra que Freud desarrolla *luego* explicaciones de lo que ocurre introduciendo entidades hipotéticas de carácter teórico como libido, superyó, etc. Klimovsky sostiene, en suma, que Freud emplea "un estilo de exposición que sin duda [sic] refleja un método de investigación" [13] que seguiría la citada secuencia en tres tiempos.

Vemos así constituida la doble ceguera que impide a los empiristas ver la realidad del proceso de producción de conocimientos: por un lado confunden el proceso de la exposición con el de la investigación, lo que les permite creer que Freud va de la conducta singular a la teoría de modo continuo y uniforme y, por otro lado, sobre todo, conciben a la teoría como una ge-

[12] Cf. Blanché, R., *El método experimental y la filosofía de la física*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

[13] Klimovsky, G., *op. cit.*

neralización de lo singular. Eso se nota muy claramente en el ejemplo utilizado por Klimovsky pues para él la formación de los síntomas y su aparición habrían sido conocidas por Freud como resultado de la generalización de lo empírico. Y justamente la generalización mencionada nunca hubiera podido producir la *teoría* de la formación de los síntomas. En el mejor de los casos hubiese reproducido la experiencia psiquiátrica semiológica que produce la designación y reconocimiento de los síntomas como delirios, fobias, etc., pero nunca las "leyes" de la formación de los síntomas. En cambio en el proceso *real* de la investigación freudiana los fracasos sucesivos de las concepciones ideológicas sobre los síntomas fueron elaborados permitiendo la producción de una teoría de la formación de los síntomas (formaciones de compromiso) solidaria de una teoría científica más amplia (del aparato psíquico, de los procesos inconscientes, del conflicto, etc.) que posibilitó trabajar (con esos medios de producción científicos) en ocasión de cada caso o síntoma singular y producir no sólo su designación sino su explicación. Claro está que cuando Freud expone los resultados de su trabajo opera a la inversa: ilustra primero con casos singulares y desarrolla lo teórico "después" pero no debemos confundir, insistimos, este método expositivo con el de la investigación.

La absolutización del método hipotético-deductivo origina otras contradicciones. Considerado como único método que caracteriza a las ciencias (que "se diferencian por sus objetos... y se unifican por su método, el hipotético-deductivo")[14] nos sorprende luego al ser presentado como un procedimiento utilizado en cualquier forma de demostración, aun notoriamente no científica. El mismo autor se encarga de ejemplificar diciendo que también los psicólogos que sostienen la validez de otros métodos (el fenomenológico, el comprensivo, etc.) deben recurrir al método hipotético-deductivo para justificar sus enunciados. Más aún, otro tanto ocurre y esto es, según Musso, una ilustración de la universalidad del método, con quienes "de palabra afirman basarse en otros criterios como el de la Fe (en Dios, en su Mesías, etc.) para justificar la verdad de sus afirmaciones". De este modo, si se sostiene que Cristo es el enviado de Dios, ello sólo puede ser plausible en el interior de un sistema teórico, el del cristianismo. Para establecer la verdad de la hipótesis sostenida en esa teoría se debe recurrir a argumentos empíricos: ellos estarían constituidos en este caso por los milagros atribuidos a

[14] Musso, J. R, *op. cit.*

Cristo. Musso concluye, entonces, que hasta en los sistemas religiosos "la estructura de los argumentos por los que se intenta justificar la verdad de las afirmaciones, frente a la crítica, es la propia del método hipotético-deductivo, que emplea el científico".[15]

En definitiva, lo que antes fue calificado de único método científico es, a la vez, el que todos los "hombres normales" (la expresión es de Musso) usan para defender sus ideas ante la crítica.[16] Pero... entonces, ¿qué diferencia al método científico del banal razonamiento cotidiano? Pues, simplemente una diferencia de grado. Los no científicos, dice Musso, "son poco cuidadosos en el control de las condiciones en las que obtienen sus observaciones". ¿Deberemos suponer entonces que Copérnico produjo conocimiento científico porque, a diferencia de Ptolomeo, "controló" estrictamente sus observaciones? Sabemos que ello no es así y que la depuración de los controles de la observación de las apariencias no puede dar otra diferencia que la que va de una percepción grosera a un error sutil: sólo se perfecciona una ilusión o un engaño sin producir un ápice de conocimiento científico.

Desde nuestro punto de vista, entonces, la respuesta es clara: el método hipotético-deductivo lo pueden usar científicos y no científicos, astrónomos y astrólogos, médicos y curanderos, epistemólogos y charlatanes. En ello tiene razón Musso: todos usamos el método hipotético-deductivo como Monsieur Jourdain hablaba en prosa. Eso no hacía de él un literato ni de nosotros investigadores científicos. Lo que da carácter científico a ese método es la problemática en que está incluido. Cuando una problemática ideológica ha sufrido el proceso de la ruptura epistemológica y es reformulada en términos de una problemática científica, la estructura integrada de objetos de conocimiento, objetos teóricos (conceptos) y métodos (y técnicas) incluye sin contradicción alguna la utilización de hipótesis derivadas que permiten programar observaciones y experimentos cuidadosamente planeados, capaces de comprobar hechos científicos y de contrastar las teorías que permitieron construirlos. Pues como citábamos en el epígrafe: "el hecho científico es conquistado, construido, comprobado".

[15] J. R. Musso, *op. cit.*

[16] "Estas reglas valen para todas las ciencias porque *no son más* [el subrayado es nuestro] que la explicitación y sistematización de las operaciones conceptuales que realiza todo hombre normal cuando debe justificar racionalmente sus afirmaciones de *contenido empírico*." J. R. Musso, *op. cit.*

CAPÍTULO 6

EL MÉTODO EXPERIMENTAL Y EL MÉTODO CLÍNICO EN PSICOLOGÍA

MARCELO PASTERNAC

> Las intuiciones son utilísimas, sirven para que se las destruya.
>
> G. BACHELARD, *La filosofía del no*

> Los psicólogos son científicos de la misma manera que los salvajes evangelizados son cristianos.
>
> G. POLITZER, *Crítica de los fundamentos de la psicología.*

Con lo que llevamos visto podemos preguntarnos sobre la calidad de "lo que hacen los psicólogos" (así definen algunos, como se ha visto, a la psicología). Haremos el inventario y la valoración de distintos métodos (experimental, clínico, psicoanalítico, estadístico, etc.) para poder reflexionar sobre la relación que mantienen sus resultados con las disciplinas científicas o técnicas discernibles en este ámbito.

Los métodos clínico y experimental presentan un punto de contacto: la observación. Revisando nuestro esquema del capítulo anterior podremos notar que en el proceso de producción de conocimientos hay siempre un lugar reservado para la observación. Localizado el procedimiento en el conjunto de la práctica podremos abordar adecuadamente la siguiente pregunta: ¿Puede hablarse de la observación como método científico sin tener en cuenta, previamente, las vinculaciones que mantiene con el proceso del que forma parte? Una respuesta afirmativa sólo podrá proceder de quienes definen la práctica científica en función del método utilizado. Si el método de las ciencias es la observación o la experimentación, diremos que la psicología es científica por cumplir con ese requisito metodológico. Salpicada con el agua bendita del método consagrado, la práctica en cuestión quedaría bautizada con el prestigioso nombre de la ciencia. Por eso Politzer decía agudamente que los psicólogos tenían de científicos lo que los salvajes evangelizados de cristianos.

De cualquier modo, como hemos dicho, la observación tiene su lugar ineludible en el proceso científico bajo formas rigurosas de aplicación que individualizan cuidadosamente aspectos del fenómeno enfocado (denominados *variables).* El método experimental y el clínico pueden ser vistos, descriptivamente, como dos formas de observación diferenciadas por la relación inversa que exhiben entre el número de variables consideradas y el número de sujetos en que se las estudia. En términos muy esquemáticos, pero de valor indicativo, podríamos decir que la experimentación se puede describir como una observación rigurosa cuyo ideal es reconocer las variaciones de una sola característica (variable dependiente) en un elevado número de sujetos en tanto el método clínico trata de registrar la observación del mayor número posible de variables en un solo individuo. Pero en realidad la diferencia esencial estriba en el lugar que ocupan en el proceso de producción de conocimientos.

Veamos ahora con mayor detenimiento cada uno de los aspectos que han quedado esbozados en esta introducción.

LA OBSERVACIÓN

En una aproximación ingenua la observación aparece como un procedimiento que permite obtener los átomos de los "conocimientos" de la psicología tradicional, académica. Para definirla, los textos pueden ofrecer proposiciones como la siguiente: "la observación es la comprobación de los hechos tal y como se presentan espontáneamente".[1] Disponemos ya de elementos para analizar críticamente esta frase. La psicología académica advierte también sus debilidades y relativiza esa extrema simplicidad reconociendo que el psicólogo que actúa como observador somete a cierta distorsión la supuesta pureza bruta de lo observado al refractarlo por su lenguaje, su marco referencial ineludible que impone una cierta selección, todo lo cual deberá ser tomado en cuenta al juzgar el valor de la observación resultante.

En este procedimiento hay lógicamente un observador (u observadores) y observados. Estos últimos son sujetos que se comportan, actúan, hablan. Son estas formas de conducta las que se registran en la observación. El observador, el psicólogo debe consignar los hechos observados con la mayor rigurosidad en la des-

[1] Reuchlin, M. *Los métodos en psicología,* Barcelona, A. Redondo Editor, 1970, p. 15.

cripción. Pero conciente de su falibilidad y de sus límites perceptivos incorpora instrumentos destinados a registrar e incluso medir los fenómenos producidos.

Como dice Reuchlin [2] la utilización de instrumentos es tomada, ingenuamente, como un rasgo que, unido a la cuantificación, caracteriza la cientificidad de un método. No necesitamos insistir aquí sobre las limitaciones de esta concepción. De cualquier modo no hay duda de que el uso de diversos instrumentos hace más sensible la capacidad de análisis y percepción de un observador y permite establecer índices visibles, registrables y verificables de una variación dada. De este modo se sistematiza la obtención de datos y se pueden codificar las informaciones obtenidas facilitando su ulterior procesamiento. Existe una gama riquísima de estos instrumentos: cámaras fotográficas y cinematográficas, aparatos registradores del tiempo transcurrido entre distintos acontecimientos (cronoscopios y cronógrafos), de medición de intensidades de sonidos y registro de los mismos, polígrafos que inscriben la expresión gráfica de la actividad muscular, cardiovascular, respiratoria, cerebral, etc.; aparatos que registran las modificaciones de la resistencia eléctrica de la piel, etc., etc.

Los resultados obtenidos por la observación se expresan como se ha dicho en los términos de una codificación que lleva implícita, en el caso de los aparatos, la teoría que ha permitido fundar su construcción. Además en el caso de la descripción de las conductas motoras o verbales exige una sistematización o desgajamiento clasificatorio que también se contamina forzosamente con una "forma de ver" lo observado que depende de las concepciones del observador. De todos modos el técnico bien formado tiene el cuidado de hacer lo más explícitas posibles esas presuposiciones. Esta explicitación estará destinada a definir las condiciones que contribuyen a hacer repetibles las observaciones.

La observación puede ser ocasional o sistemática. La primera, como su nombre está indicando, se ofrece en todo momento al psicólogo que presta suficiente atención a los acontecimientos que se producen (conductas). Su formación profesional supone la capacidad para ese registro sobre la marcha de cualquier observable. La observación sistemática implica, como dice Fraisse,[3] una reducción del campo de observables estudiados realizada por el observador en función de un proyecto preciso de investigación. La observación sistemática puede, a su vez, ser naturalista —cuan-

[2] Reuchlin, M., *op. cit.*

[3] Fraisse, P., *Traité de psichologie expérimentale,* París, PUF 1963, tomo I, p. 79. Hay edición castellana, Ed. Paidós, 1973.

do estudia al sujeto en su medio "natural", en su ambiente habitual— o, por el contrario, desarrollarse en un ambiente cuyas condiciones son prefijadas y establecidas por el investigador. En estas últimas condiciones la observación es más fácilmente repetible pero, sobre todo, al ser fijadas las características ambientales por el psicólogo se va artificializando la situación y se desarrollan las características que son propias descriptivamente de un experimento: las variables van siendo controladas y se aproximan al disminuir al ideal del que hablamos al principio. En efecto, el desarrollo de disposiciones que favorecen la repetibilidad de la observación conduce a una sistematización de las distintas condiciones en que se lleva a cabo la misma y lleva a reducir progresivamente los aspectos que varían en beneficio de los que permanecen constantes. En el límite, la observación se transforma en una situación experimental con variables controladas de las que, idealmente, sólo una variará. Lo que se ha ganado en rigor da como contrapartida la pérdida de posibilidades de captar lo inesperado y favorece la distorsión de las condiciones supuestamente naturales de existencia de los sujetos estudiados.

Para Fraisse no hay diferencia cualitativa entre observación y experimentación pero *lo que caracteriza a la experiencia científica y la distingue de una observación, banal, por cuidadosa que ésta sea, es la existencia de una pregunta previamente formulada* (aún reconociendo la posibilidad de experiencias planeadas para tantear el hallazgo de lo inesperado llamadas "experiencias para ver"). Las diferencias serían pues para Fraisse sólo de grado y consisten en un mayor rigor en el registro de las conductas observadas y en la construcción de las condiciones de la misma. Fraisse omite, sin embargo, el rasgo descriptivo distintivo consistente, como ya hemos dicho más arriba, en que el experimento intenta aislar dentro del universo de características del evento observado una sola cualidad variante mientras las restantes permanecen constantes, invariables. Pero, como veremos, nuestra crítica de fondo a su postura se refiere al lugar que confiere a una metodología con apariencia experimental cuya cientificidad es discutible en función de lo dicho en el capítulo precedente.

Descritas las características de la observación conviene definir el valor que ella adquiere en el conjunto de la metodología. Para las posturas continuistas en epistemología, propias del empirismo, la observación es algo así como el átomo elemental de la ciencia que por su desarrollo sucesivo permitiría ulteriormente elaborar hipótesis, planear experimentos y construir leyes y teorías. La observación, desde este punto de vista, colecciona hechos, datos

que se expresan en proposiciones asertivas: son las "afirmaciones empíricas básicas" como las designa Klimovsky.[4] Estas se presentan al consignar en informes observaciones que no comporten conjeturas e interpretaciones. En esos casos, sostiene Klimovsky, poseen la propiedad de que su verdad o falsedad pueden someterse a control, verificación o refutación lo que hace de ellas las afirmaciones más seguras de... ¡la ciencia! Estamos por nuestra parte en condiciones de expresar, de acuerdo con los análisis del capítulo precedente, que esta cualidad de "seguridad" de que habla Klimovsky puede ser tal, pero que, en cambio, no se trata de una seguridad científica. Podemos afirmar, por ejemplo, sin prejuicios, conjeturas ni interpretaciones que tal protuberancia observada en el rostro de un hombre es una nariz. Al designarla como tal expresamos una afirmación empírica (básica, si se desea llamarla así). Aunque todos nuestros interlocutores estén de acuerdo con esa designación ello no la califica como la proposición *más segura de la ciencia*. Claro que los positivistas no se detienen en las afirmaciones empíricas básicas y sostienen que por seguras que sean ellas deben ir seguidas de mucho más que de la simple acumulación o catalogación aislada o dispersa de las mismas. Deben establecerse a partir de ellas leyes o regularidades de las relaciones entre dichas afirmaciones.

Para los fenomenólogos más radicales en cambio todo se juega en la observación sin secuencias ulteriores a la misma. En ella se deben captar intuitivamente los fenómenos sin hacerles sufrir ninguna distorsión subjetiva, aceptándolos en esta especie de "vuelta a las cosas mismas" de que habla Husserl, tal como se presentan a la visión mental, como lo dado, lo vivido antes de toda reflexión, limitándose a describirlos. Se trata, en los términos de Merleau Ponty, de una descripción directa de nuestra experiencia, tal como es, sin ninguna consideración de su génesis psicológica y de las explicaciones causales que el especialista, el historiador, el sociólogo, darían. Para ello el observador suspende sus prejuicios y se entrega a lo dado directamente a su conciencia. La intuición así producida da acceso a las esencias y no se reduce a lo individual o contingente. Haciendo caso omiso de todo lo que es accidental, accesorio, contingente se llega a conocer lo esencial, aquello que permanece idéntico pese a todas las modificaciones imaginables de los atributos del objeto. Este es el resultado de la intuición llamada eidética.

[4] Klimovsky, Gregorio, "Estructura y validez de las teorías científicas", en *Métodos de investigación de psicología y psicopatología*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1971, pp. 11 y 55.

Los autores más prudentes que se enrolan en esta escuela diferencian estas posiciones fenomenológicas filosóficas de las de orden más limitadamente metodológico. En esta última perspectiva reconocen un cierto tipo de comprensión fenomenológica de los fenómenos psicológicos normales o patológicos que se obtendría por empatía, es decir, sintiendo el observador como si fuera el observado en situación, evocando en sí mismo experiencias subjetivas que se suponen cercanas a la que puede comprenderse de la expresión corporal o lingüística del otro. La prudencia a que hemos hecho referencia se manifiesta reconociendo, como dice Ziziemsky [5] que "la actitud descriptiva de la consideración fenomenológica no está en oposición con el empleo posterior de ningún método científico". Tratan de reconocerle, sin embargo, al método intuitivo-comprensivo vinculado con exploraciones de corte introspectivo un carácter de fuente legítima de información psicológica. Esta es una expresión del repliegue que en general desarrollan los fenomenólogos ante la conciencia de la debilidad de su postura. Los psicopatólogos se consuelan sosteniendo que pese a todos los puntos débiles y a las limitaciones del método, éste brinda descripciones fieles. Pero los filósofos que las han sustentado esperaban mucho más del método fenomenológico cuando le atribuían el acceso a las esencias sosteniendo que en la intuición se eludía la modificación subjetiva impuesta por el observador. Esta concepción no podía en la actualidad, entonces, sino batirse en retirada pues, como dice Piaget [6] lo que para el fenomenólogo es verdadero porque es una intuición vivida y supuestamente directa y sin contradicciones ni contaminación con lo subjetivo es, en cambio, desde un punto de vista lógico sólo un hecho (o mejor aún, un dato). "Decir que la intuición es verdadera —señala Piaget—, supone una justificación normativa que la intuición misma no proporciona, siendo solamente la expresión de lo experimentado por un sujeto".

LAS HIPÓTESIS

Aproximándonos a la consideración del problema de la experimentación nos ocuparemos de las hipótesis. Estas constituyen

[5] Ziziemsky, David, "Consideración fenomenológica en psicopatología", en D. Ziziemsky, *op. cit.*, pp. 193 y *ss.*

[6] Piaget, J., *Sagesse et illusions de la philosophie*, París PUF, 1968, p. 145. Hay edición castellana, Ed. Península.

a juicio de muchos autores lo más creativo del proceso científico. Implican imaginar relaciones entre los fenómenos que permitan formular proposiciones corregibles por la experiencia. Los empiristas sostienen que las hipótesis se integran en lo que ellos llaman el contexto de descubrimiento de las verdades científicas (para diferenciarlo de la observación y la experimentación como contexto de justificación de esas afirmaciones descubiertas).

Las hipótesis, dice Fraisse,[7] pueden ser *inducidas* o *deducidas*.

Las hipótesis inducidas son las que se construyen por generalización a partir de casos particulares. Fraisse ofrece en su tratado como ejemplo de este tipo de hipótesis el siguiente: si observamos el comportamiento de un conjunto de personas en una sala de espera veremos que ellas presentan actitudes diferentes que van de la placidez, a la inquietud, la agresividad, etc. Explicitando la relación entre los hechos observados y la personalidad de los individuos que presentan dichas conductas se podrá proponer la hipótesis de que cuanto más grande es la estabilidad emocional del sujeto menor será la posibilidad de que la situación de espera sea capaz de originar reacciones inadaptadas a la misma.

La deducción, dice Bunge,[8] consiste en derivar un enunciado a partir de otros, de tal modo que la conclusión procede de la forma misma del argumento, haciendo abstracción de los significados de los enunciados tomados como punto de partida del razonamiento. Se trata de inferencias realizadas a partir de reglas generales. Tomando otro ejemplo de Fraisse[9] veremos cómo puede construirse una hipótesis deducida. Se han realizado experiencias en el curso de las cuales se hacía aparecer, en un aparato especial que permite ofrecer estímulos durante un tiempo regulado, palabras que debían ser reconocidas. Se pudieron establecer dos leyes: 1] El umbral de reconocimiento es más bajo en las palabras más frecuentes de la lengua de un lugar. Es decir, que dichas palabras eran reconocidas en menos tiempo que las más infrecuentes. 2] El umbral de reconocimiento es más bajo cuando se advierte previamente al sujeto sobre las características del estímulo que le será presentado. O sea que si se crea una actitud perceptiva con una expresión del tipo "ahora vamos a presentarle una palabra", el reconocimiento se produce con mayor rapidez. Ahora bien, dadas estas dos leyes generales se puede deducir una tercera con valor de hipótesis: El umbral de recono-

[7] Fraisse, P., *op. cit.*, p. 86.
[8] Bunge, M., *Intuición y ciencia*, Buenos Aires, Eudeba, 1965, p. 153.
[9] Fraisse, P., *op. cit.*, p. 87.

cimiento de las palabras disminuirá, a frecuencias iguales en la lengua habitual, si se condiciona una actitud pre-perceptiva adecuada (de preparación).

En los ejemplos que acabamos de citar, las hipótesis son derivadas directa o indirectamente de las observaciones. La teoría parecería surgir de un continuo desarrollado de las mismas y sus generalizaciones y las deducciones que estas permiten realizar. Así Klimovsky[10] adjudica valor teórico tanto a las afirmaciones empíricas como a las generalizaciones o leyes empíricas. Reconoce, es cierto, que a estos dos niveles de proposiciones científicas (él las designa como tales) se agrega un tercer nivel al que no todas las disciplinas o teorías científicas tienen acceso. (Como se ve, no es necesario, en esta concepción, contar con proposiciones del tercer nivel para tener carácter científico.) Y lo que Klimovsky considera propio de este último nivel es justamente la elaboración de estructuras compuestas por entidades teóricas con propiedades capaces de dar cuenta de las características empíricas. Los ejemplos tomados de Fraisse se ubican, como es notorio, en los dos primeros niveles. Son colecciones de regularidades, aisladas de una concepción teórica explícita de conjunto, aunque vinculadas entre sí. Esta falta de explicitación de la teoría no la hace sin embargo inexistente. Con los aportes de los primeros capítulos de esta obra podemos descubrir el eslabón ausente a través de la presencia sintomática de la palabra "adaptación" o del tipo de fenómenos que resultan individualizados (rapidez para responder a estímulos: recurso adaptativo). Son, se dice allí, más inadaptados a la situación de espera los individuos inestables. En el silencio teórico se desliza imperceptiblemente la pertenencia de las cuestiones planteadas a un sistema que es el propio de la biología: rapidez en la respuesta, espera sin inquietudes: dispositivos para adaptarse respondiendo "bien" y "pronto" a lo esperado. De lo contrario se tratará de individuos inestables... que son los más inadaptados (formulaciones prácticamente redundantes por su carga valorativa porque... si esperaran "adaptadamente" ¿quién los consideraría "inestables"?, si son "estables" ¿cómo es que podrían esperar con "inquietud"?).

Es que no se trata, justamente, de pasar del 1º al 2º y luego al 3º nivel como quien sube los escalones continuos de una escalera... Cuando se pasa del 2º al 3º nivel en la nomenclatura de Klimovsky se ha cambiado, en realidad, de escalera. Entonces recién se cuenta con auténticas hipótesis científicas, solidarias de

[10] Klimovsky, G., *op. cit.*,

una teoría, deductibles de ella y capaces de fundar experiencias que pueden poner a prueba esa teoría que les dio origen. En los niveles 1 y 2 de Klimovsky (afirmaciones empíricas y leyes generales) las hipótesis aparecen aisladas, sean inductivas o deductivas y sus "verificaciones" que prueban generalidades sin otro alcance que el de la reproducción "realizadora de lo real",[11] son incorporadas por los mecanismos ideológicos y caen en el círculo vicioso positivista del que hablamos antes, sin poder ofrecerles la resistencia de un sistema científico coherente. Ello no les quita valor informacional siempre que, reconocido su valor precientífico, no obturen la posibiildad del indispensable trabajo científico ulterior.

Encontramos en el psicoanálisis ejemplos que permiten reconocer todo este movimiento de razonamientos. Así Freud en sus trabajos previos a la ruptura epistemológica de 1900 encontraba habitualmente un hecho clínico llamativo: los pacientes neuróticos (histéricos u obsesivos) relataban con frecuencia un episodio traumático en que habían sido sometidos por un personaje (un adulto por lo general) a maniobras de carácter sexual (palabras o gestos) implicando en un individuo no preparado para ello un significado afectivo traumático. A partir de este hallazgo de su práctica clínica pudo formular una generalización empírica (el "segundo nivel" de Klimovsky): los neuróticos presentan antecedentes de escenas infantiles de seducción protagonizados por individuos adultos. La hipótesis deducible era que el recuerdo, la reminiscencia de escenas infantiles era determinante en la etiología de las neurosis. Este era el estado de las elaboraciones de Freud antes de 1900 y la experiencia clínica reiterada no hacía más que confirmarla una y otra vez. Todo hubiera quedado reducido a esta comprobación inevitable que reforzaría la convicción de lo aparente si Freud no hubiese reparado en el hecho turbador de la discordancia entre esos relatos tan constantes y la infrecuencia de seducciones reales de los niños. Esta sensibilidad a las contradicciones, esta desconfianza ante lo obvio, permitió a Freud poner en cuestión sus propias elaboraciones y llegar a comprender que se encontraba ante acontecimientos de otra calidad. Los relatos de los pacientes no correspondían a eventos realmente acaecidos. Ello lo hace abandonar su primitiva teoría de la seducción.

Esta teoría intentaba dar cuenta del hecho singular de que el supuesto traumatismo de la seducción no produjera habitual-

[11] Véase caps. 5 y 15.

mente trastornos antes de la pubertad. Consistía en postular un proceso en dos tiempos, el primero de los cuales correspondía a la experiencia traumática que caía progresivamente en el olvido. En el segundo tiempo, un hecho posterior a la pubertad, muchas veces carente de significación sexual, presentaría algunos rasgos que permitirían su asociación con el suceso olvidado dando origen a fenómenos neuróticos, desproporcionados con esta nueva experiencia pero determinados en realidad por aquella con la cual han sido asociados inconscientemente. Más allá de su mayor o menor corrección esta teoría implicaba ya un esfuerzo por dar cuenta de la amnesia infantil que prefigura la exigencia de conceptos como los de represión, procesos inconscientes, etc. Sin embargo, insistimos en que la fuerza de las comprobaciones clínicas cotidianas encubría un hecho novedoso: lo que los pacientes relatan corresponde más que a recuerdos de hechos producidos en su experiencia real a la escenificación de deseos inconscientes referidos recurrentemente al pasado: son fantasías inconscientes. Así la escena de seducción describe, invertido, el deseo del sujeto por sus figuras parentales y remite en definitiva a la problemática del complejo de Edipo. Las grietas de las primitivas concepciones previas a la revolución teórica que constituye su libro *La interpretación de los sueños* (de 1899/1900), el cuidado por no oscurecer con la simple rutina de la repetición clínica las contradicciones, permiten el desarrollo de una novedad, una estructura teórica original de la cual pueden ser deducidas nuevas hipótesis. Los datos clínicos siguen siendo por supuesto los mismos, pero el recuerdo de la seducción adquiere un sentido totalmente diferente: se trata de la proyección hacia el pasado de deseos inconscientes.

Esta concepción que requiere todo el universo conceptual posterior a la ruptura epistemológica no impide a Freud retrabajar el problema de la seducción infantil: no se excluye la existencia de una real sedución por parte de los adultos que sirve de soporte para el desarrollo de la problemática edípica: el indefenso cachorro humano es realmente seducido en sus primeros años... por los cariñosos cuidados maternos que a la vez que satisfacen las necesidades biológicas del niño despiertan nuevas sensaciones placenteras al provocar la estimulación de zonas erógenas del mismo, apuntalando la emergencia del deseo que luego determinará fantasías como las de la seducción, comprobada clínicamente.[12]

[12] Retomaremos este ejemplo en el capítulo sobre el método psicoanalítico.

LA EXPERIMENTACIÓN

La importancia del método experimental en general, integrado en la práctica científica coherente, está fuera de toda discusión. Es un ingrediente del extraordinario desarrollo de la capacidad cognoscitiva y productiva de la humanidad en la actualidad. No es este el lugar para desarrollarlo en todas sus implicaciones y detalles. Aquí se trata solamente de armarnos con los elementos de juicio indispensables para comprender en qué condiciones puede ser o es un instrumento integrado a la producción de conocimientos en psicología.[13]

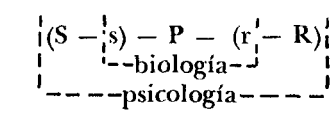
La experiencia es, hablando con propiedad, dice Fraisse en su "Defensa del método experimental en psicología" [14] "la comparación del hecho observado con otro hecho". Este último está constituído por las consecuencias previsibles de la hipótesis previamente elaborada. La hipótesis implica una pregunta. A ella responde el experimento, la experiencia, con hechos que confirman o infirman (invalidan) la previsión formulada al diseñar la experiencia. Estos hechos pueden producirse sin acción específica del observador. Se trata en este caso de experimentos *invocados* (tales como por ejemplo puden ser las modificaciones comportamentales observadas en ocasión de una lesión encefálica por accidente). En otros casos el experimento es construido en todos sus detalles por el investigador quien manipula ciertos aspectos y deja constantes los restantes; son los experimentos *provocados,* que caracterizan la experimentación en sus formas más típicas.

Los experimentos constituyen, entonces, observaciones sistemáticas, sumamente depuradas en el control de sus condiciones de realización que permiten poner a prueba hipótesis formuladas previamente. Permaneciendo constantes los distintos aspectos de la situación se satisface el ideal de la experimentación cuando sólo un factor es hecho variar por el observador *(variable independiente)* y se registran a continuación las modificaciones que se producen en todos los aspectos *(variables dependientes).* Las modificaciones (r) que se producen en experimentos fisiológicos a

[13] El lector interesado en los problemas generales del método experimental puede consultar textos como M. Cohen y E. Nagel, *Introducción a la lógica y al método científico,* Buenos Aires, Amorrortu 1968. Estos autores son una referencia habitual en los trabajos que tratan sobre metodología. Los detalles técnicos pueden ampliarse en Paul Fraisse y Jean Piaget, *Tratado de psicología experimental,* tomo I, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1973. M. Reuchlin, *Los métodos en psicología,* Barcelona, A. Redondo, 1969.

[14] Fraisse, P., *Manual práctico de psicología experimental,* Buenos Aires, Ed. Kapelusz, 1970.

continuación de variaciones en las condiciones en la situación (s) pueden justificar dentro de ciertos límites la inferencia de que r depende de s: s— r. En realidad, como señala Fraisse, esa relación, que se puede expresar como r = f (s) (reacción, función de una situación), responde sólo a las ciencias físico-químicas. En las biológicas las reacciones no dependen solamente de las influencias de la situación exterior sino también del medio interno. Podríamos decir que la situación y sus variaciones actúan a través de ese medio interno que constituye el organismo O: s — O — r (o bien r = f (O, s) reacción, función de una situación y un organismo). El razonamiento aplicado en psicología es el mismo y la "personalidad" ocupa en el esquema el lugar del organismo: s — P — r [r = f (P, s)]. Se verá en el cap. 13 el confuso estatuto que adquiere la noción, puramente descriptiva, de personalidad: "totalidad psicológica que caracteriza a un hombre en particular", o bien, "organización dinámica de los aspectos cognitivos, afectivos, conativos, fisiológicos y morfológicos del individuo" (Fraisse). Para intentar marcar una diferencia entre la fisiología y la psicología, E. Brunswik (citado por Fraisse) ha pretendido distinguir en la situación estímulos próximos y otros distales (s, S, respectivamente). Las reacciones también exigirían esa distinción: proximales (r) y distales (R). Los estímulos próximos "s" son entonces, en este esquema, los sensoriales (tal como los pueden analizar los receptores fisiológicos); los estímulos "S", distales, son los objetos integrados o las situaciones sociales en que están comprendidos. Las reacciones proximales "r" son de tipo muscular y las distales "R" son los efectos sobre la situación que producen las anteriores. Al ver una silla, por ejemplo, se pueden producir flexiones y contracciones de diversos músculos (r) que permiten al individuo integrado sentarse (R). Podemos resumir esta manera de presentar la conducta de un individuo humano en situación en este esquema en el que pretendemos señalar asimismo dónde se encontraría la diferencia o el límite entre lo fisiológico (biología) y lo psicológico:



Lo que nos importa destacar es cómo en esta esquematización la diferencia entre psicología y biología es forzosamente brumosa, arbitraria, cuantitativa y en definitiva no localizable. ¿Qué diferencia habría (hablamos de diferencia de problemática, lógi-

camente) entre el tiempo de reacción de un gato que salta al aparecer un ratón y el de un hombre que se abalanza sobre una billetera encontrada en una calle? Los experimentos podrían determinarlos cuidadosamente y diferenciar distintos gatos entre sí, diferenciar su conducta con la de perros y hombres, por ejemplo. Otro tanto podría hacerse con los hombres. Para nosotros resulta claro que se trata de la producción de conocimientos biológicos que tienen un lugar conceptual en una problemática centrada en la adaptación de los organismos a los medios. Sólo que esto dejaría irresueltos dos problemas. Por un lado el del estatuto de lo psicológico, salvo si se acepta tácitamente su reducción a un problema propio de la biología. Pero además, en este caso, si se reconoce que los llamados fenómenos psicológicos —o al menos algunos de ellos— son tributarios de los métodos y de la estructura conceptual de la biología deberá darse una respuesta a una nueva cuestión: ¿qué estatuto tiene una biología humana? ¿Qué limitaciones o qué transformaciones le impone el carácter social-humano que le es propio? ¿Cómo se interpenetran o se articulan en este caso la problemática de la adaptación y la del deseo? Se trata de una subdivisión limítrofe vinculada con los recursos del Yo psicoanalítico en la medida en que éste cuenta, ante la realidad exterior, con la fuga, la adaptación y la transformación de esa realidad. Algunas respuestas se han intentado en los primeros capítulos pero vale la pena dejar planteada la inquietud y abierta la reflexión. Justo es reconocer aquí que ésta es una de las fronteras por donde debe avanzar la investigación y la reflexión teórica de los estudiosos.

El esquema precedente nos permitirá sistematizar una somera información sobre los aspectos a tener en cuenta al realizar la práctica experimental tal como la presentan prestigiosos psicólogos experimentales.[15]

El primer término "(S — s)——" corresponde a la situación en que se encuentra (experimento "invocado") o en la que es colocado (experimento "provocado") el sujeto en observación. Esta situación es preparada por el experimentador con el objetivo ideal de mantener controladas y constantes todas sus características de modo que las respuestas o reacciones "——(r — R)" sólo puedan ser atribuidas al manejo de la modificación aislada que el investigador ha producido a sabiendas. Para cumplir con este objetivo se controlan las condiciones ambientales y la tarea a realizar por el sujeto. El ambiente presenta características físicas

[15] Fraisse, P., *obras citadas.*

de temperatura, luminosidad, distribución del instrumental y del moblaje, etc. que pueden modificar, con sus variaciones, el rendimiento. Ello puede constituir, por otra parte, un objetivo de la investigación: ¿qué variaciones en el rendimiento puede inducir, por ejemplo, la distancia entre el sujeto y sus instrumentos de trabajo, o la disposición de éstos, o el grado de luminosidad, etc.? (La industria muestra, como es de imaginar, un interés especial por estos temas). Se deben controlar además aspectos psico-sociales del ambiente tales como la presencia de observadores, la realización simultánea de investigaciones con varios sujetos en el mismo ambiente, etc.

La tarea a realizar forma parte también de la situación debiendo supervisarse tanto las características del material utilizado como las de las consignas o instrucciones administradas para su realización. Cada uno de esos aspectos puede constuirse en tema de investigación (¿qué repercusiones tiene tal o cual modificación de la consigna?, ¿qué ocurre cuando no se da ninguna consigna?, etc.).

En el otro extremo de la fórmula esquemática está la respuesta producida, la reacción, las variables dependientes (r — R). Es indispensable estar en condiciones de registrarlas, protocolizarlas. Se cuenta para ello con el adiestramiento del experimentador y con múltiples aparatos como los mencionados en el párrafo sobre la observación (cámaras cinematográficas, grabadores, polígrafos, etc.).

Entre ambos polos hemos ubicado la personalidad (P) del sujeto en observación. Dada la definición aportada por Fraisse (ver arriba) es imaginable el infinito de variables que puede presentar. Los experimentalistas pretenden multiplicar los sujetos para no atribuir a sus características las respuestas obtenidas (cuando ello no sea el objeto investigado) confiando en que esta multiplicación permitirá neutralizar las variaciones parásitas incontrolables. Más fácil es en un grupo igualar ciertos aspectos tales como la edad, nivel de instrucción, profesión, etc. (aunque el más ligero análisis muestra que se trata de rasgos biológicos o sociológicos).

Podemos decir, entonces, que dadas condiciones S — s constantes, las respuestas tendrán que producirse variando según la manipulación ejercida sobre P o que, supuesto P constante se registrarán las r — R controladas ante las modificaciones de las condiciones S — s. Se busca determinar una sola modificación en las variables independientes o bien establecer pares de variaciones correlativas. Para ello se puede actuar creando, por ejem-

plo, condiciones de fatiga, insomnio, saciedad, privación de estímulos sensoriales, administración de drogas. También se puede intervenir "motivando" al sujeto con estímulos en dinero, premios o estimulando la competición, etc.

Multiplicando el número de sujetos estudiados con el fin de la eliminación de variables incontroladas en ellos se suele establecer dos grupos homogéneos de observados con posibilidades de estudiar las consecuencias de la presencia o ausencia de cierta variación.

Con un ejemplo[16] intentaremos ilustrar la técnica utilizada en estos casos. Se plantea determinar qué efecto produce sobre el aprendizaje de un idioma la introducción del estudio de un segundo idioma. Se estructuran dos grupos G 1 y G 2 de estudiantes, G1 estudia los idiomas I 1 e I 2 durante los períodos *a* y *b* respectiva y sucesivamente. El grupo G 2 sólo estudia el idioma I 1 en el período *a* sin realizar actividades en el período b. Finalmente se realiza una prueba para determinar los conocimientos adquiridos en uno y otro grupo. Se tenderá a atribuir, descartadas otras variables, la diferencia en el rendimiento a la introducción del idioma I 2.

Esta metodología ha suscitado una serie de polémicas en las que se cuestiona el valor de la experimentación en psicología. Una parte de las críticas se realizan desde posiciones fenomenológicas acusándola 1] de traicionar lo que es individual en el hombre diluyéndolo en lo general; 2] de trabajar analíticamente escindiendo un fenómeno esencialmente global y 3] de objetivar lo que es fundamentalmente subjetivo.

Paul Fraisse contesta en su "Defensa del método experimental en psicología" [17] enfrentando esas críticas. A la primera de ellas responde sosteniendo que en psicología experimental no se trata de eludir el estudio de lo individual sino de hacer el rodeo por lo general para poder conocer realmente la singularidad individual pues sólo existe ciencia de lo general. Para Aristóteles, argumenta, lo que se opone a lo general no es lo individual sino lo contingente, lo accidental. Es necesario producir la generalidad para poder procesar la particularidad del individuo. No hay entonces oposición y la crítica carecería de sentido al ser lo individual la forma de existencia de lo general. Abundando en favor de las generalizaciones Fraisse da el siguiente ejemplo: "El psicólogo no tiene sólo la tarea de situar una clase de conducta, el

[16] Tomado de Fraisse, P., *Traité*, tomo I, p. 97.
[17] Fraisse, P., *op. cit.*, pp. 9 *ss.*

crimen por ejemplo, sino explicar una conducta concreta, *ese* crimen. No puede llegar a ello más que por el rodeo de leyes generales o, si se prefiere, colocando el caso por sucesivas aproximaciones en cuadros cada vez menos generales. A ese criminal lo encaro con una actitud fundamental y digo, es un hombre de tal edad, que pertenece a tal medio social por su habitat, su instrucción y el oficio; cada una de estas determinaciones tiene un sentido y un valor general. Por cierto su historia personal es única, pero en muchos aspectos es semejante a otras. Nuestro caso por ejemplo, hijo de un matrimonio divorciado, educado con una madrastra celosa, o dominado por un conflicto entre sus aspiraciones y su oficio. Aún las relaciones entre estos determinantes son conocidas o posibles de conocer, y al término de la investigación, este crimen se explicará sin duda, por la manera como muchas leyes generales han obrado unas sobre otras, es decir, al concurso de circunstancias de las que hablará el periodista."[18] Es fácil advertir que en este detalle de factores las generalidades que no pertenecen al orden de la biología corresponden a categorías sociológicas. Pareciera esperarse que de su entrecruzamiento surja lo específicamente psicológico. Pero entonces, ¿dónde han quedado las generalidades psicológicas? En otros términos lo psicológico sería la forma singular resultante de la intersección de lo biológico con lo sociológico pero en ese caso las generalidades pertenecen a esas categorías y la psicología se habría evaporado como tal.

En segundo lugar, afirma Fraisse, sin estudio analítico no hay ciencia posible. Como alternativa una captación intuitiva global capaz de aprehender los seres en su esencia tiene un puro carácter mitológico. Quizás el reproche sólo pudiera ser válido para ciertas formas de análisis grosero rastreables en precursores como Condillac o Taine o en algunos autores actuales que exageran en un obsesivo estudio de comportamientos exclusivamente fragmentarios pero no se aplica a quienes practican un enfoque científico que exige analizar, dice Fraisse, "las grandes funciones del ser humano".[19] Esta tarea utiliza métodos ya probados por ciencias más desarrolladas en aspectos cercanos a la psicología. Se refiere, como es imaginable, a la biología.

A partir de esta situación inicial el análisis reconoce una evolución por niveles de complejidad que permitirían acceder a lo estrictamente psicológico con mantenimiento del análisis pero

[18] Fraisse, P., *op. cit.*, p. 10.
[19] Fraisse, P., *op. cit.*, p. 23.

acentuación del estudio de las correlaciones e interdependencias de los aspectos parciales.

Al reproche sobre el descuido de la subjetividad fundamental de todo hecho psicológico responde, finalmente, sosteniendo que no debe confundirse el estudio objetivo de esos sujetos con un objetivismo que reduce los sujetos psicológicos a cosas con desconocimiento de la subjetividad. Tampoco debe confundirse, por otra parte, la subjetividad con lo que el sujeto cree conocer de sí mismo por introspección pues las significaciones de sus actos le son en muchos casos opacas e inconscientes. El objetivo que se fijan los experimentalistas es poder llegar a determinar objetivamente esa significación sin introducir en ese intento la proyección de la propia subjetividad de los investigadores. Pero, reconoce Fraisse, se trata de una ciencia joven y en desarrollo que es prisionera muchas veces de groseras clasificaciones de conductas (como por ejemplo: instinto, inteligencia y voluntad) aunque poco a poco surgen conceptos operacionales como los de motivación, información y actividad operativa.

Debemos cuidarnos, al considerar la polémica que acabamos de reseñar, de caer en la trampa de creer que debemos optar entre la postura que Fraisse defiende o la de sus detractores. El verdadero tema en discusión alrededor de la experimentación en psicología no se refiere a sus cualidades de objetividad, análisis o generalización. No hace falta compartir posiciones irracionalistas para discrepar con ciertos enfoques de la llamada psicología experimental. El fondo de la posición representada por Fraisse está dado por un enfoque empirista, aunque se lo niegue a veces de palabra en el texto. Se encuentra explicitado claramente cuando en las primeras páginas de su alegato expresa: "el razonamiento científico consiste en basarse en los hechos y desprender de ellos las hipótesis que, después de ser sometidas a comprobación, se convierten en explicaciones científicas o en leyes, las que, a su vez, se integran en hipótesis cada vez más generales y que constituyen la teoría científica".[20] No hay ambigüedades en estas expresiones: la teoría científica es esperada de una progresiva interconexión de las hipótesis surgidas en continuidad con los hechos. Por eso la reivindicación de la objetividad, el análisis y la generalización no constituye el verdadero punto débil del experimentalismo en psicología. Fraisse discute con adversarios débiles. El *problema importante es el punto de inserción del método* experimental en la estructura global de la práctica científica.

[20] Fraisse, P., *op. cit.*, p. 3.

Fraisse ubica a la psicología entre las ciencias en estadio conjetural. Reconoce con ello que en psicología los experimentos no producen en general conocimientos limitándose a determinar regularidades. Ello obliga a acumular, a multiplicar los casos, los experimentos. Citando a Claude Bernard debe consignar además que en las ciencias "maduras" el disponer de determinaciones exactas hace innecesaria esta acumulación: basta con *una* experiencia de sección del nervio ciático para comprobar que los nervios que reciben sus ramificaciones quedarán paralizados. La repetición de ese experimento no hace sino redundar en la comprobación. Es que detrás de esa experiencia está la estructura de una teoría biológica general y la teoría especial de la inervación. Es ella la que permite diseñar un experimento que confirma o rechaza esa teoría obligando, en este último caso, a una revisión total de sus presupuestos. No se trata, insistimos, de seccionar nervios una y otra vez esperando que de la acumulación de esos acontecimientos emerja la teoría. Carente de esa teoría la psicología experimental acumula conjeturas y regularidades esperando el surgimiento de esa formulación que dará sentido a los hechos acumulados.

Aún Cohen y Nagel, destacados expositores de problemas metodológicos en general desde una perspectiva marcada por el positivismo, señalan los límites del método experimental como instrumento de prueba o de descubrimiento.[21] Dichos autores someten a un profundo análisis diversos cánones del método experimental: 1] métodos de la concordancia, 2] de la diferencia, 3] del conjunto de la concordancia y la diferencia, y 4] de los residuos[22] que no desarrollamos aquí por escapar a nuestro objetivo, concluyendo que el método no ofrece criterios para elegir las variables que deben ser analizadas. Las variables posibles son infinitas de modo que su selección, imprescindible, depende de la relevancia que se les asigne. Agregaremos por nuestra cuenta que sólo una teoría científica articulada permite deducir las hipótesis

[21] Cf. M. Cohen y E. Nagel., *op. cit.*, tomo II, p. 90. Estos autores muestran las limitaciones lógicas del método experimental en general analizando los cánones clásicos del descubrimiento y la prueba en el mismo según J S. Mill. "Los cánones de la investigación experimental —concluyen— no pueden demostrar jamás, pues, ninguna ley causal. Los métodos experimentales no son métodos de prueba ni métodos de descubrimiento. [...] Ahora bien, [...] son de indudable valor en el proceso de llegar a la verdad, pues al eliminar las hipótesis falsas, restringen el campo dentro del cual podemos encontrar las verdaderas."

[22] Cohen, M., y Nagel, E., *op. cit.*, tomo II, pp. 66-96.

y seleccionar en consecuencia la variable que *merece* ser controlada.

Hemos visto que Fraisse considera como el máximo progreso alcanzado el surgimiento de conceptos operatorios u operacionales. Estos designan relaciones establecidas entre aspectos de fenómenos que se mantienen con regularidad. Su alcance teórico no va más allá de este sector limitado donde el hecho empírico de una relación es comprobado con suficiente regularidad como para atribuirle una designación especial (así, por ejemplo, la "motivación" que Nuttin[23] considera una variable intermediaria indispensable para comprender fenómenos dinámicos y direccionales de la conducta humana).[24] Reconocidos sus límites los conceptos operatorios pueden ser útiles en la tarea de la ruptura epistemológica posible en un campo precientífico a condición de que su carácter de objeto a medio construir, de ensayo de organización aún no científica de los hechos disponibles sea explicitado claramente. En caso contrario pasa por un concepto científico y obtura la tarea de constitución de una práctica científica en la medida que se puede creer que ya está realizada. Podemos suscribir lo que Bourdieu dice con la relación a la sociología en una coyuntura ideológica muy semejante a la que atraviesa la psicología: "La necesidad de construir designaciones específicas que, aún compuestas con las palabras del vocabulario común, construyen nuevos objetos construyendo nuevas relaciones entre aspectos de las cosas no constituye más que un índice del primer grado de la ruptura epistemológica con los objetos preconstruidos de la sociología espontánea". Estos conceptos operatorios aislados no pueden "resistir sistemáticamente la lógica sistemática de la ideología. Al rigor analítico y formal de los conceptos llamados "operatorios" se opone el rigor sintético y real de los conceptos que se ha llamado "sistémicos" porque su utilización supone la referencia permanente al sistema completo de sus interrelaciones".[25] Y este sí es el fondo de la cuestión.

El método experimental no puede ni debe ser rechazado ni aceptado a priori en psicología. Su valor aquí, como en cualquier otra disciplina, es el de la teoría que ponen a prueba los experimentos. Cuando esta teoría existe permite construir un cuerpo sistemático de hipótesis con vistas a su confirmación o invalidación

[23] Nuttin, J., en Fraisse, *Traité, op. cit.*, tomo v, pp 2 *ss.* También en Nuttin, J. y otros, *La motivación,* Buenos Aires, Ed. Proteo, 1965, pp. 93 *ss.*

[24] Se verán ejemplos en detalle del uso de conceptos operacionales en el capítulo sobre el "El problema de la medición en psicología".

[25] Bourdieu, P. y col., *Le métier de sociologue,* París, Mouton, 1968, p. 61.

experimental. Como dice en otra parte el mismo Bourdieu[26] las experimentaciones aisladas sin referencia a la teoría que las posibilitan son puros absurdos epistemológicos. Lejos de producir la teoría al cabo de su acumulación ciega, como espera Fraisse, los experimentos sin teoría obturan, si no se es conciente de la limitación que hemos señalado, la producción real de conocimientos al ocupar el lugar aparente de productos científicos ya desarrollados.

EL MÉTODO CLÍNICO

El análisis que hemos realizado sobre el método experimental, sobre la manera en que se puede incorporar en una concepción positivista, y la forma tan esencialmente distinta en que el mismo método es contemplado en un enfoque materialista como el que pretendemos fundar, nos servirá también para comprender el valor del método clínico, ya sea como aplicación de un conocimiento dado o bien como procedimiento productor de conocimientos científicos. Sostener la validez de la clínica como método científico significa, en efecto, entrar en la polémica sobre la posibilidad del conocimiento de lo singular, aparentemente inconciliable con la ciencia si se considera característica fundamental de ésta la generalidad de sus aserciones. Como vemos el cuestionamiento al valor del método clínico podría hacerse presumiblemente desde una postura inversa de la que aparecía en el debate de Paul Fraisse con los detractores del método experimental en psicología. Sin embargo la cuestión que se halla en el fondo de este debate es paradójicamente la misma en los dos casos y consiste en suponer que un método es científico o no *en sí*, haciendo abstracción del lugar que ocupa en una práctica.

Efectivamente, lo que caracteriza al método clínico, en una primera aproximación, es el estudio en profundidad y en extensión de un caso. El "caso clínico" explorado en todas sus variables evoca la situación inversa de la del método experimental donde se intenta explorar las modificaciones de una sola variable en multitud de casos que constituyen ya sea la totalidad de un universo o una muestra representativa del mismo.

El método clínico y la psicología clínica exhiben, por otra parte, la contradicción en que se halla sumida una disciplina que debe

[26] Bourdieu, P., y col., *op. cit.*, p. 311.

responder a exigencias prácticas, empíricas (curar, orientar, aconsejar, etc.) y ostenta, al mismo tiempo, pretensiones de carácter científico. Para responder a las primeras debe enfrentar problemas concretos, singulares, cuya resolución se supone será el resultado de la aplicación de conocimientos generales de los que se dispone previamente. Pero se habla también de método clínico en el sentido de un procedimiento que produce conocimientos y en este caso no se reduce a una mera aplicación de generalidades preexistentes. Queda así planteada la cuestión de la posibilidad misma del conocimiento de lo singular.

Pero, ¿qué es el método clínico? Podríamos decir ingenuamente que es el método utilizado en psicología clínica. Respuesta notoriamente insuficiente por cuanto se limita a desplazar la cuestión pero que, sin embargo, nos indica el camino que siguen las implicaciones de esta noción. Método y psicología clínicos se implican y exigen ser considerados correlativamente.

La palabra "clínico/a" nos orienta en nuestra búsqueda. Todos los autores señalan su procedencia del arsenal nocional de la medicina. En ésta lo clínico se refiere originalmente al estudio detallado (hecho por el médico) de un paciente que yace en su lecho (clinos = lecho): forma de aludir al enfermo concreto por oposición a la "enfermedad" como patología abstracta. Progresivamente el sentido fue evolucionado y la vinculación inicial con la posición yacente fue volviéndose inesencial. Lo que siempre se mantuvo, en cambio, fue la referencia al carácter singular del objeto estudiado en cada caso. André Rey[27] que analiza la psicología clínica por analogía con la medicina destaca que en ésta la clínica es una investigación que reúne observaciones individuales ("enfermos") y las compara, generaliza ("enfermedades") y las aplica y reconoce ulteriormente en los enfermos individuales. Relaciona así constantemente la individualidad del paciente y sus caracteres directamente observables con los resultados de todos los exámenes para su mejor comprensión.

La clínica se caracteriza entonces por el estudio de un caso, estudio realizado profundizando en todas sus particularidades. La psicología clínica conserva esta condición y hace de ella su rasgo esencial. Para una concepción que haga de la experimentación el signo metodológico que confiere la calidad de ciencia a una disciplina parecería difícil incluir a la clínica bajo esa designación pues donde la experiencia intenta aislar variables el método clínico las multiplica. Asimismo el ideal de la experiencia repe-

[27] *El examen clínico en psicología*, Buenos Aires, Ed. Kapelusz, 1962.

tible y observada en numerosos casos es reemplazada aquí por la exploración de un caso singular (visto en todos sus parámetros como ya se ha dicho).

Revisando la bibliografía veremos que Paul Fraisse encuentra en la psicología clínica una disciplina "orientada" hacia la comprensión del individuo en su totalidad, actitud teórica y práctica que es, con frecuencia, la del psicólogo práctico que necesita conocer las grandes líneas de fuerza de una personalidad y aprehender ésta en su conjunto para llegar a un consejo".[28] Henri Piéron define a su vez[29] "la psicología clínica como la ciencia [*sic*] de la conducta humana basada principalmente en la observación y en el análisis profundo de los casos individuales". Dejando de lado el uso discutible de la palabra ciencia, queda bien claro el sentido de lo clínico y su caracterización como observación de lo individual.

J. Favez Boutonier resume las conclusiones de todo un grupo de clínicos franceses[30] diciendo que "la psicología clínica es el estudio del individuo en situación y en evolución". La expresión "en situación" refiere a las condiciones de existencia del individuo en relación con otros frente a una multiplicidad de condiciones. Pero además la historia del sujeto y su manera de encarar el futuro ("en evolución") es también fundamental.

En todos estos textos aparecen, como vemos, referencias al estudio de lo individual como el rasgo tipificante del método clínico. Ahora bien, ¿cómo estudiar al individuo? Rey dice que los dispositivos con que cuenta el método clínico son formas sistemáticas de observación del comportamiento de los sujetos —casos— estudiados. Siguiendo la analogía con la clínica médica incluirá la observación directa en una *entrevista* y podrá comprender *estudios complementarios* excluido el reconocimiento físico (propio de la actividad médica) como no fuera el registro de los comportamientos diversos puestos en acción por el sujeto "en situación y en evolución".

El médico realiza anamnesis, exámenes físicos y estudios complementarios de laboratorio (análisis bioquímicos, estudios radiológicos, electrocardiográficos, etc.). El psicológo, por su parte, practica una "entrevista psicológica" (que corresponde a la anamnesis médica), observa cuidadosamente (Rey) "los medios movilizados y empleados por el sujeto en sus fuentes de observación y en su acción sobre lo real y los medios de que dispone para fijar y

[28] Fraisse, P., *Bulletin de Psychologie*, 21:452, 1968.
[29] Pieron, H., *Lexikon Psicología*, Buenos Aires, Ed. Kapelusz, 1972.
[30] Favez Boutonier, J., *Bulletin de Psychologie*, 21:449, 1968.

organizar los resultados de sus búsquedas" (todo lo cual ocupa el lugar del examen físico en medicina); y, finalmente, estimula ciertos comportamientos en condiciones estandarizadas para confrontarlos con normas (en correspondencia con los estudios complementarios de laboratorio médico). De tal manera los tests psicológicos se incluyen, desde esta perspectiva, en la metodología clínica aunque se subraya la diferencia con su aplicación mecánica e indiscriminada. Aquí aparecen integrados en una indicación hecha "a medida" en el seno de una observación individual intensa y extensa que le da significación precisa a cada estudio en su referencia a la totalidad (con la misma especificidad con que un médico indica la realización de un electrocardiograma cuando los hallazgos de la anamnesis y el examen físico lo aconsejan).

El método clínico se caracteriza entonces por centrar la investigación sobre comportamientos relatados por el sujeto (su "historia"), reacciones observables en el curso de la relación establecida con él y otras específicamente provocadas en condiciones sistemáticas constantes con el fin de comprenderlas y explicarlas en sus particularidades.[31]

Revisando lo dicho hasta aquí comprobamos que se trata de una técnica de observación metódica. Si referimos su descripción a lo expresado en el capítulo anterior podremos decir que se abren para ella varias posibilidades: 1] el resultado de su aplicación habrá de reducirse a una simple "realización de lo real" (reconocimiento reduplicativo de la realidad empírica) por inclusión en el círculo vicioso positivista de la problemática ideológica (serie informacional), o 2] se incluirá en un dispositivo de generalidades de los medios productivos teóricos integrada en la serie cognoscitiva productora de un concreto pensado que permitirá el aislamiento, en la representación caótica inicial, de ciertas generalidades que una vez reconocidas como tales podrán ser trabajadas teóricamente como abstracciones simples, materia prima para una práctica científica ulterior; según los casos se tratará de la biología o del psicoanálisis.

Ahora bien, si el fin del método clínico es, como afirma Rey, comprender y explicar las particularidades de la conducta individual, su pretensión es instituirse en método científico. Ya hemos visto qué relación debe mantener con objetos de conocimiento y estructuras teóricas un método para responder a tal pretensión. A. Rey afirma con soltura: "el método clínico no es más que el

[31] Rey, A., *op. cit.*

modo de investigación dirigido al conocimiento científico del individuo como tal" y reconoce explícitamente la necesidad de remitir para ello esa observación individual a generalidades pues, dice, "la individualidad sólo puede ser caracterizada mediante una referencia a normas explícitas o implícitas". ¿Cuáles son estas normas que permiten reducir la ambigüedad de los fenómenos individuales al aplicar el método clínico? Cuando leemos que se trata de las propiedades normales del organismo y ... "más particularmente del sistema nervioso" no podemos evitar la impresión de que la psicología se ha evaporado y que se habla en realidad del método clínico en... ¡biología! Una biología más compleja, es cierto, pero donde el "más "remite a lo cuantitativo dentro de una misma cualidad sin poder responder al problema de la diferencia entre comportamiento psicológico y fenómeno biológico como no sea a la manera del esquema de Brunswick [32] en el que la única diferencia reside en la cualidad segmentaria y proximal con respecto del organismo (s : percepción de una cualidad; r : contracción fascicular de un músculo) o la actividad coordinada global y distal (S : percepción global de objetos o situaciones; R : comportamiento complejo). Pero si esa es la diferencia podremos hablar de biología y de psicología en *cualquier* animal incluido el animal hombre sin más diferencias que las del grado cuantitativo de complejidad. Y a nivel del método esa indiferenciación del objeto parecería traducirse entonces en la simple diferencia de que la clínica "psicológica" (?) exige una molesta colaboración activa y voluntaria del sujeto, cosa que no siempre se logra. La psicología animal sería comparativamente mucho más rigurosa pues no cargaría con las molestas dudas sobre el respeto de la consigna, o las reservas sobre el deseo del sujeto de proporcionar un buen resultado, o el cuidado de las influencias del temor del sujeto por la posible decepción del examinador, etc.

En suma, con este enfoque de la psicología clínica se ha abdicado, en nuestra opininón, de la tarea específica, se ha reducido la psicología a la biología. Con esto queremos decir que lo que es resultado científico de la aplicación de un método científico de la ciencia biológica se vuelve no-científico e ideológico si se pretende hacerlo pasar por una explicación y comprensión psicológicas.[33]

[32] Véase más arriba en este mismo capítulo.

[33] De igual modo que una observación astronómica se vuelve ideología astrológica cuando se la pretende explicativa o predictiva de acontecimientos psicológicos o sociales.

En otro autor, el psicoanalista francés Daniel Lagache, encontramos un intento interesante por fundar la psicología clínica y su método sobre bases científicas. En él hallamos también especificado el objetivo científico al asignarle al método clínico, más allá de una simple descripción de los comportamientos, el develamiento de los conflictos que dan sentido a la conducta.

En su libro *L'unité de la psychologie* [34] Lagache subraya la actitud metodológica que especifica a la psicología clínica sosteniendo que "consiste en encarar la conducta en su perspectiva propia, inventariar fielmente las maneras de ser y reaccionar de un ser humano, concreto y completo, enfrentado a una situación, buscar establecer sus sentidos, estructura y génesis, revelar los conflictos que las motivan y los procedimientos que tienden a solucionar esos conflictos". Como podemos ver se reconoce en el método clínico 1] una observación metódica de las conductas, 2] un objetivo de develamiento de sentidos, y 3] la marca de un objetivo práctico de transformación que está vinculado con la demanda explícita del sujeto que da ocasión a la intervención del clínico.[35]

Resulta llamativo encontrar en Lagache, empeñado en el logro de "la unidad de la psicología", una defensa de la clínica que es prácticamente el negativo de la polémica que Fraisse mantenía con posiciones a dominante fenomenológica que cuestionaban el método experimental en psicología. En el caso de la psicología clínica sus detractores le reprochan reducirse a preocupaciones prácticas o concretas, carecer de un rigor científico como el que pueden exhibir las ciencias fisicomatemáticas y de ocuparse de casos singulares, individuales.

Lagache alega en favor de la clínica que no sólo es inevitable una preocupación práctica en la investigación psicológica concreta (pues quien se somete a ella espera un beneficio, consejo, orientación, tratamiento o prevención de un problema conflictual) sino que, además, es inherente a los seres vivientes su inserción en un mundo de valores e intereses prácticos. En esas condiciones un fracaso posible del psicólogo en su acción ante el caso concreto sirve para poner a prueba el carácter científico de dicha acción y de sus fundamentos. Subraya, por otra parte, la precedencia

[34] Lagache, D., *L'unité de la psychologie*, París, PUF, 1949/1969.

[35] Parece oportuno señalar la complejidad de los problemas que abre la expresión "solucionar los conflictos" pues remite, a partir de la demanda explícita y conciente de un sujeto a otras dimensiones inconscientes y sociales que condicionan también la actividad del psicólogo como se verá en el capítulo 16.

histórica de la técnica y de sus objetivos prácticos con respecto a la ciencia. Para él la ciencia aparece justamente depurando y esclareciendo lo que primero estaba dominado por los intereses prácticos. Diremos por nuestra parte que según hemos analizado en un capítulo anterior esa evidencia aparente resulta muy engañosa. No hay duda que la vida "práctica" con sus evidencias, representaciones y apariencias aparece antes en la historia de los pueblos. Pero la ciencia, suscitada por esa práctica preexistente, se produce contra ella y sólo así por recurrencia a partir del cambio de problemática da cuenta de dicha práctica precedente. De otro modo no hubiese habido nunca una ciencia ulterior sino sólo una técnica más depurada pero prisionera de un campo no científico. Un milenio de consejos o de tratamientos médicos no pudo hacer una medicina científica. Sólo la revolución de los últimos doscientos años permitió fundar sobre la biología científica esa práctica diferente. De igual modo no es de la acumulación de tratamientos o de consejos psicológicos exitosos [36] de donde procede la ciencia depurada o esclarecida (que históricamente aparece después de esos tipos de acción psicológica) sino de una toma de distancia con respecto de esa experiencia previa.

En respuesta al reproche sobre la falta de generalidad de la clínica Lagache sostiene la importancia de la profundización en el conocimiento de casos que constituyen un ejemplo privilegiado de un muestrario más extenso, así como, a la inversa, la generalización de los resultados experimentales es aplicable, aunque de un modo indirecto, en casos aislados. Por otra parte la experiencia clínica puede generalizarse en un segundo tiempo y constituir así el campo de la patología mental, por ejemplo. Finalmente Lagache rechaza las acusaciones sobre la supuesta falta de rigor de la psicología clínica. Y aquí apunta al fondo de la cuestión pues considera que no se trata de aplicar métodos fisicomatemáticos —la axiomatización— a cualquier problema que se presente. "El método clínico, dice, es el método apropiado para el abordaje científico de la conducta humana." Así establece, si bien de un modo que luego se revela insuficientemente consecuente, la relación entre método y objeto psicológico como forma de encarar la validez o no del primero como procedimiento científico. Esa es la veta que debe ser profundizada para ubicar al método clínico en el conglomerado de prácticas ideológicas y

[36] Habría que definir de qué éxito se habla para darle valor. Así los éxitos de los curanderos (que los hay sin duda) no obligan a suponer válida la "teoría" esotérica con que se los pretende fundar.

científicas que se presenta con el nombre tan ambiguo de psicología. Es lo que se promete en la definición de la actitud metodológica clínica citada más arriba cuando superando el marco de la simple observación metódica de la conducta se le exige revelar los conflictos que la motivan así como su sentido, estructura y génesis. Pero Lagache, que ubica correctamente el método en correlación con el objeto y la teoría, descarrila cuando pone a la vida en tanto "problema mal resuelto" como cuestión central de la que el psicólogo debe interesarse. Algo hay de valedero en ello, sin duda, pero se va produciendo un deslizamiento que conduce a un cambio de terreno y la especificidad se pierde. Se trata, dice Lagache, del ser humano en tanto es portador de un problema mal resuelto. Ello constituye "en efecto, una imagen de la vida humana o *más bien de la vida en general* (subrayado por nosotros): la vida es una sucesión de conflictos, de ensayos y de errores, de desadaptaciones y de readaptaciones; el problema central de la psicología —*y de la biología*— es la adaptación, es decir, el conflicto y la resolución del conflicto".[37] Como vemos la desdiferenciación queda instaurada y comprendemos que la palabra conflicto nos devuelve al campo de la biología allí donde creíamos abierta la ruta a la posibilidad de una disciplina psicológica autónoma. Tanto es así que cuando quiere ejemplificar Lagache nos dice: "el animal carenciado que "aprende" a corregir sus trastornos por un régimen apropiado resuelve un conflicto". Y a continuación como ejemplos de conflictos menciona: "perversidad, criminalidad, neurosis, psicosis". ¡Como si fuera la misma problemática!

Desde nuestro punto de vista no se trata de marcar simplemente las inconsecuencias de un autor sino de advertir sobre el riesgo que nos acecha constantemente de confundir *palabras* con *conceptos*. No es lo mismo "conflicto" en biología y en psicología.[38] Y esa diferencia reclama métodos y conceptos específicos. Podemos comprender, eso sí, por qué Lagache retrocede de tal modo cuando se había colocado al borde de una respuesta rigurosa al problema planteado.

Lagache se aboca, en efecto, a defender el método clínico acosado por los reproches formulados al mismo desde una posición que goza de prestigio en su horizonte ideológico. Se trata entonces

[37] Lagache, D., *op. cit.*

[38] Si se concluyera que dentro del campo designado como psicología hay problemas biológicos (humanos) y problemas psicoanalíticos ello exigiría de todos modos esta diferenciación de sentidos de la palabra "conflicto".

de poder incluir al método clínico en el Olimpo de los procedimientos respetables para que sus resultados sean también respetados y adquieran valor científico. Lo científico aparece entonces representado en esa perspectiva por un método —el experimental— y por una ciencia, la biología.

Lagache cae en la trampa positivista al fijarse como meta hacer aceptable la yuxtaposición de los métodos (que se pueda decir que el método clínico y el experimental son complementarios en el logro del mismo objetivo: "controlar las condiciones de la conducta") y, por otro lado, al postular una continuidad de problemáticas con la biología. De ahí esa afirmación de que el problema central de la psicología y de la biología es... ¡la adaptación! Con esto le parece posible superar la oposición ciencias de la naturaleza/ciencias del hombre. En realidad, la oposición desaparece, en lugar de superarse, cayendo aún a su pesar en una indiferenciación del objeto del conocimiento y con ello se sanciona la desaparición de un posible lugar para una psicología científica.

La empresa de Lagache es para nosotros rescatable pero a condición de ubicarla en un contexto diferente. Se trata de esclarecer conflictos psicológicos, específicos, y ello sólo se puede hacer armados con la teoría científica del psicoanálisis. Una conducta conflictual *puede* ser entonces abordada teniendo en cuenta su condición de formación conflictual. Decimos "puede ser abordada" y no vamos mucho más lejos porque este es, a nuestro juicio, un problema abierto que exige desarrollos y profundización. Se trata nada menos que de determinar hasta qué punto un procedimiento solidario de una teoría y de objetos de conocimiento y teóricos particulares como el psicoanálisis puede ser válido fuera de los límites de este contexto plenamente coherente. Esa profundización podrá respondernos al fin si el método clínico y la psicología clínica constituyen una práctica técnica (abiertamente reconocida y designada como tal, sin los equívocos que la harían plenamente ideológica) y entonces integrable en una disciplina cuyo núcleo científico sería el psicoanálisis o si puede conquistar un lugar como encrucijada técnica de dos prácticas científicas, el psicoanálisis y la biología humana, que coexisten sin confundirse (y allí el problema de la adaptación podría tener un lugar conceptual sin contradicciones a condición de explicitar plenamente sus límites). En función de estas consideraciones pierde toda fuerza la acusación sobre la supuesta carencia de cientificidad del estudio de lo individual o singular. Queda comprendido que, una vez conquistado el terreno de la problemática

científica, construidos los objetos teóricos y situados los objetos de conocimiento, cada caso individual puede ser la ocasión de la construcción de hipótesis coherentes puestas a prueba experimentalmente en dicho caso concreto. Que ello es posible lo veremos en un capítulo ulterior al estudiar lo que algunos designan justamente como el método "ultraclínico": el psicoanálisis.[39]

[39] No hemos desarrollado en este capítulo el método clínico propugnado por Jean Piaget, quien merecerá un estudio especial en otra parte de esta obra. Digamos aquí solamente que este autor rechaza tanto el uso sistemático de tests o situaciones estereotipadas (que arriesgan errores sistemáticos) como la observación pura (sin interrogaciones suscitadas por el observador). Propone en cambio una prolongada observación, en un clima de familiaridad entre observador y sujeto estudiado, planteando preguntas variables, sin cuestionario fijo y con notación exhaustiva de la descripción de las conductas. Según el material que va apareciendo se van modificando las condiciones y poniendo a prueba las hipótesis que se construyen. Todo ello referido al contexto teórico elaborado por este autor en su profusa obra. Véase especialmente: Piaget, J., *La representación del mundo en el niño*, Madrid, Ed. Morata, 1973, donde el autor expone someramente su método.

CAPÍTULO 7

EL PROBLEMA DE LA MEDIDA EN PSICOLOGÍA

GLORIA BENEDITO

Reflexionar para medir y no medir para reflexionar.

GASTON BACHELARD, *La formación del espíritu científico.*

Comenzaremos por puntualizar las cuestiones que tratamos de desarrollar y responder a lo largo de este capítulo:

La cuestión central se refiere a la relación que existe entre la cuantificación de los fenómenos de los que se ocupa la psicología académica y su status como ciencia. Cuestión de fondo que hemos visto impregnando los anteriores capítulos sobre el problema del método, donde ha sido ampliamente debatido. Cuestión crítica porque el hecho mismo de la discusión parece una herejía: las matemáticas son indiscutiblemente científicas y su utilización como "método" es, para algunos, una conquista irrenunciable al par que una prueba de la cientificidad de lo que se estudia.

La cuestión más específica, íntimamente relacionada con la anterior, se refiere a la posibilidad y legitimidad de cuantificar en psicología y acerca del lugar teórico que ocupan las conclusiones basadas en mediciones.

La formulación de los objetivos de este capítulo deja claramente fuera de los mismos el examen de la cientificidad del método matemático en sí. Partiendo de la aceptación de las matemáticas como continente científico constituído, nos interesa la legitimidad de la importación de las matemáticas al campo de la psicología y si basta esa importación para decir que la psicología ha adquirido cientificidad o luce ya hábitos científicos.

CUANTIFICACIÓN Y CIENCIA

La postulación de que el problema de la ciencia es una cuestión de método, la aceptación de que existiría una relación directa

y proporcional entre cuantificación y ciencia, entre el uso de este método privilegiado que sería el matemático y la cientificidad de las conclusiones a que se arribe, es solidaria con una determinada concepción de la ciencia y de las características diferenciales del conocimiento científico: la que sustenta el *positivismo,* movimiento filosófico surgido en la primera mitad del siglo XIX con Augusto Comte, de quien puede consultarse su *Discurso sobre el espíritu positivo* (1844), que intentaremos caracterizar en sus aspectos más importantes. No se nos escapa el carácter esquemático de este resumen, pero es necesario explicitar de alguna manera sus aspectos centrales para comprender la ideología que impregna a muchos desarrollos y racionalizaciones de la psicología académica, para tomar lo que a nosotros nos interesa:

En *primer lugar,* el conocimiento científico es caracterizado según un modelo acumulativo. La ciencia se constituiría por un progreso lineal, continuo, sin saltos, desde las primeras etapas, vacilantes y precientíficas, hasta etapas más avanzadas de la misma; a las que se habría arribado por simple acumulación de hechos, observaciones, experiencias y verificaciones que habrían permitido "acercarse" más al objeto en cuestión y a la "verdad" oculta del mismo. De allí la importancia que se le concede al método matemático para expresar experiencias y verificaciones que son así consideradas más precisas. Concepción del conocimiento científico que desconoce que él mismo procede a partir de una ruptura, la ruptura epistemológica, la ruptura con las evidencias, con las experiencias cotidianas, con el sentido común, en síntesis, con lo ideológico y no en continuidad con ellos, según lo desarrollado ya en los capítulos 1, 2 y 5.

En *segundo lugar,* consecuente con la concepción del conocimiento científico que acabamos de exponer, el positivismo privilegia la *observación de hechos.* ¿Qué es observar? En el cap. 6 sobre método experimental y clínico en psicología, ya se adelantó la siguiente proposición: "es la comprobación de los hechos tal y como se presentan espontáneamente". ¿Y qué son los hechos?: las cosas o acontecimientos abordables por la observación, son fenómenos u objetos de la experiencia. Se trata de la regla fundamental de Comte: "que toda proposición que no es estrictamente reducible al simple enunciado de un hecho, particular o general, no puede tener ningún sentido real e inteligible". "La pura imaginación pierde así irrevocablemente su antigua supremacía mental y se subordina necesariamente a la observación." [1]

[1] Comte, Augusto, *Discurso sobre el espíritu positivo,* Buenos Aires, Aguilar, 1965, p. 54.

El positivismo quedaría caracterizado como un empirismo (véase cap. 10).

En *tercer lugar*: ¿para qué observar hechos?, para formular leyes a partir de ellos. Escuchemos a Comte: "la revolución fundamental que caracteriza la virilidad de nuestra inteligencia consiste esencialmente en sustituir en todo la inaccesible determinación de las causas propiamente dichas, por la simple averiguación de leyes, o sea, de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados".[2]

No se trata de una simple observación ocasional y ociosa, sino de una observación cuidada y controlada, que nos permitiría hablar de experimentación, para establecer precisamente regularidades en los hechos, regularidades que no abren juicios sobre las causas, ya que éstas, para Comte, nos remiten a problemas metafísicos extraños a la ciencia. La deducción de esas regularidades, la formulación de esas leyes deducidas de los hechos, permitiría volver sobre los mismos para explicarlos (círculo vicioso del positivismo) (cap. 5).

En *cuarto lugar*: ¿cuál es el objetivo, el "destino de las leyes positivas" para usar las palabras de Comte?: la "previsión racional". "En estas leyes sobre los fenómenos consiste realmente la *ciencia* para la que los hechos propiamente dichos, por muy exactos y numerosos que pudieran ser, no significan jamás otra cosa que materiales indispensables"; "el verdadero espíritu positivo consiste, sobre todo, en *ver para prever*, en estudiar lo que es para deducir lo que será".[3]

Poder prever y predecir hechos y acontecimientos, permite también aumentar el margen de eficacia en el control de los mismos; de allí la "utilidad" de la ciencia, de allí el "poder" de la ciencia. Esto nos permite señalar cómo esta concepción de la ciencia responde a una determinada demanda social en un momento histórico preciso: ascenso de la burguesía como clase dominante que necesita de un saber "útil", un saber que sirva a su lucha por el control y el dominio de la naturaleza y de los hombres. Por ello, el positivismo representa algo más que una concepción sobre el quehacer científico, se inscribe en el marco de una ideología de clase, la ideología de la burguesía, en lucha, por aquel entonces, con los restos de la ideología feudal.

En *quinto lugar*, y para terminar esta breve y esquemática caracterización del positivismo, nos referiremos al dogma que lo

[2] Comte, *op. cit.*, p. 55.
[3] Comte, A., *op. cit.*, p. 59-60.

unificaba: el dogma del *progreso*. Durante el feudalismo dominaba la creencia en la inmutabilidad del orden establecido, frente a ello la burguesía opuso la creencia en el progreso, donde progreso científico, tecnológico y social, eran considerados indisolubles. "Por su naturaleza absoluta, y, por consiguiente, esencialmente inmóvil, la metafísica y la teología no podrían significar, ni la una ni la otra, un verdadero progreso, o sea un avance continuo hacia una meta determinada".[4] El lugar de la metafísica y la teología dominantes en la Edad Media, será ocupado por el "espíritu" positivo. Pero a esa formulación del progreso podríamos preguntarle: ¿avance continuo de quién? Augusto Comte nos diría de la "humanidad". Respuesta que enmascara algo: la división y la lucha de clases que caracteriza la "humanidad". ¿Cuáles son esas metas a alcanzar? ¿Metas absolutas establecidas de una vez para siempre como objetivos indiscutibles de la "humanidad"? ¿Quién las estableció, cuándo, por qué, para qué?

Volviendo a la cuestión que nos llevó a hacer una sintética caracterización de la ideología positivista, para especificar las condiciones y concepción que determinan la creencia en una relación directa y proporcional entre cuantificación y ciencia, podemos ahora avanzar un poco más sobre otros aspectos implícitos en esa postulación:

La ciencia es concebida como la representación formal del objeto dado empíricamente. Representación formal que haría necesario el código matemático para que pueda hablarse de ciencia. Por este camino se desemboca en la distinción entre ciencias formales y ciencias fácticas. Estas últimas solo podrían alcanzar el rango de las primeras al expresarse en el lenguaje de lo formal, esto es, cuantificando sus resultados y estableciendo leyes o regularidades entre los mismos.

Se considera que la dimensión cuantitativa es inherente a la esencia de los fenómenos y hechos que se ofrecen a nuestra observación, dimensión que puede "extraerse" de ellos aplicando el método cuantitativo a las observaciones y datos obtenidos por experimentación. Se desconoce que la cuantificación es posible cuando se dispone de ese objeto formal y abstracto que es el número, producto de la práctica científica de las matemáticas. Es decir, que el número no surge por un proceso de abstracción-extracción de una dimensión cuantitativa que estaría en la esencia o como escondida en las cosas. La creencia pitagórica en la pre-

[4] Comte, A., *op. cit.*, p. 111.

existencia de lo cuantitativo lleva incluso a suponer que el mundo estaría estructurado matemáticamente. Antes de los números decimos "mucho" o "poco", después de los números, de la producción de ese objeto formal abstracto, decimos "cien" o "cincuenta".

Si la ciencia es un proceso de acumulación de datos sobre un objeto observado, hay ciencia en la medida que aumenta la precisión, precisión que sería solidaria del método cuantitativo. La expresión numérica de un fenómeno o una relación sería garantía de exactitud en la observación, de rigor en la formulación de la ley y de precisión en los límites de la predictibilidad. De este modo se reduce el problema de la ciencia a una cuestión de método. Es notoria la distancia entre esta posición y la concepción discontinuista materialista explicitada y fundamentada en capítulos anteriores.

CUANTIFICACIÓN EN PSICOLOGÍA

Al comenzar nuestro siglo la psicología necesitaba transformarse en un saber "útil" y también mostrarse como ciencia. ¿Cómo hacer para transformar esa disciplina, menospreciada por la "gente de ciencia", considerada mera especulación filosófica, metafísica, cuando no obra de charlatanes que no merecían crédito ni atención o que, a lo sumo, era vista como una extensión de la fisiología de los sentidos? El status científico alcanzado por otras disciplinas y, en particular, la misma fisiología, ponía de relieve su método, el uso de la experimentación y la cuantificación de los datos. Autores como Marx y Hillix manifiestan: "No debe sorprender que la psicología, que había sido una suerte de prima segunda de la ciencia, se vuelque cada vez más hacia las matemáticas buscando una puerta de acceso a la respetabilidad".[5] George Politzer refiriéndose a la misma situación destaca que esta "pariente lejana" recibía las matemáticas de tercera mano, luego de su amistad con la fisiología quien a su vez la tomó de la física, única ciencia que la recibió directamente.

Es decir, la psicología de la conciencia, impregnada por la ideología positivista dominante a fines del siglo XIX y comienzos del XX, condicionada por una demanda en cuyo centro está la necesidad de observar hechos y sus regularidades, para poder pre-

[5] Marx, Melvin y Hillix William, *Sistemas y teoría psicológicos contemporáneos*, Buenos Aires, Paidos, 1969, p. 387.

ver, para poder controlar, introduce el método cuantitativo en su campo de acción que, en adelante, y en forma solidaria con el cambio metodológico, será el de la conducta como manifestaciones observables, tratando así de alcanzar el rango de ciencia. Se trataba de cambiar de hábito, en vez de especular había que experimentar, calcular y medir, para lograr respetabilidad, pero, sobre todo, buscando esa "eficacia" que la ideología positivista espera de la ciencia. En el caso de la psicología para el control de la conducta, la meta soñada por ese "revolucionario" de la psicología que fue John Watson.

En términos más inocentes y para aquéllos que no intenten leer entre líneas los únicos objetivos perseguidos serían:

objetividad, prescindiendo al máximo en los juicios y observaciones del punto de vista del observador.

comparabilidad de los datos obtenidos en distintos momentos y por distintos observadores.

comunicabilidad de los mismos usando ese "lenguaje" universal que serían los números.

y, sobre todo, verificabilidad de las conclusiones elaboradas. Volveremos más adelante sobre el significado de esa palabra "verificabilidad".

¿QUÉ ES MEDIR?

La definición más sencilla nos dice que medir es asignar números a objetos o acontecimientos de acuerdo con ciertas leyes. El proceso según el cuál "el hecho se vuelve número" según A. Badiou.[6]

Es comparar un objeto o acontecimiento con una escala o unidad de medida, el metro por ej., que es arbitraria y convencional. La comparación debe respetar ciertas reglas y de ese proceso de medición se obtiene un resultado, un número que expresa cuántas veces el objeto o acontecimiento contiene la unidad de medida.

Así, los elementos distinguibles en el proceso de la medición son:

Un instrumento o escala de medida. Ejemplo el metro. En el caso de la psicología, los tests mentales (sus baremos) a los que dedicamos un capítulo aparte.

[6] Badiou, Alain, *El concepto de modelo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, p. 25.

Una técnica de medición que está en función del instrumento y de las propiedades del objeto a medir. Así, no se puede medir la altura de una persona con una balanza, es necesario el metro y el sistema decimal, y es preciso usarlo correctamente, por ej., ponerlo vertical a partir del punto de apoyo en que está el sujeto en cuestión parado y paralelo al mismo. En el caso de la psicología los manuales de los tests mentales son fundamentalmente el conjunto de técnicas o procedimientos para su uso correcto.

El sistema de los números, sobre cuyo concepto aclararemos algo más en el párrafo siguiente.

Establecimiento y justificación a priori del cumplimiento de la regla del isomorfismo, sobre la que también volveremos enseguida, sin la cual no hay medición aunque se haya procedido a asignar números a objetos o acontecimientos.

Análisis y reflexión en torno a los datos numéricos que aporta nueva información al permitir la interpretación de los datos obtenidos sobre el fenómeno en cuestión. Para ello, se opera sobre el *sistema de los números* y se usan *modelos matemáticos* que, gracias al isomorfismo o correspondencia previamente definido, hace posible obtener nueva información sobre el fenómeno en estudio por el método hipotético-deductivo.

¿QUÉ SON LOS NÚMEROS?

Una exposición amplia de este tema nos alejaría de la problemática que nos ocupa y tendría que encuadrarse en el marco de una reflexión epistemológica sobre las matemáticas y de una consideración de la historia de dicha ciencia.

Sólo nos interesa aquí precisar lo siguiente: los números son objetos formales abstractos, productos de una práctica científica. Esa práctica fija sus propiedades y los designa con signos que en nuestro idioma son uno, dos, tres, etc. Es decir, el número no es una abstracción de la cosa contada, no es un atributo de la cosa contada a la cuál estaría estrechamente ligado; es lo que permite contar las cosas, lo que abre la dimensión de la magnitud. Un "montón de piedras" es un "concreto real"; "cien piedras" es el concreto de pensamiento que me permite dar cuenta de ese concreto real, pero que no es ni está oculto en ese concreto real, "cien piedras" no es el "montón de piedras". Es inútil buscar el número "100" entre las piedras. El número es aportado

por la actividad científica de los matemáticos que está ya incorporada al patrimonio cultural de los sujetos individuales que cuentan objetos. Tampoco es una entidad mágica o metafísica que ordene el caos de lo fenoménico. Por ser una producción científica integra un verdadero sistema conceptual que elimina la arbitrariedad en la utilización de esos signos.

LA REGLA DEL ISOMORFISMO

Medir es asignar números de acuerdo a ciertas reglas. La más importante de estas reglas es la del isomorfismo. Según ella, para que la medición tenga validez debe haber una correspondencia entre las propiedades del fenómeno a medir y las propiedades del número que, como ya hemos planteado, están determinadas por una ciencia, las matemáticas, que eliminan la arbitrariedad en el uso de los mismos si se quiere que el signo del número siga significando un número.

Veamos con un ejemplo sencillo la importancia del punto que estamos desarrollando: supongamos que queremos medir la altura de dos personas (Juan y Pedro). Para ello usamos como escala de medida el sistema métrico decimal y, colocando una varilla graduada en función del mismo (llamada metro), en forma vertical a partir del piso, contamos cuántas veces está contenida en cada una de las personas hasta el límite superior de la cabeza (porque hasta allí llega el intervalo llamado altura de una persona). Producto de esta simple operación son medidas: Juan mide un metro y Pedro dos metros. ¿Para qué nos ha servido esto? ¿Para qué medir y asignar números? Bueno, por ejemplo, para decir qué relación hay entre Juan y Pedro en cuanto a sus estaturas, no hace falta proceder a ver cuántas veces Juan está contenido en Pedro (superponiéndolos), pero además, disponemos de números y operando con las propiedades de los mismos podemos prescindir de esos objetos concretos reales que son Juan y Pedro, pero para volver sobre ellos con nuevas conclusiones. Por ej., las propiedades del número nos permiten realizar la siguiente operación: $2:1 = 2$, y esto nos proporciona un conocimiento de esos concretos reales, Pedro es el doble que Juan. Hasta aquí respetamos las propiedades del concepto número.

Pero introduzcamos una variante en el ejemplo: supongamos que nuestros dos sujetos de experimentación están detrás de una cortina de modo que el observador sólo percibe sus cabezas sobre-

saliendo por arriba de ella. El observador que, supongamos, no puede correr la cortina, decide medir lo mismo la estatura de ambos; parte de la presunción que deben estar parados sobre el piso y realiza la misma operación que hemos descrito en la primera parte del ejemplo, llegando incluso a la misma conclusión: Pedro es el doble de alto que Juan. Supongamos ahora que el observador sí está en condiciones de correr la cortina y conocer las propiedades de lo que estuvo midiendo y se encuentra con que Pedro no está parado sobre el piso sino arriba de una mesita de un metro de altura; entonces, la operación ha arrojado resultados no válidos porque dos es el doble que uno siempre y cuando se cumpla el requisito que permite usar el sistema de los números enteros, que tiene como origen común el cero. Es decir, por haberse dejado de lado ciertas propiedades del fenómeno no se ha cumplido la regla del isomorfismo que restringe la validez y el sentido de las mediciones. Podríamos aún suponer una tercera posibilidad para este experimentador: luego de correr la cortina, de despejar el obstáculo, puede rectificar el error y usar, ahora sí con propiedad, los números; en ese caso está en condiciones de descontar de la altura de Pedro el metro que corresponde a la mesita y, operando con los resultados, llegar a la conclusión que Juan y Pedro miden igual.

Podemos entonces apreciar lo que ocurre cuando no se cumple con el isomorfismo: aunque tengamos números, aunque hayamos asignado números en el proceso de la supuesta medición, no hay medición; no hay tampoco números, hay en todo caso el signo del número; pero además, hemos enmascarado con el número, con el método de la cuantificación, el desconocimiento de la estructura que determina los fenómenos de la que no puede dar cuenta un método, aunque sea el tan prestigiado de la cuantificación, sino una práctica científica.

ANÁLISIS CRÍTICO DEL PROBLEMA DE LA MEDIDA EN PSICOLOGÍA

Dos cuestiones principales nos habíamos propuesto abordar en este capítulo: ¿Determinan los métodos la cientificidad de un producto teórico? El concepto de ciencia que se ha desarrollado y aplicado en este texto y el tratamiento de dicha cuestión en el cap. 5, nos permitía, desde el comienzo, dar una respuesta negativa a esa presuposición. Pese a ello, insistimos haciendo un análisis, en los párrafos con que comenzamos, de la concepción de ciencia que

hace depender la cientificidad del producto de la metodología usada y, sobre todo, de una metodología experimental que permita la cuantificación y formulamos en términos más específicos esa cuestión: ¿el uso del método cuantitativo da a la psicología el status de ciencia?

Para abordar ese tema retomaremos el problema del isomorfismo o determinación de la correspondencia entre las propiedades del número, que es tarea de la matemática, y las propiedades del fenómeno a medir, que es tarea de la disciplina que ha realizado la importación del método cuantitativo, en nuestro caso, la psicología. La psicología enfrenta, por tanto, una doble responsabilidad: por una parte, fijar las características del fenómeno a medir y, por otra, fundamentar la posibilidad y legitimidad de la importación de un método que tiene pleno rigor en el continente de la ciencia que lo produjo a otro campo donde tal rigor debe quedar, automáticamente, puesto en tela de juicio hasta que se demuestre lo contrario.

Con frecuencia se observa en la abigarrada literatura psicológica que se recurre al uso de los números mientras que, al mismo tiempo, se desconoce lo esencial de sus propiedades. Para ejemplificar esto recurriremos al uso que se hace de las llamadas escalas nominales: los internados en un hospital tienen un número que los identifica, el de la cama que ocupan; supongamos que Juan tiene el número 25 y Pedro el 50, olvidemos que aquí el número no es número sino una simple etiqueta y juguemos con las propiedades del mismo que nos permite por ej. decir $50:25 = 2$, sigamos adelante con el juego propuesto y saquemos conclusiones, como ser, que Pedro tiene el doble que Juan; pero ¿el doble de qué? ¿de camas?, ¿de alguna enfermedad? La respuesta dependerá de la hipótesis de que se partió y que se pretende "verificar" con el uso del método cuantitativo. La trampa está en que no se ha respetado el concepto de número y se operó con sus propiedades. El ejemplo dado es de las llamadas escalas "nominales", el número está allí en función de simple etiqueta, se las considera un nivel inferior de medida pero medida al fin, por muchos autores que no se resignan a que no están midiendo nada en realidad y que están haciendo un uso abusivo del método cuantitativo. Incluso algunos matemáticos han denunciado que la escala nominal no proporciona medidas ni permite operar con las propiedades del número. Existen otras escalas de medida en las que no entraremos porque no hacen al objetivo del presente análisis y que pueden consultarse en las obras específicas.

Estos son ejemplos de un uso inapropiado y bastardo del método cuantitativo. Nuestra intención, sin embargo, va más allá de la crítica del "buen" o "mal" uso del instrumento matemático. Queremos cuestionar la legitimidad misma de su utilización con vistas a obtener productos científicos en psicología.

En lo que hace al manejo de las propiedades del fenómeno a medir ¿qué se mide en psicología? En el capítulo donde se trató el problema del objeto de esa disciplina, se vio, en primer término, que no había sido propuesto a lo largo de su desarrollo un objeto sino múltiples: la mente, la conciencia, la conducta, la personalidad, etc. La posibilidad de usar el método de cuantificación en psicología se da en forma paralela y solidaria al viraje producido a comienzos del siglo xx acerca de ese objeto. Nos estamos refiriendo a la tendencia objetivista en psicología, fundamentalmente al conductismo que, fiel a la ideología positivista que lo impregna, declara la muerte de la conciencia como objeto de estudio de algo que quiere llegar a ser ciencia; para ello su objeto debe ser "objetivo", observable, positivo; sólo hay ciencia de hechos observables y, en cuanto al método, no puede seguir siendo la introspección sino que debe recurrirse a la observación y la experimentación. Es sobre lo observable y experimentable que pueden hacerse mediciones, sobre las manifestaciones conductales. Muchos manuales de la psicología académica se limitan a justificar la posibilidad de cuantificar en esta disciplina y se asevera la cientificidad de los resultados porque previamente se asignó a la psicología un objeto que hacía posible el uso del "método propio de la ciencia". Limitémosnos acá a recordar algo ya desarrollado con amplitud en el capítulo "¿Qué entienden los psicólogos por Psicología?": que ese objeto es el propio de una práctica ideológica.

Con respecto al conocimiento sobre las propiedades del fenómeno a medir en psicología, las manifestaciones conductales, podemos imaginar distintas posibilidades;

Ignorancia total. Posibilidad mitológica en cuánto el solo hecho de vivir con otros nos asegura una representación de qué es eso de conducta y algunas de sus propiedades, por ejemplo, ser el resultado de cambios producidos en el medio ambiente o en el organismo.

Un "conocimiento" o, más propiamente, un saber llamado "vulgar", es decir, esa representación que todos tenemos de lo que es la conducta y de alguna de sus propiedades, basada en la observación y vivencia de los hechos que nos rodean y de los nuestros propios, en las evidencias, en el sentido común, que lleva

a esa creencia bastante generalizada: "todos somos un poco psicólogos". A partir de esta posibilidad cabe describir dos actitudes que podrían darse: a] la del psicólogo tildado de "no científico", cuando no de charlatán, que a partir de esas evidencias cotidianas de manifestaciones conductales, especula tratando de sacar conclusiones que vayan más allá de lo meramente evidente. b] la del psicólogo que, partidario de esa tendencia positivista con sus implicaciones metodológicas y objetivistas, sostiene que solo podrán considerarse conclusiones científicas aquéllas que hayan usado el método experimental y aplicado la cuantificación a las manifestaciones conductuales observables por todos, evidentes.

Esto último precisamente es lo que nos interesa desarrollar para poder responder a esa pregunta que hemos fijado como meta: ¿el uso del método cuantitativo determina la cientificidad de la psicología? Vamos a esquematizar el *procedimiento que se seguiría en una investigación* que, partiendo de evidencias, experimentando y cuantificando, sostiene que llega a conclusiones científicas. Damos por descontado que se trata de investigadores que conocen qué es número y sus propiedades y qué es medir, es decir, capaces de hacer un "buen uso".

El *primer paso,* antes de efectuar la medición, es saber qué se quiere medir. Supongamos que se quiere medir inteligencia, lo primero será explicitar qué se entiende por inteligencia y aquí debemos marcar el *primer problema* que surge: al recurrir a la psicología (¿o las psicologías?), suponiendo que existe un concepto de esta "facultad mental" que sea claro y preciso, el investigador se encuentra con un espectáculo que muy bien puede ser llamado de torre de Babel: la palabra inteligencia está usada multitud de veces con significados distintos. Frente a ello, los más optimistas esperan que algún día surgirá un gran acuerdo entre las diferentes escuelas y autores, de modo incluso de poder elaborar un diccionario aceptado por todos. Aún cuando esto pudiera concretarse tampoco implicaría "solución", ya que la falta de acuerdo conceptual es precisamente el síntoma de falta de "conceptos", es decir, de un trabajo científico que los haya producido. Y sigue en pie el problema de nuestro investigador que quiere medir inteligencia, o, para ser más precisos, lo que la inteligencia permite hacer (ya que solo pueden cuantificarse "manifestaciones" conductales). Nuestro investigador no se amilana frente a esta torre de Babel y dando la espalda a sus cultores que tratan de llegar al cielo, prefiere mantener los pies en tierar y da el siguiente paso:

El *segundo paso* será tener en claro para sí y explicitar

qué es eso que pretende medir elaborando una *definición operacional* o funcional. Por ej., en el caso de la inteligencia, esa definición no abre juicio, al menos explícitamente, sobre lo que tal facultad o capacidad es, sino que es un acuerdo o convención sobre lo que ella permite hacer, cómo se manifiesta, para medir entonces sus rendimientos y, en todo caso, inferir luego sobre la capacidad que los haría posible. Así, puede partirse del supuesto que inteligencia es la capacidad de adquirir conocimientos (una definición posible), en cuyo caso se la podrá medir construyendo un test que permita una especie de catastro sobre los distintos conocimientos apropiados por una persona y que se suponen "indicadores" de esa capacidad". Aquí tenemos que señalar el *segundo problema:* ¿de dónde parte esa definición operacional?; ¿cuál es su status epistemológico? La definición operacional, también llamada funcional, sintetiza experiencias, hechos cotidianos, apariencias, sentido común; es una abstracción razonada; es el producto de una práctica ideológica. Veremos si los pasos posteriores justifican hablar de una práctica científica o si se persiste en el plano de una práctica ideológica.

El *tercer paso* que daría el investigador sería construir una escala, un instrumento de medición, un test por ej., a partir del que se obtienen cuantificaciones, datos expresados numéricamente, sobre la manifestación conductual que se quiere medir en los sujetos a los que se aplica dicha escala. Aquí dejamos señalado el *tercer problema,* que desarrollaremos en el capítulo dedicado a los tests mentales: tampoco la presencia de estos instrumentos garantizan un producto científico, sino la reproducción de la materia prima de que se partió: abstracciones razonadas de la práctica ideológica.

El *cuarto paso* será sacar conclusiones elaborando matemáticamente los datos numéricos obtenidos. Conclusiones que se refieren a los individuos en cuestión y a la naturaleza del fenómeno medido. Marcamos aquí el *cuarto problema,* el más importante: al terminar el ciclo de la investigación, el experimento y la cuantificación, estamos en el mismo plano del que se partió: una práctica ideológica. De ninguna manera se ha conquistado, por el simple uso de un método, un producto científico que permita dar cuenta de las manifestaciones conductuales en cuestión. Tenemos, sí, abstracciones razonadas con precisiones cuantitativas, producto de práctica ideológica o bien materia prima para una práctica científica. Así, para seguir con nuestro ejemplo, se partió de la definición operacional que acuerda que "inteligencia" es la capacidad de adquirir conocimientos; al terminar, lo único que pode-

mos concluir es que los que tienen más conocimientos son los más inteligentes. Hemos llegado a saber cómo se presentan las cosas ante una indagación que presumimos objetiva. Esto no es, en sí, desdeñable. El problema es que pretendemos tener un conocimiento científico cuando, en realidad, este último implicaría saber por qué las cosas se nos presentan con la apariencia que tienen; cuál es el mecanismo de producción de los resultados que hemos alcanzado.

En síntesis: la aplicación del método cuantitativo en psicología no es lo que puede permitir a ésta lograr un status científico. ¿Por qué? Porque se ha permanecido en el plano de una práctica ideológica:

Porque no se ha producido un objeto formal abstracto que permita dar cuenta, explicar, los hechos observados, las manifestaciones conductuales. Por eso comenzamos el capítulo con una frase de Bachelard que sintetiza muy bien esta situación: "reflexionar para medir", es decir, medir, cuando es posible la cuantificación, luego de haber producido ese objeto teórico que es el objeto formal abstracto, porque en este caso sí estamos realizando una práctica de verificación científica. La práctica teórica se compone de dos momentos fundamentales: el primero, momento de trabajo teórico conceptual en donde se produce el objeto de conocimiento; el segundo, que es el momento de la reproducción metódica del objeto, que es un trabajo conceptual-experimental en el que habrá de determinar si el método cuantitativo, como cualquier otro, tiene o no posibilidad de ser apropiado a los objetivos, condiciones de aplicación, etc...; "y no medir para reflexionar", es decir, pretender llegar a la teoría por simple acumulación de datos, aunque tengan precisiones cuantitativas. Podemos muy bien retomar aquí la sentencia de Bourdieu que sirve de epígrafe al capítulo 5": "El hecho científico debe ser conquistado, construido y comprobado."

Porque el producto es una reproducción de las evidencias de las cuáles se partió. La diferencia está en que al comenzar eran evidencias vagas, imprecisas, y al terminar el ciclo experimental son evidencias con precisiones propias de la cuantificación. Pero permanecemos en el plano del reconocimiento — desconocimiento: reconocemos las evidencias, podemos aportar precisiones; desconocemos la estructura que determina esas evidencias. esas manifestaciones conductales, y que permitiría explicarlas y dar cuenta también del por qué de esa evidencia. Es, usando la ex-

presión de Thomas Herbert, una "realización de lo real".[7] Se arriba a respuestas que estaban ya presupuestas en la pregunta como lo hemos visto en el ejemplo que usamos anteriormente.

Así, el lugar del método cuantitativo, su valor, depende de la práctica en que esté integrado. En una práctica ideológica, antes de tener teoría científica, es verificación, precisión, reproducción de evidencias, de abstracciones razonadas. En el marco de una práctica científica puede estar:

a] Aportando precisiones sobre esas abstracciones razonadas producto de la práctica ideológica, que pueden estar en el punto de partida, como materia prima, de la práctica científica en el momento de la ruptura, de la producción del objeto de conocimiento.

b] Integrando, si es pertinente la importación del método a la nueva ciencia constituida, un trabajo conceptual-experimental que intenta la reproducción metódica de efectos de conocimiento producido en la primera etapa, de fundación de la ciencia.

Podríamos acá formularnos otra cuestión: si hemos hablado de ruptura epistemológica en el caso del psicoanálisis freudiano, si hemos hablado de práctica científica: ¿qué lugar tiene y tuvo la cuantificación en este espacio teórico? Podemos decir al respecto:

Freud no requirió cuantificaciones para producir el objeto teórico de su ciencia. Tampoco le fue algo totalmente ajeno; así, en una carta a Fliess, de 1893, el manuscrito B, dice: "Como intento preliminar, he comenzado una serie de cien casos de neurosis de angustia, y me agradaría reunir series similares de neurastenias masculinas y femeninas, así como de las distimias periódicas, más raras. Naturalmente, el término de comparación necesario sería una segunda serie de cien casos nerviosos",[8] pero no conocemos que haya continuado ni dispuesto nunca de esas estadísticas que hubiesen permitido aportar "precisión" en ciertas comparaciones, y no sabemos si terminar la frase con un "por desgracia" o "por suerte".

Después de la ruptura, sabemos que Freud expresó en muchas oportunidades que esa "energía libidinal" que postulaba debía ser susceptible de algún tipo de cuantificación, de medición, en la medida que se postulaban transformaciones cuantitativas y un principio de conservación, pero no conocemos intentos al respecto.

[7] Miller, Jacques-Alain, y Herbert, Thomas, *Ciencias sociales: ideología y conocimiento*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, p. 52.

[8] Freud, Sigmund, *Los orígenes del psicoanálisis*, t. III de las *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1968, p. 649.

EL USO DE MODELOS Y EL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO

Podríamos caracterizar como posición extrema la de aquéllos investigadores que se limitan a una acumulación de datos matematizados obtenidos por el proceso de observación experimental de hechos. Se trata de una posición infrecuente ya que la necesidad de poner a prueba las hipótesis previamente formuladas sobre los hechos, que pueden ser ya aquéllas definiciones operacionacionales que mencionamos, y la necesidad de llegar a formular una ley, hace preciso el uso de modelos. Modelos matemáticos cuando se han aplicado métodos cuantitativos en el estudio de la conducta humana.

El *modelo,* considerado una representación simplificada de los atributos del objeto o situación real a estudiar es supuesto como un momento importante para llegar a la teoría científica. La aplicación de un modelo es lo que permitiría describir y analizar los hechos observados y realizar predicciones, en ausencia de los mismos, gracias a la regularidad de su acontecer.

Como representación simbólica, el modelo es un objeto artificial, construído y, por ello, controlable. Según los objetos que abarquen pueden ser "abstractos", modelos teóricos o matemáticos, conjunto de enunciados hipotéticos "cuya coherencia y cuyo posterior desarrollo deductivo quedan garantizados por una codificación generalmente matemática"[9] o montajes materiales diversos, tales como la maqueta de un edificio, etc.

Veamos cómo se alcanzaría el conocimiento científico con la intervención de esa herramienta que sería el modelo:

debe realizarse una observación de los hechos en cuestión. Observación que debería ser "objetiva", "neutral".

formular el modelo adecuado que permita "informar" sobre los hechos observados. Formulación que es una verdadera "intervención teórica".

confrontar el modelo con la realidad para permitir la descripción, análisis y previsión en esta última, lo cuál remite al problema de la confiabilidad y adecuación del modelo.

Ahora bien: ¿cuál es el modelo confiable? Dos respuestas nos serán dadas desde una posición positivista:

aquél que esté construido según la realidad empírica;

aquél que pueda informar sobre la realidad empírica.

Se trata del círculo vicioso del empirismo, donde está vigente el dualismo de la concepción positivista de la ciencia que con-

[9] Badiou, Alain, *op. cit.,* p. 15.

sidera a ésta como representación formal de los hechos. Porque ¿cómo saber si el modelo está construido según la realidad si hace falta el modelo para informar sobre ella?

Llegados a este punto deberemos limitar nuestra exposición sobre el concepto de modelo ya que no es el objetivo del presente trabajo y el tema sería material para indagar extensa y profundamente. Sólo queremos dejar puntualizados los aspectos que hacen al desarrollo de nuestra temática específica:

Los modelos matemáticos son un resultado de la práctica científica, su producto, un producto de las matemáticas en este caso y no una representación del concreto real.

Esos productos pueden luego pasar a ser utilizados, en los montajes experimentales, como medios de producción de nuevos conocimientos y también como medios de reproducción de las condiciones de producción. Es decir, pasarán a ser herramientas de trabajo.

Como herramientas de trabajo podrán ser usadas dentro del mismo campo científico que los produjo o bien fuera de ese campo específico. En este último caso se abre la problemática de probar la validez y pertinencia de dicha exportación.

USO DEL MODELO ESTADÍSTICO EN PSICOLOGÍA

No vamos a desarrollar acá el tema de la estadística y más específicamente de la misma aplicada en psicología. Daremos los desarrollos mínimos necesarios para fundamentar nuestras conclusiones. Quien desee profundizar el tema puede recurrir al abundante material bibliográfico respectivo.[10] Las cuestiones que nos interesa abordar son: ¿por qué se usa el modelo estadístico en psicología?; ¿el uso de este modelo matemático garantiza la cientificidad de las conclusiones?; ¿qué status epistemológico tienen esas conclusiones?

[10] Pueden consultarse al respecto: Blalock, Hubert, *Estadística social,* México, Fondo de Cultura Económica, 1966. Murat, Franco, *Estadística. Aplicada a las ciencias de la conducta,* Universidad Nacional de Cuyo, Fac. de Ciencias, Argentina, 1965. McCormick, Thomas, *Técnica de la estadística social,* México, Fondo de Cultura Económica, 1954. Yule y Kendall, *Introducción a la estadística matemática,* Madrid, Aguilar, 1964. Bancroft, Huldah, *Introducción a la bioestadística,* Buenos Aires, Eudeba, 1961. Estos títulos no agotan en modo alguno el material respectivo, en ellos podrá consultarse otro material bibliográfico.

¿POR QUÉ SE USA DE MODELO ESTADÍSTICO EN PSICOLOGÍA?

La elección del modelo con el cual analizar el fenómeno observado e incluso cuantificado y efectuar predicciones acerca del mismo, deberá considerar la suficiente coherencia entre las manifestaciones del fenómeno en cuestión y las proposiciones del modelo. Para usar modelos es necesario comprobar que en las manifestaciones del fenómeno a examinar se da una cierta regularidad.

Ciertos fenómenos exhiben una regularidad de tipo estadístico. Por ejemplo, los fenómenos meteorológicos, los conductuales, etc... Los mismos se caracterizan porque son expresión de multitud de causas, multitud de variables con las cuáles no se puede proceder de acuerdo a los procedimietos típicos de experimentación, por ej. de la física. En este caso es posible la reproducción experimental en laboratorios, bajo condiciones controladas, donde pueden seleccionarse y aislarse variables para observar efectos y establecer leyes. Cuando se trata de explicar la conducta de una persona hay que remitirse a una multitud de variables que se intrincan a lo largo de la historia vital del sujeto en cuestión pero, además, que hacen a la estructura social en la cuál ese sujeto está inserto y sujetado; son causas que no sólo no se pueden controlar experimentalmente (por ejemplo, porque son pasado), sino tampoco determinar en qué proporción y en qué forma inciden en la conducta actual observada como para usar fórmulas matemáticas del tipo de las ecuaciones algebraicas. Sin embargo, hemos dicho que son fenómenos que exhiben una regularidad, la regularidad de tipo estadístico. Tendremos entonces que aclarar un poco más sobre la palabra *estadístico*.

Es un término usado desde hace tiempo; etimológicamente viene del latín status, es decir, todo lo referente al estado político. "La administración de los estados exigía la recopilación y análisis de datos relativos a la población y a la riqueza a los fines de la guerra y de las finanzas. Gradualmente fueron obteniéndose datos de índole más variada para uso general del gobierno".[11] Aquí se incluirían los métodos estadísticos que se usan para sintetizar los datos en forma adecuada, adecuada a las necesidades, a la demanda que determinó la investigación en cuestión. Por ej., si se desea conocer la distribución demográfica de una población, el dato a recolectar será la edad de los inte-

[11] Croxton, F., y Cowden, D., *Estadística general aplicada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962, p. 10.

grantes de la misma y una síntesis adecuada se expresaría en porcentajes que indiquen qué parte del total constituye cada edad, o una pirámide, representación gráfica donde figura el porcentaje de la población dividida en distintos estratos según intervalos de edad, etc...

Sin embargo, en el momento actual el término se ha ampliado y los modelos estadísticos, usados para procesar los datos que obedecen a multitud de variables que no pueden controlarse ni se conocen con precisión, se relaciona con otro capítulo importante de las matemáticas: el *cálculo de las probabilidades.* Los modelos estadísticos se aplican a los llamados *fenómenos estadísticos* y los fenómenos estadísticos son *fenómenos probabilísticos.* Tendremos entonces que aclarar brevemente qué significa esto de probabilístico para seguir adelante. Para ello vamos a apelar a un ejemplo: si se arroja un dado al aire, el resultado a obtener es un fenómeno aleatorio, al azar, casual (por diferenciación con causal; si el dado estuviese bastante cargado, el mayor peso sobre una de las caras sería la "causa" de que caiga siempre sobre ella). Frente a un fenómeno de este tipo no podemos establecer leyes que nos permitan preveer con exactitud el resultado. Pero hay ciertos límites dentro de los cuáles puede ocurrir el fenómeno y a esos límites sí se los puede conocer y calcular. En el ejemplo dado, al arrojarlo al aire solo tenemos seis posibilidades, seis posibles resultados: que salga 1, o 2, o 3, o 4, o 5, o 6; también se puede calcular qué posibilidades tenemos de obtener uno cualquiera de esos resultados, por ej., la posibilidad de que salga la cara marcada con el 3, es de una en seis, es decir, 1/6 (porque son seis las caras del dado, seis los resultados posibles). Es decir, hay una regularidad y previsibilidad que permite hacer un cálculo y a partir de allí sacar conclusiones; por ej., no podría deberse al azar que un dado caiga siempre de un lado, es algo referido a su construcción o características o manera de tirarlo, etc., que determina ese resultado y se puede, a partir de allí, seguir investigando.

Pero ¿qué tiene que ver el modelo estadístico con la psicología?, ¿por qué es ése el modelo usado? Y esto es muy importante: *en psicología se usa el modelo estadístico a partir de la consideración de que la conducta humana es un fenómeno de tipo probabilístico.* "Considerando que la conducta es un fenómeno estadístico, por lo menos desde un punto de vista macroscópico, es lógico intentar descubrir las tendencias de las reacciones por medio de un conjunto de variables probabilísticas"... "Si la conducta es un fenómeno estadístico por su naturaleza real o si

aparece tal a raíz de condiciones no controladas o no controlables no nos interesa. En ambos casos, sostenemos que un modelo probabilístico es adecuado para describir una variedad de resultados experimentales a nuestra disposición." [12] Respecto a estos fenómenos, tendrían cabida no sólo los métodos estadísticos que se refieren a la recolección y síntesis adecuadas de los datos, sino también aquellos que permitan, a partir de los datos que ha sido posible obtener (generalmente una "muestra" del total), ciertas conclusiones generales (abstracciones razonadas) basándose en el cálculo de probabilidades. Las conclusiones serán estimaciones probables y se expresan en esos términos; por ej., existen 20 posibilidades sobre 100 que los pobladores de una ciudad crucen la calle con el semáforo en rojo y 80 posibilidades en 100 que lo hagan los visitantes que arriban de zonas rurales. Es decir, el modelo no sólo fija las reglas para extraer conclusiones sino también, las condiciones experimentales en que deben obtenerse los datos (por ej. que esa "muestra" debe ser obtenida en forma aleatoria, etc.).

¿GARANTIZA EL MODELO ESTADÍSTICO LA CIENTIFICIDAD DE LAS CONCLUSIONES EN PSICOLOGÍA? STATUS EPISTEMOLÓGICO DE LAS MISMAS

La pregunta nos pone nuevamente frente a la suposición de que la cientificidad de un producto depende del método. Sobre este particular creemos llevar desarrollado lo suficiente como para no insistir más. Recordemos además que un modelo matemático importado por otra disciplina que no lo produjo es sólo un instrumento que reproduce las condiciones de su producción.

La utilización del modelo estadístico en psicología pone en claro que se parte de evidencias, con todo lo que implica de reconocimiento/desconocimiento. El hecho de aceptar que la conducta es un fenómeno estadístico es la declaración del desconocimiento de la estructura que la determina. Desconocimiento del proceso de sujetación, del aparato psíquico y del conflicto que puede estar determinando esa conducta con todas sus características y apariencias.

Es decir, al no disponerse de la teoría científica que permita dar cuenta de los hechos observados, las conclusiones basadas

[12] Bush y Mosteller, citado en Murat, Franco, *op. cit.*, p. 124.

en tales modelos matemáticos permanecen en el terreno de una práctica ideológica. Su resultado es una reproducción de las evidencias, en la medida en que el modelo elegido condiciona la situación experimental y los límites de las conclusiones; por ej., que el fenómeno observado se debe o no al azar con tal grado de probabilidad que se expresa en porcentajes o proporciones. Pero, frente a esas conclusiones, se adoptan dos actitudes:

a] no se las "explica", se da el dato y nada más.

b] se "explica", es decir, se dan "razones" para explicar esas manifestaciones conductales, incluso se pueden sugerir "causas". Pero ¿desde dónde? Seguramente no desde los números obtenidos o del modelo matemático usado, sino *desde la teoría científica si es que existe.* Pero como no existe, precisamente se está tratando de conseguir la "ciencia", se lo hace desde las nociones ideológicas que maneja el experimentador en cuestión para interpretar lo concreto real, que pueden tener aspecto de "teorías" (ideologías teóricas).

Para finalizar este capítulo y mostrar cómo juegan los modelos matemáticos que, como todo instrumento, no son "neutros" en su elección y utilización, nos referiremos brevemente a un modelo estadístico muy usado en psicología: el de la *distribución normal* o curva de Laplace y Gauss, nombres de los autores que determinaron sus propiedades. La representación gráfica es la siguiente:

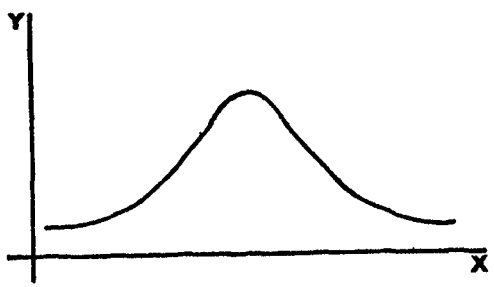


FIG. 1: *Representación gráfica de la distribución normal*

Como distribución de datos apunta a que los más frecuentes son los valores medios de una determinada variable, por oposición a ambos extremos. Fue Quetelet uno de los primeros que aplicó el modelo en el estudio de un fenómeno concreto: la distribución

de las estaturas de 10 000 soldados; al ordenar y representar gráficamente los datos obtuvo una curva simétrica muy similar a la curva normal. Es decir, que predominaban las estaturas "medias, promedio o normales estadísticamente, que quiere decir lo más frecuente", y eran escasos los altos o bajos y muy escasos (extremos de la curva) los enanos y gigantes. ¿Cómo interpretó estos datos Quetelet?: si las cosas tal como existen, si los fenómenos tal como se dan, obedecen a un plan divino y el plan divino es perfecto, lo perfecto, lo "normal", lo "que debe ser", son las alturas promedio; los gigantes y enanos son errores de la naturaleza porque no pueden serlo del plan divino. De paso, esto nos permite aplicar todo lo desarrollado acerca de cómo el simple uso del método experimental, de cuantificaciones y de aplicación de modelos matemáticos no garantiza de ninguna manera conclusiones, productos científicos; y cómo, si no hay teoría científica que dé cuenta de los hechos se los "explica" desde las nociones ideológicas en las que está posicionado el investigador.

Las conclusiones actuales en psicología, o en sociología, donde este modelo es muy usado, estarán por supuesto muy lejos de este pensamiento metafísico y teológico de Quetelet, aunque pertenezcan al mismo registro ideológico. ¿Qué significa el uso de ese modelo para describir los fenómenos de conducta?, ¿el "ajustar" los datos para poderlo aplicar (usando una metodología de recolección de datos condicionada por el modelo que se piensa usar, por ej. el uso de determinada técnica de muestreo)? Hay implícito un presupuesto: lo que abunda es el término medio, y el término medio es aquéllo que es más frecuente; usando terminología estadística: abunda lo normal y lo normal es lo que abunda. ¿Pero, por qué la mayoría se comporta así, como la mayoría, como los "normales"? El individuo que exhibe un comportamiento "normal" es el que cumple con determinadas normas, las establecidas por la estructura social, la cual dispone de aparatos (ideológicos como la escuela, de represión, etc.) para asegurar que los individuos se inserten en el lugar que tienen asignado en la estructura y cumplan con lo que se espera que hagan, piensen y digan. La existencia de esa estructura, con sus aparatos, con su peculiaridad, explica por qué la mayoría de integrantes de la misma en un determinado momento histórico "adhiere" a normas y pautas de conducta comunes. Entonces, "normal" está significando "adaptado" a las normas. ¿Y los extremos de la curva? Son los "anormales", los que no se ajustan a las normas vigentes y a las pautas de conducta establecidas, el "error de la naturaleza" de Quetelet, las fallas en el proceso de

sujetación de un individuo a la estructura social. Podríamos preguntarnos entonces si es tan "neutra" la elección de determinado instrumental de trabajo, de determinado modelo estadístico. En este caso, el modelo resulta bastante "útil" para detectar las fallas del sistema. ¿Quizás para que el sistema no falle?

CAPÍTULO 8

EL MÉTODO DE LOS TESTS E INVENTARIOS

GLORIA BENEDITO

> Uno de los problemas esenciales de nuestra época es determinar cuáles son realmente las condiciones mínimas de funcionamiento de una estructura industrial.
>
> GINO GERMANI, *Política y Sociedad en una época de transición*

En el capítulo anterior dijimos que para medir es necesario un instrumento que permita comparar el objeto o fenómeno a medir con una unidad de medida. El termómetro, la balanza, son ejemplos conocidos de tales instrumentos usados en otros campos. En psicología se utilizan los llamados tests mentales. Con ellos se pretende alcanzar una evaluación precisa y objetiva de la conducta y superar las consabidas insuficiencias de las estimaciones aproximativas y de la observación.

En continuidad o como aplicación de lo que se analizó en los capítulos previos de esta parte metodológica, cabe comenzar por las siguientes preguntas: ¿son capaces estas técnicas "objetivas" de conferir cientificidad a la psicología?, pregunta que ya fue respondida precisamente en el sentido de que una disciplina no adquiere cientificidad por el uso de un "método" general, propio a todas las ciencias, que estaría ahí, esperando ser aplicado, sino que el método con que trabaja una ciencia depende del objeto del que ese método vaya a dar cuenta. Pero una vez que hemos dicho esto podemos esperar aun que un psicólogo partidario del uso de tests diga: bien, yo no espero con mi tarea hacer científica a la psicología. Simplemente me conformo con "medir", con producir resultados no viciados por la inexactitud ni por deformaciones subjetivas de ninguna índole. Y de acá se deriva una segunda pregunta: ¿cuál es el status epistemológico de los resultados que estos psicólogos obtienen? que equivale a preguntarse por la validez misma de los tests.

Y hay una tercera cuestión que nos interesa privilegiar en este capítulo: los tests mentales son las herramientas de trabajo de

los psicólogos, son técnicas. Pero toda técnica, toda práctica técnica, tiene una inserción y una articulación precisas en la práctica social. Surgen en el marco condicionante de una coyuntura socioeconómica particular que les da sentido. Nos interesa pues conocer el sentido de su surgimiento, de su desarrollo, de su aceptación o rechazo, de su eficacia y de su utilidad.

BREVE CARACTERIZACIÓN DE LO QUE ES UN TEST MENTAL

Partiremos de la muy conocida definición de test mental que da Pierre Pichot: "test es una situación experimental estandarizada, que sirve de estímulo a un comportamiento. Tal comportamiento se evalúa por una comparación estadística con la de otros individuos colocados en la misma situación, lo que permite clasificar al sujeto examinado ya sea cuantitativa o tipológicamente".[1] Analicemos esta definición:

es una situación experimental:

Consideramos al experimento como una situación rigurosa de observación de hechos, en este caso, de fenómenos conductuales. Al referirnos al positivismo en el capítulo anterior señalamos como una de sus reglas fundamentales la observación de los hechos. También se ha hecho ya extensa referencia a la filiación ideológica de esa concepción que supone garantizar la cientificidad de los resultados por la simple aplicación del método experimental.

La palabra siguiente, "estandarizada", fija las condiciones para que pueda decirse del test mental que es una observación rigurosa:

estandarizada:

Estándar es lo que se ajusta a un modelo o patrón único. Veamos en el caso del test mental qué es lo que se mantiene igual para todos:

a] el estímulo o variable independiente. Ese estímulo, que es el test, puede ser de índole muy variada: preguntas, láminas a describir, problemas matemáticos a resolver, tareas a ejecutar, etc... Esas preguntas, problemas, tareas, etc..., deben ser las mismas para todos los sujetos a quienes se aplicará el test.

[1] Pierre Pichot, *Los tests mentales,* Buenos Aires, Paidós, 1960, p. 11.

b] la técnica de administración. Es decir, las consignas donde se explica la tarea que se solicita, la formulación de la misma, el control del tiempo, las intervenciones del testista, etc. deben estar perfectamente especificadas y ajustarse estrictamente a ellas.

c] la técnica de evaluación de los resultados, de tal modo que se reduzca al mínimo el "punto de vista" o subjetividad del que evalúa.

En síntesis, se estandariza la variable independiente (material del test, forma de administración y evaluación) para poder observar y comparar la conducta (variable dependiente) de diversos sujetos sometidos a la misma situación.

que sirve de estímulo a un comportamiento:

Esta expresión precisa el lugar y juego de variables independiente y dependiente, a lo que acabamos de referirnos, y permite destacar la perspectiva conductista en que se ubican los tests mentales, la perspectiva que considera como objeto de estudio de la psicología a la conducta tomada en sus apariencias, con determinadas connotaciones que implican ciertos reconocimientos y también desconocimientos, como se ha puesto de relieve fundamentalmente en el capítulo 2: "¿Qué entienden los psicólogos por psicología?". Perspectiva que responde a un posicionamiento positivista y que nos ayudará a entender a qué demanda responden estas técnicas. Los hechos positivos, asequibles a la observación, son los de conducta, lo que el sujeto hace o dice; las supuestas facultades en que se divide la mente no son observables sino por lo que permiten hacer. Sin embargo, el mismo título y contenido de los tests remite a esas "facultades" en que se dividía el "alma" y más tarde la conciencia y que son presupuestas como el sustrato que permite hacer determinada actividad. Se observa la conducta y se infiere sobre este sustrato, facultad, capacidad, etc.

Tal comportamiento se evalúa por comparación estadística con el de otros sujetos colocados en la misma situación:

Este es el aspecto que caracteriza diferencialmente a los tests mentales en relación, por ejemplo, con los exámenes escolares, y es el objetivo perseguido por la estandarización. La finalidad del test es poder comparar. En el capítulo anterior definimos "medir" como asignar números, medir es comparar: por un lado la cosa o fenómeno o medir, por otro, la unidad de medida, que es un patrón convencional.

En el caso de los tests mentales los términos de esa compara-

ción son: por un lado, determinado aspecto de la conducta de un individuo frente a los estímulos de la prueba y, por el otro, lo que se denomina el *baremo* de un test. Veamos un ejemplo: supongamos que queremos medir "memoria" y se supone que lo que esa facultad permite hacer es retener y repetir estímulos, por ejemplo, una lista de palabras; luego de elegida esa lista, lo que nos remite al problema de la selección o análisis de los ítems del test, aspecto para el que se usa metodología y modelos estadísticos, se aplican a *n* personas.

¿En base a qué se puede emitir un juicio o conclusión sobre la capacidad de retener estas palabras por parte de un sujeto? Para ello es preciso hacer una comparación entre su rendimiento y el obtenido por el resto de individuos que integran el grupo o población al cual pertenece.

El *baremo* de un test es el resultado que se espera de una persona de determinada edad y que pertenece a determinado grupo, construido según procedimientos estadísticos que, a partir de muestras representativas, determinan cuáles son los rendimientos típicos o promedios de ese grupo que servirá de patrón de comparación. Es lo que constituirá la norma o *"normalidad estadística"*, aspecto sobre el que algo desarrollamos al final del capítulo anterior y que debemos tener muy presente para el análisis crítico de estas técnicas.

que permite clasificar al sujeto examinado:

Es el objetivo por el cual se compara: clasificar un individuo en relación al grupo al cual pertenece, a los rendimientos "normales" del mismo, determinar su lugar en una gradación.

Retengamos entonces esto: estandarizar para comparar, comparar para clasificar, clasificar ¿para qué?

CUALIDADES DE UN TEST MENTAL

Un instrumento de medición debe tener ciertas cualidades para que sea un instrumento útil y confiable. Una balanza será confiable si al pesar dos o más veces la misma cosa que se mantiene constante arroja el mismo resultado; otra balanza será útil, por ejemplo para discriminar cosas que se diferencian en términos de miligramos si es lo suficientemente sensible; la balanza será útil si lo que queremos es pesar, pero no será el instrumento válido para medir la longitud de un trozo de tela.

También los tests mentales, para conseguir sus objetivos, deben tener ciertas cualidades que son:

Confiabilidad:

Significa que un test, que no implique aprendizaje, aplicado dos o más veces al mismo sujeto arroje el mismo resultado o, para ser más rigurosos, no diferente en términos estadísticos o en forma "significativa". Si implica aprendizaje, tal cualidad del test se evalúa con otros recursos: por ejemplo, construyendo formas paralelas, equivalentes, del mismo test. No entraremos en los detalles de metodología estadística que permiten calcular esa cualidad.

Nos interesa hacer referencia a otra cuestión: debido a la incidencia de gran cantidad de variables que no pueden controlarse totalmente en el momento de la medición (aunque el test sea un instrumento estandarizado, como puede ser el cansancio físico, un estado de ánimo poco propicio para el rendimiento que se tiene fuera del mismo, etc..., por más confiable que sea el instrumento, se producen "errores de medición". Error presente en todo proceso de medición y que es aceptado, descartándoselo para la interpretación de los resultados si oscila dentro de límites que se fijan convencionalmente. Pero ¿qué sería un "error" de conducta? La palabra error, como la palabra normal, se ubican acá en el plano de un discurso ideológico y no solamente estadístico. Se parte de la presunción que lo normal en un individuo, lo que permite describirlo y "conocerlo", es lo que hace habitualmente, lo que hace la mayoría de veces frente a la misma situación: así, preguntado por el nombre de su mamá, responde con el nombre de su mamá. Que se aparte de ese comportamiento típico es un "error", una equivocación: preguntado por el nombre de su mamá, él, que siempre responde con el nombre de ella, contesta con el nombre de su amante; se argumentan muchas explicaciones sobre eso, "estaba distraído", "la prueba lo había aburrido y se puso a pensar en la amante", etc..., aunque el procedimiento habitual para el método experimental que son los tests es descartarlo. Recordemos cómo, desde una perspectiva científica, Freud demostró que no había conductas "erróneas", sí infrecuentes, pero no descartables; demostró que toda conducta es significativa, que tiene una explicación desde la estructura del aparato psíquico, pero más aún, que precisamente esas conductas poco habituales, como los olvidos momentáneos, los lapsus linguales, etc., remitían a los aspectos determinantes de la conducta humana, a los aspectos del inconsciente. Descartarlos

tiene una justificación no sólo en función de la metodología y modelos estadísticos usados; el uso de estos para el estudio de la conducta, como el descartarlos, implican estar ubicado en una persepectiva ideológica sobre la conducta; explicarlos en ausencia de una teoría científica es dar racionalizaciones ideológicas.

Sensibilidad o fineza discriminativa:

Es una cualidad necesaria a partir de los objetivos perseguidos por los tests mentales: clasificar los individuos en una jerarquía funcional. Clasificación que no puede realizarse si el instrumento no permite captar las diferencias entre los hombres. Por ejemplo, si deseamos discriminar habilidad para los cálculos matemáticos, una prueba muy sencilla, que pueda ser aprobada por todas las personas a comparar, o una muy difícil que ninguno puede responder, es una prueba poco sensible, no tiene fineza discriminativa, no tiene posibilidad de poner de manifiesto las diferencias que hay entre los individuos, sobre todo las diferencias respecto al término medio, a lo que puede hacer la mayoría de ese grupo. El instrumento se construye de tal manera, los ítems se seleccionan de modo que la distribución de los resultados sea "normal", es decir, una mayoría con rendimientos típicos para el grupo y unos pocos que se alejen en ambos extremos. Es decir, el experimento se realiza de tal modo que los resultados empíricos se ajusten a ese modelo teórico que es la distribución normal, que permite definir "normalidad estadística", y al que hemos hecho referencia al final del capítulo anterior.

Validez:

Significa que un test, para ser útil, debe medir lo que pretende medir. Si dice que es un test de inteligencia o memoria que mida, efectivamente, inteligencia o memoria. En el capítulo anterior describimos, en el procedimiento que se seguiría en una investigación, cómo se partía de evidencias (definiciones operacionales y funcionales) y se llegaba, por ese procedimiento, a un producto ideológico que reproduce las evidencias de que se partió. El peligro está en olvidar que validez quiere decir que el test mida lo que se ha acordado o convenido qué es o permite hacer ese aspecto del comportamiento que se quiere estudiar, y creer que lo que se está validando es ya un conocimiento científico del mismo. Por ejemplo, si se convino que inteligencia es lo que permite adquirir conocimientos, la validez se refiere a que el test mida efectivamente conocimientos adquiridos y no otra cosa. Se ha partido de una abstracción simple, la noción de inteligencia,

resultado de una práctica ideológica y el resultado del test vuelve a la misma con un efecto de reconocimiento/desconocimiento.

ANÁLISIS CRÍTICO DE LOS TESTS MENTALES

I. *Primera cuestión*

a] *¿Es el uso de los tests mentales en psicología la práctica de una metodología capaz de dar status científico a la misma?*

Luego del análisis hecho en este texto sobre el problema metodológico y la relación método-ciencia, podemos dar ya la respuesta: el problema de la ciencia no es un problema de métodos, no es la presencia de un instrumento de medición como el test mental, lo experimental de la situación, la cuantificación que permite y, en consecuencia, el uso del tan preciado método y modelo cuantitativo lo que asegura una práctica científica.

En el capítulo anterior, al explicar el procedimiento que se sigue en una investigación que aspira a cuantificar en psicología, precisamente habíamos introducido en el ejemplo la construcción y uso de tests. Recordemos sus pasos: a] determinar qué se quiere medir. b] a falta de teoría científica al respecto, formular una definición operacional, que identificamos como abstracciones simples, productos de una práctica ideológica, c] construir el instrumento de medición. Recordemos que, al asumir que la conducta parece un fenómeno estadístico, se usan procedimientos y modelos estadísticos, probabilísticos. Este paso implica: un análisis de los ítems para seleccionar aquéllos apropiados para constituir el test, es decir, que sean confiables, sensibles y válidos, que permitan además obtener la distribución normal de los datos. Construir el baremo o patrón de comparación que define la normalidad estadística. d] extraer conclusiones que pueden tener una doble referencia: remitir al individuo; remitir al aspecto de la conducta en estudio. Conclusiones y explicitaciones que no son ya un producto científico en la medida que, a falta de teoría científica, se hacen desde las presuposiciones ideológicas que también sirvieron para elaborar el punto de partida de todo este proceso experimental: las definiciones operacionales o funcionales.

b] *¿Cuál es el status epistemológico de los resultados obtenidos por los tests mentales?*

El proceso de su construcción permite entonces decir: epistemológicamente su construcción parte de abstracciones simples, resultado de una práctica ideológica. En función de ese resultado nocional se construye el instrumento con el cuál se se vuelve sobre el hecho, y se lo reproduce, en este caso, en forma cuantitativa. El resultado del test es el efecto que se produce cuando se cierra el círculo positivista, efecto de reconocimiento/desconocimiento. En consecuencia, en el marco de una práctica científica, que es la gran aspiración aparentemente, no son su resultado sino que, en todo caso, los datos que aportan estarán en su punto de partida, como materia prima que se caracteriza por tener precisiones cuantitativas en la descripción y calificación de determinadas conductas. Tampoco bastará la acumulación de este material para "impulsar" la práctica científica, la elaboración de un sistema teórico, de un objeto formal abstracto, que permita explicar esos datos. Interesa nuevamente recordar, entre otras cosas, la necesidad de estar atento a los obstáculos epistemológicos, muchas veces desapercibidos por la creencia de estar acumulando datos científicos que por sí solos darán respuestas. En este sentido G. Bachelard plantea que, en determinados contextos, lo cuantitativo se constituye en obstáculo epistemológico.

Recordemos cómo Freud no acumuló resultados cuantitativos, no usó el método de los tests, que ni siquiera conocía, para señalar obstáculos y elaborar productos científicos. Recordemos también a J. Piaget, que sí usó mucho de los tests mentales, pero para examinar luego los resultados obtenidos desde la perspectiva de una metodología clínica, ejerciendo la suficiente vigilancia epistemológica como para darse cuenta de la necesidad de explicar los "errores", precisamente el material de desecho en relación a las regularidades que son lo "normal" y poderlos explicar, para lo cual no recurre a lo que dicen los tests mentales que es inteligencia, por ejemplo, sino que debe elaborar una teoría sobre la inteligencia (pese a que existían tests de "inteligencia").

Recordemos finalmente su uso en el marco de la psicología clínica, del método clínico. Retomaremos la definición que al respecto da Rey y que ha tenido oportunidad de ser analizada en el capítulo sobre método clínico: "se caracteriza por centrar la investigación sobre comportamientos relatados por el sujeto, reacciones observables en el curso de la relación establecida con él y otras específicamente provocadas en condiciones sistemáticas con el fin de comprenderlas y explicarlas en sus particularidades".

Esas conductas observables en condiciones sistemáticas son las que se obtienen con la aplicación de los tests mentales. Pero no basta la acumulación de los datos que éstos arrojan para comprender o explicar la conducta de ese sujeto particular; esa acumulación de datos aporta una descripción de regularidades del comportamiento y no su explicación, ésta debe darse desde la teoría, y por tratarse de la conducta humana, desde la teoría del Sujeto (que nos remite al psicoanálisis y al materialismo histórico).

En síntesis: epistemológicamente los tests mentales remiten a una perspectiva empirista y positivista de la ciencia. Permanecen en el plano de una práctica ideológica y, en calidad de técnicas, están respaldados por y remiten a ideologías teóricas.

II. *Segunda cuestión.*

Necesidad de examinar los tests mentales desde la perspectiva de su condición de técnicas y detectar la demanda a que responde su uso.

Tendremos que hacer una incursión en el tema del desarrollo de los tests mentales para acercarnos a varias cuestiones que toda técnica plantea: su inserción en un marco socio-económico-político preciso que da respuesta a su ¿por qué?, ¿para qué, ¿en utilidad de quién?

Reseña de la evolución de los tests mentales:

En los manuales de historia de la psicología el capítulo de los tests mentales generalmente comienza mencionando como antecesores a los autores que estuvieron interesados por las mediciones sensoriales o psicofísicas tales como el tiempo de reacción, umbrales diferenciales, etc., y como el verdadero iniciador de los tests mentales a Sir Francis Galton, quizá porque fue el primero en construirlos y aplicarlos en gran escala.

Sin embargo, comenzaremos la reseña no con Galton sino con un primo de éste: Charles Darwin, en relación con la influencia que tuvo en el tema que nos ocupa. En 1859 publica *El origen de las especies* y con sus premisas adelanta el rumbo que va a tomar toda la psicología moderna, sobre todo la de la "revolución" conductista y nos permitirá aproximarnos al por qué de la utilidad de los tests mentales. Algunas premisas fundamentales eran: los individuos pertenecientes a una misma especie animal no sólo comparten entre sí semejanzas básicas que permiten determinar su pertenencia a tal o cual especie, sino que, de uno a otro, sur-

gen *diferencias individuales.* Darwin puso el acento sobre las mismas porque de ellas depende el grado de *adaptación al medio.* Al medio natural, en la medida que este autor está trabajando en el campo de la biología. Este concepto de adaptación, científico en el terreno de la biología, pasa a ser una noción ideológica cuando es trasladado a la psicología y sociología, donde el medio al cual se está o no adaptado ya no es el medio natural de los organismos biológicos, sino el medio social de los seres humanos, y adaptación pasa a significar integración, aceptación de las normas vigentes en una determinada estructura social y esto nos recuerda bastante lo desarrollado sobre la "normalidad" estadística, la que implican los tests mentales. Este problema de la adaptación le interesaba en relación a la posibilidad de la *supervivencia*: los individuos más aptos de una especie eran los que mejor se adaptaban a su medio ambiente y podían sobrevivir, por oposición a los más débiles. Se operaba así una especie de *selección natural.* Al sobrevivir y reproducirse, los más aptos trasmitían esas cualidades, que les habrían permitido sobrevivir, a los descendientes lográndose, a lo largo de las generaciones una mejoría en la especie en sus posibilidades de adaptación al medio ambiente en que se desarrollaban.

Pero vayamos ahora al primo de Darwin, Sir Francis Galton, de fines del siglo XIX. Persona que el sentido común caracterizaría de muy "inteligente", tenía vastas inquietudes y conocimientos y había hecho frecuentes viajes. En ellos tuvo oportunidad de acercarse a la realidad concreta de muy diversas comunidades; esto lo impactó, había pueblos que vivían en estado primitivo y en la mayor indigencia, mientras que otros estaban en un avanzado grado de "desarrollo", habían hecho importantes progresos, por ejemplo tecnológicos, y ese movimiento parecía seguir en ascenso. Galton busca "explicar" esta situación y llega a la conclusión que lo que es dable observar entre los hombres no es precisamente una igualdad natural, porque todos fueron hechos a imagen y semejanza de un mismo molde, sino una *desigualdad "natural".* Esa desigualdad explicaba por qué hay individuos más aptos y triunfantes de la vida, que llegaban a tener sabiduría y riqueza, mientras que otros permanecían siempre en la pobreza y el analfabetismo; porqué había pueblos en un avanzado estado de desarrollo (por ejemplo en su proceso de industrialización), mientras que otros vivían en tal primitivismo que podía incluso "justificarse" su colonización.

Pero la situación era que los más aptos no sólo sobreviven, también hacen progresar a la humanidad con su "genio". Tam-

bién en la especie humana había diferencias "naturales" y se daba un proceso de selección "natural". El dogma del progreso era muy caro al momento histórico en que se inserta este autor. Si la humanidad progresa por los más aptos, por las obras y descubrimientos de los genios, una forma de asegurar el progreso, de ayudarlo incluso, sería no confiar en el proceso de la selección natural, sino llevar a cabo un proceso de *selección racional,* "científica"; de eso se encargaría lo que Galton propuso llamar la *"ciencia de la eugenesia humana".* Esta ciencia necesitaba técnicas adecuadas, su proyecto era poder determinar objetivamente quiénes eran los más aptos, quiénes sobresalían, poder establecer una jerarquía funcional entre los hombres, poder identificar a los que eran capaces de "éxito" en la posibilidad de resolver ciertas situaciones. Una técnica que permitiese probar, testar, para comparar y establecer diferencias y luego clasificar: los tests mentales. Así, los *tests mentales surgen como las técnicas útiles para la "ciencia de la eugenesia humana".* Las mediciones que se practicaban en esa época eran del tipo de las psicofisiológicas, pero a Galton le interesaba establecer una jerarquía funcional en relación a las consideradas capacidades mentales "superiores", como se llamaba a la memoria, imaginación, inteligencia, etc..., y dio un fuerte impulso a los tests al idear una serie de pruebas apropiadas a ese objetivo. En 1884, en oportunidad de la Exposición Internacional de la Salud de Londres, instaló en ella un laboratorio antropométrico donde, por tres peniques, los visitantes podían someterse a una serie de pruebas mentales; trabajando luego los datos obtenidos, pudo establecer un ordenamiento funcional de los resultados. Para trabajar los datos obtenidos con los tests, Galton recurrió al método estadístico, siendo un verdadero propulsor del mismo (métodos como el coeficiente de regresión se relacionan con su nombre) y de su uso en psicología.

Galton no fue un autor aislado de la psicología moderna, ésta y el mismo autor citado y otros, fueron los efectos de lo que la sociedad industrial demandaba y alentaba de las ideologías, ciencias y técnicas que en ella se desarrollaron, y que debían servirle para su conservación y reproducción. "Galton apuntó en la dirección que la psicología pronto iba a emprender. Los problemas que despertarían el interés de los psicólogos en el futuro, eran problemas planteados dentro del contexto de la evolución: adaptación, variación, covariación, herencia frente a medio ambiente, comparación de las especies, estudio de los niños".[2]

[2] Miller, George A., *Introducción a la psicología,* Madrid, Alianza Editorial, 1970, p. 202.

Es en relación al último problema, a ese interés creciente por el niño que vamos a pasar a otro autor: Alfredo Binet (1857-1911). Ubiquémonos en el año 1904 en que el gobierno francés enfrenta una situación problemática respecto a los niños escolares: los que no aprenden. Ubiquémonos también en el momento histórico, el de una sociedad en plena expansión industrial, con utilización de una tecnología altamente especializada, una división creciente del trabajo, etapa de expansión del capitalismo. Para conseguir la reproducción de la estructura social, el Estado tiene montados los aparatos educativos, destinados a construir individuos útiles para funcionar en aquella estructura; pero ocurre que no todos asimilan los conocimientos impartidos ni adquieren las habilidades necesarias; se supone que ese déficit obedecería a alguna deficiencia en esa capacidad mental que permite tales objetivos: la inteligencia. Las consecuencias de esa situación son peligrosas para la estructura social vigente, un niño que no aprende, que no aprovecha lo que se le imparte en la escuela con determinada metodología, será un adulto "inútil", que no podrá ocupar su lugar en el proceso productivo, que será una carga. El Estado decide encarar "científicamente" la situación y encarga a su Ministerio de Educación; éste forma una comisión destinada a estudiar y crear los "métodos objetivos" apropiados para clasificar y separar en los distintos grados de la escuela a los débiles de los normales y poderles impartir los conocimientos y habilidades que sea posible que asimilen con métodos apropiados a sus características; se trata de un operativo de verdadera "selección racional" a partir de las diferencias individuales que no son tan "naturales" con el fin de conseguir individuos "útiles", "adaptados". De dicha comisión pasa a formar parte Binet. De esta experiencia surgirá su célebre escala o test de inteligencia, base de la muy conocida y difundida mundialmente Escala de Inteligencia de Terman-Merrill (autores norteamericanos).

Binet, de profesión abogado, pero de amplios intereses que lo llevaron a incursionar en el campo de la psicología, había publicado algunas obras al respecto. Para construir esa escala que permita diferenciar objetivamente a los individuos por su inteligencia, ya que el juicio del maestro es subjetivo y desconfiable, pese al tiempo de contacto con sus educandos, Binet debe responder previamente a la pregunta de lo que quiere medir: qué es inteligencia. Para ello no hay respuesta científica, pero hay pautas de sentido común, hay evidencias, todos clasificamos a nuestros semejantes en función de su inteligencia, entre otras cosas. Y ese sentido común establece que la inteligencia permite o no hacer

cosas muy variadas; los niños que no aprenden no pueden hacer eso que se espera que hagan y para discriminar esto se está intentando construir una escala de inteligencia, porque el aprender o no algo tiene que ver con ella. Entre otras de las cosas que permitiría hacer está, por ejemplo, el memorizar listas de números o palabras o párrafos literarios con sentido, imitar lo que hace otra persona, conocer el significado de las palabras del idioma, discriminar formas geométricas, diferenciar lo que es correcto de lo absurdo, identificar un rostro "lindo" frente a uno "feo" (lindo, feo, correcto, absurdo, en función de las pautas culturales vigentes en esa estructura social y en un determinado momento). Entonces piensa que para medir inteligencia hay que probar, testar, si el individuo es capaz o no de poderlas hacer. Selecciona así un conjunto amplio y variado de distintas tareas; pero aún le falta determinar para qué edad son apropiadas, qué es lo que hay que esperar de un niño de tres y qué de un niño de ocho por ejemplo. Para ello recurre al proceso de verificación empírica: selecciona muestras representativas de niños de todas las edades que interesaba medir y les aplica las pruebas; se considera que una prueba es apropiada para un determinado nivel de edad cronológica cuando la pasa positivamente la mayoría de niños de esa edad, un 50%. En el proceso de medición de la inteligencia lo que se obtiene es una cantidad expresada en años y meses que es la Edad Mental, y ésta indica que es capaz de hacer lo que hace la mayoría de determinada edad y de pertenencia a un grupo de determinadas características (urbano, que tiene posibilidad de asistir a la escuela, etc...) La relación entre la edad cronológica (EC) y la edad mental (EM) se expresa en un coeficiente que se llama de inteligencia CI= EM/EC que permite determinar normalidad o anormalidad estadística. Existe otra metodología menos criticable matemáticamente de determinar ese cociente intelectual que la que usó Binet y que apela a la distribución normal. No entraremos en esos detalles técnicos en la medida que no modifican la perspectiva y fundamentación de nuestra crítica. Lo que nos interesa es, por una parte, recalcar algo ya planteado: se parte de evidencias y se llega a la reproducción de ellas, como ser la aceptación que inteligencia es lo que permite adquirir conocimientos y habilidades, se está en el plano de una práctica ideológica cuya "utilidad" no discutimos, por el contrario, ya veremos la acogida que tuvieron los tests mentales, pero sí su cientificidad; y, por otra, hacer una pequeña disgresión acerca de la NOCIÓN DE INTELIGENCIA, el gran mito científico de la psicología académica.

Etimológicamente inteligencia viene del latín inteligere que quiere decir seleccionar, seleccionar el grano bueno del malo, lo cuál implica muchas actividades por parte del sujeto: primero, capacidad para percibir el grano entre la maleza; segundo, poderlo arrancar y tercero, poder hacer una selección entre los granos recogidos. Y ese sentido de capacidad compleja integrada por varias habilidades que permiten hacer distintas tareas, va a mantenerse a lo largo de la bibliografía psicológica. ¿Cuántas y cuáles? es algo que dependerá del autor.

Rastrear el tema inteligencia a lo largo de la bibliografía psicológica es una tarea que escapa a los cometidos de esta obra que pretende brindar los elementos para hacer una lectura crítica de la misma. Un camino más corto es referirnos al panorama que a comienzos de siglo halla Binet y que refleja muy bien el status de este tema: "La persona que hizo el primer test mental se hallaba en el lugar del cazador que va al bosque a cazar un animal que nadie ha visto jamás. Todo el mundo sabe que la alimaña existe, porque saquea los gallineros; pero nadie puede describirla. Al haber muchos animales en la selva, el cazador encuentra muchos rastros. La única forma de actuar consiste, entonces, en tener cierta idea, más o menos vaga, acerca de la naturaleza del animal. Si busca un animal de huellas muy grandes, es probable que se encuentre con una res muerta, y si, por otra parte, cree que se trata de una banda de pequeños roedores, traerá lleno el morral de todos los roedores que hayan tenido la desgracia de asomar el morro." [3]

Éste es el panorama teórico con que se encuentra Binet, todos "saben" lo que es la inteligencia pero nadie puede decir qué es, a nivel de un conocimiento científico. Sin embargo, pese a esto, construyó una escala para medir inteligencia, entonces ¿por qué no preguntarle a él lo que ella es? Y, aunque Binet ha muerto, tenemos su respuesta porque otros, con anterioridad, tuvieron la misma idea y le preguntaron; veamos su respuesta: ¿inteligencia? "es eso que miden mis tests". Esto puede sonar a anécdota, pero veamos lo que se dice al respecto en un manual de psicología importante y que puede tener más actualizada o pensada alguna respuesta: "Hemos pospuesto la definición de inteligencia hasta haber tratado cómo se hacen los tests de inteligencia. Ahora que han sido explicados los procesos y propósitos de la construcción de los tests, podemos dar la siguiente definición práctica de in-

[3] Cronbach, Lee J., *Fundamentos de la exploración psicológica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1963, p. 171.

teligencia: la inteligencia es aquéllo que un test de inteligencia mide".[4]

Creemos que esto es suficiente para justificar por qué pusimos "*noción de inteligencia*". Es decir, las teorizaciones y "definiciones prácticas" sobre la misma pertenecen al discurso ideológico no hay conocimiento científico sobre ella, y la medición de inteligencia a través de tests tampoco permite alcanzar tal conocimiento en la medida que los resultados que los tests permiten obtener no pueden ir más allá del punto de partida, y éste es ideológico, tan sólo agregan precisión cuantitativa en términos comparativos, relativos, de eso que se ha acordado en llamar inteligencia.

Pese a este adscribir una definición de inteligencia a lo que los tests miden, algunos autores se han preocupado en analizar qué es eso que la gente llama inteligencia y qué es eso que heterogéneos tests llamados de inteligencia miden, y poder dar una definición que sintetice. Los resultados son abstracciones razonadas, tales como ésta que constituye una definición de inteligencia que goza de gran consenso: es la capacidad de adaptarse a situaciones nuevas. Y desde este punto de vista también puede hablarse de inteligencia en los animales inferiores y en las plantas que deben, como cualquier organismo viviente, adaptarse a situaciones nuevas del medio ambiente. Situaciones nuevas como un cambio de temperatura brusco, como un incendio del bosque, como la creciente de un río, como un fuerte vendaval, como la que afronta el neonato en el momento del nacimiento, como el destete, como el aprender a manejar los cubiertos, como los conocimientos que imparte el maestro, como las normas a que debe ajustarse al ingresar a la escuela, como las diversas tareas a realizar en una fábrica, como las reglas que rigen ese trabajo, etc... Pero aquí se ha hecho un deslizamiento, el que siempre se hace cuando se habla de "adaptación" en el hombre. Siendo un concepto en el plano de la biología implica, en el de la psicología, una noción ideológica que se refiere a la aceptación de las normas y statu quo vigentes en un medio que no es el mismo "medio natural" al que se refiere la biología, sino el medio social, o, más precisamente, la estructura social. Además, la posibilidad de enfrentar con mayor o menor "adaptabilidad" las diferentes tareas de la sociedad humana requiere un proceso de aprendizaje al que no todas las clases sociales tienen acceso, lo que determina di-

[4] Hilgard, E. R., *Introducción a la psicología*, Madrid, Ediciones Morata, 1966, t, II, p. 73.

ferencias en la apropiación de conocimientos, cualitativa y cuantitativamente, de cuya posesión o no depende ser considerado "normal" deficitario o superdotado, por los tests de inteligencia, aún cuando aparentemente no sean de conocimientos; así, las llamadas pruebas no verbales implican entender las consignas verbales, entre otras cosas. Con esto nos colocamos más allá de la falsa polémica sobre si la inteligencia es "capacidad" heredada o adquirida.

Se nos podría objetar que en este análisis hemos dejado de lado maliciosamente el análisis factorial, técnica estadística más perfeccionada para el análisis de datos relativos a la conducta, que permitiría arribar a ese conocimiento científico de la inteligencia y su constitución. Se trata de un método complejo y escapa a nuestras posibilidades el hacer un desarrollo aún mínimo, en estas páginas. Sin embargo, podemos decir que agrega precisiones, puede poner en evidencia regularidades interesantes, pero sobre el status epistemológico de sus resultados podemos concluir lo mismo que hemos planteado al respecto en el capítulo anterior.

Capítulo aparte merecen los trabajos de Jean Piaget sobre el tema "inteligencia" (ver cap. 12).

Continuando con la reseña que de los tests mentales nos propusimos hacer, digamos que su desarrollo y utilización recibirán un espaldarazo importante por su utilidad en el ejército, durante la Primera Guerra Mundial. "Las pruebas mentales forman parte, como el aeroplano, de la herencia que recibimos de la primera guerra mundial".[5] Era una guerra distinta a otras, era una acción bélica donde se movilizaban verdaderas masas humanas, con un material de guerra complejo y perfeccionado y con la necesidad de eficacia y adaptación por parte de quiénes debían ocupar el lugar asignado en el campo de batalla. Enfrentar esta guerra significó alistar grandes cantidades de hombres, algunos aptos para unas tareas y otros para otras, y detectar aquéllos que eran peligrosos en cualquier lugar. ¿Cómo seleccionar? En respuesta a esta demanda se elaboran las famosas pruebas Alfa y Beta, para analfabetos y alfabetizados respectivamente, que servía para medir inteligencia con una forma de aplicación colectiva, ya que la situación de urgencia hacía impracticable el método individual privilegiado hasta entonces. Necesidad de seleccionar para determinar el lugar que un individuo puede ocupar de modo eficaz, para realizar con ellos un entrenamiento exitoso en el menor

[5] Miller, G. *Op. cit.*, p. 16.

tiempo posible y para preveer posibles desadaptaciones en el campo de batalla.

El otro espaldarazo importante le viene a los tests de los empresarios norteamericanos. "Hay gente que piensa que si el empresario norteamericano, tradicionalmente terco, está lo bastante convencido de la utilidad de la psicología como para gastar en ella sus dólares, esto quiere decir que, al fin y al cabo, algo tiene que tener esta ciencia".[6] Esta "ciencia" tiene, entre otras cosas útiles, esos instrumentos que son los tests mentales. Con ellos se puede seleccionar hombres que se desempeñen con éxito, es decir, que produzcan al máximo de sus posibilidades en diferentes tipos de tareas, sobre todo en un proceso productivo con una compleja división del trabajo; que se "adapten" a la tarea, consiguiéndose un ajuste apropiado en la relación hombre-máquina; para asegurar la adaptación del obrero a las condiciones en que debe trabajar, condiciones de explotación fundamentalmente. La participación del psicólogo en el medio laboral puede sonar a extravagancia en un país dependiente y con condiciones tales que el empresario no necesita invertir en estos funcionarios y en los tests para tener mano de obra adecuada; resulta más económico despedir a los "inútiles", incluídos "revoltosos" en el rubro, y poner un aviso ofreciendo trabajo, pues desde la noche anterior tendrá en la puerta una fila de hombres desocupados, dispuestos, por necesidad, a aceptar las condiciones laborales impuestas, y que provienen de los ejércitos de marginados que el mismo proceso productivo ha generado.

UTILIDAD DE LOS TESTS MENTALES

El examen epistemológico del fundamento, construcción y resultados de estas técnicas no debe, de ninguna manera, llevarnos a la conclusión de que no sirven. Luego de haber visto qué es un test mental y la reseña que hemos hecho de la brillante trayectoria de estas técnicas, estamos en condiciones de sintetizar para qué sirven, cuál es su utiildad:

1º *Comparar.* Para determinar semejanzas con el hombre medio, con lo "normal". Determinar diferencias y semejanzas con el tipo de sujeto que una estructura social, en determinado momento necesita y condiciona en el proceso de reproducción ideológica de los sujetos, a través del proceso de sujetación.

[6] Miller, George, *op. cit.*, p. 16 y 18.

2º Comparar para *clasificar*. Esto permite establecer una verdadera jerarquía funcional entre los individuos de una sociedad. Funcional quiere decir que se funciona, es lo opuesto a disfuncional. Funcional o disfuncional ¿respecto a qué?: a las necesidades de una estructura social para seguir manteniéndose tal como existe.

3º Comparar y clasificar para *seleccionar*. Esa selección racional con que soñaba Galton y que sería el objetivo de la "ciencia de la eugenesia humana".

4º Clasificar y seleccionar para *predecir* la conducta futura posible en determinada situación. Nos reencontramos aquí con uno de los postulados del positivismo: ver para prever. ¿Para qué interesa esto? Para evitar el riesgo de los disfuncionales que no se adecúan al lugar que la estructura les tiene asignado. Para decirlo con palabras conocidas: más vale prevenir que curar.

¿A qué demanda está respondiendo toda esta oferta? Los tests mentales son los instrumentos que utiliza el psicólogo en su práctica técnica. Remitimos al capítulo final, sobre rol del psicólogo, donde el tema es debatido con más amplitud. Adelantemos, sintéticamente, que una *práctica técnica* es un conjunto que implica transformaciones en una materia prima por el uso de instrumentos para obtener un producto, ya que se habla de "práctica"; lo de "técnica" remite al campo de lo empírico donde la presencia de un producto a obtener, en el caso de la psicología el hombre adaptado e integrado, es importante, porque viene determinado por la estructura social, responde a una demanda que se define al margen de la técnica misma. Porque ésta no es un momento aislado ni independiente, neutral o incontaminado. Forma parte y se articula en un complejo sistema de prácticas que es la práctica social, y en ella hay una red de sobredeterminaciones. Aspectos determinantes que no tienen todos el mismo valor por ocupar posiciones diferenciadas. El factor determinante en última instancia es la práctica económica, es decir, la compleja organización de fuerzas productivas y relaciones de producción, relaciones asimétricas, caracterizadas por la desigualdad de los que se relacionan.

La demanda que satisface la práctica técnica está definida por el todo organizado de la propia práctica social y, fundamentalmente, por el modo de producción imperante. Pero como determinado producto sólo puede alcanzarse con determinado instrumental, éste también es un efecto de tal demanda. El procedimiento de comparar, clasificar funcionalmente, seleccionar racio-

nalmente, no existe porque existan los tests mentales sino que éstos se desarrollaron porque se trataba de una sociedad que necesitaba ejercer esa selección racional, que no podía confiar en la "selección natural", que necesitaba no parecer arbitraria en ese proceso, que necesitaba un instrumental "útil" a sus objetivos pero que los pudiese hacer pasar como fundamentados en un saber científico, la que formuló determinado encargo a la psicología. Por eso dijimos, al comenzar el capítulo anterior, que la psicología "necesitaba" ser ciencia, parecerlo al menos, para ocultar tras los velos del cientificismo y la tecnocracia los intereses a que responde. "Saint-Simon deseaba la elaboración de una política positiva, apartando del poder a metafísicos y juristas, ineptos para dirigir una sociedad industrial cuyos productores (de hecho los capitalistas) serían los únicos capaces de elaborar el programa. Al mismo tiempo deseaba la elaboración de una ideología que sirviera de base a la sociedad industrial. No es imposible que la psicología moderna haya respondido en cierta medida, a este deseo y que hoy en día se ofrezca —y más se ofrecerá en el futuro— como el sustituto ideológico de cierta política inalcanzable" [7] La psicología académica es ese conjunto de racionalizaciones ideológicas, además de un conjunto de técnicas para el manejo de las representaciones y conducta humana, entre ellas, los tests mentales. Es lo que hace tan interesante y lo que "tiene que tener" esta "ciencia" para que el empresario norteamericano gaste en ella sus dólares.

INVENTARIOS DE PERSONALIDAD

No desarrollaremos aquí lo que hace a su construcción o aplicación. El análisis epistemológico de su fundamentación y de los productos que permite obtener, se ajusta a lo desarrollado en este capítulo sobre los tests mentales; aquí, más aún que en los tests de inteligencia, bastaría agregar la lectura crítica del contenido y dimensiones de la conducta que describe un inventario de personalidad, para poner al descubierto el registro ideológico al que pertenece. Introducimos este tema para ampliar la perspectiva en la cual hemos intentado el análisis de los tests mentales, subrayando su articulación en la práctica social como técnicas eficaces

[7] Delcule, Didier, *La psicología, mito científico,* Barcelona, Anagrama, 1972, p. 162.

en la medida que responden al encargo que la clase dominante les ha formulado.

Mientras que un test de inteligencia analiza fundamentalmente lo que un sujeto puede hacer, el inventario de personalidad busca poner de relieve la "conducta típica", es decir, cómo hace habitualmente eso "que puede hacer", en qué forma lo efectiviza en la práctica, lo cual remite a esos aspectos relativamente constantes de su conducta. Esto permite predecir conducta futura y completar así la información aportada por los tests de rendimiento, convirtiéndose en arma importante para predecir posibilidad de "triunfo" o "fracaso" de un sujeto en una tarea que se ha detectado está en condiciones de realizar en cuanto habilidades necesarias.

Un inventario de personalidad consiste en una lista de preguntas o proposiciones referidas a sí mismo y relativas a aspectos observables y autopercibibles de la conducta, que deben ser respondidas por el sujeto en cuestión: si se aplica o no a sí mismo o si tiene duda al respecto. Veamos algunos ejemplos tomados del difundido *Inventario de personalidad de Guilford-Zimmerman:*

A veces quisiera romper cosas.
Desearía no estar perturbado por pensamientos sexuales.
Está bien hacer cosas al borde de la ley, siempre y cuando uno no las viole.
En algunas circunstancias he deseado mandarme a mudar de casa.
Se me conoce como un trabajador constante e incansable.

El inventario de personalidad implica una forma de autoobservación e implica: por una parte, suponer que de ella se extrae la "verdad" de uno mismo (como la observación de las cosas permitiría extraer la verdad de ellas), y, por otra, ignorar los aportes de la teoría psicoanalítica sobre lo que es la conciencia, precisamente conciencia del desconocimiento de uno mismo, de lo que nos ha determinado como tales, del conflicto edípico, del proceso de represión, de la formación de la instancia superyoica, etc.

Cuando se caracteriza el inventario de personalidad en los manuales, se dice que no hay respuestas "buenas" o "malas", que todas son "válidas". Efectivamente, en relación a los tests de conocimiento, en los que las respuestas son positivas o negativas, están bien o mal, el inventario ofrece una diferencia. Pero esto no tiene nada que ver con una supuesta neutralidad del instrumento donde "todo está bien, es aceptable", y aquí necesitamos matizar un poco esa expresión de que toda respuesta es "válida".

Desde el momento que el objetivo es una selección racional y poder detectar los disfuncionales, lo "válido" es ajustarse a las normas y conductas aceptadas y necesarias para el objetivo para el cuál se aplica el instrumento; por ejemplo, en la selección de personal para una tarea, no toda conducta típica es "válida", sino la que se ha determinado que requiere la tarea para un correcto ajuste del hombre a ella con vistas a lograr su adaptación e integración, su desempeño eficiente para el punto de vista de la empresa que lo contrata.

Los inventarios de personalidad reconocieron un desarrollo más tardío que los tests de rendimiento y aptitudes y vinieron a suplir una "deficiencia" de estos en el producto que ofrecían al encargo formulado. Con ese producto tenía que ver la noción de adaptación, de adaptación a situaciones nuevas (según la definición que proponían de inteligencia). Pero a poco de andar empezó a verse que no bastaba adaptación, que no era suficiente con detectar nivel intelectual. Así, muchas veces, el alumno más inteligente era el que lograba menos rendimiento escolar o era el más revoltoso del grado; el obrero más hábil para determinada tarea muchas veces, resultaba un activo sindicalista que incitaba a la huelga para reclamar por las condiciones en que se realizaba la tarea; el empleado más capaz en su puesto, muchas veces, no se interesaba por los fines de la empresa y, en consecuencia, no le era fiel, no produciendo lo que su capacidad hacía esperar; el soldado más apto, muchas veces, decidía abandonar el campo de batalla por no entender qué hacía allí, porque se le había ocurrido preguntarse qué tenía que ver con esa guerra. En síntesis, que para la demanda formulada no bastaba con detectar adaptación con las tres nociones que la flanquean: eficacia, productividad, rendimiento; era precisa la *integración* del individuo al lugar asignado, se trataba de una adaptación reforzada, de detectar adaptación total de la persona, de su conducta y de su pensamiento, a la institución. A este objetivo respondieron los inventarios de personalidad, lo cuál explica su "desarrollo más tardío".

Presentamos a continuación las dimensiones de conducta que buscan evaluar algunos de los más difundidos y valorados inventarios de personalidad:[8]

Billet-Starr Youth Problems Inventory, cubre ciertas áreas como: relaciones intersexuales, economía personal y proyectos para el futuro.

California Personality Inventory, incluye entre otros rasgos: sociabilidad, tolerancia, eficacia intelectual.

[8] Tomada de Cronbach, L., *op. cit.*, p. 509.

California Test of Personality, proporciona datos sobre ajuste personal y social.

Gordon Personal Profile and Gordon Personal Inventory, mide dominancia, responsabilidad, estabilidad emotiva, sociabilidad, cautela, relaciones personales.

Mooney Problem Check Lists, que revela los problemas en áreas tales como moral, economía y condiciones de vida, ajuste a las labores escolares y relaciones sociales.

The 16 P F Test, que mide aspectos tales como radicalismo, estabilidad emotiva y control de la voluntad.

La lista podría continuarse, pero el contenido no cambiaría mucho. Ante tantas "dimensiones" de la conducta que se intenta evaluar debemos preguntarnos qué son, qué significan y a quién interesa información sobre tales aspectos y para qué. ¿A quién interesa enterarse de los "proyectos para el futuro" de un individuo? "Ajuste personal y social", ¿ajuste a qué?, ¿qué se quiere decir con tal palabra?, ¿para qué se quiere conocer tal "ajuste"? "Control de la voluntad", "estabilidad afectiva", ¿por qué es necesario conocer acerca de la posibilidad de no "estallar" de un individuo ante determinadas situaciones de la estructura social en que está inserto? Se trata de términos y definiciones que remiten a un discurso ideológico, donde se parte de los parámetros fijados por el sentido común, por la ideología e intereses dominantes y se llega a su reproducción especular.

Sobre el carácter ideológico del producto de estos instrumentos ya sabíamos. Pero se agitará su "utilidad". Y, efectivamente, son "útiles", eso permite comprender la acogida que han tenido, "útiles" para determinados intereses, para aquéllos que están preocupados en detectar en el individuo que busca un trabajo para sobrevivir al futuro obrero "desintegrado", "disfuncional, y tomar las prevenciones del caso (no emplearlo); en el soldado raso al que se rebelará en el campo de batalla o que, por el contrario, se "integrará" y acatará sin cuestionar ni cuestionarse el lugar y normas que se le han asignado. Es decir, la utilidad y eficacia no son ilusorias, se definen por la demanda y encargo social y vienen determinados por la demanda a que responde una técnica y que se define al margen de la técnica misma.

CAPÍTULO 9

EL MÉTODO PSICOANALÍTICO

MARCELO PASTERNAC

> El método psicoanalítico designa un conjunto de procedimientos de estructuración de los objetos psicoanalíticos capaz de operar o en el interior mismo de la situación psicoanalítica o fuera de su realización efectiva quedando entendido que solamente la situación psicoanalítica garantiza la validez de las construcciones del método.
>
> MICHEL TORT: *El psicoanálisis en el materialismo histórico*

> Conservad en vuestra memoria, a título de modelo, el método seguido en el estudio de estos fenómenos (actos fallidos), método que habrá ya revelado a vuestros ojos cuáles son las intenciones de nuestra psicología. No queremos limitarnos a describir y clasificar los fenómenos: queremos también concebirlos como indicios de un mecanismo (...) y como la manifestación de tendencias que aspiran a un fin definido y laboran unas veces en la misma dirección y otras en direcciones opuestas. Intentamos, pues, formarnos una concepción dinámica de los fenómenos psíquicos, concepción en la cual los fenómenos observados pasan a segundo término, ocupando el primero las tendencias de las que se los supone indicios.
>
> SIGMUND FREUD: *Introducción al psicoanálisis*

En el interior del campo ambiguo designado con el nombre de psicología, el psicoanálisis constituye el ejemplo privilegiado de una disciplina que satisface las condiciones de ruptura con un complejo de nociones precientíficas así como la presencia solidaria de aspectos metodológicos teóricos y técnicos. Por ello queda planteado a partir de su existencia el problema del carácter de su relación con el conjunto de la psicología, ya sea en calidad de núcleo racional de toda esta región de fenómenos o sólo de un sector de los mismos.

Laplanche y Pontalis ofrecen en su *Diccionario* [1] una definición que desarrolla la que el mismo Freud diera en 1922 distinguiendo tres órdenes de problemas bajo la misma designación. En primer lugar el psicoanálisis se define como *un método de investigación* que permite evidenciar la significación inconsciente de actos, palabras y producciones imaginarias (como sueños, fantasías, delirios) fundándose en las libres asociaciones del sujeto, que permiten construir interpretaciones. Según Laplanche y Pontalis, la interpretación psicoanalítica puede extenderse a producciones humanas para las que no se dispone de dichas asociaciones.[2] En segundo término es *un método psicoterapéutico* fundado sobre esa investigación y caracterizado por las interpretaciones de la resistencia, la transferencia y el deseo. Finalmente se designa también con el nombre de psicoanálisis el *conjunto de teorías* producidas que, según dichos autores, forman progresivamente una disciplina científica.

Con lo visto en capítulos anteriores disponemos de elementos para afirmar, por nuestra parte, que sólo es progresivo el desarrollo de una ciencia ya constituída, pero su fundación no se da de una manera progresiva; no es un progreso puntual sino el resultado de una revolución teórica que, sobre la base de una práctica precientífica anterior, da origen o comienzo a la práctica científica por apertura de una problemática distinta, aunque siempre dispuesta para un desarrollo posterior.

De cualquier modo, y dejando de lado este aspecto discutible, podemos observar en las deficiones mencionadas cómo resulta ineludible la inclusión en ellas, tanto de los objetos de conocimiento (específicos) como del método y la teoría, todos ellos específicos de la disciplina en cuestión. El método psicoanalítico es indisociable del conjunto del psicoanálisis que, a su vez, se define como método de investigación *y* como método psicoterapéutico.

Podemos preguntarnos *cómo* se produce la emergencia de este conjunto indisociable a partir del universo de experiencias que lo precede: ello constituye el problema del procedimiento de ruptura epistemológica en psicoanálisis. También nos interesa reflexionar sobre el modo en que opera, producida esa revolución teórica, el psicoanálisis en cuanto método teórico y técnico.

[1] Laplanche J., y Pontalis, J. B., *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Ed. Labor, 1972.

[2] Véase *El chiste y su relación con el inconsciente*, en Freud, S., *Obras completas*, tomo I, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948. De ahora en adelante O.C. designará *Obras completas*.

LA RUPTURA EPISTEMOLÓGICA EN PSICOANÁLISIS

Freud fue el fundador del psicoanálisis. He aquí una información que toda persona medianamente cultivada posee. Podría parecer, entonces, que la *vía más lógica* para abordar el proceso productivo de la ruptura debería consistir en la investigación cronológica de la vida de su "creador" para marcar así el momento de su emergencia. Nadie puede discutir la importancia de la actividad concreta de su autor y la exploración de la misma nos brinda, en efecto, importantes elementos. Pero alertamos al lector: esta vía, rica en informaciones, sólo tiene sentido porque *reconstruimos* el proceso de la ruptura *después que ella fue constituida*. Sólo con la teoría científica ya establecida estamos armados para buscar en su prehistoria las marcas de las elaboraciones que le permitieron emerger en el momento oportuno. Esta observación es esencial pues sin ella recaeríamos en el error de pensar que un sujeto (Freud, en este caso) se fijó como objetivo producir una ciencia y entonces pudo dedicarse a acumular los "ladrillos" conceptuales hasta contar con un número suficiente para construir el "edificio" teórico.

Claro que no es indiferente el pasado personal de Freud, cuyo análisis podría explicar por qué se dedicó a la empresa, ni tampoco lo es el panorama ideológico que lo abarcaba y precedía, pues nos muestra con qué obstáculos debió enfrentarse o, mejor aún, qué obstáculos visualizó como problemas a resolver a través de sus investigaciones. Porque para nosotros su designación como obstáculos sólo resulta posible a partir de la ciencia constituida. Para muchos de sus contemporáneos, en cambio, el problema ni siquiera existía, pues no era reconocido como tal. Así, por ejemplo, los sueños no eran considerados generalmente como fenómenos psíquicos. En el curso de ese proceso sólo para Freud existían, entonces, ciertos obstáculos en la medida en que eran reconocidos como un problema a resolver, creándose las condiciones para no permanecer prisionero en la problemática ideológica preexistente. Este trabajo en plena frontera del conocimiento no podía realizarse sino con los "medios de a bordo" tomados del contorno de su época buscándolos en ciencias constituidas, (como la física y la biología) o sometiendo a crítica las ideas circulantes.

¿Por qué debía ser justamente él, Freud, quien emprendiera esa tarea? Este aspecto escapa al tema del método y su epistemología y exige el trabajo del historiador, armado de instrumentos analíticos sobre todo el material de los datos disponibles. Señalamos

esta cuestión como un problema que merece un desarrollo especial en un contexto distinto al de esta obra.

Si tenemos en cuenta el marco de esta visión recurrente desde la ciencia constituida hacia su prehistoria y el condicionamiento social y psicológico del sujeto Freud podemos seguir someramente el proceso de los ensayos y correcciones que históricamente debió realizar pero *no para cumplir el proyecto consciente de fundar una ciencia sino para dar respuesta a una demanda,* la de pacientes que exigían "curación" *y a una carencia,* la de su tiempo, de instrumentos conceptuales y secundariamente técnicos para ello. Eludimos aquí reconstruir el camino de su elección profesional. Nos limitamos a recordar que, sometido a imperativos económicos, Freud abandona la investigación médica y se instala como especialista en neurología después de su entrenamiento en el Hospital General de Viena.

En busca de una clientela privada, Freud comienza utilizando como método terapéutico la hipnosis y la electroterapia de Erb, usando un dispositivo que permitía aplicar influjos eléctricos con vistas a la obtención de resultados terapéuticos. Las razones eran bien utilitarias: poder seguir a los pacientes un tiempo prolongado, pues la derivación a un establecimiento de aguas termales "tras una sola consulta" reducía los ingresos. Esta motivación, crudamente utilitaria, no impidió a Freud observar de inmediato que, a pesar de venir respaldadas por un manual firmado por un destacado y consagrado neuropatólogo, las aplicaciones de ese método carecían de toda eficacia o debían a la sugestión su limitada acción. Su interés económico no le impide pues observar los errores, actitud clave que le permite siempre formular preguntas agudas al universo de los acontecimientos que oponen resistencia a las generalizaciones ideológicas disponibles. Conciliando sus necesidades de una clientela amplia con las de una técnica más eficaz Freud deja los pacientes neurológicos con escasas perspectivas de mejoría y se inclina al tratamiento de neuróticos utilizando la hipnosis que, además, le permitía sentirse "halagado por la fama de conseguir curas milagrosas". Freud no oculta en su *Autobiografía* de 1925 esta doble motivación: la de liberarse del sentimiento de impotencia ante las demandas del paciente y la de procurarse una clientela numerosa. Por una vez más, agrega, "más tarde descubrí los inconvenientes de este procedimiento" [3] Mientras tanto Freud se perfecciona acudiendo a los centros más prestigiosos de su tiempo. Concurre así, becado, a los servicios de Charcot y Bernheim en Francia. En las salas del primero, en La

[3] *O.C.*, t. II p. 925.

Salpetrière, de París, tiene la ocasión de ver a Charcot aplicando su método clínico en pacientes histéricos.

Charcot trabajaba como un hábil observador inspeccionando constantemente, sin descanso, la conducta de los pacientes histéricos. Su metodología era "dejar hablar a los hechos", basada en la suposición (propia del empirismo positivista) de que de la pura exposición cuidadosa de los hechos surgiría un conocimiento. Ello permitía, al menos, la obtención de descripciones muy ricas y además la observación de la aplicación de métodos sugestivos —en los que Charcot era un maestro consumado— y de sus resultados. En el servicio de Bernheim, en Nancy, Freud completó su información sobre la utilización de la hipnosis. Allí pudo observar además un fenómeno con muchas implicancias, legibles hoy por recurrencia, para la teoría del inconsciente, el de la sugestión posthipnótica. Si por ejemplo a un paciente bajo hipnosis se le sugería que cuando saliese del trance realizaría una conducta extravagante tal como la de circular gateando por la habitación, el sujeto una vez "despertado" actuaba efectivamente de ese modo diciendo para justificar su conducta que buscaba un objeto que se le habría caído. Hecho muy llamativo por cuanto no sólo el paciente era inconsciente de las razones por las que obraba de tal modo sino que además las reemplazaba poniendo en acción recursos racionalizadores que lograban dar coherencia a sus actos. Hoy vemos allí la exigencia de una teoría que dé cuenta de ese desconocimiento y de tal sustitución, que Freud no podía aún conceptualizar pero que en cambio, reconoció como problema irresuelto.

De regreso en Viena, Freud se acerca a Breuer quien tenía experiencia previa en el uso terapéutico de la hipnosis. Pero en su método había una importante modificación con relación a la escuela de Nancy: Breuer no hacía sugestiones bajo hipnosis. Partiendo de la concepción de que lo que ocurría con los pacientes histéricos era una especie de escisión que aislaba grupos de representaciones desvinculadas del resto de la conciencia ("estados hipnoides") llegaba a la conclusión de que la situación hipnótica debía ser aprovechada para permitir la expresión espontánea del sujeto y con ello la emergencia del material escindido, acompañada de una reacción afectiva (la abreacción) con eliminación de los síntomas originados por la "retención" de esos contenidos. En esta forma de trabajar de Breuer está presente una de las líneas cuyo desarrollo y confluencia se habrá de organizar en lo que luego veremos como la regla de las asociaciones libres. Reconocía además, la existencia de contenidos inconscientes.

Breuer había relatado a Freud la forma en que había conducido en 1882 el tratamiento de una paciente histérica (el "caso Anna O.") usando la hipnosis en la forma indicada más arriba. Este aporte de Breuer influyó sobre Freud y es un episodio del proceso que se puede seguir en su conducta con los otros casos publicados en los historiales clínicos de *La histeria*[4] y en la correspondencia de Freud. Se observa como, trabajando en pleno territorio de lo desconocido, abandonada la electroterapia de Erb, va pasando de la hipnosis a la sugestión en estado vigil y luego a una forma primordial de asociaciones respondiendo a las exigencias impuestas, en unos casos, por los mismos pacientes, y en otros por sus propias dificultades técnicas para lograr producir la hipnosis. Pero esta búsqueda técnica es solidaria de la orientación teórica (ideológica en esta fase) que impone la concepción articulada de la catarsis, la abreacción y el supuesto origen traumático de la neurosis: puesto que en una ocasión traumática un afecto no ha podido expresarse en forma adecuada (en protestas, lamentos, gritos, agresiones, etc.) ha generado un grupo de representaciones retenidas, escindidas o impedidas de expresión que en el tratamiento es cuestión de rememorar por hipnosis, sugestión o por simple emergencia en el fluir de las asociaciones. Cuando ello se logra se produce también la eclosión catártica (purificadora) del afecto acompañando la verbalización (que reemplaza los actos omitidos) y la curación podrá producirse.

Podría creerse, en una aproximación ingenua, que todos estos elementos son desarrollados progresivamentee para dar la teoría madura y su técnica correlativa. La abreacción y la catarsis, como nociones, encontrarían su desarrollo teórico ulterior en los fenómenos transferenciales y en las manifestaciones emocionales que acompañan el desarrollo de la cura analítica; las asociaciones libres estarían en la continuidad de la hipnosis rememorativa y en cuanto a la concepción del suceso traumático sería desplazado simplemente hacia un pasado más arcaico hasta confundirse con la situación problemática edípica. Pero no es así. Existe una diferencia de problemática que da, en la teoría científica ya constituida, un *nuevo lugar* y un *nuevo sentido* a los fenómenos que antes sólo iban siendo señalados como datos empíricos generalizados o como obstáculos a superar. Claro está que la producción del cambio de problemática (ruptura) no se da en el vacío, es resultado de la elaboración de las contradicciones de la concepción y la práctica de las que se partió.

[4] *O.C.*, t. I, pp. 25-130.

Freud va realizando intentos de elaboración teórica para dar respuesta a los fenómenos complejos que enfrenta en su trabajo clínico. Así desarrolla otras líneas como la del trabajo sobre la interpretación de los sueños que aparecían en los relatos espontáneos de los pacientes y se aboca al análisis de sus propias producciones oníricas ("autoanálisis"). Esta jerarquización del sueño como "acto psíquico completo y significativo" muestra cómo el cambio de perspectiva que va operando implica destacar en lo que hasta entonces era visto como fenómeno banal, *un problema, un trabajo* de esclarecimiento *a realizar*. Contrapuesto a la vez a concepciones que degradan al sueño a mera actualización incoordinada de excitaciones neurofisiológicas y a una tradición popular que le otorga valor profético global. Freud rescata de esta última, sin confundirse con ella, la idea del valor significativo de los sueños y la inserta en un campo novedoso de problemas concluyendo que, al igual que los síntomas neuróticos, son realizaciones de deseos. Simultáneamente ensaya una formulación sistemática, que, vinculada con concepciones biológicas,[5] implica la aplicación de recursos de la física y de la biología para intentar explicar desde una postura materialista la dinámica de la sintomatología neurótica y el funcionamiento psíquico en general. Toma, para ello, elementos de la termodinámica y postula, por analogía, el principio de constancia, coherente con la concepción de la abreacción y el método catártico, pues supone un nivel energético interior al aparato psíquico (cuyo modelo intenta estructurar) que, para permanecer constante, debe evacuar los montos de energía originados por estados de excitación. Pero esto sería propio solamente de un grupo de fenómenos que constituyen el "proceso secundario". Además supone otro sistema, el "proceso primario", en el que la energía circularía libremente, con tendencia a una evacuación total y con ello a llegar a un estado de inercia total en el que el nivel de energía sería nulo (= 0). Esta construcción puramente hipotética considerada fallida por el mismo Freud (quien la dejó inédita) constituye sin embargo un esfuerzo de elaboración teórica que hace las veces, en este proceso de la ruptura, de un ensayo de constitución de un modelo que pueda dar cuenta de los fenómenos que la práctica clínica imponía cotidianamente a su atención. Aquí lo mencionamos sin desarrollarlo en toda su complejidad sólo para mostrar cómo se realizaba el trabajo que desde nuestra perspectiva llamamos de ruptura: uso de la experiencia clínica, desarrollo de técnicas en función de las exigencias de cada

[5] *Proyecto de psicología para neurólogos*, 1895, *O.C.*, t. III, pp. 883-968.

situación, ensayos de formulaciones teóricas que den cuenta de aquella experiencia importando los instrumentos de la ciencia consolidada de su época, reconocimiento de las contradicciones, errores y fracasos que, lejos de ser negativos, constituyen para quien se inscribe en un proyecto científico un momento positivo de la corrección del error como condición de la producción del conocimiento.

El abandono (o mejor, la superación) de la teoría de la seducción nos brinda un ejemplo significativo de este proceso. Entre 1893 y 1897 Freud sistematiza un hecho clínico que encuentra reiteradamente en sus pacientes: el relato de haber sido objeto de un acto perverso por parte de un adulto (con frecuencia el padre del paciente), ocasión en que el sujeto vivió "asustado" la agresión sexual (o formas intermedias que no llegaron a un atentado sexual manifiesto). Freud generaliza sus repetidos hallazgos y formula la teoría de un desarrollo en dos tiempos. En el primero el niño, al no comprender la exacta naturaleza del episodio y no estar desarrollado orgánicamente para responder a la excitación, se limita a vivir el acontecimiento sin ninguna tonalidad emocional particular. Pero el "susto" se produce en cambio en un segundo tiempo cuando, por rasgos asociativos a veces secundarios, un nuevo acontecimiento evoca el recuerdo del primero. Este evento (posterior a la pubertad) desencadena la emoción que correspondía al episodio "sexual presexual" (Laplanche) pero el recuerdo en sí no aparece, pues ha sufrido un proceso de represión inconsciente. Ahora bien, Freud comienza a acumular observaciones y razonamientos que ponen en tela de juicio el mismo edificio teórico que acaba de construir. Lo inquieta sobre todo que estas formulaciones y esos hallazgos no permitan llevar a buena conclusión los análisis así como la inesperada frecuencia de la histeria que obligaría a suponer una generalización —poco probable, dice Freud— de actos perversos paternos contra sus niños. Se dispone entonces a dejar de lado la teoría que tan laboriosamente había construido.. Escribe, entonces, a su confidente (Fliess) el 21 de septiembre de 1897 refiriéndose a las dudas que esta crisis le impone: "Si yo me sintiera deprimido, confuso y agotado, tales dudas bien podrían interpretarse como signos de debilidad, pero como me encuentro justamente en el estado contrario, debo admitirlas como resultado de un trabajo intelectual sincero y enérgico, pudiendo sentirme orgulloso de ser todavía capaz de ejercer semejante autocrítica después de haber profundizado mi tema a tal punto. ¿Serán estas dudas sólo un episodio en mi progreso hacia nuevos conocimientos? "Y agrega" también es curioso que no me sienta avergonzado en lo mínimo

aunque bien sé que tendría motivos de sentirme así. Por cierto que 'no lo proclamaré en Dan ni hablaré de ello en Ascalón, en tierras de los filisteos' pero, *inter nos, en realidad tengo más bien la sensación de un triunfo que de una derrota* (por incorecto que ello parezca)".[6]

Creemos que en este ejemplo es visible el sentido que tiene el levantamiento de un obstáculo epistemológico vuelto posible al visualizar el carácter ideológico de una construcción teórica dada. Freud tiene la sensación de un triunfo porque ha abierto el camino del error corregido que es, como hemos visto, el de la ciencia. Y ese camino lo conducirá, por el rodeo de su autoanálisis y este descarte de la teoría de la seducción, nada menos que a la teoría ulterior sobre las fantasías inconscientes, las características de la realidad psíquica, la sexualidad infantil. Es que simultáneamente con este proceso, y vinculado con acontecimientos recientes de su vida (Jacob Freud, su padre, había muerto un año antes) Freud desarrolla su autoanálisis, con interpretación de sueños a partir de 1895, y desemboca en la concepción sobre el complejo de Edipo. Escribe entonces, menos de un mes después de la carta recién citada; al mismo Fliess: "Se me ha ocurrido sólo una idea de valor general. También en mí comprobé el amor por la madre y los celos contra el padre, al punto que los considero ahora como un fenómeno general de la temprana infancia..." y explica el "apasionante hechizo del Edipo Rey" de Sófocles: "Cada uno de los espectadores fue una vez en germen y en su fantasía, un Edipo semejante y ante la realización onírica trasladada aquí a la realidad, todos retrocedemos horrorizados, dominados por el pleno impacto de toda la represión que separa nuestro estado infantil de nuestro estado actual".[7]

Citemos otra línea de contradicciones en desarrollo que va a confluir con las restantes para madurar la coyuntura que permitirá finalmente a Freud dar el salto a una nueva problemática: al publicar los *Estudios sobre la histeria* debe conciliar con la experiencia de Breuer y ello se traduce en una clasificación en tres grupos en la que haciéndose concesiones mutuas de distinto nivel, Freud y Breuer hablan de histeria de retención, de histeria hipnoide y de histeria de defensa.

Si observamos qué implica cada una de estas tres formas del fenómeno evocado por la noción de histeria reconoceremos en ello el germen del proceso ulterior y las contradicciones que im-

[6] *O. C.*, t. III, p. 779. El subrayado es nuestro.
[7] *O. C.*, t. III, p. 785.

pondrán una nueva síntesis. "Histeria hipnoide" es una nueva designación que procede de Breuer, quien sostenía que había grupos de representaciones aisladas del devenir del conjunto de las asociaciones; un grupo de representaciones, de ideas que estaba separado de las restantes, escindido de ellas. Estando escindidas del resto este grupo aislado era responsable de las manifestaciones histéricas. Cuando este mecanismo era responsable del cuadro clínico podía hablarse de histeria hipnoide.

Por otro lado, se diferenciaba la forma llamada "de retención". Se suponía que en ella la escisión no era tan profunda. Ciertas condiciones sociales impedían la expresión de lo que un grupo de asociaciones debía manifestar y entonces las representaciones correspondientes eran "retenidas" lo que se manifestaba dando origen a síntomas histéricos.

La tercera forma, "histeria de defensa", fue elaborada por Freud. Podemos ver hoy en ella una expresión provisoria, transitoria de su desarrollo teórico. Trabajando con pacientes histéricos observaba que la metodología usada entonces (la hipnosis o la imposición sugestiva de la mano sobre la frente incitando a decir los pensamientos o imágenes aparecidas) no bastaba para permitir la abreacción, es decir, la emergencia acompañada de cargas afectivas, de esos materiales que habrían estado imposibilitados de surgir anteriormente. Para explicarlo postuló la existencia en estos casos de una defensa de la personalidad del sujeto histérico qu impedía que lo retenido pudiera expresarse.

Podemos vislumbrar en esta concepción de la defensa un indicio de problemas que van a exigir la concepción dinámica del conflicto entre fuerzas opuestas que habrá de explicar el síntoma histérico. En un momento ulterior, en efecto, Freud desecha tanto la histeria de retención como la hipnoide y el concepto de defensa pasa a tener un lugar fundamental en la estructura teórica de la ciencia constituída vinculada con el problema del *conflicto defensivo* solidario, a su vez, de una concepción dinámica de fuerzas o instancias en conflicto. En ésta los elementos precientíficos dan origen, en la medida que hay hechos empíricos que lo exigen, a nuevas consecuencias teóricas: así la concepción de los estados hipnoides con la escisión que implica es refundida y transformada (en esta nueva estructura conceptual) en la primera teoría del aparato psíquico con sus instancias (consciente, preconsciente e inconsciente).

Avances y retrocesos, ensayos y errores, modelos provisorios, experiencia clínica y autoanálisis, desarrollo de contradicciones entre nociones propia y ajenas, dificultades técnicas impuestas

por resistencias (empíricas) de los pacientes o insuficiencias confesadas por el mismo Freud, todo ello marcado por una decisión de no defender una elaboración cuando los hechos muestran sus insuficiencias... Este cúmulo de circunstancias aparentemente desordenadas, organizadas por un trabajo titánico contra la corriente de los lugares comunes de la ideología de su época ha desarrollado a la vez tres vías coherentes: 1] el aislamiento de los objetos cuyo conocimiento quiere producir: síntomas neuróticos, sueños, etc. 2] técnicas para operar a partir de esos materiales que culminan en la regla: asociaciones libres, y 3] elaboración de teorías que den cuenta de esos objetos. Freud está pues en condiciones de producir su primera elaboración científica y romper con el pasado. Y entonces, como queriendo marcar con nitidez una época que se cierra y otra era que se inaugura hace fechar en 1900 la primera edición de *La interpretación de los sueños,* el texto de la ruptura, aparecido en realidad el 4 de noviembre de 1899. Allí, en el capítulo titulado "Psicología de los procesos oníricos", Freud ofrece su primera elaboración intracientífica de la nueva región de objetos de conocimiento conquistada para las disciplinas científicas, el primer ejemplo claramente discernible de trabajo teórico científico en el campo de lo específicamente psicológico.

EL MÉTODO TEÓRICO EN PSICOANÁLISIS

Aunque su libro se refiere a *La interpretación de los sueños* Freud apunta en él a objetivos más amplios. La restricción del tema tiene el carácter de una ejemplificación conveniente de un método y una teoría que pueden ampliarse a otros aspectos con los que se intervincula, particularmente los síntomas neuróticos y acontecimientos cotidianos aparentemente banales como los olvidos, lapsus, etc. Todos ellos quedan señalados pues como *los objetos de conocimiento del psicoanálisis* (véase capítulo: Introducción al problema de los métodos en psicología). "La más minuciosa investigación del sueño o de cualquier otra función *aislada* no es suficiente para proporcionarnos deducción alguna sobre la construcción y el funcionamiento del instrumento psíquico " (el aparato psíquico) "pues para lograr tal resultado habremos de acumular todo lo que un estudio comparativo de una serie de funciones psíquicas nos demuestre cómo constantemente necesa-

rio".[8] Es un trabajo que Freud viene realizando simultáneamente sobre las neurosis; "Todo sueño es desde luego una realización de deseos pero tiene que haber también otras formas de realizaciones anormales de deseos distintos del sueño. Así es en efecto pues la teoría de todos los síntomas psiconeuróticos culmina en el principio de que también estos productos tienen que ser considerados como realizaciones de deseos de lo inconsciente".[9]

De cualquier otro modo el sueño aparece como el ejemplo privilegiado, como la "vía regia" que conduce al inconsciente. Que conduce a su formulación como concepto, en el seno de una teoría científica y que también conduce a su conocimiento en la situación analítica en que aparece y es individualizado como formación de compromiso en un sujeto determinado. El sueño ofrece la particularidad de un episodio cuyo relato presenta características que no son las del discurrir consciente habitual del sujeto, dotado como está de frecuentes rasgos de ilogicidad. Pero además, pese a estos caracteres de irrealidad es aceptado por el sujeto y por su contorno social en la medida en que se da en condiciones que lo hacen tolerable como un fenómeno cuya irracionalidad aparente no descalifica a quien lo presenta: "los sueños, sueños son". Podríamos decir que Freud produjo justamente el conocimiento de que los sueños no son "solamente" sueños sino la expresión de una problemática inconsciente: los sueños son... realizaciones de deseos, y por lo tanto como diría poéticamente Paul Nizán "mientras el hombre sea incompleto soñará de noche".[10]

Freud realiza un inventario de las producciones asociativas de los pacientes a partir del relato literal del texto de los sueños y concluye en la existencia de un material latente tras dicha fachada manifiesta. En busca de una explicación para esta transformación pasa revista a las fuentes de los materiales de los sueños y las deformaciones y elaboraciones que ha podido discriminar en sus estudios, e inaugura sus reflexiones teóricas marcando la originalidad de su proyecto: "desde el momento en que queremos penetrar más profundamente en los procesos anímicos que se desarrollan en el sueño, todas nuestras rutas desembocan en las tinieblas". Cómo esclarecer el sueño, como proceso psíquico, si ello implica "referir una cosa a otra conocida y por el momento no existe conocimiento psicológico alguno al que po-

[8] *O. C.*, t. I, p. 536.
[9] *O. C.*, t. I, p. 564.
[10] Citado en J. P. Charrier, *L'inconscient et la psychanalyse*, París, PUF, 1968.

damos subordinar aquellos datos". "Nos vemos obligados, agrega, a establecer una serie de nuevas hipótesis relativas a la estructura del aparato anímico y al funcionamiento de las fuerzas que en él actúan".[11] Queda así fundada la *necesidad* de la estructura conceptual, teórica.

Nosotros nos limitaremos a seguir aquí solamente algunas de las líneas de este trabajo teórico inaugural de la problemática científica psicoanalítica en el curso del cual vemos a Freud proponer una serie de conceptos, abstracciones formalizadas, que le permiten en su movimiento racional dar cuenta de este fenómeno conflictual, empíricamente observable, aislado y circunscripto como problema a resolver, el relato de un sueño, realización de deseos contradictorios.

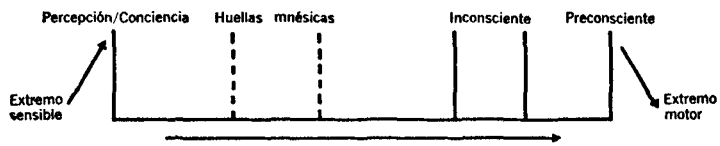
La elaboración teórica parte de la experiencia freudiana del período de la ruptura que le permite postular al sueño como un acto psíquico importante y completo, en el que se realizan deseos. Con ello Freud subraya la validez constante del principio del determinismo psíquico según el cual *todo* producto psicológico aún de apariencia banal reconoce significaciones que lo incluyen por lo tanto en la totalidad significativa de la actividad psíquica del sujeto. En el caso del sueño la clave es *la realización de deseos.* Pero estos deseos están en *conflicto* con prohibiciones y deben "disfrazarse", disimularse, para hacerse aceptables. Ello les permite burlar la prohibición y sortear la *censura psíquica.* Para ello las *representaciones* que corresponden a los deseos en cuestión sufren una elaboración onírica, *el trabajo del sueño,* que dispone de mecanismos como la *condensación,* el *desplazamiento,* la *representación por imágenes* y la *elaboración secundaria.* El resultado es el texto del relato obtenido, el *contenido manifiesto,* contrapuesto a las *ideas latentes* que han sufrido la elaboración onírica.

Hemos subrayado en este texto ciertas palabras para marcar su condición de conceptos articulados en la teoría psicoanalítica en el estado que ella muestra por el año 1900. No es nuestro objetivo aquí desarrollarlos in extenso. Sólo queremos ejemplificar cómo, para dar cuenta del "hecho" —relato de un sueño— la estructura teórica *debe* desarrollar un complejo de objetos teóricos, coherentes, que pueden poner a prueba su validez confrontados con el material empírico. En efecto, ¿cómo explicar los dos discursos, latente y manifiesto, esta transformación por elaboración, o trabajo del sueño, del primero en el segundo? ¿Cómo

[11] *O. C.*, t. I, p. 535.

dar cuenta del conflicto entre el deseo y los obstáculos que se oponen a su realización, *así como* de esos fenómenos de censura que deben ser sorteados en el relato resultante? El razonamiento impone "imaginar" que hay "lugares" diferentes donde se producen las transformaciones que efectúa el trabajo del sueño. Freud diseña entonces el primer modelo teórico del *aparato psíquico* (primera tópica) compuesto de instancias o sistemas que suponen una orientación espacial que será "recorrida" en una sucesión temporal determinada.

Se trata de un sistema de relaciones entre elementos abstractos, seleccionados y construidos explícitamente para permitir describir, explicar y aún prever determinados fenómenos.[12] El modelo del aparato psíquico no es un objeto material (anatómico por ejemplo) sino un instrumento conceptual, un objeto formal abstracto, que tiene con la realidad material la relación que mantiene el conocimiento con el objeto a conocer: son realidades diferentes, ninguna de ellas se reduce a la otra (eludiendo así los peligros del empirismo y del idealismo metafísico). Por eso el Freud científico no es idealista: no confunde realidad conceptual con realidad material reconociendo la especificidad y la irreductibilidad de ambas. Para él la representación de un "instrumento puesto al servicio de las funciones anímicas" no tiene "otro objeto que el de auxiliarnos en una tentativa de llegar a la comprensión de la complicada función psíquica total, dividiéndola y adscribiendo cada una de sus funciones aisladas a uno de los elementos del aparato".[13] Freud esquematiza éste así:



En este esquema la excitación de los procesos psíquicos sigue cierta dirección (representada por las flechas) entre un extremo sensible y un extremo motor. En el extremo sensible toda percepción actual es efímera, dando origen a huellas mnésicas y dejando libre ese extremo para la renovación constante de experiencias perceptuales, siempre momentáneas. Las huellas mné-

[12] Cf. en Bourdieu, P., Passeron, J. C. y Chamboredon, J. C., *Le métier de sociologue*, Bruselas, Mouton, 1968; el capítulo "Modèle et Théorie", pp. 81-85.
[13] *O. C.*, t. I, p. 548.

sicas que dejan esas experiencias son modificaciones permanentes del sistema (vinculadas con el fenómeno de la memoria) que pueden reactivarse (y entonces ser percibidas) al ser suscitadas por asociación a partir de acontecimientos ulteriores con los que mantienen semejanzas o relaciones exteriores o profundas, formales o significativas. Sólo lo que es actual en el extremo perceptivo es *consciente* y aporta "toda la variedad de las cualidades sensibles". En cambio los recuerdos, dice Freud, sin excluir los más profundos, son inconscientes: "Pueden devenir conscientes, pero no es posible dudar que despliegan todos sus efectos en estado inconsciente". Los recuerdos inconscientes de las primeras experiencias (y en particular de aquellas vinculadas con el apaciguamiento de tensiones internas producidas por necesidades, mediante la intervención exterior y las imágenes de objetos vinculados con esos acontecimientos) conducen a la búsqueda de reproducción de esa *experiencia de satisfacción* inicial originaria, estructuran por *apuntalamiento* [14] la problemática del deseo y entran en contradicción con prohibiciones (vinculadas con la situación edípica).

De modo que Freud debe postular una instancia censora que somete a crítica la actividad psíquica, excluyendo de la conciencia ciertos contenidos. Considera entonces en el extremo motor un sistema, el *preconsciente,* cuyos "procesos de excitación pueden pasar directamente a la conciencia siempre que aparezcan cumplidas determinadas condiciones, por ejemplo, la de cierta intensidad y cierta distribución de aquella función a la que damos el nombre de atención, etc.".[15] "Al sistema que se halla detrás de él le damos el nombre de *Inconsciente* porque no comunica con la conciencia sino a través de lo preconsciente, sistema que impone al proceso de excitación, a manera de peaje, determinadas transformaciones".[16]

El sueño realiza transaccionalmente deseos distintos, múltiples y contradictorios. Dispone de elementos diversos que debe elaborar: los *restos diurnos* o materiales del pensamiento de la vigilia previa, vinculados asociativamente con representantes inconscientes de deseos que les transfieren su carga de "energía psíquica". Las condiciones de relajación de la censura favorecidas por el dormir siguen exigiendo sin embargo cierta deformación del material latente. Cerrado por el reposo el camino hacia

[14] Cf. artículo "anaclítico" en el *Diccionario de psicoanálisis,* de Laplanche y Pontalis.

[15] *O. C.,* t. I, p. 550.

[16] *O. C.,* t. I, p. 550.

la motricidad el proceso onírico toma una dirección regresiva y va en el sentido opuesto de las flechas del esquema y al "llegar" a las huellas mnésicas utiliza la reactualización de imágenes, representaciones predominantemente visuales (es lo que hemos mencionado con la representabilidad por imágenes del sueño) que, sin peligro de tener consecuencias motoras (impedidas por el dormir), pueden ser percibidas y hacerse conscientes. Es en este "camino" hacia la conciencia por el rodeo de la regresión donde intervienen mecanismos como la condensación y el desplazamiento.

Estos dos mecanismos son característicos del Inconsciente. En éste rige lo que Freud denomina como *proceso primario* por contraposición al *proceso secundario* que corresponde al Preconsciente. Freud postula para el proceso primario una forma de energía libre, es decir, capaz de circular y *condensarse* en aquellas representaciones que constituyen encrucijadas de diversas cadenas de asociaciones pudiendo así disponer de gran intensidad una representación aparentemente secundaria en una secuencia. El *desplazamiento* se produce siguiendo líneas asociativas de semejanza aparentemente superficial o externa (que esconden en realidad razones más profundas para la asociación, a ser analizadas) aprovechando las ambigüedades de los términos significantes que permiten así su pertenencia a distintas líneas de significación. Las modificaciones determinadas en el contenido latente por estos dos mecanismos se ven favorecidas en su trabajo encubridor por la característica propia del proceso primario de que en él no rigen los principios de la lógica formal "diurna" de modo que pensamientos contradictorios para ésta, aparentemente incompatibles, pueden coexistir yuxtapuestos.

Otro rasgo esencial del proceso primario reside en que la energía originada debe buscar su derivación respondiendo al *principio del placer* pues éste se hallaría caracterizado por la tendencia a la disminución del nivel de excitación del sistema, con un óptimo ideal: la reducción a un nivel cero de tensión. Para ello busca cargar representaciones ligadas a las experiencias de satisfacción, provocar su reproducción alucinatoria. En la medida en que esas representaciones no son aceptables por la censura se produce el enmascaramiento tras la fachada de formaciones transaccionales (como la del sueño manifiesto).

El proceso secundario cuenta en cambio con una forma de energía ligada a las representaciones verbales. Para él rige el *principio de realidad,* modificación del principio de placer que tiene en cuenta la realidad y sus exigencias y puede postergar o

hacer rodeos con lo cual entra en conflicto con el proceso primario al que debe inhibir.

El material resultante de los procesos inconscientes mencionados sufre una última reelaboración que permite presentarlo con una relativa inteligibilidad. Este proceso final —la *elaboración secundaria*— se halla presente de modo variable y de ello depende la mayor o menor coherencia del relato manifiesto, su apariencia más o menos absurda, sin dejar por ello de constituir un producto transaccional.

En el proceso de la ruptura epistemológica confluyen entonces ensayos técnicos que culminan en la situación analítica clásica (asociaciones libres, atención flotante, etc.) y ensayos teóricos parciales (modelo del "Proyecto" de 1895, teoría de la seducción, del traumatismo psíquico, del conflicto, etc.) que permiten formular una teoría sistemática de conjunto, con una serie de conceptos articulados, con los cuales puede operarse metódicamente sobre objetos de conocimiento claramente individualizados (síntomas, sueños, lapsus, etc.) produciendo el conocimiento de su sentido: su condición conflictual de realización de deseos.

En este trabajo inaugural Freud ha producido su objeto formal abstracto: la teoría del aparato psíquico y de los procesos inconscientes que dan cuenta de sus objetos de conocimiento: las formaciones de compromiso citadas. Se abre desde entonces *un doble proceso parcialmente coincidente.* Por un lado la "reproducción metódica" de sus objetos teóricos puestos a prueba una y otra vez al permitir producir el conocimiento del sentido de los síntomas, lapsus, etc. interpretados como realizaciones de deseos, analizados en el curso de los tratamientos psicoanalíticos. Por el otro, en ocasión de esas experiencias clínicas se procesan contradicciones y se desarrolla la teoría original (con producción de nuevas teorías que refunden parcialmente aspectos anteriores, como por ejemplo la segunda tópica de 1923). En este último aspecto la reflexión sobre los efectos de conocimiento producidos en ocasión de la "reproducción metódica" puede enriquecer el arsenal teórico original: es el aspecto de la investigación científica original: que *puede* desarrollarse simultáneamente con la actividad "clínica" psicoanalítica.

Los alcances de este texto nos obligan a detenernos aquí. Hemos visto sólo algunos de los elementos teóricos que Freud introduce en la fase de la ruptura. Queda abierto un camino que él mismo y otros investigadores siguieron recorriendo, marcado por correcciones, ampliaciones, etc. que constituyen, en algunos momentos, verdaderas refundiciones intracientíficas en el seno de la proble-

mática ya constituída (como el reemplazo, en 1923, de esta concepción del aparato psíquico por otra que considera las instancias del Yo, Ello y Superyó e incluye, de un modo diferente, la cualidad de inconsciente o preconsciente en el interior del nuevo esquema).

Pero lo que aquí nos interesa destacar es simplemente la particularidad del método teórico en psicoanálisis. En él debemos distinguir lo que ocurre teóricamente en el proceso de la ruptura epistemológica y lo que corresponde a elaboraciones posteriores a ella. Como resultado del proceso de producción de la problemática científica la materia prima de la experiencia clínica es objeto de un *trabajo* que, importando recursos de ciencias ya consolidadas, elaborando modelos tentativos, aplicando los procedimientos lógicos, etc., da como efecto los objetos formales abstractos específicos del psicoanálisis, en particular la teoría del aparato psíquico. A partir de este jalón fundamental la teoría producida pasa a ser un instrumento privilegiado para producir, en ocasión de cada formación de compromiso reconocida, el conocimiento, el esclarecimiento de su significación inconsciente. Y esta disponibilidad de recursos teóricos que permiten reconocer, individualizar sus objetos de conocimiento, es solidaria de una serie de recursos técnicos, fundados en esa misma teoría, que constituyen los dispositivos metodológicos utilizables en la tarea técnica de la llamada cura analítica.

PROCEDIMIENTOS TÉCNICOS EN PSICOANÁLISIS

Un ejemplo tomado de la obra de Freud nos servirá de pretexto para encadenar estos aspectos teóricos con los propiamente técnicos, destinados como vimos en las definiciones del comienzo de este capítulo, a esclarecer la significación inconsciente de actos, palabras y producciones imaginarias, construir interpretaciones fundándose en las libres asociaciones y, por otro lado, elaborar con esos recursos la problemática de la resistencia, especialmente transferencial, y del deseo inconsciente.

Freud menciona [17] el caso de una paciente a quien había explicado que los sueños son realizaciones de deseos. Podríamos discutir a la luz de nuestros conocimientos actuales, que debemos en gran medida al mismo Freud, la corrección técnica de una

[17] *O. C.* t. I, pp. 333-335.

intervención didáctica que implica una postura magistral, objetivamente paternalista ante el analizando y que puede volverse inanalizable en el plano de las fantasías inconscientes. Pero aquí sólo nos interesa marcarlo como un antecedente del sueño que la paciente aporta en una sesión. "Dice usted que todo sueño es *un deseo cumplido. Pues bien: le voy a referir uno que es todo* lo contrario. En él se me niega precisamente un deseo. ¿Cómo armoniza usted esto con su teoría? Quiero dar una comida, pero no dispongo sino de un poco de salmón ahumado. Pienso en salir para comprar lo necesario, pero recuerdo que es domingo y que las tiendas están cerradas. Intento luego telefonear a algunos proveedores, y resulta que el teléfono no funciona. De este modo tengo que renunciar al deseo de dar una comida."

El trabajo ulterior realizado a partir de este relato permite obtener tanto antecedentes del día previo al sueño (restos diurnos) como asociaciones a partir de elementos del texto del sueño manifiesto. Aparecen así referencias a la citada frase de Freud sobre la significación de los sueños, y el hecho de que el marido de la paciente ha dicho que debe comenzar una cura de adelgazamiento para lo cual se propone evitar comer fuera de su casa. Asociado con esto surge la mención de que la paciente gusta del caviar pero que no quiere pedirlo pretextando el gasto implicado, que sin embargo no es un obstáculo real dada su posición económica. Simplemente, dice, "le he pedido que no me lo traiga para poder seguir embromándolo con este motivo." Buscando asociaciones adicionales la paciente relata un encuentro con una amiga (a la que le gusta el salmón ahumado) quien le ha sugerido que la invite a comer. Se trata de una mujer que gusta al marido de la paciente. Pero éste aprecia especialmente a las mujeres opulentas, con "redondeces" y en la ocasión la amiga se presentaba "seca y delgada". Freud interpreta: "Es como si ante la pregunta de su amiga usted hubiera pensado: Cualquier día te convido yo para que engordes hartándote de comer a costa mía y gustes luego a mi marido. De este modo cuando a la noche siguiente sueña que no puede dar una comida no hace su sueño sino realizar su deseo de no colaborar al redondeamiento de las formas de su amiga." Más aún cuando "el comer fuera de su casa engorda" como lo ha sugerido el marido con su decisión de no hacerlo para adelgazar. Pero además de esta primera interpretación la relación salmón-amiga/caviar-paciente conduce a interpretar una sustitución que el trabajo del sueño ha operado. Este desplazamiento responde a la identificación con la amiga y permite explicar con más profundidad que la causa alegada por

la paciente, esa curiosa decisión de negarse la satisfacción enteramente viable de su deseo por el caviar. Privarse del caviar equivale a privarla del salmón como el sueño expresa en su texto manifiesto. Dice Freud: "mi paciente no hace más que seguir las reglas de los procesos intelectuales histéricos cuando expresa los celos que su amiga le inspira (celos que reconoce injustificados), sustituyéndose a ella en el sueño e identificándose con ella por medio de la creación de su síntoma (el deseo prohibido). Si tenemos en cuenta la forma expresiva idiomática, podríamos explicar el proceso en la forma que sigue: la sujeto ocupa en su sueño el lugar de su amiga porque ésta ocupa en el ánimo de su marido el lugar que a ella le corresponde y porque quisiera ocupar en la estimación del mismo el lugar que aquella ocupa". Pero aún cabe otra interpretación que no se opone a las anteriores y muestra que la sobredeterminación compleja del contenido manifiesto del sueño hace lícita también su sobreinterpretación. Y es que el sueño realiza un deseo interpretable en función de la relación transferencial con Freud. Se han actualizado, entonces, sentimientos de hostilidad hacia la figura paterna (vinculados con la misma problemática —edípica— sugerida por el texto latente del sueño: una figura masculina que prefiere a otra mujer), hostilidad que empuja a oponérsele en su desplazamiento sobre el analista. Se realiza entonces como dice Freud —aunque en relación a otra paciente [18]— "el deseo de que no tuviese razón": el deseo de tener un sueño que desmienta la teoría de ese hombre poderoso, metáfora del padre, sustituto de quien, por haber dejado irrealizado su deseo edípico, merece ser castigado, fracasar.

Explicar algunos de los términos como transferencia, interpretación, etc. que han reaparecido en el desarrollo de este ejemplo exige desarrollar aspectos pendientes relativos a los procedimientos técnicos del psicoanálisis. Lo intentaremos tomando como punto de partida el análisis de lo que constituye la *situación analítica.* Ella es como dice Michel Tort [19] un dispositivo técnico que constituye a la vez el dominio experimental y el dominio terapéutico en el seno del cual van a manifestarse las formaciones del inconsciente y podrán elaborarse las interpretaciones y construcciones. La coincidencia de aspectos experimentales y terapéuticos plantea una contradición entre los objetivos teóricos y técnicos de la situación analítica: lo que ella tiene de investigación

[18] *O. C.*, t. I, p. 335

[19] Tort, M., *El psicoanálisis en el materialismo histórico,* Buenos Aires, Ed. Noé, 1972.

científica y experimental está englobado en una situación con objetivos terapéuticos. Como en toda disciplina experimental que opera sobre el hombre esto impone limitaciones (*primum non nocere*, por ejemplo) de orden utilitario. Sin embargo el aspecto experimental no se disuelve, ni desaparece sumergido en las condiciones terapéuticas, pues éstas exigen, en la medida que reconocen en la teoría analítica su núcleo de cientificidad, criterios fundados teóricamente de las intervenciones (o silencios) terapéuticos capaces de producir efectos en la situación psicoanalítica. Sin ellas el psicoanálisis se diluiría reduciéndose en definitiva a una técnica puramente empírica y en consecuencia la pura "apli cación de una ideología" (M. Tort), útil sin duda, pues responderá estrechamente a las necesidades de la estructura (a la de la clase dominante en ella) pero carente de valor científico. Freud expresa en distintos trabajos de 1913 a 1938 que no es forzoso aportar al paciente la interpretación en el mismo momento ni en los mismos términos en que ha sido producida. Se trata de esperar el momento oportuno: su determinación constituye un problema técnico. Sin embargo, hay una confluencia entre lo conveniente teórica y técnicamente en la medida en que si se comete un error desde un punto de vista técnico introduciendo de un modo inadecuado o inoportuno una interpretación, ello puede obtaculizar el proceso ulterior tanto en función del objetivo experimental como en el de la "cura". La problemática de la oportunidad y de la adecuación, de la forma y el momento de las intervenciones del analista exige un desarrollo teórico que aún es insuficiente. Renunciar a ello equivale a dejar librada la resolución de problemas técnicos a opiniones puramente intuitivas e instituir la desvinculación entre lo teórico y lo técnico. La teoría se transformaría entonces en una pura especulación lógica sin referencia a ningún continente de objetos empíricos. Una doble invalidación producida con un solo acto de escisión que nos obliga a insistir en nuestra posición: subrayar tanto la especificidad como la articulación de la teoría y de la técnica que se da reconociendo el núcleo científico experimental que permite fundar con sus productos el manejo de los aspectos dominantemente tecnico-terapéuticos de la situación analítica.

En el marco de la situación psicoanalítica se puede, entonces, a) favorecer la emergencia, individualización y reconocimiento de las formaciones del inconsciente. Se puede, además, b) producir el conocimiento de la significación de esas formaciones transaccionales. Finalmente la aplicación oportuna de ese conocimiento a los sujetos comprometidos en el proceso analítico permite

c) operar transformaciones, lo que constituye el objetivo propiamente terapéutico. De estos tres aspectos el segundo es de carácter teórico-experimental mientras el primero y el tercero son dominantemente técnico-terapéuticos.

La situación analítica está constituída por un conjunto de dispositivos técnicos que incluyen las condiciones del ambiente y disposición de los protagonistas de la relación y el cumplimiento de las reglas "fundamental" y de las "asociaciones libres" por un lado y la de "atención flotante", por el otro. Durante todo el proceso de la llamada "cura" analítica se mantiene constante un conjunto de condiciones que son convenidas desde un principio referidas a las posiciones en que se colocan el analizando y el analista, los horarios en que se encuentran, el cumplimiento de la regla fundamental, etc. De ellas se espera un favorecimiento de la relajación de las defensas. Estas responden a la tendencia a proteger al Yo de la irrupción de representaciones de pulsiones inconscientes incompatibles con su "equilibrio" y generadoras con ello de un efecto displacentero. Pero esas defensas deben ser puestas en cuestión por el proceso de la cura para superar ciertas formaciones sintomáticas o abrir perspectivas de transformaciones al hacer concientes procesos inconscientes y permitir nuevas síntesis y desarrollos.

La *regla fundamental* consiste en el cumplimiento de la consigna según la cual el analizando debe expresar verbalmente todos sus pensamientos y sentimientos sin ninguna exclusión o selección, manifestándolos tal como se le aparecen aunque los considere desagradables, ridículos, fuera de lugar, carentes de importancia, etc. La *regla de las asociaciones libres,* corolario de la regla fundamental se diferencia de ésta porque establece que el analizando no sólo dice cuanto se le ocurre en el curso de la sesión sino que además responde asociando a partir de elementos que, si bien son ofrecidos como estímulo para las ocurrencias por el analista, han sido tomados por éste de las formaciones transaccionales que ha podido reconocer en el discurso del paciente: fragmentos del relato de un sueño, lapsus, etc.

También influye favoreciendo, la relajación de las defensas la actitud neutra del analista. Tal neutralidad no es la de la persona del analista, sino la de su función. Si el analista traicione este requisito, conspira contra las condiciones indispensables para el trabajo en la situación analítica. Es no sólo una neutralidad en el campo de los valores (religiosos, morales, etc.) sino además, y sobre todo, neutralidad en el terreno de la transferencia (ver más adelante). El analista no debe "entrar en el juego"

de lo que el paciente está demandando simbólicamente al colocarse en distintas posiciones subjetivas determinado por su fantasías inconscientes.

Como es dable suponer esa neutralidad no surge con facilidad; resulta de un trabajo activo del analista sobre sus propios conflictos. La postulación de un analista "aséptico" (además de lo inimaginable de tal espécimen) supone un desconocimiento de la determinación social (ideológica) y psicológica (inconsciente) de la actividad del analista. Un corolario evidente de esta consideración promueve la necesidad del análisis de los propios psicoanalistas para favorecer esta elaboración de sus conflictos y evitar la contaminación de la relación analítica.

El correlato de la regla fundamental y de las asociaciones libres es la *regla de la atención flotante* vinculada con el conjunto de disposiciones en que se manifiesta la neutralidad del analista de que venimos hablando. La regla dispone que el analista no debe privilegiar ningún sector, ningún aspecto del discurso del paciente; que debe suspender los mecanismos con que rige su atención habitualmente, para permitir que sus propios procesos inconscientes incidan adecuadamente. Debemos reconocer que es bastante más difícil de comprender y formular cómo funciona esta regla que en el caso de las asociaciones libres. Es una regla contradictoria pues el carácter libremente flotante de la atención debe suspenderse oportunamente para formular la interpretación válida en el momento propicio. La regla supone favorecer también la emergencia de sentimientos del analista con relación a su analizado constituyendo el fenómeno llamado de *contratransferencia* que algunos reducen sólo al conjunto de sentimientos del analista ante la relación transferencial en que el paciente se ha colocado. El entrenamiento del analista, sus conocimientos teóricos y su propio análisis personal tienden a habilitarlo para reconocer sus propios sentimientos como elementos que sirven de indicios para comprender y explicar la problemática del analizando, para interpretarle en consecuencia sin dejar contaminar su elaboración con los propios conflictos del analista, nunca agotados por supuesto, impidiendo así la irrupción de intervenciones sutil o groseramente protectoras, agresivas, seductoras, etc.

En tales condiciones se van generando en el transcurso de la cura analítica fenómenos reconocidos como *resistencias,* en general, y en particular *la relación transferencial* que deberán ser elaborados a través de *interpretaciones* y *construcciones.*

¿En qué consiste el fenómeno transferencial? Es, en pocas palabras, una actualización desplazada. Es la actualización de sen-

timientos y deseos inconscientes vinculados con figuras importantes de la primera infancia del sujeto que son referidas por desplazamiento, a una figura presente y actual en la situación analítica, la del psicoanalista. La ambigüedad de la situación analítica, favorecida por la constancia de la situación, por la neutralidad —mezcla de tolerancia y frustración— posibilita entonces no sólo la emergencia de las formaciones del inconsciente explícitas en el texto (sueños, lapsus, fantasías conscientes, diurnas, etc.) sino también la proyección sobre el personaje ambiguo, borroso, desdibujado del analista de una relación que es vivida *como si* el analista ocupara lugares de figuras significativas, determinantes, del pasado (padre, madre, sustitutos de los mismos, etc.) El paciente se colocará a su vez, en las posiciones correlativas que corresponden a sus fantasías inconscientes, escenas imaginarias que figuran bajo esta deformación de la actualización desplazada, la realización de deseos (edípicos) inconscientes. Estas *posiciones subjetivas* del analizando podrán ser esclarecidas por el analista al interpretar la transferencia como repetición actuada que reemplaza un recuerdo infantil cuya verbalización (y paso a la conciencia) ha sido eludida de este modo. Hemos visto ya en el ejemplo citado como la amiga, el marido y el mismo Freud permitían a la paciente ocupar lugares correlativos a los que su fantasía aseguraba a esos personajes: la amiga-rival, el marido-desdeñoso, el analista-paternalista, etc.

La transferencia es sólo una forma particular —y privilegiada— de presentación de las *resistencias* que aparecen en el curso del proceso analítico. Las resistencias, son, para la teoría psicoanalítica, todos aquellos obstáculos que se oponen a la emergencia de lo inconsciente; todo aquello que posterga, que impide, que reemplaza el acceso al recuerdo de experiencias pasadas y su expresión verbal. La *resistencia de transferencia,* por ejemplo, consiste, en última instancia, en no recordar ni expresar verbalmente un capítulo de la vida sexual infantil vinculado con el desarrollo del complejo edipiano repitiéndolo en cambio actualizado en las conductas y discursos en la situación analítica. Con esta forma particular y privilegiada de resistencia el conjunto de la actividad del paciente en la relación analítica se vuelve expresión de fantasías inconscientes y constituye una formación del inconsciente, sustituta, transaccional permitiendo válidamente hacer interpretable —insistimos, cuando la relación transferencial se ha desarrollado en la situación analítica— toda la producción de conductas y discursos del analizando. El trabajo de la "cura" analítica consiste en el levantamiento de las resistencias mencionadas,

especialmente la transferencial, por medio de las interpretaciones y construcciones.

En la interpretación encontramos el conglomerado de elementos teóricos y técnicos que hemos venido señalando. La *interpretación* es, en primer término, el *esclarecimiento* del significado inconsciente de las palabras y de los actos del analizando, en función de la problemática del conflicto y del deseo inconsciente. Es también la *comunicación* hecha al paciente de esa elaboración. Como ya hemos dicho ambos aspectos no son siempre simultáneos, difiriéndose la comunicación parcial o total hasta el momento oportuno para ello. Cuando su formulación es aportada en el momento adecuado se produce una respuesta particular, la comprensión o "insight" de lo que ha ocurrido y se hace consciente un material inconsciente, seguido de una nueva producción asociativa o del levantamiento de aspectos de la amnesia infantil.

Como el ideal de una eliminación total de la amnesia infantil y la consecuente rememoración absoluta es difícilmente accesible se dispone de otro instrumento: la *construcción*. Esta articula en una formulación amplia elementos empíricos disponibles y aportes teóricos que permiten abarcar aspectos de fantasías que no han emergido explícitamente en el curso de la cura, pero que son coherentes con ese doble afluente empírico y teórico. El uso terapéutico de estas construcciones, más alejadas del material empírico que las interpretaciones abre una polémica sobre su posible valor más sugestivo que analítico. Así Freud expresa, por ejemplo, que puede obtenerse del analizando una aceptación de la construción con una convicción tan firme como la de un acontecimiento rememorado por el mismo paciente y con igual efecto terapéutico. Esta utilidad terapéutica nos remite a la problemática ideológica de la "eficacia curativa" con todas las dificultades ya mencionadas. Las construcciones ocupan, sin embargo, un lugar menos controvertible como elaboraciones disponibles para el analista que las irá poniendo a prueba en el decurso ulterior de la relación analítica y podrá conducir la producción y "dosificación" de las interpretaciones propiamente dichas.

ARTICULACIÓN DEL MÉTODO TEÓRICO Y LOS PROCEDIMIENTOS TÉCNICOS

Recapitulemos. Hemos visto que en un solo movimiento la ruptura epistemológica instituye la práctica científica con su objeto

de conocimiento, sus procedimientos de elaboración teórica y técnica y sus objetos teóricos, es decir, su teoría. Este conjunto de operaciones y productos se ubica fundamentalmente en el plano de la abstracción obteniendo resultados que representan el "concreto de pensamiento" del que habla Marx en su *Introducción* de 1857. Todos los "objetos" de la elaboración teórica son conceptos, caracterizados por su abstracción y por la formalización de relaciones invariantes de aspectos o elementos articulados, objetos formales abstractos. Comprenden los objetos de conocimiento y los objetos teóricos en sentido estricto.

Los objetos de conocimiento del psicoanálisis son aquellos cuyo conocimiento produce él mismo por medio de la aplicación de otros objetos (teóricos) y de las operaciones lógicas. En este caso dichos objetos de conocimiento son *las formaciones de compromiso,* productos transaccionales que en conjunto son expresión conflictual de mecanismos inconscientes.

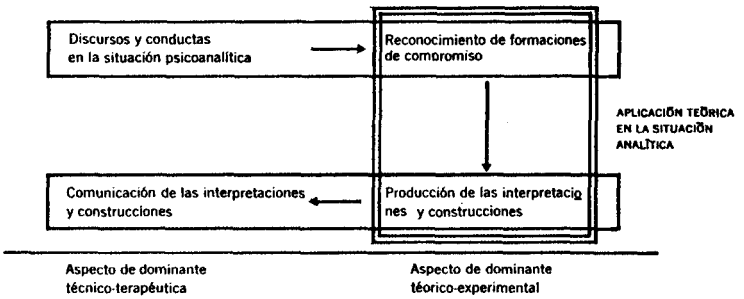
¿Cómo procede para ello? Por la aplicación sobre esas formaciones de su propio instrumental teórico, previamente elaborado (teoría del aparato psíquico, teoría del complejo de Edipo, teoría de las pulsiones, etc.) es decir, sus objetos teóricos.

En la operación técnica se trabaja con sujetos colocados en la situación analítica discerniendo en el devenir de sus discursos y prácticas conductuales ciertos productos, ciertas expresiones en las que se puede reconocer la marca de los procesos inconscientes.

La situación analítica, recurso técnico, está destinada justamente a favorecer en el analizando la emergencia, en el marco de condiciones mantenidas constantes, de esas manifestaciones. Favorece asimismo el desarrollo de la llamada relación transferencial que permite leer en las conductas del analizando las posiciones subjetivas, expresión de fantasías inconscientes, vinculadas con la problemática fundante del complejo de Edipo, determinante del material empírico observado. El reconocimiento en tales condiciones de ciertos productos psíquicos como formaciones de compromiso constituye el punto donde se articula el trabajo teórico y el trabajo técnico. Este es el conjunto de dispositivos, recursos y operaciones destinados a trabajar el campo empírico de tal modo que se favorezca la expresión reconocible de formaciones transaccionales y que se puedan utilizar los resultados del trabajo teórico administrando en la forma y momento oportunos las interpretaciones elaboradas.

Hay cierta ambigüedad en esta articulación teórico-técnica: la interpretación es un producto de la aplicación de instrumental teórico sobre el material empírico observado en la situación y a

la vez un instrumento técnico que opera transformación reintroducido en la situación clínica.



Debemos destacar que la diferenciación entre método teórico y técnico no es plenamente satisfactoria y exige continuar con un esfuerzo de elaboración que elimine sus contradicciones. Encontramos cierto peso de convenciones en estas designaciones, pues no sería imposible decir, por ejemplo, que la aplicación productiva del método teórico requiere destreza técnica. Pero la virtud fundamental de la diferenciación que sostenemos reside en que el momento teórico de este complicado proceso cognoscitivo y transformador se da por entero en el campo de las abstracciones y que se diferencia del trabajo sobre materiales empíricos, sensorialmente accesibles. Esta diferencia es capital pues en el plano de la técnica es ineludible el planteo ideológico vinculado con la demanda social y su refracción a través de la demanda del sujeto en la situación analítica y ello exige la elaboración teórica de la inserción del proceso analítico en el todo de la estructura social que la determina. Como ya se dijo la relación analista/analizando aparece superpuesta y hasta condicionada por la relación terapeuta/paciente. En la medida en que existe un destinatario de la práctica de la cura analítica surge el problema de la concepción normativa que el analista maneja y su mayor o menor conciencia de que *su* norma está determinada desde la estructura social. Definir cuál es la "eficacia" de la cura implica una concepción (explicitada o no) de salud, enfermedad, normalidad, nociones todas ellas convencionales. Debemos combatir la ilusión ideológica de que tienen carácter realmente conceptual. Por otra parte los métodos técnicos no emergen forzosamente incontaminados del proceso de la ruptura. En efecto su operación sobre lo empírico está dirigida, está dispuesta en función de la teoría pero responde a una demanda individual y social que la impregna de ele-

mentos ideológicos. El señalarlos como tales permite trabajar esa contaminación dentro de ciertos límites, asumidos explícitamente.

EL PROBLEMA DEL VALOR CIENTÍFICO DE LA APLICACIÓN DEL PSICOANÁLISIS

Al plantearnos la situación de la psicología como región de fenómenos empíricos, y la posibilidad de su conocimiento utilizando al psicoanálisis como su núcleo o infraestructura de cientificidad surge el interrogante (en función del modelo de la relación transferencial desarrollada plenamente en la situación analítica y la consiguiente interpretabilidad de las significaciones que abarca toda la actividad del paciente) sobre la posibilidad de interpretar *fuera* de esas condiciones específicas las expresiones verbales o la conducta de los sujetos. Hay que explicitar claramente que se trataría en ese caso de una exportación de un complejo conceptual a un territorio distinto de aquel en que la unidad de objeto, teoría y técnica se da plenamente. Puede tratarse de una *extensión* del campo de validez de la ciencia o, por el contrario, de una *aplicación* de un conocimiento científico a objetos que en principio no parecen corresponderle. La primera posibilidad es cuestionable porque no todas las conductas reciben o portan la marca de los procesos inconscientes, no todas son formaciones de compromiso. En otras palabras no todas las formas de comportamiento humano son objeto de conocimiento del psicoanálisis. Una auténtica extensión de esta disciplina implica una incorporación de nuevos objetos de conocimiento para los que sea válida la elaboración teórica interior al campo psicoanalítico. Es lo que Freud realiza en su trabajo *El chiste y su relación con el inconsciente*. Hay conductas que responden a la problemática de la necesidad (biológica) y refieren a una teoría general de las relaciones de los individuos y sus medios. No corresponden por lo tanto a la problemática específicamente psicoanalítica, la del deseo inconsciente. Ahora bien, ¿cómo concebir una conducta puramente biológica en el hombre? Y, a la inversa, ¿cómo pensar la problemática del deseo en un individuo humano sin consideración de su existencia biológica? Se trata de un delicado problema epistemológico de cuya resolución depende la exclusión del discurso ideológico precientífico en psicología tanto como en medicina, por ejemplo, y la clara explicitación de la pertinencia de cada formulación psicológica a uno de sus posibles dominios

científicos de base (la biología y el psicoanálisis) así como la articulación posible entre ambos. En un caso la solución puede estar dada por la relación de presuposición a la que se hizo referencia en el capítulo 4. En otros quedará pendiente de análisis la intrincación de determinaciones psicoanalíticas y biológicas en una conducta dada y cómo puede resolverse sin caer en mecanicismos interaccionistas ni en híbridos eclecticismos. Una vez más señalamos aquí la frontera de nuestros conocimientos actuales, señalamiento indispensable para no dar por resuelto un problema que no lo está. Ignorarlo es suturar justamente toda posible apertura hacia la elaboración del problema al desconocer —mecanismo ideológico por excelencia— la existencia de este obstáculo epistemológico.

Podemos intentar otra formulación de lo ya visto diferenciando entre 1] psicoanálisis como disciplina científica y 2] campos de aplicaciones de los conceptos psicoanalíticos. En el primer caso se trata de una estructura solidaria de objetos de conocimiento, objetos teóricos y métodos que dispone de un dispositivo experimental: la situación analítica, en el que pone a prueba la validez de sus interpretaciones y construcciones. En él se reconocen las formaciones de compromiso y se desarrollan asociaciones libres a partir de estímulos constituidos por elementos de esas formaciones. Surge así nuevo material determinado por la situación, el momento de desarrollo de la relación transferencial y por la red estructural de conexiones de los significantes, que puede ser elaborado teniendo en cuenta las operaciones lógicas y el arsenal teórico-conceptual específico. En esta fase el sujeto concreto es, por así decir, puesto entre paréntesis y se trabaja teóricamente, a nivel de abstracciones. Se ha neutralizado momentáneamente el sujeto-soporte de las formaciones transaccionales y de las asociaciones. Se opera en el campo teórico-experimental y se realiza lo que Herbert llama la "reproducción metódica del objeto": [20] los objetos de conocimiento son sometidos a la acción de instrumentos de la teoría produciendo interpretaciones de las resistencias, en particular de la transferencia en función de la problemática edipiana. Se construye o reconstruye el sentido latente del material analizado bajo la forma de la comunicación interpretativa.

Pero fuera de este campo coherente los conceptos del psicoaná-

[20] Herbert, T., *Reflexiones sobre la situación teórica de las ciencias sociales, especialmente de la psicología social, en Ciencias Sociales: ideología y conocimiento* de J. A. Miller y T. Herbert, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, pp. 69-70.

lisis pueden ser *aplicados* en disciplinas de diverso orden. Freud ensaya un inventario de las mismas en su artículo "Múltiple interés del psicoanálisis": [21] psicología, sociología, pedagogía, etc. Lo que nos interesa subrayar es que, aunque la calidad de esta aplicación es variable, utilizando los recursos actuales de una epistemología materialista podemos afirmar que en ningún caso constituye una intervención científica. Los conceptos psicoanalíticos se inscriben en contextos de dominante técnica y con mayor o menor fecundidad utilitaria permiten fundar operaciones destinadas a obtener determinados resultados empíricos. En medicina y en psicología clínica por ejemplo, los problemas técnicos de la relación clínico-paciente pueden ser esclarecidos sobre la base de toda la concepción psicoanalítica de la relación transferencial, la problemática edípica, etc.[22] pero más allá del *indudable progreso técnico* que ello puede implicar importa tener en cuenta que nos hallamos fuera del campo de validez científica del psicoanálisis y que las elaboraciones pasan a ser dominadas por la lógica de la problemática técnica ineludiblemente marcada por los intereses vigentes en una estructura social (los de sus clases dominantes). Una vez más corresponde destacar que con ello no desvalorizamos los logros que estas aplicaciones extracientíficas producen. Simplemente tratamos que ello no obnubile nuestra capacidad de diferenciar las problemáticas en juego. En un caso será el psicoanálisis dando cuenta de sus objetos específicos. En el otro será el materialismo histórico el que podrá explicar la subordinación de una aplicación técnica a los intereses dominantes en una fase determinada de una formación social, su relación con el desarrollo de las fuerzas productivas, su vinculación con una coyuntura particular de la instancia ideológica, etc.

[21] *O. C.*, t. II, p. 875.

[22] Véase Balint, M., *El médico, el paciente y la enfermedad*, Buenos Aires, Ed. Libros Básicos, 1961.

TERCERA PARTE

LOS MODOS DE EXPLICACIÓN EN PSICOLOGÍA

CAPÍTULO 10

EL PROBLEMA (O EL FALSO PROBLEMA) DE LA "RELACIÓN DEL SUJETO Y EL OBJETO"

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN

> No sólo las respuestas sino también los problemas mismos llevan consigo un engaño
>
> K. MARX y F. ENGELS (1846): *La ideología alemana*, Montevideo, Pueblos Unidos, 1968, p. 17.

El segundo capítulo de esta obra nos dio la oportunidad de repasar las distintas concepciones que la psicología académica tiene de su objeto. La segunda parte versó sobre los métodos que, solidarios con los objetos propuestos, organizan la práctica experimental y técnica de esa psicología. En esta tercera parte nos dedicaremos a exponer críticamente los modos de explicación a que recurren las distintas corrientes psicológicas. En su transcurso veremos aparecer los debates, las oposiciones y las transacciones que configuran la historia de la disciplina así como la desembocadura actual de las posiciones sustentadas por los teóricos de la conciencia y de la conducta en los últimos 25 siglos. Tomaremos como eje de la exposición al orden cronológico de aparición de los distintos "ismos" surgidos en torno al problema del conocimiento. Se verá entonces la articulación íntima que existe entre la historia de las ciencias, la historia de la filosofía y las corrientes psicológicas. Al finalizar tal repaso —por fuerza, sucinto— intentaremos descentrarnos de las posiciones tradicionales de la gnoseología caracterizando sus presupuestos y enfocando al conjunto de las respuestas como engañosas construcciones teóricas en derredor de un problema engañoso.

El conocimiento aparece como un problema para el hombre desde los tiempos más remotos. Podemos apreciarlo en la mitología y nos serviremos para evidenciarlo de tres ejemplos harto conocidos.

En el libro del Génesis se dice que en el centro del jardín del Edén había dos árboles: el árbol de la ciencia del bien y del mal y el árbol de la vida, y se cuenta cómo Dios le ordenó a Adán:

"De todos los árboles del paraíso puedes comer, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás". Pero la serpiente lo contradijo expresándole a Eva: "No; no moriréis. Es que sabe Dios que el día que de él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal". El final de la historia es ya sabido: Eva comió e indujo a Adán a complicarse en el alzamiento, Dios descubrió el desacato y expulsó del paraíso a los tres, serpiente incluida. Lo hizo con estas frases: "Dijo Yavé Dios: he ahí al hombre hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal, que no vaya ahora a tender su mano al árbol de la vida y comiendo de él viva para siempre". Para terminar "puso delante del jardín del Edén un querubín que blandía flameante espada para guardar el camino del árbol de la vida". La moraleja es clara: lo prohibido era la ciencia y la maldición de Dios se transformó en un castigo que cayó sobre ellos y cae sobre toda la especie humana pues todos participamos de ese "pecado original". El texto es susceptible de diversas interpretaciones y de enriquecimientos sucesivos. Aquí sólo interesa recalcar algunos pasajes. Cuando Dios le preguntó a Eva "¿por qué has hecho eso?", ella dijo: "La serpiente me engañó y comí". Pero no era así. La serpiente no engañó a Eva; era el propio Dios el que había mentido. Él había dicho que ciertamente morirían si comían del árbol de la ciencia y la serpiente se opuso "No; no es eso, no moriréis, váis a abrir los ojos"; ellos comieron y el vaticinio se cumplió: "abrieron los ojos". Cabe ahora la pregunta: ¿por qué había mentido Dios? La contestación está en el propio texto bíblico. En el centro del jardín había plantados *dos árboles* y Yavé había prohibido comer *de uno* de ellos, del de la ciencia, cuando en realidad su interés era el de proteger al otro: "que no vaya ahora a tender su mano al árbol de la vida y ... viva para siempre"; ese otro árbol es el que está protegido por la espada de fuego del querubín. Bien sabía Yavé que para comer del árbol de la vida es necesario comer antes del árbol de la ciencia. En el libro del Génesis es la ciencia la que está prohibida y castigada.

Encontramos un contenido semejante en el mito griego de Prometeo. La versión vulgar de la leyenda cuenta que Prometeo fue atado a una roca del Cáucaso como castigo impuesto por Zeus. Un buitre venía diariamente a roerle las entrañas. El delito de Prometeo fue el de apoderarse del fuego solar para entregárselo a los hombres. Lo cierto es que "el fuego" en cuestión es mucho más de lo que parece. Escuchemos al propio titán: " Oíd los males de

los hombres y cómo, de rudos que antes eran, hícelos avisados y cuerdos... Ellos, a lo primero, viendo, veían en vano; oyendo, no oían. Semejantes a los fantasmas de los sueños, al cabo de siglos aún no había cosa que no confundiesen... Debajo de tierra habitaban a modo de ágiles hormigas en lo más escondido de los antros donde jamás llega la luz... Todo lo hacían sin tino, hasta tanto que no les enseñé yo las intrincadas salidas y puestas de los astros. Por ello inventé los números, ciencia entre todas eminente, y la composición de las letras, y la memoria, madre de las musas, universal hacedora". (Esquilo: "Prometeo encadenado", trad. de Brieva Salvatierra). No caben dudas: Prometeo fue juzgado y castigado por lo mismo que la serpiente: porque hizo que los hombres abriesen los ojos ("viendo, veían en vano", "todo lo confundían", "vivían allí donde no llega la luz"). Y, como Yavé Dios en el libro del Génesis, el ensañamiento del dios Zeus no se hizo sentir sólo sobre el rebelde sino sobre todos los hombres. Para castigarlos, regaló a Epimeteo, un hermano lelo de Prometeo, una hermosa doncella, Pandora, portadora de una caja que, al abrirse, diseminó sobre la tierra todos los males que los humanos padecemos.

Conocer, de-velar, levantar la ignorancia, traer la ciencia a los hombres o, mejor dicho, producir la ciencia entre los hombres en un pecado que está castigado con indecibles tormentos. Intentar conocer es parecerse a los dioses y ellos, celosos de su saber, condenan semejante ambición expulsando del paraíso a los contraventores y atándolos al mundo. Muchos sabios experimentaron la maldición sobre sus carnes: Sócrates al beber la cicuta, Giordano Bruno en la hoguera, Lavoisier bajo la guillotina, Nietzche dentro de un manicomio, Marx muriendo en la miseria.

Este mito del saber castigado encuentra una lúcida expresión en la leyenda más maravillosa producida en el Occidente moderno: la del doctor Fausto. Él conoce ya el destino de los difusores del saber: "Los poquísimos hombres que han sabido algo y que han sido suficientemente necios como para dejar que se desbordasen sus almas, para enseñar al pueblo lo que sentían y pensaban, en todas las épocas han sido sacrificados y entregados a las llamas". ¿Y él mismo, el sabio profesor Fausto? Él comienza el monólogo de la primera escena diciendo: "¡Ay de mí! Con laborioso ardor he estudiado la filosofía, la jurisprudencia, la medicina y también la teología e, insensato de mí, al presente soy tan ignorante como si nada hubiese aprendido. Bien es verdad que me titulo maestro, doctor y que hace ya diez años que enseño a mis discípulos muy distintas materias. Convencido estoy de que

nada podemos saber". Tras esta confesión de ignorancia nos muestra que posee una nutrida biblioteca: "para mí el mundo es únicamente esa gran cantidad de libros y papeles sucios, roídos por los gusanos, que se eleva a mi alrededor hasta tocar la elevada bóveda". Su gabinete está atiborrado de libros pero él está convencido de que no se puede saber nada. Tal vez los dioses no podrían inventar venganza más cruel para castigar al hombre que quiere saber: la de extraviarlo en el falso saber de libros que se contradicen y se anulan mutuamente, la de enmarañarlo en las ramas de una inútil "sabiduría".

El problema fundamental de la filosofía en el que, pese a todo lo dicho sobre presuntas "revoluciones" (como la conductista), sigue debatiéndose buena parte de la psicología contemporánea es el del saber: ¿cómo es posible saber? o ¿cómo es posible la ciencia? o, simplificando, ¿cómo *yo* conozco a *ésto*? y luego, generalizando: ¿cómo el *sujeto* conoce al *objeto*? La pregunta pone ya en escena a los dos personajes del drama; ellos dialogarán y llenarán de libros hasta el techo el gabinete del doctor Fausto.

Sujeto y objeto. Enfrentamiento que lleva 25 siglos y que ahora deberemos reseñar pero de modo esquemático, así como lo requiere una introducción crítica a la psicología de nuestro tiempo. Reseña que no ahorra al lector interesado la consulta de una historia de la filosofía o, mejor aún, de los textos de los filósofos aquí mencionados. Contraposición del sujeto y el objeto que, para nosotros, representarán su drama en el escenario ofrecido por Marx y Engels: "No sólo las respuestas sino también los problemas mismos llevan consigo un engaño".

La historia de las "respuestas" a la cuestión de las relaciones entre el sujeto y el objeto es la historia de la filosofía. La historia de lo que se sabe sobre los objetos es, desde el punto de vista de la epistemolgía continuista que venimos criticando desde el primer capítulo, la historia de las ciencias. La historia de lo que se sabe sobre el sujeto, entendido como conciencia cognoscente, es la historia de la psicología académica que hemos desarrollado extensamente en el segundo capítulo. En función de esas "relaciones entre el sujeto y el objeto" se han producido diversas teorías que constituyen los llamados "modos de explicación en psicología". En psicología académica, claro está. Por este motivo es que resulta imprescindible la inclusión del presente capítulo.

¿Cómo es posible que haya ciencia? Pregunta inicial que presupone la existencia de la ciencia sobre cuya posibilidad se pregunta y que obliga, por lo tanto, a responder antes: ¿desde cuando exis-

ten las ciencias? Y la contestación puede ser empírica y categórica: el primer continente científico,[1] *las matemáticas,* aparecen, en su forma sistemática, en el siglo v antes de Cristo, en Grecia, con la escuela pitagórica. El primer sistema filosófico aparece como una reflexión sobre esa primera ciencia en el siglo siguiente, con Platón. Podemos observar aquí un fenómeno que se repetirá en múltiples oportunidades hasta transformarse en una regularidad: a cada producción de un sistema científico sigue la producción de un sistema filosófico. A tal punto que puede decirse que la historia de la filosofía es la historia de los cambios impuestos a la filosofía por la producción de revoluciones científicas.[2]

Hay dos razones de distinto valor que determinan que la primera aparición científica sea la de las matemáticas. De orden *económico-político* la *primera:* los números y su teoría eran ya imprescindibles para los intercambios comerciales, por otra parte, la tierra se convertía en objeto de apropiación y era necesario medir distancias y superficies, hecho que queda registrado en la etimología misma de la palabra: geo-metría. De orden *epistemológico* la *segunda:* ninguna otra ciencia podía constituirse si no disponía de instrumentos matemáticos y lógicos. Ahora bien, para comprender a la primera filosofía es necesario tener en cuenta las características de esta primera ciencia, pues se constituye como una reflexión teórica, en torno a ésta.

Los objetos formales abstractos de las matemáticas pitagóricas eran los números y las figuras geométricas. Tanto los unos como las otras eran considerados independientes de la experiencia. Como, al mismo tiempo, los griegos desconocían su carácter de resultados de una práctica teórica previa que había producido los conceptos de, por ejemplo, "3" o "esfera", no podían menos que adjudicar a los conceptos matemáticos una existencia propia. Para ellos los números y las figuras tenían *realidad.* Eran inmutables, incorruptibles, eternos, existían desde siempre. Eran anteriores a toda experiencia: la idea de "3" no estaba en las cosas ni era producida por los matemáticos; simplemente, era descubierta por el espíritu. Ahora bien, si los números existían desde siempre, así como todos los demás objetos formales y abstractos,

[1] Véase cap. 4: "Relaciones del psicoanálisis con las demás ciencias".

[2] Tesis formulada en múltiples oportunidades por Luis Althusser (p. ej.: *Para leer el Capital,* pp. 200-201) y luego rectificada de modo, a nuestro parecer, merecedora de una discusión en la que no creemos conveniente entrar ahora en su *Réponse a John Lewis,* Maspero, 1972. [Hay trad. castellana: *Para una crítica de la práctica teórica,* Buenos Aires, Siglo XXI, 1974.]

y si esa existencia no era empírica como lo era la existencia de los objetos sensibles, ellos debían estar en otro mundo, en un mundo suprasensible de ideas puras. El "3" es eterno e inmutable, no está sujeto a las transformaciones que la historia o que el tiempo impone a las cosas: "El número tres, por ejemplo, ¿no perecerá antes que convertirse jamás en número par, mientras sea tres?" (Platón, "Fedón"). Igualmente, el alma que capta, que "contempla" ese "tres" participa de su esencia, es inmutable y existe desde siempre en ese mismo mundo suprasensible en el que se encuentran las Ideas. Y si tanto el alma como las Ideas gozan de una existencia que se ubica más allá de los avatares del tiempo, es necesario que hayan coexistido antes del nacimiento y que prosigan en contacto después de la muerte. Por eso, para Platón, las esencias no son aprehendidas por el alma, son recordadas: "Nuestras almas existían antes de que apareciesen bajo esta forma humana; y mientras estaban sin cuerpo ya sabían". Por lo tanto "la ciencia no es más que una reminiscencia". (Platón, "Fedón".) La ciencia, en este primer sistema filosófico, no es el producto de la actividad del hombre sino el recuerdo del contacto que el alma tuvo con las esencias en épocas anteriores al nacimiento del cuerpo. El cuerpo pertenece al mundo de lo sensible, mutable, perecedero, imperfecto. El alma se encuentra aprisionada en el cuerpo y tiende a liberarse de él para volver al etéreo mundo de las esencias. El cuerpo capta a la realidad a través de los sentidos, de un modo que es también inseguro, imperfecto y mutable. El alma platónica actúa intuitivamente, prescinde de las informaciones sensoriales. Más allá del cuerpo, de los sentidos y de los objetos están *las esencias* que se captan por *intuición*. Para Platón, el alma, los números, las figuras geométricas, la belleza, la justicia, etc., son entes perfectos e intemporales que se corporizan en los objetos del mundo sensible de un modo que es siempre imperfecto. El alma, en la tierra, debe dominar al cuerpo (como el amo al esclavo, dice) para alcanzar las esencias que organizan y dan forma a todas esas cosas imperfectas que los sentidos perciben. La función del alma es trascender a la existencia concreta para contemplar las esencias imperecederas.

El resumen precedente nos permite formar una idea de la concepción platónica de las relaciones del sujeto y el objeto. El sujeto empírico, el cuerpo con sus órganos sensoriales y sus experiencias, no es otra cosa que una materia imperfecta; el auténtico sujeto del conocimiento científico es el alma. También el objeto empírico, por su parte, es una mera apariencia en la que se encarna, de manera imperfecta, una esencia incorruptible. La ciencia es el resultado

del reencuentro de la esencia del sujeto, el alma, con la esencia del objeto.

La filosofía y la gnoseología platónicas, hay que decirlo, no han desaparecido con Platón ni con el mundo antiguo. La corriente fenomenológica, que aun hoy continúa teniendo numerosos sostenedores en el campo de la psicología académica, reconoce su origen en estas concepciones de Platón. Es cierto que ya no se postula la existencia de un mundo suprasensible en el que existe un contacto inacabable del alma con las esencias pero se sigue sosteniendo la existencia de un Yo puro que intuye la esencia de los fenómenos y trasciende este mundo de ilusiones para alcanzar Verdades intemporales. Para evitar malentendidos a los que pudiera dar lugar esta sinopsis: la corriente fenomenológica no es el platonismo de hace 2 400 años. Para Husserl, su inspirador, las esencias no existen en otro mundo sino que son inseparables de los hechos mismos, tienen una existencia real y sólo pueden alcanzarse cuando se presciden tanto de la naturaleza (del objeto) como del cuerpo (del sujeto). Basten esas pocas líneas para señalar cómo la fenomenología contemporánea arraiga en Platón y se aparta de él aunque conserva sus fundamentos epistemológicos.

Y un último carácter destacable del sistema platónico: en él podemos ver ya el planteo de múltiples antítesis: espíritu-materia, intuición-experiencia, alma-cuerpo, innato-adquirido, eterno-mortal, puro o verdadero-impuro o ilusorio. La historia del pensamiento occidental a partir de ese momento es la historia de tales oposiciones. Las respuestas posibles se inscriben en el marco formado por tales términos. Se puede acentuar la serie de los primeros términos o subrayar la primacía de los segundos o proponer alguna clase de solución intermedia, pero siempre dentro de la problemática circunscripta ya por Platón. Los pocos filósofos que, como Spinoza, han pensado fuera de tales categorías, quedaron marginados de la historia filosófica. La sucesión de tomas de posición por uno u otro lado de los términos de las oposiciones mencionadas aparece concretada en los anaqueles de la biblioteca del doctor Fausto y en la desesperación de éste: "¡Ay de mí!... Convencido estoy de que nada podemos saber". A riesgo de aumentar el esquematismo de esta exposición, nos atreveríamos a decir que dos mil cuatrocientos años de filosofía y de teorías psicológicas en torno a "la cuestión del sujeto y el objeto" no han hecho otra cosa que repetir del derecho y del revés un mismo disco de respuestas a una pregunta que, como esperamos demostrar, está mal formulada.

El sistema filosófico que sucede al de Platón es el de Aristóteles. Platón había tomado como punto de partida para su reflexión filosófica a las matemáticas de Pitágoras; Aristóteles, por su parte, es el creador del primer sistema lógico. Como es sabido, la lógica se ocupa de las condiciones formales de la verdad (en la concepción clásica que presupone la existencia de tal verdad y su cognoscibilidad). El trabajo del lógico consiste en el análisis de las proposiciones con que el sujeto S habla del objeto O para distinguir el razonamiento correcto del incorrecto. El lógico pretende prescindir tanto de S como de O y dedicarse a estudiar las relaciones que existen entre ambos y que se manifiestan bajo la forma de proposiciones. Ahora bien, esas "formas" que el lógico va a estudiar no están en un mundo distinto del de los objetos sino que son *inmanentes* a tales objetos: en el objeto O está la forma, en el sujeto S está la forma. El contacto que permite el conocimiento es el contacto formal entre el objeto y el sujeto. Todo cuerpo (viviente o no) es una unidad indisoluble de materia y forma. El alma es la forma del cuerpo viviente: "de modo que no hay más lugar para preguntarse si el cuerpo y el alma forman una unidad que para preguntarse si la forman la cera y la figura" o, en una comparación todavía más clara: "si el ojo fuese un animal completo, la vista sería su alma... En cuanto al ojo él es la materia de la vista y, desapareciendo ésta, él ya no es más un ojo o sólo lo es por homonimia como un ojo de piedra o dibujado... Así como el ojo se compone de la pupila (el globo ocular) y de la vista, así son el alma y el cuerpo los que hacen al animal. El alma no es, pues, separable del cuerpo" (Aristóteles, *Del alma*, II, 1). No hay lugar para esencias independientes de los cuerpos sensibles.

Puede apreciarse fácilmente el abismo que separa a Aristóteles de Platón. El sujeto, unidad de cuerpo y alma, entra en contacto con los objetos, unidad de sustancia y forma, por medio de los órganos de los sentidos exteriores. Las informaciones que ellos brindan pueden ser contradictorias y son juzgadas y unificadas por sentidos interiores: el sentido común, la imaginación (fantasía), la memoria. La actividad de los sentidos sirve de base para la actividad del intelecto que tiene por función la de escindir las formas de los contenidos perceptivos mediante un trabajo de abstracción. El intelecto está en un primer momento vacío y luego, a partir de la experiencia sensorial, va tomando la forma de aquello que intelecciona, de los inteligibles: "Debe ser como una tablilla donde nada se encuentra inscrito". (*Del alma*, III, 4). En Platón, la ciencia era reminiscencia; en Aristóteles es

siempre secundaria a la experiencia: es la tradicional oposición entre lo dado desde antes del nacimiento, lo innato y lo dependiente de la actividad sensorial, lo adquirido. El tratado de Aristóteles sobre la psique, sobre el alma, se inscribe en el conjunto de textos dedicados a la fisiología y ésta, a su vez, es integrante del mundo físico. El alma en Platón tenía una naturaleza metafísica, en Aristóteles no se la puede separar del mundo natural.

Es así que podemos considerar a Aristóteles como el iniciador de la corriente naturalista, biologista y materialista en psicología. Entiéndase bien, no que Aristóteles fue un filósofo materialista sino que sentó las bases para una tradición biologista en la psicología académica. Platón, por su parte, puede ser visto como la fuente de todas las posiciones idealistas en la psicología.

La teoría del conocimiento implícita y explícita en la psicología aristotélica es, claro está, empirista. Todo lo que hay en el intelecto ha pasado previamente por los sentidos y no hay nada en el intelecto que no reconozca un origen sensorial. La función del intelecto es la de *captar* formas que tienen una existencia "real" pues están consustanciadas con los objetos materiales (la figura y la cera de la primera de las analogías citadas). Podemos ver aquí con claridad uno de los postulados de la epistemología continuista: hay una "verdad" que está en el objeto y que debe ser encontrada por el sujeto; la "verdad" es definida por Aristóteles como la "adecuación del intelecto y la cosa". El trabajo del intelecto procede por abstracción a partir de los contenidos de la percepción

Por supuesto, los resultados posibles son extremadamente pobres; la "ciencia" física aristotélica se ve reducida entonces a un conjunto de nociones precientíficas sobre lo frío y lo caliente, lo alto y lo bajo, lo chico y lo grande, etc., como consecuencia de la imposibilidad de romper con las informaciones sensoriales.

Después de Aristóteles sobreviene una larga noche (interrumpida por algunos relámpagos) en la filosofía occidental. Una noche de casi dos mil años de duración en que no se asiste a otra cosa que a una repetición empobrecida y desnaturalizada de Platón primero (San Agustín) y de Aristóteles después (S. Tomás de Aquino). Aquí vemos en acción, en interacción, a dos tipos de razones ya explicitadas: una histórica, relacionada con el modo de producción feudal y el paso de la instancia ideológica a la posición dominante,[3] y otra epistemológica, pues no podía sur-

[3] Nos referimos al papel dominante de la ideología religiosa en ese modo de producción.

gir una nueva reflexión filosófica en momentos en que las teorías científicas estaban estancadas o, mejor dicho, mientras se iban acumulando los obstáculos epistemológicos cuya superación permitiría después el surgimiento de nuevas ciencias como la astronomía copernicana y la física galileana.

Galileo, que tiene un importante precursor en Arquímedes, incorpora los conceptos matemáticos al campo nocional de la física y la transforma en un continente científico. Pocos años después, ya a comienzos del siglo XVII, Renato Descartes crea la geometría analítica, uniendo de modo indisoluble la aritmética y la geometría mediante el uso instrumental del álgebra. En este punto casi parece lícita la inquietud por saber si, con las referencias al álgebra, no nos estamos alejando excesivamente de la problemática específica de la psicología. Pero la geometría analítica cartesiana plantea un problema que era imposible de resolver con la epistemología continuista aristotélica y su continuación "moderna" en F. Bacon (1620). Las matemáticas cartesianas exigían que se diese cuenta de cómo las figuras geométricas no resultaban de ninguna experiencia sensorial ni representación mental sino de operaciones que, como las algebraicas, se realizaban en el reino de la abstracción pura. Saltaba entonces al primer plano de la reflexión filosófica la actividad del sujeto cognoscente que engendraba dentro suyo ecuaciones que luego se revelaban aptas para entender racionalmente la realidad sensible. Con estos conocimientos científicos en los que la actividad del intelecto se demostraba como anterior y superior a la experiencia, se habría la posibilidad de considerar dos órdenes de realidad: el del pensamiento que es inmaterial e ilimitado y el de los cuerpos que están limitados en el espacio. En términos cartesianos, dos *sustancias*, sustancia pensante (res cogitans) que no ocupa lugar en el espacio y es indivisible y una sustancia que ocupa lugares en el espacio (res extensa), divisible por naturaleza. La verdad primera y más segura era, recordémoslo, la proposición "Pienso, luego existo". "Concluyo con certeza que mi existencia radica únicamente en ser una cosa que piensa. Y aunque... ciertamente... tengo un cuerpo que me está unido estrechamente, puesto que de una parte poseo una clara y distinta idea de mí mismo, en tanto que sólo soy una cosa que piensa, e inextensa, y de otra parte una idea precisa de cuerpo, en tanto que es tan sólo una cosa extensa y que no piensa, es manifiesto que yo soy distinto de la realidad de mi cuerpo, y que puedo existir sin él" (Descartes, *Meditaciones metafísicas,* VI) Compelido a localizar en algún sitio de esa "sustancia extensa" del cuerpo al punto de inserción del alma, Des-

cartes eligió a la glándula pineal, localizada en el centro del cerebro, por un razonamiento analógico.

Conforme a la idea de las dos sustancias distintas debe admitirse la presencia de dos clases de conocimientos: uno engañoso, derivado de la experiencia, adquirido mediante la actividad sensorial e inseguro y otro certero, preciso, innato, independiente de toda actividad corporal. Esta doctrina cartesiana impregnó tenazmente a la psicología académica desde aquel entonces hasta nuestros días: es el llamado *dualismo psicofísico.*

Podemos esquematizar lo visto diciendo que Platón es el iniciador de las posiciones idealistas y Aristóteles el de las posiciones materialistas en psicología. Descartes, por su parte, se ubica en la confluencia de ambos y abre, al mismo tiempo, el camino para desarrollos de uno y otro tipo. Reclamando la herencia cartesiana hubo psicólogos que se reclinaban en la res cogitans, en las ideas innatas y en la intuición y otros que pasaban a estudiar experimentalmente el campo de la res extensa, del conocimiento a partir de datos sensoriales y de la experiencia. Nuevamente es preciso un llamado de atención a riesgo de caer en lo escolar: no es que Platón y Aristóteles no fuesen dualistas (consúltense, sin ir más lejos, las citas de las páginas precedentes); es que en ellos el dualismo no constituía un elemento central del sistema y se inclinaban a privilegiar a una de las dos "sustancias" en detrimento de la otra.

El radical dualismo cartesiano implica otra novedad. Hasta aquí los personajes de las teorías del conocimiento eran dos: sujeto y objeto. En Descartes el sujeto ya no es uno, in-dividuo, sino dos, sujeto físico extenso y sujeto espiritual inextenso, mientras que el objeto substiste siendo uno. Los personajes son ya tres. El problema siguiente es el de definir las posiciones relativas y las vinculaciones que hay entre el cuerpo y el alma. ¿Cuáles son las respuestas posibles a la pregunta sobre tales relaciones? Podremos apreciar que cada respuesta se transforma en una tendencia de la psicología académica. Dentro del marco proporcionado por la pregunta podemos sostener una y sólo una de estas tres tesis: a] el cuerpo tiene primacía sobre el alma y ésta debe obedecer a sus determinaciones; colocando un espejo sobre esta frase, nos devuelve la proposición b] el alma tiene primacía sobre el cuerpo que actúa obedeciendo a sus mandatos, momento en que adviene un tercer interlocutor que se autotitula "ecléctico" y formula c] cuerpo y alma no son sustancias que interactúen mecánicamente sino que los fenómenos del uno y la otra transcurren paralelamente. Las dos primeras tesis son formas del *interaccio-*

nismo. La tercera es la del llamado *paralelismo psicofísico.* Si se sostiene a la primera proposición, la del cuerpo actuando sobre el alma, nos encontramos en el terreno filosófico del *materialismo mecanicista.* En el *Tratado del hombre,* obra póstuma de Descartes toda la vida vegetativa y también la vida psíquica son descritas en términos mecánicos, siendo las sensaciones, las imágenes y las ideas los efectos de movimientos que tienen lugar en el cerebro "ni más ni menos como los movimientos de un reloj o de cualquier otro autómata se siguen de sus contrapesos y de sus ruedas". Estas tesis culminarían años después de su muerte cuando La Mettrie publica un libro cuyo título es ya una definición: *El hombre máquina* y cuando se imponen fórmulas tales como "el cerebro segrega los pensamientos como el hígado segrega la bilis". Si, por el contrario, tomamos la segunda de las tesis interaccionistas y sostenemos la subordinación del cuerpo al alma, nos movemos en el campo del *idealismo mecanicista* que, apoyándose en el "Pienso, luego existo", se ramifica a lo largo de una corriente ininterrumpida de formas de espiritualismo para culminar, ya cerca de nuestro tiempo, con el Sartre de *El ser y la nada* y del *Esbozo de una teoría de las emociones.*

Los argumentos más simples y hasta groseros que manejan quienes toman partido en esta discusión pueden adoptar estas formas: el idealista dice "Primero resuelvo (alma-conciencia) mover el brazo y luego lo muevo (cuerpo); es claro que es el alma la que actúa sobre el cuerpo" y el materialista responde "Si bebo el contenido de un vaso de aguardiente (que altera al cerebro, al cuerpo) todos mis pensamientos y mi capacidad de resolver sobre movimientos coordinados (conciencia) se dislocan; se deduce entonces claramente que es el cuerpo el que actúa sobre la conciencia" y tercia el paralelista: "Para resolver el movimiento de un brazo hace falta un juego de conexiones neuronales que posibilite la operación, pero estas conexiones neuronales no son ni la causa ni el efecto del movimiento o de la resolución; es evidente que los dos fenómenos son paralelos y resulta cada uno de ellos de leyes que son propias a la conciencia, por un lado, y al cuerpo, por el otro".

Si examinamos esta combinatoria de posiciones filosóficas que se hacen posibles a partir de los términos opuestos "cuerpo" y "alma" y ponemos mayor agudeza en la tarea, podremos deducir que la acentuación de las tesis del materialismo mecanicista y del idealismo mecanicista llevan a posiciones extremas que terminan por negar el dualismo. Entonces ya no habrá más dos sustancias sino una sola. El alma será todo y el cuerpo una mera

ilusión: *monismo idealista.* O el cuerpo será la única realidad y el alma o la conciencia será la ilusión: *monismo materialista.* Las formas más radicalizadas del *espiritualismo,* muy desacreditadas en el campo de la psicología académica, deben ser consideradas como posiciones monistas idealistas en tanto que las doctrinas que hacen de la "objetividad" su meta se convierten en *fisiologismos* y pueden ser considerados en este terreno, el del "monismo materialista", la reflexología de Pavlov [4] y el conductismo de Watson y de Skinner. Pero no todo está dicho en materia de monismos. También hay lugar para un *monismo neutro,* que pretende negar a la vez al alma y al cuerpo. Para los partidarios de esta doctrina sólo cabe, correctamente, hablar de las sensaciones. ¿Qué se podría decir del objeto? De él, nada, puesto que no se lo conoce. Toda afirmación sobre el objeto es, en realidad, una afirmación sobre las impresiones que de él tenemos. Tampoco puede afirmarse nada con certeza acerca del sujeto. ¿Qué puedo decir yo sobre mi mano o sobre mí mismo? En última instancia, nada. Sólo puedo hablar del conjunto de sensaciones e imágenes que tengo de mí mismo y de lo que me rodearía. Tanto el objeto como el sujeto no serían otra cosa que tales sensaciones e imágenes. En las palabras de Bertrand Russell: "En lugar de suponer que exista... la mesa real tras las diferentes sensaciones de aquellos que se dice que están mirando la mesa, podemos considerar que todo el conjunto de estas sensaciones... *es* realmente la mesa" (Russell, *Análisis del espíritu,* Buenos Aires, Paidós, 1958, p. 91). Como se ve, sólo queda un objeto de estudio para la ciencia, para una única ciencia, *la sensación* puesto que sólo acerca de ella puede haber predicados. No hay sujeto ni objeto, ni alma ni cuerpo, ni cerebro ni espíritu. En consecuencia desaparecen también las ciencias naturales y sólo queda lugar para una ciencia: la psicología. Así lo plantea Ernest Mach: "No hay sensación a la cual corresponda algo fuera de ella misma. No hay abismo alguno entre lo físico y lo psíquico, entre lo interior y lo exterior" (*Análisis de las sensaciones,* Madrid, Jorro, 1925, p. 274). Así cree llegar a "una construcción unitaria, monística que nos permita emanciparnos del miserable y pernicioso dualismo... y hacer posible la comunicación entre la física y la psicología" (*ibid.,* p. 276). Este imperialismo de la sensación nos deja en un campo teórico que bien puede designarse como *psicologismo.*

A partir de Descartes, ya lo dijimos, se abrían dos caminos:

[4] No nos referimos a los conocimientos sobre la función del sistema nervioso obtenidos a partir del método pavloviano.

por un lado, el de la psicología como ciencia de la naturaleza retomando a Aristóteles y, por otro, el de la psicología como ciencia del espíritu, retomando a Platón. Los psicólogos y filósofos ingleses se lanzaron ávidamente sobre el primero de estos caminos y basaron su concepción de lo psíquico en torno a la noción de experiencia, razón por la cual se designa con el nombre de *empirismo* a la doctrina de Hobbes, Locke y Hume que elaboraron sus obras principales entre 1640 y 1770. Retomaron la idea aristotélica de que "no hay nada en el intelecto que no hubiese pasado antes por los sentidos" y lo conciben como esa "tablilla en la que nada se encuentra inscripto". Es la idea de la *tabula rasa* expuesta por John Locke (1690). Refuta la concepción cartesiana del alma separada de la naturaleza extensa y sostiene que todo lo que hay en ella va siendo inscripto por la experiencia. Las imágenes, las representaciones y los pensamientos encuentran su origen en sensaciones elementales que se asocian entre sí en sistemas cada vez más complejos. El método de estudio, lógicamente, es el de la descomposición de los fenómenos mentales en unidades de análisis hasta alcanzar el átomo de la experiencia, es decir, la sensación elemental. En esta doctrina se ve claramente que el énfasis está puesto sobre el objeto, fuente de las sensaciones que impresionan y van configurando al sujeto. El empirismo inglés conoce también sus cultores en Francia. El más famoso de ellos fue el abate Condillac que comparaba lo que sucedía en el espíritu humano con la imagen que él proponía de una estatua de mármol a la que, en un determinado momento, se ponía en contacto con una rosa. A partir del olor a rosa, primera sensación olfativa y por adición de nuevas sensaciones con entrada en acción de otros órganos sensoriales iba configurándose el total de la actividad psíquica. Este "sensualismo" de Condillac es, simplemente, una variante del empirismo. La herencia del empirismo es caudalosa. Era la posición que permitía la construcción de una *psicología experimental* como la que vio la luz, una vez estandarizado el método experimental en biología, en la segunda mitad del siglo XIX con Fechner y Wundt.

Decíamos recién que en el empirismo el énfasis está puesto en el objeto que es objeto de la experiencia y fuente de sensaciones. Pero esta afirmación debe ser matizada. En efecto, en Locke (1690) se encuentra una distinción entre las "cualidades primarias" y las "cualidades secundarias" de las sensaciones. Las primarias corresponden a las cosas mismas, a los objetos, y son la extensión, la figura, el movimiento, el reposo, la situación y el número que tienen una realidad ajena a los sujetos que las per-

ciben en una "res extensa" que es la materia. Las cualidades secundarias, por su parte, son aquellas tales como el color, el sonido, el olor o el gusto que no existen más que en el sujeto que las percibe, que no tienen realidad material.

La obra de Locke constituye el eslabón que une un objetivismo extremo, primera forma del empirismo, en el que no hay otra realidad que la de la experiencia y esta experiencia sólo existe en un mundo material independiente del sujeto, con una forma absolutamente invertida del empirismo que se manifiesta en la obra de Berkeley (1710). Partiendo de las conclusiones de Locke demuestra Berkeley que resulta imposible separar las cualidades primarias de las secundarias y que las cualidades primarias, el tamaño, la forma o el número no tienen existencia sino en una mente que las percibe: "...todos aquellos cuerpos que componen la poderosa estructura del mundo, no tienen ninguna subsistencia fuera de una mente; que su *ser* es ser percibido o conocido; por consiguiente, en tanto ellos no son percibidos realmente por mí, o no existen en mi mente o en la de cualquier otro espíritu creado, ellos no tienen ninguna existencia..." (Berkeley, *Tratado sobre los principios del conocimiento humano,* Buenos Aires, Losada, 1939, p. 45). Y esto que vale para las cosas también vale para las ideas "... pues la existencia de una idea consiste en ser percibida" (*id.*, p. 41), y por lo tanto, la res extensa y la res cogitans de Descartes tienen una sola existencia, la de la conciencia, para usar un término consagrado por la psicología académica aunque ajeno a Berkeley. Del *objetivismo extremo* del empirismo ingenuo hemos pasado a un *subjetivismo extremo* que es, evidentemente el precursor de las tesis filosóficas del monismo neutro (Mach, Russell) que ya hemos visto. Para poder mantenerse en este subjetivismo extremo tenía que superar Berkeley el escollo de explicar cómo era posible que los distintos sujetos podamos compartir la experiencia y, además, operar transformaciones en el seno de una naturaleza que, él nos dice, no existe más allá de nuestras percepciones. Y es acá donde Bekerley saca la respuesta de la galera: el hombre no vive en un mundo caprichoso de sensaciones ni puede transformar a su antojo las informaciones que le transmiten los sentidos. Las "ideas de los sentidos" ... "se presentan en curso o serie regular, cuya admirable conexión prueba suficientemente la sabiduría y la benevolencia de su Autor" (*id.*, p. 65) y esto "nos da una especie de previsión que nos capacita para regular nuestras acciones en bien de nuestra vida" (*id.*) El subjetivismo extremo se explica y se sostiene, en última instancia, por la referencia a su Sujeto ab-

soluto, Dios, que ordena tanto las sensaciones como la eficacia de las acciones.

Pero no es Berkeley sino Hume (muerto en 1776, cuya obra principal *A treatise of human nature* fue publicada en 1817) quien lleva hasta sus últimas consecuencias la negación del empirismo que reduce todo a términos de experiencia. En efecto, Berkeley es un subjetivista extremo que niega la existencia del objeto para dejarlo reducido al conjunto de sensaciones del sujeto. Hume da un paso más allá: la "mente" o el "espíritu" de Berkeley (la conciencia en la psicología académica) ¿qué es? y contesta "lo que llamamos *espíritu* no es más que una multiplicidad o colección de percepciones diferentes, unidas entre sí por ciertas relaciones y a la que se supone, aunque falsamente, estar dotada con una perfecta simplicidad e identidad" (Hume, *Del conocimiento,* Madrid, Aguilar, 1973, p. 176). Con Hume la trayectoria del empirismo aparece completa: después de la destrucción del objeto, del que nada podemos afirmar pues sólo tenemos sensaciones, quedaba el sujeto, pero éste, a su vez, es también un objeto de experiencia, simple colección de percepciones; después de haber destruido a la res extensa el empirismo destruyó a la res cogitans. En este punto los filósofos empiristas estaban ya en condiciones de liquidar la problemática del sujeto y el objeto y de comenzar a buscar en otra dirección la respuesta a la pregunta que nos viene interesando desde el comienzo del capítulo: ¿cómo es posible el conocimiento científico? Pero en lugar de esa nueva investigación que hubiese mostrado al conocimiento como práctica, como trabajo teórico, el empirismo concluía por un suicidio: para Hume el conocimiento es imposible, la realidad es incognoscible: "Esta duda escéptica con respecto a la razón y a los sentidos es una enfermedad que no puede curarse nunca sino que debe volver a presentarse ante nosotros en cada momento..." (*id.,* p. 190). Y no es de extrañar que así sucediese: una teoría del conocimiento como práctica teórica no podía surgir antes de la existencia de una ciencia de la historia (razón epistemológica) y ésta, a su vez, no podía aparecer antes del desarrollo del proletariado como clase enfrentada a la burguesía (razón histórica). Por esta doble razón es que la crítica empirista a las categorías de objeto y sujeto desemboca necesariamente en un suicidio filosófico como lo ejemplifican el teísmo de Berkeley y el escepticismo irracionalista de Hume.

La conclusión escéptica de Hume podía transformarse en un obstáculo para el desarrollo de las ciencias y de las técnicas. Y a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX la burguesía dominante

en los países europeos, aquellos en que se producían las doctrinas filosóficas, no podía permitirse una detención del "progreso" necesario para la industria, el comercio, los transportes y las empresas coloniales. No es de extrañar pues que se popularice por ese entonces la filosofía *utilitarista* de Jeremy Bentham y que, de un modo más estricto, ese tipo de filosofía se transforme en doctrina oficial a partir del *Curso de filosofía positiva* de Comte (1826) (ver capítulo "El problema de la medición en psicología").

El *positivismo* de Comte se plantea como una ruptura con la filosofía metafísica, es decir, con todas las doctrinas anteriores que se preocupaban por el problema de las causas de los fenómenos y que pretendían explicarlos. Se puede coincidir entonces con el escepticismo de Hume y, por lo tanto, renunciar a explicar. Toda investigación sobre causas está proscrita por pertenecer a un campo ajeno a las ciencias. A las ciencias sólo interesa, como ya se dijo, describir los fenómenos y hallar sus leyes con el objeto de prever el curso ulterior de esos fenómenos. Con el positivismo retornamos al empirismo ingenuo del que se habían apartado las especulaciones de Locke, Berkeley y Hume. El sujeto y el objeto de las filosofías tradicionales ceden su lugar a los "hechos", a la realidad positiva que no tiene otra existencia que la de los fenómenos que deben ser descriptos, registrados, clasificados y cuantificados. Esta anulación del sujeto conlleva una interesante consecuencia: para el positivismo, que retoma acá afirmaciones de Kant que luego veremos, no existe posibilidad alguna de ciencia psicológica puesto que ella no tendría objeto. Sólo existe un método válido, la observación externa y el estudio experimental de los observables. Ahora bien, esos observables sólo pueden ser conductas y tales conductas carecen de especificidad: son tributarias de la fisiología y no justifican su pretensión de autonomía científica. Y lo que en los seres humanos no es tributario de la fisiología lo es de la sociología que también es definida como ciencia de fenómenos observables.

Independientemente de que Comte hubiese decretado la imposibilidad de una psicología, es evidente que la filosofía positivista con su énfasis en el método experimental y su desprecio por la especulación metafísica abría la posibilidad de investigar las "leyes" de la conciencia y posteriormente, Watson mediante, de la conducta. Es el fundamento filosófico de la psicología académica de nuestros días. La herencia de esta filosofía antifilosófica que es el positivismo es recogida por el *pragmatismo*, doctrina filosófica en auge en los Estados Unidos cuando nace el conductismo. El principal, no el primero, de los filósofos pragmatistas

es William James que se expresaba así en 1907: "El pragmatista pende de los hechos y de lo concreto, observa la verdad tal como se da en los casos particulares y generaliza" (*Pragmatismo,* Madrid, Aguilar, 1961, p. 69). Como lo reconoce el propio James, ya Aristóteles era un pragmatista (p. 56). La única novedad consiste en la definición de "verdad" que propone: "lo que nos conviene es verdadero, a menos que la creencia no entre en conflicto incidentalmente con otra ventaja vital" (p. 76). No hay sutilezas: la verdad no es otra cosa que una "creencia conveniente". Sólo atinaríamos a preguntar ¿"conveniente" para quién?, ¿"ventaja vital" para quién? Y no debiéramos esforzarnos mucho para encontrar la explicación del éxito de esta teoría en los Estados Unidos de comienzos de siglo y su condición de cimiento de la psicología conductista que se tratará en el capítulo siguiente de esta obra. No debe extrañar tampoco que sea precisamente este mismo W. James, para muchos, el padre de la psicología (académica, añadamos) moderna. La otra corriente que recoge la herencia del positivismo de Comte es el *positivismo lógico* o neopositivismo que, asimilando los principios y las conclusiones de Berkeley, Mach y el joven B. Russell (de quienes ya hablamos), pretende fundar el conocimiento científico en la confluencia del análisis de las sensaciones postulado por el empirismo inglés clásico con la formalización lógico-matemática que puede realizarse a partir de los desarrollos de la lógica producidos a fines del siglo pasado (Frege) y a comienzos del presente (Wittgenstein), manteniendo la exigencia de atenerse a los observables y de no introducir conceptos teóricos ajenos a la experiencia. Pero, a su vez, no es la experiencia la que puede ser tratada analíticamente, sino el lenguaje, las proposiciones, a través de las cuales el sujeto habla de su experiencia.

Esquemáticamente podríamos decir que todos los autores de los que hemos venido hablando han postulado sus doctrinas filosóficas y psicológicas a partir de una de las vertientes ofrecidas por el dualismo cartesiano. Todos ellos subrayan la importancia de los órganos de los sentidos, de las sensaciones, del cuerpo, de la experiencia, en una palabra, de la res extensa. Dicho de otra manera, todos ellos se ubican en un árbol genealógico imaginario que tiene su tronco en Aristóteles y que desemboca en una psicología concebida como ciencia natural, experimental, empirista e imprecisamente diferenciada de la biología. ¿Qué sucedió, entre tanto, con la res cogitans? El idealismo, que habíamos visto surgir con Platón, tuvo también sus herederos. No entraremos a especular sobre las razones por las cuales los principales filó-

sofos espiritualistas son alemanes mientras que los empiristas son ingleses. Nos contentamos con consignarlo.

En primer término, Leibniz (1646-1716). Matemático y filósofo, entre otras cosas. Descubrió simultáneamente con Newton el cálculo infinitesimal y aplicó su descubrimiento matemático a la especulación filosófica. Toda res extensa es infinitamente divisible hasta llegar a puntos elementales de existencia ideal que carecen de extensión. La res cogitans, el alma, es una de tales *"mónadas"* de origen divino, eternas, inextensas. Así hacía desaparecer Leibniz el dualismo cartesiano. Explícitamente declaraba concordar con la teoría platónica de las ideas y rechazar la doctrina empirista aristotélica de la tablilla vacía: "Es siempre falso decir que todas nuestras nociones vienen de los sentidos llamados exteriores, pues las que yo tengo de mí y de mis pensamientos y, por consiguiente, del ser, de la sustancia, de la acción, de la identidad y de muchas otras, vienen de una experiencia interna" (Leibniz, *Discurso de metafísica* [1685], 27). La experiencia no hace otra cosa que actualizar las ideas que ya se encuentran en nosotros por obra y gracia de Dios. Adhiere a la doctrina platónica de la ciencia como reminiscencia que ya expusimos a condición de que se "la purgue del error de la preexistencia" (*id.*, 26) por cuanto la idea no estaba real sino virtualmente en ella desde antes. Por eso es que Leibniz toma partido por el sujeto en la polémica del sujeto y el objeto. A este último directamente lo hace desaparecer. "Se puede decir que Dios sólo es nuestro objeto inmediato fuera de nosotros y que vemos todas las cosas por Él" (*id.*, 28). Esto nos conduce a lo esencial de la formulación leibniziana de oposición al empirismo. "Indudablemente, la experiencia es necesaria para que el alma se determine a este o a aquel pensamiento y ponga atención a las ideas que en nosotros existen; pero, ¿cómo pueden dar ideas la experiencia y la sensibilidad? ¿Tiene el alma ventanas? ¿Se parece a una tablilla? ¿Es como cera? Es muy significativo que todos aquellos que hablan así del alma la conviertan en algo corporal. Se me opone el conocido axioma de que no hay nada en el alma que no provenga de los sentidos. Pero hay que exceptuar el alma misma y sus afecciones (*ipse intellectus: el intelecto mismo*)... Por consiguiente el alma contiene el ser, la sustancia, lo mío, la identidad, la causa, la percepción, el razonamiento y una multitud de otras nociones que los sentidos no nos podrían suministrar... Las ideas están en nosotros antes de adquirir conciencia determinada de ellas" (*Nuevo tratado sobre el entendimiento humano,* 1704, II, I, 2). Las ideas, como se ve, son innatas, la experiencia tiene

una función secundaria de actualización de las potencialidades previamente presentes. Con estos fundamentos, la psicología sólo puede tomar como misión el conocimiento de ese "intelecto mismo". Incidentalmente podemos señalar que es en un escrito poco conocido de Leibniz que aparece por primera vez, en 1696, el vocablo "psicología". Y es un discípulo de Leibniz, Christian Wolff, quien propone la fundación de la psicología como disciplina autónoma con su *Psychologia empirica* de 1732 y su *Psychologia rationalis* de 1734.

Precisamente sobre esa doble psicología de Wolff es que cae el anatema de Kant en 1786. No hay posibilidades de desarrollar una ciencia psicológica. En cuanto a la psicología racional, por cuanto el yo es una función de organización de la experiencia y no se podría ir más allá de la descripción de la conciencia del yo pensante. La psicología empírica también es imposible porque no se pueden aplicar las matemáticas a las sensaciones, porque no se pueden realizar experiencias ni sobre sí mismo ni sobre los otros y porque la introspección altera su objeto. Argumento este último que es retomado 40 años después por Comte al calificar "esa presunta contemplación directa del espíritu por sí mismo como una pura ilusión". Pero, paradójicamente, y más allá de esta condena explícita de la psicología, la obra de Kant impulsó de modo decisivo el pensamiento de la psicología académica y esa influencia persiste en nuestros días como se verá en el capítulo sobre la teoría de la Gestalt.

El estímulo para la reflexión kantiana estuvo dado por el sistema de la mecánica gravitatoria de Newton. El enigma a resolver era el de cómo era posible que la deducción (actividad intelectual) de los físicos encontrase una correspondencia tan perfecta en la experiencia sensorial. ¿Cómo era posible que se dedujese la presencia y la ubicación de un planeta antes de enfocar los telescopios sobre ese punto del espacio y encontrarlo? Y la respuesta que elaboró contradecía abiertamente a las tesis empiristas dominantes en su época: el entendimiento humano actúa proporcionando un marco *a priori* en el que luego se inscribirá toda experiencia: "El entendimiento no toma sus leyes de la naturaleza sino que las prescribe a ésta" (Kant, *Prolegómenos a toda metafísica futura,* 1783, II, 36).

La contradicción entre Kant y las doctrinas empiristas no debe ser entendida como una negación del papel de la experiencia en el proceso de conocimiento. Por el contrario: "No se puede negar que todos nuestros conocimientos comienzan por la experiencia" (*Crítica de la razón pura,* Introducción a la segunda edición).

Mas "(la experiencia) nos manifiesta lo que es (pero) no nos da ninguna verdadera universalidad y la razón ávida de conocimientos de esta especie es más excitada por ella que satisfecha. Ahora bien; esos conocimientos universales que presentan al mismo tiempo el carácter de la necesidad intrínseca deben, independientemente de la experiencia, ser claros y ciertos por sí mismos; por esta razón se les llama conocimientos *a priori*, en tanto que los que, por el contrario, están extraídos únicamente de la experiencia, son conocimientos *a posteriori* o empíricos" (*id.*, Introducción a la primera edición). Estos conocimientos a priori actúan como un marco de categorías en el que irán a inscribirse y adquirirán sentido los datos de la experiencia. Para Kant, tiempo y espacio no son objetos de experiencia, "son formas de nuestra sensibilidad que deben preceder a toda intuición empírica, esto es, a la observación de los objetos reales, y según los cuales, los objetos pueden ser reconocidos *a priori*" (*Prolegómenos...*, 10). Pese al esquematismo de lo expuesto y lo forzosamente sucinto de las citas transcriptas, es fácil reconocer en Kant una sutilización de las tesis leibnizianas de la organización de la experiencia por parte del sujeto. A diferencia de Leibniz (y también de Berkeley y Descartes) a quienes explícitamente refuta, Kant no duda de la realidad del objeto de la experiencia; simplemente, sostiene que esa experiencia es organizada y estructurada por el sujeto cognoscente en función de sus propias categorías. Por tal razón, sostiene, la cosa en sí, tal como existe fuera de nosotros, es incognoscible. Ella se nos presenta exclusivamente bajo la forma de *fenómenos* que son objeto de nuestro sentido externo. El conocimiento aparece cuando la actividad de nuestro intelecto, entendido como sentido interno, impone sus marcos categoriales a la realidad empírica. Este resultado de la intuición pura de nuestro intelecto se acerca bastante a la concepción platónica de las Ideas, si bien Kant rechazaba con energía que se lo calificase como un "idealista" (*Prologómenos...*, 13) o pedía para su filosofía la designación de "idealismo trascendental". Nuevamente vemos en esta filosofía el énfasis sobre la idea, el sujeto, lo innato, la intuición, etc., en desmedro de sus contrarios especulativos: la materia, el objeto, lo adquirido, la experiencia.

La filosofía kantiana representaba, sin embargo, un cambio imprescindible para que el idealismo se sostuviese ante el adelanto de las ciencias por cuanto renunciaba a los presupuestos teológicos que hasta entonces lo venían trabando (piénsese en Leibniz), si bien Kant reintroducía luego a Dios sobre la base de las "necesidades prácticas de la razón pura". De este modo la fi-

losofía trascendental se aseguró una nutrida progenie entre los filósofos occidentales de los siglos XIX y XX. Y esta filosofía se duplicaba necesariamente con una psicología idealista que se desarrollaba a través de su enfrentamiento con la vertiente positivista de la psicología de laboratorio. Así surgen distintas doctrinas y variadas nociones. A la "psicología explicativa" de Wundt, Dilthey opondrá una "psicología descriptiva" (*Ideas acerca de una psicología descriptiva y analítica,* 1894) y Jaspers una "psicología comprensiva" (*Psicopatología general,* 1913). Al análisis de los datos de conciencia propugnado por el positivismo se responderá con el método intuitivo de la "empatía" que pretende identificarse con la "vivencia" del otro. Desde el punto de vista de las teorías del conocimiento se seguirá insistiendo en la búsqueda de "esencias" detrás de los fenómenos cuya realidad, de Kant en adelante, ya no es negada por los filósofos idealistas y que culmina en la filosofía de Husserl en la que, como ya apuntamos al hablar de Platón, el sujeto es reducido a un "yo puro" y el objeto a sus "esencias".

Con lo dicho creemos haber mostrado la raigambre filosófica de los distintos modos de explicación que se disputan la hegemonía en el campo de la psicología académica. Tan sólo cabría agregar la presencia de explicaciones psicológicas que recurren a conceptos provenientes de otras disciplinas. Es el caso de las distintas formas de *reduccionismo.* De una forma de estos reduccionismos ya hemos hablado. Nos referimos al *reduccionismo psicologista* que, fundándose en Bekerley, encuentra su inserción contemporánea en la obra de los positivistas lógicos. Puede parecer una paradoja o un contrasentido hablar en este capítulo del reduccionismo practicado por estos autores, pues ellos no reducen la psicología a otro campo científico. Pero son reduccionistas porque efectúan un movimiento contrario: reducen la física y la biología al terreno de la psicología. Otra forma de reduccionismo es el *fisicalista* en el que incurren los psicólogos adscritos a la teoría de la Gestalt, según se verá en el capítulo correspondiente. Se ve en sus obras que los fenómenos de conciencia se estructuran en función de un "campo" que tiene su correlato en la actividad del sistema nervioso central y éste, a su vez, es un "campo" estructurado en consonancia con los "campos" que tienen significado conceptual en física. Como consecuencia de esta doble reducción, es en la organización física del mundo y de los estímulos que debe buscarse la raíz última de la explicación de los fenómenos de conciencia y conducta. Con gran frecuencia se pueden detectar manifestaciones de un *reduccionismo sociologis-*

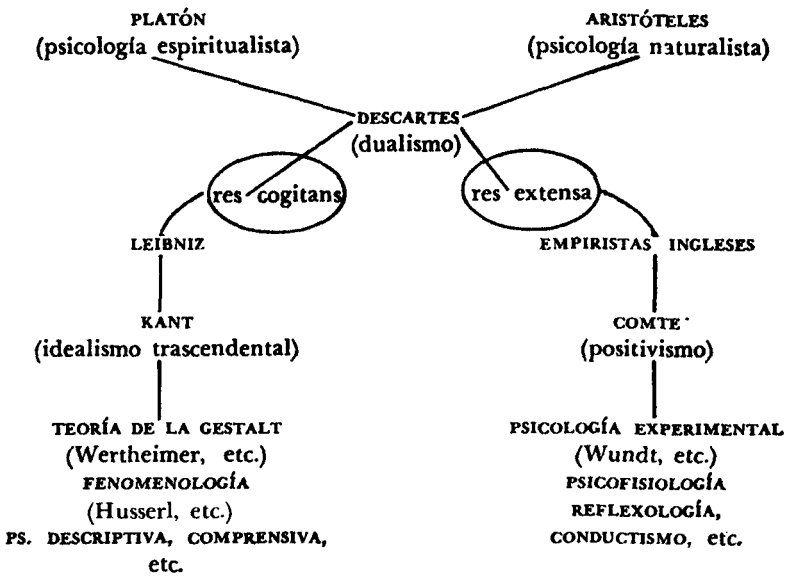
ta. Sucede así cuando se pretende explicar a la conciencia y a la conducta como manifestaciones de acontecimientos grupales o de sucesos históricos sin tener en cuenta su especificidad. Como paradigmas de este modo incorrecto de plantear cuestiones psicológicas pueden citarse la llamada "escuela culturalista" del psicoanálisis norteamericano contemporáneo y ciertas elaboraciones reduccionistas en las que periódicamente reinciden autores marxistas que pretenden "deducir" una psicología (en lugar de construirla) a partir de la aguda y discutible sentencia de Marx que define al hombre como "el conjunto de sus relaciones sociales" (VI *Tesis sobre Feuerbach,* 1846). Finalmente, la forma más frecuente y difundida de reduccionismo es el *fisiologista,* heredero de la res extensa cartesiana y del empirismo que, a partir del descubrimiento pavloviano de los reflejos condicionados, pretende encontrar en la actividad del sistema nervioso y, especialmente, del cerebro, no sólo el mecanismo (el "cómo") sino también el hecho mismo y la explicación de lo psicológico (el "qué" y el "por qué"). En la vertiente fisiologista se ubican la reflexología y el conductismo contemporáneo. No es de extrañar que, acosado por tantas formas de explicación y por tantas posibilidades de deslizamiento reduccionista uno de los más lúcidos de los psicólogos contemporáneos se exprese diciendo: "Es la desgracia del psicólogo: nunca está seguro de 'hacer ciencia'. Y si lo está, nunca está seguro de que tal ciencia sea psicología".[5]

Es posible que todo cuanto llevamos dicho en este capítulo sea, a la vez, muy poco y demasiado. Demasiado por la extensión que esta exposición debió tomar y por la posible aridez del método de presentación, preocupado de no traicionar a los autores expuestos y de ubicar las tesis fundamentales a través de breves citas sacadas del contexto en que tienen sentido. Y muy poco porque, de todos modos, ninguno de los temas apuntados pudo ser tratado con el suficiente rigor. No podemos menos de excusarnos ante el lector y de invitarlo, si la cuestión le interesa, a remitirse a las fuentes.

A riesgo de aumentar el esquematismo de la obra y como un intento de graficar cuanto llevamos visto, podemos proponer un gráfico que muestre, de modo casi genealógico, las relaciones entre los distintos pensadores y su descendencia en la psicología académica de nuestro tiempo. El gráfico está dividido en dos sectores: del lado de la izquierda figuran los autores que conce-

[5] Pierre Gréco, *Epistemología de la psicología,* tomo VI de *Lógica y conocimiento científico* de Jean Piaget, Buenos Aires, Proteo, 1972, p. 19.

den preminencia al sujeto, lo innato, la intuición, el alma, etc.; *del lado de la derecha, los defensores de las tesis contrarias.* Entre ambos, Descartes quien, pese a su idealismo que hubiese debido bastar para llevarlo a la columna de la izquierda, propuso la tesis de la doble naturaleza del ser humano y señaló el camino para las propuestas materialistas mecanicistas en el campo de la psicología.



ANÁLISIS CRÍTICO Y CONCLUSIONES

La longevidad de la polémica y la poco disimulada repetición de las respuestas es, por decir lo más suave, llamativa. Los libros se han ido acumulando en el gabinete del doctor Fausto hasta tocar la elevada bóveda pero las respuestas que ofrecen son avaras con la sed de conocimiento de su propietario. Finalmente y ya desesperado, accede a vender su alma a Mefistófeles que se define a sí mismo como "un espíritu que siempre está negando la evidencia de las cosas" (Goethe.) Y podemos atrevernos a sugerir que tal espíritu maligno después de repasar la sucesión de las respuestas en torno a la cuestión del sujeto y el objeto diría algo

parecido a "No son las respuestas sino los problemas mismos los que llevan consigo un engaño". La filosofía parece una alternancia de dos respuestas (idealista y materialista) que toman distintas formas a medida que se van produciendo las ciencias y, como ya dijimos, se encuentra siempre en retraso con respecto de las revoluciones científicas de las que se nutre. Y esto es así porque cada nueva ciencia implica la aparición de un nuevo "objeto" y la produción de un nuevo "sujeto" que sea capaz de habérselas con tal objeto. Si la pregunta sobre el sujeto y el objeto gira en torno a un "S" y un "O" más o menos fijos, sean ellos físicos o metafísicos, no hay posibilidades de resolver la cuestión. La pregunta sería incorrecta y sabido es que no hay buena respuesta para tales interrogantes. No se puede contestar permaneciendo en la viciosa circularidad del sujeto y el objeto o hablando vagamente de alguna clase de interacción entre ambos.[6] Es menester salir del marco de la pregunta engañosa que ofrece una cantidad limitada de ubicaciones posibles, cada una de las cuales ha sido ya intentada vanamente por alguno de los autores que hemos mencionado. Y esa salida no podrá ser una escapatoria. Previamente hay que contestar —y ya tenemos elementos para ello— quiénes son, al fin de cuentas, el sujeto y el objeto. El objeto, según venimos viendo desde el primer capítulo *no es* el objeto empírico y *tampoco es* alguna esencia o idea trascendental de oscuro origen que el intelecto haría aparecer por encima de engañosas imágenes sensoriales. El objeto de las ciencias es un producto teórico, el resultado de un trabajo de transformación de una materia prima ideológica que, ella sí, es en última instancia una representación de origen sensorial. Ese objeto teórico no es la esencia, el noúmeno, de la cosa sino una solución siempre inacabada frente a una incapacidad o una insuficiencia anterior en la explicación del modo de producción de los fenómenos. En síntesis, el objeto de las ciencias no es ni la cosa ni la esencia sino un producto de la actividad teórica de los científicos. Como ya se explicó reiteradamente en la seción metodológica de esta obra, es ese objeto teórico el que comanda la articulación de un método que habrá de mostrarlo de modo experimental a través de sus efectos. De modo que el intelecto no "encuentra" su objeto como lo querrían los empiristas, no lo "contempla" como gustaría decir Platón ni tampoco lo configura de acuerdo a sus

[6] En esta exposición seguimos, en líneas generales, la argumentación expuesta por Luis Althusser en el prefacio de *Para leer El Capital*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1969.

propias categorías como pretendería Kant. Simplemente, lo *produce.*

¡Atención! La expresión anterior es también incorrecta. Lo es porque aún persiste intacto el otro término del dilema: "el intelecto", es decir, el célebre "sujeto". Pero, ¿quién es el sujeto de la ciencia? Aquí tampoco caben las respuestas empiristas: el señor Galileo, el señor Freud, y mucho menos cabe referirse a sus cualidades, a su "intelecto", a su "genio". Más bien cabría decir que el "sujeto" es la obra de los científicos que produjeron la ruptura epistemológica en su campo y que posibilitaron que, a partir de entonces, otros científicos pudiesen reproducir de manera cotidiana esos efectos teóricos que estaban anticipados en la obra de los fundadores. Pero, más atentamente observada la cuestión, también la obra es un efecto. La obra teórica del fundador de una ciencia es, en realidad, una respuesta conceptual frente a problemas, a obstáculos epistemológicos, planteados en el seno de una ideología. Es la acumulación de tales obstáculos epistemológicos la que crea las condiciones para que al superarlos se produzca la obra científica que soluciona los problemas previos y abre un nuevo horizonte teórico.[7] Y es así como llegamos a una conclusión sorprendente: *la ciencia no tiene sujeto. El lugar del sujeto es ocupado por una problemática ideológica que sobredetermina, en un cierto momento, la producción de una ruptura epistemológica a partir de la cual ese "sujeto" es desplazado por uno nuevo: la problemática científica.* El individuo que procesa ciencia, en realidad, no hace otra cosa que *trabajar dentro* de una problemática preexistente, "viendo" no lo que sus ojos pueden ver sino lo que esa problemática permite que sea "visto" y con los ojos ciegos para lo que no puede ser conceptualizado dentro de tal problemática. Todos los alquimistas y químicos precientíficos respiraron oxígeno antes que Lavoisier; algunos incluso llegaron a demostrar su presencia, pero como se movían dentro de la problemática ideológica de la teoría del flogisto no pudieron conceptualizar su descubrimiento y debieron limitarse a hablar de "aire desflogistizado" Pero habían surgido ya dificultades insalvables para la teoría del flogisto que permitieron a Lavoisier, al visualizar tales obstáculos, romper con la ideología precientífica y anunciar el descubrimiento de un nuevo elemento, el oxígeno, a partir del cuál había que replantearse todo el conocimiento químico aceptado hasta ese momento. Y los sucesores

[7] Este tema está compuesto clara y extensamente en el libro de T. S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas,* México, FCE, 1974, cap. VI.

de Lavoisier pudieron ya trabajar dentro de una problemática nueva, descubriendo y conceptualizando lo que era posible "ver" dentro de ella pero que había sido imposible antes de que tal problemática existiese.

Si el sujeto es la problemática abierta y el objeto es un producto teórico que no tiene ni realidad empírica ni realidad trascendental, ¿qué nos queda de nuestro remanido circuito reverberante del sujeto y el objeto? Tan sólo dos nombres que son incorrectos por todas las consonancias que traen desde el pasado. La ciencia no es algo que "pasa" entre un sujeto y un objeto, es una práctica teórica que se da íntegramente en el plano de la teoría dentro de los marcos brindados por la práctica previa. El "sujeto" de la metafísica tradicional es simplemente un agente, un "soporte" de un cierto conjunto de transformaciones y operaciones condicionadas sea por la práctica ideológica que ha tropezado con obstáculos epistemológicos, posibilitando y hasta exigiendo una ruptura epistemológica, sea por la práctica científica procesable después de aquella ruptura.

El "sujeto", finalmente, es impugnado también desde otro ángulo, desde la teoría psicoanalítica, que ha develado el proceso de su constitución y, según lo ya visto en torno a la integración del psicoanálisis en la instancia ideológica del materialismo histórico (cap. 4), se ha develado también el mecanismo inconsciente por el cual ese sujeto se integra en los procesos sociales en su condición de sujeto ideológico que desconoce "el núcleo de nuestro ser que es el oscuro Ello" (Freud, 1938).

Ahora podemos explicarnos también por qué perduró (y perdura en vastos círculos) durante tantos siglos este discurrir compulsivo del sujeto y el objeto: histórica y epistemológicamente no se podía emerger del engañoso círculo antes de que se produjese una ciencia de la historia que permitiese comprender cuál era el proceso de producción de los "objetos" y de los "sujetos". Es, pues, la ciencia de la historia y, en ella, la ciencia de la sujetación, la que permite salir sin escapar, salir denunciando el engaño, del tradicional "problema gnoseológico".[8]

Finalmente, en tanto que la ciencia no consiste en "encontrar" ni en "descubrir" verdades sino en producir conocimientos válidos, es claro que las construcciones científicas no pueden presen-

[8] Para la filosofía tradicional "saber" y "ciencia" son equivalentes. Nosotros distinguimos el "saber" (representación del mundo por parte del sujeto ideológico) de la ciencia (apropiación teórica de las determinaciones de lo real). Esta discriminación es esencial y su ignorancia constituye un punto ciego en el planteamiento del problema por parte de la filosofía especulativa.

tarse nunca como definitivas. Siempre son transitorias y expuestas a refutación y rectificación en aspectos importantes a los que no pueden dar solución satisfactoria. La historia de la geometría, de la física o del psicoanálisis brindan abundantes ejemplos en los que no podemos detenernos. La ciencia no tiene cierre. La desujetación se presenta como un ideal inalcanzable. La expulsión del mítico "jardín del Edén" parece irreversible y está destinada a impedir que alcancemos "el árbol de la vida" después de haber comido del "árbol de la ciencia". Prometeo fue condenado a permanecer sujetado a la roca del Cáucaso para siempre. No obstante, un día llegó Hércules y lo liberó de sus ataduras. Como el designio de Zeus debía cumplirse de todos modos, el héroe llevó por el resto de sus días un anillo en el que estaba engarzado un fragmento de la roca del Cáucaso. El mito, tanto al hablar del fragmento de roca como al hablar del querubín de flameante espada, parece estar señalando la imposibilidad de una liberación definitiva de los lazos de la ideología precientífica. Mas, si de lo que se trata es de ir produciendo las necesarias revoluciones científicas, es preciso comenzar por desembarazarse de las preguntas mal planteadas, de los falsos problemas, de los razonamientos circulares, del constante tejer y destejer la misma trama de argumentos. Si de lo que se trata es de calmar la desesperación del doctor Fausto ante el "saber" inútil, no estaría mal comenzar por disolver esta milenaria cuestión del "sujeto" y el "objeto".

CAPÍTULO 11

CONDUCTISMO, NEOCONDUCTISMO Y GESTALT

FRIDA SAAL

El presente capítulo, dedicado a las escuelas psicológicas, requiere una justificación que dé sentido a su ubicación en la estructura global de la obra y permita también comprender el por qué de la elección de determinadas corrientes dejando de lado otras. Selección discutible pero no arbitraria, cuyos criterios explicitaremos:

a] *Lo que no nos proponemos:* ofrecer aquí una síntesis histórica o el panorama completo de los grupos y subgrupos que se disputan la "verdad psicológica"; más aún, las escuelas de las que sí nos ocuparemos, serán enfocadas desde la perspectiva crítica que nos orienta presuponiendo por lo general el conocimiento de los postulados básicos por ellas planteados en sus textos originales. En consecuencia no habrá una exposición de sus tesis.

b] *Lo que nos proponemos:* ofrecer en estos dos capítulos, a través de la selección de sistemas psicológicos que podríamos llamar paradigmáticos, el *momento de ejemplificación* de lo expuesto en el capítulo 10 sobre los modos de explicación en psicología.

Las escuelas de las que nos ocuparemos en el presente capítulo son: conductismo, neoconductismo y Gestalt, desarrollando en el próximo la epistemología genética de Jean Piaget. Desde esta perspectiva de análisis la elección de estas corrientes ofrece la posibilidad de trabajar en sus productos contemporáneos la vertiente materialista mecanicista (conductismo y neoconductismo), la vertiente idealista (Gestalt) [1] y en la vertiente interaccionista el planteo constructivista de Jean Piaget.

Hay aún una razón más que nos mueve en esta elección y que se relaciona ya no solamente con los modos de explicación sino con la totalidad de nuestra empresa. Señalamos repetidamente en el análisis crítico de la psicología académica que sus objetos de estudio, *conciencia* y *conducta*, son las nociones accesibles a la evidencia de la aproximación psicológica, *efectos* cuyas estructuras determinantes permanecen desconocidas. Si se toma el discur-

[1] En adelante diremos simplemente "la Gestalt" para hacer referencia a la teoría de la Gestalt.

so en torno a esos objetos empíricos como un conocimiento ya alcanzado, las nociones de conciencia y conducta obturan el camino a la producción de los conceptos capaces de dar cuenta de ellos. En tal sentido funcionan como obstáculos epistemológicos que deben ser removidos.

No es casual, claro está, que se registre una activa oposición al desplazamiento de problemática posibilitado por la ruptura epistemológica del psicoanálisis que llevaría a replantear las apariencias y transparencias de "conciencia" y conducta". Trataremos de demostrar que es en su aspecto ideológico constitutivo donde debemos detectar esta obturación inconsciente y estructuralmente determinada. Tanto el conductismo (en todas sus variantes) como la Gestalt han actuado y siguen funcionando como obstáculos activamente resistentes al conocimiento psicológico que pretenden servir.

La epistemología de J. Piaget será reubicada en una perspectiva distinta, abriendo una serie de interrogantes cuya respuesta podrá ser elaborada en trabajos posteriores por quienes se interesen y encuentren válidos tales cuestionamientos.

CONDUCTISMO

> El *conductismo* es, pues, una *ciencia natural* que se arroga todo el campo de las adaptaciones humanas. Su compañera más íntima es la fisiología.
>
> J. B. WATSON, *El conductismo.*

Los planteos conductistas son presentados a menudo como revolucionarios. Si debiéramos preguntarnos ¿en qué consiste esta revolución?, y aún a riesgo de esquematizar podríamos señalar dos aspectos fundamentales y solidarios: a] un aspecto *teórico,* que implica la eliminación de la conciencia y sus derivados del campo de estudio de la psicología; b] una serie de respuestas *técnicas,* que constituyen un instrumental apto para producir "cambios deseables" en el comportamiento de los hombres y ejercer así un control eficaz sobre esos comportamientos.

Estos dos aspectos son solidarios según podremos entenderlo después de repasar el estado de la psicología y el horizonte ideológico en que el conductismo emergió.

La psicología de comienzos de siglo se debatía con el lastre de

la herencia filosófica que la creación de laboratorios y la introducción del método experimental, tomado de la fisiología, no podía hacer desaparecer. Ocupada de la conciencia —versión laica del alma— podía combinar sensaciones, revisar introspectivamente sentimientos, o aún experimentar con la capacidad mnémica, pero era estéril en cuanto a su capacidad de dar respuestas eficientes a las necesidades que una sociedad industrial desarrollada planteaba. La psicología no podía presentar los éxitos y realizaciones que las ciencias físicas y naturales ya exhibían.

Baste lo dicho para caracterizar el estado de la psicología, pero a ello debemos agregar la co-presencia de determinados "personajes teóricos" que marcan el rumbo y la dirección para un desarrollo fructífero en el sentido de satisfacer más adecuadamente las exigencias de la estructura social y sus sectores dominantes.

1º *El positivismo:* sus características esenciales han sido presentadas en los capítulos 7 y 10 lo que nos exime de entrar aquí nuevamente en detalles. Tan solo señalaremos la situación paradójica del proyecto de Watson y sus continuadores: mientras por un lado Augusto Comte, "fundador" y primer sistematizador del positivismo, dictaminaba la interdicción de la psicología como ciencia, por el otro, el conductismo tomaba una orientación positivista para hacer de esta disciplina una "ciencia". Tal paradoja es sólo aparente pues al hacer de la psicología una "ciencia natural cuya compañera más íntima es la fisiología", según la expresión de Watson en la frase que hemos elegido como epígrafe, el conductismo, por el camino de la reducción biologista, permanece fiel a la interdicción comtiana. En otros términos, las doctrinas que se basan en la observación y análisis experimental de la conducta no llegan a construir una psicología; simplemente, ofrecen una solución de recambio y allí donde los autores clásicos hablaban del alma o de la conciencia estas escuelas injertan un discurso biológico. A la especulación metafísica de unos sucede la negación, por los otros, de la especificidad psicológica, con el desplazamiento de una posible ciencia del sujeto hacia el terreno de la fisiología.

Para la definición positivista la ciencia sólo puede serlo de hechos positivos, observables. Se impone pues el viraje desde el eje de la conciencia al de la conducta; este cambio de objeto obliga, por la indisolubilidad de lo que se estudia con el medio para abordarlo, a un cambio de métodos. La introspección es reemplazada por la observación y la experimentación. La ilusión, ya despejada en el cap. 5, es la de alcanzar la cientificidad por la vía de una elección metodológica.

2º *El pragmatismo*: escuela filosófica nacida en suelo norteamericano y que tuvo en William James al expositor más convincente. Su divulgación ha conducido a sobresimplificaciones que la desvirtúan. Así, las expresiones "Es útil porque es verdadero" o "es verdadero porque es útil" [2] son equiparadas para establecer que el criterio de verdad se define por la utilidad. Pero se suele eliminar el contexto de esta cita, marco donde la polémica se inserta. James recurre a esta expresión en el seno de un enfrentamiento entre el pragmatismo y el racionalismo: para este último la verdad es esencial, eterna, inmutable. El pragmatismo desecha y refuta este "mito de la verdad" y se propone a sí mismo como una alternativa filosófica fundada en la práctica y la acción. Por tal motivo podemos reformular la expresión mencionada: si bien el pragmatista considera que lo útil es lo verdadero, la verdad es redefinida por él atendiendo a las posibilidades que habré de actuar sobre los objetos.

Sobre el trasfondo de esta filosofía encuentra su justificación la actitud manipulatoria y de control de conductas que el conductismo ubica en el centro de su programa y a partir de la cual se desarrollan las "técnicas psicológicas" que se analizan en detalle en el capítulo 8.

3º *El evolucionismo:* el impacto de la teoría evolucionista de Darwin repercute en el campo de la psicología sobredeterminando las condiciones que conducirán a la crisis de las psicologías de la conciencia. Dos aspectos de la teoría evolucionista son fundamentales para esta "revolución conductista". En primer lugar, al ubicar al hombre como un punto más en la escala zoológica gobernada por las leyes de la evolución, ofrece al conductismo el respaldo para reducir la explicación de los fenómenos llamados psicológicos a relaciones fisiológicas; es decir, justifica la reducción biologista de su modo de explicación. En segundo lugar, le permite importar el concepto de *adaptación,* cuya legitimidad en el campo de la biología no nos cabe analizar, pero que al ser ubicado en un campo diferente sin la reelaboración correspondiente fija implícitamente un objetivo a las "conductas deseables": el de adaptarse.

La coyuntura económica, política e ideológica de los años previos a la Primera Gran Guerra formula una demanda perentoria de respuestas técnicamente eficientes para llenar las necesidades de la producción. Positivismo, pragmatismo y evolucionismo abo-

[2] James, W. *Pragmatismo,* Buenos Aires, Aguilar, 1961, p. 170.

nan el terreno ideológico en el que brota el "conductismo", discurso teórico que es, a la vez, fundamento y retoño de la psicotecnología del siglo XX.

El proyecto conductista se sintetiza en un programa de apariencia neutra: "Dado el estímulo, poder predecir la respuesta o, viendo qué reacción tiene lugar, inferir cuál es el estímulo que la ha provocado".[3] Decimos que sólo la apariencia es neutra ya que allí se restringe la tarea del científico a la actitud expectante de observar y predecir un campo de fenómenos previamente delimitados: el de los estímulos (E) y las respuestas (R). Esta apariencia se desvanece en cuanto su discurso continúa: "El interés del conductista en las acciones humanas significa algo más que el de mero espectador: desea *controlar* las reacciones del hombre, del mismo modo como en la física los hombres de ciencia desean examinar y manejar otros fenómenos naturales. *Corresponde a la psicología conductista poder anticipar y fiscalizar la actividad humana.*"[4] La claridad de la expresión no ofrece dudas en cuanto a lo que señalábamos de la demanda de control y modificación para obtener "conductas deseables". Lo único que permanece implícito y que es necesario detectar es ¿al servicio de quién y en salvaguarda de qué objetivos, el conductista —"agente del cambio"— entra a funcionar con eficiencia? La demanda y el demandante permanecen en el anonimato, surgiendo a luz solamente los indiscutidos derechos de "LA CIENCIA".

La utilización del reflejo condicionado sirve como llave maestra en la creación de hábitos y abre el camino a la realización de este proyecto y a la elaboración de su instrumental técnico. Si se desarrollan sistemas de hábitos "adecuados", cada sujeto podría ir a ocupar el lugar que le está reservado, sin roces ni conflictos. Pero esta utilización de los hallazgos de la reflexología, marca también la diferencia entre esta psicología biologista y los estudios fisiológicos propiamente dichos. El conductista puede prescindir de estos últimos, puede escribir un tratado completo de psicología sin saber nada de nervios, músculos o vísceras, tal como lo decía Watson, ya que es sólo su instrumentación en un proyecto ideológico lo que le interesa. La fisiología es su compañera más íntima por los servicios técnicos que le presta, no por el marco de explicaciones que le ofrece.

El énfasis en los procesos de aprendizaje está estrechamente ligado a ese proyecto que venimos detectando. Es más fácil, eco-

[3] Watson, J. B., *El conductismo*, Buenos Aires, Paidós, 1961, p. 33.
[4] Watson, J. B., *op. cit.* p. 28. El subrayado es nuestro.

nómica, y segura la preparación adecuada de los hábitos "deseables" que su modificación; sigamos pues escuchando las explicaciones de Watson que no tienen desperdicio:

"El conductista tiene asimismo sus problemas en lo tocante al adulto. ¿Qué métodos hemos de utilizar sistemáticamente a fin de condicionar al adulto? ¿Por ejemplo, para enseñarle hábitos de trabajo, hábitos científicos?... Una vez formados estos hábitos de trabajo, ¿con qué sistema de estímulos variables debemos rodearlos si *queremos mantener el nivel de eficiencia y su aumento constante?* "Además del problema de los hábitos profesionales, se plantea el de su vida emocional. ¿Cuál es la parte que trasciende de su infancia? ¿Cuál *estorba su adaptación actual? ¿Cómo podemos hacer que la elimine?*" (pp. 25-26. Subrayado nuestro).

Este fragmento ilustra el carácter eminentemente técnico de los planteos que se hace el conductista con vistas a un objetivo indiscutido e indiscutible en su contexto que es el de la adaptación, concepto clave y encubridor de una transpolación ya señalada: así como los animales deben adaptarse al medio natural en que viven, los hombres deben aceptar su medio social con idéntica "naturalidad" y en consecuencia adaptarse. El conductista se arroga, sobre la base de este supuesto, el papel de ingeniero, elimina lo que "estorba" y apuntala y acrecienta lo que aumenta el nivel de la eficiencia. La reducción biologista ofrece pues al conductismo una doble utilidad: por el lado de la instrumentación de los resultados de la fisiología puede elaborar técnicas y por la homologación de los medios puede racionalizar su discurso dejando entre paréntesis a la estructura social.

Las técnicas que la psicología conductista es capaz de proponer son eficientes. Satisfacen así la demanda de otorgar a los sectores dominantes poder para manipular y cambiar la conciencia y la conducta de los sujetos ideológicos. Pero ¿por qué estas técnicas necesitan presentarse como frutos del árbol de la ciencia? Es la pregunta que D. Deleule reiteradamente plantea en su libro *La psicología mito científico.* Y suscribimos sin reservas la conclusión en la que desemboca: "La psicología moderna es una colección de respuestas a una pregunta que el psicólogo nunca ha planteado y que podría formularse del siguiente modo: ¿cómo integrar lo mejor posible a los individuos en el sistema social al que pertenecen? ¿Cómo conseguir que esta pertenencia *de hecho* se convierta, para el individuo, en una pertenencia *de derecho?*" [5]

[5] Deleule, D., *La psicología, mito científico,* Barcelona, Anagrama, 1972, p. 80.

Aparentemente Deleule no contestó la pregunta inicial sino que la reemplazó por otras dos preguntas pero, al hacerlo, iluminó el proyecto tácito de la psicología conductista, puso al descubierto sus premisas y mostró que la razón de ser de esta escuela no está en una pretensión de saber para transformar sino en una exigencia extraña a la ciencia y proveniente de una estructura social que exige transformar y que abomina del saber porque, en este terreno, el saber sería explosivo. Éste es un tema que comenzamos a trabajar en la primera parte y que desarrollaremos acabadamente en los cuatro capítulos de la cuarta parte del libro.

NEOCONDUCTISMO

La herencia de Watson es reivindicada por los neoconductistas y quizá vaga la pena indagar qué hay de nuevo en este "neo" que precede a su nombre.

En rigor es difícil delimitarlo como corriente ya que entre sus distintos representantes existen diferencias y disidencias no saldadas. De hecho, no constituye una "escuela".

Bajo la denominación de "neoconductistas" se reune a un conjunto importante de investigadores y teorías psicológicas que trabajan y desempeñan un papel hegemónico en los EE.UU. Entre ellos comparten un método, el método experimental y aceptan la crítica de Watson a la psicología anterior, aunque se postulan como "superadores de sus excesos".

Nos encontramos pues con una determinación geográfica (los psicólogos experimentalistas europeos no reivindican para sí el título de neoconductistas), una metodología y una matriz común que aspiran a superar. Es en el camino de tal superación que se producen las bifurcaciones y diferencias.

Nuestra visión a vuelo de pájaro de estos autores, tomados en su conjunto, arriesga ser sobresimplificada. No expondremos los desarrollos que cada uno de ellos impulsó.[6] Sin embargo, quisiéramos señalar la presencia de actitudes polares a través de la mención de algunos de sus más conspicuos representantes.

[6] El lector interesado en los desarrollos neoconductistas puede consultar: Fraisse, P., "L'évolution de la psychologie expérimentale", en *Traité de psychologie expérimentale*, dirigido por Fraisse y Piaget, t. I, pp. 2-70, y Marx y Hillix, *Sistemas y teorías psicológicos contemporáneos*, Buenos Aires, Paidós, 1969, Tercera parte, capítulo X.

Hay una línea de desarrollo que trata de centrarse en los aspectos neurofisiológicos subyacentes a la relación E-R, en tal orientación podemos ubicarlo a *Lashley*. Otro grupo de investigadores centra su trabajo en la reelaboración de la relación E-R, introduciendo "variables intermediarias" a modo de intentos explicativos. El nombre de *Hull* merece especial mención entre estos intentos. Este autor sigue usando el método experimental y trata de dar un paso más adelante con la inclusión de hipótesis de las que deduce enunciados que son, a su vez, sometidos a nuevas experiencias. El sistema de Hull alcanza un alto grado de sistematización y formalización. *Skinner* se ubicaría en el polo opuesto: siguiendo de cerca la tradición watsoniana entiende que su función, en tanto psicólogo positivista se limita a la descripción y al control de las conductas, negándose sistemáticamente a *todo intento explicativo o teórico*. Lo que sucede *entre* E y R corresponde a lo que llama "la caja negra". Skinner podría decir: no sabemos qué pasa allí dentro pero tampoco nos interesa ni nos incumbe, nosotros sólo nos ocupamos de lo que entra y de lo que sale, lo demás es metafísica (recordemos que para los positivistas toda referencia a las causas es metafísica).

Si nos preguntáramos a nosotros mismos, ¿cuáles son los "excesos" de Watson que los neoconductistas quieren superar?, no debemos buscar la respuesta en los aspectos teóricos. Hemos traído ya las palabras de Watson y se hace comprensible que sus "excesos" se ubican en la "verdad" de su discurso. Esta "verdad" necesita una explicación y puede ser enfocada a dos niveles; el primero, corresponde al grado de explicitación que encontramos en los textos de Watson del encargo social en la tarea que emprende. Cuando el encargo es tan evidente fracasa su valor de racionalización y produce reacción en los psicólogos "bienpensantes" que no pueden así asumir lisa y llanamente su tarea. El otro nivel corresponde a la ubicación estrictamente biológica de los hallazgos conductistas: descripción adecuada de hechos y leyes que tienen su lugar en el discurso biológico integrados al conocimiento estructural y funcional del organismo y sus sistemas de integración.

Este reconocimiento es necesario ya que produce las nociones que en psicología constituyen la materia prima de la ideología con la que la ciencia debe romper. La ciencia no puede negar la ideología sino que debe explicarla.

Hemos señalado al carácter simplificado de nuestra exposición. No podemos entrar a evaluar las distancias que separan los respetables esfuerzos de Hull por formalizar y teorizar en su campo

de trabajo y la sistemática negativa de Skinner a todo intento de teorización pero, a pesar de las diferencias que los separan entre sí, los neoconductistas dejan incólumes los dos pilares sobre los que asienta el conductismo: *el modelo biologista* no es cuestionado por ninguno de ellos y *el objetivo adaptacionista* es fielmente respetado.

Skinner, lo mismo que Watson, aparece como factor irritativo. Su último libro: *Beyond freedom and dignity* ha despertado una de las más enconadas polémicas en el ámbito de la psicología norteamericana. Munido de la tecnología conductista, Skinner llega hasta las últimas consecuencias atacando al mito liberal de la libertad y la dignidad humana al que considera patrimonio del pasado. Sostiene que el mundo está amenazado por los peligros del hambre, la superpoblación, la guerra nuclear y la contaminación y no trepida en defender el uso de las técnicas de manipulación de conductas como único medio seguro de evitar tales peligros. Por supuesto que Skinner no cuestiona el orden social en que tales peligros se inscriben: las estructuras de poder, la posesión privada de los medios de producción, la competencia por los mercados, etc., no son tocados ni mencionados como causas de tales peligros. La planificación que Skinner sostiene que hay que realizar está explícitamente encuadrada en un proyecto político al servicio del cual coloca su arsenal tecnológico.

Esto nos lleva, ya en el final de nuestra apretada síntesis sobre conductismo y neo-conductismo, a algunas consideracions de resumen:

En primer lugar, conductismo y neoconductismo se nos ofrecen como una *ideología de recambio* (Deleule), más aceptable por su apariencia de cientificidad que la apelación a la conciencia, en una época dominantemente tecnocrática.

En segundo lugar, debemos señalar la trascendencia que tales corrientes tienen en la psicología académica contemporánea. No hay prácticamente centro de altos estudios en que esta corriente no cuente con fervorosos defensores. Más aún, es dable esperar que su difusión e influencia aumenten todavía en el futuro inmediato.

En tercer lugar, producen *técnicas* eficientes. Las mismas se hallan marcadas por el contexto en que se aplican, en este caso particular, el de una formación social capitalista. Esto plantea la delicada cuestión del uso de técnicas de inspiración conductista en procesos históricos de transición al socialismo, uso determinado por necesidades coyunturales específicas de tipo político que deben ser evaluadas en ese nivel. Queda abierta la siguiente pre-

gunta: ¿podría el uso de tales recursos, en ciertos momentos de la transición al socialismo, llegar a ser incompatible con el proyecto político mismo?

TEORÍA DE LA GESTALT

> Para el espíritu precientífico la unidad es un principio siempre deseado, siempre realizado con poco esfuerzo. No hace falta más que una mayúscula. Las distintas actividades se convierten así en manifestaciones variadas de una única y misma Naturaleza. No se puede concebir que la experiencia se contradiga y tampoco se separe en compartimientos. Lo que es verdad para lo grande debe ser verdadero para lo pequeño e inversamente.
>
> G. BACHELARD, *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972 p. 103.

Los comienzos de la psicología de la Gestalt se ubican contemporáneamente con los del conductismo. Su aparición en Alemania se produce con la misma pretensión de ser un movimiento "revolucionario" y es sobre sus condiciones de surgimiento, sus principios fundamentales y también sobre su significado que trataremos de ubicar nuestra lupa para develar su sentido en un contexto más amplio.

Wertheimer es el iniciador de esta corriente. Con su estudio sobre el fenómeno Phi, nombre que dio a la ilusión de movimiento inicia su enfrentamiento con las posiciones elementalistas vigentes y lanza su ataque contra el estudio de las sensaciones a las que considera datos inexistentes.

En Alemania, cuna de la psicología de laboratorio, reinaba desde su nacimiento y de manera indiscutida la concepción elementalista que buscaba integrar los contenidos de conciencia a partir de las sensaciones que deberían sumarse para dar cuenta de tales contenidos, fueran estos percepciones, sentimientos o pensamientos. Y también estaban, preparados especialmente para ese minucioso análisis introspectivo capaz de detectar los átomos en la totalidad, los introspeccionistas adiestrados.

Este análisis introspectivo de los contenidos de conciencia en busca de los elementos iniciales y fundantes de los actos psíquicos complejos, constituye el núcleo "experimental" de la hoy llamada psicología clásica. Quienes recuerden los razonamientos expuestos

en el capítulo precedente no tardarán en detectar el esquema referencial del "empirismo" y la filiación de esta psicología en la línea genética que nace en Aristóteles y se reformula con las tesis cartesianas de la res extensa, el empirismo inglés y el sensualismo francés.

Ya señalamos al hablar del conductismo que los cambios y el desarrollo de otras ciencias proporcionaban una imagen de progreso que, asentándose en condiciones estructurales específicas, exigía cambios también en el campo de la psicología. Hay que señalar pues las condiciones diferenciales que determinaron los rumbos divergentes que adoptaron estas dos corrientes contemporáneas y nacidas en el escenario cubierto por un mismo telón de demandas equivalentes.

En Alemania, el espacio cultural estaba preñado por la influencia filosófica del idealismo, fundamentalmente de Kant. Recordemos entonces que el proyecto kantiano pretende nada menos que hacer de la metafísica una teoría del conocimiento y comienza por reconocer las posibilidades, los presupuestos y los límites del conocimiento humano.

A riesgo de redundar en algunos de los conceptos vertidos en el capítulo 10, retomaremos este fragmento de la exposición.

Frente a la pregunta ¿cómo es posible el conocimiento? la respuesta kantiana es que su posibilidad radica en las formas puras de la intuición sensible; estas formas son apriori y relativas al espacio y al tiempo. Corresponden al sujeto que asume el papel de organizador de todo conocimiento posible, y lo ordena mediante dichas formas puras. Al organizar el sujeto al conocimiento sensible en el cuadro de las categorías de espacio y tiempo, se accede a lo *fenoménico*, al conocimiento de las cosas tal como se nos aparecen, y de allí también al límite del conocimiento, por cuanto de la *cosa en sí*, nada podemos saber.

Este planteo del idealismo trascendente implica una consecuencia directa sobre la posibilidad del conocimiento psicológico: si el sujeto, en tanto organizador del conocimiento, es la condición de posibilidad del mismo, no puede tomarse a sí mismo como objeto de conocimiento. De allí la interdicción kantiana: no hay lugar posible para una ciencia psicológica. Paradójicas conclusiones de desarrollos disímiles y paralelos: el conductismo se organiza sobre premisas positivistas tratando de superar la interdicción de Comte; la Gestalt sobre las premisas del idealismo crítico, frente al planteo de Kant.

El panorama en que la Gestalt irá a ocupar su lugar no se reduce a la psicología atomista de Wundt y a la influencia del

idealismo filosófico. Es necesario tener presentes a otros dos interlocutores a los que la Gestalt se dirige, aunque con ellos la polémica sea asimétrica:

a] *el materialismo:* en este aspecto la Gestalt se ubica en el polo opuesto al conductismo. Este trata de imitar a la física para ver si puede por ese camino obtener iguales logros, la Gestalt se opone porque ve en tal alternativa un peligro para el mundo de los valores que trata de salvaguardar. Es por ello que podemos considerar que el materialismo mecanicista es un enemigo, contra el que esta escuela arremete con ánimo de cruzado. No pueden aceptar que tanto la vida como el pensamiento y la conciencia sean explicados por el ciego movimiento de los átomos. Quieren reencontrar los principios capaces de restablecer la armonía y la integridad en los tres reinos en que dividen la naturaleza: los de la materia, la vida y el espíritu;

b] *el espiritualismo y el vitalismo:* constituyen en conjunto su segundo interlocutor. Habíamos dicho que la polémica con ambos interlocutores era asimétrica, porque la diferencia de la Gestalt con el espiritualismo y el vitalismo es de matices y detalles mientras que un abismo insondable la separa del materialismo. Su desacuerdo con el espiritualismo no afecta a los planteos sino a las soluciones propuestas. El espiritualismo hace pasar la frontera entre la vida y el espíritu quedando de un lado vida y materia inanimada y del otro el espíritu, sustancia de origen divino que separa al hombre del resto de la creación. El vitalismo separa por un lado la materia inanimada y reúne a la vida y al espíritu por el otro a partir de un principio organizador de la vida. Otra posibilidad que se abre al pensamiento especulativo dentro de esta problemática ideológica e idealista es la de buscar un principio específico para cada uno de tales dominios.

En este contexto y con tales interlocutores podemos ahora ubicar el proyecto de la Gestalt, explicitado por uno de sus máximos representantes: "No puede ignorar [la psicología de la Gestalt] el problema espíritu/cuerpo y vida/naturaleza, ni tampoco puede aceptar que estos tres dominios estén separados unos de otros por abismos insalvables. Es aquí donde *debe ponerse de manifiesto la virtud integrativa de nuestra psicología.*" [7]

He aquí entonces el lugar privilegiado otorgado a la psicología desde la perspectiva de un proyecto que lleva por finalidad desde su constitución una misión de salvaguarda de los valores. ¿Y por-

[7] Koffka, K., *Principios de psicología de la forma,* Buenos Aires, Paidós, 1953 p. 24. El subrayado es nuestro.

qué esta misión le corresponde a la psicología? Esta aparece como el punto de intersección de los tres reinos de la naturaleza: el alma o la conciencia es propia del hombre, asienta en un cuerpo en el que funciona el sistema nervioso y este cuerpo con sus nervios está constituido por elementos que, analizados, son los mismos que existen en el reino de la materia. La psicología, por esta posición privilegiada del hombre, estaría pues llamada a demostrar la unidad fundamental e indisoluble de la naturaleza y el espíritu, salvando al mundo del caos del materialismo. Función ideológica que no se asume como tal sino que se presenta como objetivo "científico" y que marca la desproporción entre el proyecto, los trabajos y los principios en que se funda.

El proyecto ideológico no es discutible siempre y cuando se asuma como tal y puede obedecer a una necesidad respetable que una ciencia de las ideologías debería explicar. El problema es la pretensión de cientificidad con que este proyecto espiritualista necesita disfrazarse. El análisis epistemológico pronto descubre que la psicología de la Gestalt no pasa de ser un tapizado nuevo para el más viejo de los sistemas explicativos del mundo: el religioso.

Señalamos recién la desproporción entre el proyecto, los trabajos y los principios de esta corriente. El campo privilegiado de trabajo de la Gestalt es el de la percepción. Sobre la base de ciertos experimentos perceptivos que pueden consultarse en cualquiera de las muchas "Psicologías de la forma" o en el capítulo "Percepción" de algún libro de psicología general, los gestaltistas elaboraron sus principios fundamentales que fueron luego aplicando progresivamente a diversos objetos empíricos: memoria, procesos de aprendizaje, conducta, personalidad, sociedad...

No abundaremos sobre el material empírico con el que elaboraron las leyes de organización de la percepción ya que ese material es el que cubre la casi totalidad de las exposiciones sobre la teoría de la Gestalt. Son, por otra parte, esas leyes empíricas de la manera en que se organiza la percepción las que permitieron una amplia difusión a esta corriente, y encontraron inmediata aplicación en el campo de la plástica, la propaganda, la educación, etc. etc., echando sombra sobre los principios y la concepción filosófica general. Ocultada que fue ésta bajo los mantos ideológicos de la "totalidad" y las "buenas formas" fue fácil promover la idea del contenido "revolucionario" de la corriente.

LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

Comencemos por su enumeración:

1º ley de la organización o de la estructura.
2º ley de la pregnancia o de la buena forma.
3º principio del isomorfismo.

1º *Ley de la organización o de la estructura:* es el principio fundamental que da nombre a esta corriente y que conserva la marca de su nacimiento como oposición al elementalismo. El término alemán Gestalt carece de equivalente en nuestra lengua. Se lo traduce, con reservas, por: estructura, organización, forma o configuración; en un sentido amplio, hace referencia a una integración de elementos en oposición a la suma de sus partes.

El punto de partida de toda esta elaboración estaba dado por una serie de fenómenos perceptivos de difícil explicación en términos elementalistas: las ilusiones ópticas, el movimiento aparente, las constancias perceptivas, etc., fenómenos que ponían en crisis los intentos de explicar la percepción como el resultado de la suma de las estimulaciones parciales que proporcionaban las sensaciones.

La ley de la estructura destierra a las sensaciones por considerarlas especulaciones de laboratorio y ubica a la percepción como dato primero que se da ya organizado y con significación. En otros términos se suele hacer mención al carácter no aditivo del todo que encuentra su expresión complementaria en la "ley del carácter del elemento". Si en una página en blanco hay un pequeño círculo rojo la percepción no resulta de la suma de la sensación de blanco más la de rojo, más la tersura del papel, etc., sino que la percepción se organiza como totalidad donde son decisivas las condiciones relacionales y donde el valor de cada elemento (círculo rojo en el ejemplo) resulta de esa totalidad en la que se encuentra incluído y que variaría fundamentalmente, aún siendo el mismo elemento, si fuese incluido en otro contexto perceptivo, por ejemplo, en una página de color rojo.

2º *Ley de la pregnancia o de la buena forma:* Esta ley es una respuesta a la pregunta ¿cómo se organiza la percepción? Según los gestaltistas, y esto es lo que expresa la ley de la pregnancia, la percepción es siempre la mejor posible en consideración a la totalidad de los factores *coexistentes en el campo* en un momento determinado. Las buenas formas no se encuentran definidas más que por algunos atributos: simetría, simpleza, cualidad geométrica, etc., utilizando analogías tomadas de la física o de la geometría.

Es aquí donde entrarían a jugar las leyes empíricas de organización de la percepción. La falta de precisión en la definición conceptual de lo que son las buenas formas se ha reemplazado por una minuciosa y detallada investigación sobre las formas privilegiadas que adopta la percepción en determinadas condiciones. Cada uno de estos resultados ha sido denominado arbitrariamente "ley": "ley de la semejanza", "ley del cierre", "ley de la proximidad". El catálogo de tales leyes que sólo constatan una regularidad incluye actualmente más de quinientas. Porque son muchas y porque de nada serviría, nos abstendremos de enumerarlas.

En la parte conceptual de la ley de la buena forma hemos subrayado, para llamar la atención del lector, la expresión "coexistentes en el campo". Köhler "importó" desde la teoría física del electromagnetismo el concepto de "campo" y lo hizo actuar como noción psicológica. Piaget señala que la introducción de los modelos de campo ha sido nefasta para la teoría de la Gestalt: "En efecto, un campo de fuerzas, lo mismo que un campo electromagnético, es una totalidad organizada, es decir que en él la composición de las fuerzas adquiere ciertas formas según la dirección e intensidades, sólo que se trata de una composición que se produce en forma casi instantánea, y aunque todavía se puede hablar de transformaciones, son casi inmediatas".[8]

La aplicación de los modelos de campo a la psicología pretende ser más que una mera analogía, es una extrapolación que tiene una finalidad explícita y cumple con el objetivo de refutar al empirismo: en la medida en que la percepción— y, por extensión, todos los procesos psicológicos— se estructuran de acuerdo a las leyes del campo, hacen jugar sólo a los factores coexistentes, la experiencia no cumple papel importante y, si es considerada, lo es sólo secundariamente como una de las tantas leyes de organización de la percepción. Por esta vía entra la concepción *ahistoricista* propia de la Gestalt. Las estructuras con que se maneja son datos primeros, organizados instantáneamente y en consecuencia no reconocen historia, ni génesis (entendiendo por tal que las estructuras se organicen a partir de estructuras anteriores en el sentido piagetiano que se verá en el próximo capítulo).

Por medio de este artificio de la noción de "campo", el apriorismo ocupa el lugar que el proyecto kantiano explícito de la Gestalt requería.

Si las estructuras están dadas previamente a cualquier experien-

[8] Piaget, J., *El estructuralismo,* Buenos Aires, Proteo, 1972, p. 50.

cia y están presentes en todos lados, sólo se explican por la necesidad de la armonía en el plan divino.

Los gestaltistas comienzan postulando la existencia de un "campo" perceptivo y luego extienden esta noción a regiones cada vez más vastas. Finalmente, todo (la personalidad, los grupos, las instituciones, la sociedad) termina siendo comprendido como un "campo". Podría pensarse que es simplemente una "forma de hablar" y tal vez lo sea. Pero esa "forma de hablar" no es nada inocente. Se presupone que, al igual que en la física, estos "campos" se organizan en forma instantánea, que se puede prescindir de la historia y que las acciones humanas se estructuran en función de principios inmutables de acuerdo a las leyes de la "buena forma". Obviamente, esta *reducción fisicalista* cumple un papel similar al del reduccionismo biologista del conductismo. Lo que sucede con los hombres en la sociedad depende de factores eternos e invariantes (sea la "adaptación" o el "campo") y nadie tiene responsabilidad ni puede hacer nada en favor de la transformación radical de las condiciones en que esas acciones humanas tienen lugar.

3º) *Principio del isomorfismo:* Las críticas más virulentas dirigidas a la psicología de la Gestalt tomaron como blanco al principio del isomorfismo. Básicamente, la expresión iso-morphos refiere a igualdad de formas. ¿Igualdad formal entre qué cosa y qué otra cosa? Entre el percepto (y si recurrimos nuevamente a la percepción como ejemplificación de todo fenómeno psicológico no es por hallar placer en la redundancia sino por ser la percepción el caballito de batalla de la Gestalt) y el sistema nervioso. Este principio expresa que si la percepción se da como totalidad organizada, el sistema nervioso que posibilita y soporta a la percepción *debe* funcionar de igual manera.

Las críticas formuladas a esta concepción se centran en dos puntos: la primera objeción plantea que, en tanto existe igualación de términos, es en este principio donde se juega el dualismo de la Gestalt; el segundo reparo es metodológico: las investigaciones y experimentos gestaltistas cubrieron el aspecto "percepción" pero dejaron intacto el tema de la estructura y función del sistema nervioso; en consecuencia, la corriente gestaltista estaría opinando sobre algo que desconoce, practicando inferencias infundadas, ejecutando una metafísica biológica.

Podemos evidenciar aquí la puesta en marcha de una explicación de corte reduccionista y psicologista porque se pretende inferir las leyes que rigen la actividad nerviosa superior a partir

de análisis psicológicos efectuados sobre la forma en que percibimos los objetos.

En cuanto al modo de explicación propio de la Gestalt conviene señalar que procede por un doble reduccionismo, comienza por un psicologismo según mostramos en el párrafo anterior, pero da luego un paso más y postula que tanto la percepción como el sistema nervioso son isomórficos en su funcionamiento *porque en ambos regirían las leyes de los campos físicos;* es por ello que, en última instancia, la teoría de la Gestalt acaba en un *reduccionismo fisicalista.*

Este reduccionismo fisicalista nos conduce a una aparente encrucijada teórica que podría expresarse así: ¿cómo es posible que una corriente psicológica de neto corte idealista, que comienza por un denodado ataque al materialismo desemboque en una formulación reduccionista fisicalista?

El mismo Koffka se ocupa de solucionar con lucidez el dilema: "Si un proceso de pensamiento que conduce a una introvisión lógicamente válida tiene su contraparte isomórfica en hechos fisiológicos, ¿pierde, por tanto, en rigidez lógica convirtiéndose en *sólo* un proceso mecánico de la naturaleza, o es que hay que considerar que el proceso fisiológico, al ser isomórfico con el del pensamiento, *comparte la necesidad intrínseca del pensamiento?* (p. 791, subrayado nuestro).

Aquí se ha producido un doble movimiento que va de lo complejo a lo simple en la explicación (si es que se puede hablar de simple y complejo), desde el reino del alma hasta el reino de la materia para seguir utilizando la terminología gestaltista, pero para terminar atribuyendo al reino de la materia la "necesidad intrínseca del pensamiento". Con el proyecto original se pretendía buscar y encontrar el principio que diese cuenta de la unidad de nuestro mundo. Al final se postula una "equilibración hacia abajo" (desde el espíritu al mundo físico electromagnético) que oculta la "unificación hacia arriba" (la materia es explicada por la Idea).

Por otra parte, en tanto que las Gestalten son los principios organizadores de los tres reinos y carecen de historia, sólo pueden ser *apriori.* Se satisface así la exigencia emanada del proyecto originario de restablecer la armonía de nuestro mundo, amenazado de disgregación por los "peligros de la ciencia" (por no hablar de los "peligros de la historia").

Por estas razones elegimos como epígrafe la profunda reflexión de Bachelard cuando trata lo que llama OBSTÁCULO DE LA UNIDAD. Todas las invocaciones que en ciencia trataron de apelar a prin-

cipios únicos sean éstos: integración, unidad o naturaleza, adquieren en la mayúscula de su invocación el lugar de Dios, a quien no reemplazan sino que encubren.

Así podemos comprender que la Gestalt, más que una corriente psicológica se constituye como una cosmovisión que reivindica hábitos de cientificidad para asumir la defensa de una concepción filosófica en peligro, eligiendo dar la batalla en la zona de la ciencia, en la región propia de la cosmovisión opuesta. Ideología de recambio en el terreno de los valores que llega a alcanzar índices de eficiencia en la investigación empírica pero que no trasciende el límite del reconocimiento/desconocimiento propio de la práctica ideológica.

Y terminemos acotando que esta psicología de la Gestalt ha ido resignando progresivamente empuje, vigencia y trascendencia en el panorama psicológico actual. Perdidosa frente a la eficacia de las técnicas de inspiración neoconductista y endeble frente a la robustez teórica y heurística de la teoría psicoanalítica, fue quedando arrinconada en los vericuetos de los programas de psicología general y de historia de la psicología donde constituye más un tema de examen que un motivo de interés. De los experimentos en que se fundara subsisten aún ciertas aplicaciones que continúan dando dividendos en el campo de la propaganda y la plástica aunque ahora, por lo común, incluidas dentro de esquemas neoconductistas.

Los desarrollos especulativos con apariencia teórica de Gestalt y conductismo, a pesar de sus cacareadas discrepancias, no desembocaron en confrontaciones violentas; por el contrario, terminaron en sospechosos maridajes que estaban posibilitados por sus rasgos ideológicos comunes. Como ejemplos de tales contubernios pueden mencionarse el "conductismo molar e intencional" de Tolman y la teoría de los "campos conductuales" de Kurt Lewin.

CAPÍTULO 12

LA EPISTEMOLOGÍA GENÉTICA DE JEAN PIAGET

FRIDA SAAL

En el principio era la Acción.
GOETHE, *Fausto*, parte I, 3

UBICACIÓN DEL PROYECTO DE UNA EPISTEMOLOGÍA GENÉTICA

Comenzaremos por ubicar el proyecto de constitución de una epistemología genética en la coyuntura personal de su autor. En un segundo momento mostraremos cómo se articula esta problemática del sujeto Jean Piaget con el problema (o falso problema) del sujeto y el objeto, tan zarandeado en el cap. 10.

Antes que nada es preciso repasar la definición que Piaget propone para la "epistemología" y aclarar qué entiende él bajo la designación "genética" que califica a su epistemología. Esta es definida así: "*el estudio de la constitución de los conocimientos válidos;* el término 'constitución' abarca, a un tiempo, las *condiciones de accesión* y las *condiciones propiamente constitutivas*".[1] Y es "genética" porque hace hincapié en los procesos de formación, de constitución, de los conocimientos. Del acoplamiento de los dos términos surge una nueva concepción de la epistemología: "el estudio del paso de los estados de mínimo conocimiento a los estados de conocimiento más rigurosos".[2]

Piaget recibe, por una elección muy temprana, su formación de biólogo. Dato biográfico de importancia por cuanto de allí surgirán las hipótesis directrices de su trabajo como así también el peso y valor que concede a los aspectos metodológicos.

Su incursión de adolescente en el campo de la filosofía crea en él expectativas que, al nunca satisfacerse, lo conducirán luego a lo que llama su "desconversión" [3] y a una aguda crítica del

[1] Piaget, J., *Naturaleza y métodos de la epistemología,* Buenos Aires, Proteo, 1970, p. 17.

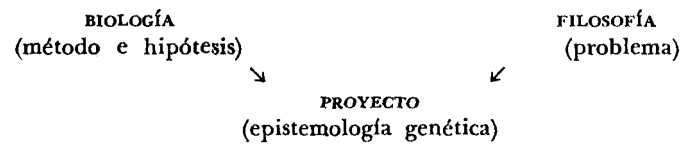
[2] *Op cit.*, p. 18.

[3] Piaget, J., *Sabiduría e ilusiones de la filosofía,* Madrid, Península, 1965. El lector interesado encontrará en el primer capítulo de esta obra un interesante relato autobiográfico.

papel imperialista que asume la filosofía cuando se arroga el derecho de fijar límites de posibilidad o imposibilidad al desarrollo de las distintas ciencias. Reserva pues a la filosofía el lugar de una "sabiduría" cuya función se reduce a la coordinación de los valores. Sostiene de modo irreprochable que los problemas de la validez de los conocimientos deben ser abordados por la epistemología en el interior de cada una de las ciencias.

En esta intersección de la biología y la filosofía Piaget se formula una pregunta: ¿es posible plantear el *problema* tradicional de la filosofía, el problema del conocimiento, y abordar su estudio con una *metodología* científica?

En esta coyuntura nace el proyecto al que dedicará su larga vida (tiene en la actualidad 78 años). La biología va a proporcionar el método y las hipótesis directrices, la filosofía aporta el problema que quiere estudiar



Tal vez ya sea éste el momento para señalar que, en Piaget, no hay diferencia de problemática entre la filosofía y la ciencia. Para él la diferencia radica en el enfoque y en los métodos. Siempre que se sigan métodos experimentales correctos o que se utilicen procedimientos lógico-deductivos rigurosos, los problemas pertenecen a la ciencia. Esta definición marca una diferencia, que el lector ya habrá notado, con la concepción de ciencia que venimos manejando en lo hasta aquí expuesto, lo mismo que con el lugar atribuído a los métodos en el capítulo 5 de este libro. A nuestro entender los métodos no pueden separarse de la problemática que se aborda y no pueden por sí garantizar la cientificidad ni de los resultados ni de las conclusiones teóricas a las que se pretende arribar.

LAS TRES VERTIENTES DE LA EPISTEMOLOGÍA GENÉTICA

Esta epistemología genética se construye sobre tres vertienes: 1º La psicogénesis; 2º el método histórico-crítico y 3º la colaboración interdisciplinaria.

1: *La psicogénesis:* el problema del conocimiento, ¿cómo es posible que el sujeto (S) conozca al objeto (0)?, ha tenido tradicionalmente —y ya se lo ha visto en el capítulo 10— dos respuestas que, con variaciones de detalles, se han ido alternando a lo largo de la historia del pensamiento. Ellas son el empirismo y el apriorismo. Para el empirismo el sujeto es pasivo; todo conocimiento proviene del exterior como una marca que el 0 impone sobre el S. El apriorismo, por su parte, sostiene que las condiciones que hacen posible el conocimiento están dadas en el S antes de cualquier experiencia pudiendo llamarse a tales condiciones: "reminiscencia", "idea innata" o "categoría a priori del entendimiento". ¿Por qué traer esta referencia a las respuestas tradicionales? Para tener en cuenta cuales son los interlocutores de Piaget a los que constantemente se dirige. Él intentará salir de esta falsa disyuntiva rechazando tanto al empirismo como al apriorismo y proponiendo la existencia de una *construcción recíproca.* Que la acción está en el origen de todo conocimiento posible y antes de la acción no existen ni el sujeto ni el objeto. Por ello trajimos como epígrafe de este capítulo la frase de Goethe que se nos aparece como una maravillosa síntesis de los desarrollos piagetianos. Después de descartar "En el principio era el Verbo", "En el principio era el Espíritu" y "En el principio era la Fuerza", Fausto elige "En el principio era la Acción".

Queda por aclarar a qué se refiere Piaget cuando afirma que ni el sujeto ni el objeto existen antes de la acción. No alude, claro está a la existencia ontológica de los mismos, sino a su *existencia gnoseológica,* como S y 0 *de conocimiento,* problema en el que Piaget consume su vida. Él trata de dar cuenta del *sujeto epistémico,* sujeto en quien el conocimiento es posible, sujeto general y no un sujeto concreto particular ya que el comienzo de la inteligencia está en las acciones y las acciones son un universal, propio de todos los organismos vivientes.

¿Cuál es el punto de partida temporal propuesto para este estudio del pasaje de los estados de menor conocimiento a los de mayor conocimiento? No hay —nos dice Piaget— comienzo absoluto. La inteligencia, puesto que surge de las acciones y siendo las acciones estructuras operatorias propias de todos los organismos vivientes, hunde sus raíces en lo biológico y sólo puede definirse como un punto de llegada. El punto de partida es el organismo biológico, el sujeto en el momento del nacimiento, habida cuenta de la arbitrariedad de la elección de ese momento por lo ya señalado. El punto de llegada en la evolución intelectual, es

la posibilidad del pensamiento formal y abstracto que se alcanza aproximadamente en la época de la adolescencia.

Entre nacimiento y adolescencia se ubican los célebres *estadios del desarrollo de la inteligencia*. Su obligada repetición por parte de todo aspirante a psicólogo que debe demostrar sus lecturas de psicología evolutiva determinó que, en vastos círculos universitarios y pedagógicos, se confundiese la obra de Piaget con este reconocimiento empírico de fases en la evolución cognitiva y que se ignorase, habitualmente, lo medular de su aportación a una biología de los procesos intelectuales.

Esta difusión de un aspecto importante pero no central de su obra tuvo el paradójico efecto de hacer de Piaget uno de los autores más reverenciados, citados, idealizados e incomprendidos y tergiversados por los psicólogos académicos.

Pasaremos por alto la descripción de los estadios y la abundante ejemplificación del original modo de trabajo con que aborda su estudio. Todas las obras de Piaget proveen ejemplos ilustrativos en este sentido. Mencionaremos esos estadios y trataremos de adentrarnos en su conceptualización.

Los estadios reconocidos son:

a] el período de la inteligencia sensorio-motriz.

b] el período de preparación y organización de las operaciones concretas de clases, relaciones y números, dividido a su vez en dos subperíodos:

i] el subperíodo de las representaciones preoperatorias

ii] el subperíodo de las operaciones concretas.

c] el período de las operaciones formales.

¿Qué caracteriza a cada estadio? Las conductas verbales y motrices de los niños proveen el material de observación y experiencia, pero Piaget no se queda en la descripción de las conductas. Cada estadio se caracteriza por una *estructura operatoria de conjunto*, capaz de dar cuenta de las conductas propias de ese estadio. Los modelos de estas estructuras operatorias que Piaget utiliza son modelos lógico-matemáticos, habiendo él mismo producido uno de ellos: el "grupo" de las cuatro operaciones conmutativas, llamado INRC, que corresponde a los términos: implicación, negación, reciprocidad, complementariedad.[4]

Los estadios tienen también un carácter *integrativo*: cada estadio reorganiza e integra las estructuras que se han construido

[4] El lector interesado en las características del INRC encontrará una exposición en "El lenguaje y el pensamiento desde el punto de vista genético" en *Seis estudios psicológicos*, Barcelona, Barral Editores, 1971, pp. 11-125.

en el estadio anterior a un nivel más "equilibrado", a la vez que prepara las condiciones para la aparición del estadio siguiente.

Es necesario entonces que Piaget dé cuenta de cómo se produce el pasaje de un estadio a otro, de los estados de menor conocimiento a los de mayor conocimiento, de los de menor equilibrio a los de mayor equilibrio. Ya señalamos que la inteligencia no reconoce un comienzo absoluto, hinca sus raíces en la biología. Para Piaget, tanto en su comienzo como en su desarrollo, la inteligencia es *adaptación.*

Las estructuras operatorias que caracterizan a cada estadio no surgen de la nada sino de una organización anterior. Por esto el problema del pasaje de una estructura a otra remite a la relación que Piaget plantea entre génesis y estructura;[5] toda estructura reconoce una génesis en una estructura anterior a partir de la cual puede organizarse; no hay estructuras que tengan existencia a priori. La génesis es pues ese pasaje constructivo que permite partir de una estructura para llegar a otra estructura. ¿Cuáles son las estructuras primeras a las que remiten los reflejos condicionados, a partir de los cuales se organiza la inteligencia sensorio-motriz? Son las estructuras biológicas, cuya explicación es campo de competencia de la ciencia correspondiente.

Esta relación constante entre génesis y estructura no significa que el pasaje pueda darse de manera arbitraria ya que cada estadio integra al anterior y prepara al siguiente en una secuencia necesaria e ineluctable. No se trata de ninguna propuesta guiada por un finalismo teleológico ya que el último estadio no se encuentra prefigurado ni presente en el origen sino que aparece como una necesidad que se establece en la construcción progresiva.

Por otra parte, si bien las estructuras se suceden unas a otras y son reemplazadas por nuevas organizaciones, hay un doble movimiento: a la vez que hay cambio hay continuidad. Esta se encuentra asegurada por la constancia de lo que Piaget llama los *invariantes funcionales:* asimilación y acomodación que constituyen las dos caras inseparables de una misma moneda: la ADAPTACIÓN.

Los términos son importados clara y explícitamente de la biología. El conocimiento del sujeto epistémico piagetiano surge como culminación de una continuidad iniciada en los escalones más bajos de las adaptaciones biológicas. La diferencia biología/psico-

[5] Piaget, J., "Génesis y estructura en psicología de la inteligencia" en *Seis estudios psicológicos,* Barcelona, Barral Editores, 1971, pp. 179-199.

logía radica en el carácter funcional que tales conceptos adquieren cuando se los refiere a la actividad cognoscente.

La *asimilación,* por ejemplo, implica a nivel biológico la transformación material del objeto que se incorpora al organismo, pero a nivel cognitivo no se postula ninguna destrucción o transformación.

El empirismo presupone una modificabilidad indefinida del sujeto a partir de la experiencia y se ve limitado por el concepto de asimilación. Para que un nuevo objeto pueda ser asimilado es necesario que exista en el sujeto un esquema de acción capaz de incluir este nuevo objeto. Pero además, para asimilar algo nuevo, no sólo se incorpora al objeto de modo pasivo en los esquemas de acción; también el sujeto debe modificarse en función de las características particulares del objeto a incorporar. Tal modificación del sujeto recibe el hombre de *acomodación.*

Luego de esta exposición necesariamente esquemática sobre la psicogénesis podemos explicitar los dos postulados orientadores de la obra piagetiana que ostentan la marca de su historia como científico.

1º *Principio:* "La estructura puede modificarse por influjo del medio, sin destruirse como estructura. Todo conocimiento es asimilación de un dato exterior a las estructuras del sujeto." [6]

Del análisis de las modificaciones que los organismos vivos son capaces de alcanzar en su adaptación a distintos medios, Piaget infiere que en el plano del conocimiento sucede algo comparable aunque subraya que, en este último caso, las modificaciones no son de naturaleza material, sino funcionales.

2º *Principio:* "Los factores normativos del pensamiento corresponden biológicamente a una necesidad de equilibrio por autoregulación. Así, la lógica podría corresponder en el sujeto, a un proceso de equilibración." [6]

Nuevamente nos encontramos con una formulación basada en principios biológicos, la "autorregulación" en este caso. La lógica provendría de la misma necesidad de regulación que se expresa en los mecanismos fisiológicos que mantienen equilibradas y constantes a las variables vitales (temperatura, presión arterial, etc.) compensando las modificaciones originadas en el exterior. Los modelos biológicos son usados por extensión para dar cuenta de los procesos cognitivos. Quizá pueda llamarnos la atención el uso del condicional en el principio enunciado (..."La lógica po-

[6] Ferreiro, E., *Piaget, Fasciculo* nº 169 Colección "Los Hombres", Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.

dría..."), lo que señala que si bien tal principio ha servido de guía a su autor, su convicción no alcanza a permitirle una afirmación taxativa. Más bien parece tratarse de una analogía.

En ambos principios se observa un uso extensivo de los conceptos biológicos. Nos cuesta contemplar cómo un mérito piagetiano este uso y abuso de analogías entre lo biológico y lo gnoseológico. La relación entre "comer una manzana" y aprender que "2 + 2 = 4 y 4 − 2 = 2" nos parece que es sólo metafórica y de ninguna manera estructural.

La exposición más completa y acabada de tales analogías está extensamente expuesta en su libro *Biología y conocimiento* posiblemente la más cabal exposición de sus investigaciones. Piaget señala allí que tanto biólogos como psicólogos han debido enfrentar *problemas similares,* que existe semejanza en las *soluciones* planteadas, como así también en los *modos de funcionamiento,* para señalar finalmente que tanto en genética como en psicología los investigadores han debido recurrir a *modelos matemáticos.*

Esta cuestión de los *isomorfismos* entre los modelos lógico-matemáticos, la estructura del sistema nervioso y los procesos cognitivos nos conduce al punto en que podemos considerar el *modo de explicación* propuesto por Piaget.[7] ¿materialista, idealista o interaccionista? ¿qué relación existe entre la conciencia de los procesos intelectuales y el sistema fisiológico que les sirve de prerrequisito indispensable?

Piaget comienza por *rechazar ambos reduccionismos, el idealista* que sostiene la primacía de la conciencia y el *materialista* biologista que concede la prioridad al sistema nervioso. Una vez comprobada la presencia de isomorfismos no se puede recurrir a soluciones reduccionistas pues ellas borran el problema al anular las diferencias entre el conocimiento y la neurología; la característica de los isomorfismos es la de reestructurar la organización de un nivel en otro nivel de modo que las relaciones entre los elementos permanezcan constantes mientras que el proceso es cualitativamente diferente.

Otro tipo de explicación posible es el *interaccionismo,* Piaget también lo rechaza al señalar el absurdo conceptual de plantear que el cerebro actúe sobre la conciencia o viceversa a pesar de las apariencias fenoménicas en que se han basado quienes sostienen

[7] Piaget, J., "L'explication en psychologie et le parallélisme psychophysiologique", en Fraisse y Piaget, *Traité de psychologie expérimentale* t. I, pp. 121-152, París, PUF, 1963. [Hay traducción castellana, Paidós, 1972.]

dichas posturas. Para demostrar la acción del cerebro sobre la conciencia se ha recurrido frecuentemente al ejemplo de la embriaguez en que a consecuencia de cambios metabólicos en el sistema nervioso se producen alteraciones en el curso y contenido de los pensamientos. En el sentido inverso, las llamadas corrientes "psicosomáticas" han postulado que los procesos emocionales podrían tener acción sobre la organización biológica.

Habíamos señalado que Piaget mostraba la existencia de un absurdo conceptual detrás de las posturas interaccionistas ya que para afirmar la existencia de una acción causal de uno sobre otro de los términos en consideración —en cualquier sentido que sea— y siendo el sistema nervioso una organización material que se rige por las leyes fisico-químicas de causa y efecto, y que por ser material posee masa y genera energía, sólo podría plantearse una interacción con la conciencia atribuyéndole a esta última características semejantes o postulando un punto material de aplicación en que la masa y la energía pudieran actuar.

Con estos argumentos Piaget descarta las explicaciones reduccionistas e interaccionistas y postula la existencia de un *paralelismo* con *isomorfismos* entre las estructuras neurológicas y los procesos cognitivos.

Existirían pues dos series paralelas, irreductibles la una a la otra. En la serie fisiológica regiría la causalidad, pero en la otra serie, la de la conciencia y el pensamiento, no rige la causalidad sino la *implicación*. Para tomar un ejemplo del mismo Piaget podemos decir, que si $2 + 2 = 4$, esto no quiere decir que $2 + 2$ sea la causa de 4, sino que el 4 está implicado en el enunciado $2 + 2$ correspondiendo a una misma estructura de conjunto que implica también $4 - 2 = 2$, $2 + 2 - 4 = 0$, etc.

En este paralelismo isomórfico, a cada acción de la conciencia corresponde una acción de tipo causal en el sistema nervioso, pero estas acciones fisiológicas no son la causa de lo que acontece en la conciencia.

El concepto de implicación es utilizado para criticar los enunciados de los distintos planteos asociacionistas basados en las leyes de la continuidad y la contigüidad, desde las posturas de la psicología clásica hasta la teoría de los reflejos condicionados. Lo que se produciría en esos casos no sería una asociación sino un proceso de implicación al ordenarse los datos en una misma estructura significativa. *Para tomar un ejemplo* que viene desde Platón: si Pedro y Juan están siempre juntos, lo veo a Juan y me acuerdo de Pedro; no se debe a una asociación mecánica por contigüidad sino que los dos, por estar siempre juntos, entraban

en una estructura significativa donde la presencia de uno *implica* la del otro. Idéntico razonamiento se puede aplicar para la reacción salival de un animal determinada por la presencia del investigador una vez que ésta se ha hecho solidaria de la aparición del alimento; es el caso de los reflejos condicionados. La idea de implicación es llevada aun más lejos por Piaget cuando afirma que una norma moral "implica" la obligación de su cumplimiento y de este modo pretende dar razón de la génesis del juicio moral en el niño.

La implicación es clara y comprensible en el ejemplo matemático, también puede llegar a serlo en el argumento que se esgrime frente al asociacionismo, pero al ser extendida al campo de las normas morales encontramos ya una amplitud y laxitud que nos crean la inquietud de estar incursionando en el campo de la ideología. Provisionalmente planteamos la inquietud y luego volveremos sobre ella.

Antes de abordar la otra vertiente de la epistemología genética quisiéramos dejar planteados algunos interrogantes en torno a la psicogénesis y los modos de explicación para retomarlos después en la crítica de conjunto.

1] ¿Qué es, en realidad, este sujeto epistémico del que Piaget se ocupa?

2] Si la inteligencia es una continuidad de la adaptación biológica, ¿no se está homologando el medio natural con el medio social al igual que en el conductismo?

3] Los isomorfismos que Piaget encuentra, ¿no resultarán de la utilización de iguales *instrumentos* de conocimiento —la aplicación de los modelos lógico-matemáticos en la biología y en la psicología— con lo que se estarían proyectando sobre el objeto de estudio las características del instrumento utilizado?

4] El paralelismo que se postula, ¿no deriva necesariamente del empeño primigenio de afirmar la existencia de una continuidad entre biología y conocimiento, dejando entre paréntesis la determinación social y no utilizando el concepto de ruptura epistemológica que daría sentido a la apertura de espacios de conocimientos diferenciados?

2: *El método histórico crítico:* consiste en un análisis histórico, diacrónico, de la formación de los conceptos en las distintas ciencias. Este análisis crítico tiene para Piaget algunas características peculiares que quisiéramos resaltar. Se pregunta ¿cómo imaginaron los científicos esas teorías que después desarrollaron?, ¿qué

papel cumplió la experiencia?, ¿cuál fue el papel de la deducción? Cuando tiene que exponer en resumen de qué trata el método histórico crítico, dice: "Las relaciones entre el sujeto y el objeto, entre la deducción matemática y la experiencia." [8]

En tal caracterización no se señala cuándo comienza una ciencia. Está centrada en el problema del S y el 0 y del papel que en la elaboración del conocimiento desempeña el método. Para comprender desde la perspectiva piagetiana esta formulación, no debemos perder de vista la importancia decisiva atribuída a los métodos (polémica con la filosofía) ni olvidar a sus interlocutores: empirismo y apriorismo.

Estos análisis de la formación de los conceptos en las distintas ciencias van acompañados de una puesta en relación con la formación de las mismas nociones en el desarrollo psicogenético: el niño elaborará sus conceptos de tiempo y espacio, de movilidad e inercia, de número, etc., en un orden y con esquemas intelectuales que reproducirían la sucesión de los progresos registrados en la historia de las ciencias. Esto permitiría develar enigmas de la historia de las ciencias observando el comportamiento intelectual de los niños y hacer inferencias sobre la evolución de los procesos cognitivos en los comienzos de la vida a partir de un estudio histórico crítico de las ciencias.

Así, tomando el ejemplo del atomismo nos dice que resulta llamativo que las concepciones elementales del átomo hayan surgido entre los griegos veinte siglos antes de cualquier experiencia sobre la realidad de los átomos; pero más llamativo aún es que esas hipótesis atomistas que manejaban los griegos estuvieran en relación con el número. Para la escuela pitagórica los números eran como átomos discontinuos que tenían realidad física y espacial.

Al correlacionar esta concepción con la psicogénesis encuentra que, también en el niño, la conservación de la materia a pesar de su aparente desaparición (disolución de un terrón de azúcar) se da con la adquisición de las operaciones aditivas. Después de esta comparación y puesta en relación Piaget llega a la conclusión de que, genéticamente, tanto en la historia del conocimiento como en el proceso de la formación de las nociones en el niño hay una relación directa entre los esquemas atomísticos elementales y las composiciones operatorias, la adición, el manejo de los números, etc.

[8] Piaget, J., *Naturaleza y métodos de la epistemología*, Buenos Aires, Proteo, 1970, p. 102.

La definición del método histórico crítico y su descripción a través de un ejemplo nos permiten dejar planteadas, también aquí, dos preguntas que orientarán nuestro posterior intento crítico.

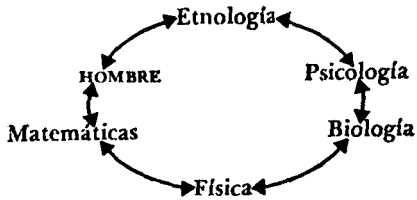
1] Lo que Piaget realiza, ¿es realmente una historia crítica de la formación de los conceptos en las ciencias? ¿o se trata de una incursión en la arqueología de las nociones? Porque al ignorar la práctica de la ruptura epistemológica no puede diferenciar la ciencia de la ideología precientífica. En otros términos, nos podríamos preguntar: ¿qué tiene que ver la noción de "átomo" de los griegos y la noción de "átomo" en el niño con la teoría científica del átomo que produce la física veinte siglos después? Más aún, podríamos preguntarnos si el realismo atribuído a los números y a los átomos no ha constituido un obstáculo epistemológico para la conceptualización correspondiente.

2] Al dejar de lado el análisis de la coyuntura teórica que hace posible en determinado momento la constitución de una ciencia particular, Piaget reitera, en el plano de la historia de las ciencias, la misma omisión que ya habíamos registrado en el plano de la psicogénesis. ¿No significa esto una desestimación del papel de lo social para centrarse de modo excluyente en la relación entre el sujeto y el objeto? El propio Piaget es consciente de esta presencia de los factores históricos y culturales en la producción teórica pero se limita a señalarlos de modo verbal sin intentar trabajarlos ni mostrar cómo sobredeterminan, condicionan y posibilitan los descubrimientos científicos.

3º *La colaboración interdisciplinaria:* Es esta la tercera vertiente para la constitución de una epistemología genética. Consiste en un análisis sincrónico del estado de los conceptos en el interior de una ciencia y de la relación que ellos guardan con el estado del conocimiento en las otras ciencias en un momento determinado. Piaget es un ferviente partidario de los estudios interdisciplinarios y a ellos se encuentra abocado, desde hace años, el Centro de Epistemología Genética que dirige en Ginebra y al que concurren como invitados caracterizados científicos de las especialidades más diversas, para investigar los problemas epistemológicos propios de cada disciplina.

El enfoque interdisciplinario está en estrecha conexión con la concepción que liga entre sí a los universos del discurso de las distintas ciencias. Piaget, congruente con los principios reseñados, sostiene que entre los objetos de las ciencias hay continuidad con

pasaje de uno a otro. Y, para él, esta continuidad no se da en el sentido de una representación vectorial que vaya de abajo hacia arriba (de lo más simple a lo más complejo) ni a la inversa (de lo complejo a lo simple) sino en el sentido de una circularidad. A partir de una expresión de Lévi-Strauss "la etnología es ante todo una psicología" continúa "pues la psicología es ante todo una biología. Y quizá se podría continuar, pero como las ciencias forman un círculo y no una serie lineal, descender de la biología a la física es remontarse luego de éstas a las matemáticas y finalmente regresar... digamos al hombre, para no decidir entre su organismo y su espíritu".[9]



Recordemos la relación ya expuesta entre génesis y estructura cuando analizábamos la psicogénesis. Piaget señalaba el nacimiento como un punto de partida arbitrario pues reconocía estructuras filogenéticas anteriores a partir de las cuales se organizaría la inteligencia. De tales estructuras debía rendir cuenta la biología.

Tras esta exposición de la concepción piagetiana de las ciencias y su interrelación estamos en condiciones de objetar el que la epistemología genética presuponga la existencia de una continuidad entre los objetos empíricos y que de allí derive una conscepción de la continuidad epistemológica. Asistimos a una evidente confusión entre el plano de la realidad (ontológico) y el plano del conocimiento (gnoseológico) que son cuidadosamente diferenciados en una epistemología discontinuista.

Que no hay psicología posible sin sujeto biológico, es algo que no deja lugar a la menor duda. Sin embargo no es tan claro que los campos teóricos de los que se ocupan la psicología y la biología estén en relación de continuidad o si, por el contrario, cada una de ellas, al constituirse como ciencia, abre problemáticas diferenciadas con la producción de sus propios objetos teóricos.

La concepción circular de la relación entre las ciencias es to-

[9] Piaget, J., *El estructuralismo*, Buenos Aires, Proteo, 1972, p. 119.

talmente congruente con el resto de la obra de Piaget. Nuestra objeción surge de la constatación del carácter continuista de la epistemología genética.

APUNTES PARA UNA CRÍTICA

El intento crítico que nos proponemos realizar es difícil, pues debe ser riguroso y a la vez respetuoso de un trabajo sobrio, sólido y honesto al que queremos en primer lugar manifestar nuestro reconocimiento.

La dificultad reside en que, hasta donde nosotros conocemos, no hay ninguna crítica de la obra de Piaget desde esta perspectiva discontinuista.

El reconocimiento obedece a que ha sido este autor quien suscitó en nosotros muchos interrogantes, de lo que no todos tienen aún respuesta, y abrió en consecuencia una problemática que debe ser trabajada.

Nuestro intento comienza por explicitar la posición de la que partimos para la crítica (epistemología discontinuista) y no pretende, en este caso, llegar a conclusiones tajantes. Nos sentiríamos satisfechos con sólo formular algunas preguntas válidas y pertinentes para una eventual discusión futura en el terreno teórico despejado por ellas. Sostenemos que también aquí es más importante la producción de las preguntas correctas que la elaboración de respuestas definitivas. Ese es también el campo del intercambio de conocimientos en el que siempre Piaget se ha ubicado.

Habíamos comenzado por preguntarnos ¿qué es en realidad el sujeto epistémico que Piaget estudia? y relacionaremos esta pregunta con la que dejamos planteada al final del método histórico crítico ¿historia crítica de la formación de los conceptos o arqueología de las nociones? Porque lo que Piaget estudia no es la constitución de los conocimientos válidos, sino el proceso por el cual se construyen en el niño las nociones: noción de espacio, noción de tiempo, de número, etc., y, en tanto nociones, no son conocimientos válidos. Son las *representaciones* que el sujeto se hace del mundo y de las cosas. Piaget nos ha mostrado de manera diáfana y definitiva cómo se van construyendo esas representaciones hasta llegar al pensamiento formal y abstracto. Pero este pensamiento formal y abstracto no es ya el conocimiento científico sino la condición previa indispensable que permite empe-

zar a elaborar teóricamente en el seno de una problemática científica.

Si la epistemología —como Piaget señala— debe dar cuenta de las *condiciones necesarias* y suficientes para el conocimiento, podemos señalar que sus trabajos explican cómo se alcanzan las condiciones necesarias —el carácter abstracto del pensamiento— pero no aún las *condiciones suficientes*. El niño, una vez alcanzados los estadios intelectuales más avanzados, aprovecha los conocimientos producidos en una práctica científica precedente y por eso no es necesario que cada niño sea Copérnico, Newton o Einstein. Por eso decimos que si correlacionamos los dos interrogantes que planteamos vemos que hay idéntico proceso. La psicogénesis se correlaciona con las nociones precientíficas de un campo determinado, y por ello hablamos de arqueología de las nociones y no de historia porque la historia de una ciencia comienza con la ruptura epistemológica que produce un objeto teórico. A partir de la ruptura no hay posibilidad de volver ya a las nociones ideológicas con las que el conocimiento científico se enfrentó.

En consecuencia el sujeto epistémico que Piaget estudia es, en realidad, el sujeto empírico. Es, también, el sujeto ideológico con su representación imaginaria del mundo, con su sistema de representaciones, nociones y conductas.

El segundo interrogante era, si al plantear a la inteligencia en continuidad con la biología, y asegurada esa continuidad por la adaptación como invariante funcional, no se terminaba por homologar el medio natural al medio social. Con los elementos que disponemos pensamos que sí. Creemos también que este deslizamiento se debe a que Piaget permanece prisionero de sus interlocutores y en el espacio mismo que estos le delimitan. Para poder enfrentar al apriorismo y al empirismo, necesita subrayar los factores de construcción recíproca implicados en la acción y poner entre paréntesis al "medio social" cuyo único papel reconocido es el de actuar como agente acelerador o retardatario de este proceso. El "medio social" queda así, indirectamente y por omisión, homologado al medio natural (que también puede ser propicio u obstructivo para los intentos de adaptación de los organismos) produciéndose así, un deslizamiento al terreno de lo ideológico (en sentido político y, por eso mismo, en sentido epistemológico).

Esto se relaciona con los señalamientos que dejamos formulados cuando tratamos de la implicación, sobre todo en lo que hace a su aplicación a las normas morales, y quizá podamos ha-

cerlo más comprensible si seguimos el tratamiento que le da Piaget en *El juicio moral en el niño*. Investiga allí cómo se adquieren las pautas de conducta y cómo se incluye el niño en un sistema de normas preestablecidas. La forma de abordar el estudio es muy original. Usando el método clínico (preguntas no directivas ni sugestivas que permitan indagar lo que el niño piensa y no lo que el investigador desea que se le conteste) sigue la evolución de este proceso de normatividad en la manera en que los niños juegan a uno de los juegos infantiles más difundidos: el juego de las bolitas. Discrimina un primer momento en que el niño juega sin respetar ni reconocer ninguna regla y un segundo momento en que, respetándolas atribuye el origen de las mismas a una autoridad externa investida por él de poderes especiales: a éste período Piaget lo denomina de *heteronomía*. Finalmente señala un tercer período, en que el niño ya capaz de descentrarse de su propia posición y de adquirir la perspectiva del otro, alcanza una relación de *autonomía*, en este momento es capaz de actuar en colaboración llegando a acordar nuevas reglas o a modificar las existentes respetándolas.

Si la norma moral implica la necesidad de su cumplimiento, podemos reconocer el valor descriptivo de las etapas señaladas por Piaget en el sentido de que la norma moral proviene de afuera —vehiculizada por la influencia parental— y se hace posteriormente propia en el proceso que conduce, a través del Edipo, a la identificación con el otro, con la aparición de una conciencia moral o Superyó que impone el cumplimiento de la norma exterior como si emanase de un mandato interior.

Pero la epistemología genética no produce la explicación del por qué de la obligatoriedad de la norma. El juego de los invariantes funcionales no alcanza a satisfacer esta necesidad teórica. Para explicar la vigencia de las normas debemos recurrir a la teoría psicoanalítica con su modelo del aparato psíquico y de las funciones y génesis del Superyó.

La tercera pregunta que nos habíamos formulado era si los isomorfismos que Piaget encuentra no son el resultado de aplicar iguales instrumentos —modelos logico-matemáticos— a la biología y al estudio de los problemas del conocimiento, con lo que se estarían proyectando en lo estudiado las características de los instrumentos utilizados. Este es un tema que planteamos para estudios y discusiones ulteriores. Por ello, y como único comentario a este interrogante, lo acompañaremos de otra pregunta también ella posicionada. ¿Surge la lógica de la coordinación de las acciones —como lo sostiene Piaget— o la lógica no está en

las acciones sino que ella es aportada desde afuera por los marcos conceptuales con que opera el investigador?

Finalmente, llegamos a las objeciones que nos merecía el planteo del paralelismo isomórfico como modo de explicación de las relaciones entre los procesos de conciencia y los mecanismos fisiológicos subyacentes. Nos interrogábamos si tal conclusión no es la consecuencia lógica y necesaria del continuismo entre biología y conocimiento que Piaget se empeña en fundar en base a analogías y extensiones, tratadas como isomorfismos. Esta continuidad y esta hipótesis tienen también que ver con su concepción de la relación circular entre las ciencias.

La conclusión a la que Piaget arriba es coherente y necesaria, siempre y cuando se acepte el punto de partida: el continuismo. Pero, ¿es ésta la única manera posible de abordar el problema?, ¿es tan necesaria la premisa, como lo es la conclusión?

Tratemos de ver cuál es el tratamiento que le da el psicoanálisis. Este produce, junto con la ruptura epistemológica, su propio objeto teórico: el aparato psíquico y sus propios objetos de conocimiento: las formaciones transaccionales del inconsciente y las posiciones subjetivas de las que ya tratamos en la Parte I del libro.

¿Y cómo se constituye ese aparato psíquico? Se había expuesto que además de los puntos de vista tópico, dinámico y económico, se podía hablar también de una perspectiva genética. Desde este punto de vista el origen está también en el sujeto biológico, en el sujeto-soporte. Pero a partir de la separación de la necesidad y el deseo, este último se apuntala [10] sobre la necesidad pero se escinde de la misma fundando otro campo de realidades: el de las formaciones transaccionales, de la fantasía, del deseo. La necesidad sí, permanece ligada a lo biológico, es fisiológica y puede satisfacerse o ser frustrada. El deseo, por su parte, y en tanto que objeto teórico, se separa del territorio de la biología para inscribirse en un orden nuevo y distinto, específico éste del psiconanálisis: el orden de la fantasía. En este sentido la relación que se establece es de presuposición [11] (el conocimiento en el plano psicoanalítico presupone el saber de la biología sobre sus propios objetos teóricos). Esto quiere decir que sin sujeto biológico no hay sujeto ideológico ni sujeto psicoanalítico posible, pero el campo teórico en que ubicamos tópicamente este nuevo

[10] Laplanche, J., *Vida y muerte en psicoanálisis*, cap. I, Buenos Aires, Amorrotu, 1973.

[11] Tort, M., "La psychanalyse dans le matérialisme historique", en *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, nº 1, Gallimard, 1970, pp. 146-169.

objeto de estudio es la instancia ideológica en el continente científico del materialismo histórico; ya no el de la biología.

Una aclaración, a modo de precisión, que quizá esté ya sobreentendida: cuando hablamos de espacios diferenciados, nos referimos a los espacios teóricos que delimitan las distintas problemáticas, aunque el sujeto empírico que estudien la biología humana y el psicoanálisis sean el mismo. De allí nuestra pregunta sobre si la relación circular entre las distintas ciencias, sostenida por Piaget, no era la consecuencia de una diferenciación no suficientemente acabada de los planos ontológico y gnoseológico.

INTENTOS DE UBICAR LOS TRABAJOS DE PIAGET EN UNA TÓPICA DEL APARATO PSÍQUICO

Queda aún abierto el problema de cuál es la ubicación de los trabajos de Piaget en un mapa de las ciencias.

Hay abiertas dos posibilidades, a nuestro modo de ver. La primera está señalada por Piaget mismo cuando, ocupándose de problemas de epistemología de las ciencias, señala que cada ciencia debe demarcar sus propios problemas epistemológicos. Respecto de la biología hace el siguiente comentario:

"Pero el nuevo (y todavía muy apenas encarado) problema epistemológico que presenta la biología es el de las relaciones entre el organismo y el medio, considerados ambos como marco de las relaciones de conocimiento en general: el organismo se halla en el punto de partida del "sujeto" mental, y sus adaptaciones al medio constituyen el punto de partida de todo conocimiento. En este campo es donde la epistemología biológica ha de representar, sin duda, un papel decisivo en el futuro".[12]

Esta primera posibilidad implica que Piaget inaugura un campo de conocimiento, delimitando a la vez la jurisdicción a la que debería corresponder: el espacio de la biología aún apenas encarado. Una *biología específicamente humana* donde la inteligencia representaría el punto de llegada de los mecanismos más refinados, precisos y equilibrados de adaptación del organismo al medio.

La segunda posibilidad que queremos dejar abierta es el intento de ubicar los trabajos de Piaget en la tópica del aparato

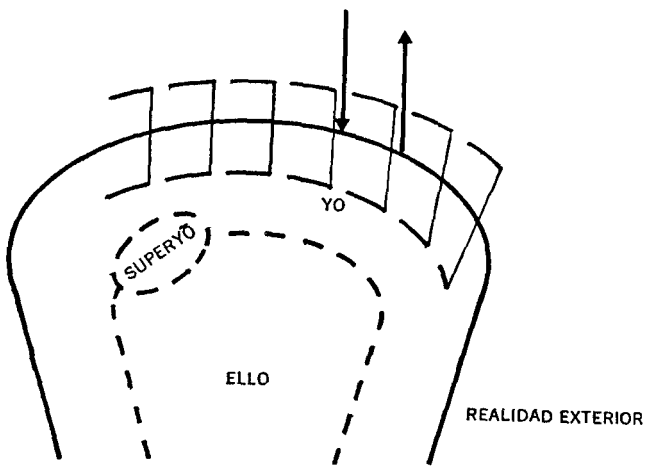
[12] Piaget, J., *Naturaleza y métodos de la epistemología*, Buenos Aires, Proteo, 1970, p. 62.

psíquico. Tal intento requiere una doble justificación que lo haga lícito: una desde la perspectiva piagetiana, que reiteradamente plantea que toda conducta importa *dos aspectos: el estructural* —que es la inteligencia y el único aspecto de que Piaget se ocupa— *y el motor,* del que depende la puesta en marcha de esa inteligencia y que está determinado por la afectividad —del que Piaget no se ocupa por no corresponder a su campo específico.

La segunda razón que justifica este intento proviene del mismo psicoanálisis. Las funciones del pensamiento, la atención, la acción controlada, etc. se rigen por el proceso secundario. Corresponden tópicamente al Yo aunque no representan la totalidad de esta instancia del aparato psíquico. La necesidad de la teoría, centrada en el estudio de las formaciones transaccionales del inconsciente, han producido en este lugar un desnivel de elaboraciones que requiere y exige un desarrollo ulterior. Toda teoría científica progresa a partir de la crítica y producción de conocimientos en torno a sus puntos débiles. La psicología de los procesos secundarios constituye uno de los puntos marginales de la teoría psicoanalítica.

No se trata de abrir una puerta que reintegre el psicoanálisis a la psicología clásica, ya que el eclecticismo es una de las formas en que la ideología trata de recuperar el terreno que la producción de conocimientos científicos le cercena, sino de señalar un lugar de trabajo necesario, que deberá también necesariamente, ser enfocado en el contexto de la teoría psicoanalítica.

Si revemos el esquema del aparato psíquico propuesto en el capítulo 3:



Nos encontramos con la instancia del Yo, mediadora entre las órdenes que recibe del Superyó, las pulsiones provenientes del Ello y los estímulos que le llegan del mundo exterior. A partir de esta confluencia de tendencias conflictivas, elabora respuestas.. El Yo debe diferenciar lo que proviene del mundo exterior de aquello que procede del interior, buscando satisfacer lo mejor posible estas tres exigencias contradictorias. Es pues, en el estrecho margen de interacción entre los sectores conscientes del Yo y el mundo exterior —porque no todo el Yo es consciente— donde podríamos ubicar tópicamente los aportes de Piaget. Sólo que estas respuestas no están determinadas por la interacción del sujeto y el objeto, sino sobredeterminadas por la totalidad de la estructura de la que participan. En otros términos, debe tenerse bien presente que el sujeto no es ese "yo" homogéneo que quiere la psicología académica sino que está escindido y es el campo de batalla de sistemas contradictorios de determinaciones.

En este sentido, el sujeto debe ser visto como el soporte de pulsiones inconscientes almacenadas en el Ello que tienden constantemente a descargarse y ganar acceso a la conciencia y a la motilidad; estas pulsiones están sometidas a complejos procesos defensivos (la represión es el más importante) que impiden su concienciación y descarga. Los objetos exteriores actúan como elementos significantes que se asocian a representaciones y huellas mnésicas almacenadas en el aparato psíquico. Estas representaciones son tanto preconscientes como inconscientes. En ciertos momentos la asociación de la percepción de un objeto exterior (empírico o simbólico) puede asociarse con representaciones inconscientes reprimidas y posibilitar que éstas se vean reforzadas hasta el punto de acceder a la conciencia y la conducta o que exijan a los sectores inconscientes del Superyó y del Yo un redoblamiento de los esfuerzos defensivos. En estos casos es posible que tales percepciones sean capaces de desencadenar formaciones transaccionales entre las pulsiones y las defensas. El sujeto, en tanto sede del deseo insatisfecho y de la pulsión reprimida, está siempre acechado por la posibilidad de esta ligazón entre una experiencia, un símbolo o un percepto y los representantes psíquicos de la pulsión localizados en el Ello. Tal encuentro o colisión es causa del síntoma neurótico y éste implica siempre una perturbación de la actividad intelectual en curso. Por esta razón consideramos imposible el proyecto de construir una psicología de la inteligencia que no tenga en cuenta al conjunto del aparato psíquico y a la relación existente entre el proceso primario y el proceso secundario.

Recordemos aquella frase de Freud "...el psicoanálisis es una parte de la psicología, no representa por cierto la totalidad de la psicología, sino su infraestructura, quizá aún todo su fundamento..." Ese fundamento no es otro que la teoría del aparato psíquico y es la herramienta irrenunciable para leer, ubicar y comprender cualquier aporte novedoso a la teoría psicológica. El psicoanálisis estaría marcando el lugar teórico donde es posible ubicar los trabajos de Piaget con todo lo que puedan aportar al esclarecimiento del proceso secundario.

En un trabajo del año 1911, decía Freud: "La decepción ante la ausencia de la satisfacción esperada, motivó luego el abandono de esta tentativa de satisfacción por medio de alucinaciones, y para sustituirla, tuvo que decidirse el aparato psíquico a representar las circunstancias reales del mundo exterior y tender a su modificación real".[13]

He allí el motor para la representación del mundo que Piaget estudia y sobre la que tanto nos ha enseñado. Si comenzamos el capítulo con el epígrafe de Goethe: "En el principio era la Acción", vemos al concluir que es también la acción, la que, al "representar las *circunstancias reales*", permitirá modificarlas de modo no menos real.

[13] Freud, S., *Formulaciones sobre los dos principios del suceder psíquico*, en *O.C.*, t. XIV, Buenos Aires, Santiago Rueda, p. 200.

CAPÍTULO 13

ANÁLISIS CRÍTICO DE LA NOCIÓN DE PERSONALIDAD

FRIDA SAAL

> Personalidad, así como el concepto de yo que usted maneja, es una expresión poco determinada que pertenece a la psicología de las superficies y que, para la comprensión de los procesos reales, para la metapsicología pues, no ofrece nada de particular. Simplemente, se llega a creer que, al utilizarla, se ha dicho alguna cosa que tiene un contenido.
>
> FREUD, correspondencia con Abraham, 21 de octubre de 1907.

Con el nombre de psicología de la personalidad se designan los intentos de estudiar a los individuos enfocados de manera total e integrada. Esta expresión aparentemente unitaria encubre diferencias marcadas ya que existen tantas teorías de la personalidad como corrientes psicológicas, a las que hay que agregar aún una serie de formulaciones eclécticas que pretenden proporcionar una teoría totalizadora a partir de girones sustraídos de distintos enfoques.

Si la psicología de la personalidad no es ni una escuela ni un sistema, ¿porqué la incluímos en esta parte dedicada a los modos de explicación y los sistemas psicológicos? La personalidad es un objeto empírico a ser estudiado y la diversidad de las definiciones apuntan todas al hombre como totalidad individual y diferenciada. Este es EL TEMA de toda la psicología actual y por ello la necesidad de incluir aquí el análisis crítico de esta noción.

PREHISTORIA DE LA NOCIÓN DE PERSONALIDAD

El interés por la persona como totalidad, es muy antiguo. Las preguntas sobre sí mismo y sobre sus congéneres fueron motivo

de especulación filosófica y de respuestas prácticas en la totalidad de las culturas conocidas. Estas respuestas constituyen la prehistoria de esta noción que, en un momento determinado y en función de ciertas necesidades históricas, vendrá a ocupar el lugar central en el discurso de la psicología académica.

Esta prehistoria está signada por una línea continua que arranca de la antigüedad y llega a nuestros días; en ella incluímos todos los intentos de clasificación psicológica de los seres humanos, las llamadas TIPOLOGÍAS.

Ante una realidad tan cambiante como es la diversidad de reacciones y modos de comportamiento de los individuos surgen estos intentos clasificatorios, que constituyen un primer paso para establecer orden a fin de conducirse frente a esas reacciones. Cuando se constata fenoménicamente la existencia de algunas características o índices semejantes en medio de la diversidad de reacciones posibles, se toman esos índices como parámetros con los que se elabora un *tipo* o modelo ideal. Este es el casillero cuya etiqueta será adosada sobre los individuos que se parezcan en algo al modelo establecido. Pero los sujetos se resisten a ser clasificados sobre algunos parámetros y las tipologías se convierten en verdaderos lechos de Procusto para aquellos que deben ser clasificados.

Los supuestos en que se basan las tipologías son también de lo más variados: pueden basarse en la predominancia de determinados "fluídos" en el organismo, los que serían entonces responsables de la forma de reactividad esperada, el supuesto obra a modo de explicación eludiendo así la explicación misma. Otra consideración posible establece relaciones entre la morfología corporal y el modo de actuar de las personas, otras aún, completan esta relación emparentándola con la psicopatología.

Es necesario reconocer a las tipologías un valor descriptivo y de utilidad operacional. Como toda clasificación buscan establecer pautas que permitan predecir (en este caso conductas) y actuar en consecuencia. Pero sus limitaciones están dadas por la incompletud inevitable frente a la diversidad de lo fenoménico y por quedar adheridas a esa apariencia. Fracasan porque no pueden explicar aquello mismo que manipulan.

Siempre es posible elaborar nuevas tipologías estableciendo nuevos parámetros. Pueden ser útiles y llegar a ser extremadamente complicadas, pero eso no las hará científicas ni podrá proveerles capacidad explicativa; por definición y constitutivamente quedan apegadas a la apariencia.

Además de esta línea continua de tipificaciones que atraviesa

la prehistoria y se introduce en la historia de la noción llegando a nuestros días, debemos señalar que este camino está jalonado por las polémicas y discusiones ocasionados por múltiples falsas antinomias. Tal es el caso de las oposiciones: heredado/adquirido, temperamento/carácter, organismo/medio, individuo/sociedad, constante/variable, rígida/flexible, natural/nurtural, etc.

LA NOCIÓN DE PERSONALIDAD A TRAVÉS DE ALGUNOS AUTORES REPRESENTATIVOS

Si quisiéramos ubicar cronológicamente la aparición de la noción de personalidad como tema privilegiado y centro de estudio de todas las corrientes psicológicas debemos remontarnos a la década del 30. Nos limitaremos a señalar la secuencia ya que el análisis detallado de las razones que sobredeterminaron ese giro de las psicologías generales al tema de la personalidad será tratado en detalle en el capítulo 14 (pp. 348-353).

La psicología de la conciencia debe ceder su lugar a la psicología de la conducta en busca de respuestas más efectivas a una demanda social ya explicitada. *El hombre como animal reactivo,* como nervio y músculo capaz de actuar eficientemente al servicio de las máquinas, es el centro de interés de esta nueva psicología y la *adaptación* es el objetivo a alcanzar.

Hay un nuevo giro en la década del 30, cuando la eficiencia en las distintas tareas no alcanza para prevenir el estallido de conflictos en las empresas, sean estas pertenecientes al campo de la economía o de la superestructura: educación, ejército, etc. Se desplaza el acento y el interés por la adaptación cede sus privilegios a las necesidades de la *integración,* objetivo más importante como medio de evitar los conflictos.

Sobre este fondo aparecen y se desarrollan estudios psicológicos centrados en la noción de personalidad.

Seguiremos, para ilustrar los supuestos fundamentales de la psicología de la personalidad, a algunos autores cuyos textos alcanzaron difusión.

Comenzaremos por Gordon W. Allport que en 1937 escribió su *Psicología de la personalidad,* libro considerado clásico en el tema.

Allport comienza dando *cincuenta* definiciones ya conocidas sobre la personalidad, para terminar preguntando: "¿No podríamos decir simplemente que, desde el punto de vista psicológico, *la*

personalidad es lo que un hombre realmente es?" Definición redundante que campea en la mayoría de los escritos y en la que está presente la confusión constante entre el objeto empírico a ser estudiado y la conceptualización posible que de ese objeto debe hacerse. Porque si bien el hombre es lo que es, y el perro es lo que es, podemos recordar a Spinoza: "...una cosa es el círculo y otra la idea del círculo, pues ésta no es algo que tenga perisferia y centro como el círculo mismo".[1] Lo que falta en el señalamiento "con el dedo" del objeto de estudio de la psicología de la personalidad es justamente la conceptualización correspondiente a su objeto.

Para Allport esta aproximación es bastante aceptable aunque la reconoce demasiado vaga y breve, por lo que se aboca a la tarea de elaborar una definición:

"La personalidad es la organización dinámica, dentro del individuo, de aquellos sistemas psicofísicos que determinan sus ajustes únicos a su ambiente." [2]

Todo el libro de Allport está guiado por un objetivo enunciado desde su comienzo: frente a una psicología general en que las características individuales de los sujetos corren el riesgo de desdibujarse o no ser suficientemente atendidas, es necesario centrarse en lo que él llama la *manifiesta individualidad de la mente,* siendo la meta de este esfuerzo la "adecuación a la realidad".

Si observamos a las personas, la individualidad de las mentes es manifiesta (y ya hemos aprendido a desconfiar de todo lo que es manifiesto) ya que fenoménicamente no existen dos sujetos iguales. Otro punto de ataque hacia el que enfila Allport es el de los enfoques que otorgaban, a su modo de ver, un peso excesivo a "lo social" en la determinación e integración de la personalidad, de allí que defina a su perspectiva como biopsíquica: "...el interés de la psicología no se aplica a los factores que conforman a la personalidad sino a la personalidad misma en tanto estructura evolutiva... la cultura sólo entra en consideración una vez interiorizada en la persona como un conjunto de *ideales, actitudes y rasgos personales...* Desde el punto de vista psicológico lo que importa en cuanto a la personalidad es su organización relativamente persistente y única".[3]

[1] Spinoza, B. de, *La reforma del entendimiento,* Buenos Aires, Aguilar, 1966, p. 42.

[2] Allport, G. W., *Psicología de la personalidad,* Buenos Aires, Paidós, 1965, p. 63.

[3] Allport, G. W., *op. cit.,* pp. 14-15.

Este carácter persistente y único de la personalidad estaría garantizado por los *sistemas psicofísicos* de los que habla la definición y que están constituidos por los rasgos, razón por la cual la psicología que Allport esboza recibe también el nombre de "teoría de los rasgos".

La personalidad es concebida pues, como una estructura jerárquica que *integra* distintos niveles de complejidad. La noción de integración (al igual que la de adaptación en los enfoques conductistas) es tomada en préstamo de la biología en un uso analógico: así como en biología las células se unen para integrar tejidos y órganos, los distintos niveles de la estructura individual deben "integrarse" para asegurar la unidad de la persona.



A partir de los reflejos condicionados se irían estructurando hábitos (series complejas de reflejos condicionados), éstos se integrarían en rasgos —los aspectos más constantes y estables de la personalidad— que se expresarían en los Yos. Estos Yos así, expresados en plural, hacen referencia a que cada individuo tiene más de un yo, en función de los múltiples roles que cada sujeto particular debe asumir: rol de padre, de hijo, de educando, de empleado, de patrón, etc. Todos estos niveles jerárquicos alcanzarían su unificación en la personalidad, cumbre de la pirámide y factor integrador de todos los demás niveles.

Dijimos que la teoría de Allport le otorgaba un peso particular a los rasgos, responsables de la relativa constancia con que se expresa la personalidad individual. Veamos pues la definición que da de rasgo: "sistema neuropísquico (peculiar del individuo) generalizado y focalizado, dotado de la capacidad de convertir muchos estímulos en funcionalmente equivalentes y de iniciar y guiar formas coherentes (equivalentes) de comportamiento adaptativo y expresivo" (p. 312).

La referencia a sistemas neuropsíquicos —por otra parte no explicitados— se corresponde con la de los sistemas psicofísicos de la definición de personalidad. El supuesto fundamental es que existiría una relación entre la constitución orgánica y una forma

peculiar de conducta. La función del uso de estos sistemas en las definiciones es poner de manifiesto que la personalidad no es exclusivamente mental ni exclusivamente neural. Será alguna forma particular de "integración", pero lo que nosotros nos vemos en la obligación de señalar es que estos sistemas, —neuropsíquicos o psicofísicos—, sobre los que cae el peso de explicar a la personalidad, no son trabajados consecuentemente. Quedan como un enunciado o manifestación de principio de las creencias de su autor.

Escuchemos los comentarios que la noción de rasgo despertó en otros autores, desde otras perspectivas. W. James, por ejemplo, los consideraba los aspectos más conservadores de la personalidad, los más resistentes al cambio.

Otro comentario sobre los rasgos proviene de Freud. En su ensayo *El malestar en la cultura* plantea que el sujeto pone en marcha tres técnicas para enfrentar la renuncia pulsional que la cultura le exige. Esas técnicas son: 1] las pulsiones consumidas, 2] las pulsiones desplazadas y 3] la frustración cultural. Nos interesa especialmente la primera pues es allí donde reencontraremos nuestro tema de los rasgos. Dice Freud: "Algunos de estos impulsos son *consumidos* de tal suerte que en su lugar aparece algo que en el individuo aislado calificamos de rasgo del carácter." [4]

Vale decir que los rasgos de carácter que para Allport constituyen el núcleo más propio y característico de la personalidad, están fundados en la anulación pulsional al servicio de exigencias externas. Es el nivel donde la cultura es sentida más profundamente como "natural" y constituye el fundamento de la dominación en los modos clasistas de producción.

Aquello que para Allport asegura la integridad de la persona frente a la variedad de las situaciones y a lo que además le atribuye una determinación neuropsíquica, aparece, desde esta otra perspectiva, como la marca y el precio que la cultura impone desde afuera al sujeto para que se integre al lugar que le toca ocupar.

Tras esta incursión, necesariamente sucinta, podemos echar una mirada de conjunto a los principios y a las conclusiones a que Allport arriba luego de estos esfuerzos por "teorizar".

Los dos principios fundamentales de los que partió son: 1º la manifiesta individualidad de la mente, el hecho empírico y constatable que los individuos son distintos y reaccionan de manera peculiar y propia ante la diversidad de las situaciones (que los

[4] Freud, S., *El malestar en la cultura*, en *O. C.*, t. XIX, p. 43.

"rasgos" se encargarán de hacer equivalentes para determinar formas también equivalentes de comportamiento) y 2º esta persona debe estar integrada para poder funcionar en esa unicidad aparente.

La concepción de la estructura piramidal de la personalidad, sirve para apuntalar conclusiones que no difieren en nada del punto de partida: la personalidad es esa *integración* de estratos cuya *unidad* e irrepetibilidad queda garantizada por los rasgos.

Un autor francés, J. C. Filloux, escribe veinte años después de Allport sobre el mismo tema. Ofrece otra definición de personalidad y la considera equivalente a la de Allport, aunque nosotros quisiéramos señalar algunos matices diferenciales: "la personalidad es la *configuración* única que toma, en el transcurso de la *historia de un individuo*, el conjunto de los sistemas responsables de su conducta".[5]

Decíamos que hay matices diferenciales porque aquí también nos encontramos con los principios fundamentales de la integración (configuración) y la individualidad, pero a diferencia de Allport, los sistemas responsables de la conducta del sujeto no son referidos a lo psicofísico, aunque tampoco son definidos en absoluto. No explicita Filloux si esta ausencia es consecuencia de una toma de conciencia de una debilidad de la definición anterior, de modo que la solución de recambio ofrecida reemplaza una debilidad por un vacío.

Filloux plantea 4 características de la personalidad: 1º es *única* y propia del individuo. El punto de partida común es este postulado indiscutido del que se pueden efectuar múltiples variaciones: unicidad, individualidad, irrepetibilidad, manifiesta individualidad de la mente, etc.

2º no es suma sino *integración* y se define a la personalidad por su *tendencia integrativa.* Siguiendo los mismos argumentos biologistas que Allport: así como el cuerpo debe integrarse para no ser destruido, también el sujeto si no está "integrado" desaparecería de alguna manera, ¿en la enfermedad? ¿en la marginalidad?, nos preguntamos nosotros. El papel de la integración en el terreno específico de la psicología está cargado de connotaciones ideológicas que lo han convertido en un calificativo sinónimo de "madurez psíquica", "salud" con toda la carga valorativa que ello implica, y que sirve a la vez para ocultar que todos estos términos se equiparan a la asunción silenciosa del lugar asignado;

3º es *temporal,* se desarrolla a lo largo del tiempo en la his-

[5] Filloux, J. C., *La personalidad,* Buenos Aires, Eudeba, 1960, p. 7.

toria individual del sujeto, siendo relativamente estable a la vez que relativamente modificable por la maduración y la experiencia y

4º se presenta como una *variable interviniente* que se manifiesta a través de las *conductas*. La personalidad sería entonces el concepto explicativo, la variable interviniente que da coherencia a las conductas a través de las cuales ella se expresa ya que los únicos observables son las conductas.

El proceso general del tratamiento del tema sigue una estructura semejante a la que señaláramos en Allport. Los postulados iniciales de integración y unicidad son reencontrados al final de un recorrido presuntamente explicativo, y por eso afirma que "el individuo no es un mito" (p. 41), afirmación que sólo podemos compartir a nivel biológico, fenoménico e ideológico, pero no explicativo.

En el aspecto de integración, que Filloux señala, integración como opuesto a suma de partes, vemos la influencia de la teoría de la Gestalt que oportunamente analizamos. En la consideración de la conducta como modo de expresión de la personalidad, no nos cuesta mucho señalar la marca neoconductista en que la personalidad adquiere el status de variable interviniente en la que se refracta la estimulación del medio produciendo las respuestas conductuales observables. Esto aparece en el trabajo de Filloux aderezado con elementos tomados de la fenomenología y del neoanálisis.

Antes de plantearnos algunas preguntas acerca de los obstáculos epistemológicos que limitan a esta psicología de la personalidad queremos hacer una aclaración acerca de nuestra exposición. La sabemos limitada, el tema que abordamos es de una extensión difícil de aprehender, los criterios para sistematizarlo son muchos y, creemos, todos arbitrarios. El hilo común que los relaciona es el objeto empírico de que se ocupan los distintos enfoques. Sabemos que hemos dejado fuera de comentario una serie de discursos dignos de ser mencionados: el desarrollo de los planteos objetivistas provenientes del neoconductismo que, enriquecidos por la inclusión de técnicas estadísticas ha producido discursos y técnicas de medición de múltiples variables que permiten obtener "perfiles de personalidad" en tiempos record, sobre todo si se usan computadoras electrónicas para la tabulación de los resultados. Las corrientes culturalistas con sus múltiples representantes, ejemplo de los mecanismos de recuperación de la teoría psicoanalítica por la ideología dominante. Las versiones existencialistas, que también han conocido mixturas difíciles de

concebir como los intentos de Ph. Lersch de renovar a Santo Tomás de Aquino emparentándolo con el existencialismo, etc., etc.

Como se ve es mucho lo que hemos excluido y también lo que hemos cercenado de los autores que sí mencionamos. Sólo hemos señalado los ejes fundamentales que constituyen los pilares de las llamadas teorías de la personalidad y que permanecen incólumes, ellos son: UNIDAD E INTEGRACIÓN.

Creemos que la dificultad no es sólo nuestra y transcribiremos los engorros en que se encuentra R. Meili para ofrecer una definición. Consideramos que es en los aspectos que él señala donde se encuentra la dificultad intrínseca del tema:

"El término personalidad ha sido definido de múltiples maneras y Allport menciona 50 definiciones diferentes. Sin embargo esas diferencias no conciernen al objeto mismo de estudio, sino a su conceptualización y reflejan pues las divergencias de los puntos de vista teóricos de los autores. Para este capítulo, donde vamos a exponer los conocimientos actuales sobre la estructura de la personalidad nos podemos limitar a definir el objeto cuya estructura vamos a estudiar. *La definición de su naturaleza sólo puede ser el resultado de las investigaciones y no puede precederlas.* En cuanto a ese objeto, es simplemente el *hombre concreto* tal como lo encontramos en la calle, el trabajo o en su ocio. Entendemos entonces bajo el término de personalidad, la totalidad psicológica que caracteriza a un hombre particular." [6]

La riqueza de esta definición, (que es, en realidad, una indefinición por su carácter tautológico) radica en la claridad con que está planteado el problema de las psicologías de la personalidad: en lo único que pueden coincidir los múltiples abordajes que del tema se han hecho, es en el objeto empírico de que se ocupan. Las esperanzas de Meili de una definición a posteriori no están fundadas más que en la creencia de que con paciencia se puede llegar a hacer ciencia. Que si señalamos el objeto con la mano, después de medirlo, observarlo, etc., nos develará por sí solo el concepto que debe explicarlo.

Por otra parte, este llamado al hombre concreto nos muestra que la psicología actual sigue prisionera de lo que Althusser llamó "los geniales errores de Politzer". Este autor, en 1927, pregonaba el proyecto de una psicología concreta como modo de reconquistar en un discurso en primera persona el contenido dramático de la vida de los sujetos desdibujado por las abstracciones

[6] Meili, R., "La structure de la personalité", en Fraisse y Piaget, *Traité de Psychologie expérimentale*", París, PUF, 1963, t. v, pp. 155-223. [Subrayado nuestro.]

de la psicología clásica. Proyecto imposible porque si bien el hombre concreto es el punto de partida y aquello que debe ser explicado por una teoría científica es necesario el descentramiento de lo concreto, la toma de distancia que permita el trabajo teórico capaz de explicar a ese hombre concreto. Si se califica como abstraccionismo a todo intento de teorizar, se obtura el camino a la producción de los objetos teóricos capaces de dar cuenta, desde una perspectiva científica, de los sujetos reales y concretos. Tal es el "drama" de la psicología concreta que provocó el abandono del campo de la psicología por parte de su autor para dedicarse a la economía política. Otros intentos emparentados con el de Politzer desde una vertiente autotitulada marxista pretenden encontrar en la economía política la clave de la personalidad, con lo que se pierde la especificidad y la articulación entre una necesaria ciencia del sujeto y el materialismo histórico.

Creemos haber reseñado los obstáculos epistemológicos en los que se debaten las psicologías de la personalidad; por un lado quedan prisioneras de la fascinación de la individualidad y de la integración, que son las características ideológicas que alimentan la ilusión del yo autónomo, de los sujetos autodeterminados, que constituyen el aspecto congruente con la estructura de las ideologías de sujeto. La dificultad para romper con tales falsas evidencias debe ser comprendida en función de una demanda social de desconocimiento del proceso de sujetación y de la necesidad de reforzar los aspectos integrativos intra e interpersonales. Frente a esos obstáculos los límites para estas psicologías de la personalidad están fijados: pueden clasificar, describir más o menos correctamente, elaborar modelos o definir variables operatorias. Pueden, en síntesis, reproducir lo real, pero no pueden descentrarse del hombre concreto, del objeto empírico del que se ocupan y al que, en consecuencia, no pueden explicar.

FREUD: DESCENTRACIÓN DE LA NOCIÓN DE PERSONALIDAD

La tarea de elaborar críticamente el conjunto de las aportaciones psicoanalíticas a una teoría del sujeto humano sería interesante pero desborda los límites que hemos puesto a nuestras aspiraciones. Coincidiendo con la intención de este capítulo, habremos de restringirnos al análisis de la posición de Freud que representa un corolario necesario en la crítica a la psicología académica de la personalidad.

En 1907 ya había comenzado a romperse el aislamiento en torno a Freud. Es el año en que comienza la correspondencia entre éste y un joven médico alemán que hacía su residencia en psiquiatría en Zurich, bajo las órdenes de Bleuler y Jung. Era Karl Abraham que, desde entonces y hasta su muerte ocurrida en 1926, fue el más fiel discípulo de Freud. Precisamente en la primera carta conservada de Abraham a Freud (9 de agosto de 1907) se refiere a la demencia precoz (luego denominada esquizofrenia) como una detención del desarrollo de la personalidad. Y, después de subrayar esta última palabra, aclara:

La personalidad de un ser humano no es nada más que su manera individual de reaccionar a las excitaciones del mundo exterior.[7]

La respuesta de Freud se hace esperar más de dos meses y, cuando llega (21 de octubre) expresa un rechazo contundente a la propuesta de Abraham:

"Personalidad", así como el concepto de yo que usted maneja, es una expresión poco determinada que pertenece a la psicología de las superficies y que, para la comprensión de los procesos reales, para la metapsicología pues, no ofrece nada de particular. Simplemente, se llega a creer que, al utilizarla, se ha dicho alguna cosa que tiene un contenido.[7]

Hemos reproducido este intercambio epistolar porque en él se condensan maravillosamente las dos posiciones en torno a nuestro tema. La definición de Abraham coincide plenamente con lo que se lleva visto en las páginas anteriores. Es incluso destacable la anticipación conductista que encierra. No olvidemos que las primeras obras de Watson están fechadas en 1913 y que, ya en 1907, Abraham está manejando la noción de sistemas de estímulos y respuestas organizados de modo distinto en cada inviduo y agrupados de un modo singular que designa con el nombre de "personalidad". Pero, si es llamativa la definición del alumno, es asombrosa la respuesta del maestro: ésa es una noción superficial que no ofrece nada de particular para la comprensión de los procesos reales. Es una palabra vacía, un *flatus vocis,* una ilusión de conocimiento, un reconocimiento/desconocimiento, una manera profesoral de llenarse la boca creyendo que se ha dicho algo que tiene contenido.

Es que la personalidad, entendida al modo de Abraham o de cualquiera de los autores tratados en las páginas precedentes, es

[7] Freud-Abraham, *Correspondance,* París, Gallimard, 1969, pp. 15 y 20.

un "hecho" de realidad indiscutible. Psicológicamente, cada persona es distinta de las demás y cada persona tiene un modo de ser más o menos estable que está determinado por características hereditarias, por influencias culturales y por experiencias individuales. Dicho todo lo cual no hemos trascendido el terreno de las evidencias, de las ideas por todos compartidas, pero en la medida en que "todos" desconocemos el mecanismo de producción de esas apariencias a las que designamos con pomposo título: "personalidad", y a las que reproducimos bajo la forma de descripciones de "tipos humanos" o en forma cuantitativa después de aplicar tests e inventarios de personalidad. Se impone, en lugar de esta reproducción acrítica de las apariencias, un verdadero trabajo conceptual que dé cuenta de cómo se producen; una auténtica revolución copernicana que descubra "los procesos reales" que se ocultan detrás de esta noción ideológica perteneciente a la psicología de las superficies.

En tanto que noción ideológica, Freud continuó usando, bien que de modo asistemático, la expresión "personalidad" muchos años después de la citada carta a Abraham hasta que en 1933 encaró su crítica radical. Lo hizo en la conferencia 31 de las "Nuevas aportaciones al psicoanálisis" que lleva por título: "La disección de la personalidad psíquica"; [8] en ese texto centralizaremos nuestro análisis de la posición final de Freud ante el tema.

Para comenzar, el título. Existe la persona, anatómicamente considerada; mas el anatomista no se conforma con la descripción de las apariencias superficiales de la persona. El conocimiento anatómico resulta de procesar los datos obtenidos después de la disección del cadáver que permite descubrir planos cada vez más profundos de la realidad corporal. Es sabido que no hubo un verdadero conocimiento anatómico antes de que los cirujanos pudieran burlar y finalmente lograr la abolición de las disposiciones que prohibían la disección de los cadáveres. Y es con la misma mentalidad que Freud va a encarar la "disección de la personalidad psíquica"; hundirá su escalpelo psicoanalítico en las apariencias superficiales del individuo para desentrañar su organización oculta. El conocimiento que producirá no tendrá nada de las agudas descripciones de rasgos de conducta propias de dramaturgos y novelistas. El resultado al que arribará será un esquema del

[8] Ya aludimos, en una nota anterior de pie de página, a la execrable traducción al castellano de este texto fundamental de Freud, reproducida en todas las ediciones en circulación hasta el presente. En esta traducción la conferencia se titula "La división de la personalidad psíquica". Freud, S., *Obras completas*, Buenos Aires, S. Rueda, 1953, t. XVII, p. 55.

"aparato psíquico" muy parecido al que diseñamos, siguiendo sus ideas, en el cap. 3 (p. 57).

Descentramiento necesario respecto de las apariencias, pero también difícil y hasta peligroso. Pues la conciencia de nosotros mismos, el yo, creador y soporte de todas las ideologías es tal vez el objeto más cargado de ideología que existe. El primer obstáculo para una disección de la personalidad proviene de este yo que se considera a sí mismo el centro y la esencia del ser y, por eso mismo, se resiste al descentramiento. Penetrar en los procesos reales es, de entrada, cuestionar esta posición central del yo, de la representación que tenemos de nosotros mismos. Este es el punto por donde empiezan y donde se sella el fracaso de las racionalizaciones ideológicas que constituyen el grueso de las "teorías de la personalidad", esas que arrancan hablando del "sistema único de integración, etc." Porque el yo vive en la ilusión de su propia autonomía, de ser amo y señor de sí mismo y del cuerpo que estaría para cumplir con sus intenciones. El discurso académico sobre la personalidad no hace otra cosa que reproducir, de modo más o menos disimulado según los casos, esta ilusión del yo soberano que se representa como el punto de llegada de un proceso evolutivo, continuo y pacífico. Las psicologías de la personalidad parten desde el yo, de sus rasgos, de sus hábitos, de sus modalidades reaccionales, de sus organizaciones perceptuales, de sus aprendizajes y motivaciones, de sus intenciones y fines, etc. y no trascienden jamás este plano del yo aún cuando afirmen que ciertas motivaciones son inconscientes o que inconciente es la determinación de una conducta cualquiera. (Repetición, sí, pero no podemos dejar de señalar explícitamente que venimos utilizando la expresión "yo" con minúsculas para aludir al yo del lenguaje cotidiano, ajeno por completo al significado conceptual que adquiere el Yo (con mayúsculas) en el seno de la segunda teoría freudiana del aparato psíquico.)

El punto central de la subversión freudiana, fundamento de todas las elaboraciones teóricas, es el descubrimiento de actividades psicológicas extrañas al yo y la consecuente postulación de una diferenciación de regiones, de una tópica, para explicar los procesos de los que el sujeto humano es agente y soporte. Entre 1893 y 1905 Freud publicó las tesis concernientes al mecanismo de producción de los síntomas, de los sueños, de los actos fallidos, de los efectos cómicos y de las perversiones sexuales. Y en todos esos fenómenos, para poder explicar, debía recurrir a hipotéticos mecanismos psicológicos ajenos al Yo. Era imperioso pasar a conceptualizar al Yo, no ya como lo psíquico, sino como una parte,

un sector de la estructura del sujeto. Además de él existía lo reprimido que llegaba hasta el Yo después de sufrir distorsiones que lo desfiguraban y lo tornaban irreconocible: "Los síntomas provienen de lo reprimido; son, por así decirlo, representantes de lo reprimido ante el Yo; pero lo reprimido es territorio extranjero para el Yo —territorio extranjero interno— así como la realidad es (si me perdonáis la expresión nada habitual) territorio extranjero exterior. Partiendo del síntoma hemos seguido un camino que nos llevó a lo inconsciente, a la vida pulsional, a la sexualidad..." [9] (p. 57).

Y acá tenemos una condensación de la tesis fundamental de la psicología psicoanalítica. El Yo está ubicado, tópicamente, entre dos territorios extranjeros: el del mundo exterior y el de las pulsiones sexuales reprimidas y, por reprimidas, inconscientes. El Yo está acosado desde afuera por todos los peligros naturales y sociales que asedian al organismo y, además, está acosado desde adentro por las pulsiones que, de acceder a la conciencia, lo sumirían en un estado aniquilante de angustia. La función del Yo respecto de lo reprimido consiste, precisamente, en mantener la represión. Por eso Freud lo describe como una instancia "resistente, repelente y represora". Pero, claro está, el "yo" de la psicología académica no sabe nada ni de lo reprimido ni de la actividad que permanentemente ejerce para mantenerlo escondido de la conciencia. El trabajo de la investigación psicoanalítica debió progresar lentamente desde el conocimiento de lo reprimido y sus formas de manifestación (formaciones de compromiso —véase cap. 3) hacia lo represor hasta que "nos enfrentamos con el tal Yo, que había parecido tan autoevidente, con la segura expectativa de hallar aquí una vez más algo inesperado" (p. 58). El proyecto de Freud es evidente: desenmascarar lo que se esconde tras las "autoevidencias" del yo. Por eso continúa su exposición previniendo al (imaginario) auditorio acerca del incremento de las resistencias a comprender las postulaciones psicoanalíticas en este terreno. Resistencias del Yo de sus oyentes y lectores a la tarea de desenmascaramiento que habrá de seguir.

Porque ese Yo del que va a tratar sólo puede ser comprendido por nuestro propio yo. Y ese Yo puede observarse a sí mismo; por lo tanto, escindirse, desdoblarse en partes separadas de modo transitorio y, luego, reunificarse. En esta capacidad del Yo vemos la presencia de sectores diferenciados. Por otra parte, los enfer-

[9] Las citas que hacemos están traducidas de la *Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud* (t. XXIII, pp. 57-80).

mos con manía de ser observados muestran, en una exageración inaudita, este mismo desdoblamiento; en ellos un sector del Yo, ese que habitualmente ejerce la autoobservación, se ha separado del Yo y ha sido desplazado, proyectado, al mundo exterior desde donde retorna sobre el sujeto para vigilarlo, increparlo y amenazarlo. Junto a estos casos patológicos podemos contabilizar las experiencias normales de culpabilidad en que una parte de nosotros mismos acusa a otra por los fracasos y por los errores cometidos. Esta parte del Yo que ciertos "maniáticos" proyectan al exterior es el Superyó y sus funciones incluyen la autoobservación, la conciencia moral y la de vehiculizar el ideal del Yo. Por la autoobservación, la conciencia y la conducta del sujeto están sometidas a una vigilancia constante; por la conciencia moral ese sujeto experimenta remordimientos, se autoreprocha y puede, en ciertos casos, llegar hasta el suicidio; por la presencia de un ideal del Yo el sujeto tiene una medida, un patrón, con el cual evaluar sus logros y cualidades que, de resultar insuficientes en comparación con las aspiraciones y exigencias del ideal, determinan sentimientos de inferioridad y sufrimiento.

Ya conocemos, por haberlo trabajado en el cap. 3, cuál es el origen de este Superyó. Es el resultado de la introyección de las restricciones parentales que se consolida de manera estable hacia los cinco años de edad cuando el niño sale de la problemática edípica. Es a partir de ese momento que el Superyó comienza a desempeñarse como vigilante y censor. Dice Freud: "Aún si la conciencia (moral) está "dentro nuestro", no lo está desde el principio. En esto contrasta francamente con la vida sexual que está allí realmente desde el comienzo de la vida y no es sólo una adición ulterior. Mas, según es bien sabido, los niños pequeños son amorales y carecen de inhibiciones interiores frente a sus impulsos tendientes al placer. El papel que más tarde toma a su cargo el Superyó es ejercido al principio por un poder exterior, por la autoridad de los padres. La influencia parental gobierna al niño ofreciéndole pruebas de amor y amenazándolo con castigos que le indican la pérdida del amor además de ser temibles en sí mismas. Esta angustia real es la precursora de la angustia moral ulterior; mientras reina, no hay porqué hablar de Superyó ni de conciencia moral. Sólo después se desarrolla la situación secundaria que tomamos, demasiado a la ligera, como normal, situación en la cual la restricción exterior es internalizada y el Superyó toma el lugar de la instancia parental y observa, dirige y amenaza al Yo exactamente como lo hacían antes los padres con el niño" (pp. 61/62).

La cita merece algún comentario y, tal vez, una rectificación. La conciencia moral, el Superyó, no es algo originalmente dado. En los primeros años de su vida el niño es amoral y su comportamiento sólo puede ser controlado por una autoridad exterior: la ejercida por los padres o por quienes ocupasen su lugar. El instrumento de la autoridad es el otorgamiento o la negación de manifestaciones de amor. Privado de ellas el niño, incapaz de sobrevivir con sus propios recursos vitales, queda en un estado de total desamparo y es impotente para controlar el incremento del displacer provocado por la necesidad. Sobre el fondo de esta impotencia infantil se yergue la fantasía de la omnipotencia de las figuras parentales, en especial de la madre, capaz de prolongar o de poner fin al estado de desamparo. La amenaza de la pérdida de amor posee, pues, para el lactante, la fuerza de una amenaza de muerte; la autoridad de los padres se ejerce a través del terror por la propia situación de indefensión del niño e independientemente del amor que sus padres realmente le profesen o le nieguen. El niño ve transcurrir los primeros años de su vida bajo este régimen de dominación que sólo cede cuando esta severidad parental es sustituida por una instancia interior que tiraniza al Yo "exactamente como ante los padres al niño". Esta exposición del proceso de formación del Superyó es esencial para comprender el lugar asignado al otro en la génesis del sujeto. Se ve claramente que ese yo que la psicología académica de la personalidad quiere ver como autónomo y autorregulado está, de hecho, sometido a la dominación de un otro violento y feroz. Por nuestra parte, sabemos también (cap. 4) que ese "otro" mal podría ser acusado por su proceder pues, por su parte, fue formado también a través de un despiadado proceso de sujetación. Precisamente, el proceso culmina cuando el niño se identifica con sus padres, olvida (es decir, reprime) la violencia en cuyo seno se formó y puede tratar a los hijos con la misma severidad con que lo trataron a él en su momento. De este modo se perpetúa una "herencia" de tipo muy particular que hunde sus raíces en lo inconsciente reprimido y que determina la transmisión de rasgos de dominación y autoridad de padres a hijos. La forma del Yo queda para siempre regulada por el otro. Sería erróneo limitar a las figuras parentales la presencia del otro en el sujeto. A ellas se incorporan después otras figuras que presentan también elementos de autoridad (maestros, líderes, imágenes de héroes). Al decir de Freud: "se va haciendo, por así decirlo, más impersonal". Esto es particularmente notable en las últimas décadas donde la autoridad parental se va debilitando, en las socie-

dades capitalistas de Occidente al menos, y ésta pérdida de la potencialidad represiva de los padres va siendo remplazada por imágenes difundidas desde otros aparatos ideológicos del Estado, especialmente los medios de difusión de masas. Pero no debemos confundirnos: este desplazamiento de la importancia del padre no implica un "anticuamiento del psicoanálisis" como pretende H. Marcuse sino, por el contrario una confirmación de sus tesis. Estas imágenes ajenas al Yo con las que el niño se identifica, a las cuales idealiza y teme, que lo regulan desde afuera están situadas en el lugar del padre de la descripción freudiana clásica. La estructura permanece invariable aún cuando pueda variar la identidad física de las personas que ocupan los puestos que ella les reserva. Pero, y aquí cabe una rectificación en el texto que venimos analizando, el otro no se limita a estar presente en la tópica como lugar de la prohibición interiorizada. Lo cierto es que hay una contradicción en el pensamiento de Freud cuando nos dice que "la vida sexual está allí realmente desde el comienzo de la vida" pues él mismo, en los textos de los "Tres ensayos sobre una teoría sexual" que reprodujimos en nuestro cap. 3, había demostrado que la sexualidad humana no es un conjunto de comportamientos fijos, instintivos y heredados que tienen como meta la reproducción biológica. Habíamos aprendido que la sexualidad no está ya ahí, lista para manifestarse siguiendo designios inmutables e inescrutables, sino que la sexualidad humana aparece *apuntalándose* sobre actividades instintivas que tienen como objetivo la satisfacción de la necesidad biológica. Ahora bien, esta satisfacción de la necesidad biológica tiene, en la especie humana, una característica por completo original. La satisfacción infantil no puede ser alcanzada, en los comienzos de la vida, por el niño mismo; requiere siempre la presencia de un otro, de alguien que asuma la función culturalmente determinada de apaciguar la necesidad biológica. El cachorro humano, a diferencia de los de otras especies, nace en un estado de absoluta indefensión y dependencia. El otro humano es condición indispensable de la satisfacción. Por lo tanto, es también ese otro humano el que es alucinado cuando la satisfacción está bloqueada y el niño revive, *en su fantasía*, la experiencia de satisfacción que implica un contacto corporal con el otro, con la madre o quien ocupa su lugar. Es recién en este momento, el de la ausencia del objeto que aporta la satisfacción, el del deseo que existe bajo la forma de una fantasía de realización, que aparece lo característico de la sexualidad humana. En otros términos, la pulsión sexual dispone de energías que tienen su origen en los distintos

territorios corporales (zonas erógenas) pero esta pulsión sólo adquiere existencia psíquica, realidad psíquica, cuando la energía que le es propia se liga a representaciones de los objetos del deseo y puede así ganar acceso a la conciencia y/o convertirse en un comportamiento observable desde afuera que tiene como meta la producción de placer y la eliminación de la tensión displacentera. Y esas representaciones de los objetos del deseo que, al unirse a la energía pulsional, se transforman en fantasías de realización del deseo no existen desde un comienzo, no son biológicas y varían grandemente en los distintos sujetos. Por el contrario, dependen de las experiencias previas de satisfacción/frustración de la necesidad. Las imágenes representadas son las de objetos exteriores (el pecho materno, el primero) y, por lo tanto, están configuradas por el otro humano.

Por otra parte, ese otro humano, la madre o su subrogado, no solamente es objeto de las pulsiones infantiles por el hecho de satisfacer las necesidades alimenticias y de otros órdenes que experimenta el bebé. También lo es porque se ofrece como objeto sexual para el niño a través del contacto cálido, de las caricias y de las palabras con que acompaña el ofrecimiento de la satisfacción, de la manipulación excitatoria de las zonas erógenas infantiles propia de los cuidados alimenticios e higiénicos, etc. Finalmente, ese otro humano que también debió pasar por la represión de la sexualidad encuentra en el bebé un objeto altamente erotizado que viene a satisfacer necesidades inconscientes reprimidas desde su propia y ya lejana infancia. Es decir que la sexualidad llega al niño traída de la mano por el otro adulto encargado de su cuidado, razón por la cual puede afirmarse que el otro, generalmente la madre, tiene la función de introducir la sexualidad en el niño realizando una auténtica seducción. Es que, como ya vimos, el niño representa inconscientemente para la madre, entre otras cosas, el sustituto de su primitivo deseo infantil de poseer un pene. La actitud seductora del adulto se une a su condición de objeto que aporta la satisfacción de la necesidad instintiva infantil para determinar que el otro llegue a ser un ingrediente indispensable en la configuración del deseo infantil.

Por todos estos motivos debemos rechazar la idea simplista que podría considerar al aparato psíquico como integrado por un aspecto natural, biológico, existente desde el principio, al que se designaría como Ello y otro aspecto cultural, social, incluido después del nacimiento que llevaría el nombre de Superyó y un tercer aspecto encargado de armonizar los intereses de la biología con los de la cultura y al que se llamaría Yo. Terminamos

de ver que la representación del otro como objeto del deseo está configurada culturalmente y, después de su represión, constituye el aspecto esencial de los contenidos del Ello. Por otra parte, y aquí retomamos el hilo de la argumentación freudiana, las energías que el Superyó requiere para el desarrollo de su tarea las toma de las cargas libidinales (por tanto, de origen biológico) con que originariamente el niño investía las imágenes amadas de sus padres y a las que debió renunciar en el momento de egresar de la problemática edípica bajo los efectos de la fantasía de castración. "Al abandonar el complejo de Edipo el niño debe renunciar a las intensas cargas ('catexias') objetales que había depositado en sus padres y, como compensación por esas pérdidas objetales, sobreviene una intensificación de las identificaciones ya existentes con esos padres, puede que desde mucho antes, en su yo. Tales identificaciones, como precipitados de catexias objetales abandonadas, se repetirán bastante a menudo en la vida ulterior del niño; pero está completamente de acuerdo con la importancia emocional de este primer caso que tal transformación obtenga una posición especial en el Yo. Una investigación más penetrante nos demostró, también, que el Superyó es débil y se desarrolla incompletamente cuando la superación del complejo de Edipo es exitosa sólo de modo incompleto" (p. 64).

Explicitando el pensamiento freudiano en este punto podemos acotar que las energías de las tres instancias del aparato psíquico proceden de fuentes corporales. Las del Ello están sometidas a represión y ligadas a ciertas representaciones psíquicas. Las del Superyó provienen de las catexias libidinales de las imágenes parentales operadas en los estadios preedípicos y a las que el niño debió descatectizar como consecuencia de su pasaje por el Edipo al cabo del cual terminó por identificarse con sus padres. Las energías del Yo dependen de procesos postedípicos de identificación con objetos que también debieron ser abandonados. Resulta claro que el Superyó es un sector diferenciado del Yo cuyas energías han sido obtenidas por los mismos medios que las de éste. Las identificaciones posteriores al Edipo, aun cuando sus objetos fuesen los mismos padres "afectan sólo al yo y ya no alcanzan a influir el Superyó que ha sido determinado por las imágenes parentales más tempranas" (p. 64).

Para terminar de caracterizar al Superyó falta describir aún una muy importante función que Freud designa en alemán con una expresión de muy difícil traducción; en efecto, nos dice que el Superyó es el portador o el soporte del ideal del Yo (*der Träger des Ichideals*) modalidad expresiva en la que nos detenemos para

señalar que sería incorrecto decir que el ideal del Yo forma parte del Superyó. Este, simplemente, vehiculiza, transporta a aquél. Recordemos, con palabras de Freud, que "el Yo se mide a sí mismo en relación con el ideal del Yo, trata de igualarse con él y se esfuerza por satisfacer sus exigencias siempre crecientes de perfección. Indudablemente este ideal del Yo es lo que ha quedado de la imagen primitiva de los padres, la expresión de la admiración del niño por las perfecciones que en ese entonces les atribuía" (p. 65).

Ahora bien, llegados a este punto se impone una nueva vuelta de tuerca, un nuevo descentramiento, que podrá parecer sorprendente pero que se basa en una serie de argumentos irrecusables, todos los cuales fueron expuestos ya en los capítulos 3 y 4 y en estas últimas páginas. Hasta aquí hemos aceptado y reproducido las tesis freudianas en su forma generalmente divulgada: el Superyó es el heredero del complejo de Edipo y aparece en el niño cuando tal complejo se resuelve y el niño abandona las cargas libidinales que había depositado en las imágenes parentales. Se constituye por la incorporación a la estructura del aparato psíquico del conjunto de prohibiciones que, en los primeros tiempos, fueron vehiculizadas por los padres. La relación del Superyó con el Yo expresa estructuralmente la posición del sujeto ante la ley y regula su posición ante los objetos del deseo encuadrando lo permitido, apto para llegar a la conciencia y la conducta, y lo prohibido, que debe ser reprimido y confinado en el Ello.

Pero también habíamos dicho que el niño no nace en un lugar vacío sino que su cuerpo, en tanto que soporte material de la ideología, aparece en un espacio cargado de expectativas respecto de cómo deberá ser y cuáles son los papeles que deberá desempeñar. Los padres que lo lanzan al mundo son los agentes de la ley y se proponen ante él como el ideal del Yo que deberá tratar de alcanzar en una competición en la que siempre resultará perdidoso porque sus exigencias de perfección son "siempre crecientes". El Superyó —y ya insistimos en esto— no es el ideal del Yo sino tan sólo su soporte. Porque este ideal del Yo está determinado por las expectativas explícitas e implícitas, conscientes e inconscientes, de los padres que, a su vez, mediatizan y son los portadores de la asignación del lugar que su hijo deberá ocupar en el conjunto de la estructura y de los procesos sociales.

Y si ahora cotejamos las afirmaciones transcriptas en los dos párrafos precedentes podemos advertir una contradicción y luego debemos esforzarnos por resolverla. En efecto, tanto la ley que es incorporada bajo la forma de un Superyó como el con-

junto de aspiraciones personales siempre insatisfechas que tal Superyó acarrea bajo la forma de un ideal del Yo *preexisten al sujeto biológico.* Por tanto, no puede afirmarse que el Superyó sea un desprendimiento tardío del Yo sino que, contrariamente, y suscribiendo lo dicho por Lagache [10] planteamos que "...el Yo es lo que se desprende del Superyó, por lo menos, de esa estructura parcial del Superyó, el par Superyó— ideal del Yo". La contradicción de esta tesis con el texto freudiano no es insoluble. El Superyó es heredero del complejo de Edipo, efectivamente, en tanto que instancia interior y perteneciente al aparato psíquico, pero su existencia está prefigurada en el seno del grupo social en que el niño habrá de nacer.

En función de estos descubrimientos sobre la determinación estructural de los sujetos humanos desde afuera de ellos mismos a través de procesos rígidamente anclados en lo inconsciente, puede Freud criticar de modo inapelable una desviación del pensamiento marxista, el economicismo. Marx y Engels afirmaban, como ya vimos, que la instancia económica es la determinante *en última instancia* de la organización y de los procesos sociales. Algunos de sus continuadores, omitiendo la restricción "en última instancia" pretendieron, lisa y llanamente, que la instancia económica era la determinante, a secas, de los procesos sociales y, por lo tanto, de la configuración de los individuos. Freud señala que el Superyó es el soporte de la tradición y de todos los juicios conservadores de valor que se propagan de generación en generación. Critica en consecuencia a las concepciones materialistas de la historia que pecan por subestimar este factor y sostener que las "ideologías" no son otra cosa que el producto y la superestructura de las condiciones económicas contemporáneas. Lo que es verdad, pero muy probablemente no toda la verdad" (p. 67). Puede verse aquí la convergencia del pensamiento freudiano con el marxista. Freud no discute el determinismo económico pero, al igual que Marx y Engels, lo relativiza y combate la concepción simplista del economicista que podría llegar a pretender, por ejemplo, que bastaría con conocer la pertenencia de clase de un sujeto para comprenderlo psicológicamente. Ni siquiera se opone Freud a la idea de que el Superyó pudiese estar determinado por circunstancias económicas pero, eso sí, insiste en que esas circunstancias económicas no son las "contemporáneas", las presentes en

[10] D. Lagache, "El modelo psicoanalítico de la personalidad", pp. 107-133 del libro de D. Lagache y otros, *Los modelos de la personalidad,* Buenos Aires, Proteo, 1969.

el momento en que el sujeto nace y vive sino que lo económico ha influido en la constitución psicológica de sus antepasados y es tal constitución la que se transmite de generación en generación, independientemente de las condiciones económicas momentáneas.

Y es después de este largo análisis en torno al Superyó, equivalente en extensión al que nosotros debimos dar, que Freud puede pasar a hablar del Yo. De un Yo que no es el artífice de la autarquía del sujeto ni una instancia suprema de integración sino el agente de resistencias "de las que él nada sabe" (p. 68) y que se manifiestan tan sólo por penosas sensaciones y dificultades para continuar pensando fluidamente. Y Freud insiste particularmente en este punto: las resistencias no provienen de lo reprimido; por el contrario, lo reprimido entraña un poderoso impulso para penetrar en la conciencia. "La resistencia sólo puede ser una manifestación del Yo, que originariamente llevó a cabo la represión y ahora quiere mantenerla" (p. 68). El Yo —se ve— es el sitio del desconocimiento, del no saber de su propia actividad represora y de aquello que está reprimido. Un duro revés, en verdad, para toda ideología de la personalidad, sea ésta conductista o conciencialista. "Ahora bien, como hemos llegado a postular una instancia especializada en el Yo, el Superyó, que representa exigencias de carácter restrictivo y prohibitivo, podemos decir que la represión es obra de este Superyó y es ejecutada sea por él mismo, sea por el Yo en acatamiento a sus órdenes" (p. 69). Y, por nuestra parte, ya hemos develado el origen del Superyó relacionándolo con la prehistoria del sujeto, con su puesta en circulación desde el sistema de la cultura que actúa dentro de él bajo la forma de un otro interiorizado. Y es, así, este otro el represor y el que manifiesta su presencia dentro del sujeto mediante penosas sensaciones corporales y dificultando los procesos del pensamiento consciente cuando se produce un acercamiento entre lo reprimido y la conciencia. Con lo que se va delimitando el objetivo de la tarea psicoanalítica: hacer consciente lo inconsciente, superando las resistencias y transformando al Yo en lugar del conocimiento, precisamente allí donde el conocimiento era desterrado y sometido a interdicciones provenientes del Superyó.

Y así llegamos a la sede de lo reprimido, de lo resistido: la instancia del Ello de la cual ya hemos dicho lo esencial. Habíamos mostrado la falacia de considerarla como subestructura perteneciente al orden de lo biológico. En nuestro cap. 3 (p. 57) habíamos dicho que *"El Ello* está en directa continuidad con el orden biológico". Esta afirmación debe ser tomada literalmente

y no confundida con la tesis de la filiación biológica del Ello. Para alejar toda duda: Ello es un concepto de la teoría psicoanalítica que designa a una subestructura del aparato psíquico y una palabra carente de todo sentido en el discurso biológico. En esto se diferencia del concepto "pulsión" que, este sí, refiere a una realidad localizable en el límite entre la biología y el psicoanálisis. La pulsión se constituye por la unión inestable de una energía (que tiene su fuente en zonas del cuerpo) con representaciones psíquicas (provenientes de objetos ubicados, primeramente, en el mundo exterior). Estas pulsiones son ciegas en el sentido de que entrañan una tendencia indomeñable a la descarga de la energía y la consecución de sensaciones de placer, independientemente de los riesgos que eso implique para el organismo. Las pulsiones no conocen de postergaciones, de conveniencias ni de otra lógica que la descarga inmediata y el placer. Es inimaginable la supervivencia de un organismo librado a la descarga pulsional: "...el Ello no podría eludir la destrucción si no se resguardase del supremo poder (del mundo exterior) en sus ciegos esfuerzos para la satisfacción de sus pulsiones" (p. 75). El Ello —ya lo dijimos— es el polo pulsional de la personalidad y el reservorio de las energías de origen biológico con las que funciona el aparato psíquico. Pero, insistimos, su realidad es solamente psicológica, psicoanalítica.

Genéticamente, nos vemos precisados a afirmar que, en el momento del nacimiento, no hay aparato psíquico ni está ninguna de sus instancias. Sólo está el cuerpo con sus energías biológicas y sus necesidades instintivas y, por otra parte, están la sociedad humana y los progenitores del niño con sus expectativas y leyes que prefiguran la instancia del Superyó. El cuerpo presenta una superficie de intercambios con el exterior, los clásicos cinco sentidos exteriores de Aristóteles, que prefiguran la instancia del Yo. El organismo puede ser visto como un Ello-Yo indiferenciado donde todavía no hay contenidos psíquicos, donde el aparato existe tan sólo de modo virtual, potencial. Los avatares ulteriores nos son ya conocidos: experiencia de satisfacción de la necesidad, representación del objeto que aporta la satisfacción, ausencia de satisfacción, alucinación regresiva de la huella mnésica del objeto, satisfacción del deseo en la fantasía con un objeto ya interiorizado, autoerotismo, etc. En el momento en que la energía corporal propia del estado de tensión provocado por la necesidad se une con la huella mnésica del objeto que satisface tal necesidad estamos en condiciones de hablar de pulsión. La pulsión tiende a emerger hacia la conciencia y la conducta pero es

bloqueada por la interposición del otro con sus amenazas de desamparo primero y de castración después. El niño es compelido a una división estructural en su aparato psíquico incipiente que sea capaz de asegurarle la sobrevivencia y el amor de sus padres. Debe reprimir a la pulsión; la energía de ésta deberá canalizarse desplazándose de una representación a otra y ganando de este modo el acceso (que le había sido negado) hacia los sectores más próximos al exterior mientras que el representante psíquico de la pulsión permanece reprimido. La represión es ejercida por el Yo. El sitio donde los representantes pulsionales son confinados y quedan como a la espera de una reactivación energética es el Ello. Y ya dijimos en este mismo capítulo que estos representantes psíquicos de la pulsión, desterrados del sistema del Yo, son configurados desde afuera por la imagen del otro que aporta la satisfacción de la necesidad infantil. Queda claro así que los contenidos de Ello no están presentes desde el nacimiento sino que son secundarios al proceso de represión... y esta represión es una función del Yo. Por lo que no podría haber Ello sin Yo. Y tampoco sería concebible una represión que no sea represión de algo, de una pulsión ajena al Yo. Esta y otras dificultades teóricas que no es del caso analizar aquí llevaron a Freud a concebir la idea de una represión primaria que funcionaría desde un principio y de contenidos reprimidos originarios, anteriores a toda experiencia, que actuarían como imanes de atracción respecto de representaciones surgidas en la experiencia vital del niño. La represión pulsional que se produce después del nacimiento sería entonces "represión secundaria". Con estas consideraciones hemos entrado en un terreno difícil y ajeno a las intenciones de nuestro discurso. El objetivo es mostrar al lector que no existe una instancia primera del aparato psíquico sino que la estructura compleja del mismo con sus límites internos variables, con sus conflictos entre las instancias y aún dentro de cada instancia, existe con esas características de complejidad desde el principio. No hay una estructura simple que se va haciendo compleja a medida que el tiempo pasa. No puede darse crédito a un momento mítico anterior a todo conflicto y dificultad. No puede adscribirse una instancia a la biología y otra a la cultura porque la cultura lleva la marca de lo biológico que está en su fundamento y porque lo biológico humano aparece siempre calificado, condicionado y encuadrado dentro de moldes culturales preexistentes. La energía pulsional, la tendencia hacia la realización del deseo y las huellas de la ley pueden y, psicoanalíticamente, deben verse en toda manifestación humana. Lo que no implica —casi ocioso es

indicarlo— que el psicoanálisis ofrezca la clave para comprender todo lo humano.

Como se ve, los problemas teóricos a los que conduce la conceptualización psicoanalítica del sujeto humano son complejos y, al pensarlos, debe evitarse la tendencia a las simplificaciones que pasarían sobre las dificultades ignorándolas. A la luz de lo que llevamos ya visto puede repensarse el epígrafe de Freud que organiza al capítulo entero: la personalidad como noción propia de una psicología de la superficie, ajena a la comprensión de los procesos reales que dan cuenta de la realidad conflictiva que es toda existencia humana.

Y, para terminar, vayamos al punto en el que la psicología académica empieza y acaba: ese "yo" que para nosotros es *el Yo*. Sus funciones son de importancia capital. El sujeto humano sobrevive gracias a esta instancia que tiene funciones de integración y de mediación entre las exigencias del mundo exterior y las demandas de las pulsiones. Para cumplir con su misión de salvaguardar la vida debe representarse las circunstancias del mundo exterior (sistema percepción-conciencia), proteger al organismo de las situaciones y estimulaciones demasiado intensas, conservar el registro de la experiencia vivida obteniendo partido de ella y gobernar y decidir acerca del momento, la manera y los límites de la ejecución de conductas que tienden a procurar el placer dentro de los límites impuestos por el mundo exterior (principio de realidad) y de la ley interiorizada (instancia del Superyó). Pero Freud, después de enumerar la multiplicidad y la importancia de sus funciones, pasa a tratar las limitaciones del Yo: "desde un punto de vista dinámico es débil, todas sus energías le son prestadas por el Ello y llegamos a tener algún atisbo de los métodos —cabría llamarlos estratagemas— por medio de los cuales extrae del Ello mayores montos de energía... La relación del Yo con el Ello puede compararse a la de un jinete con su caballo. El caballo aporta la energía locomotriz mientras que el jinete tiene el privilegio de decidir la meta y de guiar al robusto animal. Pero a menudo se produce entre ambos la situación, para nada ideal, de que el jinete se vea obligado a guiar al caballo sobre la senda por la que el animal mismo quiere marchar... Un proverbio nos advierte la imposibilidad de servir al mismo tiempo a dos señores. El pobre Yo se ve aun más apurado: sirve a tres amos severos y hace lo que puede por conciliar sus exigencias y sus mandatos. Tales exigencias difieren siempre y a veces parecen inconciliables. No extraña, pues, que tan frecuentemente fracase en su tarea. Sus tres tiránicos señores son el mundo exterior, el

Superyó y el Ello. Cuando rastreamos los esfuerzos del Yo para satisfacerlos simultáneamente —o, más bien, para obedecerlos simultáneamente— no podremos sentir ninguna pena por haber personificado a este Yo y haberlo considerado como un organismo separado. Se siente estrechado por tres lados y amenazado por tres clases de peligro a los que, si es agobiado, reacciona generando angustia" (pp. 76-7). Y sigue Freud: "Por derivar de las experiencias del sistema perceptivo, está predestinado a representar las exigencias del mundo exterior, pero se esfuerza también para ser un leal sirviente del Ello, para mantenerse en buenos términos con él, para recomendarse a él como objeto y para atraer hacia sí su libido. En sus empeños de intermediación entre el Ello y la realidad, se ve obligado frecuentemente a cubrir los mandatos inconscientes del Ello con sus propias racionalizaciones preconscientes, a ocultar los conflictos del Ello con la realidad, a proclamar, con insinceridad diplomática, que tiene en cuenta a la realidad, aun cuando el Ello ha permanecido rígido e inflexible. Por el otro lado, es observado paso a paso por el estricto Superyó que impone patrones rígidos a su conducta, sin tener para nada en cuenta sus dificultades con el Ello y con el mundo exterior y que, si esos patrones no son obedecidos, lo castiga con abrumadores sentimientos de culpa e inferioridad. Es así como el Yo, manejado por el Ello, restringido por el Superyó y rechazado por la realidad, lucha por llevar a cabo su tarea económica de armonizar las fuerzas e influencias que actúan en y sobre él. Podemos comprender por qué tan a menudo no puede abstenerse de gritar: ¡Qué difícil es la vida! Cuando el Yo es forzado a admitir sus debilidades, estalla en angustia: angustia real ante el mundo exterior, angustia moral frente al Superyó y angustia neurótica ante la fuerza de las pasiones en el Ello" (p. 78).

Varios motivos nos impulsaron a reproducir una cita tan extensa: los errores y omisiones en las ediciones en español, la magistral representación de las limitaciones del Yo, la consiguiente depreciación de la psicología académica de la personalidad cuando puede apreciarse, por comparación, todo lo que a ella se le escapa y, fundamentalmente, el impacto de esta imagen freudiana del Yo: es pobre, complaciente, obediente, débil, agobiado, amenazado, dependiente, esclavo, servil, hipócrita, seductor, intermediario, mentiroso, racionalizador, disimulador, insincero, falso, vigilado, gobernado, tiranizado, castigado, culpable, inferior, manejado, restringido, rechazado y pese a todo trata de conciliar. Es digno de lástima.

Y, paradójicamente, es el objeto sacrosanto de cuya autono-

mía se muestra tan respetuosa (de palabra ya que no de hecho) la psicología académica.

Y, por otra parte y de modo no menos paradójico, es sólo de él que puede esperarse una acción transformadora que imponga la liberación de todas las servidumbres. Y hasta podría decirse, aludiendo vagamente a otro tipo de formulaciones, que, precisamente por sus sufrimientos y su opresión es que no tiene otra cosa que las cadenas para perder y que, al liberarse de ellas, podría restablecerse un tipo distinto de organización en el aparato psíquico, sin opresión ni servidumbre. Esta tarea, la desujetación, es la que, en el campo de las aplicaciones técnicas, corresponde o debiera corresponder al psicoanálisis. Pero esta labor desujetadora no puede ser confiada al Yo débil y servil de la descripción freudiana sino a un Yo transformado y robustecido. ¿De dónde puede provenir esta transformación del Yo? Nuestra respuesta, por mal que caiga a quien pudiera tacharnos de iluministas, es tajante: de la ciencia y de la acción orientada por el conocimiento científico. En este campo, lógicamente, la ciencia de la que se trata es el psicoanálisis articulado en la estructura teórica del materialismo histórico.

Y en cuanto a la acción concedámosle la palabra a Freud cuando habla de los objetivos de la psicoterapia psicoanalítica: "...robustecer al Yo, hacerlo más independiente del Superyó, ampliar su campo de percepción y consolidar su organización de modo que pueda apropiarse de nuevos sectores del Ello. Donde Ello estaba, deberá Yo llegar a estar. Es un trabajo de la cultura, no diferente de la desecación del Zuyder Zee" (p. 80). Y acá se impone una nueva reflexión: Freud ha caracterizado al principio de su conferencia al Yo como esa "instancia resistente, repelente y represora"; ahora dice que el objetivo del psicoanálisis es robustecer al Yo. Podría pensarse y, de hecho, es la posición dominante en el movimiento psicoanalítico oficial, que se trata de robustecer la represión y el desconocimiento de las pulsiones al servicio de la adaptación de los sujetos a los lugares asignados. Pero no es en absoluto así. Se trata de robustecer a un Yo que haya desandado el camino de la represión pulsional, que haya tomado conciencia de los representantes pulsionales reprimidos y los haya reintegrado en el lugar que les corresponde dentro de un contexto amplio y coherente, que haya reconocido el carácter pretérito de los motivos (fantasías de desamparo y castración) que impusieron en su tiempo la represión y que recupere a las representaciones de las que se había enajenado. Podríamos decir que se trata de reforzar al Yo propio y desenmascarar al Yo-

otro que es el "yo" oficial, de liberarlo de las cadenas impuestas por una cultura represiva en la forma del Superyó tiránico, de "ampliar su campo de percepción" —claro está— no en el sentido de que pueda ver más u oir mejor, no en el plano de la percepción sensorial, sino en el plano de una percepción que trascienda las ilusiones de los sentidos para alcanzar el conocimiento objetivo de las determinaciones de lo percibido, es decir, alcanzar un Yo que utilice a la ciencia como instrumento perceptivo. Y todo esto para lograr que pueda apropiarse de nuevos sectores del Ello, dicho de otro modo, para que las energías provenientes de las tensiones corporales puedan ligarse a representantes psíquicos capaces de alcanzar la conciencia y posibilitar así una conducta racionalmente organizada para la consecución del placer a través de la transformación de la realidad. Y Freud sabía bien que esta no era una tarea a la medida de los individuos singulares. Fueron necesarios los esfuerzos de todo un pueblo para desecar el Mar del Sur en los Países Bajos. Y será necesaria también una tarea colectiva para que Yo llegue a estar allí donde Ello estaba.

CUARTA PARTE

LAS FUNCIONES DE LA PSICOLOGÍA

CAPÍTULO 14

INTRODUCCIÓN A LA LECTURA DE LA PSICOLOGÍA ACADÉMICA

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN

> Si se quiere cambiar la mente de una persona, deberá empezarse por saber cómo está constituída dicha mente. Y ésta es, al fin y al cabo, la cuestión central de toda ciencia psicológica.
>
> GEORGE A. MILLER, *Introducción a la psicología*, Madrid, Alianza, 1970, p. 461.

En el primer capítulo de este libro comenzamos a fundar las objeciones que nos despertaban los intentos de mostrar a la ciencia como surgiendo en directa continuidad con las experiencias sensoriales. Venimos sosteniendo a lo largo de todas estas páginas que el conocimiento se adquiere mediante un trabajo de producción teórica que toma como materia prima a los datos "evidentes" aportados por los sentidos y que tiene como objetivo llegar a comprender el sistema de determinaciones que produce a tales experiencias. En contradicción con las tesis epistemológicas que dominan en el mundo académico de nuestro tiempo y espacio cultural hemos sostenido que la realidad no es un libro que puede ser leído directamente para captar en él las verdades que encierra.

Para la epistemología continuista la realidad empírica se presenta como un libro. Pero debemos extremar nuestros cuidados en la crítica a tal concepción. Reléanse las últimas palabras del párrafo precedente: "la realidad no es un libro... etc.". En la metáfora del libro está jugando un presupuesto, un prejuicio. Si la realidad fuese un libro entonces, sí, bastaría con saber leer y ya tendríamos conocimientos. Hasta este punto quedaría establecido que a la realidad no hay que leerla. Pero parecería que a los libros sí hay que leerlos, que la lectura sí sería una actividad elemental que nos introduciría en la estructura de lo real.

El psicólogo o el censista pregunta a su entrevistado "—¿Sabe

leer? "—Sí" "—¿A qué edad aprendió?" "—A los seis años." El encuestador anota las respuestas e imagina estar conociendo a su sujeto. Es en este punto donde intercalamos una pregunta impertinente: ¿qué entendemos por leer? Cuando criticábamos el conocimiento sensorial decíamos que él nos permitía *reconocer* las apariencias y que ello implicaba *desconocer* la estructura de lo real. Ahora podemos plantear lo mismo con respecto a la lectura. Para los censistas "saber leer" es saber reconocer las palabras escritas, para los maestros es saber referir esas palabras a objetos o acontecimientos reales: eme — a = ma, eme — á = má, mamá y la figura sonriente de una mujer joven y rubia flotando por encima de las letras. El niño aprende a leer: "Cristóbal Colón descubrió América el 12 de octubre de 1492". El maestro toma examen. El niño responde según su lectura, el maestro reconoce el "saber" de su alumno y lo califica: 10 puntos. El Estado supervisa la labor del maestro y lo califica: 10 puntos. Ambos están en condición de ser promovidos. El alumno sabe leer el libro. El maestro sabe leer al alumno y el Estado al maestro. Ya éramos adultos cuando leímos estas frases sorprendentes escritas por un negro, Stokely Carmichael [1]: "Colón no descubrió América. Colón fue tal vez el primer hombre blanco que se sepa que haya puesto el pie en América. Eso es todo. Allí había hombres antes de que llegara Colón". La revelación era deslumbrante. ¿Cómo no habíamos pensado antes algo tan elemental? ¿No habíamos aprendido a leer bien? Los maestros y los profesores nos habían asegurado que sí. Los libros eran claros, transparentes. Enseñaban. Pero los maestros no nos habían enseñado a desconfiar de los textos, a preguntarnos por qué dicen lo que dicen, por qué callan lo que callan. Desde el "ma-má" del libro de primer grado en adelante los libros tienden (por lo común) a hacernos *reconocer* la realidad, es decir, a *desconocer* sus determinaciones. El estudiante llega a la universidad adiestrado en el movimiento de reconocer palabras, atribuirlas a una realidad que estaría reflejada como en un espejo por ellas, reproducirlas a pedido del profesor y obtener beneficios según la fidelidad de tal reproducción. Pero así como el conocimiento científico aparecía casi como un desafío a los datos de la experiencia vivida, así el aprendizaje debe comenzar por un cuestionamiento de los títulos de legitimidad de los textos en los que se estudia. Se puede leer toda la vida sin saber leer. Aprender a leer es un trabajo difícil que debe rea-

[1] D. Cooper (comp.) *La dialéctica de la liberación*, México, Siglo XXI, 1969, p. 160.

lizarse contra los hábitos de la lectura inculcados durante el período que se llama de "formación".

Es que hay dos maneras de leer. Una es la *lectura literal,* lectura a la letra, preocupada por reconocer las palabras y reproducirlas, lectura para aprobar exámenes, estimulada y premiada, lectura que da las respuestas pertinentes a las preguntas prefiguradas por el texto que se lee, única lectura que interesa a los maestros y a los censistas. Conviene disipar posibles equívocos: no es que el lector literal no sea capaz de oponerse a lo escrito. De hecho, con frecuencia lo hace: "con ésto estoy de acuerdo, con ésto no" o "eso no me gusta" o incluso "el autor X dice Y por qué es ...ista". Pero en todos los casos quien lee a la letra supone que el texto que cae bajo sus ojos es el portador de un sentido y de unas determinadas intenciones del autor que se hacen transparentes en el acto mismo de la lectura. Así, pareciera que estudiar un texto en profundidad es llegar a develar ese sentido y esas intenciones para luego aceptar e incorporar lo "bueno" y descartar o rechazar lo "malo".

Y hay una segunda manera: la *lectura sintomal,* que no busca en el texto un conjunto de respuestas sino que tiende a producir preguntas. Para la lectura sintomal lo que está escrito es un efecto, un producto de una serie de determinantes cuyo mecanismo debe esclarecer. El problema para una lectura sintomal es el de llegar a saber cuál es la problemática en la que el texto se inscribe y a la que él pretende responder. No se preocupa por la persona del autor ni por sus supuestas intenciones, ni por reemplazar lo escrito por algún "...ismo" que permita etiquetar y calificar o descalificar. El texto llega siempre para ocupar un lugar dentro del conjunto de textos que abordan una determinada problemática ideológica o científica. Las palabras remiten a nociones o a conceptos que guardan una relación entre sí que puede ser dilucidada. También remite a sectores eludidos ("reprimidos") por el discurso, a repeticiones innecesarias que pueden ocupar el lugar de un concepto ausente, a ambigüedades, a respuestas que se ofrecen frente a una pregunta que no se ha formulado o que se ha deformado, a preguntas que carecen de respuesta. Lo escrito aparece como el efecto de una estructura invisible que incluye al autor, al sistema de determinaciones conscientes e inconscientes que actuaron sobre él, a la problemática abierta en el plano ideológico o científico, al conjunto de circunstancias sociales, políticas, económicas e ideológicas que rodean al acto de escribir tanto como al de leer y al lector mismo. Esta lectura es inquietante, intranquilizadora, en un cierto sentido es una lectura "maldita". "Sin-

tomal" es la expresión acuñada por Althusser para aludir así al modo en que el psicoanalista lee el discurso de su paciente, como un *contenido manifiesto* a partir del cual puede y debe producirse el *contenido latente,* inaudible, así como el concepto del proceso de transformaciones que se ha efectuado sobre las ideas latentes hasta desembocar en ese texto deformado que es el contenido manifisto; "sintomal" porque busca los síntomas que se manifiestan en lo dicho y que aluden o permiten la filtración de lo no dicho, lo reprimido, lo latente.

Estas consideraciones sobre las dos modalidades de lectura son imprescindibles como introdución al estudio de la función de la psicología en una determinada formación social, es decir, de la actividad y la eficiencia de los psicólogos. Creemos que los capítulos precedentes son ilustraciones de "lectura sintomal" y que ella es indispensable para orientarse en medio del fárrago de escuelas y textos que hablan de psicología. Cuando comenzamos a exponer lo que entienden los psicólogos por psicología recurrimos a un epígrafe de A. Ellis: "La psicología es, dicho sea con franqueza, prácticamente cualquier cosa que ustedes quieran que sea" y luego pudimos ver que esa formulación convenía al conjunto de las diversas respuestas tautológicas o empiristas que la psicología académica ofrecía cuando se le preguntaba quién era. La ambigüedad en la proposición de un objeto para la psicología terminaba justificando a Ellis para afirmar en la página siguiente de dicho artículo: "Con más sentido práctico, podríamos afirmar que la psicología es aquello que practican y en lo que piensan, en general, los psicólogos" y después de semejante afirmación pasaba a una enumeración empírica de las tareas a las que se dedican los psicólogos. Nuestro objetivo en esta cuarta parte es el análisis de la práctica profesional de los psicólogos y de la teorización que corresponde a tal práctica. Para ello necesitamos "leer" su discurso. Lo que escriben los psicólogos se transforma así en nuestra materia prima y nuestro proyecto consiste en analizar ese discurso para descubrir en él la función de la psicología.

Una de las mayores dificultades para esta tarea parece residir en la selección de los textos que se someterán a análisis. La revisión de muchos libros, sin embargo, nos ha convencido de la unidad sustancial que existe tras los distintos vocabularios con que se expresan los autores académicos. En otras palabras, que tanto da elegir un autor como otro pues todos ellos remiten a una problemática que les es común. En nuestros cursos en la Universidad de Córdoba dedicamos especial atención a la *Introducción*

a la psicología de George A. Miller, Justificamos esta preferencia por diversas razones: la elegancia y amenidad de su prosa, la representatividad respecto del conjunto, la multiplicación de las ediciones de la obra tanto en inglés como en castellano, la admiración y el respeto que demuestran al libro y a su autor otros exponentes de la psicología académica y su uso oficial en la casa de estudios en la que se originó, la Universidad de Harvard en los Estados Unidos, una de las mecas que sueñan visitar muchos psicólogos de todo el mundo. Nos complacemos en remitir al lector al conjunto del libro y lo invitamos a repasar aquí con nosotros sus primeras y sus últimas páginas.

En su primer capítulo nos dice el autor:

> Hace varios años, un profesor que enseña psicología en una importante universidad se vio precisado a pedir a su ayudante de cátedra, hombre joven de gran inteligencia pero poco experimentado que se hiciera cargo por una breve temporada del curso introductorio de psicología. El ayudante quiso aprovechar la oportunidad y se propuso desarrollar una ambiciosa serie de lecciones. Pero cometió un error: decidió comenzar con una breve definición de la asignatura, y cuando, dos semanas más tarde, el catedrático se reincorporó a la clase encontró a su concienzudo ayudante pugnando aún por definir la psicología.
>
> Otro enfoque posible consiste en partir desde el principio del supuesto de que todo el mundo sabe, más o menos, de qué trata la psicología. "La psicología —dice William James, en la primera frase de su ya clásica obra— es la ciencia de la vida mental." Aun cuando ha dejado de significar lo que significaba cuando James escribió, en 1890, *The principles of psychology*, esta definición nos resulta bastante familiar y —lo que hay que agradecer— es breve. Para dar comienzo a nuestro estudio sobre la psicología podemos hacer uso de ella sin necesidad de dilatados preámbulos.
>
> *La psicología es la ciencia de la vida mental.* Las palabras clave son aquí *ciencia* y *mental.*
>
> Nuestro concepto de lo que debe ser una ciencia de la vida mental ha cambiado en grado considerable desde la época de James. En 1890 la vida mental parecía ser algo bien definido. Nadie dudaba de la existencia de algo llamado mente que sólo esperaba a que los científicos lo convirtieran en su objeto de estudio. Pero en la actualidad, tras setenta años de esforzarnos por estudiar la mente con métodos científicos, estamos menos seguros de tal hipótesis. Ha dejado de ser patente qué es lo que quiere decir un psicólogo cuando afirma que está estudiando la vida mental... (pp. 11-12).

A modo de breve comentario. Definir estrictamente qué es la psicología es una ambición de jóvenes inexpertos. El psicólogo.

académico, profesor veterano, no comete semejante "error". Después de todo, "todo el mundo" y "más o menos" sabe de qué se ocupa la psicología. Las virtudes de una definición del objeto de esta pretendida "ciencia" son la "familiaridad" y la "brevedad". Los vocablos claves de la definición son "ciencia" y "mental" pero las casi 500 páginas del libro de Miller no definen ni a una ni a otra. La lectura sintomal constata esta omisión y tiene que definir el mecanismo de producción de esta ausencia como un efecto. Sabemos sí que la palabra "mental" tiene un significado que puede cambiar con el tiempo. Cabe preguntarse cuál es el status "científico" de un objeto teórico cuyo significado va cambiando. Para aumentar la incertidumbre se aclara que después de "setenta años de esfuerzos" la seguridad que había inicialmente sobre la existencia de tal objeto tiende a desvanecerse y, finalmente ya no sabemos "qué quiere decir un psicólogo cuando afirma que está estudiando la vida mental". ¿Qué queda de la definición original? La noción de una "ciencia" cuyo objeto se va desvaneciendo a medida que se profundiza en su investigación. ¿Es lícito llamar "ciencia" a un cuerpo de nociones que no alcanzan a delimitar su propio objeto? Señalemos al pasar que se presupone la existencia de "métodos científicos" que permitirían estudiar un objeto ("la mente") independientemente de que tal objeto tenga o no existencia teórica pues, al cabo del recorrido, "ha dejado de ser patente qué se quiere decir con vida mental". Según lo trabajado por nosotros en la segunda parte del libro sabemos ya que los métodos científicos no son independientes del objeto al que se aplican sino que, por el contrario, es la delimitación conceptual del objeto la que permite producir la metodología pertinente para su estudio y, por consiguiene que no hay tal "método científico" sin "objeto". Devolvámosle la palabra a Miller:

> ...pero [en la época de James] a la psicología le seguía faltando aún bastante para ser una verdadera ciencia de la mente.
>
> Sin embargo, como todos sabemos, los métodos científicos han logrado desde entonces buenos éxitos. Desde que James escribió sus *Principles*, se ha producido un notable aumento tanto en la cantidad como en la calidad de la investigación científica de los problemas psicológicos. Hoy, cuando decimos que la psicología es una ciencia, apoyamos esta afirmación con varias realizaciones impresionantes. Realmente, el rápido desarrollo de esta joven ciencia ha trastocado de múltiples maneras el esquema de nuestra vida cotidiana.
>
> Los logros científicos suelen afectarnos, por lo menos, en dos niveles. Por una parte, el conocimiento científico proporciona un fundamento

para los adelantos tecnológicos, para la solución de los problemas prácticos que surgen en la vida cotidiana de la gente normal. En este aspecto la ciencia es algo que explotamos, al igual que explotaríamos un recurso natural. Mucha gente cree que es ésta la única función de la ciencia; encuentra confusa la distinción entre científicos e ingenieros, entre la ciencia y la tecnología. Pero la ciencia es, en su esencia, algo más que un arte útil. Entre sus fines figura, tanto como el de controlar, el de comprender. Así, pues, la ciencia nos afecta a un nivel más profundo, alterando la forma en que comprendemos el mundo en que vivimos. Los progresos científicos moldean nuestra visión de la realidad y nuestro conjunto de supuestos fundamentales —a menudo implícitos— acerca de la forma en que *realmente* marcha el mundo y acerca de lo que la gente *realmente* es. Aunque estos efectos de la ciencia sean menos tangibles que los efectos tecnológicos, es arriesgado suponer que sean menos importantes.

Como todas las ciencias, la psicología ha influido en nuestras vidas en ambos niveles. Nos ha proporcionado habilidades técnicas y ha cambiado nuestra concepción de la naturaleza humana (pp. 13-14).

Prosigamos nuestro análisis. En otros tiempos, los de James, había seguridad acerca de la existencia de la mente y de una ciencia de ella que era la psicología. Sin embargo, en esos mismos tiempos "le faltaba aún bastante para ser una verdadera ciencia de la mente". Ahora ya no estamos seguros de "lo que quiere decir un psicólogo cuando habla de vida mental" pero, en contraste, "hoy, cuando decimos que la psicología es una ciencia, apoyamos esta afirmación con varias realizaciones impresionantes". En otras palabras, no sabemos bien cuál es el objeto de la "ciencia" pero decimos que lo es apoyándonos en su *eficiencia,* en sus "impresionantes realizaciones" que "han trastocado nuestra vida cotidiana". Ese trastocamiento se ha producido de "dos maneras". Por un lado, como *técnica* ("los adelantos tecnológicos"). "En este aspecto la ciencia es algo que explotamos, al igual que explotaríamos un recurso natural". ¡Atención! En este discurso se utiliza la primera persona del plural. A "la psicología" (ciencia) "la explotamos". ¿Quiénes? La respuesta es obvia: "nosotros". ¿Quiénes somos? ¿Todos "nosotros"? La analogía con los recursos naturales es utilísima. ¿Quién explota las tierras, los mares, las minas, el conjunto de los recursos naturales? Y ya tenemos trabajada la respuesta desde el capítulo en que analizábamos las relaciones del psicoanálisis con el materialismo histórico. Allí habíamos visto que la explotación de los recursos naturales era realizada, en el marco del modo de producción capitalista por la clase poseedora de los medios de producción y que, en realidad,

lo explotado no eran los recursos naturales sino la clase trabajadora que laboraba en contacto directo con tales recursos extrayéndolos de la tierra y transformándolos en materia prima. La comparación con la explotación de los recursos naturales ha operado como un síntoma, en su aparente transparencia, que nos permitió pasar a la comprensión de que la ciencia es también un medio de producción, que es o que puede ser explotada por una clase social. Pero Miller no se queda en esta afirmación de que la psicología es una técnica sino que agrega "algo más". Además de servir para "controlar" (no olvidemos que se trata de la mente de las personas) sirve para "comprender". Y cuando podríamos esperar que Miller pase a explicar que es lo que ahora podemos "comprender" gracias a la psicología, el texto nos decepciona: nos muestra que la psicología ha "alterado la forma en que comprendemos el mundo en que vivimos" modificando "nuestra visión de la realidad y nuestro conjunto de supuestos fundamentales —a menudo implícitos— acerca del mundo y de la gente". En otras palabras "la psicología ha cambiado nuestra concepción de la naturaleza humana". Decíamos que esto representaba para nosotros una decepción por cuanto este "algo más" que se nos había prometido es en realidad lo mismo que las "habilidades técnicas" de las que se habían hablado primero. La psicología reclama su cientificidad en función del logro técnico de *haber cambiado* "nuestra concepción de la naturaleza humana" La cientificidad es equiparada a la posibilidad de operar transformaciones, a la eficiencia. Miller subraya en este párrafo que la psicología es útil también por su capacidad de producir *ideología,* es decir, de ofrecer sistemas de representaciones sobre el "mundo" y sobre la "gente". Estos efectos, que llamamos acá con su verdadero nombre: ideológicos, "son menos tangibles que los efectos tecnológicos aunque es arriesgado suponer que sean menos importantes". Podemos concluir, pues, que la cientificidad de la psicología no se defiende, al menos en Miller, con argumentos teóricos sino con argumentos prácticos: es una actividad útil (¿para qué y para quién?) que produce transformaciones técnicas e ideológicas. Y llegados a este punto podemos comenzar a "explotar" el epígrafe que hemos confiscado al propio Miller: la cuestión central de toda ciencia psicológica es la de cambiar la mente de una persona y en función de tal objetivo hay que saber cómo está constituida esa mente. En función de lo que ya le oímos decir a Miller sabemos también que es dudoso que exista algo a lo que quepa llamar mente. Pero eso no importa, lo que importa es que

hay que cambiarla. Permítasenos seguir exprimiendo el primer capítulo de esta *Introducción a la psicología:*

> ...a pesar de su juventud, los modestos conocimientos que la psicología penosamente ha adquirido han venido a satisfacer mil diversas necesidades humanas. En algunos campos la demanda ha superado hasta tal punto a la oferta que muchos psicólogos temen que su ciencia se haya vendido demasiado a un público en exceso ávido. No obstante, aun cuando tratemos de ser conservadores en nuestra apreciación, no cabe duda de que la nueva psicotecnología ha cambiado ya nuestro modo de vida (p. 15).

El vocabulario utilizado no es en absoluto metafórico: la psicología es una mercancía y, como tal, responde a las "leyes del mercado". Y la expresión es diáfana: la psicología se constituye como una respuesta frente a una "demanda" que tiende "a satisfacer mil diversas necesidades humanas". Claro que, después de la lectura, surgen las preguntas: *¿quién formula la demanda?,* ¿es el "público" al que se le "vende" la psicología?, ¿o ese "público" es el que es "cambiado" por la "nueva psicotecnología"?, ¿las necesidades de quién son las que se satisfacen?, ¿son necesidades inherentes a alguna esencia de lo "humano"? Recordemos nuestro epígrafe: "Si se quiere cambiar la mente de una persona..." y detengámonos en el "se". ¿Es "una persona" quien quiere "cambiar su mente" o es otro que se esconde tras la máscara impersonal del "se". "La demanda" que "ha superado hasta tal punto a la oferta" que los psicólogos están en condiciones de entregar al mercado es encubierta en la frase del epígrafe con el pronombre impersonal "se". El materialismo histórico al develar la estructura del proceso social de producción ha mostrado que la demanda de técnicas necesarias para mantener o reproducir las relaciones de producción proviene de las clases poseedoras de los medios de producción.

Es esta división de la sociedad en clases antagónicas la que se oculta tras el "se", tras el indiscriminado uso de la expresión "mil diversas necesidades humanas", tras la esclarecedora postulación de una "demanda". Y es el propio Miller quien lo evidencia:

> Piénsese en las escuelas públicas norteamericanas. Todo el mundo ha sentido en los Estados Unidos la influencia de la moderna psicología a través de sus efectos en nuestro sistema educativo (p. 15).
>
> La mención de los tests de inteligencia es un recordatorio de otro sector de la psicotecnología, el de los tests mentales, que constituye una industria de regular tamaño. Se ha estimado que en 1960 se sometió a

los escolares estadounidenses a 130 millones de pruebas psicológicas, o sea aproximadamente tres pruebas por escolar desde el primer grado hasta la universidad.

Los tests mentales forman parte, cómo el aeroplano, de la herencia de la primera guerra mundial... Después de la guerra, los analistas y creadores de tests empezaron a ramificarse. Comenzaron a probar las aptitudes, a clasificar los intereses, a evaluar los rendimientos. En la actualidad son capaces de clasificar la personalidad de un individuo, comprobar su estabilidad emotiva, su masculinidad, su imaginación, sus condiciones para dirigir a otros, sus posibilidades de felicidad conyugal, su adecuación al estereotipo establecido por una empresa para un empleo determinado o su capacidad para manejar un torno revólver. Cualquiera que sea la actividad que se proyecte desarrollar, parece existir una prueba psicológica a la que uno deberá someterse previamente... (pp. 16-17).

Una vez que el ejército comprendió lo útiles que podían ser los psicólogos para la clasificación de los hombres, comenzó a descubrir otros problemas de naturaleza semejante. El psicólogo se convirtió pronto en miembro habitual de los equipos de instructores militares... (p. 17).

Y un poco más adelante en torno al mismo tema:

Además de los problemas planteados por la relación hombre-máquina, a los servicios militares se les presenta una amplia gama de problemas psicológicos en el sector conocido por salud mental, en el que los psicólogos trabajan conjuntamente con los psiquiatras para mantener la moral y para curar a los individuos mentalmente dañados. Un servicio del ejército es en sí mismo una pequeña sociedad; cualquier aplicación de la psicología a la sociedad en general encuentra su paralelo en este mundo más limitado de los guerreros (p. 18).

Es irresistible la tentación de invertir la frase: la sociedad está organizada como un ejército: todo lo que pasa en la sociedad en nuestro modo de producción encuentra su paralelo en el mundo de los profesionales de la guerra.

Un sector grande y activo de la psicotecnología lleva el nombre de psicología industrial. Muchos de los intereses de la industria son semejantes a los del ejército: cómo seleccionar hombres que desempeñen con éxito diferentes tipos de empleo; cómo adiestrar a los obreros para que hagan mejor su trabajo. Los psicólogos industriales se han ocupado del problema de la fatiga. ¿Cómo deberán alternarse los intervalos de descanso y trabajo para conseguir la mayor producción con la mínima fatiga para el obrero? El descubrimiento de que a menudo el empresario sacaba menos provecho del trabajador que hacía una jornada de diez horas que el que trabajaba ocho contribuyó a cambiar la

actitud de la dirección de las empresas hacia muchas de las exigencias de la clase obrera [*esto es un verdadero lapsus*]. Los problemas de la fatiga condujeron rápidamente a problemas de la moral de trabajo; los psicólogos industriales se ocuparon, en consecuencia, mucho de este importante factor. La moral de trabajo condujo, a su vez, a problemas de adaptación emotiva; y los psicólogos clínicos y los psiquiatras encontraron su sitio en la escena industrial... Hay gente que piensa que si el empresario norteamericano, tradicionalmente terco, está lo bastante convencido de la utilidad de la psicología como para gastarse en ella sus dólares, esto quiere decir que, al fin y al cabo, algo tiene que tener esta ciencia (pp. 18-19).

Ahorramos todo comentario y seguimos leyendo

Una posible razón por la que algunos empresarios están dispuestos a tolerar la presencia de un psicólogo es que pueden conseguir buenos beneficios siguiendo sus consejos acerca de la publicidad y de la política de ventas del producto de la empresa. El psicólogo se ha interesado vivamente por las técnicas de la persuasión y sus descubrimientos han teñido la publicidad, la propaganda, la política y las diversiones, tal y como son difundidas a través de los medios de difusión de masas. Sometiendo a test el inconsciente del consumidor, el psicólogo puede extraer alguna información útil para la agencia de publicidad... (p. 19).

El mundo de los negocios no es el único lugar donde se presta cuidadosa atención a los estudios de la opinión pública. Los organismos estatales han utilizado también durante años las encuestas para orientar la política pública estadounidense; los políticos muestran una especial susceptibilidad a las fluctuaciones de su popularidad entre los votantes (p. 19).

Este recuento podría prolongarse todavía a lo largo de varias páginas. La teoría psicológica influye en la forma en que disciplinamos a nuestros hijos, dirigimos nuestro negocio y llevamos nuestro matrimonio... Tanto si nos gusta como si no, la aplicación práctica de la psicología a nuestros asuntos cotidianos se encuentra ya en una etapa avanzada.

Hay que admitir, no obstante, que no todas las aplicaciones de la psicología están fundamentadas en pruebas científicas. Los psicólogos que aplican esta disciplina a los procesos dinámicos de una sociedad en evolución sacan con frecuencia conclusiones precipitadas que hacen temblar y palidecer a sus colegas de laboratorio. Pero cuando se necesita adoptar decisiones aquí y ahora, hay que tomarlas a la luz de las pruebas que se tienen a mano, sin que importe lo fragmentarias y poco concluyentes que puedan ser... El psicólogo ha de actuar sobre la base de suposiciones y presentimientos y tiene que pensar intuitivamente, buscando siempre algo que sirva, algo que se adapte a las necesidades presentes. Gracias a una sutil mezcla de inteligencia, de ciencia y de talento de vendedor, los especialistas que trabajan en el campo de la

psicología aplicada nos han proporcionado soluciones mejores que las existentes para cientos de problemas prácticos (pp. 19-21).

La cita es muy extensa pero es, a la vez, sintética. En ella la psicología académica nos ha relatado, a través de uno de sus portavoces autorizados, qué hace y qué piensa de lo que hace. Las consideraciones que ya hemos realizado, la transparencia del discurso y las elaboraciones que seguirán nos permiten limitarnos a tomar nota de lo expuesto acerca de *la psicología como técnica* y dejar que Miller nos guíe en el terreno que ya habíamos jalonado de *la psicología como ideología.*

Pero si éstas son algunas de las principales consecuencias prácticas de la psicología científica, ¿cuáles son algunas de las consecuencias no prácticas? ¿Qué sutiles influencias ha ejercido la psicología sobre nuestras actitudes contemporáneas respecto a la vida y el universo? Aunque no es fácil convertirlas en inversiones que rindan un 8%, esos sutiles efectos poseen en cierto sentido una importancia más profunda que cualesquiera progresos meramente tecnológicos.

Lo más palpable, como se ve, son los dividendos que produce el capital ("un 8%"). Pero nosotros sabemos desde que estudiamos el proceso de sujetación que para mantener las relaciones que permiten que el capital produzca dividendos es necesario que se efectúe simultáneamente una reproducción de las relaciones de producción creadora en los sujetos de una ideología (sistema individual de representaciones y comportamientos) que sea congruente con el sistema de hegemonía y dominación y con el lugar asignado en el seno de la estructura. Que burgueses y proletarios puedan sentir como natural el tipo de participación que tienen en la producción y en la distribución de las mercancías y que se adecúen, que se "adapten" para decirlo en lenguaje conductista, al lugar fijado. Estos "sutiles efectos" tienen "en cierto sentido" mayor importancia que los otros, los adelantos "meramente" técnicos. Es indudable, de esta reproducción de las relaciones de producción depende ni más ni menos que la posibilidad misma de seguir extrayendo dividendos del capital invertido. Y Miller encara la cuestión con su habitual franqueza:

La psicología científica educa a la psicología pública; informa y enriquece la imagen del hombre que todos compartimos y que guía parte tan considerable de nuestra conducta diaria; modifica la imagen pública que se da por consabida en nuestra literatura, en nuestra escuelas, en nuestros teatros, en el arte y en la música, en la religión y

el gobierno. Se ha dicho que si la naturaleza humana llega a cambiar alguna vez será porque aprendamos a vernos a nosotros mismos de una manera nueva. Nuestro sentimiento del bien y del mal, nuestro sentido de lo que es cómico y lo que es trágico y nuestro juicio de lo que es perecedero y de lo que sobrevivirá son formados y reformados por la psicología que calladamente asumimos.

Considérese, por ejemplo, la sombra que nuestra psicología implícita arroja sobre nuestra concepción del poder; esto es, de cómo se controla la conducta humana y se gobierna al hombre. En cada época, las normas según las cuales se escriben y se hacen cumplir las leyes, se fijan los objetivos, se cumplen o se quebrantan las promesas, se juzgan las acciones y se otorgan recompensas, se derivan de un consenso lato sobre la vida humana, sobre la distancia que separa a lo que es humanamente deseable de lo que es humanamente posible. Cámbiese la idea que un hombre tiene de sí mismo y se habrá provocado una sacudida que se transmitirá a los cimientos de la sociedad en la que vive. Quienes ocupan las posiciones de poder tienen una especial susceptibilidad ante los temblores que se producen en la estructura que les sostiene. No permitirán sin protestar que se desplace al hombre del centro del universo o que se sostenga que el hombre evoluciona a partir del mono. Y su protesta puede ser apasionada y despiadada.

La medida en que el sistema político de un país puede afectar a la clase de psicología que en él se practica es elocuente testimonio de la inversión que nuestros gobernantes realizan en nuestra imagen pública de la naturaleza humana... (pp. 21-22).

No nos sentimos en condiciones de igualar la elocuencia de Miller. Nuestra ambición se restringe a un mero pasar en limpio y subrayar aspectos de su discurso. Hay "una imagen del hombre que todos compartimos y que guía nuestra conducta diaria". Esa imagen no es el resultado de una elaboración y decisión consciente: es algo que "calladamente asumimos", es "una psicología implícita" que "deriva de un consenso lato sobre la vida humana". Ya sabemos de qué se trata: la representación que tenemos de nuestras relaciones con el mundo social en el que estamos inmersos se procesa a través de mecanismos de sujetación que preceden al momento mismo del nacimiento y que se prolongan más allá de la muerte. Ese proceso implica la reproducción y el mantenimiento de las relaciones de producción en cada sujeto singular y constituye un aspecto fundamental de la existencia y la subsistencia de un modo de producción: lo primero que hay que producir son los sujetos ideológicos aptos para funcionar en ese modo de producción. Es por todo ello que "nuestros gobernantes" realizan ingentes "inversiones" para conservar "nuestra imagen pública

de la naturaleza humana". Pero hay una amenaza que se cierne sobre "el sistema político de un país", sobre "quienes ocupan posiciones de poder": el de "que cambie la idea que un hombre tiene de sí mismo". Pues entonces "se provocará una sacudida que se transmitirá a los cimientos de la sociedad en la que vive", "un temblor en la estructura que sostiene a quienes ocupan las posiciones de poder". Nuevamente, algo ya sabido: la base o infraestructura de la sociedad es la instancia económica; en ella, los propietarios de los medios de producción compran el trabajo de los desposeídos de tales medios de producción y pagan por ese trabajo una cantidad que equivale a la fuerza de trabajo consumida en el proceso. Para mantener esa estructura de explotación existe una instancia jurídico-política y la reproducción de tal tipo de relaciones entre explotadores y explotados se asegura en la instancia ideológica del modo de producción. La ruptura de las clases explotadas con la ideología de las clases explotadoras constituye "una sacudida", "un temblor" que espanta a los poderosos por cuanto amenaza a "los cimientos de la sociedad", es decir, a la propiedad privada de los medios de producción. De allí nace una interdicción a la ciencia psicológica, interdicción que no tiene nada que envidiar a la que recayó sobre Copérnico y sobre Darwin. En ese momento los científicos que esclarezcan el proceso de sujetación pueden esperar "una protesta apasionada y despiadada". La lectura del texto nos ha permitido pasar, independientemente de las intenciones del autor, a comprender que la psicología académica tiene asignadas tareas técnicas e ideológicas que es necesario hacer pasar como científicas a la vez que está forzada a renunciar a desarrollos auténticamente científicos en la medida en que no puede enfrentar la "apasionada y despiadada protesta de quienes ocupan posiciones de poder". Terminamos marcando por última vez el uso encubridor del impersonal "se": "cómo *se* controla la conducta humana y *se* gobierna al hombre... las normas según las cuáles *se* escriben y *se* hacen cumplir las leyes, *se* fijan los objetivos... etc." El recurso al "se" parece ser casi tan viejo como la burguesía que se esconde en sus recovecos. En el primer libro de lectura sintomal de que tenemos noticia, *La ideología alemana,* escrito por Marx y Engels en 1846, ya aparece comentado sarcásticamente.[2]

El recorrido del primer capítulo de esta *Introducción a la psicología* nos ha dejado un saldo favorable: sabemos ahora de qué

[2] En el ajuste de cuentas con Stirner (Montevideo, Ed. Pueblos Unidos 1968, p. 133).

se ocupa la psicología en una formación social particular: los Estados Unidos de fines de la década del 60, paradigma de organización social dentro del modo de producción capitalista. Por otra parte, nos ha permitido demarcar claramente el carácter constituyente que para la psicología tiene la existencia de una "demanda" más o menos explícita. La lectura de las últimas páginas del mismo texto nos permitirá obtener los elementos que aún faltan para terminar de caracterizar las funciones de la psicología y poder pasar después al análisis específico de las "ramas" de esta actividad.

Miller está hablando de los aportes de la psicología al tema de la "Comunicación y persuasión". Conviene escucharlo:

> Este alto valor que otorga la gente a la congruencia en sus opiniones nos proporciona un excelente medio para convencerla de que cambie de opinión (p. 460).

Es decir, la gente tiene necesidad de no entrar en contradicción consigo misma. Este hecho "nos proporciona"... ¡Un momento! ¿A quiénes "nos" proporciona? ¿Qué interés tenemos "nosotros" en modificar "la opinión de la gente"? ¿Quiénes somos "nosotros"? ¿Los psicólogos? ¿Y quién nos ha elegido a nosotros para que cambiemos la opinión de la gente? ¿Quién fija en qué sentido y para qué tenemos que cambiar la opinión de nuestro prójimo? Comenzamos a tener la certeza de un hecho que veníamos vislumbrando desde hacía tiempo pero del que no se habla sin escándalo: el psicólogo *trabaja por cuenta de alguien* y ese alguien no muestra la cara. Todo pasa como si *al psicólogo* le interesase influir sobre la gente. Nuevamente aparece el espectro innombrable de la "demanda" formulada a la psicología. Y pasemos directamente al fin del capítulo:

> Si se quiere convencer a alguien contraponiendo una de sus opiniones con otra, deberá conocerse bastante bien a la víctima. El argumento que hace caer a Pérez en la trampa de sentirse inconsecuente puede que no funcione con García... Si queremos técnicas que sean más eficaces que las apelaciones generales a través de los medios de comunicación de masas, deberemos aprender a analizar con bastante detalle las estructuras cognoscitivas de los hombres y mujeres en quienes queremos influir.
>
> La psicología social vuelve a una vieja cuestión. Si se quiere cambiar la mente de una persona, deberá empezarse por saber cómo está constituida dicha mente. Y ésta es, al fin y al cabo, la cuestión central de toda ciencia psicológica (p. 461).

Nítido, sin desperdicio ni eufemismos. Existe "la víctima" y "hay que hacerla caer en la trampa". No hay que recurrir a gro-

seras "apelaciones generales" porque no son las "más eficaces". Lo importante es hacer que las víctimas caigan en la trampa de "sentirse" (no importa que lo sean o no) "inconsecuentes". Pidamos al tipógrafo que ponga dos frases de estos párrafos en renglones sucesivos:

deberá conocerse bastante bien a la víctima
deberá empezarse por saber cómo está constituida dicha mente

Y ahora es fácil resumir a ambas en una sola pregunta:

¿Cómo es la mente de nuestras víctimas? "Y ésta es, al fin y al cabo, la cuestión central de toda ciencia psicológica". Con lo que termina el penúltimo capítulo del libro de Miller. Nada puede sorprendernos entonces cuando damos vuelta la página y vemos que el capítulo que hace las veces de epílogo comienza con un *ritornello:*

La psicología —dice William James— es la ciencia de la vida mental (p. 462).

Esta definición podía resultarnos oscura cuando, pocas páginas atrás, disecábamos el primer capítulo y veíamos que sus ventajas eran la familiaridad y la brevedad pero no se especificaba ni lo que quería decir *ciencia* ni lo que significaba *mental.* Ahora que sabemos cuál es la "cuestión central" podemos penetrar en las verdaderas razones de la adopción de una definición que es una indefinición. La demanda que constituye a la psicología queda oculta tras la máscara de un "*se*": "Si se quiere cambiar la mente de una persona..." Y es menester no formular las preguntas acerca de *quién quiere* y *para qué* quiere cambiar "la mente" (ya sabemos, la ideología de sujeto) de las personas. Miller mismo lo había contestado: para evitar las sacudidas en los cimientos de la sociedad, para evitar los temblores en la estructura que sostiene a quienes detentan el poder, para perpetuar la propiedad privada de los medios de producción. Por eso es que el epígrafe de Miller con el que venimos trabajando debe ser complementado con el conocido aforismo de *El gatopardo:*

Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie.

El psicólogo, en tanto que funcionario de la psicología académica, necesita presentarse a sí mismo como científico y además tiende a promoverse como "agente de cambio". Tiene la función

de "cambiar la mente" de una persona... para contribuir mejor a que todo siga igual. Pero no queremos apresurarnos a abandonar a Miller. Él todavía tiene para transmitirnos una lúcida versión de la psicología académica acerca de su propia historia:

> Hasta hace un siglo, la psicología era una rama de la filosofía. Los grandes pensadores [ejemplifiquemos nosotros porque ya los hemos escuchado: Descartes, Berkeley, Kant, etc.] sabían de algún modo, intuitivamente, lo que era verdad y se pasaban los días inventando inteligentes razonamientos para demostrarlo. Luego, a partir de Fechner, Wundt y algunos otros de sus contemporáneos, los psicólogos comenzaron a apoyar sus ideas en observaciones y experimentos: en este punto arrancó la derivación hacia los modos científicos de pensar. Pero seguía siendo una psicología de tipo filosófico, preocupada principalmente por el origen y la naturaleza del conocimiento consciente del hombre (p. 462).

Adelantemos algo a modo de comentario. A la psicología clásica y a la psicología experimental de Fechner, Wundt, etc., le preocupan fundamentalmente los aspectos del conocimiento. El hombre es un ser pensante y es necesario llegar a explicar cómo se produce el pensamiento. El modo de teorización dominante es el asociacionismo a partir de sensaciones elementales que desembocan en las ideas y los juicios. Reina el empirismo. Podemos hacer notar que no se trata de comprender cualquier contenido de conciencia, cualquier intelecto. Ya Platón había señalado que las funciones superiores del espíritu correspondían a los hombres superiores organizados de modo piramidal, con los filósofos en la cúspide. Los que estaban abajo, los de la masa, los esclavos, eran "seres simples" cuyas "almas", si se aceptaba que la tuviesen, estaban degradadas por las tareas de la servidumbre al cuerpo. Los filósofos, los pensadores, los que no debían trabajar con el cuerpo, eran los que podían separarse de la vil materia y penetrar en la región de las esencias, de las formas, de la res cogitans, del intelecto. Hasta promediar el siglo XIX la psicología no existía sino como intuición de los pensadores acerca de su propio pensamiento. Esa era la única "demanda" que la estructura social formulaba a una psicología que no podía ser menos que incipiente. Pero la historia no quedó ahí:

> Al mismo tiempo tenía lugar, sin embargo, una inmensa transformación en las ciencias biológicas. Así, pues, el primer signo de conflicto con el análisis introspectivo de la vida mental, la preocupación filosófica por el Hombre como Conocedor quedó barrida de la escena y fue

remplazada por una visión nueva del Hombre como Animal. El nuevo centro de enfoque no era el conocimiento, sino la adaptación; no el pensamiento sino el comportamiento. La vida mental que la psicología comenzaba ahora a estudiar no era nada que pudiera experimentarse en sí misma, sino algo que se deducía de la acción (pp. 462-463).

Molestemos nuevamente al tipógrafo para esquematizar el cambio:

Hombre como conocedor	..... Hombre como animal
Conciencia	..... Comportamiento (conducta)
Pensamiento	..... Adaptación
Método introspectivo	..... Observación de la acción

Y podemos señalar cuatro tipos de razones para estos desplazamientos del interés.

Razones científicas: Son las únicas que menciona Miller. La segunda mitar del siglo XIX fue el escenario temporal donde se inició un vigoroso desarrollo de las ciencias biológicas. Señalemos algunos de sus hitos memorables: el descubrimiento de las leyes de la herencia, la enunciación darwiniana de la doctrina evolucionista, la aplicación del método experimental (preconizado por el positivismo) a la fisiología (Claude Bernard) y, finalmente, la aplicación de los métodos de Bernard al estudio de la actividad nerviosa superior por parte de I. P. Pavlov. Estos desarrollos de la biología prepararon el terreno para concepciones biologistas de la psicología, para psicologías "objetivas" que se contraponían a las tradicionales psicologías "subjetivas".

Razones ideológicas (en el sentido político del vocablo "ideología"): Las desarrollaremos de modo esquemático. A partir de 1789 la ideología dominante era el igualitarismo ("libertad, igualdad, fraternidad"). Jeremy Bentham enuncia poco después, en Inglaterra, su concepción utilitaria: cada hombre debe buscar para sí el máximo de felicidad que sea capaz de alcanzar. Esta "filosofía" está en la base de una práctica social que presume la existencia de una "libertad" y una "igualdad" naturales que permitirían luego el establecimiento de relaciones contractuales igualmente "libres" entre los seres humanos con el objeto de que cada uno alcance el máximo de felicidad que pueda. Es la ideología que corresponde al capitalismo incipiente y a la pequeña empresa. Al transplantarse a los Estados Unidos y al comenzar el siglo XX este utilitarismo desemboca en el pragmatismo de Pierce y

James al que ya nos referimos en el capítulo sobre "Modos de explicación". En esta nueva doctrina oficial de la burguesía resuenan los ecos del darwinismo: los hombres no son iguales sino que algunos son más aptos que otros para la lucha por la vida y son precisamente los más aptos los que sobrevivirán. Los menos aptos deben aceptar la ley que aquellos les impongan. Así, William G. Summer podía decir sin sonrojarse que "los millonarios son un producto de la selección natural". El hombre ya no es "igual" al hombre sino que el hombre (menos apto) es instrumento del hombre (más apto). Al utilitarismo que se ufanaba de buscar la máxima felicidad siguen el pragmatismo y el instrumentalismo que confiesan que se trata de la búsqueda del máximo beneficio. Y la psicología se insertará en este cambio al trasladar el acento a la "adaptación", al "Hombre como animal", como herramienta que maneja herramientas. Es ya la ideología de la gran industria, de la concentración monopólica del capital.

Razones técnicas: Hasta el siglo XIX la extracción de los productos de la tierra y su transformación sólo requerían de la fuerza muscular o de la habilidad artesanal para manejar instrumentos simples. El invento de máquinas de complejidad creciente tropieza con inconvenientes porque no todas las personas tienen las mismas posibilidades de hacer funcionar y de obtener el mayor beneficio de los costosos instrumentos que se van incorporando a la producción. Es el momento en que aparecen nuevas necesidades: seleccionar cuidadosamente a las personas más aptas, enseñarles a manejar las máquinas, determinar la incidencia de la fatiga sobre la productividad y la eficiencia del operario, motivarlo para trabajar al máximo, organizar "racionalmente" la cinta de montaje, etc. Un verdadero desafío para lo que Miller llamaría la "ciencia psicológica".

Razones económicas: íntimamente entrelazadas con las técnicas. A la competencia desaforada entre pequeñas empresas sucede su centralización en monopolios poderosos que ahogan a sus competidores menores que no pueden mantenerse al día en el proceso de mecanización de las fábricas. La gran industria es grande no sólo por las máquinas que en ella funcionan sino por la cantidad de mano de obra que requieren. La relación entre el patrón y el obrero ya no es personal sino que es mediatizada por una capa de personal superior ("ejecutivos" se los llamará décadas después) que cumple funciones técnicas y de supervisión. El establecimiento de jerarquías y la distribución de las funciones dentro de la empresa constituía un problema que podía "estimular la imaginación de los psicólogos". Por otra parte, hay que estimular el con-

sumo para evitar el abarrotamiento de los depósitos con las mercancías que la moderna maquinaria permite producir masivamente. Es necesario crear nuevas necesidades en el público: nace la psicología de la publicidad.

Estos cuatro tipos de razones aparecen sobredeterminando el tránsito de la psicología desde la conciencia a la conducta, desde el Hombre-Conocedor al Hombre-Animal. Hay una nueva "demanda" social. Como respuesta a ella surgen técnicas psicológicas y esas técnicas encuentran de inmediato una racionalización ideológica bajo la forma de discurso teórico: el conductismo, al que ya nos referimos en uno de los últimos capítulos. Han pasado 25 siglos de psicología filosófica cuando llega Watson y lanza su grito de guerra: "¡Qué le corten la cabeza!" ¿La cabeza de quién? La del hombre, claro está. La industria de comienzos de siglo necesita un hombre que sea pura fuerza y habilidad. La cabeza es, en el mejor de los casos, un aditamento prescindible.

Este es el proceso que tiene lugar fundamentalmente entre 1910 y 1920. Recordemos al pasar una de las acotaciones del primer capítulo del libro de Miller que reprodujimos no hace mucho: "Los tests mentales, como el aeroplano, forman parte de la herencia que nos dejó la primera guerra mundial...". La psicología satisface la demanda social: seleccionar, adaptar, motivar, medir los tiempos de reacción frente a los estímulos, medir la resistencia a la fatiga. Los Estados Unidos se convierten en una inmensa industria (o ejército, ya vimos la analogía) cuyo modelo es la Ford Motor Company o la General Motors. Los obreros trabajan ocupando su lugar en la cinta de montaje. Los más aptos cumplen. Los menos aptos sucumben (*Tiempos modernos*) y se los debe remplazar con premura, sin retardar el ritmo de la producción. La psicología trabaja para la línea de montaje pero fuera de ella, aportando los hombres-instrumentos necesarios. No tardaron en aparecer obstáculos y Miller se ofrece a explicarnos de qué naturaleza eran:

> Pero finalmente comenzaron a presentarse también problemas inherentes a la concepción puramente conductista de la psicología. La visión del hombre experimentó en consecuencia una nueva revisión y ampliación, que en este caso ponía su acento sobre el Hombre en cuanto Animal Social, tan zarandeado por los caprichos de sus congéneres como por las exigentes demandas de su fisiología. Los nuevos hechos aportados por las ciencias sociales —la antropología y la sociología— permitieron a los psicólogos reconocer la medida en la que la vida mental se halla condicionada por las tradiciones culturales, por la participación

personal en el proceso social. Pudo verse entonces que la adaptación por la que pugnaba el hombre era en gran medida una adaptación social. Los conocimientos por él acumulados resultaban en gran medida conocimientos simbólicos, codificados en el lenguaje que su cultura le proporcionara y este interés por los símbolos cargados de significación social conducía, una vez más, a un renovado interés por el Hombre como Conocedor, pero esta vez dentro del contexto muy ampliado de los nuevos métodos y las nuevas teorías (pp. 462-3).

Tornemos a colocar la lupa sobre el texto de nuestro compañero de exposición. Él no explica *por qué* comenzaron a presentarse problemas para la concepción "puramente" (el adverbio da qué pensar, pero sigamos) conductista. Hay acá un silencio que sólo puede ser leído desde la historia. Es que aquí apareció un quinto grupo de razones.

Razones políticas: Miller, dándolo por sabido, se está refiriendo al período que va desde 1920 hasta 1940. Los periódicos de la época nos contarán que después de la gran guerra que concluyó en 1918 apareció en los Estados Unidos un muy poderoso movimiento sindical combativo que enfrentó y cuestionó la explotación inhumana a que estaban siendo sometidos los "Hombre como Animal". Las huelgas y las manifestaciones proletarias sacudían al país. Millones de trabajadores adherían al Partido Laborista y al Partido Comunista. Tenemos que considerar también que la primera guerra mundial trajo otra herencia además del aeroplano y de los tests mentales: la revolución socialista de octubre de 1917 en Rusia demostró la realidad de las anticipaciones de Marx sobre las posibilidades de que la clase trabajadora tomase el poder. El espectro de la revolución proletaria obligaba a tener nuevamente en cuenta a la "conciencia" que venía siendo vilipendiada. No pocas veces se seleccionaba a un trabajador que alcanzaba altos puntajes en los tests de inteligencia y habilidad y se le adjudicaba un empleo pensando que su presencia en la fábrica elevaría la producción. Y, ya operario, este hombre denunciaba la explotación a la que estaban sometidos sus compañeros y los incitaba a luchar en defensa de sus derechos. Su inteligencia y habilidad estaban fuera de duda, pero las mejores aptitudes no implicaban de por sí una mejor adaptación. Se podía ser, a la vez, capaz e "indaptado". Y un "inadaptado" de esta clase era un elemento peligroso aunque fuese un buen trabajador. Estas razones políticas, sumadas a nuevas razones técnicas (aumento de la mecanización y albores de la automatización), económicas (crisis de superproducción de 1929-30) e ideológicas (liga-

zón del movimiento obrero organizado con la teoría científica de la historia y elevación del nivel de conciencia de clase de los explotados), determinaban un cambio en las necesidades de la estructura que repercutía sobre la psicología bajo la forma de una nueva demanda social. Hacían falta nuevos instrumentos técnicos y nuevos argumentos; los psicólogos académicos se dieron a la tarea de elaborarlos.

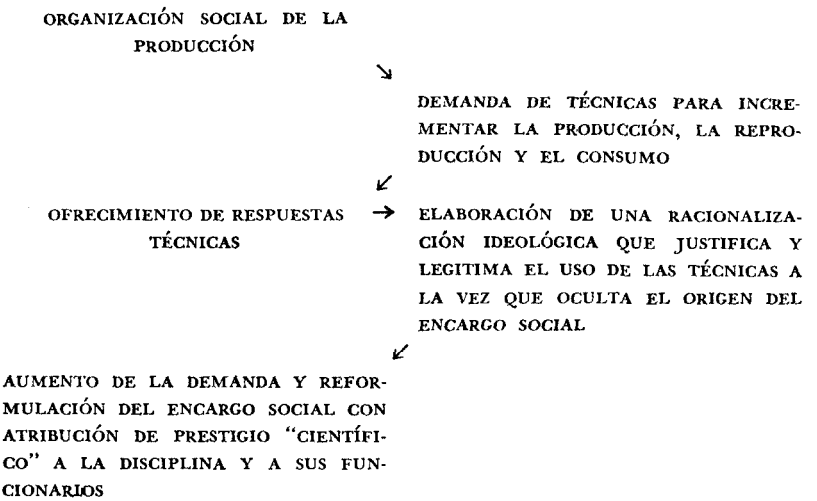
El hombre estaba "tan zarandeado por los caprichos de sus *congéneres*" (no olvidar que estamos hablando del Hombre como Animal, el vocabulario es preciso) "como por las exigentes demandas de su fisiología" ¿Quién zarandea al hombre? El texto señala la verdad en el mismo momento en que parece escamotearla. Estos congéneres que zarandean a los demás son las clases propietarias de los medios de producción. El problema para ellas es cómo incluir y regimentar a los cuerpos ("su fisiología") al servicio de las necesidades de un sistema que tiene sus *leyes objetivas* (que, en la medida en que se las desconoce, parecen *"caprichos"*) Es entonces cuando se reconoce que esa inclusión de los cuerpos dentro del proceso de explotación ("proceso social") está condicionada por la estructura del modo de producción capitalista ("tradiciones culturales" y "conocimientos simbólicos" codificados en un sistema de valores vehiculizado por "el lenguaje" y "cargado de significación cultural"). Reincidimos en lo que ya sabemos sobre el proceso de sujetación: el organismo individual actúa como "sujeto-soporte" que va a ocupar un lugar que le está asignado en el proceso social constituyéndose así en "sujeto ideológico" a partir del cual podrá elaborar una "ideología de sujeto", un sistema de representaciones y comportamientos que reconocerá como propio y al que designará como "yo". Esta ideología de sujeto es, lógicamente, congruente con el lugar asignado; si no lo fuese, el sujeto sería un inadaptado y habría que encontrar el correctivo que lo devuelva a la normalidad. Al imperativo watsoniano de cortarle la cabeza sigue, en esta nueva etapa, una contraorden: hay que restaurar la cabeza de ese hombre, pero acondicionada para que esta cabeza sirva también a la adaptación y para evitar que vaya a ubicarse en algún sitio que pudiera ser peligroso para la estructura: "Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie". Con astucia admirable, el sistema, a través de Miller, inocula esta intención en la propia víctima: "La adaptación por la que pugnaba *el hombre* era en gran medida una adaptación social". Resulta que es "el hombre", así, en abstracto, el que pugnaba por esta adaptación social. La ideología que se proclama ahora de modo dominante

no es tanto la instrumentalista que enfatizaba la palabra "adaptación" como la *"humanista"* que hace constantes invocaciones al "hombre" y le asigna a éste las intenciones de sus manipuladores. En este terreno son comunes las referencias a Marx a Freud que pretenden dar autoridad a especulaciones de baja estofa. Por todo esto, Miller remata el párrafo señalando que este retorno de la conciencia no era una vuelta al pasado. La cabeza volvía "esta vez dentro del contexto muy ampliado de los nuevos métodos y teorías".

Pero nosotros ya hemos obtenido la ley, el concepto de la regularidad que liga a cada situación histórica con una nueva psicología: las condiciones en que se desarrolla el proceso de producción en la instancia económica (determinante en última instancia), exigen respuestas técnicas, procedimientos reglados que "sirvan" para aumentar la extracción de plusvalía (incrementos en la producción, la reproducción y el consumo). Concretamente, la psicología elabora tests, técnicas de readaptación, etc. Hay un "encargo social" y éste encargo debe satisfacerse. La creación de las nuevas técnicas origina de inmediato un discurso de apariencia especulativa que justifica y legitima el uso de tales instrumentos: el "Hombre-Conocedor", el "Hombre-Animal" y el "Hombre-Animal Social" de Miller engendran las respuestas ideológicas que transformarán una situación existente de hecho en una situación de derecho: "conciencia", "conducta" y "personalidad", respectivamente, se transforman en los objetos privilegiados de la psicología que corresponde a cada demanda de las clases privilegiadas y a cada satisfacción técnica de tal demanda. Como bien dice Th. Herbert:[3] "La ideología aparece primeramente como un *subproducto de la práctica técnica"* (p. 49). Ahora bien, esta elaboración ideológica se hace inseparable del arsenal técnico que la constituyó y el éxito de esta dupla técnico-ideológica en la tarea de satisfacer la demanda ocultando el encargo se convierte en un timbre de prestigio que consolida la situación del conjunto y confiere a sus funcionarios el status de "científicos". Ellos no podrán definir el objeto de su disciplina pero podrán mostrar "varias realizaciones impresionantes". La demostración de la utilidad técnica e ideológica provoca un aumento de la demanda y

[3] Th. Herbert: "Reflexiones sobre la situación teórica de las ciencias sociales, especialmente de la psicología social" en Miller, J-A., y Herbert, Th., *Ciencias sociales: ideología y conocimiento,* Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, pp. 41-75. Estimamos que este artículo constituye una elaboración fundamental en torno a un tema relacionado con el que estamos desarrollando y nos complacemos en reconocer nuestra deuda con su autor.

una modificación de la misma, acorde con las transformaciones acarreadas por esa misma (seudo)ciencia. Para graficar los pasos reseñados:



En los períodos de la historia de la psicología académica que Miller nos viene ayudando a elaborar este proceso aparece con transparencia. Las recetas técnicas que se iban proponiendo no podían presentarse a sí mismas como lo que verdaderamente eran. La "demanda" era explícita y evidente (técnicas al servicio del cambio), el "encargo" era tácito y oculto (para que todo —la estructura clasista— siga como está). La psicotecnología debía recubrirse de una capa almibarada que disimulase su verdadero contenido. Los autores americanos comienzan a hablar de una *human engeneering,* una ingeniería humana, en la que los hombres son tratados como cualquier otro de los materiales de construcción. Se supone que la tarea suprema es ubicar a *the right man in the right place,* el hombre adecuado en el lugar adecuado y que la vocación de este hombre no puede ser otra que esa: ser ubicado en el lugar que otros le han asignado después de evaluar sus aptitudes. Miller no habla sólo de los nuevos métodos; incluye también a las "nuevas teorías" que racionalizan la aplicación de estos procedimientos. Para ello no se vacila en invocar a un Marx joven que se presenta después de haber amputado de él al "Marx viejo", es decir, al fundador de la ciencia de la historia. Se potabiliza el discurso descarnado de Watson y se reintroduce

subrepticialmente en él a la venerable psicología de la conciencia (neoconductismo de Tolman y otros). Se aprovechan los desarrollos de la psicología de la Gestalt y se los amasa con el engrudo neoconductista. Se degrada la obra de Freud privándola de todos sus conceptos esenciales para terminar presentando con el rótoulo del psicoanálisis a los discursos revisionistas de Erich Fromm, Karen Horney, Harry S. Sullivan y otros. Se favorece y se divulga toda clase de hibridaciones eclécticas entre estas obras heterogéneas. Pero, al cabo de todas estas variaciones, se observa que hay una constante: el ocultamiento de las razones que llevan a la producción de tantos discursos aparentemente discordantes. Nunca se llega a esclarecer que la psicología que se enseña y se aplica está constituida como una respuesta técnico-ideológica frente a una demanda que procede de las clases dominantes. El libro de Miller lo ha callado pero nos ha dado los indicios que permitían descubrirlo. Y, aunque ya poco, todavía tiene algo más para decirnos. No lo desaprovechemos.

Allí viene a ser donde se encuentra en la actualidad la psicología: en parte ciencia social, en parte ciencia biológica y en parte, aún, filosofía.

¿Hacia dónde se dirigirá en el futuro? (p. 463).

.....

La forma que el desarrollo de la psicología adopte en el futuro dependerá, en gran y creciente medida, de lo que pueda aportar a nuestra vida, tanto individual como colectivamente. Dado que en los últimos años la ciencia se ha ido convirtiendo cada vez más en instrumento de la política nacional, va en aumento la tendencia a apoyar las empresas científicas que atañen a nuestra situación social, económica y política (p. 464).

El texto permite apreciar un cambio sutil, casi imperceptible. Se sigue utilizando la primera persona del plural como en muchos momentos de los párrafos anteriores. Pero antes el "nos" y el "nuestro" se refería a los psicólogos mientras que el poder que encargaba a los psicólogos que actuasen aparecía escondido tras un "se". Ahora, en este último párrafo del libro, Miller dice que el futuro de la psicología depende del apoyo que reciba de "la política nacional" pues "la ciencia es cada vez más su instrumento". Esa política está dispuesta a *apoyar* "las empresas que atañen a nuestra situación social, económica y política". Es indudable que "nuestra" se refiere a los Estados Unidos de Norteamérica. La novedad estriba en que se ha develado la dependencia de la psicología ("científica", eso sí) respecto de la política. Su desarrollo

ulterior dependerá de los servicios que pueda prestar a esa política. Así nos hemos enterado que el progreso psicológico está supeditado a una política que es la del capitalismo en su fase avanzada, el imperialismo, fundado en la explotación creciente de los trabajadores del propio país y en el mantenimiento y reforzamiento de la dependencia económica, cultural y políticomilitar de los países del llamado Tercer Mundo. La psicología sobrevivirá en la "creciente medida de lo que pueda aportar a nuestra vida", en tanto que va creciendo su importancia como aparato ideológico de Estado (ver cap. 4), en tanto que profundice en la implementación de técnicas al servicio de la sujetación "individual y colectiva". Grosrichard lo dice con meridiana claridad:

> La psicología ofrece un sujeto a una política racional y la política demuestra su racionalidad al garantizar a la psicología los medios para su progreso.[4]

La política está cada vez más interesada en la psicología ("va en aumento la tendencia a apoyar las empresas") y los psicólogos tienen el futuro asegurado si cumplen con las tareas que se les asignan, si facilitan el proceso de explotación y de sujetación ocultando la lucha de clases y ocultando —esto es fundamental— el encargo que se les formula y que les otorga un lugar de creciente privilegio en la estructura. Si, por el contrario, "meten la pata" (Herbert, *loc. cit.*) y revelan cuál es ese encargo, se arriesgan a que recaiga sobre ellos "la protesta apasionada y despiadada de quienes ocupan las posiciones de poder". Sería injusto dejar la "introducción" de Miller en la mitad del último párrafo. Él tiene todavía algo más que aclarar:

> Existen en la actualidad problemas inmensos que se nos plantean —que se le plantean a toda la humanidad— para los que los conocimientos psicológicos podrían ser inestimables: la educación, los prejuicios raciales, la salud mental, la vejez, el control demográfico, la cooperación internacional y muchos otros.

Es decir, los problemas que se plantean a los Estados Unidos, en la medida en que constituyen la nación metropolitana que se arroga la función de líder y gendarme del resto del mundo, son problemas que repercuten sobre "toda la humanidad". La psicología debe buscar las respuestas para los intríngulis en que se debate la sociedad (las clases dominantes de la sociedad) norte-

[4]Grosrichard, A., *Cahiers pour l'Analyse*, nº 1-2,, p. 75.

americana. Y "se" espera que "los conocimientos psicológicos" aporten "inestimables" soluciones. Por supuesto, ya cerca del final de nuestro propio libro, podemos decir sin temor a equivocarnos que tales conocimientos psicológicos están llamados a cumplir simplemente una función de reconocimiento/desconocimiento porque para comprender los seis problemas que Miller enumera son imprescindibles los conceptdos teóricos de una —ésta *sí— ciencia: la de la historia, la de los modos de producción.* Por ejemplo, la educación. El problema que ella plantea no puede, claro está, ser resuelto desde la psicología; por el contrario, hay que analizar cuál es el lugar que ocupa la tarea pedagógica como práctica dentro del todo social, quién educa a quién y para qué lo educa, cómo funciona la escuela en su carácter de aparato ideológico del Estado promoviendo la reproducción de las relaciones de producción para, a partir de este análisis, entrar a considerar los aspectos psicológicos de la educación desde una perspectiva científica a la que no podrán ser ajenos, por cierto, los conceptos específicos de la teoría psicoanalítica. También en esa perspectiva totalizadora del problema de la educación habrá que considerar en qué medida puede conceptualizarse el conocimiento como adaptación, introduciendo allí una problemática propia a la biología de la cual la obra de Piaget, como vimos en el capítulo 12, nos da un primer y sugestivo panorama. En suma, que no existe "la educación" en general y sí una práctica de preparación de sujetos aptos para las tareas que les están asignadas en cada formación social y es desde el conocimiento de la formación social que podemos descender sobre la educación y sus aspectos psicológicos y biológicos. Y así con los otros "problemas" que plantea Miller: ¿a quién y para qué le interesa el control demográfico? ¿es ése un problema psicológico?. ¿Qué clase de respuestas podrá ofrecer la psicología para los problemas de la cooperación internacional? ¿Es la cooperación internacional un objetivo deseable en el momento en que existen naciones imperialistas y naciones expoliadas y desangradas por las primeras? Etcétera. Decir o pretender que la psicología tiene respuestas para estos problemas es ocultar y mistificar la verdadera naturaleza de los conflictos. La psicología académica muestra en este discurso que tiene también en el seno de la sociedad una función cosmética. Se hace pasar por científica para desviar la atención desde las causas de los problemas hacia sus efectos y ofrece luego "soluciones" que pueden, en el mejor de los casos, modificar las apariencias conservando lo fundamental. Y Miller, portavoz de esta psicología, avezado expositor de la misma, lo sabe bien:

Claro está que estos problemas no plantean por sí mismos cuestiones científicas; el planteamiento de las preguntas adecuadas será siempre tan difícil en psicología como lo es en cualquier otro campo de la ciencia. Pero si la psicología científica puede contribuir a solucionar los problemas prácticos de esta índole, tendrá un futuro verdaderamente brillante. Sobre la base del camino hasta aquí recorrido, no falta alguna razón para ser optimistas (p. 464).

Y, dicho esto, pone punto final al libro.

Los problemas que esperan a la psicología no son científicos, son "problemas prácticos de esta índole", es decir, *problemas políticos*. La psicología "científica' es utilizada como "un instrumento de la política nacional". El asunto es cómo hacer para que no se note el carácter político de las cuestiones y hacerlas pasar por científicas. Porque si el problema es político sólo podrá ser resuelto por la práctica política de los pueblos. Pero si le ponemos un ropaje "científico", la solución parecerá corresponder a técnicos, a especialistas, que deberán satisfacer la demanda de solución ocultando la procedencia del encargo. "Un futuro verdaderamente brillante" aguarda a la psicología si cumple con esa doble misión. Hasta ahora ("el camino hasta aquí recorrido") las cosas se vienen haciendo bien. Cabe ser optimistas, nos dice Miller. Es necesario seguir cumpliendo con el encargo proveniente de las clases dominantes al mismo tiempo que se lo oculta detrás de un discurso sobre la eficacia técnica y de un discurso ideológico. En este punto es de absoluta justicia que rindamos al libro de Miller nuestras excusas por las molestias que pudiésemos haberle producido y que nos despidamos de él con nuestro agradecimiento sincero. En realidad, no es tan difícil formular las preguntas adecuadas cuando uno se coloca por encima de la prohibición que pesa sobre tales preguntas. Es nuestra próxima tarea.

¿Cuáles son las funciones de la psicología? ¿Cómo se inscribe la actividad del psicólogo en el todo social? En un primer momento puede sorprender que digamos que éstas no son preguntas a las que debe contestar la psicología o el psicólogo. Pero de inmediato caemos en la cuenta de que tampoco el médico es el llamado a delimitar las funciones de la medicina ni el tendero las del comercio. Existe un proceso social de división del trabajo y es en ese proceso que se asignan funciones diferenciadas en las que, finalmente, irán a ubicarse los correspondientes funcionarios. Por ello es que sólo la ciencia de las formaciones sociales puede ofrecer los marcos teóricos para comprender cómo se reparte el pastel de las actividades productivas. Y ya hemos pegado

un vistazo al plano general del edificio social: hay una base o infraestructura económica sobre la que asientan una superestructura jurídicopolítica y una superestructura ideológica. Las preguntas con las que abrimos este párrafo pueden ahora reformularse ¿en cuál de las tres instancias se inscribe la actividad del psicólogo? ¿cómo se inserta éste en la estructura? Revisando la lista empírica de las tareas que efectúa comprendemos sin esfuerzo que la psicología se inserta en los aparatos de las tres instancias del modo de producción.

En la instancia económica: Al seleccionar a los trabajadores según sus aptitudes y ubicarlos en determinados lugares del proceso de producción, al elaborar tests para medir la eficiencia lograda y la eficiencia potencial de los operarios en su tarea, al aconsejar los métodos más eficaces para "motivar" al personal y aumentar su rendimiento, al ocultar el clima de explotación ("haciendo más psicológico y menos económico el clima de la empresa", según dice un autor), al crear la imagen de que en la firma todos "formamos parte de una gran familia", al crear necesidades artificiales en la gente para estimular el consumo de artículos prescindibles, aumentando así la producción y la extracción de plusvalía, al recuperar para el proceso del trabajo a los "inadaptados", "desviantes" o "enfermos" que hubiesen salido de él por padecer "trastornos de conducta", etc.

En la instancia jurídico-política: Al detectar las actitudes dominantes en "la opinión pública", al anticipar qué medidas podrían crear descontento y cómo canalizar ese descontento sin peligros para el sistema, al proponer medidas tendientes al aislamiento cívico de las agrupaciones, ideas y hombres que cuestionen a dicho sistema, al atenuar los conflictos entre los gobernadores y los gobernados, al promover la idea de "participación democrática" en los asuntos de la "comunidad" siempre y cuando tal participación no transgreda ciertos límites ni ponga en tela de juicio la estructura del poder, al dictaminar sobre la conveniencia de aislar y recluir a personas consideradas como irrecuperables, al asesorar en la redacción de leyes y reglamentos sobre la mejor manera de difuminar los conflictos que surgen necesariamente cuando hay intereses contrapuestos y los representantes de una clase imponen sus normas a los de la otra, al determinar de qué manera debe ser presentado un candidato para obtener la simpatía del electorado independientemente de cuál sea la política que ese candidato represente, al ocultar la lucha de clases que está en el fondo de toda actividad política y presentarla como una oposición entre personas o entre generaciones, etc.

En la instancia ideológica: Al resolver conflictos en la escuela, en el hogar, en las fábricas, en las cárceles, en el ejército, en todas las instituciones del sistema, promoviendo en los sujetos la aceptación de los lugares que les están asignados en esas organizaciones. El psicólogo actúa con medios ideológicos para atenuar los conflictos y para evitar que tengan que entrar en funcionamiento los aparatos represivos del Estado. Un niño crea problemas en la escuela, el psicólogo deberá diagnosticar el mal e intentar readaptarlo antes de decidir su expulsión de la escuela o su internación en un reformatorio. Un matrimonio se está por divorciar, el psicólogo podrá intentar la reconciliación de las partes antes de sancionar la disolución económica y legal del vínculo matrimonial. Un obrero tiene conflictos con los capataces de la fábrica, antes de la exoneración es llamado el psicólogo para ver si se resuelve el problema "por las buenas" y se consiguen evitar el despido y el pago de la indemnización. Una población se rebela contra un régimen dictatorial, los psicólogos podrán redactar los comunicados que se difundirán a través de los medios de difusión de masas para tratar de disuadir a los revoltosos haciendo que se sientan culpables por los destrozos que producen, por atentar contra "el orden constituido", por responder a "ideologías foráneas", etcétera.

La estructura del modo de producción es la invariante, la columna vertebral de la sociedad que debe permanecer incólume. Para alcanzar este objetivo es preciso que todo lo demás cambie. La historia nos lo enseña: no hay cambios en la psicología que no sean secundarios a cambios en el encargo social que esta disciplina tiene que cumplir. Desde el fondo de este aljibe sólo se percibe un único punto luminoso que está abierto sobre la luz del mundo: la ruptura epistemológica, la producción de una nueva ciencia, de un objeto teórico distinto de los objetos empíricos y desde el cual pueda comprenderse la determinación del sujeto ideológico. Pero este descubrimiento, el descubrimiento de Freud, está acechado desde un principio por una estructura social que lo rechaza y que, cuando ya no puede desconocerlo, trata de deformarlo y de ponerlo a su servicio. La historia del movimiento psicoanalítico en el mundo y en la Argentina lo prueba: se trata de una constante lucha contra los que pretenden edulcorar los postulados básicos y subversivos de la teoría y de tergiversarla. Es lógico que así sea. La ideología es el cemento necesario para la cohesión del edificio social. La ciencia que revela el secreto de la sujetación es también, potencialmente, ciencia de una desujetación posible. Por tal razón, se hace necesario ignorarla, cuando

esto no es más posible, semejante ciencia es combatida, rechazada y discriminada. Finalmente, cuando este último recurso también fracasa, llega el momento de la desnaturalización de los conceptos básicos y de la instrumentalización técnica al servicio de los intereses de las clases dominantes. Es así como el psicoanálisis llegó a transformarse en muchos lugares del mundo en una técnica más de reeducación y adaptación, llevado por los vientos del encargo social.

Y éste es el momento de aclarar uno de los posibles equívocos a que pudieron dar lugar los capítulos anteriores. Creemos haber fundado de modo convincente las razones por las cuales la teoría psicoanalítica puede legitimar sus pretensiones a la cientificidad y las razones por las cuales la psicología académica no pasa de ser un conjunto de técnicas empíricas y de racionalizaciones ideológicas incapaces de dar cuenta del carácter de ciencia que pregona a todos los vientos. Pero esto no implica negar la eficiencia de la psicología académica. Por el contrario, Miller tiene razón cuando dice que puede exhibir "impresionantes realizaciones" técnicas e ideológicas de esa psicología. Y no implica tampoco afirmar que todo uso del psicoanálisis sirva, por estar científicamente fundado, para la desujetación. En este sentido, el destino del psicoanálisis es comparable al de cualquier otra disciplina científica: su aplicación técnica está, de ordinario, comandada por los requerimientos de las clases dominantes en una formación social dada. El argumento reiterado de señalar cómo la psicoterapia psicoanalítica es casi siempre un privilegio exclusivo de integrantes de la burguesía no alcanza a la teoría psicoanalítica misma sino al propio sistema de explotación que estimula y provoca la discriminación económica y social en la obtención de los beneficios que son posibles merced al trabajo científico. Es en los hogares donde los ingresos de dinero son mayores donde hay una mayor cantidad de pequeños motores que facilitan las tareas domésticas; éste no es un argumento contra la teoría de la electricidad que ha permitido estas aplicaciones técnicas que son los motores. Del mismo modo, hay que señalar que, aunque ese no es el caso más frecuente, las técnicas elaboradas por la psicología académica pueden, en determinadas circunstancias concretas, ser usadas al servicio de la desujetación. Se da esa situación cuando su uso es comandado por organizaciones que se plantean de un modo coherente la oposición al sistema de explotación. La tarea de la teoría científica es, en estos casos, la de descubrir el por qué de la eficacia técnica de los instrumentos elaborados por las clases dominantes para la defensa de sus intereses.

Otro posible equívoco a disipar es el de considerar a todos los psicólogos, en tanto que integrantes de un aparato ideológico del Estado, como funcionarios acríticos y defensores del orden establecido. Lo que hemos detectado en el curso de esta lectura sintomal del discurso de la psicología académica es el encargo social formulado a la psicología y las funciones que se le asignan. Estas funciones deben ser cubiertas por determinados funcionarios, los psicólogos, a los que se forma con una ideología congruente con el encargo que deben cumplir. Pero la situación no puede ser abarcada en estos términos simplistas. Una cosa es lo que el sistema necesita y demanda y otra cosa es lo que puede conseguir. La realidad es contradictoria y además del encargo de las clases dominantes existe el encargo de las clases dominadas. La psicología es también uno de los escenarios donde se libra la lucha de clases. Allí la teoría psicoanalítica, en tanto que ciencia de los procesos de sujetación/desujetación, tiene una tarea irrenunciable que realizar. Armados con ella es que los psicólogos pueden llegar a descubrir cuál es la demanda que se les formula y decidir si la asumen o la denuncian y, en este último caso, abrir la discusión sobre la manera en que el psicoanálisis puede concretamente servir a la desujetación. Pero esto, como decía Miller en otro contexto "no plantea por sí mismo una cuestión científica". Pues es nada más y nada menos que una cuestión política.

En resumen: en este capítulo comenzamos por aprender a leer el discurso que la psicología académica ha elaborado acerca de sí misma; al hacerlo, de pasada, hemos descubierto cuáles son las funciones asignadas a la psicología en nuestra época y en nuestras formaciones sociales y, finalmente, terminamos bordeando el problema de las opciones abiertas al psicólogo, problema sobre el que habremos de volver en un capítulo dedicado al rol del psicólogo. Es por eso que consideramos haber excedido los límites puestos por el título del capítulo y por el epígrafe que lo encabezaba y qu se justifica, por estrafalario que parezca, que terminemos con un segundo título y con un segundo epígrafe:

DEVELAMIENTO DEL ENCARGO SOCIAL FORMULADO A LA PSICOLOGÍA

> Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie.
>
> C. T. DE LAMPEDUSA, *El gatopardo*, Barcelona, Noguer, 1963, p. 40.

CAPÍTULO 15

ANÁLISIS DEL ENCARGO SOCIAL EN CADA RAMA DE LA PSICOLOGÍA; LA PSICOLOGÍA SOCIAL

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN

La psicología opera como aparato ideológico de todos los aparatos del Estado (ideológicos, represivos y técnicos) y el encargo social que debe cumplir consiste en evitar que, en ellos, sea menester recurrir a la violencia física de los aparatos represivos. Así, contribuye a ocultar y deformar la relación existente entre los sujetos ideológicos y los procesos sociales de los cuales son ellos los soportes e, indirectamente, a mantener el orden social imperante.

En el capítulo anterior intentamos comprender cuáles eran las funciones de la psicología académica. Tras escucharla hablar, llegamos a la conclusión de que ofrecía instrumentos técnicos y racionalizaciones ideológicas como respuesta a una demanda social explícita proveniente de necesidades planteadas, en última instancia, en la organización de la producción. El requerimiento formulado era el de cambiar a las personas, a los grupos y a las instituciones pero, detrás de esta demanda explícita, está el encargo tácito de mantener y reproducir las relaciones de producción imperantes en una formación social, previniendo y combatiendo toda posible sacudida en la estructura que sostiene a quienes detentan el poder. Como ya hemos trabajado con cierta amplitud el concepto correspondiente en el capítulo 4 estamos en condiciones de afirmar que, por las funciones que cumple, la psicología es un aparato ideológico del Estado (Althusser). Como todos los demás de su clase, el instrumento con el que actúa es la violencia simbólica y sólo secundariamente recurrirá a la violencia física (indicando, por ejemplo, la reclusión de un "sujeto peligroso").

Ahora bien, si apuramos a un psicólogo preguntándole qué es lo que él concretamente hace, veremos que su respuesta no se parece en nada a la que tantas fatigas nos costara en las páginas anteriores. La contestación de un psicólogo académico no especializado o, mejor dicho, del conjunto de los psicólogos representa-

dos en un interlocutor imaginario sería: "Utilizando distintos tipos de tests mentales arribo a diagnósticos psicológicos que comunico a quien me haya solicitado tal trabajo. Con técnicas psicoterapéuticas muy variadas curo enfermedades mentales y ayudo a la rehabilitación psicológica de otros pacientes. Creando y manteniendo un clima de armonía en ciertas instituciones evito que personas psicológicamente débiles sean víctimas de trastornos de la conducta y a esto lo llamo una tarea psicoprofiláctica. Estoy para resolver conflictos en cualquier lugar donde se reúna gente: escuelas, familias, cárceles, fábricas, cuarteles, hospitales, equipos deportivos y no sigo diciéndole dónde más para no cansarlo. Cuando una persona está desorientada sobre los estudios que le conviene seguir o el trabajo en el que se sentiría mejor, yo estudio sus capacidades e intereses y lo oriento vocacionalmente. Si una fábrica me lo pide, indico, de entre varios candidatos, cuáles son los más indicados para los puestos disponibles y a cuáles conviene rechazar; esto se llama selección profesional. Señalo a los individuos que tienen más condiciones para organizar y dirigir y los que pueden adaptarse mejor a tareas subordinadas. Doy consejos sobre la mejor manera de presentar un producto para que sea consumido, un candidato a una elección, una idea para ganar adeptos, una ley para que sea cumplida. Muestro las ventajas y los inconvenientes de los distintos métodos existentes para "motivar" a los trabajadores para producir más, a los educandos para estudiar más, a los soldados para combatir mejor. En fin, como usted ve, mis tareas pueden ser de lo más variadas. Sintéticamente, le diría que ayudo a la gente a cambiar, sea que me lo pida la propia persona interesada, sea que me lo pida otro que tiene o quiere tener ascendiente sobre el primero." De la nada breve y, pese a todo, incompleta enumeración de nuestro psicólogo académico surge para nosotros la posibilidad y la necesidad de orientarnos dentro de esa cantidad de actividades de apariencia tan dispar. Podemos, para ello, reconocer las distintas "especialidades" en que se dividen los psicólogos y analizarlas una a una: psicopatología, psicodiagnóstico, psicoterapias, orientación vocacional, psicologías educacional, laboral, industrial, publicitaria, social, forense, militar, etc. Mas sería una tarea redundante y fatigosa. Preferimos proponer una clasificación de todas estas ramas en dos grandes grupos atendiendo a un criterio que sabemos discutible: el de que el objeto empírico sobre el cual recae la acción del psicólogo sea un individuo aislado o sea un grupo o institución. Y proponemos, sólo a este fin, designar con el nombre de *psicología clínica* al conjunto de tareas desarrolladas con sujetos singulares y la *psico-*

logía social a la realizada en contacto con entidades colectivas. La clasificación es una arbitraria agrupación empírica de actividades no menos empíricamente localizables. Tiene fines didácticos y no pretende ignorar la obvia existencia de zonas de superposición. No reconoce las diferencias metodológicas que se postula que existen entre ambos grupos y sólo tiene en cuenta al objeto empírico sobre el cuál recae la acción: grupo o individuo. Aceptadas estas limitaciones conviene señalar que, de todos modos, podemos reconocer la actuación en cada una de las dos ramas de un sistema de representaciones y comportamientos, de una cierta organización ideológica *relativamente independiente* que organiza las tareas concretas de los psicólogos académicos. Nuestro objetivo será, entonces, el de llegar a ver los dos árboles nocionales a cuyos troncos trepan o se pretende que trepen los psicólogos para cumplir con el encargo social que ya hemos explicitado. Trataremos en este capítulo de la psicología social y reservaremos el próximo para la psicología clínica.

INTRODUCCIÓN A LA LECTURA DEL DISCURSO DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

> La psicología social como disciplina tiene una tonalidad moral. Engendra simpatía, comprensión, tolerancia; remedia el prejuicio y la deformación; hace posible la participación madura y racional en la vida del grupo al que se pertenece.
> GEORGE SIMPSON, *El hombre en la sociedad*, Buenos Aires, Paidós, 1961, p. 102.

> Aquello que interesa especialmente al psicólogo social es establecer cómo cada sujeto se adapta a las normas colectivas, cómo se integra en los medios que lo rodean, qué rol desempeña allí, qué representación se forma él de tal rol y qué influencia eventual ejerce en el mismo.
> JEAN MAISONNEUVE, *Psicología social*, Buenos Aires, Paidós, 1960, p. 17.

Empíricamente designamos con el nombre de psicología social al conjunto de tareas que desarrollan los psicólogos en relación con grupos o instituciones colectivas de mayor o menor magnitud. La definición propuesta puede parecer burda y revelar una ignorancia supina respecto de todas las elaboraciones teóricas efectuadas

por los psicólogos sociales en torno a "la dependencia e interdependencia conductuales" a "las leyes del vínculo interhumano" o a otras formulaciones semejantes. Pero no es así. Lo que sostenemos es, precisamente, que tales definiciones integran el cuerpo de las racionalizaciones ideológicas producidas *a posteriori* como intentos de justificar y legitimar el uso de un conjunto de instrumentos y técnicas necesarios para satisfacer una cierta demanda social, es decir, las necesidades específicas de las clases sociales dominantes en una formación social dada. Trataremos de demostrar que el discurso de la psicología social no vehiculiza ningún nuevo conocimiento sino que se limita a la reproducción, bajo forma especulativa, de las apariencias perceptibles de las relaciones interhumanas a la vez que desconoce el sistema de determinaciones que permitiría explicar dichas apariencias. Tomando una expresión de Herbert que ya tratamos en el cap. 5 y sobre la cual luego volveremos, sostenemos que la función esencial de la psicología social académica es la de "realizar lo real".

El objeto

Nos proponemos seguir un método de trabajo similar al utilizado en el capítulo anterior. Llamaremos a declarar a un autor prestigioso y difundido y lo tomaremos como representante del conjunto de los textos que tratan de su materia. Nuevamente puede pensarse que es difícil elegir a un autor habiendo tantos "tratados de psicología social". Y nuevamente diremos que no es así pues las diferencias entre ellos son mínimas, que tanto da analizar a un autor como a otro y que, si algún lector lo dudase, puede realizar por sí mismo la experiencia de consultar otro texto, el que desee, y constatar si lo que surge de nuestro análisis se aplica o no al autor por él elegido. De hecho, hay autores que, como el astuto y experimentado profesor de psicología de Miller, prefieren no comenzar por una definición del objeto de la psicología social. Tal vez también ellos entienden que todo el mundo y más o menos sabe de qué trata su materia. Así, por ejemplo, en el tomo IX de *Tratado de psicología experimental* dirigido por P. Fraisse y Jean Piaget y titulado, *Psicología social* no se hace ningún intento por caracterizar ni por delimitar el campo. Simplemente, se lo da por sabido. Para la tarea que nos aguarda requeriremos el testimonio de Theodore M. Newcomb. Su *Manual de psicología social* es uno de los más conocidos en circulación, la publicación en castellano fue tomada a su cargo por

la Editorial de la Universidad de Buenos Aires en 1964 y se encargó de la revisión técnica de la traducción a Eliseo Verón, uno de los más prestigiosos y reconocidos sociólogos argentinos. Lógicamente, habremos de comenzar nuestro interrogatorio preguntándole —¿Qué es la psicología social? Veamos su respuesta:

El objeto de estudio de la psicología social son los procesos y resultados de la interacción (p. 22).

Bien. ¿Qué es la "interacción"?

El proceso por el cuál un individuo toma en cuenta y responde a los demás que lo están tomando en cuenta (p. 38). La interacción social puede aceptarse como una frase sintética para expresar el hecho de que en las situaciones sociales lo que una persona toma en cuenta y hace es al mismo tiempo una respuesta a lo que otros han tomado en cuenta y hecho (o a símbolos de ello) y también, potencialmente al menos, un estímulo para lo que otros tomarán en cuenta y harán (p. 39). La interacción es entonces un problema complejo, que alude a conductas que son a la vez estímulo y respuesta y que pueden tener un significado como estímulo y otro como respuesta (p. 41).

Y con esta respuesta nos hallamos ya en terreno conocido. En efecto, en el segundo capítulo (véase) ya hemos analizado epistemológicamente la noción de "conducta" y el conjunto de nociones relacionadas con ella: "adaptación", "organismo", "estímulo-respuesta" y "medio". Al proponer esta remisión de la psicología social al terreno de la psicología conductista no realizamos ningún desplazamiento forzado. Cualquier inquietud al respecto es despejada por el propio Newcomb:

Los psicólogos sociales adoptan este punto de vista en cuanto a la interdependencia del organismo y el ambiente. Como los psicólogos individuales, ellos estudian la conducta individual —especialmente en tanto estímulo o respuesta a la conducta de los demás. A diferencia de los psicólogos individuales, estudian a los individuos como miembros de grupos (p. 42).

Está claro. La psicología social no tiene un objeto específico. Se ocupa, simplemente, de aquellas manifestaciones de la conducta individual que pueden ser vistas como estímulos o como respuestas en relación con otras conductas individuales. Es instructivo completar este panorama sobre el objeto de estudio de la psicología social analizando aquello que la psicología social *no* estudia porque lo deja en manos de otras disciplinas:

El estudio del protoplasma como tal no pertenece a la jurisdicción de los psicólogos sociales. Para ello recurren a la psicología individual, la que a su vez recurre a la bioquímica y a la fisiología (p. 42).

En realidad, hemos dado aquí, casi por casualidad, con una de las expresiones más diáfanas que muestran la tendencia dominante en la psicología académica a reducir el campo de lo psicológico al de lo biológico. Se plantea —ni más ni menos —que la psicología individual se ocupa del estudio del "protoplasma como tal". Y esto que la psicología social *no* estudia debe sumarse a *otro* saber presupuesto:

Los psicólogos sociales no estudian a la sociedad como tal, así como no estudian al protoplasma como tal. Recurren a la sociología y a la antropología cultural, lo mismo que a la psicología individual (p. 43).

Y en este punto podríamos creer que la psicología social se propone a sí misma como "ciencia" limítrofe entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias de la sociedad. Para salir del equívoco es necesario ver cuáles son las definiciones que propone Newcomb de las dos disciplinas "sociales" en las que se apoya y que sí estudiarían a la "sociedad como tal". Oigamos:

La jurisdicción de *la antropología cultural* es la de las culturas... Una cultura puede ser definida como "la configuración de conductas aprendidas y de resultados de conductas, cuyos elementos componentes son compartidos y transmitidos por los miembros de una sociedad particular" (Linton, 1945). *La sociología,* aunque en cierto sentido coincide parcialmente con la antropología cultural, estudia los fenómenos de grupo dentro de las sociedades en su totalidad... Sus principales problemas se refieren a las formas en que la conducta de las personas es similar o diferente en razón de que, como miembros de grupos, están sometidas a las mismas o a diferentes influencias (pp. 43-44).

Se ve nítidamente que entre las ciencias no hay límites precisos y que se va pasando gradualmente de una a otra sin cambio en el objeto. Para citar tan sólo las que Newcomb ha ido escalonando en estos párrafos podemos proponer esta ordenación:

bioquímica ≡
fisiología ≡
psicología individual ≡
psicología social ≡
antropología cultural ≡
sociología ≡

El objeto es siempre el mismo, la conducta. Por eso, en síntesis, la respuesta de Newcomb a la pregunta por el objeto de la psicología social con la que habíamos iniciado nuestro interrogatorio es:

> La psicología social se ocupa de la asociación de variaciones en la conducta de uno o más individuos con variaciones en el medio social (p. 43). Pues "son los aspectos sociales del medio con el que el organismo está interrelacionado los que más interesan al psicólogo social" (p. 42).

Recordemos la definición ya vista de Smith y Smith:

> *Conducta*: Respuestas de un organismo a los cambios del medio.

Para entender el objeto que se da a la psicología social nos hace falta tan sólo agregar la palabra "social" a la palabra "medio". Pero ya sabemos que el acoplamiento de vocablos que forma la expresión "medio social" utilizada por Newcomb y por tantos otros es una interesada extrapolación hecha desde la biología que da por supuesto que ese "medio social" es un "medio" como el "medio natural" y que, como en el caso de los animales, en este último, la misión de los "organismos" en el "medio social" es la de "adaptarse". Con lo que la expresión "medio social" revela el encargo social que pretende ocultar: el que procede de un orden social que se presenta a sí mismo como "natural" y que debe ser conservado mediante la adaptación a él de sus integrantes.[1]

Vemos también en acción a través de todos estos párrafos de

[1] Nuestra exposición podría hacer pensar en una cierta reducción de las determinaciones a aquellas que dependen de la estructura y, en consecuencia, concluir en un inmovilismo fatal. Pero no es en absoluto así. Ese inmovilismo es justamente el encargo a la psicología que venimos analizando. Pero la estructura que libra el encargo está cargada de contradicciones, que no es nuestro objetivo aquí analizar. Nos limitaremos a recordar la contradicción fundamental, entre las clases burguesa y proletaria. Uno de sus efectos es, particularmente en el plano de las ideologías, este develamiento del encargo que nuestro texto pretende constituir como avatar de procesos de sujetación/desujetación de sus autores. En el análisis de la contradicción (cuyo carácter ideológico hemos señalado) "individuo/medio" no podrá leerse entonces ninguna recaída en un hiperdeterminismo sociologista, sino la propuesta de un cambio de problemática consistente en la articulación de los problemas científicos del enfrentamiento de clases con intereses antagónicos y aquellos vinculados con los procesos de sujetación/desujetación. Véase, asimismo, el final de este capítulo.

Newcomb una de las premisas que analizamos críticamente en el capítulo 4: la de la oposición entre un organismo biológico y un medio ambiente natural-social. En aquella oportunidad denunciamos esta falacia. No puede haber oposición organismo-medio en la medida en que el organismo humano está inscripto desde un primer momento dentro del orden de la cultura en el que viene a ocupar un lugar prefijado y en la medida en que ese lugar de sujeto ideológico organiza al sujeto-soporte que elaborará una ideología de sujeto congruente con el proceso social en que debe participar. Es en última instancia el sentido de aquel encabezamiento: "La psicología individual es, al mismo tiempo y desde un principio, psicolgía social" (Freud, 1921). Por eso podemos reiterar ahora que la psicología social no tiene objeto propio pues nunca puede ser un tal objeto esta "interacción" del hombre con su "medio social".

Las tareas

Veamos ahora qué tiene para decirnos —siempre a través de Newcomb— la psicología social acerca de sus funciones. Esto se sumará a lo que ya nos anticipó Miller en el capítulo anterior y por eso nos proponemos ser breves:

> A menudo es importante comprender el comportamiento social en sí mismo, dejando de lado las consecuencias que tiene para la personalidad o la cultura. ¿Qué hace competir a la gente? ¿Por qué el prejuicio racial es a veces tan intenso? ¿Por qué la gente puede "perder la cabeza" en una multitud? La psicología social puede contribuir tanto a la fascinante comprensión de muchos de los problemas prácticos que surgen cuando los individuos interactúan, como a la satisfacción de resolverlos (p. 21).

A buen entendedor pocas palabras bastan. La gente "tiene la cabeza" cuando no participa de la multitud, cuando realiza pasivamente las obligaciones que se le han marcado y que "libremente" ha asumido. Pero cuando se integra a la multitud "puede perder la cabeza". Se trata de un "fascinante" problema que la psicología social puede tener la "satisfacción" de resolver... ¿"encontrando" esa cabeza perdida?, ¿reconstituyéndola y reponiéndola sobre los hombros de los "extraviados"? La psicología social —nos había dicho Newcomb— "no estudia a la sociedad como tal" pero le preocupa la cuestión, por ejemplo, de qué es

lo que hace competir a la gente. Claro, al dejar a "la sociedad como tal" de lado se crea la ilusión de que el problema de la competitividad pudiera ser comprendido y resuelto en términos puramente psicológicos. Y esto nos permite advertir el escamoteo de los conceptos fundamentales. Es imposible entender la competitividad cuando se prescinde del análisis del modo de producción, de la manera en que el modo de producción dominante requiere y exige sujetos ideológicos que se esfuercen al máximo para mantener un ritmo de producción acorde con las necesidades del sistema y, para ello, crea sistemas de estímulo y premio para quienes se destaquen en la producción, el estudio, el consumo de objetos suntuarios, etc. Toda la estructura de "ciencias" mencionadas que va desde la bioquímica hasta la sociología se mantiene sobre la base de una ignorancia: la del carácter determinante en última instancia que tienen los procesos de producción (fuerzas y relaciones de producción) sobre cuanto acontece en las formaciones sociales concretas. Que existan prejuicios raciales parece cosa natural; lástima que a veces sea *"tan"* intenso. Y prosigue Newcomb:

> Algunos de estos problemas aparecen en la conducta de los individuos. Por ejemplo, ¿por qué Juanito, de tres años de edad es dominador con los otros niños mientras su hermano mayor es retraído, y de qué manera puede lograrse que cualquiera de los dos cambie su manera de ser? Hay otros problemas de vasto alcence: ¿Por qué algunas personas votan en las elecciones primarias y otras no, y por qué votan como lo hacen, y cómo puede inducirse a votar, o a votar de modo diferente, a más personas? (p. 21).

Las interrogaciones de Newcomb suscitan interrogaciones distintas de nuestra parte. ¿por qué uno de los chicos o los dos habrían de cambiar su manera de ser? ¿quién pide tal cambio: los chicos, los padres, la "sociedad"? Y una vez que llegamos a saber quién quiere cambiar queda aún una pregunta ¿por qué quiere cambiar o quiere el cambio del otro? Y de las respuestas a estas preguntas puede desprenderse una sospecha: la de que se pretenda "cambiar" a los chicos como una manera de *no plantearse la necesidad de "cambiar"* a los padres y, en última instancia, de no cambiar la estructura de la sociedad dentro de la cual tanto los padres como los chicos reciben el encargo de ser de una manera determinada y de adaptarse a determinados esquemas de representaciones y comportamientos (lugares de sujetos ideológicos). Esta clase de "problemas" "aparecen en la conducta de los

individuos". O aparecen en otra parte, pero es en la conducta de los individuos donde se pretende que se realicen los cambios para que la estructura fundamental permanezca invariante. Y esto resulta más claro aún en el ejemplo siguiente, el de "más vasto alcance", el de cómo modificar la "conducta" del electorado. Pues, ¿por qué le interesa al psicólogo social el cambio en la forma de votar de los ciudadanos? ¿quién le confiere al profesor Newcomb y a sus alumnos el mandato y el poder para que traten de "inducir" las decisiones de los votantes? El "Manual" de Newcomb ocupa dos gruesos tomos pero esta pregunta acerca de las fuentes del encargo social no aparece en ninguna de sus páginas. El encargo no es mencionado pero existe y la esencia de su existencia es que permanezca oculto. *Los dos tomos son la respuesta a una pregunta que no puede formularse sin anular la eficacia y la razón de ser de esa respuesta.* Y pasemos ya al último tercio del párrafo que estamos leyendo:

> ¿Cómo pueden disminuirse los conflictos industriales, raciales o internacionales? Los problemas a los que se refieren estas preguntas surgen de la interacción social y es por medio de la interacción social que se están haciendo esfuerzos por resolverlos.

Aquí se disuelve el último camuflaje. Hay que "disminuir los conflictos", en primer término los industriales. Ya sabemos lo que no se dice: haciendo que permanezca inmutable el régimen de propiedad de la fábrica o, lo que es lo mismo, el sistema de explotación. Para ello se parte de una premisa, de una afirmación sentada como indiscutible: *los problemas surgen de la interacción social.* Por supuesto, cualquiera puede verlo; es evidente. En una fábrica hay "problemas" por la "interacción" entre patrones, ejecutivos, técnicos, capataces, empleados y obreros. La psicología social se propone como el saber sobre la "interacción". Repitamos una cita:

> El objeto de estudio de la psicología social son los procesos y resultados de la interacción (p. 22).

Pero ahora estamos en condiciones de comprender el secreto de la postulación de tal objeto. La "interacción" es un objeto ya dado; algo que "está ahí", listo para ser observado, analizado, categorizado y transformado. En el ejemplo propuesto de los "conflictos industriales" (así como en todos los otros) resulta claro que cuanto sucede en la "interacción" está determinado por estructu-

ras que fijan los lugares relativos de cada uno de los sujetos que participará de la "interacción". Es así que la "interacción" se revela como el aspecto empírico, visible, de la organización social. Y en tanto que apariencia es *efecto* de una estructura invisible que la determina. El conocimiento científico —lo hemos visto en los caps. 1, 2 y 5 se elabora tomando como materia prima el discurso que muestra y reproduce de modo especular esas apariencias. La "interacción", lejos de ser un objeto científico, aparece como el *resultado* de la acción de una estructura cuyo conocimiento hay que producir. Detrás de ella están el modo de producción, la expresión contradictoria de modos de producción diferenciados en formaciones sociales concretas, los procesos sociales, los mecanismos de asignación de lugares de sujetos ideológicos para efectivizar tales procesos y la producción de posiciones subjetivas basadas en la inconsciencia de las pulsiones y de sus destinos que finalmente se expresarán bajo la forma de conciencia, de conducta y de "interacción" social entre los sujetos así configurados. En síntesis, al proponer la "interacción" o "el vínculo interhumano" o "la dependencia e interdependencia comportamentales" la psicología social se muestra como un discurso que tiende a ocultar y a obliterar las posibilidades de desarrollo de dos disciplinas científicas ya existentes y cuya relación hemos analizado extensamente en el capítulo 4: el psicoanálisis como ciencia de los procesos de sujetación-desujetación y el materialismo histórico como ciencia de los modos de producción y de las transiciones entre ellos. Pero, por supuesto, la psicología social es algo más que un discurso encubridor. Puesto que "los problemas surgen de la interacción social" es a través "de la interacción social que se están haciendo esfuerzos por resolverlos". La función de la "teoría" psicosocial es nítida: propone el estudio de los efectos dejando de lado la cuestión de su determinación; luego propone un modo de acción que es, lógicamente, acción sobre esos efectos dejando de lado la estructura que los produce. La ignorancia teórica se traduce en una práctica que sirve consciente e inconscientemente a la conservación del orden vigente en la medida en que nunca se alcanza el conocimiento de por qué las cosas son como son y, en consecuencia, nunca puede plantearse la cuestión de si deben o no seguir siendo así y por qué. Como en el caso de la psicología que tomaba por objeto a la "vida mental" la psicología social termina revelando su dependencia de la práctica política. ¿Cómo habría de extrañarse entonces el lector cuando escucha a Newcomb diciéndole:

La psicología social también se parece a la física o a la biología en el hecho de que puede ser utilizada; puede indicar claves que muestren el camino hacia la solución de preguntas cuya respuesta se desea pero se desconoce y hacia la modidifación de condiciones que se consideran indeseables (p. 22)?

Nuevamente "*se*". La situación de conflicto manifiesto "se" considera indeseable. En ese momento "se" encarga al psicólogo social (laboral, educacional, militar, etc.) que intervenga para alcanzar la solución que "se" desea pero "se" desconoce. La estructura del poder político y, en última instancia, económico ha quedado escondida entre las páginas de los libros y entre las tareas concretas que asume la psicología social. Dejamos en este punto el análisis de las "funciones" encomendadas a la psicología social.

Las nociones

Y pasamos a estudiar el discurso de forma teórica que racionaliza y soporta el cumplimiento de las funciones prácticas que el poder político requiere de la psicología social.

Ya reprodujimos la cita de la p. 42 en que Newcomb nos decía que los psicólogos sociales "estudian a los individuos como miembros de grupos". Por supuesto, surge en nosotros el deseo de conocer con precisión qué significa esta noción central alrededor de la cual se estructura el edificio de la psicología social: *el grupo*. Y esperamos una definición que trascienda los límites de la experiencia personal que "todos" podemos decir que tenemos acerca del grupo. Newcomb utiliza profusamente el término a lo largo de su obra pero recién cuando está ya muy adelantado en la exposición del segundo tomo se decide a definirlo: Previamente aclara que esas ideas que se tienen acerca de qué es, en realidad, un grupo, varían considerablemente y que "la definición que se elija dependerá de los propósitos que uno tenga" (p. 569). Después de indicar que no cualquier conjunto de personas constituye un grupo, propone:

> Un grupo consiste en dos o más personas que comparten normas con respecto a ciertas cosas y cuyos roles sociales están estrechamente intervinculados (p. 571).

Definición que merece un análisis pormenorizado. Encontramos en ella tres enunciados claramente definidos: a] dos o más personas; b] que comparten normas y c] con roles sociales intervinculados. Y dos elementos ambiguos que nos limitamos a señalar: a] las normas se comparten "con respecto a ciertas cosas", es decir, algunas sí y otras no, pero no hay ninguna indicación que permita delimitar cuándo las normas compartidas permiten postular la existencia de un grupo y cuándo no y b] los roles sociales deben estar "estrechamente" intervinculados, no pudiéndose encontrar ni en la definición ni en otra parte del texto que leemos una manera de definir cuándo el grado de vinculación es suficientemente "estrecho". Pasemos a las proposiciones inequívocas.

a] El grupo es *dos o más personas:* con lo que se aclara de entrada cuál es el status epistemológico del objeto grupal. Se trata de un objeto real concreto de existencia empírica. No constituye un objeto teórico, formal abstracto, producido por la práctica científica, con existencia conceptual, cuya definición surge de su relación con otros elementos conceptuales dentro del marco de una teoría de las determinaciones de lo real empírico. Sabemos también que esta cuestión del status epistemológico de un objeto tiene profundas consecuencias metodológicas. Como en el caso de las nociones de "conciencia" y "conducta" (cap. 2), el abordaje del "grupo", en tanto que objeto empírico, se lleva a cabo a través de la observación, la descripción, la abstracción de elementos dentro de lo observado, etc., es decir, íntegramente dentro del campo de la práctica ideológica (en sentido epistemológico). Y esta práctica ideológica de producción de nociones puede desembocar en el desempeño de actividades concretas de eficacia indiscutible. Veamos un ejemplo: el psicólogo social se acerca a un grupo y observa lo que sucede, percibe que dentro del grupo actúa un individuo cuyas opiniones tienen más peso que las del resto y que induce a los demás integrantes a actuar según él cree ventajoso que actúen, describe en qué consiste y de qué modo ejerce este individuo su influencia, le atribuye la denominación de "conductor" o "líder" del grupo, abstrae una noción de "liderazgo", analiza las condiciones personales que debe reunir alguien para ser tomado como "líder" grupal, selecciona por medio de tests a las personas que poseen tales condiciones, los prepara señalándoles lo que deben hacer y lo que deben abstenerse de hacer para mantener y acrecentar su prestigio como "líderes", "motivándolos" con un sistema de ascensos y recompensas y de esa manera ofrece al mercado de trabajo personas entrenadas en hacer que otras personas cumplan más y me-

jor con las tareas asignadas. Ni la noción de "grupo" ni la noción de "liderazgo" integran, claro está, el armazón conceptual de una ciencia, pero no por ello dejan de ser "operativas", es decir, de servir para el cumplimiento de los objetivos propuestos por quien está en condiciones y tiene interés en contratar al psicólogo social.

b] estas personas *comparten normas:* las "normas" son definidas como "marcos de referencia compartidos" y, a la vez, "ideales a los que hay que ajustarse en la vida (criterios de conducta)", aclarándose en el mismo párrafo que

> ...tanto los criterios de conducta como las normas para percibir a las personas son compartidos por todos los miembros de cualquier grupo, pero se aplican en forma distinta a diferentes miembros del grupo, dependiendo de la forma en que se clasifica a esos miembros (p. 330).

Lógicamente, no aparece ni planteada la cuestión de cómo se producen las normas a las que "hay que ajustarse en la vida". Simplemente, están ahí y hay que ajustarse a ellas. O, mejor aún, queda en muchos momentos la impresión en el lector de que el grupo mismo es la fuente de la normatividad a la que se ajustan sus integrantes. El silencio acerca del sistema de producción y asignación de normas a los grupos y dentro de cada grupo marca nuevamente la necesidad en que se ve la psicología social de ocultar el encargo social que la constituye. Sucede que las normas que se comparten dentro de un grupo están determinadas por el proceso social que el grupo debe cumplir. En la vida amorosa de una pareja, en la organización de la producción de mercancías en una fábrica o en la distribución de las actividades de los soldados en una patrulla durante la guerra existe una asignación de normas, digamos bien, de lugares de sujetos ideológicos *que no es inmanente al propio grupo sino que está determinada* por la invisible estructura de la formación social en la que el proceso en cuestión tiene lugar. Por otra parte, como dice Newcomb, los "diferentes miembros del grupo" deben cumplir de "forma distinta" con las normas en función de que están divididos en clases ("se clasifica"). Y, una vez más, nuestro viejo conocido: "*se*". Para ser un integrante del grupo hay que aceptar las normas que en él rigen, es decir, adecuarse a un determinado lugar de sujeto ideológico. La definición del grupo como "dos o más personas que comparten normas" tiende un velo de silencio sobre la fijación de las normas y sobre el sistema que rige la clasificación de los miembros del grupo en relación con las normas. Y ese silencio, cuando es leído, grita.

c] *y sus roles sociales están intervinculados:* Para comprender esta noción de rol social intervinculado no haremos lectura sintomal. Simplemente reproduciremos un fragmento de Newcomb y solicitaremos al lector que saque sus conclusiones:

Las formas de conducta que se esperan de cualquier individuo que ocupa una posición constituyen el rol (rol social) asociado con esa posición. Tal como lo define Linton, el rol se refiere a la "suma total de las pautas de conducta asociadas con un *status* particular. Incluye así las actitudes, valores y conducta adscritos por la sociedad a toda persona que ocupe ese *status*... Un rol es el aspecto dinámico de un *status* (1945). Una posición, como lo implica el término *status* de Linton, es algo estático; es un lugar en una estructura, reconocido por los miembros de la sociedad y acordado por ellos a uno o más individuos. Un rol, en cambio, es algo dinámico; se refiere a la *conducta* de los ocupantes de una posición, no a toda su conducta como personas, sino a lo que ellos hacen *como ocupantes de una posición.*

De este modo los roles y las posiciones son inseparables. Una posición no tiene sentido sin su rol concomitante, y cualquier rol dado sólo se aplica a la persona que ocupa una posición determinada estatuida en un grupo o sociedad determinados. Para cada posición hay un rol y para cada rol una posición. *No importa cómo se les asignen posiciones a los individuos; ya sea por adscripción o por logro, los roles están siempre asociados con ellas"* (pp. 334-335). [Pedimos perdón al lector por esta intromisión en su tarea, pero el último subrayado es nuestro.]

Y después del análisis de las tres proposiciones que integran la definición newcombiana de "grupo", cimiento y a la vez cemento del discurso de forma teórica de la psicología social, digamos dogmáticamente por razones de tiempo y espacio que el resto de ese discurso oscila entre las trivialidades y las vaguedades. Júzguese por ejemplo este botón de muestra en el que un psicoanalista argentino resume lo que es común a todos los autores que se dedican al tema:

Aunque una síntesis total no sea posible, hay algunos conceptos que todas las escuelas aceptan: a] que todo grupo constituye una unidad que se manifiesta como totalidad; b] que el grupo es una entidad dinámica, es decir, un proceso en continuo movimiento; c] que los integrantes desempeñan "roles" que pueden ser fijos o cambiantes, pero que dependen del interjuego dinámico del grupo y no de las características aisladas de cada individuo; d] que la dinámica del grupo depende de una energía que se desarrolla a partir de los individuos y que se descarga en las relaciones intra-grupo y en la actividad del grupo

como totalidad, dirigida hacia una determinada finalidad y e] que en todo grupo coexisten dos fuerzas contradictorias permanentemente en juego, una tendiente a la cohesión del grupo y otra tendiente a su desintegración.[2]

Sobre esta endeblez teórica se construyen técnicas llamadas de "dinámica de grupos" que pueden ser efectivas para el logro de objetivos preestablecidos (y cabe preguntar: ¿por quién?). En esas técnicas opera como un presupuesto fundamental el de la *autorregulación* del grupo que es el equivalente, a nivel psicosocial, del presupuesto de la *autonomía* del individuo en el nivel de la psicología general. El grupo no tendría historia anterior al momento en que sus integrantes se juntaron. Las normas que imperan en él estarían dadas por el propio grupo que las elegiría libremente de entre una cierta cantidad de normas posibles. Las jerarquías y posiciones diferenciadas que se ocupan dentro de él dependerían de las aptitudes particulares de cada uno de los individuos integrantes; cada quien estaría ubicado según una evaluación que el propio grupo haría de sus merecimientos de acuerdo a criterios intragrupales. Lo que se espera del individuo singular no es otra cosa que su *integración* a la estructura y a la función del grupo. Para nosotros, esa integración no es otra cosa que la aceptación del lugar de sujeto ideológico asignado por el proceso social en curso y la elaboración de la correspondiente posición subjetiva respecto de ese lugar, de esas normas, de esas jerarquías. Los dinamistas de grupo, particularmente en el campo de la educación, reconocen cuatro criterios fundamentales para evaluar la integración. Son ellos:

1. PARTICIPACIÓN: Para funcionar "bien" en el grupo es necesario actuar, tomar parte, "participar" en su actividad. La no participación implica la "marginación" respecto del grupo; eso es "malo", debe ser "corregido". El nivel y la eficacia de la participación determinan la "popularidad" del individuo; esto puede ser medido y constituye un objetivo "deseable". Los términos entrecomillados indican la impregnación ideológica del discurso.

2. PERTENENCIA: El individuo debe quedar incorporado al grupo y el grupo debe quedar incorporado a la estructura personal del individuo, haciendo que ajuste su conducta a las necesidades que el grupo ha fijado, que asuma las normas grupales no como algo procedente del exterior sino como provenientes del propio interior y que se ubique dentro del orden jerárquico del

[2] Usandivaras, R. J., "Psicología y psicoterapia de grupo", *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 2 (1):65, 1962.

grupo en la posición que se le ha asignado y desarrolle las conductas propias de su rol.

3. PERTINENCIA: El individuo debe actuar del modo adecuado al cumplimiento de la tarea, sin introducir factores perturbadores. En este sentido, el cuestionamiento de la tarea misma o del sistema en que el grupo se inscribe, pueden ser vistos como *impertinencias* que, de reiterarse, justificarán que se realice un "diagnóstico" de la "patología" grupal.

4. COOPERACIÓN: Es un ítem muy ligado al anterior cuando se trata de evaluar la integración. Se trata de co-operar, de obrar en conjunto, sin interponer obstáculos en el camino de los objetivos "del" grupo. Entrecomillamos el genitivo por entender que los objetivos no son "del" grupo sino que están fijados por factores exteriores a la reunión de las personas y que la formación misma del conjunto grupal obedece a objetivos que casi nunca son totalmente conscientes para los integrantes del grupo. Puede decirse sin temor que los grupos viven en la ideología, es decir, en un sistema imaginario de representaciones y comportamientos que presenta de un modo deformado la relación de ese grupo con el todo social estructurado y, *en este plano,* podríamos hablar con D. Anzieu de una "ilusión grupal".[3]

Se trata en los cuatro casos mencionados de objetivos de las técnicas de dinámica de grupos. Sabemos ya que a cada técnica de la psicología académica corresponde una racionalización ideológica. Acá se trata de "ayudar a la gente" en la realización de sus tareas cotidianas. Para ello, es menester implantar un clima "democrático" en el grupo. La palabra "democracia" sugiere la existencia de un gobierno elegido por la mayoría, el reconocimiento de la igualdad entre los integrantes, etc. Mas cuando vemos qué queda de esta democracia en su aplicación concreta a los grupos descubrimos la falacia de tales pretensiones pues la tarea, la ley y las jerarquías *preceden* a la constitución misma del grupo y el grupo "vive" en la medida en que no impugna las instituciones que lo fundan. La "democracia" queda así reducida a la "libre" discusión, al uso permitido de la palabra siempre que esté al servicio de la tarea asignada, que no sea palabra "impertinente", una "democracia", en suma, que existe para facilitar el aumento de la producción o la eficiencia de la institución. En la fábrica, por ejemplo, el grupo de trabajo discute "democráticamente" cómo coordinar las *actividades* de todos en la medida en que no se

[3] Anzieu, D., "L'illusion groupale", *Nouv. Revue de Psychanalyse,* nº 4, pp. 73-94, 1971.

objete el hecho primero de que la fábrica tiene un dueño y que todos deben vender su fuerza de trabajo a ese capitalista.

Los psicólogos sociales comparten esta ideología "democrática". Sin embargo, no todo es paz y armonía dentro de la corporación. A veces los vemos trabarse en agrias disputas cuando se trata de "comprender" y de "enseñar" lo que hacen. Y conste que no decimos "explicar" porque, con escasas excepciones, aceptan el carácter empírico de su disciplina. Sucede algo curioso: los psicólogos sociales están fundamentalmente de acuerdo en cuanto a la observación y descripción de los hechos y en cuanto a la implementación de las técnicas a que recurren. Pero discrepan —y hasta apasionadamente— cuando tienen que verbalizar esos hechos. Las diferencias radican fundamentalmente en el lenguaje empleado. Hay distintas escuelas y cada una tiene su propio modelo verbal para describir hechos empíricos sobre los que están de acuerdo. Así, por ejemplo, tenemos:

a] *un modelo biológico:* El grupo es considerado como un organismo que tiene que adaptarse a modificaciones ambientales por medio de conductas que reduzcan las tensiones que lo motivan; el objetivo del grupo es alcanzar un estado de "equilibrio" con el medio (y aquí lo biológico se impregna también de fisicalismo; la democracia, para los gestalistas, es una "buena forma").[4]

b] *un modelo sociológico:* Se pretende que el grupo reproduce, en pequeño, la estructura del conjunto de la sociedad y que, estudiándolo, se pueden comprender los fenómenos sociales más complejos. Es frecuente que en estos enfoques se subrayen enfáticamente problemas como la "batalla de los sexos" o "el conflicto de las generaciones" que tienen la obvia función de desplazar la posible inteligencia de la fuente de las "tensiones sociales", ofreciendo explicaciones alternativas. Como bien señala Pontalis "en el horizonte estaría la esperanza de ver diluirse los conflictos sociales en los ajustes de las personas a los pequeños grupos a los que pertenecen".[5]

c] *un modelo psicoanalítico:* El grupo tendría una estructura análoga a la del aparato psíquico del sujeto individual: Ello, Yo y Superyó y habría también pulsiones grupales que generarían ansiedades neuróticas y psicóticas frente a las cuales el grupo se defendería. Cada una de las manifestaciones de los integrantes del

[4] Pontalis, J. B., *Après Freud,* París, Gallimard, 1968.

[5] Pontalis, J. B., *Après Freud,* París, Gallimard, 1968, p. 244. [Hay traducción al castellano: *Después de Freud,* Buenos Aires, Sudamericana, 1974.]

grupo será vista, en este modelo nocional, como expresión de un "inconsciente grupal".[6]

d] *un modelo específicamente psicosociológico:* No recurre a analogías sino que produce sus propias nociones y describe los fenómenos con sus propias categorías: liderazgo, cohesión, rol, actitud, status, etc., con las que puede enmarcar a cualesquiera situaciones que tengan lugar dentro del grupo.

Habiendo llegado a enumerar estos cuatro modelos nos detenemos porque nunca seríamos capaces de agotar los innumerables lenguajes con que puede describirse un mismo fenómeno: cibernético, matemático, filosófico existencial o dialéctico (Sartre) o de cualquier otra clase. La condición única es que verdaderamente se renuncie a los cuestionamientos de raíz de lo que pasa dentro del grupo y a la posibilidad de explicar esas manifestaciones como efectos de la estructura social, que asigna las funciones a los grupos y delimita el terreno en el que pueden moverse.

En el curso de su actividad el psicólogo social descubre y describe los fenómenos grupales, encuentra regularidades a las que designa como leyes y experimenta técnicas que modifican las situaciones existentes en los grupos para dar lugar a otras nuevas. Ya sabemos que esta reproducción de las apariencias no es desdeñable sino que, por el contrario, es la tarea de producción de la materia prima con la que podrá desarrollarse después un trabajo científico. La cuestión es, sin embargo, que en las actuales circunstancias por las que atraviesa el modo de producción capitalista, es necesario presentar esta réplica de las apariencias como si consituyese un conocimiento científico. La investigación se hace con métodos que brindan una idea de cómo es la realidad de las conciencias y conductas de los sujetos ideológicos. Esto se consigue mediante las encuestas de actitudes y opiniones, la evaluación de las expectativas, las tendencias y las resistencias ante eventuales cambios, la medición de impacto de una campaña publicitaria, la exploración del mercado, etc. El conocimiento que se obtiene no sirve para explicar el porqué de los fenómenos que se han investigado. Los resultados se expresan generalmente en cifras que reproducen más o menos fielmente esa "realidad" de la ideología de los sujetos que es lo que se estuvo explorando sin

[6] Hay un ejemplo magnífico de la perversión del discurso psicoanalítico en el terreno de la psicología laboral. Lamentamos que sea tan extenso como para impedirnos su reproducción y recomendamos muy especialmente su lectura: E. Jacques: "Los sistemas sociales como defensa contra las ansiedades persecutoria y depresiva" pp. 458/477 del libro de Melanie Klein y col., *Nuevas direcciones en psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1965.

comprender ni pretender comprender a qué responde esa ideología. Pasa lo mismo que cuando tomamos una fotografía de un objeto: tenemos una reproducción de la apariencia del mismo pero no una explicación de por qué es como es. Las columnas de cifras, como la fotografía, tienen una objetividad, son *reales*. Y el efecto de la investigación psicosocial consiste precisamente en esta *realización de lo real* que, como dice Herbert,[7] "[se hace] con miras a una adaptación o readaptación de las relaciones sociales a la práctica social global, considerada como el invariante del sistema". En otras palabras, hay que saber qué piensa la gente, de qué manera actúa y cómo interactúa para mantener el nivel de adaptación al conjunto del sistema tal como existe y, si se detectan señales que permitan presumir perturbaciones en la organización global de la sociedad, hay que readaptar cambiándolo todo para que todo siga como está.

De esta manera, investigando para realizar lo real y modificando para que lo esencial permanezca inmutable, el psicólogo social interviene en todos los lugares donde hay grupos de personas que desempeñan tareas. Está en todos los aparatos del Estado: ideológicos, represivos y técnicos con la función asignada de lubricar la ejecución de las distintas tareas, de incrementar la productividad de los trabajadores, de mejorar el aprendizaje de los educandos, de disciplinar y hacer aceptar el orden vigente. Los objetivos son claros: integrar al sujeto a la institución haciendo que se sienta perteneciente a ella y obligado a cumplir con sus leyes, que acepte las prescripciones del "principio de realidad" que para él "se" han fijado. Otro objetivo, del que se hablará también en los próximos dos capítulos, es el de detectar a los individuos que son incapaces de trabajar bien en el grupo, marginales, impertinentes, no cooperativos ni integrados, en suma, los "inadaptados" que serán después tributarios de uno de dos cauces posibles: a) si son recuperables, pasarán a alguna forma de terapia o readaptación y b) si no lo son, serán expulsados y transformados en desocupados, delincuentes o locos. Es sabido que Levi-Strauss distingue dos tipos de culturas: las antropofágicas que devoran a los sujetos y las antropoémicas que los vomitan. Las formaciones sociales dominadas por el modo de producción capitalista tragan a todos los sujetos que pueden y vomitan a aquellos que no se puede comer, excluyéndolos, encerrándolos,

[7] Herbert, Th. "Reflexiones sobre la situación teórica de las ciencias sociales, especialmente de la psicología social", pp. 41-76 del libro de Miller y Herbert, *Ciencias sociales: ideología y conocimiento*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

quitándoles o acortándoles la vida. Una de las principales funciones atribuidas a la psicología y, muy especialmente, a la psicología social es la de determinar, según la conducta en el grupo, cuáles son los sujetos recuperables, aquellos a los que aún se puede asimilar y digerir y cuáles son los individuos que deben ser vomitados.

Un programa

Estas consideraciones referentes a la actividad de los psicólogos sociales serán ampliadas en el último capítulo sobre "rol del psicólogo". El problema que nos resta por abordar ahora que hemos hecho el análisis crítico de la psicología social académica es el de si queda un lugar teórico disponible para el trabajo en psicología social o si, por el contrario, se trata de una disciplina condenada a vivir para siempre en el plano de las ideologías empíricas comandadas por el encargo social de las clases dominantes.

Se trata de diseñar un programa de trabajo teórico para una región científica insuficientemente explorada y de inventariar los instrumentos teóricos que ya poseemos para encarar tal tarea. Como dice Herbert: "Hay que esbozar posibilidades nuevas a la luz de lo que hemos aprendido en el camino". En otras palabras: hay una problemática abierta por esta variante de la práctica ideológica que es la psicología social desarrollada tanto en las formaciones sociales dominadas por el capitalismo como en las predominantemente socialistas;[8] el desafío teórico es el de construir la ciencia de esta ideología, el sistema de conceptos teóricos que dé cuenta del mecanismo de producción de los fenómenos observados y de las razones de la eficacia de las técnicas empleadas. No podemos limitarnos a "condenar" a la psicología social; es necesario que marquemos que ella recubre el lugar teórico sobre el cual puede asentar una ciencia de la instancia ideológica. Y ya hemos visto en el sector correspondiente del cap. 4 cuáles son los elementos que aportan el *materialismo histórico* en su condición de ciencia de los modos de producción, de las formaciones sociales y de su transformación y el *psicoanálisis* como teoría de la

[8] Puede consultarse al respecto el artículo del alemán oriental H. Hiebsch, "Proyectos y deberes de la psicología social", pp. 167-186 del libro de Luria y otros, *Problemática científica de la psicología actual*, Buenos Aires, Orbelus, 1968.

sujetación en tanto que mecanismo de producción y reproducción del sujeto ideológico para la tarea que nos hemos trazado.

Y remplazaremos en este punto la exposición que podríamos hacer de cuál es la problemática abierta en este campo por la traducción de la respuesta que Michel Pécheux ya ha formulado y con la que, de más está decirlo, coincidimos plenamente.

Es prematuro diseñar la lista de los problemas que tal orientación permite formular. Sin embargo, se puede desde ya mencionar:

1. Un conjunto de cuestiones teóricas concernientes a las implicaciones de la dominación de un modo de producción no socialista sobre una formación social en tanto que ella determina la repartición–distribución de los agentes humanos en clases antagónicas; de donde surgen las siguientes direcciones de trabajo:

Estudio de los procesos de *ubicación de los sujetos* impuestos por las relaciones de producción.

Estudio de los procesos de *borramiento*[9] *de esta ubicación*, ligados a la autonomización del sujeto (soporte de tal ubicación) y a los mecanismos ideológicos de la subjetividad libre (el trabajador debe ser libre para ser explotado), por los cuales el sujeto se relaciona con su subjetividad político-jurídica e ideológica[10] (problema de la relación del sujeto con sus representaciones que envuelve el problema de las relaciones entre ideología e inconsciente).

Elaboración de la teoría del sujeto-soporte en tanto que *representante de clase*, es decir, en tanto que lugar de los efectos combinados de la ubicación y de su borramiento; ésto se liga con los problemas de la relación entre situación y posición de clase conectada con el funcionamiento de los aparatos institucionales de la formación social considerada.

2. Los problemas concernientes al apuntalamiento de las formas de la animalidad humana (considerada aquí a la vez como elemento etológico y como leyes del organismo humano individual) sobre el modo de producción que domina la formación social considerada.

En este punto, las cuestiones ligadas a la formación, reproducción, transformación, organización y dirección de la fuerza de trabajo, en tanto que ella interviene en el proceso de apropiación material de la naturaleza. Estas cuestiones no pueden separarse de las que conciernen al proceso de apropiación social del producto, determinado por las relaciones de producción que asignan la forma de explotación de la fuerza de trabajo. La interdependencia de estos dos aspectos remite a los procesos evocados en 1.

3. Los problemas ligados a la definición teórica de las *formas de la individualidad histórica* en tanto ellas dependan de formaciones insti-

[9] De "inconscientización" nos atreveríamos a sugerir.

[10] La ideología de sujeto de que hemos hablado en otra parte.

tucionales, políticas e ideológicas que interactúan según reglas de dominación coyuntural determinadas por la instancia económica del modo de producción (lo que implica abordar las cuestiones de las "sobrevivencias" políticas e ideológicas así como las de los "presupuestos" políticos o ideológicos ligados al funcionamiento de la instancia económica).

Estas cuestiones desembocan en la necesidad de construir una teoría de las transformaciones coyunturales de las formaciones institucionales, políticas e ideológicas (ideologías prácticas y teóricas), lo que implica el examen de los procesos conflictivos (alianzas, combinaciones, escisiones, rupturas) mediante los cuales se operan estas transformaciones.

Los tres dominios que se terminan de evocar están recubiertos y disimulados actualmente por:

1º: La psicología social de las *opiniones, actitudes y decisiones;*

2º: Las investigaciones de *ergonomía psicosocial* y

3º: Los análisis referidos al *cambio social.*

Estos dominios pueden ser literalmente *descubiertos* a condición de efectuar de entrada el *cambio de terreno* (teórico y práctico-experimental) que exigen para su formulación y desarrollo.

Pueden tomarse los términos de Engels para subrayar una vez más que no se liquidará el problema de la relación entre estos dos campos teóricos "con algunos trucos de prestidigitador sino a través de un lento y *laborioso trabajo de la filosofía y de las ciencias*".[11]

Es lícito preguntarse por qué este programa de trabajo teórico no ha podido ser formulado con claridad hasta este momento. Cuanto hemos hablado sobre el encargo social nos permite comprender que ese encargo no incluye nunca ni mucho menos impone la tarea científica. Por el contrario, ésta debe comenzar por levantar los obstáculos epistemológicos interpuestos por la ideología de apariencia teórica que domina el campo y lo oculta. La ciencia de la instancia ideológica tiene que nacer y está naciendo en contra del encargo social que cumplen las llamadas "ciencias sociales". Y es por las grietas del discurso de éstas por donde, practicando la lectura sintomal, puede avizorarse la tarea a realizar. Piénsese, a modo de ejemplo, en la relación que existe entre el programa de Pécheux que venimos de citar y la frase de Maisonneuve que colocamos a modo de epígrafe: "Aquello que interesa especialmente al psicólogo social es establecer cómo cada sujeto se adapta a las normas colectivas, cómo se integra en los medios que lo rodean, qué rol desempeña allí, qué representación se forma él de tal rol y qué influencia eventual ejerce en el

[11] Pécheux, M., "Sur la conjoncture théorique de la psychologie sociale", *Bulletin de Psychologie,* 23 (281):290-97, 1969-70.

mismo". La comparación entre ambos textos es paradigmática de la oposición entre un planteo que responde al encargo social y que no puede tener otro efecto que la *realización de lo real* y otro planteo que denuncia e impugna ese encargo y del que puede surgir una ciencia que sirva como instrumento en la *transformación de lo real.*

CAPÍTULO 16

EL ENCARGO SOCIAL Y LAS PREMISAS OPERANTES EN LA PSICOLOGÍA CLÍNICA

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN

> *Una vez superada con éxito* [la fase de la adolescencia] la persona surge como un ser con respeto a sí mismo, adecuado casi a cualquier situación, con el respeto a los demás que ese respeto a sí mismo implica; con la dignidad que cuadra a la elevada actuación de una personalidad competente; y con la libertad de iniciativa personal que representa una confortable adaptación de la propia situación personal a las circunstancias que caracterizan al orden social del que uno es parte.
>
> HARRY S. SULLIVAN, *Concepciones de la psiquiatría moderna*, Buenos Aires, Psique, 1959, p. 67.

Hemos dicho que en el campo de la psicología (académica) aplicada reconocíamos empíricamente dos sectores imprecisamente diferenciados. Después de transitar por el sector de la *psicología social* pasamos ahora al de la *psicología clínica*. Delimitarla es tarea difícil para la que no nos sentimos capacitados. En realidad, también los autores que escriben libros dedicados específicamente a ella omiten el tema de su definición. Algunos autores, de los cuales D. Lagache es el más relevante[1] la identifican con una actitud metodológica basada en el recurso sistemático al método clínico. No repetiremos las dificultades que plantea la idea misma de "método clínico" que ya fueron expuestas en el capítulo 5. En la perspectiva que estamos considerando, la del análisis de las funciones que cumple cada rama de la psicología, la elección metodológica no es decisiva. Sí lo es, en cambio, la selección del objeto empírico y del tipo de problemas que el especialista o supuesto especialista reclama como pertenecientes a su jurisdicción.

Al igual que en capítulos anteriores recurriremos a un autor representativo para que nos oriente en su tema. A diferencia de

[1] Lagache, D., *L'unité de la psychologie*, París, PUF, 1969, p. 32.

esos capítulos, no tardaremos en abandonar a nuestro Virgilio para dedicarnos a reflexionar por nuestra propia cuenta. El guía nos dice:

Los psicólogos clínicos difieren como grupo de sus colegas psicólogos en razón de su mayor familiaridad con el interés en la teoría de la personalidad y la psicopatología, las técnicas de diagnóstico y la psicoterapia. Entre sí, sin embargo, los psicólogos clínicos difieren ampliamente respecto de las teorías a las que adhieren y de las técnicas específicas de diagnóstico y terapia que utilizan en sus actividades. De hecho, la variación respecto de la orientación teórica y de las técnicas empíricas es tan grande que es extremadamente difícil identificar ninguna cualidad real de la psicología clínica como una disciplina sustantiva. Tal vez lo mejor que uno puede hacer es decir que la psicología clínica es aquello en lo que piensan, aquello acerca de lo que escriben y aquello que hacen los psicólogos clínicos.[2]

La conclusión es de un radical escepticismo en lo teórico pero nosotros no queríamos otra cosa que una demarcación empírica y el texto nos la da: la teoría de la personalidad (ya la vimos: capítulo 13) y la psicopatología, el psicodiagnóstico y la psicoterapia, designaciones todas relacionadas con categorías que, como la misma designación de psicología *clínica* nos lo anticipa, remiten al campo de la medicina, de la salud y la enfermedad. Parece haber aquí una contradicción entre lo que nosotros habíamos anticipado en el capítulo anterior sobre la psicología clínica como aquella que tomaba como objeto empírico a los sujetos individuales y esta definición que parece restringirla en el marco más limitado de la "patología". Pero no creemos que haya tal contradicción; sucede simplemente que la psicología clínica se ocupa de los individuos en tanto ellos constituyen un *problema* para alguien. Veámoslo en una definición que el mismo autor propuso en el mismo artículo unas páginas antes de caer en el escepticismo ya apuntado:

La mejor definición amplia de la psicología clínica parecía ser "la aplicación de los principios y de las técnicas psicológicas a la solución de los problemas que confrontan los individuos" (*loc. cit.*, p. 105).

Y Lowell Kelly subraya los dos aspectos rescatables de la definición a la que después, de todos modos, habrá de renunciar: a)

[2] Lowell, Kelly E., "Clinical psychology: The postwar decade", pp. 104-121 del libro *Clinical psychology: Science and profession*, comp. por Ivan Mensh, Nueva York, Macmillan, 1966.

la psicología clínica es un segmento de la psicología aplicada y b) esa aplicación se hace sobre los verdaderos problemas vitales de los individuos.

Mas ahora podemos ver que la contradicción no existe entre nuestra aproximación del capítulo anterior y la definición que se arrogan los psicólogos clínicos sino que la contradicción es inherente al campo mismo de su actividad: parten de los problemas reales de los individuos singulares y, cuando quieren pensar esa realidad empírica, lo hacen en términos que no les pertenecen sino que han tomado del campo de la medicina, entendida biológicamente:[3] salud, enfermedad, diagnóstico, tratamiento, patología. Y acá estamos ya en condiciones de testimoniar acerca de un salto injustificado y encubierto que se opera en el discurso de la psicología clínica. En efecto, no se comprende bien por qué los problemas vitales de un sujeto determinado deben ser pensados y analizados en términos médicos.

Debemos buscar —y allí encontraremos— las razones de este deslizamiento en la propuesta generalmente aceptada de la "conducta" como el "objeto" de la psicología. Ya que la "adaptación" es la finalidad de la conducta del organismo biológico resulta fácil suponer que tal organismo se enfrenta con un *problema* cuando no dispone de la posibilidad de responder adaptativamente frente a una situación que se le plantea en su medio. En ese momento el organismo vegetal o animal traspasa los límites de sus capacidades fisiológicas y aparecen alteraciones en el funcionamiento orgánico acompañadas por lo común de transformaciones estructurales, anatómicas, a las que la medicina designa con el vocablo correspondiente: *enfermedad*. Si un animal susceptible entra en contacto con el bacilo de Koch no tarda en experimentar una reacción defensiva inflamatoria que, si todo marcha bien, termina en el rechazo del germen invasor y la adquisición de un estado de inmunidad contra eventuales infecciones futuras causadas por esa bacteria. La reacción es claramente adaptativa. En ocasiones los procesos inflamatorios no alcanzan a cumplir integralmente con su misión y los bacilos se acantonan crónicamente en ciertos órganos provocando una alteración general del funcionamiento orgánico: hay lesiones anatómicas visibles macro y microscópicamente, fiebre, etc. Estamos ante la tuberculosis, ante

[3] En lo sucesivo utilizaremos expresiones provenientes del vocabulario médico en el sentido que les confiere la ideología médica vigente, expresión en ese sector de la ideología dominante. En el propio campo de la medicina tienen lugar desarrollos con base científica, actualmente marginales, que impugnan y contradicen tal ideología.

la enfermedad, ante un estado de inadaptación que debe ser combatido para que el organismo pueda continuar viviendo y funcionando "normalmente". Resulta claro así que los términos de la siguiente ecuación son relativamente intercambiables:

SALUD = ADAPTACIÓN = NORMALIDAD

Y, por lo tanto, *en el plano de la biología,* también lo son sus contrarios:

ENFERMEDAD = INADAPTACIÓN = ANORMALIDAD

Pero podemos poner otro ejemplo: un adolescente se separa de su familia para ingresar en un colegio militar. Las normas que allí imperan son muy distintas de las de su hogar: hay un sistema jerárquico rígido, una disciplina inquebrantable, una escala de valores que deben ser compartidos para pertenecer a la institución. El superior siempre tiene razón, la desobediencia se paga en el calabozo, la subordinación importa más que la inteligencia. Nuestro adolescente tiene tres caminos: "adaptarse", esto es, cumplir con lo que "se" espera de él, aceptar su lugar, postergar sus reivindicaciones hasta el momento en que disponga del poder suficiente, adoptar el sistema de representaciones y comportamientos coherente con su posición dentro de la institución; declararse "inapto" para lo que se espera de él, asumir su fracaso y renunciar a sus expectativas o a las expectativas de los otros y cambiar sus proyectos vitales; "inadaptarse" dentro de la institución, sin renunciar a ella, exponiéndose a las sanciones estipuladas en el código desde antes de su ingreso, impugnar la autoridad y rebelarse contra ella, negarse a cumplir las órdenes y a encarnar los valores impuestos. Si adopta la primera solución es un cadete "adaptado", cumple con las normas al igual que la mayoría y, por lo tanto, es "normal" tanto desde un punto de vista normativo como estadístico y como no siente que tiene un "problema" ni constituye un problema para los demás es "sano". De seguir el segundo camino será transitoriamente un "inadaptado" hasta que encuentre un "medio" en el que pueda funcionar "normalmente"; en la medida en que renuncia a la institución, no constituye un "problema" para ella y su "problema" personal podrá ser encarado, por ejemplo, mediante un estudio vocacional que permita orientarlo hacia un "ambiente" en el que la "adaptación" le sea posible. Pero si sigue por el tercero... se intentará primero corregir la "anormalidad" mediante castigos por aquello

de que "el gato escaldado huye del agua fría" (y esto podrá llamarse también "terapia conductual": véase la obra de Skinner, *vedette* de la psicología contemporánea, o *La naranja mecánica* de Burgess) y, al mismo tiempo, nuestro adolescente será rotulado: "inadaptado", "anormal", "enfermo", "psicópata".

Es el momento de leer despiadadamente el epígrafe del capítulo acerca de la "persona ideal", esa persona que "hay" que ser y a la que el psicólogo debe tratar de llegar con las ovejas descarriadas. Esa persona que sale de la adolescencia "adecuada casi a cualquier situación" ..."y con la libertad de iniciativa personal"... "adaptado...al orden social del que uno es parte". Eso sí, "confortablemente". Y el autor que venimos citando no es un conductista que se maneja con el reduccionismo biologista. No; es un presunto psicoanalista que no trepida en reclamar su parte en la herencia freudiana y el promotor de la idea de que la psiquiatría es una ciencia de las relaciones interpersonales. Claro, de la adolescencia no se sale siempre tan felizmente como se desprende del epígrafe; a veces tal fase no es "superada con éxito". Es el caso de nuestro adolescente rebelde en el colegio militar. En la página 87 del mismo libro Sullivan nos enseña a conceptualizarlo:

> Estas son las personalidades no-integrativas, las así llamadas *psicopáticas*, que son superlativas como valores sociales molestos y de gran interés teórico para la psiquiatría... Es tan difícil y desconcertante tratar con ellos que son muy pocos los datos de valor que se han logrado acumular. Yo creo que lo más esencial en una investigación en ese terreno es la aplicación de las técnicas usadas en el estudio de los antropoides. Eso nos proporcionará claves importantes para dilucidar la conducta verbal en el psicópata y de ese modo podríamos llegar a desentrañar su yo relativamente degenerado.

Y mucho más adelante (p. 199) nos dirá que corresponde también incluir en esta categoría a las personas que adhieren a ideologías radicales, extrañas a su pasado, que pretenden levantar un mundo mejor (sic) sobre las ruinas del actual.

Estamos apreciando la significación precisa que tiene el concepto de "enfermedad" y su relación con el de "inadaptación" en el plano de la biología (ejemplo del organismo afectado por el bacilo de Koch) y como ese concepto es desnaturalizado cuando se traslada al terreno de la psicología y se comienza a hablar de "conducta inadaptada" o "anormal". Una última referencia bibliográfica de este tipo:

¿Qué es conducta normal? ¿Qué es adaptación? ¿Difiere la conducta normal de la adaptación de la personalidad?... Puede decirse que tanto la conducta normal como la adaptación consisten en acciones socialmente aprobadas. Por lo tanto, conducta anormal e inadaptación se convierten en sinónimos de acciones que son socialmente inaceptables... La evaluación de la conducta de un individuo como normal o anormal depende de las normas de la cultura a la que pertenece. *Se espera que el individuo se adapte a las expectativas del grupo si desea ser aceptado* [4][subrayado nuestro].

Tenemos ya todas las cartas en la mano para saber quién es el sujeto sano-adaptado-normal. Quien ha recorrido sin inconvenientes el proceso de sujetación, quien asimiló las normas imperantes en cada uno de los aparatos ideológicos del Estado, quien ha reprimido pulsiones y renunciado a otra realización del deseo que la inofensiva del soñar, quien se ha identificado con la ley hasta el punto de que ésta actúa desde el interior y no requiere de coerción exterior, quien se vuelca productivamente sobre la realidad exterior sin cuestionarla. En caso contrario, ya sabemos, tenemos por delante a un inadaptado-anormal-enfermo. Alguien que experimenta la conciencia del deseo y busca realizarlo por caminos distintos de los permitidos o se defiende de él desplazándolo en multiformes formaciones sintomáticas de compromiso. Alguien que recusa la ley o está torturado bajo su peso, del que no puede liberarse. Alguien que encuentra intolerable la realidad del "ambiente" que lo rodea y busca su transformación radical o que niega la existencia misma de esa realidad y se repliega sobre sí mismo transformando sus representaciones de la realidad y pasando a vivir en un mundo privado. Después de ver quién es "sano" y quién "enfermo" afirmamos que la definición vigente de "salud mental" establece (sin decirlo) que consiste en: *producir eficientemente, no protestar, no sentir ganas de protestar y no despertar las protestas de los demás.* Para decirlo de otro modo y más brevemente: la salud es el silencio y la pasividad, la aceptación resignada del lugar de sujeto ideológico. El rechazo de la realidad, el grito contra ella y la actividad transformadora son lo contrario de la "salud". En nuestra definición de lo que se entiende por salud hay un rasgo, el de *producir,* que debe ser entendido en sentido amplio: no sólo se produce en el lugar de trabajo, también produce el niño en la escuela, el padre cuando se reproduce biológica y psicológicamente en sus hijos, la mujer que vigila la marcha regular de los asuntos domés-

[4] Dana, R. H., *Teoría y práctica de la psicología clínica,* Buenos Aires, Paidós, 1972, p. 46.

ticos y ofrece su frigidez para la descarga genital del marido, el desocupado que espera la aparición de vacantes para entrar a ocuparlas y, por el solo hecho de estar ofreciendo fuerza de trabajo barata, determina una reducción en el nivel de los salarios de quienes efectivamente trabajan y hasta produce el que consume pues al consumir mercancías obliga a reproducirlas, produce producción y, en consecuencia, produce extracción de plusvalía. Todos éstos producen siempre que lo hagan en silencio. La oposición a desempeñar semejantes "roles" es una expresión "patológica" que merece un "tratamiento" capaz de alcanzar la "readaptación".

La estratagema verbal que emplean la psicología clínica y su doble, la psiquiatría, puede esquematizarse bien en otra ecuación:

CONDUCTA ANORMAL = TRASTORNO DE LA CONDUCTA =ENFERMEDAD MENTAL

Puede verse la doble extrapolación, auténtica alquimia del verbo, en cuyo seno la psicología clínica y la psiquiatría producen su oro: se extrajo el término "conducta" de la biología y *se lo llevó al campo de la psicología* para que en él germine la semilla de la adaptación social... y después se aisló la conducta que constituía un obstáculo para la organización social y *se la devolvió al campo de la biología* cargando con el marbete de la "enfermedad". Eso sí, no cualquier enfermedad; ésta es la enfermedad "mental". No fueron pocas las dificultades que tuvo Miller para definir qué era esa "mente" de la que se ocupaba la psicología. Mas aquí todo parece fácil. Cuando decimos "enfermedad pulmonar" o "enfermedad cerebral" aludimos a un conocimiento localizacionista que tenemos de la anatomía; semejantes expresiones no inducen a confusión alguna. Pero cuando decimos "enfermedad mental" no podemos dar por supuesto que conocemos qué es la mente y mucho menos acudir a criterios localizacionistas. Si la "mente" no es un órgano que tiene realidad anatómica —y en ésto el acuerdo es total—, ¿cuál es el sentido de la expresión "enfermedad mental"?

R. H. Dana nos lo dijo pocas líneas más arriba: "conducta anormal e inadaptación se convierten en sinónimos de acciones que son socialmente inaceptables". El sujeto que realiza tales acciones se ve transformado en un "enfermo". Cuando leemos estos argumentos sentimos que se trata de una cuestión verbal, de una cuestión de palabras. Pero no es una disputa escolástica para quien recibe la etiqueta de "enfermo". Para él se ponen en marcha todos los mecanismos de la "curación" y la "rehabilitación"; para

él hay médicos y enfermeras y psicólogos, los quiera o no. Para él hay internaciones forzadas en campos de concentración llamados "hospitales psiquiátricos". Para él hay juicios de insanía en los que puede perder todos sus derechos de ciudadano. Para él queda, una vez "curado", es decir, readaptado, un estigma imborrable que lo transforma en un proscripto. Algunos de ellos sólo pueden ser entendidos, Sullivan dixit, "con las técnicas usadas en el estudio de los antropoides". Para el que recibe la calificación de "enfermo mental" esta cuestión "teórica" que estamos debatiendo es asunto de vida o muerte. Este sujeto es el agente de "acciones socialmente inaceptables". ¿Inaceptables para quién? Obviamente, para quien espera de tal sujeto otras conductas, acciones aceptables conformes al "orden social del que uno es parte". El "enfermo" es aquel que no llega a integrarse sin fricciones en el lugar de sujeto ideológico que le está asignado. La decisión técnica, "diagnóstica" de que el "problema" está en él tiene, entre otras, la tácita misión de ocultar la responsabilidad del "orden social" que ha asignado ese lugar que no armoniza con las características del sujeto-soporte en cuestión. El desplazamiento del problema desde la psicología a la biología es un artefacto verbal con consecuencias prácticas tremendas que cumple con la función, imprescindible para el orden social, de absolverlo de responsabilidades en el sufrimiento de sus integrantes. Un problema político es el que aparece bajo el manto del vocabulario médico. El discurso de la psicología clínica y el de la psiquiatría se presentan ahora bajo una nueva faz: recubren y disimulan un discurso político que debe permanecer oculto para que las contradicciones del sistema no lo hagan tambalear. Vayan las reproducciones de párrafos efectuadas como ejemplos paradigmáticos. El núcleo de la tesis que planteamos está en la impugnación, dentro de la expresión "enfermedad mental", del vocablo "enfermedad" y del vocablo "mental" y en la propuesta de que, si se trata de "acciones socialmente inaceptables", se pase a discutir sobre la legitimidad de lo que en este momento concreto de la evolución histórica de nuestras formaciones sociales se entiende que es socialmente aceptable para, desde allí, redefinir las causas, los mecanismos y las posibles vías de solución del sufrimiento experimentado por los llamados "enfermos mentales". Llegados a este punto, se impone una precisión. Negamos que sean "enfermedades" y negamos que sean "mentales", pero no negamos que las personas que encuentran dificultades para ubicarse o que rechazan los lugares asignados de sujetos ideológicos pueden sufrir y, de hecho, frecuentemente sufren por su condición. A lo que

nos oponemos es a considerar "enfermedad" a este sufrimiento porque, si lo hiciéramos, estaríamos complicándonos en el desplazamiento del problema a la biología con la consiguiente absolución de la estructura social involucrada. Y, puesto que actuamos en un terreno caracterizado por parte de quien demanda nuestros servicios, el llamado "paciente", por el sufrimiento subjetivo, no podemos dejar de actuar con los medios a nuestro alcance para atenuar tal sufrimiento y, en lo posible, para esclarecer y combatir sus causas o los mecanismos a través de los cuales esas causas actúan. La expresión "enfermedad mental", en consecuencia, debe ser rechazada como una metáfora nada inocente, pero la realidad que es aludida y eludida por ella es la de masas de personas que sufren y que, además de sufrir, son rotuladas, alteradas, discriminadas y proscritas mediante el uso de nociones ideológicas e instrumentos técnicos cuyo manejo ha sido confiado a psicólogos clínicos y psiquiatras. En los términos propuestos por L. Bonnafé el enfermo se nos muestra como "la encarnación desdichada de una protesta justa contra una opresión injusta".

En el plano teórico, el desplazamiento a la biología de estas "desdichadas encarnaciones" provoca otras consecuencias: si son "enfermedades" hay que buscar en el cuerpo y especialmente en el sistema nervioso las manifestaciones anatómicas y funcionales de su presencia. Las "causas" se transforman en "etiología", los "mecanismos" en "patogenia", las "manifestaciones fenoménicas" en "cuadro clínico", las necesarias "soluciones" en "tratamiento". Está en vigencia el "modelo médico" y su vocabulario correspondiente. Para muchos autores existe la suposición de que, si hay "enfermedad", tiene que haber también una "anatomía patológica" y una "fisiología patológica". La reiteración de investigaciones en torno a esta hipótesis ha dado, después de algunos resultados positivos, una casi sistemática repetición de hallazgos negativos: no hay anatomía patológica ni alteraciones detectables a nivel funcional en el sistema nervioso en los "casos" que constituyen el grueso de la actividad clínica. La respuesta de los autores organicistas es la de confiar en que, tarde o temprano, se terminará por descubrir estos factores que permanecen ignotos a pesar del refinamiento de las técnicas bioquímicas y ultramicroscópicas.

Hace muchos siglos vivía en Grecia un pensador que fue autor de una experiencia que hoy nos parece brutal y elemental. Alcmeón de Crotona —que así se llamaba— desmayó a un caballo de un garrotazo y dedujo que el alma residía en el cerebro. El recuerdo de esta historia viene al caso porque en nuestro tiempo

se continúa procediendo del mismo modo. Los investigadores observan que es posible modificar las conductas llamadas anormales de los "enfermos" mediante recursos físicos (electroshocks) o químicos (psicodrogas) y deducen que si estas formas de actuar sobre el sistema nervioso son "efectivas" es porque hay "algo" en el sistema nervioso de estos pacientes que anda mal. Y que nadie piense que nosotros creemos que puedan llegar a existir conductas humanas capaces de realizarse sin intervención de las estructuras nerviosas o que no puedan ser alteradas mediante intervenciones sobre los mecanismos neurológicos de integración. Nuestra tesis, simplemente, es la de que tanto estos medios fisicoquímicos que modifican las conductas como las presuntas alteraciones que ellos vendrían a corregir no se ubican en otro nivel que el de los "mecanismos" fisiológicos de la conducta llamada anormal. La investigación biológica puede aportar datos fundamentales acerca del "cómo" de las conductas, sean estas consideradas normales o anormales, pero es incapaz de trascender este nivel y alcanzar el plano de las explicaciones, de los "por qué" de tales conductas. Finalmente, señalaremos la semejanza estructural entre la doctrina medieval de la "posesión" y la contemporánea de la "enfermedad mental". En los tiempos en que reinaba la superstición se decía que los desubicados y los excéntricos lo eran porque en ellos habían entrado demonios que se apoderaron de sus almas y que debían ser liberados mediante exorcismos. La ideología vigente en nuestro iluminado presente es que estas personas tienen "algo" que es extraño a ellos y que debe serles extraído; claro está, ese "algo" ya no se llama demonio, ahora se llama "enfermedad". Correlativamente, el funcionario encargado de la misión ya no es el sacerdote, ahora es el médico psiquiatra o el psicólogo clínico. Y nuevamente nos vemos obligados a aclarar nuestra posición: no se trata de negar la existencia de sujetos "inadaptados", de personas que no asumen una ideología de sujeto coherente con su lugar de sujeto ideológico, de individuos que son señalados y discriminados como distintos por sus contemporáneos y, mucho menos, de negar el sufrimiento en ocasiones desgarrador que los acompaña durante sus vidas. Tratamos, eso sí, de superar la ilusión de que la reducción de estos problemas al mundo y al vocabulario y a las técnicas de la biología pueda algún día permitir su comprensión acabada y un dominio racional de las determinaciones subyacentes. En otras palabras, en este campo, como en todos los demás, para llegar a saber y para estar en condiciones de transformar se impone trabajar en una reformulación de la problemática a partir de cier-

tos jalones científicos ya consolidados: la teoría del sujeto fundada en el psicoanálisis y la teoría de las formaciones sociales expresada en el materialismo histórico.

Junto a esta transposición de explicaciones y modelos salidos de la biología persiste aun el uso de nociones originadas en la vieja psicología de las funciones psíquicas que está presente en los modelos todavía hoy vigentes de la semiología, en la nosotaxia y en ciertas especulaciones sobre la fenomenología de la enfermedad mental. La "utilidad" de estas nociones obsoletas consisten en que permiten eludir al "experto" los cuestionamientos sobre la vinculación del sufrimiento del paciente con su experiencia histórica real en el seno de la estructura social y posibilitan que el psicólogo clínico se acantone en una jerga seudocientífica basada en el reconocimiento-desconocimiento de los "trastornos".

Por otra parte, se nota cada vez más la importación mecánica al discurso de la psicología clínica de términos y de modelos tomados de la cibernética que permiten hablar e investigar a las "enfermedades mentales" como "trastornos de la comunicación" o como distorsiones en "los mecanismos de recepción de la información, decodificación, emisión de los mensajes", etc., términos todos que vienen a llenar verbalmente las lagunas dejadas por los viejos esquemas de estímulo-respuesta o los aún más vetustos de la psicología clásica que recién hemos mencionado. Detrás de la jerga de los "comunicólogos" está la misma elisión de lo social, aunque ello queda disimulado porque el tema es la "comunicación" y, por lo tanto, las "transacciones sociales". Pero sucede que la "interacción" es analizada, como sucedía en la psicolgía social del capítulo precedente, en términos puramente empíricos y no comprendida como efectos de la relación del sujeto con el sistema en el que está incluido y a partir del cual podría entenderse la significación de los intercambios en cuyos detalles se enredan los especialistas de la "comunicación".

Los esquemas estímulo-respuesta propios del conductismo, a su vez, son también reformulados para sumarlos al arsenal de las técnicas aptas para el manejo de los inadaptados. Se trata de los procedimientos de la llamada "terapia conductual" que pretenden (y muchas veces logran) controlar las "conductas patológicas" sometiendo a los sujetos a un sistema de recompensas y castigos cuya fundamentación debe buscarse en la doctrina fisiológica de los reflejos condicionados y cuya teorización contemporánea ha corrido por cuenta de B. F. Skinner. Se trata de "premiar" las conductas adaptativas y de "castigar" las inadaptativas hasta que el sujeto "aprende" cuál es el comportamiento que "se" espera

de él. Es posible que estas técnicas sean utilizadas de modo cada vez más frecuente en un futuro cercano porque son de invalorable "utilidad" para un sistema que necesita imperiosamente cambiarlo todo para que todo siga igual. Las terapias conductuales sirven de modo perfecto a la ideología de la manipulación y de la eficiencia que es la de las clases dominantes en esta etapa del modo capitalista de producción. Puede vaticinarse que la influencia de este vocabulario, estos investigadores y estos resultados aumentará de modo arrollador en los próximos años en la metrópolis yanki y en los ambientes universitarios que de ella dependen.

Venimos de analizar detenidamente la metáfora biológica que hace de los desubicados (literalmente, los que están fuera de su lugar), "enfermos". En complicidad con el uso del modelo médico debe verse el uso de la *trampa estadística*. El proceso de sujetación al que tantas veces nos hemos referido termina habitualmente en la constitución de un sujeto portador y agente de una cierta organización de la conciencia y de la conducta que es congruente con la estructura social. Dijimos bien: *habitualmente*, esto es, la mayoría de las veces, pero no siempre. Cuando pasamos a investigar a los sujetos ideológicos en su constitución vemos que la gran mayoría de ellos presenta la ideología de sujeto que les permite actuar de modo adaptado en los procesos sociales. A éstos, a los que son como la mayoría, se les considera estadísticamente "normales" y son los que están en condiciones de adecuarse a lo que "se" espera de ellos. Los que son distintos son, claro está, "anormales" y si esta anormalidad se refiere a alguna norma cuyo mantenimiento es vital para el orden constituido, los anormales son también "inadaptados", presentan "trastornos de la conducta", están "enfermos". Lógicamente, "hay que curarlos". Es decir, cuando hemos asimilado desviación de la norma estadística y "enfermedad mental" podemos recurrir al modelo médico que nos suministrará todo el esqueleto nocional para encarar la transformación de los anormales bajo la capa humanitaria de que nos dedicamos a "curarlos". Para darle visos de "cientificidad" a estos procedimientos debe comenzar por saberse cómo es la población normal, qué grado de desviación de la norma puede ser tolerado dentro de los límites de la salud y a partir de qué punto es justo y necesario aplicar rótulos de "enfermedad".

De manera que la mayoría de la gente es como debe ser para funcionar adaptadamente en los marcos del orden social vigente. El objetivo del "diagnóstico" pasa a ser la detección de los "anormales" de los que se desvían respecto de la norma, y el objetivo

del tratamiento es hacer que la población "desviada" retorne a la normalidad. Proponemos otra ecuación:

LO QUE LA GENTE ES = PROMEDIO ESTADÍSTICO
PROMEDIO ESTADÍSTICO = NORMALIDAD = SALUD
NORMALIDAD = SALUD = LO QUE DEBE SER

y, por lo tanto,

LO QUE LA GENTE ES = LO QUE LA GENTE DEBE SER

Sería erróneo creer que este criterio que impone ser como es la mayoría es ajeno a la estructura personal de los individuos a los cuales se aplica. Por el contrario, existe una especie de "molde cultural" del ideal del Yo que fija más o menos taxativamente como deben ser los sujetos y que es incorporado por éstos, por todos nosotros, en el proceso individual de sujetación. Así, es muy frecuente que los pacientes lleguen a los gabinetes psicológicos pidiendo que se los haga llegar o se los devuelva a la normalidad. Situación que no por repetida deja de ser dramática: la del sujeto en demanda de una corrección, de una eliminación de lo que en ellos hay de distinto, para poder "asimilarse", literalmente, hacerse similares a los demás.

La ecuación que expusimos recién encubre un aspecto importante de la realidad que se da como supuesto. Eso que *la gente es* y que se objetiva en un *promedio estadístico,* verdadera "realización de lo real" según lo expuesto en el capítulo anterior, no constituye el punto de partida para el análisis. Por el contrario, el promedio estadístico es un resultado, un efecto, de la existencia de normas sociales que gobiernan el proceso de producción de sujetos ideológicos. En otras palabras, *lo que la gente es* alude equívocamente a *lo que la gente llegó a ser* como consecuencia de su pasaje por los distintos aparatos ideológicos del Estado y del modo dominante de producción de sujetos ideológicos. El promedio no es, en consecuencia, la fuente de la normalidad como podría deducirse de una lectura ingenua del discurso de la psicología clínica sino que el promedio expresa ya la existencia de una norma social vigente y operante en el proceso de sujetación. Como dice Canguilhem, es la norma (social) la que determina al promedio:

> Un rasgo humano no sería normal porque fuese frecuente, sino a la inversa: sería frecuente por ser normal.

y más adelante, en una fórmula que es prodigio de síntesis y exactitud:

> ...la norma no se deduce del promedio sino que se traduce en él.[5]

Un ejemplo. No es que se investiga la actitud de la gente respecto de la autoridad y se descubre que el 87% de las personas de un determinado grupo de población es "respetuoso de la autoridad" y del resultado de la investigación se desprende que "hay que respetar a la autoridad" (una norma que se deduciría del promedio). Es que se ha constituido a los integrantes de ese grupo de población en una cierta relación de dependencia y temor frente a la autoridad lo que ha producido sujetos "respetuosos de la autoridad". La investigación que encuentra ese promedio reproduce esa situación en términos matemáticos, realiza lo real e ignora que es la norma social preexistente la que se traduce en tal promedio. Para la ideología de la psicología clínica, el 87% "respetuoso" no representa ningún problema, son los normales. Para ella, el "problema" es, en este caso hipotético que proponemos, el de ese 13% que, pese a todo, sujetación y aparatos ideológicos incluidos, es "irrespetuoso". Técnicamente, la cuestión consiste en averiguar quiénes son los "desviantes" (el psicodiagnóstico, digamos) y cómo cambiarlos para que sean como los demás, para que sean como deben ser (la psicoterapia, tal vez). El modelo médico aporta la palabra conveniente: "tratamiento". Después del tratamiento se vuelven a aplicar a los desviantes los mismos tests que sirvieron en un primer momento para designarlos como tributarios de la atención psicológica y se evalúa si ya se han adaptado o si todavía necesitan de más o de distintos tratamientos. Así, el test sirve para validar los resultados de la terapia y la terapia sirve como confirmación de las bondades del test. Para ambos el objetivo es común y está prescrito desde afuera de la práctica psicológica misma: "Serás lo que debes ser..."

Se investigan ampliamente y con instrumentos constantemente perfeccionados las características del hombre normal. Se recurre cada vez más frecuentemente a los cuestionarios de personalidad que pueden ser analizados por computadoras electrónicas y que rápidamente permiten averiguar en qué aspectos y en qué medida un individuo singular se aparta de lo que es normal = adaptado = sano = conveniente. Todo este complicado y costoso aparato de la investigación psicológica produce los resulta-

[5] Canguilhem, G., *Lo normal y lo patológico,* Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, pp. 120-121.

dos que se le han encargado siempre y cuando no se formule la molesta pregunta de cuál es el proceso de determinación de las normas que se encuentran. Se trata de una pregunta que no está en condiciones de resolver. Aludiendo a una frase de Bachelard de la que ya obtuvimos dividendos, podemos afirmar que la búsqueda de promedios se hace sobre la base de una ausencia de reflexión: no se reflexiona para medir sino que *se mide para no reflexionar*.

Se omite investigar cuál es la causalidad estructural por la que aparecen esos promedios y no otros. Todos los trabajos basados en las técnicas de la encuesta social, los inventarios de personalidad, los tests psicológicos con sus criterios de confiabilidad y validez, etcétera, ocultan, tras una fachada matemática, presuntamente científica, el hecho relevante de que los promedios encontrados y las normas instituidas como indicadoras de "salud mental" son el resultado de la ubicación o desubicación de los sujetos en los lugares y en los "roles" asignados a ellos por la estructura social en la que viven. O formulado en otros términos: en cada formación social "se" fijan los estándares de productividad, de conciencia y de adaptación conductual de sus integrantes; estos estándares son inculcados a los sujetos por medio de la familia, la escuela, los medios de difusión de masas y demás aparatos ideológicos; las encuestas e inventarios de personalidad cuantifican "objetivamente" el grado de incorporación de cada sujeto a los estándares para él fijados, es decir, su grado de sumisión a las necesidades productivas e ideológicas de la estructura; finalmente, las distintas "terapias" (psicológicas, farmacológicas, físicas, sociales, etc.) corrigen las desviaciones que pudieran haberse producido respecto de las normas y completan de este modo el proceso de sujetación incluyendo a los que pudieran haber escapado parcialmente de él.

Así como sucedía en la psicología social, también en la psicología clínica existe una demanda de investigar que se formula explícitamente. Los funcionarios que se dedican a esta tarea obtienen rápido reconocimiento: en tanto que concesionarios del poder y de la violencia (véase el capítulo siguiente) adquieren privilegios económicos, sociales y académicos. Y detrás de la demanda subyace el mismo encargo: el de no realizar aquellas investigaciones que pudiesen arrojar luz sobre el proceso de sujetación y su correlato: la opresión individual y colectiva, la discriminación y el acallamiento compulsivo de las voces discordantes.

Como en la psicología social, el pasaje desde una problemática ideológica a una problemática científica debe realizarse en

contra del encargo social formulado por los sectores dominantes.

Como en todos los sectores de la psicología, también en éste vemos que se seleccionan los temas de investigación en función de los fondos asignados por quienes pueden afrontarla, con la consiguiente transformación de los investigadores en asalariados de los estados, fundaciones y corporaciones que pueden solventar el muchas veces complicado aparato técnico de la investigación contemporánea. Lógicamente, la proveniencia de los fondos incide a menudo también en los métodos que se emplean, las preguntas que se formulan y las que están sujetas a interdicción y los resultados que se obtienen, así como en la difusión selectiva de los resultados que interesa difundir con silenciamiento de los que pudieran perturbar. Sólo excepcionalmente se encuentran en el discurso oficial reflexiones acerca de la manera en que se incriben y se utilizan socialmente los resultados alcanzados. Caen así los investigadores en esa modalidad particular de la ideología que es el cientificismo, caracterizado por la abstracción de los resultados respecto de la utilización que de esos resultados se hace en el todo social. Por ejemplo, se considera que una determinada técnica terapéutica es "buena en sí misma" independientemente del contexto que constituyen determinadas pautas de "salud mental" y de una modalidad de asistencia psicológica y psiquiátrica que constituyen el marco en cuyo interior la técnica es aplicada. Aquí se juega, ni más ni menos, lo fundamental de toda prestación terapéutica: al servicio de quien está. De acuerdo con lo ya visto, es claro que el "enfermo" y su demanda de auxilio constituyen el punto de intersección de intereses contrapuestos pues allí confluyen las necesidades del paciente y las del sistema. La primera tarea a realizar, entonces, es la de analizar la demanda, no tomándola literalmente desde el discurso manifiesto del paciente, sino interpretándola a la luz de las contradicciones entre los requerimientos del sistema y los del paciente, entendiendo que frecuentemente el pedido de ayuda formulado por el "enfermo" no hace otra cosa que mediatizar la demanda de la estructura cuyo interés fundamental sigue siendo el de cambiarlo todo para que todo siga como está. Sólo a partir del esclarecimiento del lugar desde el cuál se formula la demanda que el paciente encarna se estará en condiciones de comenzar a trabajar científicamente con "el caso". Y los problemas no habrán terminado con ese esclarecimiento. En realidad, no habrán hecho más que comenzar, según se verá en el próximo capítulo.

Incidentalmente hicimos referencia en el párrafo anterior a la

"salud mental", una expresión ambigua que también conviene despejar. Es obvio que ella refiere al modelo médico que venimos de criticar. Y con relación a la "salud" se desnuda una nueva falacia de ese modelo. En medicina se sostiene que, salvo el caso de enfermedades hereditarias o congénitas, el organismo y sus distintas partes constitutivas nacen "sanos" y que, en un segundo momento y por causas muy variadas, pueden "enfermar", es decir, que la "salud" puede perderse. Así, *la "salud"* en la ideología médica vigente (que puede discutirse pero no viene al caso hacerlo acá) *sería un estado natural.* El objetivo de la práctica médica es "conservar" la "salud" y "devolverla" cuando ella se hubiese "perdido". Ahora veamos lo que se produce cuando aplicamos estas nociones en el plano de la llamada "salud mental". Esta es definida —ya lo vimos— en función de que el hombre produzca no proteste, no sienta deseos de protestar y no despierte las protestas de los demás. La "salud", el supuesto "estado natural" que se "tiene" o se "pierde", es, en realidad, la aceptación del lugar asignado dentro de la estructura. Indirectamente, se ha definido cuál es la misión del psicoterapeuta como funcionario al servicio de la adaptación, de la "conservación de lo que hay" y de la "corrección de los trastornos" que llevan a los sujetos ideológicos a ser distintos de lo que "deben ser". El terapeuta estaría llamado a intervenir cuando el "estado natural anterior" (es decir, el resultado del proceso de sujetación) ha sido alterado por alguna causa y su éxito es medido por su capacidad para hacer que el sujeto "recupere" su condición anterior.

Esta crítica estaría incompleta si no definiésemos de algún modo una posibilidad de rescate positivo de la noción de "salud mental." Para ello, hay que descargar a la expresión de las connotaciones que arrastra por su procedencia del vocabulario médico y denunciar el contrabando ideológico que la asimila al cumplimiento por parte del sujeto de cuanto de él "se" espera. A partir de entonces estaremos en condiciones de visualizar la posibilidad de un sujeto consciente de sus pulsiones, del proceso de dominación que culminó en la represión y la transformación de esas pulsiones, liberado de la necesidad de malgastar sus energías en el control de sí mismo y apto para canalizar esas energías en el sentido de la transformación de lo real. Pero esta "salud" que se desprende de semejante análisis es muy distinta de la que ofrece la ideología. Ahora la "salud" no es más un estado natural que debe recuperarse sino que es una meta a alcanzar, un punto de llegada caracterizado por la liberación de los condi-

cionamientos opresivos que nos impusiera el pasaje por los aparatos ideológicos del Estado. Y esta tarea desujetadora impone la confección de un nuevo programa de acción para toda psicoterapia.[6]

[6] A lo largo de este capítulo hemos recurrido sistemáticamente a elaboraciones previamente publicadas. En ellas puede consultarse la lectura sintomal del discurso de la psicología clínica que hemos dado por conocida. Cf. a] Pasternac, M., Braunstein, N. A., y Moscovich, P., "Criterios de salud y objetivos de la psicoterapia", *Rev. de Psicol. Dialéctica* (México), 1 (3): 29-35, 1972 (publicado también en el nº 4 de los *Cuadernos de Psicología Concreta* (Buenos Aires) y b] Braunstein, N. A., y Pasternac, M., "Premisas ideológicas de la investigación psiquiátrica" en el libro editado por Marie Langer, *Cuestionamos/2*, Buenos Aires, Garnica, 1973, pp. 139-180.

CAPÍTULO 17

ROL DEL PSICÓLOGO: ROL ASIGNADO, ROL ASUMIDO Y ROL POSIBLE

GLORIA BENEDITO

> La sociedad llamada del bienestar y la abundancia ha descubierto que no puede mostrar abiertamente su rostro de violencia sin ocasionar en el seno de sí misma el nacimiento de contradicciones demasiado evidentes que terminarían por volverse contra ella. Por ello ha encontrado un nuevo sistema: extender la concesión del poder a los técnicos que lo ejercerán en su nombre, y seguirán creando —*a través de otras formas de violencia: la violencia técnica*— nuevos excluídos.
>
> FRANCO BASAGLIA, *La institución negada.*

A lo largo de este texto nos hemos ido preguntando por el objeto de la psicología, por los métodos con que aborda el mismo, los modos de explicación propuestos y el encargo social que puede leerse, mediante una lectura sintomal, en las distintas ramas de dicha disciplina. Preguntarnos por la práctica concreta de los "funcionarios" que "soportan" las tareas asignadas, es decir, los psicólogos, por la especial inserción social de sus prácticas técnicas desarrolladas en un momento determinado y en una estructura social particular, implica una posición frente a la pregunta: "¿Qué es, en realidad, la psicología?" y no simplemente la posibilidad de satisfacer expectativas e interrogantes legítimos de aquéllos que se inician en el estudio de la psicología apuntando a ella como profesión. Como lo expresa muy acertadamente Canguilhem: "para la psicología, la pregunta sobre su esencia o más modestamente sobre su concepto, pone en cuestión también la existencia misma del psicólogo, en la medida que al no poder responder exactamente sobre lo que él es, se le hace difícil responder por lo que hace".[1] No sólo existe solidaridad entre el objeto y

[1] Canguilhem, Georges, "Qu'est ce que la psychologie?", *Cahiers pour l'Analyse,* nº 1 y 2, 1965.

los métodos de la psicología sino que un tercer aspecto se suma a esa totalidad integrada: el rol del psicólogo, lo que se espera que él haga. Así, para la psicología de la conciencia cuyo método era la introspección experimental, la función del psicólogo estaba en los laboratorios experimentales, verdaderas "torres de marfil" donde se dedicaba a practicar dicho método, tomándose como sujeto y objeto de la experiencia para responder sobre las distintas preguntas que se planteaba su disciplina; pero para la psicología de la conducta cuyos métodos son la observación y la experimentación, la función del psicólogo es abandonar su atalaya y dedicarse a escrutar con "espíritu científico" los procesos de comportamiento ajenos o bien integrarse en distintas instituciones de la sociedad como experto en el manejo de conductas y relaciones sociales.

Este capítulo no intenta completar la consideración de la ciencia como especulación teórico-abstracta, agregando consideraciones acerca de los que hacen psicología y cómo la hacen, munidos con un arsenal de teorías de la práctica ideológica o de la práctica científica y de técnicas para enfrentar situaciones concretas. El haber hablado de "práctica científica" y su articulación en la práctica social rompe con la artificial separación teoría-práctica y hace innecesarias las reflexiones de un eventual capítulo que hable de la "práctica" frente a lo que sería la "teoría" Este no es el capítulo sobre la "parte práctica" de la psicología, sino la consideración y el enfoque de ella como práctica técnica y su articulación en el complejo sistema que es la práctica social.

I. ROL ASIGNADO Y ROL ASUMIDO

1] *Algunas consideraciones acerca de la palabra rol*

Siendo el tema del presente capítulo "el rol" del psicólogo, consideramos apropiado comenzar preguntándonos acerca de la palabra rol y su significado.

Si recurrimos, en una primera aproximación, al diccionario, encontramos que dicha palabra es un galicismo por *papel,* y una de las acepciones de este último término dice: "Parte de la obra dramática que ha de recitar cada actor y la cual se le entrega para que la estudie." [2] La metáfora del papel dramático ha sido usada

[2] *Diccionario de la Real Academia Española.*

también por autores de la sociología y la psicología social para introducir al tema del rol o papel social. En la misma es interesante señalar:

consiste en una parte de una estructura que, al tratarse de la obra dramática, implica la existencia de otros papeles complementarios que le dan sentido;

no se confunde la parte de la obra con el actor que la representa, aquélla lo preexiste y es independiente de él, puede ser considerada independientemente del que la realiza y de su realización;

para poder recitar su parte, el actor debe estudiarla, es decir, llevar a cabo un proceso de incorporación que le permita luego asumir la personalidad y conducta del personaje y ponerlas en juego cada vez que le sea solicitado;

finalmente, y no por último menos importante, cabe destacar la presencia del impersonal "se", "la parte *se* le entrega para que la estudie", podemos consecuentemente preguntar ¿quién se la entrega? Tratándose de la obra teatral quizá la respuesta sea fácil: el director.

Nos interesa ir más allá de esta primera aproximación dada por la definición de la palabra papel que sirve como metáfora y a ello se circunscribe. En las llamadas "ciencias sociales", en psicología social y en sociología, el término es objeto de consideraciones y definiciones más rigurosas, precisas y extensas, en un verdadero intento de dar un "concepto" que vaya más allá de la reproducción del sentido común que se encuentra en el diccionario. Como dice E. Chinoy: "El concepto de papel social no es, por supuesto, nuevo, como lo muestran las siguientes líneas de Shakespeare:

> Todo el mundo es un escenario
> y todos los hombres y mujeres meros actores:
> tienen ellos sus salidas y sus entradas
> y un hombre en su época juega muchas partes.

y continúa más adelante: "Lo que es nuevo en el concepto de papel, o en el de muchos otros conceptos modernos que implican viejas ideas, es el intento de organizar sistemáticamente al conocimiento, comprobar las ideas frente a una acumulación de evidencias y aumentar el conocimiento mediante la superación de las percepciones originales." [3] La filiación positivista de este

[3] Chinoy, Ely, *La sociedad. Una introducción a la sociología,* México, Fondo de Cultura Económica, 1968, p. 48.

texto, en cuanto concepción de lo que es conocimiento científico, ya nos alerta sobre la posibilidad de que hallemos realmente un concepto científico en cuanto a lo que es rol o papel desde la perspectiva materialista discontinuista. Sin embargo, no nos basta con esta acotación que muy bien podría parecer prejuiciosa, por lo que haremos una referencia más amplia al significado de este término, caro tanto a la psicología social como a la sociología, el "punto teórico de articulación entre la psicología y la sociología".[4]

Para ello, será necesario hacer referencia a otra serie de nociones para definir lo que es un rol. Entre ellas, cómo describe la psicología social una *sociedad*: como una "compleja organización de posiciones". La posición sería el átomo de la sociedad, no los individuos particulares que vienen a ocuparlas y que el psicólogo social considera "incidentales". "Cuando a una sociedad se le quitan de esta manera las personas, lo que queda es una gran red de posiciones".[5] *La posición o status* es el puesto o lugar que viene a ocupar una persona en la estructura social. La función de la posición es servir a los propósitos o fines del grupo. Por lo tanto, toda posición se relaciona y es solidaria con otras: una mujer ocupa el lugar de madre en relación a un niño que ocupa el lugar de hijo, por ello se hace referencia a una "red". Pero además, toda posición lleva determinadas prescripciones en relación a la conducta que se espera del que la ocupa. Así, "cuando un hombre rehusa aumentar los salarios de sus empleados o maniobra cruelmente para arruinar a su competidor, e incluso tratar de arrojarlo de los negocios, está actuando como un hombre de negocios; al responder a una petición de carácter caritativo, actuará como un miembro influyente y respetado de la comunidad local".[6] Así, rol y posición son inseparables, como las dos caras de una misma moneda, el aspecto dinámico y estático de una misma realidad. "Las formas de conducta que se esperan de cualquier individuo que ocupa una posición constituye el rol (o, como muchos autores dicen, el rol social)"[7] En esta definición aparece nuevamente el impersonal se que nos autoriza a preguntar: ¿quién espera esas formas de conducta?, ¿quién espera que el "hombre de negocios" rehuse aumentar el salario de sus empleados, pero como "miembro influyente y respetado de la comuni-

[4] Deutsch y Krauss, *Teorías en psicología social,* Buenos Aires, Paidós, 1970 p. 163.

[5] Newcomb, Teodore, *Manual de psicología social,* Buenos Aires, Eudeba, 1971, p. 330.

[6] Chinoy, Ely, *op. cit.,* p. 50.

[7] Newcomb, Teodore, *op. cit.,* pp. 334-5.

dad" haga una caridad? Aquí la respuesta no es tan sencilla como cuando nos preguntamos quién distribuye los papeles en una obra teatral: en ese caso fue fácil señalar al director. Se trata de una pregunta fundamental, sobre todo cuando ante ella encontramos un silencio cómplice: "No importa cómo se les asignen posiciones a los individuos; ya sea por adscripción o por logro, los roles siempre están asociados con ellos",[8] más un circuito cerrado donde la pregunta por el rol remite a la posición y viceversa; o bien cuando se supone salir de este circuito remitiendo al "mundo social". Así, dicen Deutsch y Krauss: "el rol consiste en el sistema de expectativas que existen en el mundo social que rodea al ocupante de una posición, expectativa referente a su comportamiento hacia los ocupantes de otras posiciones".[9] Hablar de "mundo social", desechando el concepto de formación social o socioeconómica implica el desconocimiento de esta estructura y las relaciones de producción que se dan entre sus miembros, tema al que se ha hecho suficiente referencia en este texto y que nos inclina a no abundar más en él.

Es decir, el rol consiste en una serie de comportamientos o conductas manifiestas que se esperan de un individuo que ocupa un determinado lugar o status en la estructura social; lugares asignados que los sujetos vienen a ocupar y que les preexisten, lugar de sujeto ideológico. Conductas que no son producto de decisiones individuales o autónomas sino que responden a las normas y expectativas asociadas a ese lugar que se viene a ocupar, y que son internalizadas en el proceso de socialización, más estrictamente, en el proceso de sujetación del individuo a la estructura. Algunos autores llaman a esto *rol desempeñado.*

Luego de este recorrido por lo que la psicología social y la sociología entienden por rol, estamos en condiciones de justificar nuestra prevención de que realmente se tratase de un concepto científico. Estamos en presencia de una noción, producto de una práctica ideológica que refleja la realidad sin explicarla.

Por ello, responder por el rol del psicólogo es preguntarse qué hace, por qué lo hace, para qué y a pedido de quién. Intentar responder remitiéndonos a observar lo que los psicólogos habitualmente hacen (rol desempeñado) es quedar presos de las evidentica, es quedar presos de la ideología de sujeto de ese discurso producido en el proceso de sujetación y del desconocimiento que implica acerca de la estructura que lo ha determinado. Pregun-

[8] Deutsch y Krauss, *op. cit.*, p. 165.

tar por el rol del psicólogo desde una perspectiva científica es estar dispuesto a producir la lectura sintomal de ese rol.

2] *La práctica técnica*

Dijimos que en este capítulo se iba a reflexionar sobre la psicología como práctica técnica. Creemos pertinente entonces la pregunta sobre qué es una técnica. Consideramos útil, también acá, hacer una primera aproximación a la cuestión apelando al diccionario que la define del siguiente modo: "Conjunto de procedimientos y recursos que se emplean en una ciencia o en un arte. Habilidad o pericia para utilizar esos procedimientos o recursos".[9] Desde nuestro punto de vista se trata de una definición que parcializa el problema al identificar el todo con una de sus partes: los instrumentos o la "habilidad" para usarlos. Por ello, hemos hablado de "práctica técnica", que se define por un conjunto que implica: "transformación de materias primas extraídas de la naturaleza —o producidas por una técnica previa— en productos técnicos por medio de determinados instrumentos de producción".[10] Esta definición pone de relieve la presencia de un aspecto muy importante: la presencia de un producto, como en toda "práctica". Así, la técnica, que se da en el campo de lo empírico, lo que la diferencia de las otras prácticas, es prisionera de una demanda, de un encargo social. "...la práctica técnica se efectúa con miras al producto, esto es, la técnica posee una estructura teleológica externa: viene a satisfacer una necesidad, a salvar una falta, una demanda que se define al margen de la técnica misma".[11] Es decir, posee una "estructura teleológica" (de télos, teleos, fin), palabra que nos remite a las causas finales, a los fines que, aparentemente lejanos o ausentes, actúan como determinantes y dan el sentido y orientación a la práctica técnica.

Ante esto podemos preguntar: ¿de dónde surge esa demanda? ¿por qué el autor citado dice que se define al margen de la técnica? "El sitio en que se define la falta que habrá de asignar su función a tal técnica en especial *no es* esta técnica, sino el todo organizado de la propia práctica social, vale decir, en primer término, el modo de produción".[11] Todo organizado que define también el lugar y rol del técnico en cuestión; ésto y lo planteado en

[9] *Diccionario de la Real Academia Española.*

[10] Miller, J., y Herbert, T.: *Ciencias sociales: ideología y conocimiento*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, p. 46.

[11] Miller, J., y Herbert, T., *op. cit.*, p. 50.

el apartado anterior sobre la palabra rol permite descartar la ilusión de que el técnico es quien "decide" y define el producto a alcanzar. La pregunta por tal producto remite a la particular demanda que posibilita la utilización o no de determinado instrumental técnico y la forma de usarlo; "la ley de la *respuesta* técnica a una *demanda* social es constitutiva de la práctica técnica" y esta función "le es asignada a la práctica técnica por el todo complejo social".[12]

¿Cuál es esa materia prima, instrumentos y productos en el caso de la psicología? Teniendo en cuenta lo desarrollado a lo largo de este texto y en particular en el cap. 15, estamos en condiciones de plantear:

materia prima: los discursos y conductas del sujeto y las relaciones sociales entre los hombres

instrumentos: aquéllos producidos por la psicología como práctica ideológica, como ideología teórica. Tales los tests mentales, las técnicas de dinámica de grupo, las técnicas psicoterapéuticas de readaptación, etc...

producto: obtención de discursos y conductas adaptados e integrados al lugar asignado al sujeto en la estructura. Relaciones sociales que permitan la reproducción de las relaciones de producción típicas del modo de producción imperante.

En el cap. 8 planteamos como objetivos de los tests mentales los de discriminar y clasificar a los sujetos en una jerarquía funcional tomando como parámetro la norma estadística, seleccionar el hombre adecuado a determinada demanda y ubicarlo en el lugar asignado. Podríamos preguntarnos si el hombre es tratado como un instrumento porque existen los tests mentales y estamos en condiciones de dar la respuesta: no, es la existencia de una sociedad industrial, con determinadas demandas, que hizo necesario la utilización de un instrumento que sirviese para ese proceso de discriminación, clasificación y seleccción de los hombres. Pero debe tenerse en cuenta que, al mismo tiempo, la existencia de una respuesta satisfactoria hace posible reproducir el encargo y aún perfeccionarlo.

La política es otra práctica específica dentro del conjunto de la práctica social. Ella "tiene por objeto las relaciones sociales entre los hombres".[13] A partir de esta definición podemos especificar más el lugar donde se formula la demanda a que responde la práctica técnica como un ámbito político que tiene por función favorecer la invariancia de la estructura global.

[12] Miller y Herbert, *op. cit.*, pp. 50-1.
[13] Miller y Herbert, *op. cit.*, p. 55.

Por ello, de las técnicas puede decirse que son eficaces o no, útiles o no a la demanda que se les formula, pero de ninguna manera que son neutras o que permanecen al margen de inquietudes que no sean las propias. Hay una situación determinante en última instancia, la estructura económica, en un particular modo de producción y una dominante, la práctica política, que le confieren su sentido al definir el producto que se busca obtener.

3] *Condiciones objetivas que sobredeterminaron el fenómeno de la profesionalización de la psicología*

Este enunciado del tema trata de cuestionar algunas respuestas habituales que intentan explicar el fenómeno de la profesionalización de la psicología a comienzos del presente siglo, es decir, "el surgimiento de prácticos que hacen asequibles a los demás los servicios de la psicología".[14]

Así, el creer que los psicólogos surgieron como profesionales aptos para enfrentar una variada gama de problemas prácticos, concretos, cotidianos, por una especie de "voluntad de servicio" que los llevó a dejar su torre de marfil en la que estaban investigando abstractamente supuestos procesos psicológicos y de conciencia y los laboratorios donde se experimentaban problemas más emparentados con la psicofisiología que con esos problemas cotidianos para los que serían necesarios y que van desde cómo conocer la persona más apta para dirigir una empresa, hasta cómo hacer para que una madre no tenga que renegar para que su hijo tome sin protesta la sopa.

También merece ser discutido el intento de atribuir ese fenómeno de profesionalización a una simple acumulación de conocimientos por parte de la "ciencia" psicológica, que sería lo que le permitiría dar el salto desde una "ciencia pura" a una "ciencia aplicada" con técnicos que pueden resolver problemas concretos gracias a ese supuesto cuerpo científico que los respalda. Pero debe tenerse en cuenta que el dominio de la aplicación a lo empírico es el de la práctica técnica y no el de la teoría y lo que puede aplicarse son tanto ideologías teóricas como conocimientos científicos. Es decir, además de ser una oposición falsa de la ciencia pura vs. aplicada, identifica la presencia de aplicaciones técnicas con la existencia de una ciencia ignorando el hecho que las mismas pue-

[14] Hilgard, Ernest, *Introducción a la psicología*, Madrid, Edit. Morata, 1966, t. II, p. 344.

den basarse también en ideologías teóricas (por ejemplo el reloj de arena, los tests mentales, etcétera).

Estas respuestas reconocen la existencia de los problemas a resolver por un lado y los profesionales que los encararán por otra, pero desconocen la causalidad estructural que explica ambos fenómenos. Para conocerla será preciso remitirse a esas condiciones objetivas, de índole científica, técnica, económica y política que han sido desarrolladas en el capítulo 15.

Canguilhem resume muy bien esta situación: "Aceptando convertirse, sobre el patrón de la biología, en una ciencia objetiva de las aptitudes, de las reacciones y del comportamiento, esta psicología y esos psicólogos olvidan totalmente situar su comportamiento específico en relación con las circunstancias históricas y con los medios sociales dentro de los cuáles son llevados a proponer sus métodos o técnicas y a hacer aceptar sus servicios".[15] Es decir, existen condiciones objetivas que nos remiten a una determinada formación social, que sobredetermina una demanda, un encargo social, que se caracteriza porque debe permanecer implícito: que no tengan que actuar los aparatos represivos del Estado para que cada sujeto del proceso productivo ocupe el lugar asignado en la estructura. Esa demanda fija las características del producto a obtener por la práctica técnica: el hombre adaptado e integrado a la estructura social en el caso de la psicología; las racionalizaciones ideológicas que constituyen el cuerpo nocional de la misma; el instrumental técnico y la forma de consumirlo y, finalmente, el lugar y rol de psicólogo.

4] *Lugar de psicólogo: "agente de cambio". El poder técnico.*

El sujeto ideológico mantiene con el lugar que ocupa una relación imaginaria. También el psicólogo con relación a su práctica profesional. A partir de esa relación explica, o da "razones", sobre su elección y actividad. Son las razones que puede reflejar, por ejemplo, un cuestionario que se proponga como tarea investigar qué hacen los psicólogos preguntándoles a estos por su tarea. Esas explicaciones suelen remitir a dos argumentos preferidos: el de la eficacia y el del humanismo .

El primero justifica la actividad y rechaza cualquier cuestionamiento de la misma desde la perspectiva de su utilidad; se trata de un quehacer solicitado en los más variados sitios y tal demanda no

[15] Canguilhem, George, *op. cit.*

dejaría brecha para preguntar por qué tal éxito. Como en cualquier otro terreno se acepta que puede haber "malos" profesionales, pero es fácil la solución mediante el recambio si son detectados; sin embargo, "que haya buenos o malos psicólogos, es decir técnicos hábiles después de un aprendizaje o dañinos por estupidez no penada por la ley no es fundamental" [16] porque lo discutible es la eficacia, discutible y no ilusoria, discutible en la medida que siempre se es eficaz por algo, para algo y para alguien y esto es lo fundamental que da sentido a la práctica de la psicología.

El argumento de corte humanista lleva a justificar la actividad por la demanda que se cree recibir de la "humanidad", desconociendo que la formulación parte, en una sociedad de clases, de la clase que detenta el poder. Así, podrá decirse del objetivo de la propia elección: "para servir a la comunidad", "para ayudar a los otros", "para hacer el bien aportando a la solución de los males de la humanidad".

Si tratando de responder por el quehacer del psicólogo se observa su práctica, llamará la atención la variedad de problemas cotidianos en que puede entender y áreas institucionales donde participar. El común denominador parece consistir en "ser partero de los cambios en la comunidad en la que vive".[17] Como cambio implica duelo y el duelo es dolor, se hace necesario la participación del profesional entendido en conciencias y conductas que con distintos métodos asiste en esos procesos de cambio. Según la autora del párrafo citado, Juana Danis, es precisamente lo que diferencia al psicoanalista del psicólogo, este último debe apelar a otros métodos diferentes del psicoanalítico para poder asistir esos procesos con eficacia. Y efectivamente, el psicólogo actúa como "agente de cambio". Pero esta palabra induce varias preguntas: ¿el cambio de qué?, tratándose de la práctica técnica de la psicología se trata de transformaciones en los discursos, conductas y relaciones; ¿por qué son necesarios tales cambios?, para obtener como producto el hombre adaptado e integrado a la estructura en que tiene asignado un lugar. Ya lo vimos en el cap. 15: la producción de todos los cambios necesarios en el hombre para que nada cambie, para que no cambie lo esencial, la estructura, la determinante en última instancia, el modo y relaciones de producción imperantes.

Dijimos anteriormente que hablar de rol del psicólogo implica referirse también al lugar, posición o status del mismo y la fun-

[16] Canguilhem, G., *op. cit.*

[17] Danis, Juana, "El psicólogo y el psicoanálisis", *Revista Argentina de Psicología*, año I, nº 1, septiembre de 1969, p. 79.

ción que tiene asignada. Función que viene definida por la clase dominante que le delega poder, poder técnico para que pueda ejercerla y que lo reconocerá y aceptará como tal en la medida que responda a dicha función.

Pero ¿por qué hablar de "poder" en ese ser habitualmente seductor y comprensivo que es el psicólogo? En la medida que la relación con el "objeto" de su accionar no es, como pueden engañosamente hacer creer las apariencias, una relación de reciprocidad. Consideramos que esto se aplica no sólo al campo de la psiquiatría y de la recuperación del enfermo mental, como lo ha tratado brillantemente Franco Basaglia en su obra *La institución negada,* sino en todos los campos de acción prescritos al psicólogo, siendo el campo de la enfermedad mental un caso extremo de lo que sostenemos.

El psicólogo se relaciona con los sujetos destinatarios de su práctica en instituciones: escuelas, fábricas, cárceles, etc. La institución es "una estructura relativamente permanente de pautas, papeles y relaciones que las personas realizan según unas determinadas formas sancionadas y unificadas, con objeto de satisfacer necesidades sociales básicas".[18] Deberíamos agregar, en función de todo lo desarrollado: sancionadas por la clase dominante, en una estructura clasista, con objeto de mantener las relaciones que aseguren esa dominancia. Esas relaciones pueden acercarse al plano de la reciprocidad o alejarse totalmente de él. Basaglia, en la obra citada, propone llamar "relaciones de tipo aristocrático" las que pueden operarse en el consultorio privado, donde al poder técnico del profesional se opone el poder contractual del paciente gracias a su pertenencia a determinada clase que le otorga poder económico; sin embargo, podríamos también aquí preguntarnos si ese ámbito no ofrece una organización institucional en la medida que tal reciprocidad se da entre posiciones (médico-paciente) y roles asignados "entre el rol del médico (alimentado por el mito del poder técnico) y el rol social del enfermo"[19] que se percibe como tal en función de los criterios ideológicos de salud y enfermedad vigentes en su cultura y que encarna en su demanda de "curación".

En el otro extremo estaría la "relación institucional" de acuerdo a la denominación propuesta por Basaglia que se da, más precisamente, en las llamadas instituciones totalitarias como las cár-

[18] Fichte, J., *Sociología,* Barcelona, Herder, 1969, p. 260.

[19] Basaglia, Franco, *La institución negada,* Barcelona, Barral Editores, 1972, p. 137.

celes y manicomios, donde la falta de reciprocidad ni siquiera es disimulada, donde se hace tajante la división entre poder y no poder y la expresión de violencia, incluso física, hacia el marginado. Pero no sólo en las instituciones totalitarias se da esa división, sino en toda institución de nuestra sociedad, donde el denominador común es una distribución de papeles según el status que en ella se ocupe, que expresa una "relación de opresión y de violencia entre poder y no poder, que se transforma en exclusión del segundo por el primero: la violencia y la exclusión se hallan en la base de todas las relaciones susceptibles de instaurarse en nuestra sociedad"[20] Así, piénsese en la relación padres-hijos, maestro-alumno, carcelero-encarcelado, etc. En instituciones como la familia o la escuela, sus miembros con poder pueden ejercer violencia no aparente, es decir, violencia simbólica. De este tipo es la que ejerce el psicólogo hacia su "objeto", que es lo que en particular nos interesa, y puede ejercerla porque el status que ocupa implica una concesión de poder por parte de la clase dominante: poder técnico. Tengamos en cuenta, por ejemplo, el que es posible ejercer con un instrumento como los tests mentales; en ellos se busca detectar la pertenencia o no a la "norma estadística" que, como vimos en el capítulo 8, hace referencia a lo aceptado por la estructura social, por la clase dominante que impone sus normas, y formular un juicio de inclusión o exclusión que puede llevar al marginamiento del testado, su no ingreso a un curso o a un trabajo y hasta su internación en instituciones manicomiales. Recordemos tambien el uso de las técnicas terapéuticas de recuperación del que se ha alejado de las normas y su nueva inclusión, o marginamiento definitivo, en la sociedad.

Es decir, se trata de un intermediario de violencia que puede no tomar nunca conciencia de ella y estar muy lejos de convertirse en ejecutor de violencia real, de modo que "el objeto de la violencia se adapte a la violencia de que es objeto" [21] sin necesidad que la sociedad del "bienestar y la abundancia" muestre abiertamente su rostro de violencia (manifiesta) que engendraría contradicciones muy evidentes y, posiblemente, más violencia (la rebelión de su sujeto) que hay que evitar a toda costa. Se trata de un depositario de violencia "técnica" en la medida en que actúa "suavizando asperezas, disolviendo resistencias, resolviendo conflictos engendrados por las instituciones".[21]

[20] Basaglia, Franco, *op. cit.*, p. 131.
[21] Basaglia, F., *op. cit.*, p. 132.

II. POSIBILIDADES PARA UNA PRAXIS DIFERENTE O ROL POSIBLE

¿La única posibilidad que habría es la de aceptar el rol asignado? Es frente a ese rol introyectado pero luego desenmascarado que es posible asumir, decidir por aceptarlo o rechazarlo. Es una decisión ideológica y política, no científica. La decisión de aceptarlo suele reconocer dos variantes: una, se lo acepta porque se está de acuerdo, lo cual implica también una decisión política e ideológica; otra, se lo acepta implícitamente escudándose en la "inmaculada concepción" de la ciencia o en la supuesta neutralidad de las técnicas.

Es a partir de esa decisión que se abre la posibilidad para una praxis diferente. ¿Cuál? No existe un recetario que aquí podamos exponer ni una respuesta que se pretenda "LA VERDAD". Sólo podemos marcar algunos mojones o aspectos que consideramos importantes para empezar a trabajar y pensar el campo de los roles posibles luego de cuestionarnos el rol asignado:

1] Dado que la práctica técnica de la psicología implica: un lugar de psicólogo (rol prescrito), una conciencia de psicólogo (rol subjetivo) y una conducta de psicólogo (rol desempeñado), determinados desde la estructura social y asumidos en el proceso de sujetación a la misma como individuos que vienen a ocupar el lugar de psicólogo, la posibilidad de una práctica diferente y cuestionadora del rol asignado requiere, como condición de posibilidad, una *toma de conciencia* del encargo y demanda implícitos tras el discurso de la psicología y tras las áreas propuestas para la intervención del psicólogo, generalmente aquéllas que se consideran "conflictivas" o donde debe impulsarse un "cambio".

Esa toma de conciencia supone un arduo trabajo de lectura sintomal del mencionado discurso, cuyo objetivo es poner al descubierto la estructura profunda y no explicitada que lo condiciona en todas sus características. También exige una lectura sintomal del tipo de inserción técnica que la estructura social permite y admite en el profesional psicólogo, preguntando por qué esas tareas y esos objetivos y por qué la "resistencia" a aceptar otros, cuando no la represión lisa y llana del que quiere hacer otra cosa.

Esta propuesta encuentra "resistencias" que se expresan bajo la forma de distintas racionalizaciones:

algunas plantean, ante la propuesta sugerida, que se trata de una tarea "difícil", posible de emprender por personas privilegiadas intelectual y culturalmente. Los mismos presupuestos intelectuales y culturales que permiten acceder a los conocimientos de la psicología académica,

otras argumentan que en dicha propuesta hay intereses ideológicos y políticos que no respetan la pureza y neutralidad de las aplicaciones técnicas. Efectivamente, existen intereses ideológicos y políticos, del mismo tipo que en la propuesta de *no* plantear tales cuestiones, lo que sucede es que en este último caso pasan desapercibidos porque concuerdan con los intereses y política de la clase dominante.

Las consecuencias de esa toma de conciencia pueden ser sorprendentes en la medida que proporcionan los elementos para una ruptura en la relación imaginaria que el psicólogo mantiene con su propia práctica. Tal relación imaginaria condiciona un discurso en el que se percibe desarrollando una "función social", a partir de la consideración de que la sociedad se caracterizaría por un conjunto de individuos que realizan distintas y complementarias tareas al servicio del resto. La tarea del psicólogo, dentro de esta perspectiva, caería en el grupo de "tareas intelectuales". Este discurso reconoce una apariencia pero desconoce la estructura determinante de la misma: que la función de psicólogo, como de cualquier otro "intelectual" es, fundamentalmente, una función de clase. Así, dice Gramsci: "cada grupo social, al nacer en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea, conjunta y orgánicamente, uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político... Así, se plasman históricamente ciertas categorías especializadas para el ejercicio de la función intelectual, se forman en conexión con todos los grupos sociales, pero en especial con los más importantes, y sufren elaboraciones más extensas y complejas en conexión con el grupo social dominante".[22]

2] Dado que el encargo social al que responde el discurso de la psicología académica, el objetivo de sus técnicas y la función del psicólogo, remiten a la clase dominante, esa toma de conciencia, si quiere posibilitar una práctica profesional diferente a la asignada, debe darse *en el seno de la lucha de clases y de las ideologías de clase*. Por eso, el rol asumido es una decisión de tipo ideológico. No sólo existe la demanda de la clase dominante, sino también la demanda de la clase dominada cuando adquiere conciencia de su lugar. Así, el trabajo en el campo de la psicología laboral adquiere perspectivas muy diferentes según el psicólogo trabaje al servicio de la empresa, en la cuál forma parte del staff,

[22]Gramsci, Antonio, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1972, pp. 9 y 14.

el cuerpo consultivo de los propietarios de la misma, o decida hacerlo en el seno de las organizaciones sindicales.

3] Esta toma de partido en el seno de la lucha de clases no se da en abstracto, se da en el seno de una situación histórica concreta. Por eso, la posibilidad de una praxis profesional diferente a la asignada requiere, para tener un mínimo de efectividad, de una caracterización de las formaciones económico-sociales concretas. Por eso, debemos plantearnos con más especificidad cuál es el rol posible en cada situación correcta; por ejemplo, Argentina, 1974. Para un país que sufre los efectos del imperialismo y neocolonialismo, económica, política y culturalmente dependiente, no podemos tomar como modelo, sin caer en las redes de la trampa, al rol asignado y al posible en países con distintas condiciones.

Es necesario también un análisis atento del status legal del psicólogo en nuestro país y su por qué. Tener en cuenta además que existen varios centros universitarios para su formación. Y la realidad que, una vez egresados, deben empezar a pagar (los que pueden) una especie de formación complementaria privada para convertirse en productos aceptables por el mercado (fundamentalmente del consultorio privado); o bien vender su fuerza de trabajo en cualquier tarea que no tiene, a veces, nada que ver con su profesión, engrosando las filas de los subempleados cuando no de los desocupados, que, con suerte, les deja algún margen de tiempo para "trabajar ad-honorem" en su especificidad, en distintos centros asistenciales. Frente a esta realidad podríamos preguntarnos por otra: la de las escuelas que no cuentan (salvo honrosas excepciones) con el gabinete psicopedagógico; la de los hospitales y centros asistenciales de la salud que, suponiendo que cuenten con un servicio de psicopatología, deben atender la demanda de la población incluyéndo a los pacientes en largas listas de espera.

4] Estamos hablando de una toma de partido, pero en el seno de la práctica específica de la psicología.

Esto implica, por una parte, reconocer la posición de aquellos que proponen, ante la existencia y limitaciones de un rol asignado, abandonar totalmente el campo de trabajo de la psicología e insertarse en otra actividad. Con esto, no se prestarían a la tarea adaptacionista del psicólogo y, por tanto, se escaparía a los márgenes del sistema. Pero ¿es posible escapar a los márgenes del sistema? ¿Se elimina o, al menos, se cuestiona con tal abandono que el psicólogo "deba" cumplir ese rol asignado? Se pasará a trabajar, a producir, en otro campo donde nuevamente podría iniciarse la pregunta: ¿cuál es el rol asignado a ... (lo que fuere)?

¿quién ha prescrito tal función? Y, paralelamente, el papel asignado al psicólogo sigue siendo realizado por otros que vienen a ocupar ese lugar (el individuo es prescindible).

Por otra parte, hablar de la "práctica específica de la psicología" implica tener en cuenta la existencia y especificidad de otras prácticas con efectos determinados y una precisa articulación y posicionamiento en el sistema de la práctica social. Un desconocimiento de esta situación suele inclinar hacia dos "ismos" frecuentes, aunque no de efectos paralelos:

el del *cientificismo*, que suele adoptar dos formas algo distintas: una, pretende que el cambio de estructuras se hace desde la ciencia. En el caso de nuestro campo se expresa en proposiciones de este tipo: "el hombre nuevo se hace en el gabinete psicoanalítico". La otra sostiene que, dado que la ciencia es pura y neutras sus aplicaciones técnicas, éstas no tienen nada que ver con el contexto, ni con problemas de cambio o conservación de estructura y cuestiones de este tipo. Así, el efecto del cientificismo es una desvinculación de prácticas específicas y diferenciales al ignorar su articulación, que sólo puede ser precisada por la ciencia de las formaciones sociales, y el reduccionismo o extrapolación de sus efectos.

la del politicismo, que plantea la práctica política no sólo como la que ocupa una posición decisiva en el cambio de estructuras, sino como la única. Escinde la actividad científica que, en consecuencia, es abandonada en manos de la oposición (lo mismo que el que decide dejar el campo, con el cual éste queda intacto, sin cuestionamiento). Si bien el efecto es también una desvinculación de prácticas, el que se produce sobre el sistema no es el mismo que en el caso del cientificismo que deja al mismo incuestionado e incuestionable.

¿Por qué el planteo de no abandonar el campo específico de la psicología, sino abordarlo con un posicionamiento distinto al del rol asignado?

Por una parte, porque en tanto tarea que puede fundarse en la teoría psicoanalítica, que descentra el discurso ideológico de la psicología académica, permite dar cuenta del proceso que nos ha producido como sujetos de la ideología para funcionar en el seno de una estructura como instrumentos de la misma. Se abre así la posibilidad de una práctica transformadora, la práctica científica, frente a la conservadora, por su efecto de reconocimiento-desconocimiento de la psicología académica. Y también la posibilidad de una práctica técnica respaldada en tal teoría, que posibilita la toma de conciencia del proceso de sujetación.

Por otra parte, existe también la demanda de individuos concretos, la del que sufre, la del "enfermo mental". La perspectiva es desoirla o posicionarse ante ella como trabajadores de un campo particular y complejo, el de la "salud mental". Es decir, agentes en un proceso que actúa sobre determinada materia prima para obtener determinado producto: la salud mental. Producto ideológico que, en una perspectiva diferente el trabajador puede cuestionar comenzando con las preguntas: ¿qué es un enfermo mental? ¿en qué consiste la salud a la que hay que conducirlo? Este tópico, ha sido extensamente desarrollado en el capítulo precedente.

5] Otro aspecto importante para avizorar un rol diferente al asignado es el cuestionamiento a los lugares de formación del psicólogo. Aparatos ideológicos del Estado, como la universidad, cuyos planes, objetivos características en la formación, etc., responden también a una demanda, implícita o explícita a la que habrá que interrogar: ¿a la demanda de quién responde?

Reducirnos a hablar de "posibilidades", sin mencionar límites para el ejercicio de un rol diferente al asignado, conduce al riesgo de un optimismo desconectado de la realidad. Porque el psicólogo es un trabajador que ofrece sus servicios en un mercado que le retribuye por ellos. La relación es contractual y dentro de los límites de la oferta-demanda que rige las relaciones de producción y de intercambio en nuestra estructura social.

Porque el psicólogo realiza su práctica en instituciones y éstas tienen sus mecanismos de conservación ante los cuestionamientos: incorporarlos "aceptando" los cuestionamientos luego de asimilar su contenido a los objetivos de la institución, conservando el barniz progresista, con lo cuál ellos pierden su función "contestataria" o, si esto no es posible, marginar, cuando no reprimir al funcionario que se atreve a negar o poner en tela de juicio el rol asignado.

Dentro de estas limitaciones a un rol diferente al asignado por la estructura vigente, será por supuesto una decisión ideológica: la de quedarse o abandonar el campo de trabajo específico, la de valorar de determinada manera las posibilidades de cuestionamiento y denuncia que el sistema admite según el momento histórico concreto de que se trate.



papel ediciones crema de fábrica de papel san juan, s. a.
impreso en imprenta técnica, s. a.
azafrán 45 - méxico 8, d. f.
cinco mil ejemplares y sobrantes
27 de febrero de 1982

Todo visitante asiduo de librerías puede recordar las tapas y los autores de dos buenas decenas de volúmenes titulados "Psicología" o "Introducción a la Psicología". Si es asiduo en la lectura de tales obras puede pensar que ellas discrepan sólo en detalles pero coinciden en lo fundamental, es decir, en lo atinente a objeto, métodos, modos de explicación y técnicas de la psicología.

Psicología: ideología y ciencia coloca al discurso de la psicología oficial en la mira del arma de la crítica epistemológica y muestra que el edificio construido y habitado por esa psicología carece de cimientos científicos y se desmorona al poner a prueba su solidez. En una frase, que la psicología académica es ideología. Conclusión desoladora pero necesaria: tras alcanzarla cabe preguntarse por las bases científicas de una psicología posible. En esa perspectiva, Psicología: ideología y ciencia esboza una teoría de la sujetación que, pasando por encima de un estrecho familiarismo microsociológico, ubica al psicoanálisis en el materialismo histórico sin afectar a su especificidad.

Psicología: ideología y ciencia, un título para sugerir que la psicología es campo de batalla. Allí se enfrentan un sistema de ideas consagradas por el reconocimiento oficial y una teoría en proceso de construcción.

Psicología: ideología y ciencia es toma de partido en este combate que no podrá zanjarse mediante desagües eclécticos y que terminará, cuando estén dadas las condiciones históricas, con la ubicación de la ideología psicológica como materia prima para el conocimiento científico.

ISBN 968-23-0072-X

siglo veintiuno editores
MÉXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA